



RAÍCES EN EL ASFALTO

PASADO, PRESENTE Y FUTURO
DE LA AGRICULTURA URBANA

2^a
EDICIÓN

J. L. Fdez. Casadevante *Kois*
Nerea Morán

Dedicamos este libro a todas las personas que han cultivado verduras y relaciones sociales en la periferia de la historia, en especial a las gentes del Centro Social SECO. Y también a nuestros familiares y amigos/as, a quienes les hemos sustraído parte del tiempo dedicado a redactarlo.

Agradecemos a Yayo Herrero, Olga Abasolo y Edurne Errazkin los consejos y sugerencias, así como la ardua tarea de revisión y corrección de este libro. A Miguel Brieva le debemos el sugerente diseño de la portada. También queríamos destacar la colaboración de Gregorio Ballesteros, Luis Fernández, Felix López Rey y José Luis Oyón, por dejarse entrevistar y ofrecernos pistas para seguir con nuestras indagaciones.

Esta segunda edición mejorada y corregida ha contado con las sugerencias y correcciones de Uxue Arbe, una de las personas que con más cariño ha leído este texto. Agradecerle su inestimable complicidad con el libro.

Consejo Editorial de Libros en Acción:

Olga Abasolo, Miguel Brieva, José Luis Fernández-Casadevante, José García, Belén Gopegui,
Yayo Herrero, Valentín Ladrero

Raíces en el asfalto

Pasado, presente y futuro de la agricultura urbana

José Luis Fernández Casadevante *Kois*
y Nerea Morán

Título: Raíces en el asfalto
Pasado, presente y futuro de la agricultura urbana

Autores: José Luis Fernández Casadevante *Kois* y Nerea Morán

Portada: Miguel Brieva

Edita: Libros en Acción
La editorial de Ecologistas en Acción,
C/ Marqués de Leganés 12, 28004 Madrid, Tel: 915312739,
Fax: 915312611, formacion@ecologistasenaccion.org
www.ecologistasenaccion.org

© Ecologistas en Acción y los autores/as

Primera edición: febrero 2015

Segunda edición: mayo 2016

Impreso en papel 100% reciclado, ecológico, sin cloro.

ISBN: 978-84-944051-7-4

Depósito Legal: M-10945-2016



Este libro está bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 3.0 España de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>



Índice

Prólogo 10

Introducción 14

Las relaciones campo-ciudad y la agricultura en las teorías urbanas 19

1 La desposesión de los bienes comunes y la transición a la ciudad industrial 20

1.1 Quiebra de las comunidades campesinas, producción de escasez y luchas contra los cercamientos de los comunes 21

1.2 La ciudad industrial y la expansión de un entorno urbano inhabitable... 26

2 Alternativas a la ciudad industrial: socialismo utópico, ciudad jardín y otras propuestas con huerto 31

2.1 Socialismo utópico, antiurbanismo y agricultura 32

2.3 Un lema para dos proyectos: el ensanche de Barcelona y la ciudad lineal... 43

3 Un urbanismo con la mirada vuelta a la tierra. Debates y experimentos socialistas durante el periodo de entreguerras 47

3.1 Los debates sobre la Ciudad Verde en la ciudad roja 48

3.2 El urbanismo socialista en Centroeuropa o el diálogo entre el movimiento moderno y la ciudad jardín 54

3.3 La vuelta a la tierra durante la Gran Depresión y los orígenes del urbanismo agrario norteamericano 61

3.4 La Carta de Atenas, la ciudad jardín vertical y el distanciamiento progresivo del campo impulsado por el movimiento moderno 65

4 El rebrotar de un debate enterrado: la sustentabilidad urbana y la agricultura 70

4.1 Reverdecer la ciudad: de la crítica al movimiento moderno a los experimentos del ecourbanismo 71

4.2 Urbanismo de anticipación y agricultura urbana: los pactos campo-ciudad, el urbanismo agrario y las ciudades en transición 78

Surcos urbanos: apuntes para una historia de la agricultura urbana en Europa y EEUU 87

5 De los huertos para pobres al movimiento de los huertos obreros... 88

5.1 Brotes verdes en la ciudad industrial 88

5.2 La familia, la propiedad privada y el huerto obrero 95

5.3 Sembrar la renovación pedagógica y cosechar los huertos escolares 101

6 El movimiento obrero y los huertos en la Europa de entreguerras 105

6.1 Reverdecer las políticas de vivienda: las *gartensiedlungen* en la Viena Roja 106

6.2 Abonar la reforma urbana. Las *siedlungen* en la República de Weimar 110

6.3 La ciudad jardín y los huertos obreros en el municipalismo rojo parisino 114

7 Azadas de guerra. La agricultura urbana durante los grandes conflictos bélicos 118

7.1 Huertos de guerra y milicias escolares. Las primeras campañas de producción de alimentos durante la gran guerra 119

7.2 Hasta que los chicos regresen. La agricultura, el feminismo y la Women's Land Army 125

7.3 Cultivando entre la emancipación y el totalitarismo. La agricultura urbana durante segunda guerra mundial 131

8 Cultivar en la periferia de la historia: el origen y la proliferación de los huertos comunitarios 142

8.1 Arqueología de los huertos comunitarios en EEUU 143

8.2 De las bombas de semillas a la ocupación de solares: el surgimiento de los huertos comunitarios y el caso de Green Guerrillas 148

8.3 El verde urbano como una de las bellas artes. Articultores y huertos comunitarios 154

8.4 Que florezcan mil huertos: la proliferación de los huertos comunitarios.....	159
Remover la tierra: aproximaciones a una historia de la agricultura urbana en nuestra geografía	183
9 La agricultura en los debates sobre la crisis urbana: ciudad lineal, ciudad jardín y huertos obreros	184
9.1 Del regeneracionismo a los huertos obreros: entre el colectivismo, la lucha contra la pobreza y la búsqueda de paz social.....	185
9.2 La agricultura urbana en la ciudad jardín y el anarquismo ibérico.....	194
9.3 Los huertos urbanos y la agricultura en la construcción de la ciudad lineal ...	200
9.4 Semillas de cambio en la escuela: la Institución Libre de Enseñanza y los huertos escolares.....	204
10 Nuestras azadas de guerra: comedores, colectividades, agricultura de emergencia y colonias durante la guerra civil.....	209
10.1 Alimentar la resistencia. Los comedores populares y la gestión colectiva de la subsistencia.....	211
10.2 Cuando las azadas cavaron los cimientos de la utopía. Revolución y colectividades agrícolas.....	213
10.3 El papel de los huertos de emergencia en el abastecimiento de Madrid.....	217
11 Sembrando silencio: el discurso agrarista de la dictadura y las huertas del éxodo rural.....	223
11.1 El <i>fascismo agrario</i> y las huertas familiares	224
11.2 Entre el sueño del anillo verde de Madrid y el temor a los suburbios: la agricultura doméstica	227
11.3 Los suburbios y las huertas del éxodo rural	231
12 Agricultura en las fronteras urbanas: de los huertos en precario a los huertos de ocio y vecinales	236
12.1 Cultivar en tierra de nadie y de todos: los huertos informales o en precario...	237
12.2 Las primeras políticas públicas de agricultura urbana: huertos vecinales y de ocio	243
12.3 La burbuja inmobiliaria: destrucción y revalorización de la huerta tradicional	251
12.4 Transición democrática, renovación pedagógica y huertos escolares.....	254
13 Los movimientos sociales se plantan. Cultivando nuestra versión de los huertos comunitarios.....	258
13.1 La emergencia de los huertos comunitarios: hundir las raíces en los movimientos sociales	258
13.2 De los islotes verdes al archipiélago de huertos comunitarios	262
13.3 Huertos para después de una crisis	273
Lugares comunes: las crisis y las semillas del futuro.....	279
14 Pasado reciente, episodios de crisis y agricultura urbana. Espejosen los que mirarnos para reflexionar	280
14.1 Hacer de la necesidad virtud. La agricultura urbana durante el “periodo especial” en Cuba.....	280
14.2 Del <i>corralito</i> argentino al movimiento huertero. El Programa de Agricultura Urbana de Rosario	284
14.3 De la industria del automóvil al tractor comunitario. Colapso sociourbanístico y agricultura urbana en Detroit.....	288
14.4 Reactualizar el Jardín de Epicuro. La crisis griega y los brotes verdes de la agricultura urbana	295
15 Lugares comunes: las crisis y las semillas del futuro.....	302
15.1 Nada será como antes: anticipar la crisis y aumentar la resiliencia urbana	302
15.2 El derecho a la ciudad, los bienes comunes y la agricultura urbana....	308
15.3 Sembrando palabras: narrativas e imaginarios para la agricultura urbana....	316
15.4 Huertopía: reivindicar el espacio de la agricultura urbana en la ciudad del futuro.....	323
Bibliografía	335
Créditos fotográficos.....	349

Prólogo

En estos tiempos acelerados, muchas personas nos sentimos perdidas ante la crisis global que estamos viviendo. Después de haber interiorizado las promesas emancipadoras del capitalismo como si fuesen una religión, de haber creído que avanzábamos como humanidad por una senda que conducía a un futuro de progreso imparable, de haber interiorizado que el crecimiento económico podía mantenerse de forma infinita y que era la única vía para generar riqueza para todos, hoy nos preguntamos cómo hemos podido llegar a esta situación. Hicimos todo lo que la ciencia, los economistas y los políticos decían que teníamos que hacer y, sin embargo nada parece funcionar. Nos preguntamos cómo hacer para reconstruir un modelo de vida en el que quepamos todas.

Como seres vivos que somos, dependemos de lo que nos proporciona la naturaleza finita de la que formamos parte (aire, alimento, agua, sol, procesos reguladores del clima, biodiversidad) y tampoco podemos vivir si no es gracias a que otras personas, sobre todo en algunos momentos de nuestra vida, cuidan de algo tan material como es nuestro cuerpo finito y vulnerable.

Sin embargo, el modelo cultural acuñado en Occidente, afirmado sobre los pilares de la ciencia moderna y aliado con el capitalismo, ha conducido a crear sociedades enfermas que se enfrentan, sin saberlo, a aquello de lo que dependen. La naturaleza es concebida como un almacén de recursos inagotable y cualquier superación de sus límites es celebrada con admiración. Vivimos ajenos a la vulnerabilidad y fragilidad de cada vida humana en solitario, de espaldas a la discapacidad y la muerte, invisibilizando y escondiendo en los márgenes los trabajos que permiten la supervivencia de los cuerpos en los que se encarna la vida. Nuestra organización política y económica prima la obtención de beneficios para unos pocos por encima de la satisfacción de las necesidades de las mayorías...

Empeñarse en vivir de esta forma durante los últimos siglos, ha terminado provocando profundas fracturas en el entramado complejo de lo vivo. Las delicadas costuras que entrelazan las diferentes dimensiones de la vida están sujetas a violentas tensiones que desgarran ese todo que es la existencia humana.

La fractura entre las personas y la naturaleza ha terminado provocando una profunda crisis ecológica, que no es otra cosa más que la evidencia de la incompatibilidad entre el funcionamiento de la naturaleza y la dinámica del capitalismo impulsada por la acumulación. Las propias sociedades humanas se encuentran en descomposición. Concebida como una mera suma de individuos aislados que compiten, la sociedad se encuentra fragmentada y la exclusión crece de forma rápida.

El sueño de la emancipación ilustrada prometía que, gracias al progreso y al trabajo, la exclusión sería una anomalía en la sociedad. Pero hoy la exclusión se generaliza, el trabajo deja de cumplir su función económica y social y el planeta se agota y cambia sus pautas de organización hacia nuevas formas de funcionar, quizás no tan acogedoras para los seres humanos. Las desigualdades se profundizan

y el poder se encuentra acumulado en muy pocas manos: las de algunas personas con nombres y apellidos a las que, con tal de ganar más, les da lo mismo lo que se lleven por delante.

Paradójicamente, es mucha la gente que no es consciente de este golpe de estado global que vivimos. Los imaginarios sociales están poblados de mitos e ilusiones que nos impulsan a creer que algo se inventará para remediar este desastre, que los expertos y la ciencia no nos dejarán tirados en la estacada.

Son, por tanto, tiempos de fracturas: entre personas y naturaleza, entre personas y movimientos sociales; de aislamiento entre los distintos tipos de conocimientos; entre las instituciones que gobiernan y la gente; entre los sindicatos y quienes trabajan; entre pobres que luchan contra otros pobres por los restos de los recursos públicos.

En las últimas décadas han ido surgiendo voces y movimientos que llaman la atención sobre las profundas contradicciones que subyacen a la organización económica y social. El movimiento obrero, el ecologismo, el feminismo, entre otros, se centran en señalar algunas de las tensiones que cruzan la sociedad. De forma más reciente, a raíz de la crisis financiera que estallaba en 2007, surgieron nuevos movimientos en todo el mundo que clamaban por un cambio estructural y señalaban a los responsables de llevar el mundo al abismo con tal de ganar más. Todos estos movimientos sociales y sus prácticas han pretendido, sobre todo, llamar la atención y tratar de aportar pensamiento y práctica para reequilibrar las tensiones en las que se nos va la vida.

Para mí, este libro habla de todas estas fracturas y de cómo podemos remendar esta tela sutil y desgarrada que es la vida humana en un planeta con límites. Y lo hace centrándose en una práctica política situada que se desarrolla en lo cercano, en lo cotidiano, en lo concreto. Al centrarse en la agricultura urbana, el libro explora, como señala con acierto su título, las raíces de vida que se esconden en el asfalto. Proporciona claves para repensarnos como especie, para reconstruirnos como comunidad y lo hace recogiendo la experiencia que vive en la memoria y deteniéndose en el presente, única forma de poder proyectar un futuro.

A lo largo de las páginas podemos comprobar como la agricultura urbana ha satisfecho múltiples necesidades. Ha calmado el hambre en los momentos duros de las guerras, ha constituido un espacio de poder y resistencia en las luchas feministas, ha estado en el corazón de la construcción de ciudades y barrios más vivibles, ha introducido trozos de naturaleza en el medio urbano, ha tejido lazos entre el campo y la ciudad, ha formado parte de las estrategias de autoorganización y resistencia en barrios degradados, ha sido protagonista en la regeneración de espacios industriales abandonados...

El abordaje de la agricultura urbana en este texto tiene algo de hologramático. Nerea y Kois ofrecen diferentes miradas sobre la historia y el presente de la agricultura urbana permitiendo que quien lee estas páginas pueda completar todos sus planos y entienda el conjunto en todas sus dimensiones. Ésta constituye, a mi juicio, la mayor virtud del libro: abordando un tema específico y concreto, se llega

a comprender cómo estas iniciativas aparentemente locales y pequeñas permiten crear espacios reparadores de la salud social desde los que poder reconstruir las totalidades.

El análisis de este libro se sitúa en un espacio de fronteras. Si una de las enfermedades de nuestra cultura es haber separado y opuesto lo que no puede separarse, este libro muestra cómo las experiencias de agricultura urbana, como tantas otras que se están poniendo en marcha en lo local, permiten volver a unir lo separado.

En las experiencias de huertos urbanos recogidas se recompone la quiebra entre la cultura y la naturaleza, propia de las sociedades occidentales. Se vive de forma encarnada la dependencia de la naturaleza y se aprende a revalorizar la fotosíntesis como tecnología de lo vivo y el sol como motor vital. Comprendemos los ciclos de materiales y reaprendemos que la basura y los restos orgánicos son el comienzo de un nuevo ciclo...

Participar en estas experiencias permite interiorizar los límites materiales y entender cómo la riqueza que nos alimenta no la crean los “benefactores” capitalistas a los que no hay que poner trabas, sino que es fruto de la naturaleza, del trabajo humano y de las relaciones entre las personas.

A través de las diversas prácticas recogidas en este libro, se comprende que la austeridad material debe tener una dimensión moral y normativa en un mundo con límites, y que si queremos sociedades justas, es preciso luchar y negociar el acceso equitativo a bienes como el agua, las semillas, o el propio suelo del huerto.

El huerto urbano es también lugar para el reconocimiento y consciencia del propio cuerpo y del esfuerzo. Los callos en las manos, el dolor de riñones, el sudor y el cansancio recuerdan que el trabajo humano es el que ayuda a dejar nacer, a conservar y mantener aquello que la naturaleza reproduce.

Pero además, el huerto urbano aparece como un lugar para reconstruir la interdependencia y lo comunitario. El huerto se presenta como un espacio de encuentro en lo urbano, como una plaza verde y nutritiva. El huerto como espacio de construcción del acuerdo, escenario de conflicto y de consenso, lugar de encuentro y concierto de intereses diversos, ágora donde la democracia no es la simple suma de individualidades, sino más bien el fruto de la deliberación casi nunca sencilla.

La experiencia del huerto nos sume también de lleno en la conciencia de la incertidumbre y de la vulnerabilidad. Si la tecnociencia nos habla de seguridad, de certezas, de causas y efectos y aleja de idea de riesgo y de límite, la experiencia de la agricultura en la ciudad nos ayuda a interiorizar que la vulnerabilidad, el riesgo y el límite son inherentes a la vida humana y, que ante ellos, solo cabe organizarse con otros y otras, cuidar aquello de lo que dependemos, repartir el acceso a lo básico y defendernos colectivamente de quienes quieren tener más a costa de lo que sea.

Experimentar y temer la lluvia que llega a destiempo, el granizo feroz, la helada tardía; flipar con la aparición de la fresa rojísima en medio de una mata verde oscura o con el olor intenso de la albahaca; blasfemar al ver las hojas del manzano llenas de bichos que salieron no se sabe de dónde, admirarse de ver la basura transformada en alimento para el suelo,... es reaprender entre hormigón, asfalto y

carteles publicitarios la sorpresa y el misterio de la regeneración de la vida.

Luchar y resistir para que la policía no te desaloje; dialogar y presionar para que el ayuntamiento te conceda el agua; conseguir que los vecinos confíen más en los que cultivan calabacines en el solar de enfrente que en quienes venden su sanidad o su educación pública... . Todas ellas son prácticas políticas que nos convierten en sujetos protagonistas capaces de experimentar el éxito de participar.

Las experiencias de agricultura urbana han sido, y son, plataforma de presión, desobediencia y negociación para el cambio de las instituciones hegemónicas. El huerto, tal y como se presenta en este libro, es espacio instituyente y constituyente. El huerto es escenario de rebeldía, de resistencia, de memoria y de futuro. Se encuentra en la frontera entre la protesta y la propuesta, entre la acción y el pensamiento, entre la exigencia de cambio institucional y la de que la gente sea protagonista y garante de ese cambio.

El huerto urbano, en este libro, es la metáfora de lo común, de lo que es de todos porque no es de nadie, es la metáfora del encuentro. El mismo encuentro que se produce en las redes vecinales, en las cooperativas de trabajo o de consumo, en los mercados sociales o en tantas iniciativas concretas que desde la práctica cotidiana pretenden hacer fuertes a personas y comunidades. Todas estas iniciativas constituyen, como dice Silvio Rodríguez, talleres donde reparar alas de colibríes, lugares en donde se mima lo frágil que es imprescindible para construir sólidamente la vida humana.

Buscar raíces en el asfalto es un buen título para esta labor de arqueología de la agricultura urbana que han realizado Kois y Nerea.

Sólo me queda agradecer a los autores de este libro su trabajo. Quienes hemos tenido la suerte de poder acompañar desde fuera este proceso de varios años y hemos comprobado la tenacidad con las que han rastreado hemerotecas, buscado fotos, entrevistado personas, visitado experiencias... también hemos asistido a su participación, igualmente tenaz, en el impulso de la red de huertos urbanos de la ciudad de Madrid.

Las dos personas que escriben este libro son, ellas mismas, un puente entre el activismo y el rigor académico, entre la mirada realista a la complejidad y gravedad de la crisis y la voluntad y compromiso por el cambio; entre la denuncia y la convicción de que puede nacer vida de los escombros. Su obra tiene mucho valor porque además es práctica, vital, propia.

Espero que su lectura te provoque, como me ha sucedido a mí, unas ganas irrefrenables de salir a la calle a quemar todo lo feo y a sembrar lo que está por venir.

Yayo Herrero
pertenece a *Ecologistas en Acción* y es directora de *FUHEM*

Introducción

No queremos inventar victorias para los movimientos populares. Pero el hecho de pensar que los escritos de historia tan solo tienen como finalidad recapitular los fallos que dominaron el pasado es convertir a los historiadores en colaboradores de un ciclo interminable de derrotas. Si la historia tiene que ser creativa –para así anticipar un posible futuro sin negar el pasado– debería centrarse en las nuevas posibilidades basándose en el descubrimiento de esos episodios olvidados del pasado en los que, aunque solo sea en breves pinceladas, la gente mostró una capacidad para la resistencia, para la unidad, y, ocasionalmente, para la victoria.

Howard Zinn

El primer instante fugaz en la larga historia de Occidente donde coinciden una profunda crisis urbana y política junto a respuestas y estilos de vida alternativos contruidos en torno a un huerto, sucede al final del siglo IV a. de C., cuando acontece la decadencia de la *polis* griega. Durante esos años, asistimos al final de la etapa dorada del periodo helénico que vio nacer conjuntamente la democracia y la filosofía. La *polis* griega era simultáneamente una ciudad y un sistema de organización social, un ideal de comunidad humana y política. La utopía de Platón y Aristóteles, construida en carne y piedra, va dejando de ser un espacio autárquico y autogobernado para pasar a ser concebida como una provincia dentro del vasto imperio de Alejandro. Las expectativas, la cultura y las instituciones que habían simbolizado la confluencia de intereses individuales y comunes entran en quiebra, comenzando una larga decadencia que dejará espacio para el desarrollo de nuevas filosofías y religiones¹.

En la periferia de la ciudad de Atenas, camino del puerto, se estableció un nuevo tipo de espacio intelectual y de aprendizaje conocido como el Jardín. Un jardín que en realidad era un huerto, en el que un joven Epicuro propiciaba otra forma de relacionarse con la filosofía. Un lugar que no era una escuela donde formarse para la política como en la cercana Academia de Platón, ni un espacio de investigación intelectual como el Liceo Aristotélico, sino una fórmula para reconstruir nuevas colectividades en un momento en el que las concebidas en el pasado habían dejado de tener sentido. El Jardín y el epicureísmo impulsaron la construcción de comunidades que reflexionaban y orientaban su vida hacia la filosofía, repensando el papel del cuerpo, la amistad o la relación entre individuo y colectividad.

El Jardín era una forma de construir estructura política una vez que la *polis* había dejado de funcionar, una manera de revincular a las personas de forma que compartieran no tanto ideas como estilos de vida. Marginado e incomprendido

¹ Al hablar de la historia del epicureísmo seguimos el precioso y exhaustivo ensayo de Emilio Lledó (Lledó, 1995)

en su tiempo, el epicureísmo aceptó desde sus inicios la participación de mujeres, reivindicó el materialismo del cuerpo y desarrolló la ética como un compendio de propuestas concretas para la vida. Además de reagrupar personas y reinventar el sentido de comunidad para la gente, el epicureísmo sería la primera filosofía protoecológica (planteaba una teoría de las necesidades, hablaba de la búsqueda de la autosuficiencia, de la relación entre placer y límites...). El cultivo colectivo de un huerto simbolizaba esa otra forma de estar en el mundo basada en la interdependencia y la ecodependencia, un modesto y autoafirmativo gesto de desafío en medio de la profunda crisis que habitaban. Una tarea a la que se afanaron sin dejar muchos vestigios de sus prácticas, siguiendo fielmente otra máxima epicurea, *Lathe Biosas* o pasa desapercibido mientras vivas.

El grito del epicureísmo sería el primer episodio documentado en el que los huertos urbanos jugaron simultáneamente un doble papel, cultivar verduras y hortalizas para el autoabastecimiento, y convertirse en espacios privilegiados de socialización, cooperación y ayuda mutua en un contexto de crisis. Este es el punto de partida simbólico que indica el camino que tomaremos a la hora de reconstruir la historia de la agricultura urbana en Occidente, siguiendo de forma inseparable su vertiente social y ambiental.

Hemos construido un relato que arranca en la revolución industrial y que nos hablará de quienes han cultivado en los márgenes de la historia, el urbanismo, la sociología o los movimientos sociales. Una narración que reagrupa fragmentos dispersos de historias ya contadas, poniendo en el centro sucesos y acontecimientos olvidados por la convención, a la vez que da valor a teorías y prácticas sociales arrinconadas en el trastero de nuestro pasado. Una historia híbrida donde se mezclan la evolución de las teorías urbanas en su relación con la agricultura, con la reconstrucción de los principales episodios en los que movimientos sociales y comunidades urbanas volvieron a cultivar en las ciudades. Rastreamos las motivaciones, expectativas y apuestas políticas que se han desarrollado tras este gesto, según los momentos y los sujetos que impulsaban estas iniciativas.

El campo y la ciudad nunca han sido realidades autónomas, a lo largo de la historia siempre han mantenido relaciones de dependencia mutua, de cooperación o conflicto, que hacen imposible su comprensión de forma aislada. Campo y ciudad forman parte de un sistema territorial que cada sociedad organiza de acuerdo con sus valores, sus capacidades técnicas y con los recursos a su alcance. Si bien algunas lo hicieron cuidando y manteniendo el equilibrio con su medio, otras optaron por explotarlo, seguir expandiéndose y conquistando nuevos territorios. Pero en su origen y por necesidad, todas las civilizaciones se adaptaron a su geografía, clima y recursos locales, de acuerdo a un modelo orgánico en el que «los hombres cultivaban sus plantas y domesticaban sus animales pacíficamente, siendo con esto cultivados por sus plantas y domesticados por sus animales»².

Iniciamos nuestro relato en el momento en que esta relación se quiebra, pues consideramos esencial comprender el acelerado proceso de distanciamiento entre el

² (Geddes, 1923)

campo y la ciudad, los problemas y retos que ha provocado, así como las reflexiones y respuestas que fueron surgiendo ante cada nuevo paso en la desterritorialización de la sociedad urbana.

La primera parte será una historia de la forma en que se ha concebido la relación campo-ciudad en el urbanismo, aproximándonos a distintos modelos urbanísticos y territoriales que sirvan para contextualizar de forma nítida el marco en el que se integrarán las propuestas y actuaciones de agricultura urbana. Este recorrido nos llevará de los cercamientos de los bienes comunes a los orígenes de la ciudad industrial y sus problemas de habitabilidad, pasando por las utopías y teorías urbanas alternativas, como la ciudad jardín, que quisieron volver a reconciliar la ciudad con la agricultura. Un relato que continúa con el distanciamiento progresivo de las metrópolis de la actividad agraria, que siguió a la segunda guerra mundial de la mano del movimiento moderno y de la revolución verde. Terminando con la influencia ecologista y las incipientes propuestas de reencuentro que se vienen proponiendo durante las últimas décadas.

La segunda parte aborda la historia de la agricultura urbana en los países occidentales, y la forma en que ha proliferado como una herramienta ligada a periodos de emergencia (política, económica, bélica...). Avanzaremos desde los orígenes asistenciales de los huertos urbanos, a la apropiación de los mismos por parte del movimiento obrero, pasando por tiempos de intensa conflictividad social hasta desembocar en las guerras mundiales. Veremos cómo idealizados o temidos, los huertos urbanos siempre se han desarrollado más cómodamente durante los tiempos convulsos que una vez recuperada la normalidad, cuando nuevamente eran desplazados a los rincones de la ciudad y olvidados por el planeamiento urbano. Tiempos revueltos y tiempos de revuelta marcarán un itinerario en el que nos acompañarán clérigos, pedagogos, reformadores sociales, librepensadores, alcaldes, presidentes de gobiernos, sindicalistas, movimientos contraculturales, ecologistas, artistas...

La tercera parte se encarga de rastrear la historia olvidada de la agricultura urbana en nuestra geografía. Un recorrido que muestra el papel otorgado a los huertos urbanos por distintas corrientes políticas que van desde el regeneracionismo del siglo XIX hasta el catolicismo social, pasando por el falangismo o el anarquismo. Una historia que atraviesa periodos turbulentos como las luchas obreras de principios de siglo, la guerra civil con sus colectividades y huertos de emergencia, la dictadura y su idealización campesina de la mano de los huertos familiares, el periodo de la Transición a la democracia donde los huertos serán nuevamente protagonistas en las periferias de todas las grandes ciudades, para terminar con la proliferación de los huertos comunitarios durante los últimos años y su vinculación a las reflexiones sobre los sistemas alimentarios.

En la última parte se realiza una recopilación de episodios recientes donde las iniciativas de agricultura urbana han sido claves para solucionar, mitigar o intervenir políticamente en contextos de agudas crisis urbanas y socioeconómicas (Cuba, Argentina, Detroit, Grecia...). Experiencias que nos llevan a concluir con una serie

de reflexiones más estratégicas sobre el papel que la agricultura urbana debe tener ante el incierto futuro que se nos avecina.

Los contenidos agrupados en este libro nos permiten seguir el hilo invisible de las luchas socioambientales que a lo largo de la historia han buscado recomponer las relaciones entre el campo y la ciudad, condicionado la evolución de nuestros modelos urbanos de forma explícita o latente. Unas veces como un sinónimo de justicia social y anhelo de sostenibilidad ambiental, otras como una excusa para impulsar dinámicas de control social, pero nunca de forma neutral.

Hoy esta preocupación reaparece con fuerza, no como una delicada cuestión intelectual, sino porque como en los tiempos de Epicuro nuestra crisis también supone un cambio de época. Volvemos a vivir un tiempo en el que los vigentes modelos económicos y políticos dan síntomas de fatiga, mientras que en el horizonte se asoman retos (crisis energética, climática, ecológica, económica, política, alimentaria...) para los cuales las principales estructuras que definen nuestro modelo de organización social van quedando obsoletas.

Miramos al pasado con vocación de releer algunos episodios históricos de forma que nos permitan entenderlos en el presente, como lejanos e inspiradores antecedentes que nos ayuden a proyectarnos hacia el futuro. Acontecimientos que han permanecido ocultos cual *semillas en la nieve*, dispuestos a germinar cuando llegase el tiempo propicio para interpelar al presente, como le gustaba decir a Colin Ward. Dialogar de forma creativa con el pasado nos permite compartir nuestras dudas e incertidumbres, afinar las preguntas que debemos hacernos, así como reconocer que parte de las respuestas ya han sido dadas por antepasados que tuvieron que hacer frente a retos de similares magnitudes. Lo que nos hace atractivo el pasado no es la nostalgia sino la necesidad de avanzar propuestas, de prefigurar mínimamente discursos alternativos que estén a la altura del presente.

Los debates sobre el modelo de ciudad y de organización social que acompañan a la actualidad de la agricultura urbana han sido trasladados a la esfera pública por los movimientos sociales. Quienes escribimos este libro llevamos años implicados activamente en ellos, por lo que al redactar estas páginas asumimos las potencialidades y dificultades que conlleva narrar y jugar el partido de forma simultánea. Escribimos para hacer de los movimientos sociales verdaderos protagonistas y destinatarios de estas páginas. Hemos perseguido que nuestras formas de contar el hacer digan, y que nuestro decir genere nuevos haceres, en definitiva, hemos pensado sobre nuestras prácticas para dar qué pensar.

Esperamos cultivar un conocimiento crítico que ofrezca una reflexión rigurosa sin ser distante, una observación que no esconda el hecho de que existen observadores que analizan la realidad. Siguiendo a Baudelaire, «para ser justa, es decir, para tener razón de existir, la crítica debe de ser parcial, apasionada, política, esto es, realizada desde un punto de vista exclusivo, pero que sea el punto de vista que abre mayor número de horizontes».

Un trabajo que continuaremos más allá de las páginas de este libro, en nuestro blog <https://raicesyafalto.wordpress.com>. Os invitamos a surcar estos renglones

que siguen en busca de horizontes pasados, presentes y futuros, que nos permitan apuntalar el protagonismo que la agricultura urbana está llamada a jugar en nuestras ciudades.

Las relaciones campo-ciudad y la agricultura en las teorías urbanas

1 La desposesión de los bienes comunes y la transición a la ciudad industrial

La influencia recíproca entre el campo y la ciudad nos obliga a comenzar esta historia en los ámbitos rurales para comprender el cambio sistémico y la aparición del nuevo modelo rural y urbano que se producirá con la revolución industrial. Las complejas interacciones entre ambas realidades sufrieron una fuerte sacudida con la emergencia del modo de producción capitalista y la filosofía liberal que le acompañaba a la hora de desarrollar una nueva forma de describir la realidad.

Estas nuevas prácticas económicas trasladaron sus ejes de importancia de la estabilidad de los vínculos comunitarios a la libertad individual, de los derechos comunales a la defensa de la propiedad privada, de las tradiciones e instituciones locales como reguladoras de las relaciones sociales al mercado guiado por la ley de la oferta y la demanda. La privatización de los medios de producción, un cambio de imaginarios donde la persecución del lucro deja de contradecir la moral, la subordinación de las arquitecturas legales e institucionales al desarrollo de una sociedad de mercado o el monopolio, por parte de las élites económicas, de los avances tecnológicos, implicaron la quiebra tanto de las geografías y los estilos de vida campesinos, como de lo que había sido la ciudad tradicional.

El liberalismo dificultó de forma creciente la continuidad de la vida rural para amplios sectores de población, como premisa necesaria para proletarizar al campesinado. A tal fin, le obligó, en primer lugar, a acatar las nuevas condiciones laborales que se imponían en el ámbito rural y, posteriormente, a desplazarse a las ciudades industriales. Nació así un nuevo modelo que desborda las dinámicas urbanas heredadas de la ciudad medieval y da lugar a un hábitat que concentra de forma exponencial problemas sociales y ambientales.

1.1 Quiebra de las comunidades campesinas, producción de escasez y luchas contra los cercamientos de los comunes

La tierra fue hecha para todos como derecho natural. La verdadera libertad está allí donde un hombre ve satisfechas sus necesidades, es decir, en la tierra. Sería preferible para el hombre no tener cuerpo que no tener comida para alimentarlo. La libertad reside en el disfrute libre de la tierra

G. Winstanley

Los grandes relatos, políticos, culturales o económicos sobre los que se ha construido la continuidad histórica entre pasado y presente en nuestras sociedades se sustentan sobre procesos de invisibilización de determinados grupos y dinámicas sociales que resultan incómodos para las narraciones oficiales. De estas ausencias activamente construidas una de las más significativas es la historia de los mecanismos de gestión colectiva y comunitaria de los recursos naturales estratégicos durante buena parte de la Edad Media: son los llamados bienes comunes.

Los bienes comunes se generalizaron en Europa como una fórmula creativa de regulación social del acceso, mantenimiento y garantía de sostenibilidad de los recursos naturales ecológicamente más sensibles. Los comunes proveían de pasto para el ganado, leña para cocinar o calentarse, madera y piedra para la construcción y tierras de cultivo. Esta gestión comunitaria regulaba los derechos de espigueo, pesca, caza, recolección de bayas y frutos secos, mantenía estanques y sistemas de riego, debía garantizar el acceso universal y en pie de igualdad de las personas de la comunidad y velar por el cumplimiento de los derechos y obligaciones colectivamente definidos. Su organización debía ser democrática.

Además de una forma de organizar la producción, los bienes comunes proporcionaban cierta cohesión social a los asentamientos campesinos. Eran la argamasa que fijaba un sentido de pertenencia, el espacio donde se construían identidades colectivas. Estos espacios compartidos acogían ferias y festivales, espacios de juegos populares y deportivos, actos sociales y religiosos, convirtiéndose en un elemento clave para la socialidad campesina. Un recurso imprescindible para explicar el relativo bienestar y la capacidad de supervivencia de estas comunidades en periodos de escasez o de malas cosechas.

La extensión de los derechos y prácticas comunales era decidida por instituciones locales que se organizaban de manera colectiva y participativa. Estas instituciones se legitimaban en la costumbre, las tradiciones y las normas sociales, promoviendo una suerte de autogobierno para algunas de las cuestiones más relevantes para la vida cotidiana. Sus mecanismos de funcionamiento se basaban en «un entorno vivido que comprende prácticas, expectativas heredadas, reglas que determinan los límites de los usos a la vez que revelan posibilidades, normas y sanciones tanto de la ley como del vecindario».³

Desde estos espacios y en nombre de la costumbre se articulaba una *economía*

3 (Thompson, 1995: 122)

*moral*⁴ que situaba el bienestar colectivo por encima del beneficio individual y la satisfacción de las necesidades de la comunidad por encima de las racionalizaciones económicas, ligando el funcionamiento de la esfera económica a la responsabilidad política. En estas comunidades relativamente pequeñas, primaba la relación directa, la cooperación mutua y una noción de equidad que sustentaba las relaciones sociales.

[...] La importancia ética de la propiedad comunal, por pequeñas que fuesen sus proporciones, sobrepasa en mucho a su importancia económica. Ayuda a la conservación, en la vida aldeana, de un núcleo de hábitos y costumbres de ayuda mutua que indudablemente actúa como contrapeso del individualismo estrecho y de la codicia, que tan fácilmente se desarrollan entre los pequeños propietarios de la tierra, y facilita el desenvolvimiento de las formas modernas de cooperación y solidaridad⁵.

En Inglaterra, el caso más estudiado, durante los siglos XVI y XVII las tierras comunales y todos sus derechos asociados sufrieron una sistemática oposición mediante la introducción de las dinámicas emergentes del capitalismo en las zonas rurales. Un conjunto de estrategias implementadas por nobles y campesinos ricos orientadas a terminar con el sistema de campo abierto y a acabar con el derecho a tener parcelas dispersas sin cercamientos que las delimitaran e impidieran el acceso. Un proceso que Silvia Federici resume como de privatización de la tierra, producción de escasez y separación de la producción y la reproducción⁶.

[...] Cuando la presión de un sistema es grande y crece gradualmente, es importante hallar espacios de respiro, una distancia benéfica de los controles inmediatos y visibles. Lo que el proceso de privatización y vallado redujo drásticamente fue precisamente ese respiro, una independencia cotidiana marginal que le fue quitada a miles de personas. Los numerosos kilómetros de vallas y muros nuevos, los derechos establecidos ahora en documentos, fueron la declaración formal de dónde residía el poder⁷.

El despliegue de las nuevas relaciones económicas supuso la reordenación territorial del campo como paso necesario para iniciar el proceso de desposesión de los bienes comunales. Una forma de desvertebrar el tejido campesino, sus costumbres y cosmovisiones, erosionando la economía moral y reduciendo los umbrales de autonomía, de forma que fuera factible “desarraigar los mercados”, usando el acertado término de Polanyi⁸, liberándolos de cualquier control y normativa preexistente que garantizara la subordinación de la economía a instituciones sociales y políticas.

4 (Ibidem: 213- 229)

5 (Kropotkin, 1989: 230)

6 (Federici, 2010)

7 (Williams, 2001: 147)

8 (Polanyi, 2007)

El funcionamiento de los mercados locales se encontraba estrictamente regulado de forma que garantizara su función social, protegiendo mínimamente la capacidad de consumo de los pobres.

[...]La comercialización debía ser, en lo posible, directa, del agricultor al consumidor. Los agricultores habían de traer su cereal a granel al mercado local; no debían venderlo mientras estuviera en las mieses, y tampoco retenerlo con la esperanza de subir los precios. Los mercados tenían que estar controlados; no se podían hacer ventas antes de horas determinadas, que se anunciarían a toque de campana; los pobres deberían tener la oportunidad de comprar ellos primero grano, harina de flor o harina, en pequeños paquetes cuyo peso y medida estuviesen debidamente supervisados. A una hora determinada, cuando sus necesidades estuvieran cubiertas, había de sonar una segunda campana, y los comerciantes al por mayor (con la oportuna licencia) podían hacer sus compras. Los traficantes estaban cercados de trabas y restricciones, inscritas en los mohosos pergaminos de las leyes contra el acaparamiento, regateo y monopolio⁹.

El desarrollo de las relaciones sociales capitalistas y la desregulación de los mercados suponía el inicio del desacople entre la economía y la satisfacción de necesidades. Un cambio de lógica que Max Weber resumía afirmando que las cuestiones que trataban de resolver el viejo orden económico, basado en la tierra y los bienes comunes, y el capitalismo emergente, eran cualitativamente diferentes:

[...] Donde la economía tradicional se preguntaba ¿cómo puedo darle trabajo y sustento al mayor número de hombres con esta porción de tierra? el capitalismo pregunta: ¿cómo puedo producir el mayor número posible de cosechas para el mercado usando al menor número posible de hombres?¹⁰.

Al comprender que bajo el discurso modernizador se encontraba un proceso de desposesión, la costumbre fue concebida como el refugio donde se podía esconder la resistencia, articulando la oposición a los cercamientos de las tierras comunales. Resulta significativo el énfasis puesto en la costumbre como legitimación, ya que como ha investigado Thompson, algunas "costumbres" eran inventos recientes y, en realidad, constituían la reivindicación de "nuevos derechos"¹¹. Además, conviene destacar el grado de empobrecimiento que generaron estas prácticas, puesto que un siglo después de su puesta en marcha la mayoría de las grandes ciudades europeas tuvieron que implementar sistemas de asistencia social y adaptarse a la indigencia como un mal endémico¹².

Los cercamientos son el dispositivo más visible de una dinámica que refleja la evolución y subordinación de la economía rural: los nuevos métodos de producción, las variaciones en las políticas de precios, la extensión de zonas de cultivo y su concentración en pocas manos. La revolución industrial redujo los aportes

de la agricultura a la renta nacional, en el caso británico pasó de aportar un 40% a principios del siglo XIX a un 10% a finales de siglo. El empleo agrícola pasó de representar un 30% del total a un 10%, sin variar sustancialmente el número de empleados, que disminuía relativamente debido al aumento demográfico¹³.

Las luchas contra los cercamientos y los derechos asociados al usufructo de las tierras comunes duraron cerca de dos siglos¹⁴. Estas luchas se oponían a los cercamientos (derribo de muros, quema de setos que hacían de lindes, ocupaciones), promoviendo motines de subsistencia y apelando al derecho de la costumbre para tratar de judicializar y dilatar los procesos. Los aparatos institucionales y las nuevas arquitecturas legales desarrollaron una política sistemática de oposición a las tierras comunales que, con el paso de los años, permitió consolidar la expropiación a la multitud de su acceso directo a los medios de producción.

En este contexto de cultura campesina rebelde hubo muchos episodios de levantamientos y motines contra los cercamientos de las tierras comunales. Entre estos destaca la lucha de los conocidos como *diggers*, un grupo de protestantes ingleses liderados por G. Winstanley considerados protosocialistas agrarios que se enfrentaron a los cercamientos a mediados del siglo XVII. Desde unos principios igualitaristas y colectivistas ocuparon antiguas tierras comunales y organizaron asentamientos para cultivarlos nuevamente. Su acción más conocida fue la ocupación de la colina Saint George, al sur de Londres, de donde finalmente fueron desalojados por el ejército¹⁵.

Ilustrativas devienen también las insurrecciones campesinas de París en 1793 contra la expropiación de las tierras comunales por parte de la Asamblea Legislativa, que consiguieron la devolución de las tierras confiscadas. Una devolución que se haría de forma individualizada y equitativa entre los ciudadanos como forma de evitar el colectivismo agrario. La medida fue desobedecida de forma reiterada para poner en común las tierras recibidas de forma individual, hasta que en 1794, en un contexto de guerra, fueron definitivamente confiscadas por el Estado¹⁶.

Cada punto de la geografía europea podría relatar experiencias similares que demuestran cómo el cambio de modelo productivo y la reordenación territorial inducida no fueron una consecuencia natural, sino una imposición que tardó más de un siglo en consolidarse. Una dinámica que corre pareja al desarrollo de los Estados nación como nueva comunidad imaginaria de pertenencia, deslocalizando los procesos de construcción identitaria¹⁷.

13 (Williams, 2001)

14 En Inglaterra el *cercamiento* se inicia en el siglo XVIII, con una serie de leyes (Enclosure Acts), por el que entre 1700 y 1860 se cercaron unos 2 millones de hectáreas. En Francia mediante la práctica de la *tercería*, basada en el principio feudal "no haya tierra sin señor", los nobles reclaman la partición de los bienes comunales, adjudicándose el tercio de ellos. Esta práctica es común en los siglos XVI y XVII, y es finalmente legalizada en el siglo XVIII (cartas patentes de 1777 y 1779). Se dictan leyes análogas en distintos estados como Prusia, Austria, el Milanésado... (Riviére, 1904).

15 Para conocer en profundidad el movimiento *Digger* (Hill, 1972)

16 (Kropotkin, 1989)

17 (Anderson, 1993)

9 (Kropotkin, 1989: 188)

10 (Perth y Wrigth Mills, 1972: 132)

11 (Thompson, 1995)

12 (Federici, 2010)

La economía campesina compaginaba los empleos ocasionales, la economía doméstica y la actividad agrícola diversificada (cultivo de huertos familiares, frutales, caza, pesca, colmenas), por lo que gozaba de cierta autonomía que fue desapareciendo con los cercamientos. El despliegue de la modernidad capitalista no supuso solamente un cambio en el modo de producción, sino una dislocación profunda de los vínculos comunitarios y de la relación con la naturaleza. Un cambio radical del modo de vida ante el que el campesinado se resistió activamente, rechazando la migración a las ciudades.

[...] Los pequeños agricultores saben lo que les espera el día que tengan que acudir a una población a ganar el jornal en una fábrica, y mientras que los prestamistas y los usureros no les despojen de sus tierras y sus casas, y no se hayan perdido del todo los derechos sobre pastos y montes comunales, se aferrarán a una combinación de la industria y la agricultura¹⁸.

Aunque destaquemos la innovación social que supusieron los bienes comunes a la hora de garantizar unos recursos mínimos a la comunidad y de mantener unas relaciones sociales significativas, no conviene idealizar retrospectivamente el pasado. Resultaría engañoso caer en la descripción del feudalismo como una democracia rural donde imperaba una economía primitiva igualitarista.

[...] El planteo es auténtico y conmovedor, aunque en otros sentidos es irreal. Su ideal de un cuidado paternal local y una legislación nacional que protegiera ciertas formas de propiedad y trabajo parece inspirarse asimismo en un repudio de la arbitrariedad del feudalismo, un profundo rechazo de la nueva arbitrariedad del dinero y un intento de estabilizar un orden transitorio, en el cual los pequeños propietarios estuvieran protegidos de las expropiaciones pero también contra la ociosidad de los labriegos¹⁹.

Si bien las prácticas de gestión comunal del territorio y sus recursos fueron convirtiéndose con el paso del tiempo en algo cada vez más residual en Europa, quedando generalmente sus funciones en manos privadas o del Estado; restos de sus instituciones y dinámicas sociales siguen vigentes en la actualidad en algunas zonas rurales donde la sociabilidad campesina ha sido menos erosionada. Las resistencias a la privatización de la tierra y en defensa de los bienes comunes, sus derechos asociados y el estilo de vida que representaban se ha convertido en un episodio simbólico que recurrentemente estimulará las reflexiones y prácticas sociales alternativas. Las primeras experiencias de huertos urbanos, como veremos en la segunda parte, fueron una suerte de compensación por la pérdida de las tierras comunales. Una fórmula de acceso a la tierra de cultivo para el autoconsumo trasladada a las ciudades industriales.

18 (Kropotkin, 1978: 108)

19 (Williams, 2001: 73)

1.2 La ciudad industrial y la expansión de un entorno urbano inhabitable

El error más grande y más fatal cometido por la mayoría de las ciudades fue también basar sus riquezas en el comercio y la industria, junto con un trato despreciativo hacia la agricultura
P. Kropotkin

La pretendida irreversibilidad de las emergentes relaciones socioeconómicas capitalistas es la base sobre la que se funda la ciudad industrial, marcando una fuerte ruptura con las dinámicas urbanas que habían constituido la ciudad medieval. Una ciudad orgánica, dimensionada por su interacción con un entorno en el que resolvía la mayoría de sus necesidades. Una ciudad que había crecido de forma lenta y sin seguir un trazado previo, conformada por una arquitectura vernácula que, adaptándose al clima y a la geografía del territorio y utilizando los materiales disponibles, era capaz de conformar soluciones de un elevado confort ambiental y con extraordinarias cualidades estéticas.

El derrumbe de los muros que contenían la ciudad es la metáfora que ilustra la rápida y desordenada expansión por el territorio que caracterizó la llegada de la ciudad industrial. La gran industria lideraría este proceso de construcción de los nuevos entornos urbanos. Orientada por el discurso de la libre competencia, aspiraba a conseguir que los intereses privados favorecieran el bien común. El liberalismo en auge puso en manos de las empresas privadas la decisión sobre las transformaciones urbanas: la ubicación de las fábricas, los alojamientos para la clase obrera, el sistema de transportes, el suministro de agua o la recogida de basura.

Los intereses colectivos de la ciudad se subordinaron a los de la industria. Las fábricas dispersas se centralizaron, convirtiéndose en los núcleos de los nuevos barrios obreros; y escogiendo para ubicarse lugares privilegiados, en el borde urbano y junto a las riberas de los ríos para facilitar el funcionamiento de los motores de vapor, los vertidos de desechos y el acceso de los ferrocarriles. Grandes transformaciones que supusieron un cambio de la escala a la que se pensaban las intervenciones urbanas, que dejaron de ser parciales y localizadas para alterar significativamente la estructura y la forma urbanas, lo que supuso una mutación de la propia noción de ciudad.

El ferrocarril, encargado de suministrar el carbón y las materias primas, así como de transportar las mercancías desde las fábricas, conectó las minas, las industrias y los mercados de las ciudades. Se impulsaron nuevas colonizaciones agrarias que desde la distancia pudieran abastecer de alimentos a las nuevas masas urbanas,²⁰ con la transformación de extensas regiones en áreas de cultivo especializadas destinadas a la exportación (en EEUU, Canadá, Argentina, Siberia, el Danubio y otros espacios que competían entre ellos). Por primera vez se conformaba un mercado de alimentos básicos de escala mundial, con el trigo como producto principal. Al margen de las propuestas utopistas de núcleos autosuficientes, con escasas realizaciones integrales, no existía ningún proyecto urbano que incorporara

20 (Mumford, 1979: 600); (Friedmann, 2005)

la preocupación por cuestiones como la habitabilidad o el bienestar general y que reservara un espacio de zonas verdes, sistemas sanitarios o educativos.

[...] Así surgió, libre de obstáculos debidos al conocimiento o la regulación sanitaria, y en buena medida sobre los lugares provistos por viejas huertas y patios espaciosos que habían tenido un valor inmemorial, como pulmones y como espacio de juego, una masa de miserables casitas, de casas construidas trasera contra trasera, de patios de arrabal, de casas de inquilinos situadas pared contra pared, de callejones agrietados, junto con otras abominaciones.²¹

Las capitales y grandes ciudades europeas emprendieron una carrera desenfadada hacia la industrialización que transformó completamente su apariencia, funcionamiento y composición social. Este crecimiento urbano resulta improvisado y no planificado, salvo en un rasgo: la expulsión de las clases bajas de los espacios centrales y la imposición de una radical segregación espacial entre las zonas acomodadas y los barrios obreros.

A principios del siglo XIX los barrios populares de las grandes ciudades se caracterizaban por ser lugares donde convivían zonas de precarias viviendas auto-construidas y grandes edificios destinados al alquiler de residencias para las clases populares. Las descripciones que se realizaron de estos arrabales evidencian la proliferación de edificios apiñados, separados por estrechos callejones que no dejaban pasar la luz y el aire, viviendas de reducidas dimensiones donde convivían varias familias²², problemas de ventilación, basura en las calles, hedores de aguas fecales o problemas de higiene debido a la falta de acceso al agua, o la contaminación de industrias y mataderos...

Retratos de entornos urbanos hostiles, desagradables y difícilmente habitables que se popularizaron en las incipientes teorías socialistas y se inmortalizaron en las obras literarias de Dickens o Balzac.

[...] Aquellos (y habrá muchos) que no la hayan visto difícilmente podrán imaginar el aspecto mugriento y deplorable de esta parte de Londres. Casas deshechas con los huecos de las ventanas cubiertos con harapos y periódicos, cada habitación alquilada a una familia distinta y en muchos casos a dos y hasta tres, [...] suciedad por todas partes, un desagüe delante de las casas y un canal detrás, las ropas tendidas y el agua sucia tirada por las ventanas, chicas de catorce y quince años descalzas, con el pelo enmarañado y grandes gabanes blancos casi como único vestido, chicos de todas las edades con abrigos de todas las tallas o sin nada de abrigo, hombres y mujeres en toda la variedad de atuendos escasos y desastrados, vagando, regañando, bebiendo, fumando, discutiendo, peleando y blasfemando.²³

[...] Toda gran ciudad tiene uno o varios “barrios malos”, donde se concentra la clase obrera. En Inglaterra, estos “barrios malos” están organizados por todas partes más o menos de la misma manera, hallándose ubicadas las peores viviendas en la parte más fea de la ciudad. Casi siempre se trata de edificios de dos o una planta, de ladrillos, alineados en largas filas, si es posible con sótanos habitados y por lo general construidos irregularmente. [...] Las calles mismas no son habitualmente ni planas ni pavimentadas; son sucias, llenas de detritos vegetales y animales, sin cloacas ni cunetas, pero en cambio sembradas de charcas estancadas y fétidas. Además, la ventilación se hace difícil por la mala y confusa construcción de todo el barrio, y como muchas personas viven en un pequeño espacio, es fácil imaginar qué aire se respira en esos barrios obreros.²⁴

El resultado de dejar en manos de la iniciativa privada la construcción de la ciudad no podía ser más negativo. Como afirmaba L. Mumford, «el industrialismo, la principal fuerza creadora del siglo XIX, produjo el medio urbano más degradado que la humanidad hubiera visto hasta entonces»²⁵.

En este contexto no es extraño que los habitantes de las ciudades anhelaran el contacto con la naturaleza, con el aire limpio y los amplios horizontes que podía proporcionarles el campo. Sin embargo solo unos pocos podían permitirse las excursiones, unas vacaciones o una residencia habitual en los espacios suburbanos que ocupaban y degradaban espacios de valor paisajístico y natural²⁶.

Al ruido de las fábricas y del ferrocarril, a la polución y la suciedad, se sumaban unas condiciones laborales inhumanas de las que no se libraban ni la infancia, ni los indigentes. La imposición de las leyes de pobres (Poor laws) significaría el paso de la limosna a la culpabilización de los pobres, y obligaba a trabajar a todo aquel que pudiera hacerlo mediante el internamiento en casas de trabajo o *workhouses*. Un proceso de disciplinamiento del cuerpo social²⁷ que implicaba también la criminalización del vagabundeo o la “vagancia”, así como el endurecimiento de las penas contra los motines del pan y otras formas de revuelta contra el hambre.

La degradación ambiental, el hacinamiento, la escasez de recursos y el hambre o la imposibilidad de acceder a una dieta variada terminaron por disparar las tasas de mortalidad en las ciudades. Unas tasas de mortalidad muy superiores a las del mundo rural, y que afectaban de forma desigual a los grupos sociales. En Londres, en 1887, la esperanza de vida de la burguesía doblaba a la de las clases trabajadoras²⁸. Esto suponía que únicamente con la llegada constante de inmigrantes procedentes del mundo rural se podía renovar la población urbana.

La clase dominante culpabilizaba de esta situación a los empobrecidos, al proyectar sobre estos barrios un imaginario donde los malos hábitos de sus habitantes eran los responsables de su degradación física y moral. La taberna para los hombres y la prostitución

21 (Geddes, 2009: 143)

22 Los problemas de hacinamiento eran tales que la superficie de las viviendas por persona en Manchester o Londres eran menores que el espacio que se demandaba en la misma Inglaterra Victoriana para las personas presas (Hall, 1996: 43).

23 (Dickens, 2009: 65)

24 (Engels, 1982: 87)

25 (Mumford, 1979: 596)

26 (Reclus, 1866)

27 (Foucault, 2000)

28 (Hall, 1996).

para las mujeres simbolizaban unos estilos de vida decadentes que perpetuaban la pobreza, propagaban enfermedades y epidemias o provocaban la crisis de la familia²⁹.

Una vez se fue comenzando a articular el movimiento obrero y los discursos estigmatizadores perdían peso ante las teorías socialistas, la burguesía urbana empezó a desplazar sus temores y fobias hacia una hipotética insurrección. Las condiciones de vida y la insalubridad de los barrios obreros comenzaron a ser un motivo de alarma, lo que se tradujo en las primeras investigaciones institucionales y sanitarias de la mano de reformadores sociales e higienistas. La lucha contra la mortalidad urbana se convirtió en una prioridad política que marcaría el origen de disciplinas como la sociología y el urbanismo.

[...] En resumidas cuentas, se separó definitivamente la moral de la patología urbana, postulando que no hacía falta cambiar la sociedad, ni siquiera reducir el tamaño de las concentraciones urbanas, sino hacer que éstas se atuvieran a determinados estándares de salubridad. Al ver que las enfermedades infecciosas explicaban el grueso de las elevadas tasas de mortalidad urbana, se trataron de mejorar las condiciones higiénicas de la ciudad y las viviendas, controlando la densidad de población, separando el abastecimiento de agua de los vertidos, pavimentando las calles y recogiendo los residuos sólidos. Ante la evidencia de que el mercado no resolvía por sí mismo estos problemas, se planteó la necesidad legal de establecer una serie de estándares mínimos de densidad y de salubridad, entre los que figuraba la emblemática dotación de un WC por familia³⁰.

Resolver los problemas urbanos se había convertido en una cuestión técnica que podía solucionarse mediante una serie de intervenciones que iban desde los desarrollos formales, como la anchura de calles o el alto de edificios, hasta innovaciones técnicas como elevar las chimeneas de fábricas, suministrar agua potable en las viviendas, introducir sistemas de alcantarillado, vertederos, espacios libres o zonas verdes en las ciudades.

Las soluciones y los tratamientos eran esencialmente técnicos, como evidencian las palabras de Castro, el ingeniero autor del plan de ensanche de Madrid de 1860, cuando definía los espacios verdes como «depósitos de aire en el espacio edificado» y los árboles como «agente poderoso de higiene pública»³¹. Esta unidimensionalidad con la que se percibía el espacio libre y las zonas verdes se convierte generalmente en indiferencia si hacemos referencia al espacio periurbano, pues la proximidad de la producción agrícola había dejado de ser un factor prioritario una vez que los nuevos medios de transporte permitieron desplazar los alimentos a grandes distancias.

Además, conviene resaltar que la pérdida de valor estratégico de las agriculturas locales coincide cronológicamente con un periodo en el que se produce un

excedente alimentario suficiente como para abastecer las ciudades y sostener el crecimiento demográfico generalizado. Esta anomalía se sustenta sobre tres variables que se desarrollan de forma simultánea y que se influyen recíprocamente: la movilidad humana, las innovaciones tecnológicas y la subordinación de todas las dimensiones económicas a los intereses de las ciudades³².

El crecimiento demográfico en los países industrializados se absorbe mediante un doble desplazamiento de población. Por un lado, la movilidad del campo a las ciudades y, por otro, el proceso migratorio hacia las colonias, principalmente de América, Asia y Australia, que se convierten en un elemento clave a la hora de acceder a materias primas. Este proceso de colonización y de puesta en producción de nuevos territorios resulta factible por el desarrollo de las tecnologías, tanto del transporte, con la modernización y generalización de las líneas férreas y los barcos de vapor, como de la maquinaria agrícola, con la cosechadora. La mecanización del campo en las colonias se acompaña de un proceso de intensificación de la actividad agrícola en el medio rural de los países industrializados mediante la popularización de invernaderos de bajo coste, el aclimatamiento de plantas tropicales o el uso de fertilizantes y fosfatos³³.

Estas innovaciones técnicas potencian la subordinación económica de espacios cada vez más distantes, que se supeditan a los intereses de ciudades que acaparan centralidad y poder de mando. Un proceso mediante el cual se desestructuran las particularidades de las economías locales, ya sea de los espacios rurales que viven la erosión de la socialidad campesina o de los sistemas productivos autóctonos reordenados al servicio de las metrópolis coloniales y que permite superar la capacidad de carga del territorio, aumentando de forma artificial la población capaz de vivir en la ciudad y su entorno. Aquí arranca la ficticia independencia de los entornos urbanos de la naturaleza, distanciándose de unos anillos agrarios que cada vez resultan menos necesarios para su abastecimiento.

29 (Llona, 2011)

30 (Naredo, 2000: 22)

31 (Gómez Mendoza, 2003)

32 (Mumford, 1979)

33 (Kropotkin, 1975)

2 Alternativas a la ciudad industrial: socialismo utópico, ciudad jardín y otras propuestas con huerto

Un entorno urbano inhabitable y las condiciones de vida que siguieron al desarrollo de la ciudad industrial terminaron por generar sus propios anticuerpos en forma de críticas sociales y propuestas alternativas de ciudad³⁴. Esta respuesta se tradujo en proyectos urbanísticos y arquitectónicos, organizaciones y asociaciones, prototipos y experimentos sociales de vida alternativa.

El malestar existente por la intensificación del individualismo, el predominio de la propiedad privada de los medios de producción, el industrialismo y la escasez impulsaron una literatura utópica que, a grandes rasgos, proponía la inversión de estos valores y dinámicas sociales. Los relatos utópicos evidenciaban una nostalgia de las comunidades disueltas por la implantación de la sociedad moderna, reactualizaban la preocupación por el papel de lo colectivo, repensaban las relaciones campo-ciudad o el papel del trabajo y esbozaban el socialismo como una sociedad de la abundancia.

El utopismo supuso un ejercicio de imaginación orientado a definir nuevos horizontes de posibilidad, favoreciendo una expansión cognitiva que fuera capaz de pensar más allá de lo establecido. Unos proyectos cuya materialización práctica generalmente fracasó frente a las expectativas de cambio que generaban al suponer, con cierta ingenuidad, que bastaba transformar los espacios en los que se desarrollaba la vida para que cambiaran las relaciones sociales. Este planteamiento, que ofrecía como recetas soluciones abstractas y esquemáticas, colisionó con la compleja realidad.

La agricultura y los huertos urbanos aparecen de forma omnipresente en muchos de estos relatos utópicos, así como en los experimentos que supusieron valiosísimos ensayos para la teoría social y el urbanismo. Los proyectos del socialismo utópico, la ciudad jardín de Howard, el ensanche de Cerdá o la ciudad lineal de Arturo Soria, no fueron propuestas descontextualizadas o sueños delirantes. En todo caso supusieron castillos en el aire a los que miles de personas trataron de cavarles los cimientos.

34 (Mumford, 1979)

2.1 Socialismo utópico, antiurbanismo y agricultura

Especular sobre la manera en que la sociedad futura arreglará el reparto de la alimentación y de la vivienda lleva directamente a la utopía.

F. Engels

La ciudad ideal de Platón, los diseños urbanos y sociales del Renacimiento, la obra de Tomás Moro y la literatura utópica clásica que le siguió (Campanella y *La ciudad del sol*, Bacon y *La nueva Atlántida*, Harrington y *Oceana*), constituyen claros antecedentes de propuestas de sociedades y ciudades ideales en los que se inspiró el denominado socialismo utópico tras la revolución industrial. Del conjunto de autores de esta corriente utópica hemos decidido centrarnos en aquellos que reflexionaron de forma más aguda sobre la agricultura o las relaciones entre el campo y la ciudad.

La figura del francés Charles Fourier destaca a principios del siglo XIX como la de un acomodado librepensador, acostumbrado a viajar por ser tratante de negocios y que tras heredar una fortuna familiar se dedica a la escritura. Fourier planteó una ácida y compleja crítica del modelo capitalista, denunciando la industrialización y las convenciones sociales sobre la familia, la mujer y el sexo. Este autor concibe una nueva teoría sobre la sociedad llamada Armonía, que muestra cómo la bondad innata de la naturaleza humana es pervertida por la civilización opresora. El despliegue de las pasiones (las derivadas de los sentidos, el amor, la amistad, la ambición, la rivalidad, la propensión al cambio...) y no su represión produciría una energía social que, convenientemente organizada, alcanzaría la felicidad pública³⁵.

La fórmula organizativa que posibilitará esta transformación social será el falansterio, una comunidad rural autosuficiente con una vida colectiva rígida y fuertemente reglada, construida de forma asociada mediante los aportes personales de sus componentes al capital inicial y que permite, asimismo, la incorporación de personas sin capital. Estas comunas se encontrarían separadas de la sociedad y distanciadas de las ciudades para escapar de su influencia y permitir el libre desarrollo de las pasiones. Las 400 familias que, de forma voluntaria, la compondrían debían ser de clases, edades y caracteres diversos, formando una comunidad intencional que desplazaría a la familia como unidad básica de organización social. La revolución en la moral y las costumbres viene a plantear de forma pormenorizada cuestiones como la crianza colectiva, la supresión del matrimonio o el amor libre.

El falansterio está compuesto por una gran vivienda común, que compagina las estancias privadas con espacios colectivos (biblioteca, enormes comedores, salas de reunión y de baile, gimnasio, observatorio de estrellas...). Frente al edificio residencial se sitúan los talleres, almacenes, la iglesia o el teatro. Resulta significativo cómo el falansterio se concibe rodeado de tierras de cultivo en las que trabajarían siete octavas partes de la población, devolviéndole a la actividad agrícola una centralidad absoluta.

35 (Fourier, 1974: 147)

[...] Es imposible organizar una asociación regular y bien equilibrada prescindiendo de los trabajos agrícolas, o a lo menos de los jardines, vergeles, rebaños y corrales, con gran variedad de animales y vegetales³⁶.

La industria ligera y la artesanía complementarían las actividades económicas de los falansterios y el conjunto de las tareas, del trabajo a las labores del hogar, se encontrarían colectivizadas, serían rotatorias y no habría diferencias entre sexos a la hora de realizarlas. Cada persona trabajaría según sus capacidades y recibiría según sus necesidades, sentando algunas de las bases del futuro cooperativismo.

Otra de las aportaciones más originales de Fourier relacionada con la agricultura y la alimentación es la noción de gastrosofía³⁷. Una suerte de filosofía de la alimentación que liga la constitución del cuerpo humano con la dietética como forma de conciliar corporalmente la ética y la estética. Este saber recae en manos de los sabios gastrósofos, encargados del cuidado personalizado de los individuos a través de la alimentación y, por extensión, responsables de la planificación de la producción agrícola.

Los gastrósofos definen la alimentación como algo orientado a la felicidad: la nutrición debe ser agradable, ligera y susceptible de mantener el placer de una manera cíclica. La alimentación sería una forma de equilibrar las pasiones, por lo que a cada temperamento le convendría de forma universal unos platos determinados, pero permiten la existencia de un ecumenismo alimentario al tolerar herejías locales, limitadas geográficamente, en perfecta coexistencia con las verdades gastronómicas. Estos sabios de la alimentación debían promover una democratización de la cocina y del saber gastronómico, popularizando la confección placentera, saludable y estética de los platos³⁸.

La mayor parte de las experiencias prácticas de falansterios se ubicaron en América, a las que habría que añadir las escasas tentativas realizadas en Francia o el intento, que finalmente no llegó a materializarse, de construir un falansterio en el pueblo de Tempul, en la provincia de Cádiz, por el fourierista Joaquín Abreu³⁹. La gran mayoría de estas iniciativas fracasaron de forma estrepitosa pues generalmente no superaron los dos años de existencia debido a conflictos interpersonales, a su inviabilidad económica o porque algunas de las edificaciones construidas terminaron resultando inhabitables.

Otro utopista de referencia, coetáneo de Fourier, fue Robert Owen, un empresario inglés con profundas convicciones sociales cuyo pensamiento evoluciona hacia el socialismo a través de los experimentos prácticos en los que se implicó. Al asumir la dirección de las fábricas de New Lanark, donde los obreros tenían fama de borrachos y descontrolados, trató de aplicar dos sencillas ideas: una fuerza de trabajo satisfecha se traduce en una mano de obra eficiente y al mejorar el entorno

se mejora al hombre. Redujo drásticamente el trabajo infantil y se preocupó por su educación, subió los salarios, disminuyó los horarios, iluminó e higienizó las fábricas y construyó zonas verdes manteniendo los beneficios de la empresa, de la que acabó siendo expulsado por sus socios capitalistas acusado de efectuar gastos superfluos en vez de maximizar los beneficios.

Después de esta aventura, con la que había mejorado las condiciones de vida de los trabajadores pero no había conseguido que los capitalistas dejaran de apropiarse de la enorme riqueza que estos generaban, se implica activamente en el movimiento obrero y propone la fórmula de las colonias cooperativas. Su obra de 1823, *Una nueva visión de la sociedad* plantea la creación de unidades urbanas autosuficientes en el medio rural, de propiedad cooperativa donde se integrarían trabajo y vivienda. Iniciativas con una actividad marcadamente agrícola a la que se supereditaba la pequeña actividad industrial, acompañada de una economía doméstica donde primaban los servicios colectivos. Estas comunidades de reducidas dimensiones eran susceptibles de replicarse y organizarse en una federación de comunidades agrarias cooperativas, siguiendo un proceso en el que el valor de las primeras iniciativas sería ejemplarizante a la hora de promover las reformas sociales necesarias.

En 1825, Owen se implica personalmente en la construcción de una colonia cooperativa, comprando la comunidad de Harmony, en Indiana, EEUU, emplazamiento en el que funda la comunidad de New Harmony bajo criterios igualitaristas (iguales derechos y deberes, comían, vestían y habitaban en condiciones similares) y cooperativos (las horas trabajadas servían para acceder a los bienes y servicios a través de una suerte de banco de tiempo/economato).

New Harmony supuso una experiencia en la que se realizaron interesantes innovaciones sociales que resultaron verdaderamente revolucionarias e inspiradoras para el futuro diseño de las ciudades americanas, tales como la instalación de centros de investigación en renovación pedagógica, la primera escuela pública de carácter mixto, la primera biblioteca pública o un club de teatro popular. Además de la escuela para sus habitantes, se puso en marcha una escuela agrícola destinada a los hijos de familias pobres de otras localidades en la que, además de formar al alumnado, se colaboraba en las actividades agrícolas con objeto de combatir la ociosidad y contribuir a su subsistencia⁴⁰.

La importancia que otorgaban a la educación en New Harmony hacía que fuera un elemento de reflexión constante. El conjunto de habitantes debía asistir a clase por la mañana y por la tarde y participar en espacios de formación permanente en cuestiones como matemáticas, danza, retórica, música, gramática, geografía, agricultura y botánica.

La comunidad llegó a tener 800 habitantes, incluida la familia de Owen, quien se encontraba la mayor parte del tiempo de viaje promocionando la iniciativa. La mayoría de los habitantes de la comunidad eran entusiastas de un proyecto que, sin embargo, también atrajo a un buen puñado de personajes excéntricos y oportunistas que tensionaron la convivencia. Un problema al que se añadieron la diversidad

36 (Ibidem)

37 (Onfray, 1999)

38 (Ibidem)

39 (Cabral, 1990)

40 (Touchard, 1990)

religiosa y de nacionalidades y la masificación de la comunidad debido a un exceso de flexibilidad y una planificación poco rigurosa, que derivó en una falta de viviendas dignas para todos los habitantes y en la imposibilidad de producir la cantidad de alimentos necesaria para la autosuficiencia. Estas dificultades fueron enfrentadas mediante reorganizaciones periódicas que centralizaban progresivamente la dirección del proyecto, que tras varios intentos de refundación, finalmente fue disuelto en 1829.

El fracaso de la iniciativa supuso la ruina económica de Owen, que volvió a Inglaterra a liderar sindicatos obreros y a promover experiencias cooperativas de producción y consumo que en 1832 rondaban las 500 solo en Inglaterra, agrupando a más de veinte mil personas. Además siguió colaborando en la proliferación de comunidades owenitas en distintos lugares de Europa y Norteamérica⁴¹.

Ambos utopistas comparten una serie de rasgos, como una preocupación pionera por la difusión de sistemas de producción y consumo cooperativos, que mediante el ejemplo, la educación y su difusión aspiraban a desplazar al sistema capitalista. Además comparten una concepción nostálgica de la comunidad que debía reinventarse, para lo cual se retiran de las grandes ciudades y constituyen nuevos asentamientos autosuficientes en el campo donde primará la actividad agrícola. Estos experimentos resonarán de forma reiterada como referencia en los inicios del urbanismo aunque, como acertadamente criticaba F. Choay, en ellos no se respira una atmósfera propiamente urbana debido a la escasa densidad, compacidad y falta de diversidad. Además, estos experimentos de diseños espaciales tan rígidos y predeterminados constituyen prototipos finalistas sin posibilidad de variación o adaptación que hacen de los habitantes meros figurantes y difuminan la noción misma de ciudad⁴².

En el plano de la literatura utópica que anticipa sociedades futuras enfatizando la descripción de los procesos de transformación por encima de las fórmulas concretas de prototipos o modelos prácticos que construir, resulta destacable la inspiradora obra de William Morris, *Noticias de ninguna parte*. Un texto escrito en 1890 por un defensor del trabajo artesanal, que él mismo cultivó en sus distintas ramas (pintor, editor, tipógrafo, decorador...), y donde trata de perfilar la transición a una sociedad socialista desde posiciones políticas cercanas al anarquismo.

Morris proyecta una versión marcadamente antiurbana del futuro Londres, donde la ciudad pierde su centralidad y muchos barrios de casas inhabitables son desurbanizados dejando espacio en sus solares a la agricultura urbana, la jardinería y los espacios de esparcimiento. En esta visión las zonas centrales de la ciudad se conservan e incluso se recupera una cuidada arquitectura, delimitando algunos de los espacios más densamente poblados para quienes desean mantener estilos de vida más urbanos.

[...] - Ahí está el Palacio del Parlamento. ¿Os sirve todavía?

- Os comprendo, Huésped; os causa extrañeza que conservemos en pie semejante edificio. Yo sé algo de los extraños juegos que se hacían ahí dentro,

41 (Thompson, 2012)

42 (Choay, 1970)

porque mi viejo abuelo me ha hecho leer libros que trataban de eso. ¡Que si nos sirve! Sí; lo utilizamos como mercado suplementario y como almacén de abonos por la comodidad de estar en la orilla del río. Creo que tuvieron la idea de derribarlo al principio de nuestros tiempos, pero, según me han dicho, una extraña sociedad de anticuarios se opuso⁴³.

Los pobres de los barrios desurbanizados se mudan de forma transitoria a los edificios de la zona de negocios hasta que, de forma natural, se va dando un reequilibrio territorial entre el campo y la ciudad. Un proceso que implica un fuerte éxodo urbano hacia el campo, revitalizando las áreas rurales, manteniendo pequeñas ciudades y creando reservas naturales.

[...] La gente invadió los pueblos del campo y, por decirlo de alguna manera, se arrojó sobre la tierra liberada como una fiera se arroja sobre su presa; y en muy poco tiempo, los pueblos estuvieron más poblados de lo que habían estado desde el siglo XIV. [...] La ciudad invadió el campo; pero los invasores, como los guerreros invasores de los tiempos antiguos, cedieron a la influencia de los que les rodeaban, y se hicieron campesinos; y a su vez, cuando fueron más que los hombres de las ciudades, influyeron sobre estos, de suerte que la diferencia entre la ciudad y el campo empezó a disminuir; y ese campo vivificado por el pensamiento y el espíritu alerta de las gentes educadas en la ciudad, ha llevado a esta vida feliz⁴⁴.

[...] Noté una cosa en medio de la belleza tranquila de los campos, había árboles plantados por todas partes, generalmente frutales, y no ahorra espacio para un bello árbol y [...] los campos por todos lados eran tratados como un jardín creado para el placer y para la subsistencia de todos⁴⁵.

El trabajo, en esta nueva sociedad, no es una condena, sino una agradable actividad que se realiza al aire libre y se valora considerablemente la actividad agrícola, recuperando las artesanías y los oficios manuales en contraposición al declive de la industria pesada.

[...] La gente de las ciudades llegada a los campos aprendía el arte agrícola mirando con atención el modo de trabajar de las máquinas, adquiriendo así idea del oficio, porque en aquel tiempo todo lo que se hacía en los campos era obra de máquinas complicadas, puestas en movimiento por trabajadores ignorantes. Por otra parte, los trabajadores viejos trataban de enseñar poco a poco a los jóvenes los oficios de los artesanos, como el uso de la garlopa y de la sierra, etc., porque pocos o ninguno eran capaces de poner un mango a un rastrillo con sus propias manos⁴⁶.

La mayor diversidad de culturas locales hace que se diversifiquen las tipologías de vivienda y, por tanto, las formas que toman los asentamientos. Estos

43 (Morris, 2011: 53)

44 (Ibídem: 87)

45 (Ibídem: 142)

46 (Ibídem: 145)

municipios menos urbanizados disfrutaran de una democracia participativa de base local y asamblearia. La convivencia y la vida en común se dan de una forma más natural y menos forzada que en el utopismo anterior, puesto que los valores y las costumbres se han transformado sin la necesidad de aplicar rígidas reglas formales. En la nueva sociedad existe una profunda igualdad entre hombres y mujeres y se renueva la educación enfatizando el contacto con la naturaleza, los oficios manuales y facilitando el acceso a la cultura.

[...] Vivimos como nos agrada, y en general nos agrada vivir con ciertos compañeros de casa a cuyo trato nos hemos acostumbrado. Acordaros que la pobreza ha desaparecido y que los falansterios de Fourier y otras cosas parecidas, muy naturales en su tiempo, no eran sino un lugar de refugio frente a la indigencia⁴⁷.

En definitiva, asistimos a los desafíos de la literatura utópica por imaginar sociedades alternativas y por construir laboratorios sociales donde experimentar dichas transformaciones sociales. Aunque si afinamos nuestro análisis, siguiendo a Jameson, vemos cómo lo que termina ofreciendo la literatura utópica, cuando trata de pensar algo radicalmente distinto de lo que se conoce, son imágenes invertidas o condicionadas de la sociedad que las ha generado. Por tanto, uno de los principales aportes de estos relatos utópicos es hacernos conscientes de nuestras propias limitaciones a la hora de proyectar nuevos mundos.

[...] Con cuanta más seguridad una utopía dada reafirme su diferencia radical respecto a lo que hoy existe, en mayor medida se convertirá no solo en algo irrealizable sino también, lo que es peor, inimaginable⁴⁸.

Los experimentos y diseños de sociedades utópicas promulgados desde el socialismo tuvieron su respuesta por parte de algunos empresarios e industriales, que con un mayor grado de pragmatismo se dedicaron a traducir estas propuestas para que fuesen funcionales a la economía. Rebajando o anulando las expectativas de transformación social de los proyectos originales extrajeron aprendizajes que orientaron a mejorar la rentabilidad y la eficiencia de determinadas industrias.

La primera adaptación es el familisterio de J. Godín, seguidor de Fourier, que consiguió en 1877 adaptar al entorno urbano y a la actividad industrial la propuesta de los falansterios de forma práctica y exitosa, tanto en los rendimientos económicos, al hacer a los obreros copropietarios de una empresa muy rentable, como convivenciales, al reducir las exigencias de la vida en común, ya que cada familia disponía de su vivienda autónoma y tenía acceso a los servicios colectivos (guardería, escuela, teatro...).

Aunque Godín todavía mantenía esa pulsión por la reforma social, otros muchos industriales aprovecharon el conocimiento producido por las colonias utópicas para diseñar modelos de grandes fábricas con asentamientos humanos incorporados. Las llamadas *model towns* o *company towns* se ubicaron en espacios rurales, buscando

el acceso más sencillo a las materias primas y a la energía.

Estas colonias se inspiraban en el paternalismo industrial. Los empresarios construían viviendas dignas para sus empleados próximas a las fábricas, y financiaban escuelas, sanatorios o actividades festivas. Las políticas sociales de las empresas mejoraban sustancialmente las condiciones laborales de los trabajadores, pero su aislamiento implicaba aspectos perversos como el control permanente del tiempo y las actividades de los obreros, lo que dificultaba el absentismo, la búsqueda de otro empleo o la organización obrera, y favorecía la dependencia absoluta de los bienes ofrecidos por la empresa (vivienda, economato, ocio).

Desde mediados del siglo XIX, la mayoría de las colonias industriales diseñan viviendas obreras que incorporan un espacio destinado a albergar un pequeño huerto familiar. Una práctica recogida de las utopías e inspirada en las ideas de los primeros urbanistas que planteaban la relación entre la existencia de espacios libres y zonas verdes con el mejor comportamiento moral de la población obrera. Estos huertos familiares en régimen de semipropiedad eran contemplados como un importante salario indirecto para las familias y como una forma de control y disciplinamiento del tiempo libre por parte de los patrones⁴⁹.

Ya en 1872 Engels había planteado que la vivienda con huerto de las colonias industriales, lejos de liberar al obrero de la explotación, permite al capitalista bajar los salarios deduciendo el precio del alquiler y de la comida que el obrero produce para autoconsumo, disminuyendo así la capacidad de movilidad y negociación.

[...] Aquello que la familia produce en su pequeño huerto permite al capitalista reducir el precio de la mano de obra. Los obreros se ven obligados a aceptar cualquier contrato, porque de otro modo no reciben nada y no pueden vivir solo del producto de su tierra. Por otra parte, es justamente la posesión y el laboreo de esta tierra, de esta propiedad, lo que le inmoviliza en el lugar, y le impide buscar otra ocupación⁵⁰.

2.2 La ciudad jardín, una propuesta para reconciliar el campo y la ciudad que revolucionó el urbanismo

El campo y la ciudad deben de unirse, y de esta unión florecerá una nueva esperanza, una nueva vida y una nueva civilización.

E. Howard

El final del siglo XIX fue un periodo convulso. La literatura utópica que anticipaba distintas versiones del socialismo convivía con ensayos, manifiestos y reflexiones sobre las fórmulas más adecuadas para transformar la realidad. Influenciado por esta efervescencia social, un taquígrafo del parlamento británico, Ebenezer Howard, escribió en 1898 *Ciudades jardín del mañana*, un tratado llamado a revolucionar la

47 (Ibídem: 167)

48 (Jameson, 2011:13)

49 (Rey del Reguillo, 1992)

50 (Engels, 1984: 52)

historia del urbanismo por propuestas como situar los huertos urbanos y la agricultura periurbana como fórmulas centrales para el autoabastecimiento alimentario de las ciudades. Howard propone un modelo urbano que responda a los grandes problemas de la ciudad industrial.

La dispersión de las grandes ciudades en asentamientos de menor escala, la posible descentralización de la industria debido al desarrollo de la energía eléctrica, su necesaria combinación con la agricultura para garantizar la sostenibilidad de los asentamientos, la importancia del contacto con la naturaleza para el bienestar humano, y la necesidad de un nuevo hombre que sea a la vez campesino y ciudadano eran reflexiones que desde hacía años impregnaban la geografía anarquista de Reclus o Kropotkin⁵¹.

Este último había sido pionero en analizar el sistema alimentario de grandes ciudades como Londres o París a finales del siglo XIX. Contabilizó el suelo agrícola y su capacidad productiva y lo contrastó con el consumo de alimentos y su origen, llegando a la conclusión de que si no se hubiera abandonado el campo en el éxodo urbano, no sería necesario importar alimentos de otras naciones. «¿Es realmente más barato importar el alimento? Y aun suponiendo que lo sea ¿no estamos, sin embargo, obligados a analizar ese resultado compuesto que llamamos precio, antes de aceptarlo como el supremo y ciego director de nuestras acciones?»⁵². Esta conclusión le llevó a idear un modelo de asentamiento humano que permitiera combinar la agricultura y la industria ligera, que integrara la división social del trabajo y que sensibilizara sobre la importancia de mantener ambas esferas. Su lema era «colocad las fábricas y los talleres cerca de las huertas y tierras de labor, y trabajad en unas y otras alternativamente»⁵³.

Howard parte de estas reflexiones para plantear la inviabilidad tanto de las inhabitables aglomeraciones de la ciudad industrial como de los empobrecidos espacios rurales, así como la necesidad de superar la dicotomía entre campo y ciudad mediante el diseño de asentamientos humanos que incorporen las virtudes de ambos espacios. La ciudad jardín representa esa síntesis, rescatando lo positivo de las dinámicas urbanas (la activa vida social, los servicios públicos, las mayores oportunidades e innovaciones socioeconómicas) y de las rurales (espacios abiertos, contacto con la naturaleza, proximidad entre vivienda y trabajo...). Howard ilustró su teoría en el célebre diagrama de los tres imanes, donde el campo y la ciudad son imanes que atraen a la población con sus ventajas e inconvenientes, y ante los cuales se coloca el tercer imán, la ciudad jardín, como una síntesis de las mejores cualidades urbanas y rurales que se sustenta sobre las palabras cooperación y libertad.

La ciudad jardín es una ciudad autónoma, pensada para unas 32.000 personas, cuya actividad económica combina la industria descentralizada y la actividad agrícola. Un asentamiento concebido como un organismo vivo que debe estar en equilibrio con su entorno. Los anillos agrícolas que circundan la ciudad suponen una

frontera a la expansión urbana ilimitada, que tiene en la biocapacidad del territorio el otro gran factor limitante para su crecimiento. Una vez que la ciudad se acerca a su límite, se procede a poner en marcha una nueva ciudad conectada a las otras a través del ferrocarril, dando lugar a un diseño territorial policéntrico y adaptado a los recursos naturales del territorio. El conjunto final es una red de ciudades autónomas e interrelacionadas que Howard denominaba como la ciudad social.

La preocupación por el funcionamiento ecológico del metabolismo de la ciudad jardín se traduce en una concepción multidimensional del espacio agrícola ya que, además de producir alimentos supone un elemento estratégico para cerrar los ciclos del agua y de la energía aprovechando las aguas residuales para el riego, poniendo en marcha mecanismos de compostaje para la agricultura de proximidad y fomentando los huertos urbanos como formas de reducir notablemente sus impactos ambientales⁵⁴.

Howard prioriza la producción local de frutas y hortalizas, orientada a su venta en mercados locales, para alcanzar el mayor grado posible de autosuficiencia alimentaria aunque a su vez es consciente de que determinados hábitos gastronómicos seguirán requiriendo importar algunos productos como té, café, azúcar y cultivos tropicales.

Este planeamiento urbano ecológico se sustenta sobre la propiedad municipalizada de la tierra para prevenir la especulación sobre las rentas del suelo, especialmente de los anillos agrícolas. Este modelo permite la estabilidad de la actividad agraria, ya que garantiza un alquiler de la tierra reducido para los productores. La búsqueda de la mayor autosuficiencia en el abastecimiento alimentario se persigue mediante la proximidad geográfica de la actividad agrícola, que se acompaña de amplias zonas reservadas para la instalación de huertos familiares orientados al autoconsumo.

La estructura urbana de la ciudad jardín estaría formada por una serie de anillos concéntricos, con una zona central ocupada por un gran parque rodeado de una zona de paseo acristalada. Cuatro anillos de viviendas de baja densidad separados por un bulevar ajardinado, que son bordeados por unos edificios destinados a equipamientos colectivos, pequeña industria y tiendas. A esta zona le seguiría un espacio de huertos familiares que separaría la ciudad de la vía del tren y de los espacios agrícolas.

Las concepciones urbanísticas de Howard no eran reflexiones gratuitas o caprichos estéticos, sino que conformaban un programa orientado a la transformación política y económica de la sociedad. Más allá del planeamiento urbano, se trata de un proyecto social que se traduce en una elevada presencia de servicios públicos y equipamientos colectivos como colegios, centros médicos, reformatorios o centros de convalecencia; así como en una preocupación constante por insertar espacios de encuentro y por incluir a grupos vulnerables como las personas ciegas y sordas.

Las infravaloradas dimensiones políticas del proyecto de ciudad jardín venían a plantear un proyecto de descentralización y de promoción de organismos autogestionados que mediante la cooperación social se autogobernarían localmente. Aunque en un primer momento debiera ser financiada por la iniciativa privada,

51 (Oyón, 2011)

52 (Kropotkin, 1978: 38)

53 (Ibidem: 94)

54 (Aymonino, 1978)

el protagonismo debía recaer sobre un emergente y experimentado movimiento cooperativista, mutualista, pues Howard desconfiaba tanto del mercado como de las inercias burocráticas del Estado. La gente común era la encargada de habitar, democratizar y gestionar la economía de sus ciudades; poniendo en marcha un modelo que seduciría, inspiraría, contagiaría y terminaría por desmontar el capitalismo y las ciudades industriales.

[...] Howard propone su ciudad jardín como un “estado de excepción compatible”: un lugar en el que se suspenden las bases jurídicas tradicionales de la renta del suelo y sus perversos efectos económicos que siembran por entonces las grandes ciudades de sórdidas periferias; en el que la asamblea de ciudadanos asume su gobierno y decide su destino; en el que se practican mecanismos de redistribución por la vía del disfrute de los servicios y equipamientos cívicos; donde el progreso y la igualdad puedan abrirse camino ensayando modelos de alojamiento y urbanización en las que se articulan la cultura y los recursos productivos de la tierra con el universo industrial y se fomentan las economías domésticas y sociales⁵⁵.

Inspirado por el experimentalismo utópico y por el éxito de las colonias industriales a la hora de descentralizar la industria, Howard constituyó una influyente sociedad cívica internacional donde confluían intelectuales (Bernard Shaw, H. G. Wells...), y planificadores urbanistas que intentaron llevar a la práctica los presupuestos de la ciudad jardín.

En Reino Unido el lugar elegido para iniciar el proyecto sería Letchworth. En 1903 adquirieron una enorme extensión de terreno en una zona agrícola deprimida situada a unos 55 kilómetros de Londres. El diseño y la realización física se encargó a los arquitectos Parker y Unwin, que ejecutaron una obra fiel a los principios de Howard y que además encierra una belleza cautivadora al introducir otras influencias. La ciudad jardín de Letchworth está formada por una amplia diversidad de tipologías de vivienda de baja densidad, con espacios comunes o jardines cuidados de forma colectiva, espacios abiertos y verdes de alta calidad, zonas de juego infantil y un trazado de calles orgánico para dificultar la movilidad motorizada, a fin de favorecer la convivencia y la socialidad que transmite la idealizada ciudad medieval en la que se inspiraron.

Quienes acudieron a la llamada de Letchworth pertenecían en su mayoría a las clases medias o a grupos obreros más acomodados, por lo que acabó convirtiéndose en una experiencia excluyente para las personas con bajos ingresos. Además del perfil económico, destaca que fuesen artistas bohemios que formaban parte de la contracultura de la época, y comunidades obreras las que se mudaron en busca de estilos de vida alternativos. Los imanes de Howard atraían a feministas, sufragistas, socialistas, anarquistas, vegetarianos o naturistas; habitantes que impregnaron de un aire diferente a la ciudad⁵⁶ pero que, a su vez, la convirtieron en objeto de crítica y parodia de los medios de comunicación de la época, empeñados en ridiculizar

una iniciativa que veían con cierto temor.

El experimento de Letchworth, concebido como una ciudad autónoma, evitó ser percibido como un suburbio ajardinado; algo detestado por Howard ya que estos, contrariamente a su propuesta, tomaban lo peor del campo, una escasa dimensión social, y lo peor de la ciudad, la destrucción de la naturaleza. Aunque con ciertas distorsiones, como los perfiles de sus habitantes, que estaban más influenciados por el sindicalismo que por el cooperativismo, o los problemas de financiación del proyecto, la ciudad jardín fue un innovador espacio de contestación social que por su radicalidad resultaba difícilmente replicable y compatible con las necesidades de expansión constante de la economía.

El inédito diálogo entre *urbs* y *hortus* que arranca con la ciudad jardín será una referencia constante y un elemento fundamental de posteriores propuestas urbanísticas, como la que representa el regionalismo impulsado por figuras como Patrick Geddes o Lewis Mumford. El primero, autor de la célebre sección del valle, situará la reflexión sobre la ciudad identificándola como parte de un sistema regional configurado a partir de los procesos naturales y sociales. También se ocupará de la ciudad histórica y su regeneración cívica mediante pequeñas intervenciones de “cirugía conservativa”, procurando mantener y regenerar el patrimonio ya construido frente a los derribos y sustituciones masivas. Proclamará «hagamos que el campo conquiste la calle, no solo que la calle conquiste al campo»⁵⁷, y contribuirá a esta conquista en su propia ciudad, Edimburgo, en 1910, mediante un proyecto de identificación de espacios vacantes y construcción de jardines infantiles, espacios educativos en los que se podía cultivar⁵⁸.

Geddes y posteriormente Mumford compartirán con Howard la concepción orgánica del sistema urbano, complementando el concepto de ciudad jardín con el estudio del territorio y sus recursos como base sobre la que sustentar el planeamiento de los asentamientos humanos. Investigadores formados en disciplinas muy variadas, con una marcada vocación práctica, que sentaron las bases de lo que posteriormente sería el urbanismo sostenible.

[...]El movimiento de planificación de las ciudades es, por un lado la rebelión del campesino y el jardinero, y, por otro, la del ciudadano, que unidos por el geógrafo, tratan de impedir el dominio del ingeniero. Sólo cuando las energías mecánicas del ingeniero coincidan con los otros aspectos de la ciudad, y todos ellos se unan al servicio de la vida, él dejara de ser un torpe gigante para convertirse en un Hércules útil⁵⁹.

55 (Roch, 2001)

56 (McKay, 2012)

57 (Geddes, 2011)

58 (Leonard, 2007)

59 (Geddes 2011: 130)

2.3 Un lema para dos proyectos: el ensanche de Barcelona y la ciudad lineal

Ruralizar lo urbano. Urbanizar lo rural.

I. Cerdà

A mediados del siglo XIX la concentración de los problemas derivados del crecimiento demográfico, el hacinamiento, la carencia de higiene y salubridad, o la creciente conflictividad social de las grandes ciudades inducen a derribar las murallas que las contenían y comienzan a desarrollarse los ensanches. Madrid con el conocido como plan Castro y Barcelona con el plan Cerdà proceden a diseñar su expansión urbana mediante la delimitación de una extensa trama ortogonal que conforma manzanas cuadradas. Escasas similitudes más podemos encontrar entre ambos planes, ya que la propuesta de Madrid resulta mucho más convencional que la ideada para Barcelona.

La figura de Cerdà es la de un ingeniero transformado de forma autodidacta en urbanista. Un planificador sensibilizado con la necesidad de institucionalizar las propuestas del higienismo, garantizando la pavimentación y la limpieza sistemática de las calles, el abastecimiento y la conducción del agua, los desagües y alcantarillados y la lucha contra la subdivisión y la sobreocupación de viviendas que dan lugar a densidades de población excesivas. Una tarea para la que prescinde de toda concepción utópica y de sentimentalismos románticos, dispuesto a mejorar la habitabilidad de unos crecimientos urbanos entendidos de forma mayoritaria como imprescindibles.

El crecimiento urbano que propone Cerdà es racional y equilibrado, e inspirará el diseño de calles y manzanas sin perder la vocación de regenerar el conjunto de la ciudad. El ensanche es un proyecto innovador en términos urbanísticos y socioambientales al incorporar nuevas concepciones en la forma de concebir calles, manzanas y zonas verdes.

El diseño de las calles persigue resolver los problemas de movilidad urbana, integrando amplias aceras para favorecer la movilidad peatonal y anchas calzadas pensadas para la instalación de tranvías como medio de transporte colectivo. Calles concebidas con continuas hileras de árboles separados cada ocho metros, y con la orientación y anchura necesarias para garantizar la ventilación y la iluminación natural de todos los edificios.

Otro de los elementos distintivos del proyecto son las manzanas, ortogonales y con esquinas en chaflán de 45 grados para optimar la llegada de luz, mejorando la visibilidad y la formación de plazas en algunos de los cruces. Las manzanas son concebidas como unidades convivenciales básicas donde se mezclan actividades residenciales, industriales y de ocio, dando lugar a dinámicos tejidos socioeconómicos que mantienen la complejidad urbana con una menor densidad.

[...]En cada uno de esos espacios aislados por las vías urbanas existe un

pequeño mundo, una pequeña urbe o urbe elemental⁶⁰.

Pero la principal novedad que incorpora Cerdà es el original y coherente tratamiento que da a los espacios libres y zonas verdes, puesto que la estructura de las manzanas siempre es abierta. Estas solo se encuentran construidas en dos o tres de sus lados, de manera que incorporan un amplio espacio interior entre los edificios, destinado a la instalación de huertos, parques o jardines.

[...]A fin de que la entidad manzana tenga todas las condiciones necesarias para subsistir por sí misma de manera que le den cierta independencia y autonomía, debe tener precisamente un gran patio, o mejor jardín, que la atraviese por el medio, separando completamente unas construcciones de las del lado opuesto⁶¹.

La propuesta de Cerdà evoluciona desde una mentalidad ingenieril, obsesionada por los espacios arbolados como “regeneradores de aire” o las estadísticas del aire respirable por habitación y las “raciones de aire atmosférico” hacia lo que podríamos denominar una ecología urbana⁶². Las zonas verdes terminarían formando un sistema que iría desde el arbolado en hilera y los jardines y huertos de los patios interiores, a los jardines públicos y grandes parques suburbanos.

Estos espacios abiertos, que constituyen una de las singularidades del proyecto a las que Cerdà daba más valor, resultan muy significativos ya que sobre ellos se sustentaba su consigna de cabecera de ruralizar lo urbano y de urbanizar lo rural. Una consistente fórmula de insertar la naturaleza en la ciudad y de buscarle un espacio coherente a la actividad hortícola dentro del planeamiento urbano.

[...]No cabe imaginar ni la sobreposición de pisos y de viviendas, ni la destrucción o ocupación del patio ó huerto interior, último resto del campo de operaciones del hogar de la familia primitiva, en que cada una de las casas perimetrales ha de tener su parte, indispensable para su funcionamiento⁶³.

Los huertos urbanos que ingeniosamente proyecta Cerdà no son un mero elemento decorativo u ornamental, sino un elemento vertebrador para conseguir una ciudad equilibrada. No en vano, la necesidad de mantener un nexo activo entre agricultura y asentamientos humanos es una reflexión que está presente de forma latente en el conjunto de su obra.

[...]La misma palabra que indica el primer esfuerzo hecho para cultivar la

60 (Cerdà, 1968: 363)

61 (Ibídem: 386)

62 «Su comprensión del verde es más higienista que propiamente botánica, estética o arquitectónica, pese a que fue progresando gradualmente en el dominio de la composición de los jardines. Desde una comprensión de la calles como conductos por donde circula el aire de los jardines, los cuales son los pulmones que lo regeneran, y de las ventanas y otras aberturas, que son la nariz y la boca por donde entra y sale el aire de las cámaras, Cerdà accede a una comprensión más propia, más respetuosa de lo que es la naturaleza del verde». (Tarrago, 1994)

63 (Cerdà, 1968: 699)

tierra, es la que nos expresa también y de una manera muy elocuente el primer esfuerzo hecho para dar a la humanidad albergue. El verbo raro ó ara en su significación genuina, lo mismo significa abrir la tierra para cultivarla, que abrirla para habitarla. Y es que los pueblos primitivos practicaban simultáneamente estas dos operaciones: y es que el instrumento en que se ha de pasar la vida, no puede estar separado del campo que ha de proporcionar los medios para mantenerla. Por esto, en nuestro idioma la palabra vivienda, así significa la casa donde vivimos, como los medios con que vivimos. En una palabra, urbanizar significa arar, cultivar, y cultivar es el origen y la causa mas fecunda de civilización⁶⁴.

La materialización del plan Cerdà resultó muy diferente a como habría soñado su impulsor, ya que desde el inicio fue sufriendo una progresiva desvirtuación debido a las presiones de los propietarios del suelo que, guiados por sus intereses de maximizar beneficios, lograron que se aprobaran determinadas ordenanzas municipales para aumentar la edificabilidad. Esto se tradujo en que algunas grandes calles fueron estrechadas, se elevaron las alturas permitidas, las manzanas se cerraron por los cuatro costados y se edificó su interior; por lo que los huertos y jardines desaparecieron⁶⁵.

Los espacios abiertos para zonas verdes y huertos fueron los grandes sacrificados de un proyecto que, pese a sus modificaciones, resultó visionario e inspirador para la historia del urbanismo; y que junto a la ciudad lineal sobre la que hablaremos a continuación, suponen los aportes más reconocidos del urbanismo autóctono a la disciplina durante el siglo XIX.

En 1882 el ingeniero madrileño Arturo Soria concibe la idea de construir una ciudad a los dos lados de una línea de ferrocarril de forma que sirviera para urbanizar nuevos territorios y descongestionar las ciudades existentes bajo una planificación racional que posibilitara el encuentro de la ciudad y el campo. Una ciudad de baja densidad e interclasista, donde trabajo, vivienda y equipamientos se encontrasen próximos, a la vez que las realidades urbanas y rurales quedaban accesibles. Entre las muchas innovaciones que plantea Soria encontramos su vocación de ser un espacio de encuentro entre lo rural y lo urbano, entre la actividad industrial y la actividad agrícola, entre la cultura y la naturaleza. Un proyecto de ciudad poco densa, con casas, palacetes y edificios de tres alturas como máximo, donde se reservaban cuatro quintas partes del terreno para la instalación de jardines y huertas, lo que le daba al proyecto el aspecto de una ciudad campestre.

Las reflexiones sobre la salubridad de las ciudades industriales, las técnicas de urbanización, la centralidad de los nuevos medios de transporte y los nexos entre el campo y la ciudad son preocupaciones compartidas tanto por Soria como por Cerdà. El madrileño, profundo conocedor de la obra del catalán, reformula la célebre consigna de Cerdà y la convierte en uno de sus reclamos publicitarios para promover la ciudad lineal: «ruralizar la ciudad; urbanizar el campo».

La propuesta de la ciudad lineal se encuentra cronológicamente ligada a la

ciudad jardín, con la que Arturo Soria sostuvo una agria polémica⁶⁶, en buena medida por la mejor acogida internacional de la propuesta de Howard, posterior a la suya. Ambas dieron lugar a asociaciones internacionales y revistas especializadas, y tienen muchas similitudes formales (comunicación con ferrocarril, consideración de espacios libres, agrícolas y huertos urbanos, proximidad de vivienda, trabajo y equipamientos...), pero también algunas diferencias significativas como la contención de la expansión urbana por los límites del espacio agrario circundante que asume la ciudad jardín y que la ciudad lineal ignora, o la dimensión cooperativa y de promoción del alquiler que impregna la propuesta de Howard frente a la visión más empresarial y de promoción de la propiedad para los obreros como mecanismo de disciplinamiento que defiende Soria.

Tras la muerte de este último el tono de las polémicas con la ciudad jardín se suaviza, y pasa a identificarse la ciudad lineal como una suerte de ciudades jardín vinculadas a las líneas del tranvía o como propuestas complementarias a la hora de conectar ciudades jardín como nodos en el territorio, mediante ciudades lineales.

La concepción teórica de la ciudad lineal se inspiraba en la consigna «a cada familia una casa, en cada casa un huerto y un jardín», por lo que originalmente era un modelo menos denso que la ciudad jardín y con un mayor espacio para huertas y jardines. Sin embargo, durante la fase de construcción y posteriormente, cuando la gente fue habitándola, sufrió una merma de espacios libres y relegó la agricultura a un papel secundario⁶⁷.

64 (Ibidem: 511)

65 (VV. AA. 2009)

66 Véase la selección de textos realizada por María Castrillo para el nº 6 de la *Revista Ciudades*.

67 La historia detallada del contexto, la construcción y evolución de la Ciudad Lineal, así como las reflexiones sobre los huertos urbanos y el desarrollo material de estos, se explica en detalle en la tercera parte del libro.

3 Un urbanismo con la mirada vuelta a la tierra. Debates y experimentos socialistas durante el periodo de entreguerras

El marxismo ha sido desde sus orígenes una de las fuentes de análisis sobre el fenómeno urbano más certeras, sistemáticas y críticas con los modelos impuestos por la ciudad industrial. La pobreza urbana, la segregación, la insalubridad, las rentas urbanas y la especulación forman parte del aparato conceptual desarrollado desde que Engels escribió obras como *La situación de la clase obrera en Inglaterra* o *La cuestión de la vivienda*.

El socialismo autodenominado científico consideraba acertadamente que la economía política resulta inseparable de los problemas urbanísticos, que devienen irresolubles si no se transforma radicalmente el modelo de producción que los propicia. Esta postura es denominada por F. Choay como la crítica urbana sin modelo⁶⁸, pues el marxismo despreciaba las utopías y los modelos apriorísticos, aspirando a desarrollar soluciones provisionales y pragmáticas (políticas públicas de viviendas baratas para obreros, equipamientos colectivos...) de cara a las transformaciones sustanciales que se darían una vez triunfara la revolución.

El agitado periodo de entreguerras propició el triunfo de la revolución rusa en 1917 y las victorias electorales de la socialdemocracia y los partidos comunistas en algunas grandes capitales europeas como Berlín o Viena. Revolución y reforma se ponían manos a la obra para transformar las ciudades heredadas o enfrentar el problema de la vivienda dando lugar a intensos debates e innovadores proyectos que tenían un fuerte componente de experimentalismo, como veremos en la definición de la ciudad soviética y la polémica propuesta de los desurbanistas rusos, o el desarrollo de los nuevos barrios obreros alemanes y austriacos de la Alemania socialdemócrata y de la Viena Roja. Unos debates que, con muchas similitudes, cruzaron el Atlántico durante las décadas previas al *crack* del 29 y que se propagaron por EEUU durante el New Deal impulsado por Roosevelt.

El movimiento moderno arrancó durante los años veinte dialogando con las corrientes urbanísticas heredadas de la ciudad jardín y aportando una mirada con una elevada sensibilidad social y ambiental. El urbanismo debía estar al servicio de

la mejora de las condiciones de vida de las clases populares y generar hábitats con una elevada calidad de vida, para lo cual debían hibridar la experimentación técnica en sistemas y materiales constructivos con la respuesta a las necesidades sociales. Finalmente, terminaron imponiéndose las tesis más formalistas y rupturistas con el pasado, la arquitectura se distanciaba de los movimientos sociales y se hacía mucho más funcional a los planes de los desarrolladores urbanos.

¿Qué concepciones de vivienda se impulsaron desde el socialismo en el poder? ¿Cuáles fueron las relaciones entre el campo y la ciudad a la hora de planificar el territorio? ¿Qué papel jugaban la agricultura o los huertos urbanos durante este periodo abiertamente reformista en las políticas urbanas? ¿Qué supuso el movimiento moderno a la hora de revolucionar las políticas urbanas? Abordaremos estos interrogantes en los siguientes apartados.

3.1 Los debates sobre la Ciudad Verde en la ciudad roja

La solución burguesa a la cuestión de la vivienda está en quiebra: ha tropezado con la oposición entre el campo y la ciudad. Y con esto hemos llegado al centro mismo de la cuestión, que solo podrá resolverse si la sociedad se transforma profundamente de manera que pueda dedicarse a suprimir esta oposición, llevada al límite por la sociedad capitalista de hoy, la cual, lejos de poder suprimirla, la agudiza a diario.

F. Engels

Después de la revolución de octubre de 1917 se inaugura un nuevo tiempo marcado por la llegada al poder del partido bolchevique. La primera revolución socialista de la historia nació marcada por la urgencia y la violencia. El final de la participación rusa en la primera guerra mundial fechaba el inicio de la compleja guerra civil rusa. Una guerra en la que entre los grandes contendientes, el ejército rojo bolchevique y las guardias blancas zaristas, aparecían guerrillas campesinas como el ejército verde, guerrillas nacionalistas o insurrecciones anarquistas que llenaron la contienda de matices.

El movimiento obrero de todo el planeta tiene durante esos años sus ojos puestos en una Rusia idealizada, depositaria, aunque fuera temporalmente, de sus esperanzas e ilusiones. El socialismo se empezaba a construir haciendo frente a un contexto hostil, imponiendo la necesidad de aplicar las disciplinadas políticas del comunismo de guerra: nacionalización de la industria, planificación centralizada y militarización de la economía, requisamiento de excedentes campesinos para alimentar las ciudades, racionamiento...

Entre las medidas de urgencia adoptadas en las ciudades para resolver el déficit de viviendas destacan la nacionalización de las casas burguesas, que se subdividían y servían de alojamiento a familias proletarias. Los miembros del comité central Bujarin y Preobrajensky, posteriormente asesinados por el estalinismo, redactan durante la guerra *El ABC del comunismo* anticipando los decisivos debates urbanísticos que se desarrollarían después de la guerra.

[...]El fin de la guerra civil y de la ruina económica provocará el crecimiento

68 (Choay, 1970)

de la población urbana.[...] Entonces el régimen soviético se planteará la cuestión de las nuevas construcciones, de unas construcciones que deberán satisfacer las necesidades de la sociedad comunista. Es difícil decir en este momento qué tipo de casa será el mejor: edificios muy grandes, con todas las comodidades de la vida moderna, jardín, restaurante común... o casas obreras bien acondicionadas. Una cosa es cierta: el programa de vivienda no debe oponerse en modo alguno al programa de asociación de la industria con la agricultura⁶⁹.

La innovación y la creatividad social que portaba la revolución tuvieron que esperar a que acabara la guerra para mostrarse. Hasta esa fecha los únicos proyectos urbanísticos que se pusieron en marcha fueron algunas aldeas obreras asociadas a la construcción de nuevas plantas eléctricas e industrias, que siguieron el patrón de las *company towns* promocionando las bondades del contacto con la naturaleza, con la salvedad de que introducían algunos edificios destinados a los servicios colectivos como fórmula para facilitar la liberación de la mujer⁷⁰.

A mediados de los años veinte pudieron empezar a debatirse cuestiones artísticas y arquitectónicas sobre el modelo territorial, la ciudad socialista o el papel de la agricultura. Conviene recordar algunas posturas alternativas dentro del socialismo, herederas de los movimientos *narodnikis*⁷¹ que con antelación defendían el colectivismo agrario como base para llegar a un socialismo de base campesina sin tener que pasar por la etapa del capitalismo industrial que empobrecería y desvertebraría las sociedades campesinas. La vida de Chayanov, uno de sus principales impulsores y encargado del Instituto de Investigación Científica Agrícola tras la revolución rusa, ilustraría a la perfección este proceso, en su apuesta por partir de las aldeas campesinas para conformar una red de estructuras cooperativas, coordinadas de forma vertical sin perder autonomía y manteniendo mecanismos de decisión democrática. Una propuesta emparentada con el descentralismo cooperativo, basado en la combinación de las potencialidades de la industria ligera y la agricultura, que defendían la Liga Federalista y Kropotkin, quien tras el triunfo de la revolución vuelve del exilio. Estas iniciativas serían arrojadas a los márgenes del debate y silenciadas durante el periodo del comunismo de guerra. En 1918 las autoridades bolcheviques clausuraban la Liga Federalista y en 1924 comenzarían la colectivización forzosa, intensificada a partir de 1929. Los movimientos campesinos contrarios a la confiscación de grano y a estas políticas que subordinaban los intereses de las áreas rurales a las ciudades, también fueron perseguidos. Chayanov, firme defensor de estos movimientos, terminaría condenado a cinco años de reclusión en un campo de trabajo acusado de contrarrevolucionario, para acabar siendo fusilado en 1937⁷².

Una vez clausurada la posibilidad de aprovechar las *ventajas del atraso* y las potencialidades del campesinado para no tener que atravesar una acelerada industrialización, las reflexiones sobre el modelo territorial y la construcción de la ciudad

socialista devinieron estratégicos a la hora reconstruir los asentamientos humanos y el sistema económico en una Rusia exhausta tras años de conflictos bélicos. Una de las singularidades de este debate es que fue una de las últimas iniciativas en las que la intelectualidad rusa trató de definir los problemas de la construcción del socialismo, oscilando entre las soluciones técnicas y la posibilidad de proyectar utopías posibles adaptadas a las necesidades sociales del momento.

¿Cómo facilitar la aceleración y extensión del proceso de industrialización sin replicar el urbanismo de las ciudades capitalistas? ¿Cómo reequilibrar el ordenamiento territorial para acabar con las tensiones entre el campo y la ciudad? ¿Cómo planificar y editar las necesariamente diferentes ciudades socialistas apropiadas por el proletariado? Los ecos de estas discusiones explicitaban las distintas apuestas políticas de los técnicos y planificadores. Eran, como dice Ceccarelli, una réplica de la pugna que se daba entre la oposición de izquierdas y Stalin por la dirección del partido comunista⁷³.

Las posiciones más rupturistas con la ciudad y el modelo territorial heredados estaban representadas por los llamados desurbanistas, entre los que se encuadraban figuras como Ginzburg, Pasternak, Sokolov y Ojiovich. La revolución suponía una oportunidad para descentralizar actividades productivas y población, transformando radicalmente los asentamientos humanos al desurbanizar las irreversibles aglomeraciones urbanas que había construido el capitalismo.

Los desurbanistas se posicionaban contra el crecimiento urbano ilimitado y la concentración de población, apostando por un modelo de ciudad que no debía superar las 50.000 personas. Además, planteaban la necesidad de acabar con la división espacial del trabajo, defendiendo la destrucción de los conceptos de ciudad y campo, alertando de los riesgos de que el campo devenga en agrociudad destruyendo sus aspectos más positivos: luz, aire, naturaleza, entornos saludables...

[...] No se trata de construir ciudades en nuestros desiertos ilimitados. Es preciso dispersar las iniciativas lo más posible. El desplazamiento de la industria de transformación hacia los centros de materias primas, la unión de la industria y de la agricultura en un todo orgánico condicionan la estructura del hábitat y la ocupación del suelo. Esta nueva planificación plantea el problema de promover la vivienda económica, construida con materiales locales⁷⁴.

Los desurbanistas no se oponían a la industrialización, sino que defendían la necesidad de acabar con las dinámicas de concentración industrial, la especialización de los asentamientos y su aislamiento de las actividades agrícolas. Defendían la urbanización mediante una fórmula similar a las ciudades lineales, de manera que debía servir para colonizar, de la forma más autosuficiente posible, las zonas despobladas, incorporando áreas de huertos y de cultivo agrícola a ambos lados de las vías de transporte. Las líneas de tendido eléctrico marcarían las principales ubicaciones donde sería factible desarrollar estos experimentos.

Este reequilibrio territorial y la reconciliación entre campo y ciudad irían acompañados

69 (Bujarin, 1976: 87)

70 (Quilici, V. 1978)

71 (Sevilla, Guzmán 2011)

72 Una amena y breve historia del movimiento narodniki y de la vida de Chayanov se encuentran en el interesante libro de Marc Badal, *Vidas a la intemperie. Apuntes sobre el campesinado* (Badal, 2015).

73 (Ceccarelli, 1972)

74 (Ginzburg, 1972: 77)

de transformaciones en las estructuras urbanas, que debían posibilitar un nuevo estilo de vida socialista. El cambio físico de las estructuras urbanas heredadas del capitalismo era un elemento de consenso en las distintas teorías urbanas: el reequilibrio en la construcción de viviendas y equipamientos, la colectivización de los servicios (comedores, lavanderías, etc.) y la puesta en marcha de casas comuna como formas de disminuir la influencia de la familia y el retraimiento al espacio privado. También es compartido el valor central de los equipamientos, concebidos como “condensadores sociales”⁷⁵, la base de la sociedad socialista (clubes obreros, escuelas, bibliotecas, teatros...).

Los urbanistas enfatizaban estas reestructuraciones en el seno de las ciudades tradicionales, donde los elementos urbanos (transportes, estructuras productivas, núcleos residenciales...) se ordenarían mediante un reparto armónico de la industria y una distribución escalar de los servicios que aminorara las distancias entre el trabajo, la residencia y los equipamientos colectivos⁷⁶. En contraposición, los desurbanistas propugnaban la sustitución de las antiguas formas y localizaciones urbanas por sus asentamientos lineales, con ejes productivos cada ciertos intervalos, vinculados a las zonas de materias primas o agrícolas⁷⁷.

La propuesta desurbanista más detallada y emblemática fue la Ciudad Verde, el proyecto de reconstrucción que idean para Moscú. Un proyecto que se plantea con una vocación demostrativa de aquello que podría hacerse, como una fórmula que permitiera estimular debates y reconsiderar las líneas estratégicas que estaba adoptando el urbanismo soviético.

La idea apuesta por convertir Moscú en una enorme zona verde, manteniendo el casco histórico de la ciudad, los monumentos significativos y los primeros barrios obreros, concebida como un parque de la cultura, como un espacio de recreo y reposo museificado que únicamente acogería algunas sedes administrativas y políticas. El resto sería desurbanizando, desplazando la mayoría de la población a los asentamientos próximos, descentralizando y dispersando la capital. Una moratoria prohibiría cualquier nueva construcción. Progresivamente se demolerían las edificaciones que se fueran degradando y simultáneamente se procedería a una sistemática transformación de todas las áreas libres existentes en zona verde⁷⁸.

Los asentamientos levantados para acoger a la población desplazada se construirían en los principales ejes de comunicación de Moscú incorporando diversas tipologías de vivienda que incluían las unifamiliares, aunque asumían los nuevos criterios socialistas de colectivización de servicios. Asentamientos autónomos que además de incorporar industria se autoabastecerían de productos hortícolas y frutícolas de las granjas colectivas o koljós planificadas en sus proximidades.

El desurbanismo tuvo la valentía de defender el valor de la actividad campesina en un contexto de optimismo industrial, así como de proyectar modelos urbanos que trataran de disolver las tensiones entre campo y ciudad. Aunque, como es

obvio, estos debates fueron muy académicos, abstractos y desconectados de los problemas inmediatos del ordenamiento territorial de un país de vasta superficie como Rusia, caracterizado por sus complejidades orográficas, las grandes distancias entre tierras y materias primas, el acceso a la energía y zonas ya industrializadas con un mayor índice de productividad y facilidad para concentrar industria⁷⁹.

Ante la pregunta ¿qué hay que desplazar: personas, mercancías o materias? las ideas desurbanistas resultaban incompatibles con la situación de emergencia y la necesidad de una mayor eficiencia económica, por lo que las dinámicas e inercias llevaron a consolidar la centralidad de las antiguas ciudades, reforzando los asentamientos consolidados y replicando un modelo urbano similar al de la ciudad capitalista.

Las propuestas del urbanismo alternativo occidental, en especial los planteamientos de la ciudad jardín, ejercieron una influencia sobre las propuestas desurbanistas que sueñan con convertir la ciudad socialista en un asentamiento humano diferente. Unas tesis que finalmente fueron desechadas por la línea oficial del partido comunista y sometidas a una severa crítica.

[...] Algunos de nuestros teóricos de la ciudad socialista se han mostrado completamente esclavos de la sociedad capitalista, a la que rechazaban basándose en el tradicional método de los enclenques reformadores burgueses. Todos los reformadores burgueses de la ciudad, empezando por los ideólogos de la ciudad jardín y terminando con los teóricos de la ciudad lineal y con los apólogos de las formaciones superurbanísticas, que justificaban teóricamente las ciudades rascacielos, tenían como móvil el deseo de salvar de un modo u otro la ciudad capitalista. El problema fundamental de todas estas teorías era cómo huir de la ciudad. En su más pura expresión estas teorías reflejaban el odio clasista de los reformadores burgueses hacia las grandes ciudades, su temor a estos puntos de concentración del proletariado, que le daban la posibilidad de sentirse una clase y de organizar su propia lucha. [...] ¿Es esto casual? No, no lo es. Nuestros teóricos han violado la esencia del marxismo, las indicaciones del programa del Partido y las del camarada Stalin. Han extraído su bagaje de las teorías burguesas y han intentado cubrirlas con una fraseología socialista⁸⁰.

Los debates sobre el modelo territorial y el urbanismo socialista de los años veinte, que recorrían toda Europa, llevaron a Moscú a muchos de los arquitectos europeos impulsores del movimiento moderno como May, Taut, Wright, Meyer, o un entusiasta Le Corbusier que lideraría, a partir de 1928, la crítica extranjera a los desurbanistas. Aquellas visitas influyeron para que en 1931 el Comité Central asumiera el informe Kaganovich.

[...] Nuestras ciudades se han hecho socialistas en el momento de la Revolución de Octubre, en el momento en que hemos expropiado a la burguesía y hecho colectivos los medios de producción. Negar el carácter socialista de

75 (Sica, 1981).

76 (Quilici, 1978)

77 (Aracil y Rodríguez, 1998)

78 (Ginzburg y Barsc, 1972)

79 (Pasternak 1972)

80 (Svetlov y Gorniy, 1972)

nuestras ciudades es partir de un punto de vista equivocado⁸¹.

El debate fue clausurado cuando la dirección del Partido adoptó un pragmatismo tecnocrático: los problemas de la construcción de la ciudad socialista únicamente requieren respuestas científico técnicas que deben seguir un mayor pragmatismo para conseguir aplicar el realismo socialista al urbanismo.

Los arquitectos y planificadores occidentales dejan de ser bien recibidos en la URSS, una ruptura marcada por los sucesivos aplazamientos del IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM), que debía celebrarse en Moscú en 1932 pero que nunca llegó a realizarse. En cualquier caso, las autoridades soviéticas ya habían decidido seguir los patrones formales del movimiento moderno hegemónico: exaltación de la división funcional de la ciudad, altas densidades, morfología regular e intervenciones a gran escala.

El principio rector del urbanismo socialista sería la industria, ya que la planificación centralizada del espacio implicaba anticipar el tamaño óptimo y el límite de los asentamientos, la organización funcional y formal o sus motores económicos, recurriendo a la industria como garante del equilibrio territorial que permite regular los flujos demográficos y los procesos de expansión urbana. Esta dinámica que priorizó la concentración industrial impulsó una explosión urbana que, además de reconstruir las ciudades antiguas, supuso la fundación en la Unión Soviética de 814 ciudades y 2.039 poblados de tipo urbano entre 1926 y 1965⁸².

Este urbanismo, que si bien mantenía enormes similitudes formales y estratégicas con el urbanismo capitalista, construyó ciudades mucho más igualitarias con sus principales singularidades: innovó radicalmente la tipología de las viviendas, persiguió el reequilibrio territorial en el acceso a las dotaciones colectivas, impulsó una mayor planificación del transporte público que hiciera accesible la ciudad a las masas y se preocupó por la inserción de zonas verdes y anillos boscosos perimetrales.

La victoria del urbanismo moderno en la reconstrucción de las ciudades soviéticas coincide cronológicamente con la colectivización forzosa del campo como forma de modernizar la agricultura y ponerla al servicio del abastecimiento de las ciudades en forma de alimentos y de materias primas para la industria. Los pequeños propietarios de granjas y tierras fueron expropiados y obligados a trabajar en las nuevas granjas colectivizadas, donde se había socializado la tierra en gigantescos lotes que debían cultivarse de forma mecanizada. Los saberes, identidades y prácticas campesinas fueron consideradas reaccionarias y su resistencia reprimida.

La ciudad socialista finalmente no se reconcilió con el campo, sino que lo subordinó de forma más intensa. Los nuevos imaginarios urbanos, la industrialización y la colectivización forzosa terminaron por difuminar los aportes que podían hacer el campesinado y la agricultura a la revolución.

[...]La secular contraposición entre ciudad y campo no será, por tanto, eliminada, triturando la ciudad en muchas células agrícolas, sino a través de la

gradual progresión del campo hacia la industrialización y la mecanización⁸³.

81 (Aracil y Rodríguez, 1998: 221)

82 (Tomé, 2005)

83 (Strumilin, 1972: 116)

3.2 El urbanismo socialista en Centroeuropa o el diálogo entre el movimiento moderno y la ciudad jardín

i Ciudadanos y ciudadanas!

Y así veo nuestra existencia:

(...)

Veo: muchos pequeños huertos – cada familia posee uno.

(La nueva existencia multiplica los frutos.).

Veo: un modo de trabajar natural – en la propia obra.

(La nueva existencia exige trabajo manual y mental para todos.)

Veo: un mínimo gobierno – por voluntad de los gobernados.

(La nueva existencia se regula a si misma.)

Veo: el más alto alzamiento – por la voluntad de los mejores.

(La nueva existencia quiere peregrinación, sol y juego.)

Estos hombres no conocen la lucha por la existencia.

Estos hombres no conocen la lucha entre las naciones.

Estos hombres se aman y aman el bello mundo.

La ciudad de piedra a la que han sobrevivido significaba morir y consumir.

La ciudad-campo sin consumir significa vivir y multiplicar.

L. Migge

Tras la primera guerra mundial, en Europa se intensifica la crítica a la ciudad, ya iniciada por reformistas y socialistas desde fines del siglo XIX. La guerra provoca una reacción contra la sociedad industrial y la ciudad que genera: se considera que, lejos de alcanzar el desarrollo prometido, ha intensificado la avaricia con resultados desastrosos, provocando la explotación de los trabajadores y su hacinamiento en viviendas insalubres. En especial en el centro de Europa se culpa al desarrollo acelerado y la expansión urbana industrial de la época guillermina de haber provocado la contienda, y se extiende la idea de la ciudad industrial como exponente de todos los males del desarrollismo capitalista, y el retorno a la naturaleza como única solución a la miseria urbana.

El descontento posbélico y la creciente organización del movimiento obrero hacen posible las primeras victorias de partidos socialdemócratas en grandes ciudades del centro de Europa, inaugurando un breve periodo de reformas socialistas en medio de una gran crisis económica. En los primeros años son agudas las tensiones entre las distintas visiones del cambio político, con consecuencias trágicas para los movimientos revolucionarios. A partir de 1923 se estabiliza la situación y la mejora económica producida por las ayudas extranjeras permite el desarrollo de ambiciosos programas de vivienda. Sin embargo, en 1930 la situación vuelve a empeorar y provoca el imparable ascenso del nazismo, que desembocará en una nueva guerra. En Viena, el gobierno socialista aislado en la capital fracasará en su intento de planificar un modelo de transformación económica de gran escala, al no encontrar alianzas en un entorno rural fuertemente conservador que ve en la burguesía urbana a sus aliados naturales. Los

socialistas no serán capaces, por tanto, de desarrollar el programa integral que permitiera la autosuficiencia alimentaria. A pesar del resurgir de la lucha entre grandes propietarios y campesinos por el derecho al uso de bosques y pastos, y por la propiedad de los antiguos bienes comunes, la anunciada socialización de la tierra nunca llegará a realizarse.

El rechazo a la ciudad y la idea de la vuelta a un modo de vida más natural enlaza con el Movimiento por la Reforma de la Vida (*Lebesreform*) que se había desarrollado en Alemania a principios de siglo y que promulgaba la cooperación social, el contacto con la naturaleza, y el rechazo a la sociedad industrial, con variadas manifestaciones en movimientos juveniles, obreros, educativos y espirituales, como el naturismo, el vegetarianismo, la medicina natural, la colectivización de la propiedad del suelo o los huertos obreros.

[...] Uno de los aspectos que los reformadores de la vida preconizan [...] se refiere a la actividad física del cuerpo que, en contacto con la tierra, con las labores agrícolas, con la construcción de la casa y otras tareas relativas a la vida al aire libre colocan el cuerpo en el centro de toda actividad⁸⁴.

Una de las manifestaciones de esta nueva concepción es el cambio en la función de los espacios verdes en la ciudad, que pasan de los parques burgueses del siglo XIX con un fin básicamente ornamental a los parques populares, *volkspark*, que cumplen variadas funciones, como alojar actividades al aire libre para el disfrute de toda la población. Generalmente los *volkspark* adoptaron la forma de bosques urbanos con instalaciones deportivas, de gimnasia, de juegos, para baños de sol, estanques para nadar, casas del pueblo, huertos, áreas de teatro, danza, conciertos... En definitiva, espacios de aprendizaje y acción. Estas iniciativas se desarrollarán principalmente en ciudades industriales como Berlín, Frankfurt o Colonia después de la guerra⁸⁵.

Artistas, arquitectos y planificadores se agrupan en esta época en colectivos de carácter político y plantean su papel en la creación de un nuevo mundo, entendiéndose que su responsabilidad es estar al servicio de la sociedad y «redefinir los valores del arte y de su propio papel en el proceso de reconstrucción ética, social y material de la nación»⁸⁶. Este nuevo mundo significará el fin de la ciudad, y se esboza en las visiones de nuevos asentamientos descentralizados y autosuficientes, como las dibujadas por Bruno Taut en *La disolución de las ciudades* (1921), donde plantea la ruptura de la metrópoli en pequeños núcleos autogestionados, con casas del pueblo en lugares preponderantes, y en cuyo funcionamiento son esenciales las cooperativas de trabajo, el derecho a un huerto familiar y el encuentro comunitario en un «espacio exterior habitable»⁸⁷.

Junto a Taut otros planificadores, arquitectos y paisajistas desarrollarán estas ideas en la construcción de los programas de vivienda popular impulsados por los

84 (García Roig, 1999: 97)

85 (De Michellis, 1981)

86 (Sica, 1981)

87 (De Cárdenas, 2009)

gobiernos socialdemócratas en distintas ciudades de la república de Weimar y en la llamada Viena roja, como Martin Wagner en Berlín, Ernst May en Frankfurt, Adolf Loos en Viena, o Leberecht Migge, un paisajista que colabora con todos ellos. Plantean las *siedlungen* no únicamente como una solución a la escasez de vivienda mediante la construcción de barrios suburbanos destinados a alojar a la población obrera en mejores condiciones de vida, sino desde una concepción integral que los concibe como núcleos autosuficientes, nodos de un sistema territorial nuevo. Desde esta idea de sistema los espacios vacíos que delimitan las *siedlungen* adquieren una función primordial, convirtiéndose en una estructura verde y productiva que separará los núcleos entre sí, y a estos de las grandes ciudades.

Este modelo urbano está fuertemente influido por las ideas de la ciudad jardín, que conocen en profundidad. Durante los años veinte la mayoría de los promotores de este nuevo paradigma urbano visitaron las ciudades jardín construidas en Inglaterra en viajes organizados por Muthesius, arquitecto promotor de las ideas del Arts & Crafts y de la ciudad jardín en Alemania. Además May había sido aprendiz de Unwin; y Taut fue consejero desde 1913 de la Sociedad Alemana para la ciudad jardín, de la que Wagner también formaba parte. Este último afirmará:

[...]Es hora ya de darse cuenta de que la época de la máquina y la era atómica no pueden encontrar su perfección en las grandes ciudades de hoy en día, sino sólo en una agrupación orgánica de ciudades jardín en campiñas-ciudades, es decir, en unidades ciudad-bosque-campo, entrelazadas⁸⁸.

Sin embargo, la propuesta de una estructura territorial de carácter rural y descentralizado no se plantea como una vuelta a un pasado idealizado, sino que incorpora los avances técnicos y científicos de la época. Todos ellos están inmersos en la experimentación del movimiento moderno, planifican con criterios funcionales y desarrollan sistemas de prefabricación, como el que se aplica en la *siedlung Preunheim*, construida por May en Frankfurt, donde las piezas de hormigón de fácil montaje permitían construir una vivienda en sólo dos días. Las *siedlungen* se planifican buscando la máxima captación solar, la iluminación natural y la ventilación cruzada en las viviendas. Las nuevas tipologías desarrolladas incluyen cocinas y baños con elementos estandarizados. En algunos casos la cubierta plana servía como solárium, una idea que desataría un curioso debate en el que los conservadores defienden la vivienda tradicional y atacan la vivienda moderna, identificada con la cubierta plana, a la que tildan de socialista y de ajena a la tradición germánica. Sin embargo para estos arquitectos socialistas tradición y modernidad se pueden unir armónicamente. Como afirma Taut «a través de la arquitectura de la *siedlung*, la casa del campesino enlaza directamente con la construcción en serie de tal modo que, gracias al aspecto de la nueva arquitectura, se lleva realmente a cabo la integración entre el campo y la ciudad»⁸⁹.

Las posiciones modernas y de la nueva cultura se materializan en diversos aspectos, además de la construcción de viviendas. Las *siedlungen* incluyen todo tipo de usos: colegios, teatros, casas del pueblo, lavanderías y comercios y los espacios libres cumplen diversas funciones, recreativas y productivas, pero también de transición con el entorno natural. En el plan de desarrollo redactado por May para Frankfurt los espacios libres estructuran la localización y dimensión de los asentamientos, con anillos verdes que separan las *siedlungen*, apoyados en elementos naturales, como el valle del río Nidda. Wagner en Berlín tomará este plan general como ejemplo. Ya en su tesis, realizada en 1915, analiza “científicamente” el verde urbano, estableciendo estándares de superficie y accesibilidad, definiendo distintas categorías de verde y la distancia desde las viviendas a cada uno de ellos. El espacio verde adquiere una función higiénica y recreativa, y lo que es más, de conexión ciudad-campo. El arquitecto plantea la creación de grandes espacios libres alrededor de la ciudad pero conectados con el centro mediante cuñas verdes que radiaran de las zonas más densamente urbanizadas hacia los grandes parques⁹⁰.

La construcción de las *siedlungen* es llevada a cabo por un innovador sistema de financiación que dependía de las mutualidades obreras, de subvenciones públicas y de cooperativas sociales de edificación vinculadas a los sindicatos socialistas, que pasaron a dirigir la política de vivienda pública desde la Sociedad Anónima de Protección de la Vivienda para Funcionarios, Empleados y Obreros (DEWOG, por sus siglas en alemán). La complicidad establecida entre las direcciones de obra y las cooperativas constructoras para dignificar la vivienda popular dieron como resultado que las primeras *siedlungen* fueran espacios de gran calidad, tanto por las viviendas como por las dotaciones y espacios libres. Algo que llevaba a las élites económicas a cuestionarse si no eran demasiado lujosas y un derroche de recursos para alojar a simples obreros.

La reflexión sobre la relación de la vivienda con el jardín productivo adquiere una gran importancia dado el contexto de escasez posterior a la guerra. «El drama de la derrota en la guerra y el deterioro del abastecimiento de alimentos y vivienda en el colapso de la economía alemana condujo a una gran expansión de las formas de autosubsistencia, y también en el centro de atención de los arquitectos de jardines y los municipios urbanos la cuestión de planificar estos asentamientos de huertos»⁹¹. Loos plantea que la combinación de huerto y vivienda no solo permite al obrero hacer un uso productivo de su tiempo libre, sino que transforma la vivienda en un centro productivo, permitiendo a la familia convertirse en sujeto autónomo⁹². El arquitecto escribirá en *Die Moderne Siedlung* en 1920: «cada *siedlung* comienza por el huerto. Este es primordial, el alojamiento secundario». En este sentido critica los modelos de *siedlung* que no incorporan huertos, como la de Weisenhofsiedlung planificada por Mies van der Rohe, que Loos describe como un muestrario de las últimas tendencias ar-

88 (Wagner, 1957:13)

89 (Jaggi, 1992)

90 (De Cárdenas, 2009)

91 (De Michelis, 1981: 109)

92 (Blau, 1999)

quitectónicas. Los arquitectos y diseñadores socialistas, por el contrario, conciben *siedlungen* en las que es esencial un jardín productivo ligado a la vivienda. Loos diseñará jardines funcionales, influido por las propuestas de Migge, en los que introduce espacios relacionados con el proceso de producción de alimentos, de almacenaje, de preparación y conservación. Más adelante, Fischer, discípulo de Loos, colaborará con Migge profundizando en esta relación vivienda-jardín productivo. En sus diseños incide en el flujo espacial entre interior y exterior, y experimenta con elementos como invernaderos desmontables situados alrededor de la vivienda, que proporcionan calor en invierno.

Sin embargo, a pesar de este interesante proceso, cuando la situación económica mejora y el acceso a alimentos deja de ser una cuestión urgente, el modelo de *siedlung* cambiará, y no todas tendrán provisión de huertos.

Viena en tres años logró construir más de 60.000 viviendas populares. Frankfurt en 1933 había construido 24 emplazamientos de *siedlungen* con 15.000 viviendas. Berlín edificó decenas de miles de viviendas... Estos experimentos terminaron de forma abrupta con el ascenso del nazismo que rápidamente disolvió los programas de vivienda pública y forzó al exilio en EEUU, Rusia o Turquía a sus principales arquitectos.

Una de las figuras más emblemáticas e interesantes de este periodo es Leberecht Migge⁹³, pues aún en sus propuestas la búsqueda de un nuevo modelo urbano, la autosuficiencia alimentaria y el cierre local de ciclos, todo ello desde las posibilidades técnicas que preconiza el movimiento moderno. A través de sus escritos y realizaciones, Migge se convirtió en una figura de referencia. Trabajó junto a los arquitectos en la planificación de nuevos barrios en Alemania y Austria, e incluso diseñó los jardines de las casas de Taut y May, en las que incluyó, por supuesto, huertos familiares y compostadoras.

Su trabajo, comenzado como diseñador de parques y jardines, pronto adquiere un carácter más social, y se interesa en la modernización de los *kleingarten* (huerto urbano) con el fin de aumentar el rendimiento de las cosechas. Para realizar un cultivo intensivo considera primordial la mejora del suelo, y el máximo aprovechamiento del calor y del agua, así como un diseño funcional de los huertos para los que desarrolla distintas tipologías. Estudia cómo poner la tecnología al servicio de la producción introduciendo nuevos elementos en el huerto, como aspersores, invernaderos o compostadoras. Para aumentar la captación de calor propone muros protectores e invernaderos, posibles gracias al desarrollo de técnicas que permiten la fabricación de grandes piezas de vidrio.

Migge sin embargo no es un defensor ciego de cualquier avance de la técnica: se opone a los nuevos fertilizantes químicos, que se convirtieron en objeto de un fuerte debate entre sus promotores y aquellos que defendían los métodos tradicionales de fertilización orgánica. Tampoco está de acuerdo con la instalación de sistemas de saneamiento y alcantarillado, que comenzaban a ser desarrollados en distintas ciudades, por considerarlos un despilfarro de recursos. Frente a este sistema, Migge

propone construir instalaciones de tratamiento de residuos y de agua para su aprovechamiento en la fertilización del suelo. Posiblemente influenciado por Kropotkin y su relato de los huertos en la periferia de París, Migge defiende el jardín biológico, en el que se aprovechan el agua, los desechos y los excrementos humanos que se producen en las viviendas para fertilizar el suelo, cerrando los ciclos de una manera orgánica. Para ello idea un sistema de inodoro seco y siempre dispone en sus jardines un espacio para compostar los residuos orgánicos.

Su experimentación en los huertos es la base sobre la que hace sus propuestas urbanas. Según de Michellis «el análisis que Migge realiza [en 1913] del verde urbano parte no de los grandes parques, sino de los *kleingärten* [...]. Migge indica que el anillo de *kleingärten* que rodea las grandes ciudades, es una “corona de honor” y menciona los 15.000 *kleingärten* de Leipzig como un elemento decisivo de la socialización del verde urbano»⁹⁴. En 1918 publica *Cada hombre autosuficiente*, donde describe *siedlungen* autoorganizadas, de economía autosuficiente, con un esquema de propiedad del suelo similar al de la ciudad jardín de Howard, en el que las comunidades cooperativas pueden pagar el suelo y los costes de construcción mediante la venta de la producción de verduras. El cultivo de alimentos es una de las principales funciones de la *siedlung*, y les reserva distintos espacios que se dividen en áreas de cultivo intensivo ligadas a las viviendas y destinadas al autoabastecimiento, y otras de producción extensiva cultivadas de forma cooperativa, reserva también espacios para estanques de pesca, pequeñas granjas, viveros, invernaderos, pastos comunales...

[...]Tales cosas marcan la *siedlung* creciente como una construcción y reconstrucción biológica en el ser de hombre y nación, cuyo objetivo resulta en un nuevo paisaje. Los muros calentados por el sol incrementan la exposición solar, como las estructuras que soportan las plantas recogen luz y calor. Amplios paseos arbolados reducen los fuertes vientos del este y del oeste. A intervalos constantes los invernaderos regados por aspersión irrumpen en la estructura de las unidades de vivienda. Todo tipo de equipamientos públicos dan vida a los bordes de estos distritos jardín, en los que las casas comunitarias y los colegios ocupan una posición privilegiada. Grupos de trabajadores por turnos van en bici o autobús a las fábricas cercanas. En todas partes hay una atmósfera de laboriosidad, en todas partes se ríe y se canta. Plantas, animales y humanos están unidos en un nivel más elevado de paisaje en asentamientos biológicos⁹⁵.

Además de la creación de nuevos núcleos autosuficientes, a juicio de Migge la ciudad existente puede redimirse si reorganiza su estructura permitiendo a sus habitantes el acceso al suelo para cultivar. De este modo urge a la recuperación de suelos vacantes para plantar jardines y huertos de todo tipo. En *El Manifiesto Verde* de 1919 plantea una nueva organización territorial en lo que llama la ciudad-campo

93 (Haney 2010)

94 (De Michellis, 1981: 112)

95 (Migge, 1932)

(*Stadtland*) o campo-ciudad (*Landstadt*), incidiendo en la idea de proximidad e interdependencia entre áreas productivas y urbanas.

[...] ¡Ciudadanos y ciudadanas!

¿Quién salva a la ciudad? El campo salva a la ciudad.

La vieja ciudad sólo puede salvar su existencia si se entremezcla con el campo :

¡Cread la ciudad-campo!

Las ciudades deben abrazar su propio campo. Hay cien mil hectáreas desaprovechadas: suelo edificable,

suelo de cuarteles, suelo de carreteras, suelo yermo.

Hay que echar mano de él.

¡Hay que plantar!

(...)

Eso alivia millones de viejas existencias urbanas.

Eso, y algo más, conserva la vida de la ciudad⁹⁶.

Para el borde urbano, también objeto de debate entre los planificadores de entreguerras, idea un nuevo tipo de morfología urbana: la ciudad-tierra-cultura (*Stadtlandkultur*): «Qué es la ciudad-tierra-cultura? No es más que el cultivo experto de las afueras de la ciudad; más concretamente, de todo el terreno situado entre las grandes vías de transporte (ferrocarril, carreteras) que se encuentran entre media y una hora de viaje desde el centro urbano»⁹⁷. En estas áreas se situarían parques, colonias de *kleingarten* y *siedlungen*, dedicadas a una agricultura intensiva apoyada en los residuos urbanos. Así traduce a la escala urbana la idea del cierre de ciclos que había desarrollado en la vivienda. En 1932 llega a proponer la creación de *siedlungen* adyacentes a las plantas de depuración de aguas residuales de Berlín para alojar a habitantes de las áreas más densas de la ciudad y permitir su remodelación con la inclusión de más espacio libre. En estas *siedlungen* el metano producido en las plantas depuradoras podría utilizarse para calentar los invernaderos y el agua filtrada se usaría en los huertos, que se fertilizarían con el compost derivado de los residuos urbanos.

A mediados de los años treinta, coincidiendo con el ascenso nazi, van ganando importancia las ideas nacionalistas de tierra y sangre, con fuertes implicaciones raciales en las que el campesino alemán es ejemplo de las virtudes de la Alemania tradicional. En este contexto Migge, a pesar de su indefinición política, pierde toda su influencia. Su adhesión a las ideas del movimiento moderno es suficiente para descartar sus aportes, siendo fuertemente atacado por su protagonismo en los proyectos socialistas y su amistad con arquitectos claramente revolucionarios.

96 (Migge, 1919)

97 (Ibidem.)

3.3 La vuelta a la tierra durante la Gran Depresión y los orígenes del urbanismo agrario norteamericano

Los médicos tapan sus errores con tierra, los abogados con papeles y los arquitectos aconsejan poner plantas.

F. Lloyd Wright

A principios del siglo XX y debido a las pésimas condiciones de vida de la ciudad moderna y la creciente desigualdad económica, comienza a respirarse en las calles de los EEUU un profundo sentimiento antiurbano. Un país con una fuerte tradición agraria empieza a ver en el abandono de la ciudad moderna y la vuelta al campo una alternativa viable.

Nace así el movimiento Back to the Land, impulsado por pensadores cercanos al movimiento libertario como Bolton Hall, pionero promotor de la agricultura urbana en Nueva York y autor del libro de referencia *A little land and living* en 1908, o su hijo Ralph Borsodi, teórico agrario que se mudó al campo con la idea de poner en valor la actividad agrícola de pequeña escala y su cultura (relativa autonomía económica, pertenencia comunitaria, sentimiento de independencia, desconfianza hacia la maquinización, proximidad a la naturaleza). Borsodi fue un activo defensor de los diseños de vivienda con un huerto incorporado, como símbolo de la descentralización y de la autosuficiencia que debían perseguir los asentamientos humanos.

[...]La producción doméstica, si un número suficiente de gente se dedicara a ella, no solamente acabaría con una parte de la industria más indeseable y no esencial al privarla de mercado. Haría mucho más. Alejaría a los hombres y mujeres de las fábricas para acabar con el poder que los explota, hacerlos dueños y no sirvientes de las máquinas, liberarlos de la rutina y la explotación para que puedan conquistar el confort, la belleza y la armonía⁹⁸.

El movimiento Back to the Land aspiraba a diseñar durante los años veinte una tercera vía entre el capitalismo y el socialismo. El acceso a la tierra se convierte en un mecanismo que ayudaría a los oprimidos a resistir a los poderosos. Un modelo basado en favorecer la autosuficiencia alimentaria básica de las familias y el autogobierno de las poblaciones, facilitando la disponibilidad de tierra para construir asentamientos descentralizados y cooperativos en el campo⁹⁹. Fue esta una apuesta minoritaria que, en algunos casos, rozaba el idealismo agrario pero que sirvió para impulsar diversos asentamientos experimentales que lograron incitar a miles de norteamericanos a buscar un nuevo futuro en el campo. Historias exitosas, algunas de las cuales fueron relatadas por Borsodi en *This Ugly Civilization*, justo cuando se desataba la Gran Depresión y millones de personas se encontraban desempleadas y empobrecidas en las ciudades.

A principios de los años veinte se forma la Asociación para la Planificación

98 (Borsodi, 1908)

99 (Carlsson, 2004)

Regional de América, un grupo de urbanistas que, recogiendo las ideas de la ciudad jardín y el regionalismo de Geddes, propone un modelo territorial que intenta resolver los problemas de la concentración metropolitana y ordenar la previsible dispersión urbana facilitada por el automóvil privado. Esta propuesta se basa en la descentralización de la población y la actividad económica y en el desarrollo equilibrado de los recursos regionales. En lo que puede ser considerado su manifiesto fundacional, el número especial de la revista *Survey Graphics* de 1925, Chase, el economista del grupo, destaca lo absurdo de «llevar carbón a Newcastle», es decir, de transportar de costa a costa productos que se pueden obtener en proximidad, y plantea la planificación regional como alternativa, con «un máximo de productos agrícolas [...] producidos en la propia región, [y] un mínimo de intercambios interregionales»¹⁰⁰. Una economía que prioriza la proximidad entre materias primas, industrias de transformación y centros de consumo, orientada a satisfacer las necesidades colectivas.

Como apunta Mumford en esta misma revista¹⁰¹, no se trata de planificar la región al servicio de una ciudad central, sino de pensarla como un todo donde la ciudad es solo una parte. Este modelo plantea la interdependencia campo-ciudad. El primero alimenta a la segunda con frutas y verduras frescas, y la ciudad ofrece al campo los recursos técnicos, los conocimientos e innovaciones para lograr su conservación y explotación equilibrada¹⁰². La planificación regional se orienta al bienestar social y a preservar los recursos locales mediante el control colectivo del suelo. La tierra debe pertenecer a la comunidad y ser gestionada por las autoridades municipales y regionales adecuadas: «Si la propiedad individual trabaja en contra del mejor uso del suelo como recurso humano, no es el medio ambiente el que debe ser sacrificado, sino el principio de la propiedad individual sin límites»¹⁰³.

Las propuestas de Back to the Land y de los regionalistas resultarían muy influyentes en la definición de las políticas agrarias y en algunos de los proyectos urbanísticos impulsados desde el New Deal de Roosevelt para hacer frente a la crisis durante los años treinta. Entre aquellos más directamente influenciados destacaría la Subsistence Homesteads Division (SHD), una agencia estatal orientada a crear comunidades modélicas mediante el traslado de los pobres de las ciudades a asentamientos donde tendrían trabajos a media jornada, dispondrían de vivienda y de pequeñas porciones de tierra donde cultivar sus alimentos de forma autosuficiente, y disponer de algún animal (gallinas, vacas, caballos o cerdos). La agricultura estaba orientada al autoconsumo y no a la comercialización. Existía una fuerte supervisión estatal y aquellas familias que abandonaban los cultivos eran reemplazadas. Las viviendas y los equipamientos colectivos eran autoconstruidos de forma cooperativa con apoyo y asesoría de la SHD. Los perfiles de población que se seleccionaban para habitar estos asentamientos priorizaban aquellos que eran 100% americanos,

es decir, blancos, preferiblemente parejas jóvenes con hijos y con un mínimo de solvencia económica. La población negra y los colectivos más empobrecidos tuvieron mayores dificultades para incorporarse al programa hasta la implicación directa de Eleanor Roosevelt, una de las máximas defensoras del proyecto¹⁰⁴.

Estos asentamientos se diseñaban para conjugar el individualismo y la vida comunitaria, la autosuficiencia y la cooperación, el trabajo agrícola y el industrial. El New Deal transmitía un cierto aliento utópico que atraía incluso a pioneros como Borsodi, que coordinó la puesta en marcha de la primera colonia SHD financiada con fondos federales en Ohio. Durante los años 1933 y 1935 unas cien iniciativas de este tipo se pusieron en marcha a lo largo y ancho del país. Los proyectos fueron acogidos inicialmente con entusiasmo, pero al pasar los años de emergencia los intereses de los propios granjeros se centraron en la seguridad económica y fueron dejando de lado el carácter experimental y cooperativo de estos asentamientos.

La política de la SHD fue duramente criticada por la prensa conservadora, que la acusaba de atentar contra los valores tradicionales americanos de la propiedad y el individualismo, por sus bases cooperativas y su propiedad estatal, poniéndolas como principal ejemplo de las infiltraciones comunistas en el New Deal. También encontró oposición desde la izquierda obrera, que planteaba que estas políticas ayudaban a conformar un colectivo de campesinos reaccionarios que se resistirían a las demandas revolucionarias de los trabajadores industriales¹⁰⁵.

Otra de las políticas urbanísticas más innovadoras del New Deal fueron las *greenbelt towns*, cuyo diseño se inspiraba en el modelo de la ciudad jardín inglesa, aunque incorporando las autopistas como infraestructuras de comunicación, y un diseño de los edificios más moderno que se aleja de la estética pintoresca de los suburbios residenciales. Lo más importante de las *greenbelt towns* es la posibilidad de crear nuevos núcleos autónomos de las grandes ciudades, en los que agricultura e industria debían encontrarse en proporciones equilibradas. Nuevas ciudades autónomas próximas a grandes núcleos urbanos que absorberían a las masas de parados ofreciéndoles empleo y hábitats saludables. La más grande de las tres *greenbelts* construidas, la de Madison, que data de 1935, respondía a una planta en forma de hoz pensada para acoger cerca de mil habitantes cuyo diseño facilitaría la armonía entre la vivienda y los equipamientos y permitiría que la actividad agrícola se combinara con pequeñas fábricas que dotasen de autonomía económica a la ciudad. Las factorías nunca llegaron a ubicarse y el asentamiento acabó siendo un apéndice suburbial de Washington, un barrio a las afueras. A pesar de sus problemas de aplicación práctica estas iniciativas mostraban las innovaciones urbanísticas y las estrategias por reconciliar campo y ciudad que latían en muchas de las políticas del *New Deal*, programas de lucha contra el desempleo y la pobreza donde subyacían profundas ambiciones de transformación radical de la sociedad¹⁰⁶.

En medio de los experimentos del movimiento Back to the Land, el trauma

100 (Chase, 1925: 143)

101 (Mumford, 1925: 151)

102 (Mumford, 1938)

103 (Ibidem.)

104 (Carriker, 2010)

105 (Brown, 2011).

106 (Sica, 1981)

socioeconómico que supuso la Gran Depresión de los años treinta y las esperanzas insufladas por el New Deal de Roosevelt, fue concebido un influyente proyecto del arquitecto Frank Lloyd Wright, *Broadacre city*. Una creativa propuesta urbanística que daba una posible respuesta a las posturas agraristas defendidas en los debates del momento en torno a las relaciones campo-ciudad, a la vez que adoptaba formalmente los principios arquitectónicos, los materiales y los estilos constructivos del movimiento moderno.

El proyecto es publicado en 1932 y presenta una ciudad de baja densidad en medio del campo donde se hace realidad el sueño romántico del oeste americano de garantizar el acceso universal a la tierra. La ciudad se organiza en torno a una gran cuadrícula marcada por caminos transitables para el automóvil y un interior donde se encuentran los equipamientos sanitarios, culturales y administrativos, encargados de romper la homogeneidad visual del espacio, así como la industria ligera, las granjas, las zonas de cultivo profesional y las viviendas unifamiliares que incorporan pequeños lotes de tierra.

[...] La propuesta de Wright parte de la crítica a la civilización industrial urbana, negadora de los valores humanos más auténticos, para fundarse en la redistribución de una calidad ambiental que tan sólo es posible en la recuperación de ese mito de la frontera que, en una sociedad tecnificada, puede verse reactualizado en la fusión de campo y ciudad, en un general derecho a la tierra¹⁰⁷.

No hay muchos detalles sobre su funcionamiento, pero es evidente que el proyecto urbanístico fue concebido como una utopía antiurbana, donde las personas tienen derecho por nacimiento a un acre de tierra procedente de los bancos de tierra del gobierno, donde instalar su vivienda y sus huertos de autoconsumo. La imagen que se proyecta es la de una suerte de sociedad sin clases ni contradicciones que se desarrolla en armonía con su entorno natural y que destila un optimismo en los avances tecnológicos (electricidad, teléfono, taxi-helicópteros...). La propuesta recibió algunas críticas por el enfoque individualista que subyace en ella, planteando que semejante dispersión causaría un elevado coste en la dotación de servicios públicos a todas las viviendas, y que dificultaría el encuentro entre sus habitantes¹⁰⁸.

Broadacre City fue una propuesta teórica que generó muchas discusiones en los debates urbanísticos, pero que no fue concebida para llevarse a la práctica como una moderna utopía. Esta obra es considerada como la fundadora del urbanismo agrario, noción en torno a la cual se pueden agrupar algunos arquitectos norteamericanos o afincados allí que apostaron por modelos urbanos que asumían muchas de las propuestas del movimiento moderno readaptándolas a entornos rurales, en una apuesta por descentralizar las industrias y las residencias, que se ligaban siempre a zonas de cultivo y granjas.

Entre las muchas influencias directas que este proyecto ejerció, destaca la de

Ludwig Hilberseimer y su propuesta de los años cuarenta *The New Regional Pattern*. Hilberseimer plantea bloques de viviendas elevadas alineados frente a hileras de huertos a sus pies, donde se despliegan un conjunto de granjas, industrias de pequeña y mediana escala, comercios y mercados. Todo conectado por una omnipresente autopista. Este asentamiento no se desarrolla en una malla infinita y abstracta, sino que se debe adecuar al territorio, su topografía, hidrología, vegetación, vientos... Esta referencia a las condiciones ambientales resultó completamente innovadora en su momento para los EEUU¹⁰⁹ pero ya en los años veinte, antes de huir de los nazis en Alemania, Hilberseimer había explorado la propuesta en proyectos como *La metrópolis como una ciudad-jardín*.

Tras la segunda guerra mundial, con un ciclo económico expansivo, las grandes ciudades abrazaron los presupuestos del movimiento moderno y las ideas del urbanismo agrario se descontextualizaron, para terminar siendo utilizadas como referencia y reclamo a la hora de promover las urbanizaciones de chalets en los suburbios. El regionalismo no tuvo mejor suerte al topar con la defensa a ultranza de la propiedad privada y la falta de competencias gubernamentales en la planificación territorial, por lo que se mantuvo el modelo metropolitano frente al policentrismo y la descentralización.

3.4 La Carta de Atenas, la ciudad jardín vertical y el distanciamiento progresivo del campo impulsado por el movimiento moderno

El urbanismo ya no puede estar sometido exclusivamente a las reglas de un esteticismo gratuito, sino que tiene una naturaleza esencialmente funcional. Las tres funciones fundamentales de cuyo cumplimiento debe preocuparse son:

habitar, trabajar, distraerse.

Le Corbusier

Los innovadores planteamientos del urbanismo y la arquitectura defendidos por el movimiento moderno generaron un complejo conjunto de ideas que dieron lugar a diferentes concepciones sobre las formas de intervenir en la ciudad. De todas ellas, la más icónica, radical y la que finalmente resultaría hegemónica, es la representada por Le Corbusier. En palabras de Sica «del balance de los resultados de las elaboraciones de los veinte años de entreguerras sólo a la visión de la ciudad expresada por Le Corbusier se le puede atribuir un nivel de congruencia con la evolución económica del capital y con los avances tecnológicos realizados en este periodo»¹¹⁰.

Bajo su concepción la nueva arquitectura debería sustentarse en una ruptura total con el pasado, planteando incluso la necesidad de destruir masivamente el

107 (Ibidem 716)

108 (Mumford, 1938)

109 (Waldheim, 2009)

110 (Sica, 1981: 156):

patrimonio heredado para dejar paso a la creación de la ciudad moderna. Una ciudad rediseñada en base a la razón, donde la arquitectura se orientaría a cumplir la función para la que había sido pensada sin concesiones a la tradición o al ornato. Fuertemente influido por la fe en la ciencia, el industrialismo y el optimismo tecnológico, concebía la vivienda como una *máquina de habitar* que, con un buen diseño, satisfaría de la forma más racional las necesidades sociales. Esta máquina se insertaba en lo urbano simplificando la complejidad de la ciudad para convertirla en una subdivisión de espacios monofuncionales conectados por los medios de transporte. En adelante, trabajar, consumir, alojarse y divertirse serían funciones que se realizarían en lugares separados, acabando con la diversidad de usos que había acompañado históricamente a la ciudad.

[...] Las estadísticas nos muestran que los negocios se hacen en el centro. Esto quiere decir que debemos hacer grandes avenidas que crucen nuestras ciudades. En consecuencia los actuales centros deben ser demolidos¹¹¹.

Le Corbusier realizó un amplio trabajo de investigación experimental sobre la composición geométrica, las formas puras y la línea recta. Una tarea que culminó con el desarrollo de tipologías arquitectónicas innovadoras que se pudieron construir gracias al desarrollo de nuevos materiales y tecnologías constructivas. Sus indagaciones se abstraían completamente de las particularidades del territorio y sus preexistencias para centrarse en la funcionalidad y la forma. El uso de elementos estandarizados de aluminio, hormigón, plástico... le permiten escapar de las limitaciones que anteriormente imponía la naturaleza (clima, geografía, vegetación...) a la hora de edificar, impulsando una arquitectura abstracta y descontextualizada capaz de prescindir de los saberes tradicionales y de los materiales constructivos de proximidad.

Otro de los rasgos con los que Le Corbusier impregnó al urbanismo fue su concepción de la arquitectura como fórmula para neutralizar o reformular la conflictividad social. Más allá de líneas políticas e ideologías, planteaba que un proyecto acertado y racional sería capaz de solventar las contradicciones de la sociedad, motivo por el cual la planificación urbana no podía dejarse en manos de sus habitantes. El conocimiento técnico del arquitecto como saber especializado devenía incuestionable y convertía a éste en un actor decisivo de las políticas urbanas, cual filósofo-rey de Platón. Esta supuesta excelencia del arquitecto a la hora de resolver las necesidades de la sociedad moderna se traduce en una clasificación de las funciones y actividades, y en el diseño de espacios que ordenan la vivienda privada, los barrios, las ciudades y los territorios estandarizando y compartimentando también la vida cotidiana.

Uno de los principales documentos que recopila sus ideas es la Carta de Atenas, presentada como culminación de los debates del VI Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM), que se celebró en un viaje de trabajo entre Marsella y Atenas en 1932 pero que no se publicaría hasta 1941. El documento,

111 (Le Corbusier 1971: 128)

que recoge todos los principios defendidos por Le Corbusier constituye un manifiesto urbanístico que sienta los principios básicos del movimiento moderno que se popularizarán en la reconstrucción de las grandes ciudades tras la segunda guerra mundial. Sus principales propuestas fueron la separación funcional de los lugares de residencia, ocio y trabajo, las transformaciones estructurales que permiten la movilidad en automóvil y la construcción de grandes edificios en altura para el alojamiento de forma que se liberasen espacios para las zonas verdes.

Frente a la propuesta de reconciliar el campo y la ciudad que anteriormente había planteado la ciudad jardín, desvirtuada como noción de suburbios ajardinados bajo la denominación de «ciudad jardín horizontal», Le Corbusier opondrá la «ciudad jardín vertical». Inspirado en los rascacielos norteamericanos, plantea la necesidad de densificar las edificaciones de los nuevos desarrollos urbanos mediante la construcción de bloques de vivienda en altura, que teóricamente liberarían más espacio donde ubicar zonas verdes. Estas son pensadas como espacios destinados al juego de la infancia, así como para la práctica del deporte y el recreo de jóvenes y adultos, más que por sus funciones ecológicas. Enfatizando esta reflexión Jane Jacobs cita a Le Corbusier:

[...]La ciudad jardín no pasa de ser un fuego fatuo. La naturaleza desaparece ante el avance de las carreteras y los grupos de viviendas; el prometido aislamiento se convierte en una multitudinaria aglomeración. La única solución es la «ciudad jardín vertical»¹¹².

La propuesta de agricultura urbana integral de la ciudad jardín retomada por otros arquitectos del movimiento moderno desaparece en la Carta de Atenas, para ser reivindicada como una actividad de ocio productivo a desarrollar en las zonas verdes, para la que se deberá reservar suelo. Esta mención aislada que se hace de la horticultura es más una fórmula para demostrar la superioridad de la ciudad jardín vertical, debido a que es capaz de incorporar la principal bondad que Le Corbusier atribuye a la ciudad jardín, que una propuesta rigurosa por incorporar la horticultura en el planeamiento urbano.

[...] Los volúmenes edificados estarán íntimamente amalgamados a las superficies verdes que habrán de rodearlos. Las zonas edificadas y las zonas plantadas se distribuirán teniendo en cuenta que medie un período de tiempo razonable para ir de unas a otras. De cualquier modo, el trazado urbano deberá cambiar de textura: las aglomeraciones tenderán a convertirse en ciudades verdes. Contrariamente a lo que ocurre en las ciudades-jardín, las superficies verdes no estarán compartimentadas en pequeños elementos de uso privado, sino que se consagrarán al desarrollo de las diversas actividades comunes que forman la prolongación de la vivienda. Los cultivos hortícolas, cuya utilidad constituye de hecho el principal argumento en favor de las ciudades-jardín, muy bien podrán tomarse en consideración; a ellos estará destinado cierto porcentaje del suelo disponible, dividido en múltiples parcelas individuales; algunas instalaciones

112 (Jacobs, 1973: 28)

colectivas, sin embargo, como la labranza eventual y el riego, podrán aliviar las fatigas y acrecentar el rendimiento¹¹³.

Dentro del amplio conjunto de reflexiones urbanísticas que realiza Le Corbusier, solamente encontramos otra referencia a la agricultura urbana como una actividad que se debe desarrollar en los barrios de baja densidad edificados en los suburbios, donde deberían ubicarse parcelas de 400 metros para el jardín de las viviendas, de las cuales se destinarían 150 al cultivo de un huerto familiar.

[...] El habitante que vuelve de la fábrica o de la oficina... cultiva entonces como hortelano su jardín. Y su jardín trabajado científicamente e industrialmente le alimenta buena parte del año"¹¹⁴.

Estas propuestas teóricas aisladas sobre la horticultura no suponen una línea de reflexión mínimamente relevante y consistente dentro de su pensamiento. Además, en sus proyectos, esta fue una cuestión que siempre quedó ausente. Las concesiones puntuales que aparecen en sus textos vienen a consolidar la ruptura con el imaginario de la ciudad jardín y el valor que otorgaba a la actividad agrícola, más que a reactualizar la cuestión de la agricultura urbana, como habían hecho otras figuras ligadas a los inicios del movimiento moderno.

La icónica figura de Le Corbusier representaba los planteamientos dominantes del movimiento moderno que, pese a presentarse como despolitizadas propuestas técnicas y formales, resultaban funcionales al despliegue del capitalismo tras la segunda guerra mundial. La reconstrucción de la ciudad moderna europea se realizó siguiendo como referencia las propuestas de la Carta de Atenas, excepto en lo que tocaba al derribo de los centros históricos, que fue generalizadamente rechazado. La expansión urbana ilimitada, la adaptación de los entornos urbanos al automóvil y las grandes infraestructuras de transporte, la zonificación de usos, las torres densamente habitadas... dieron lugar a un urbanismo que era cómplice necesario para el impulso de la sociedad de consumo. La consideración del suelo como una mercancía más supone el cambio de modelo producido tras la contienda bélica. Un modelo urbano y una planificación territorial que se desvinculaban definitivamente del campo y de las preocupaciones por la agricultura de proximidad, actividad relegada a un distante mundo rural.

Esta moderna estructura urbana encontraba sus antecedentes en EEUU, donde se había hecho hegemónica. Uno de los episodios simbólicos más destacados se produjo durante la Feria Mundial de Arquitectura, celebrada en 1939 en Nueva York, donde los arquitectos, en colaboración con las grandes industrias, especialmente la del automóvil, anticiparon el futuro de la ciudad si se permitieran desplegar las potencialidades de la industria y la ingeniería sin las restricciones políticas que el New Deal pretendía imponer a la libertad de mercado. Entre las novedosas edificaciones y las muestras de tecnología punta destacaba el pabellón de la General

Motors, en el que se había construido una maqueta gigante de esa utopía urbana llamada Futurama. Decenas de miles de personas vieron el futuro materializado en ciudades con centenares de rascacielos y bloques en altura donde la escala humana desaparecía, pues no aparecían habitantes ni peatones, y el entorno urbano se organizaba a partir de anchísimas calles y nudos de autopistas surcados por automóviles. Rodeando las ciudades se situaba un territorio plagado de carreteras por las que se transportaban personas y productos, y que conectaban las urbanizaciones de los suburbios, las grandes plantas energéticas o las gigantes represas.

Se trata de un modelo de ciudad orientado a maximizar los espacios para la circulación de personas y mercancías y a minimizar los espacios orientados a intensificar las relaciones y vínculos sociales. Una maqueta que anticipaba el futuro al que, con el paso de los años, se fue pareciendo cada vez más la realidad de las ciudades occidentales.

La reconstrucción de las ciudades tras la segunda guerra mundial siguiendo los patrones del movimiento moderno coincide en el tiempo con la reestructuración de las economías campesinas de mano de la revolución verde. Al igual que la complejidad de la ciudad se debía simplificar para que resultara funcional a la economía, el campo también se vio sometido a un proceso de industrialización y organización científica del trabajo que tendía a reducir la multifuncionalidad de la agricultura y hacer desaparecer el campesinado como sujeto colectivo¹¹⁵.

La revolución verde, que nació en EEUU y fue posteriormente importada a Europa, pretendía acabar con el hambre y poner la ciencia al servicio de la sociedad mediante el desarrollo de semillas de alto rendimiento, el uso masivo de agroquímicos y la mecanización. Esta propuesta política perseguía incrementar los rendimientos productivos reduciendo el número de agricultores mediante la introducción de los valores de la modernidad en un mundo rural concebido como atrasado, promover una especialización agrícola basada en los monocultivos para el mercado, dificultar la viabilidad de las explotaciones familiares y de pequeña escala, así como centralizar la toma de decisiones sobre el mundo rural en las políticas públicas y las empresas de transformación y distribución¹¹⁶. La aplicación de estas políticas supuso una intensificación de los impactos ambientales (pérdida de biodiversidad, contaminación de acuíferos, empobrecimiento de la fertilidad de los suelos) y una erosión de las culturas campesinas, lo que se tradujo en un acelerado éxodo rural hacia las ciudades y en una desvalorización de las actividades agrarias.

La ruptura radical que supuso el movimiento moderno dentro del pensamiento urbano coincide en el tiempo con la quiebra de las culturas campesinas y la industrialización de la actividad agraria. La complejidad urbana y de la vida rural son simplificadas para hacerlas funcionales al modelo productivo, la simbiosis campo-ciudad se abandona como un objetivo a perseguir tanto desde el urbanismo como desde la ingeniería agronómica, profundizando una fractura que durante décadas acompañará a las relaciones entre estas dos realidades que se dan la espalda.

113 (Le Corbusier 1942: 12)

114 (Le Corbusier 1971: 68)

115 (Sevilla Guzmán, 2006)

116 (Ibidem.)

4 El rebrotar de un debate enterrado: la sustentabilidad urbana y la agricultura

El desarrollo durante los años cuarenta del movimiento moderno en el urbanismo y de la revolución verde en la agricultura, suponen la mayor bifurcación histórica en las relaciones campo- ciudad. Una separación que conlleva que durante décadas se desarrollen como dos realidades que funcionan y evolucionan de forma autónoma. Hasta los años sesenta no se impulsan con cierto impacto contrarrelatos capaces de cuestionar mínimamente estas inercias tanto en el campo del urbanismo como de la agricultura.

Iniciativas minoritarias y contraculturales, como la agroecología o el eourbanismo, amparan nuevas teorías y prácticas alternativas que van ensayándose por separado para reconciliar las disciplinas de las que provienen con una mirada ecosocial.

El paso de los años y los éxitos acumulados irán otorgando reconocimiento social, científico y profesional a estas corrientes minoritarias, hasta que durante las últimas décadas asistimos a una nueva preocupación por generar espacios de confluencia. Tímidos reencuentros que apuntan a una imprescindible reconciliación del campo y la ciudad de la mano de una crisis multidimensional. Urbanismo y agricultura, asentamientos humanos y sistema alimentario vuelven a empezar a pensarse juntos, apuntando un horizonte compartido.

¿Qué supuso la contracultura de los años sesenta en el campo y las ciudades? ¿Cómo se relacionan el auge de la agricultura ecológica y las preocupaciones del urbanismo por la sustentabilidad? ¿Cuál es el papel de la agricultura urbana en los países empobrecidos a la hora de trasladar estas cuestiones hasta nuestras ciudades?

4.1 Reverdecer la ciudad: de la crítica al movimiento moderno a los experimentos del eourbanismo

El auténtico urbanismo aparecerá cuando se cree en algunas zonas el vacío de esta ocupación. Lo que nosotros llamamos construcción comienza allí. Puede comprenderse con la ayuda del concepto de "agujero positivo" forjado por la física moderna. Materializar la libertad, es en primer lugar sustraer a un planeta domesticado algunas parcelas de su superficie.

Internacional Situacionista

La hegemonía cultural del movimiento moderno siempre convivió con minoritarias voces críticas que cuestionaban el urbanismo que siguió sus postulados durante las décadas de la posguerra. Voces acostumbradas a pregonar a contracorriente y cuya crítica no se articulaba en un discurso único o compartido. Las reflexiones de gente como Jane Jacobs, Lewis Mumford, Lefebvre y los situacionistas o Colin Ward, aun procediendo de disciplinas diferentes a la arquitectura, sentaron sin nombrarlos los cimientos de lo que hoy podría llamarse eourbanismo.

El inicio de la lenta corrosión del imaginario dominante se podría fechar en el año 1961, año en que coinciden la publicación de dos obras clave en la renovación de la mirada sobre el fenómeno urbano: *La ciudad en la historia*, de Lewis Mumford y *Vida y muerte de las grandes ciudades*, de Jane Jacobs. La obra de Mumford supone una erudita reflexión sobre las interacciones entre cultura, tecnología, economía y urbanismo a lo largo de la historia. Una crítica a la inviabilidad socioambiental de las megalópolis y el empobrecimiento de los estilos de vida que induce. La obra de Jacobs es un tratado de urbanismo práctico, elaborado a partir de la teorización del sentido común que desarrolla una habitante sobre su barrio y su ciudad y constituye una articulada defensa de la vida urbana en las grandes ciudades que los nuevos desarrollos estaban desvertebrando.

A pesar de las agrias polémicas que mantuvieron Jacobs y Mumford, vistos desde la distancia, en sus escritos palpitan muchas preocupaciones comunes entre las que cabría destacar la inviabilidad de la forma metropolitana, la suburbanización y la expansión descontrolada de las ciudades, así como una profusa presencia de las cuestiones relacionadas con la ecología urbana antes de que pasaran a denominarse de esa manera. Ambos autores mantienen una honda preocupación por algunas de las variables que posteriormente se convertirán en las reflexiones centrales del eourbanismo: puesta en valor de la proximidad, autosuficiencia de la vida local, transporte colectivo y peatonalidad, convivencialidad, participación ciudadana e identidad, suministro de energía, preocupación por los ciclos del agua, el metabolismo urbano o incluso la destrucción de las tierras agrícolas fértiles periurbanas.

[...] Todos los días se tragan los bulldozers varios miles más de acres de nuestro campo, que luego se cubren con pavimento y se dotan con suburbanizaciones, con lo cual se mata aquello que se pensaba haber encontrado. Nuestra insustituible herencia de una tierra agrícola de primera calidad (un raro

tesoro de la naturaleza en nuestro globo terráqueo) se sacrifica a las autopistas y los aparcamientos de los supermercados con tan poca consideración e inconsciencia como se talan los árboles de los bosques, o como se corrompen las corrientes y los ríos y se llena el aire con los escapes de gas (productos a su vez de la transformación de los subproductos geológicos de la naturaleza), todo ello requerido por ese gran esfuerzo nacional por hacernos agradables una naturaleza falsificada y escapar de la “antinatural” ciudad¹¹⁷.

A lo largo de la década de los sesenta comienza a proliferar una preocupación por la sostenibilidad ambiental, de la mano de un incipiente movimiento ecologista en el que colaboran una nueva generación de científicos y una contracultura juvenil que empieza a cuestionar los valores y estilos de vida dominantes. En Europa la ciudad heredada del movimiento moderno y la vida cotidiana se convierten en objetivo de las críticas de pensadoras como Agnes Heller, académicos como Lefebvre o De Certau y miembros de vanguardias artísticas-activistas como la Internacional Situacionista. Voces minoritarias que van oponiendo un nuevo relato al discurso hegemónico y que eclosionan tras el terremoto político y cultural que representa Mayo del 68.

Durante el periodo de convulsión que supone a nivel global Mayo del 68 cabe destacar la aparición del movimiento estudiantil que se levanta contra el carácter jerárquico de la universidad y su puesta al servicio del sistema productivo. Una crítica que se trasladará a otras muchas instituciones sociales (educación, fábrica, psiquiatría...) de la mano de una constelación de movimientos sociales alternativos que plantean la necesidad de reformarlas y abrirlas a la sociedad. Movimientos que afectan también a las relaciones de género, la sexualidad o la convivencia; promoviendo experimentos de estilos de vida alternativos.

El campo de la arquitectura y el urbanismo no queda al margen de esta sacudida. Un antecedente simbólico de lo que va a suceder lo encontramos en la exitosa exposición de fotos que Bernard Rudofsky inaugura en 1964 en el MOMA bajo el título *Arquitectura sin arquitectos. Una introducción a la arquitectura sin pedigrí*. En ella se pone en valor la belleza, la funcionalidad y la sostenibilidad ambiental que representa la arquitectura vernácula de distintas zonas geográficas del planeta. Una oposición simbólica al autocelebratorio discurso del movimiento moderno, que durante la década que sigue al 68 verá cuestionados muchos de los preceptos sobre los que se asentaba su visión de la ciudad.

De forma minoritaria pero consistente una nueva generación de profesionales se conjura para introducir la participación de los habitantes en los procesos de construcción reduciendo la distancia de la arquitectura, traduciéndola a un lenguaje popular e inventando dispositivos para que la gente pudiera decidir sobre las viviendas y barrios que iban a habitar. Un tránsito de la soberbia técnica al diálogo con los usuarios, de lo convencional al experimentalismo participativo. Muchas de estas figuras (Van Eyck, Lucien Kroll, John F. Turner, Colin Ward, Christopher

Alexander, Ralph Erskine, John Habraken, Walter Segal, Gian Carlo de Carlo, Nick Wates...) ¹¹⁸ se encuentran interrelacionadas por la resonancia de sus intervenciones, los libros publicados o algunos encuentros, sin llegar a conformar una escuela de pensamiento. Y ello a pesar de que todos compartían una crítica hacia el crecimiento acelerado, la construcción en masa, estandarizada y homogénea de las ciudades, así como la necesidad de incorporar la participación de los usuarios a la hora de definir sus proyectos. Aunque ellos nunca se autodenominan así, sin lugar a dudas sus trabajos son los antecedentes naturales de lo que en la actualidad podríamos denominar ecourbanismo.

Estas innovaciones metodológicas permitían hacer de la arquitectura un proceso dialógico y cooperativo en el que se devolvía a los residentes la capacidad para participar del diseño y, en algunos casos, la construcción de los espacios que iban a habitar, poniendo en valor sus conocimientos, saberes y habilidades particulares. Además, esta oleada de experimentalismo supuso la renuncia a pensar prototipos cerrados de ciudad ideal, modelos alternativos acabados que tuvieran que replicarse, para priorizar la intervención bajo lógicas alternativas sobre la ciudad realmente existente. Utopías pragmáticas que se ponían en marcha a pequeña escala.

En este contexto efervescente destaca la figura del arquitecto y artista austríaco Hundertwasser¹¹⁹, que desde posturas contraculturales y ecologistas plantea la vivienda en relación con la naturaleza y el ciclo orgánico como base de la relación del hombre con su residencia y con su hábitat. Redacta polémicos manifiestos como *El derecho a la ventana y deber al árbol*, donde reivindica que cualquier habitante debe poder modificar a su gusto la fachada hasta donde le alcance la mano y que debe maximizarse la plantación de árboles en las ciudades, o el de *Las santas heces*, que reivindica la necesidad de cerrar los ciclos de materia y usar las heces en procesos de compostaje. Genera polémicas intervenciones como la del “árbol inquilino”, plantando árboles en medio de las calles y que sobresalen de las ventanas de lujosos palacios durante la Trienal de Milán de 1973, planteando la necesidad de que la arquitectura incorpore la plantación de árboles en cubiertas y terrazas como una de sus tareas. Y, por último, pone a prueba sus teorías en una serie de edificaciones innovadoras, singularmente bellas, donde la naturaleza convive con coloridas paredes, ventanas modificadas y formas de ensueño. Hundertwasser trata de expresar la capacidad de los habitantes para recrear los lugares donde viven, buscando una relación más orgánica con la naturaleza. De todas formas, su actividad tuvo más eco e influencia en el campo del arte que en la arquitectura, donde resultaba extravagante para los cánones convencionales.

El modelo alternativo de arquitectura nadaba a contracorriente, había ganado visibilidad pero continuaba siendo residual frente a la gran maquinaria urbanística. La mayor parte de las experiencias que pudieron desarrollarse quedaron restringidas

117 (Jacobs, 1973: 376)

118 Una breve genealogía de este proceso se encuentra en Verdaguer (2003) y las entradas sobre pioneros de la participación de Santiago Molina en el blog: <http://www.laciudadviva.org/blogs/?p=15964>

119 (Restany, 2003)

a la construcción de edificios, rehabilitaciones o al rediseño de modestos espacios públicos. Pequeñas intervenciones que devinieron ejemplarizantes, abriendo las grietas teóricas y metodológicas por las que irían avanzando nuevas innovaciones en la disciplina. Estos pioneros del eourbanismo realizaron intervenciones muy centradas en reinventar las formas de construir lo urbano y no recuperaron la reflexión sobre las relaciones entre campo y ciudad. La reivindicación de la agricultura urbana no destacó, por tanto, como una de sus prioridades.

Los huertos comunitarios que surgen durante los años setenta en EEUU y que posteriormente proliferan en Europa como una estrategia de recuperación de vacíos urbanos para reconvertirlos en espacios de convivencia y cultivo, consiguen introducir estas cuestiones en la esfera pública, pero se quedan huérfanos de un apoyo e implicación entusiasta por parte de los planificadores, arquitectos y urbanistas que estaban impulsando el experimentalismo.

La única excepción reseñable es la del anarquista Colind Ward, arquitecto y profesor en la Town and Country Planning Association y en la London School of Economics. Ward fue un teórico libertario e incasable investigador del movimiento okupa, de los procesos de autoconstrucción en las cooperativas de vivienda, los efectos positivos de la presencia de la infancia en la ciudad, la historia de la ciudad jardín y los huertos urbanos. Hay que esperar hasta avanzados los años ochenta para que relate la historia de los huertos familiares ingleses en su libro *The Allotment*¹²⁰, mostrando cómo más allá de la ideología de cada hortelano estas prácticas generan una subcultura propia y un paisaje identitario. Los mosaicos de huertos dentro y en los bordes de las ciudades recuperan para sus dinamizadores algunos rasgos emancipadores típicos de la socialidad campesina como cierto grado de autonomía económica y autosuficiencia alimentaria, la cultura agronómica, dinámicas de trabajo comunitario en momentos puntuales, intercambios no mercantiles de frutas, verduras y hortalizas o la apropiación del espacio urbano. Los autores cuestionan si la horticultura es una actividad de ocio más o un precioso vestigio urbano del derecho a cultivar la tierra que tienen todas las personas, además de ofrecer una lectura en clave ecológica sobre los aportes de la agricultura urbana a los flujos de materia y energía de las ciudades.

Coincidiendo con la consolidación del movimiento ecologista y con fenómenos como la crisis del petróleo de 1973, las nuevas críticas a la habitabilidad de las ciudades y el experimentalismo de nuevas formas de vida, las personas interesadas en cuestiones relacionadas con la agricultura trasladaron al campo su espacio de innovación. No se trata tanto de la proliferación de comunas *hippies*, que también las hubo a cientos, como de una reedición del movimiento Back to the Land, de neorrurales que vuelven al campo preocupados por la ecología y por impulsar estilos de vida en contacto con la naturaleza. Estos movimientos que se dieron en Norteamérica y Europa supusieron un revulsivo a la hora de devolver centralidad a la agricultura en los discursos alternativos y sirvieron de apoyo al desarrollo de la agricultura ecológica u orgánica.

Estas iniciativas muy diversas que enfatizaban la búsqueda de autonomía, la puesta en valor de las transformaciones locales y la producción agrícola a pequeña escala,

fueron retratadas en algunos best seller de la época como en *El horticultor auto-suficiente* de John Seymour, e impulsaron cierta innovación en los manejos agrícolas con nociones como la permacultura de Bill Mollison, que se centra en el diseño de sistemas agrícolas y hábitats humanos sostenibles integralmente, así como la puesta en marcha de la agroecología frente a la agricultura convencional industrializada, las iniciativas de ecoaldeas que se reproducen por el medio rural europeo, la apertura de novedosos canales de comercialización de la producción o las derivadas de la intervención en municipios pequeños norteamericanos conocidas como *nuevo localismo*.

Una de las muchas figuras que podría ejemplificar esta transición del experimentalismo ecológico urbano al rural es la del norteamericano Karl Hess, que durante cinco años participó en la iniciativa de *Adam-Morgan Neighborhood*, una comunidad situada a las afueras de Washington en la que varios centenares de vecinos trataron de construir un barrio lo más autosuficiente posible. Desarrollaron la cría de pescado en piscinas, agricultura y compostaje urbano, baños secos, placas solares, miniplantas de etanol para convertir basura en energía, proyectos de economía cooperativa... Posteriormente Karl Hess y David Morris recopilaron experiencias como esta viajando por todo EEUU convencidos de las potencialidades que encerraban. Hess, que más tarde se mudó al campo para seguir desarrollando dinámicas de este tipo en el mundo rural, acabó convirtiéndose en uno de los principales difusores de esta segunda oleada del movimiento Back to the Land.

[...] Una nueva sociedad sólo puede ser construida desde abajo, educando a la gente en un nuevo sistema de valores, dándoles una sensación de confianza en sí mismos, permitiéndoles desarrollar su singularidad. A corto plazo, muy poderosos intereses se opondrán a tales tendencias y deben ser contenidos tanto como sea posible. A la larga, las vecindades pueden convertirse en sistemas ecológicos, desplazándose hacia su autonomía en muchas zonas. En ese corto plazo uno debe pensar en términos de municipalización de compañías de servicios públicos. Es en el nivel municipal en el que tales ideas pueden ser concretadas en un futuro inmediato¹²¹.

A pesar de algunos esfuerzos activistas, durante las siguientes décadas se constató la desconexión entre los experimentalismos en el campo de la agricultura en contra de la revolución verde, y los que se estaban dando en el campo del urbanismo, contra la ciudad y la arquitectura del movimiento moderno. Ambas dinámicas no lograron entrar en diálogo y cada una fue haciendo su camino, pese a compartir muchas similitudes en sus trayectorias: una apuesta por revincular las disciplinas con la justicia social y la sostenibilidad ambiental, un fuerte impulso activista en sus orígenes, un marcado cambio generacional entre los sujetos que ponen en marcha las innovaciones, una presencia académica minoritaria pero relevante, menosprecio por parte de los medios de comunicación...

La celebración, en 1992, de la Cumbre Mundial del Medio Ambiente en Río de Janeiro ayudó a situar la crisis ecológica en el centro de la agenda política, lo que

120 (Ward, y Crouch, 1988)

121 (Morris, y Hess, 1978: 83)

por un lado favoreció un progresivo reconocimiento académico a las prácticas y saberes de la agroecología de la mano de un nuevo protagonismo de los movimientos campesinos y situó el discurso ambiental en una nueva posición de centralidad en el urbanismo. «La batalla global por la sostenibilidad se ganará o perderá en las ciudades» afirmó M. Strong en el discurso de clausura de dicha cumbre, lo que simbólicamente volvía estratégica las intervenciones en áreas urbanas.

En EEUU la crítica al movimiento moderno fue acompañada del cuestionamiento de la suburbanización y los estilos de vida que induce, debido a la alta dependencia del automóvil, la homogeneidad espacial, de usos y de rentas que concentra, la falta de espacios públicos o la ausencia de dinámicas comunitarias. La respuesta a estos malestares urbanos que muchos críticos habían ido diagnosticando fueron tomando forma tras la publicación, en 1993, de la “Carta constituyente del Congreso por un Nuevo Urbanismo”, que formalizó el *new urbanism* como un espacio de encuentro y de referencia para profesionales preocupados por reivindicar las bondades de un urbanismo más compacto, menos segregado, con mezcla de usos, que priorizara la escala comunitaria, las distancias cortas, que reivindicara las arquitecturas tradicionales adaptadas a materiales, climas y topografías, y que pusiera límites a la expansión urbana¹²².

Inspiradas en la antigua ciudad europea, las primeras ciudades estadounidenses o las propuestas de la ciudad jardín, el *new urbanism* defiende que sus propuestas generan simultáneamente ciudades más habitables y más sostenibles. Reclama una mirada hacia las formas urbanas tradicionales en nuevos contextos económicos y tecnológicos, discursos urbanos premodernos que tratan de imponerse usando las herramientas urbanísticas impulsadas por el movimiento moderno: centralidades, jerarquías espaciales, un intenso control del entorno construido, una fuerte tutela del arquitecto sin dejar espacio a la espontaneidad o la participación, mixtura de usos y tipologías que, en muchos casos, es más retórica que real... El *new urbanism*, aunque no ha estado exento de contradicciones entre su discurso y sus desarrollos, se convierte en una influyente corriente dentro del urbanismo¹²³.

En Europa la sostenibilidad urbana ganó presencia debido a la realización de centenares de Agendas 21 municipales, derivadas de las recomendaciones de la Cumbre Mundial del Medio Ambiente, que pretendía reorientar el modelo de desarrollo de las ciudades. Experiencias llevadas a cabo con desigual fortuna y rigurosidad y que oscilaron entre la promoción de un marketing verde urbano y la puesta en marcha de iniciativas ambiciosas. Además de estas Agendas se desarrolla un amplio y disperso goteo de iniciativas de regeneración urbana integral o de

ecobarrios,¹²⁴ dando lugar a múltiples enfoques e intervenciones: recuperación de espacios militares mediante planificación ecológica participativa,¹²⁵ regeneración urbana de barrios a través de empresas de economía social¹²⁶, rehabilitaciones y nuevos desarrollos de ecobarrios impulsados desde políticas públicas municipales¹²⁷ o por la industria privada aplicando todos los avances tecnológicos, persiguiendo la neutralidad en emisiones entre otros criterios¹²⁸...

Esta pluralidad de iniciativas que se han ido desarrollando desde mediados de los años noventa han ayudado a perfilar los principios sobre los que deben pivotar los discursos ligados al eourbanismo, así como las principales líneas de debate abiertas con el urbanismo convencional. Una situación que replica a escala europea los debates que se estaban produciendo en EEUU sobre la coherencia, la consistencia y la capacidad de transformación de las propuestas que se venían encuadrando bajo la etiqueta de *New Urbanism*. Unos debates que se resumen a partir de los posicionamientos ante una serie de variables clave:

Urbanismo convencional	Eourbanismo
Objeto arquitectónico	Contexto urbano
Forma	Función
Progreso	Tradicición
Modelo preconcebido	Diagnóstico
Mercado	Sociedad civil
Ciudad dispersa	Ciudad compacta
Diferenciación funcional	Mezcla de usos
Expertos	Ciudadanía
Tecnología	Experiencia
Usar suelo nuevo	Usar suelo reciclado
Durabilidad	Reciclabilidad
Eficiencia energética	Reducción de consumos
Dispositivos activos	Diseño pasivo
Naturaleza como ornato	Naturaleza como parte de ecosistemas
Derecho a la vivienda	Derecho a la ciudad

* Cuadro elaborado a partir de Verdaguer¹²⁹.

122 Ver la Carta por un Nuevo Urbanismo: http://www.cnu.org/sites/www.cnu.org/files/cnu-charter_spanish.pdf

123 (Hirt, 2009)

124 Ambiciosas fórmulas que condensan la vocación de integralidad de las transformaciones que deben atravesar nuestras ciudades, cambios que son simultáneamente urbanísticos (movilidad sostenible, conexión del barrio con la ciudad, descentralización, diseño del espacio público, tipología viviendas...), ambientales (eficiencia energética, gestión de residuos, agua...) y sociales (apropiación ciudadana de los procesos, participación, identidad, dimensión económica y de diversidad social...).

125 (Fernandez Casadevante et al., 2010)

126 (Velázquez y Verdaguer, 2011)

127 (Velázquez y Verdaguer, 2008)

128 (Dunster, 2009)

129 (Verdaguer, 2010)

Resulta destacable como del amplio conjunto de tensiones en torno a las que se ha ido definiendo la noción de ecourbanismo continúa sin aparecer de forma relevante la cuestión de la reconciliación entre el campo y la ciudad. Los sistemas alimentarios locales, la preocupación por la agricultura urbana o de proximidad como elementos clave han permanecido fuera de la agenda del urbanismo hasta tiempos recientes, en los que parece apuntarse a la necesidad de reestablecer ese diálogo, quebrado desde la victoria cultural del movimiento moderno.

4.2 Urbanismo de anticipación y agricultura urbana: los pactos campo-ciudad, el urbanismo agrario y las ciudades en transición

Las actividades productivas locales se refieren, sobre todo, a los procesos de autorreproducción: mantenimiento urbano, servicios de base y de apoyo mutuo, huertos urbanos y mercados locales, cuidado del medio ambiente, actividades culturales y recreativas, actividades de autoconstrucción y artesanado local. Este complejo de actividades de vecindad favorece el desarrollo de relaciones de intercambio no mercantiles, de reciprocidad y de confianza: en otros términos, permite la construcción de espacio público como autorreconocimiento del patrimonio común a poner en valor.

A. Magnaghi

Durante los años setenta la cuestión ambiental había saltado tímidamente a la agenda política. Varias décadas después constatamos que a pesar del crecimiento exponencial de las reflexiones académicas, las declaraciones políticas, el aumento de la sensibilización, la mayor presencia de los movimientos ecologistas o los buenos gestos empresariales, la situación no había hecho más que empeorar. Lo que demuestra cómo asistimos a un problema cultural, económico y político que va mucho más allá de la falta de conocimientos o de conciencia sobre las cuestiones ambientales y sus interacciones con nuestros estilos de vida¹³⁰. El agravamiento de la crisis ecológica, expresada en problemáticas globales como el cambio climático, la alteración de los ecosistemas primarios, la superación de la biocapacidad del planeta o el agotamiento de los combustibles fósiles... interpela más directamente a las ciudades que como lo había hecho la Cumbre de la Tierra de 1992.

La crisis ecológica resulta inseparable del proceso de urbanización a nivel planetario inducido por la globalización económica durante las últimas décadas, que ha conducido a que, por primera vez en la historia, la población mundial que habita en ciudades supere a la que vive en entornos rurales¹³¹. Este protagonismo de las ciudades se debe a su capacidad para concentrar riqueza, mando político y económico, y generar imaginarios culturales, a la vez que producen los mayores

impactos ambientales. El crecimiento urbano se ha concentrado en las ciudades del sur global, que actualmente representan el 90% de todas las megalópolis de más de ocho millones de habitantes, de los cuales el 78,2%, es decir, un tercio de la población urbana mundial, vive en áreas urbanas hiperdegradadas, favelas, *slums*...¹³²

Las precarias condiciones de vida que se dan en muchas de estas periferias urbanas del sur global se deben a su expansión urbana acelerada y no planificada. Sin embargo estos crecimientos han tenido que ser funcionales a las estrategias de supervivencia que sus habitantes han ido ensayando en situaciones muy hostiles. En este sentido es destacable el redescubrimiento de la multifuncionalidad de la agricultura urbana (generación de renta, aporte a la seguridad alimentaria, mejora del confort ambiental...) que ha hecho que este urbanismo informal dote, en muchos casos, a esta actividad de una importante centralidad a la hora de garantizar una mínima calidad de vida en entornos urbanos¹³³. Esta realidad ha sido agudamente observada por ONG de cooperación al desarrollo que trabajaban en algunas de estas ciudades, entre las que destaca el canadiense Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC), que a través de diversos trabajos de campo realizados durante los años noventa se encargaría de trasladar la importancia de esta temática a la Organización de Naciones Unidas (ONU)¹³⁴.

Insertar en la agenda política internacional la cuestión de la agricultura urbana responde, en buena medida, a la implicación activa de la ONU a través de su Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO). Durante los últimos veinte años esta ha sido la principal impulsora de investigaciones, análisis, procesos de capacitación, recopilaciones de buenas prácticas... que han terminado por trasladar muchos de los debates y preocupaciones sobre los aportes de la agricultura urbana a las ciudades del norte global. No resulta exagerado afirmar que la cooperación al desarrollo es la encargada de importar las potencialidades de la agricultura al campo del urbanismo en nuestras ciudades¹³⁵.

De forma acompasada en el tiempo, la agroecología ha ido ganando prestigio académico durante las últimas décadas y se ha convertido en un elemento central de las reivindicaciones de un vigoroso movimiento campesino a nivel mundial, organizado en Vía Campesina. La mercantilización de la alimentación y las políticas agrarias heredadas de la revolución verde comienzan a ser ampliamente cuestionadas desde el campo y de forma incipiente desde las ciudades a través, principalmente, de consumidores organizados y movimientos ecologistas. Este movimiento campesino y social se ha aglutinado en torno a la noción de soberanía alimentaria, formulada por Vía Campesina como aporte a la cumbre de alimentación de la

132 (Davis, 2007)

133 «Se calcula que hay unos 800 millones de personas dedicadas a la agricultura y ganadería urbanas, que producen entre el 15 y el 20% de los alimentos del planeta. Se considera que para el año 2020 en las ciudades africanas habrá entre 35 y 40 millones de personas que dependerán de estas actividades para cubrir sus necesidades alimentarias». (Karanja y Njenga, 2011)

134 (Mougeot, 2005)

135 (Mougeot, 2005b)

130 (Vázquez Espí, 2010)

131 (FAO, 2010)

FAO en 1996.

[...] El derecho de las personas, los países y las uniones de estados a definir sus políticas agrícolas y alimentarias sin transferir materias primas agrícolas a países extranjeros. La soberanía alimentaria organiza la producción y el consumo de alimentos en función de las necesidades de las comunidades locales, dando prioridad a la producción para el consumo local. La soberanía alimentaria engloba el derecho a proteger y regular la producción agrícola y ganadera nacional y a proteger el mercado doméstico de entradas de excedentes agrícolas e importaciones de bajo coste de otros países. Las personas sin tierra, los campesinos y los pequeños agricultores deben tener acceso a la tierra, al agua y a las semillas, así como a los recursos productivos y a los servicios públicos. La soberanía y la sostenibilidad alimentarias son una alta prioridad más que las políticas comerciales¹³⁶.

El conjunto de estos procesos comienza a provocar resonancias también en esa constelación de teorías y prácticas que agrupamos bajo la fórmula del eourbanismo, donde algunas corrientes van reintroduciendo la agricultura como un elemento central a la hora de vertebrar la planificación urbana y territorial. La agricultura urbana pasa a ser concebida como una palanca desde la que inducir cambios culturales, económicos y de los actuales modelos de ciudad en las metrópolis del norte global. Este urbanismo de anticipación trataría de aumentar los umbrales de autosuficiencia de las ciudades y disminuir su vulnerabilidad como estrategia de transición ante los fenómenos disruptivos que se avecinan.

La escuela territorialista italiana, cuyo principal exponente sería Alberto Magnaghi, es uno de los principales referentes contemporáneos de esta nueva manera de pensar el sistema urbano. Frente a un modelo territorial jerarquizado que acentúa las diferencias entre áreas centrales, periféricas y marginales, propone un modelo policéntrico de ciudades en el que cada núcleo urbano adquiere valor en función de las peculiaridades y recursos locales, volviendo a anclarse en su territorio tras el proceso de globalización desterritorializadora.

[...] La reterritorialización comienza con la restitución al territorio de su propia dimensión de sujeto vivo de alta complejidad, a través de una larga fase de mejora, que no tiene ya el objetivo –como en las mejoras realizadas durante muchos siglos, incluyendo el actual, de crear nuevas áreas cultivables o construir vías de comunicación, sino que asume una tarea totalmente nueva: la obligación de cuidar y reconstruir sistemas ambientales y territoriales devastados y contaminados por la presencia humana. Es un proceso complejo y largo (¿quizás 50 ó 100 años?) que necesita la construcción de una nueva geografía fundada sobre la revitalización de los sistemas ambientales y sobre la recualificación de los lugares de alta calidad de vida como generadores de nuevos modelos de poblamiento, capaces de revitalizar el territorio de las hipotrofías

de las megalópolis. Este proceso no puede darse de forma tecnocrática, requiere, por el contrario, nuevas formas de protagonismo de las comunidades, porque rehabilitar y rehacer los lugares significa que el territorio sea cuidado cotidianamente por quien lo habita, adquiriendo nuevamente conocimientos ambientales, técnicos y de gobierno, y sustrayéndose de aparatos burocráticos y técnico-profesionales¹³⁷.

La historia de la ciudad mediterránea y su estructura de pequeñas ciudades en red es una referencia fundamental de los territorialistas, que plantean la necesidad de identificar los patrones históricos de poblamiento y la relación de la economía y de la morfología urbana con su entorno, no tanto para volver a un pasado ideal como para establecer un nuevo modelo consciente de la riqueza territorial y de la diversidad de patrones urbanos que es capaz de generar. Así, frente a la ciudad-región contemporánea, que ha supeditado el conjunto del territorio a la funcionalidad urbana, los territorialistas proponen un enfoque biorregional, en el que territorio y sociedad conforman un socio-ecosistema complejo que debe gestionarse desde la cooperación y el cuidado. Este sistema se compone de elementos y dinámicas que históricamente han posibilitado una relación sinérgica entre las ciudades y su entorno en una economía local que aseguraba la reproducción territorial. La cuenca hidrográfica, las estructuras de soporte de la continuidad ecológica, las morfologías urbanas adaptadas al entorno, el patrimonio agrícola, los aprovechamientos tradicionales de los sistemas agroforestales... conforman la biorregión y han de ser el centro del sistema territorial y de su estrategia de desarrollo, que en un vuelco conceptual se piensa, no desde los elementos construidos, sino desde los vacíos.

[...] “los vacíos”, los espacios abiertos residuales y relictos, se convierten en las figuras generadoras de nuevo orden territorial y urbano. El diseño de los «vacíos» (el proyecto del territorio agrícola y forestal; el proyecto de los corredores bióticos, de los sistemas hidrográficos, de las llanuras aluviales, de las redes ecológicas, de las franjas agrícolas periurbanas, etc.), reinterpretados como sistemas de ecosistemas, ordena y restituye la forma y las proporciones virtuosas también al propio diseño de los «llenos» (el espacio construido, las ciudades, las infraestructuras...) ¹³⁸.

De este modo la potencialidad de los vacíos es la base sobre la que reorganizar funcionalmente el sistema urbano, reactivando un sistema económico de base local. El freno al consumo de suelo, la redefinición de los bordes urbanos y la regeneración de la relación ciudad-campo son factores esenciales en esta reorganización. Los espacios agrarios se conciben como lugares de experimentación de nuevas relaciones productivas, ambientales y socioculturales entre ciudad y campo, dando una nueva centralidad a un ámbito rural entendido desde su multifuncionalidad: producción alimentaria de calidad, de redes cortas de producción

136 (Soler y Rivera, 2010)

137 (Magnaghi, 2012: 97)

138 (Ibidem: 189)

y consumo, de mantenimiento dinámico del paisaje histórico, de producción de energía, salvaguardia del sistema hidrológico, cierre de ciclos, identidad territorial y disfrute... Es necesario considerar que en la fase de urbanización contemporánea, especialmente en el contexto de la Europa más urbanizada, es difícil distinguir lo rural y lo urbano, con unos paisajes que responden más bien a la idea de una "ruralidad urbana", o un campo urbanizado, y cuya planificación y gestión requiere un enfoque multisectorial e integrado para la construcción de una nueva alianza o pacto entre campo y ciudad. Sin embargo existen indicios de que esta aproximación se está produciendo, visibles por una parte en la extensión y consolidación de los movimientos de la agricultura urbana y de los movimientos agroecológicos urbanos, que según Daniela Poli nos permitirían hablar de la emergencia de una agrópolis o ciudad ruralizada, y por otra parte en la creciente reflexión sobre las funciones que los espacios agrícolas en sus distintas escalas y tipologías pueden cumplir en la regeneración territorial.¹³⁹ Una de las herramientas de planificación que puede materializar y normativizar el vínculo urbano-rural es la traducción de estándares urbanísticos como el de m² de zona verdes por habitante, a las zonas agrícolas, fijando un estándar de "suelo agrícola de proximidad" que asegure una mínima autosuficiencia alimentaria a la población.¹⁴⁰ Algunas ciudades ya están implementando instrumentos similares, así el Esquema Director Regional de Ile de France prevé la disponibilidad de 10m² por habitante de suelo agrícola en el interior de la aglomeración urbana parisina.¹⁴¹

El territorio adquiere, además de las dimensiones ecológica y social, una dimensión política. En una sociedad en la que, debido a la organización posfordista del trabajo, se ha ido debilitando la conciencia de clase, aparece sin embargo un nuevo campo de movilización social: el territorio. Los movimientos de defensa del territorio suponen el reconocimiento de un espacio de lucha común, la identificación y la preocupación por el lugar en el que se desarrolla la vida. A partir de este espacio compartido se recrean las comunidades, se reconocen y se organizan, y pasan de la oposición a la propuesta mediante la generación de nuevos proyectos locales. Esto es lo que Magnaghi denomina la *conciencia de lugar*, una unidad entre diversos componentes sociales en un proyecto local compartido, basado en el autorreconocimiento de las peculiaridades identitarias y patrimoniales del lugar.

[...] La conciencia de lugar se puede definir como la toma de conciencia, adquirida a través de un proceso de transformación cultural de los habitantes, del valor patrimonial de los bienes territoriales comunes (tanto materiales como relacionales), como elementos esenciales para la reproducción de la vida individual y colectiva, biológica y cultural. En esta toma de conciencia, el paso de lo individual a lo colectivo constituye la cuestión que caracteriza la reconstrucción

de los elementos de comunidad, de forma abierta, relacional y solidaria¹⁴².

En el discurso territorialista se entrelazan indisolublemente los procesos ecológicos, productivos y reproductivos, con la acción de las comunidades y su capacidad para gestionarlos adecuadamente. Por eso se incide en la necesidad de desarrollar nuevos instrumentos de autogobierno que permitan democratizar la toma de decisiones sobre el territorio, entendiéndolo como bien común. La planificación social del territorio se está ensayando en ciudades pequeñas y medias, principalmente de la Toscana, en las que las propias comunidades definen, mediante procesos participativos, un estatuto del territorio, identificando los recursos materiales e inmateriales locales que definen la biorregión urbana, y decidiendo las reglas para su uso, para su buen gobierno, de modo que se asegure y se aumente su valor. Estos procesos de planificación participativos, que son habituales a pequeña escala en distintas geografías, también se han ensayado por parte de los territorialistas a escala regional, por ejemplo en planes que ordenan valles fluviales en los que se requiere la coordinación de comunidades de toda la cuenca, desde la montaña hasta la costa. Este salto de escala comporta el reto de definir nuevos instrumentos de planificación y autogobierno que coordinen la reflexión y la acción de las comunidades trabajando en distintas escalas. Si bien es difícil de realizar, el proceso tiene la virtud de ampliar la escala de acción, relación y conocimiento de los habitantes, reconociendo las relaciones que se establecen desde la escala local hasta la territorial. Se van esbozando así los instrumentos de gobierno de lo que podría denominarse un municipalismo federado, que establece relaciones no jerárquicas y solidarias con otros municipios y regiones. Una propuesta interesante en el contexto de los actuales debates sobre los comunes urbanos que planean cómo dar el salto de escala desde la autogestión de pequeños proyectos comunitarios a la gestión urbana y territorial.

[...] El paso de la participación al autogobierno, de la reivindicación del "residente" al proceso de autodeterminación de las personas en la producción social del territorio [...] Las nuevas relaciones productivas entre la comunidad que habita un lugar y el ambiente, a través del "cuidado", la manutención y la valorización del territorio favorecen el crecimiento de relaciones de solidaridad y la creación de vínculos sociales. Esta producción de vínculo social se convierte en un componente esencial de la producción de territorio por parte de la comunidad local y viceversa¹⁴³.

Otro de los nuevos discursos urbanísticos que se han conformado recientemente sería el *agrarian urbanism*, formulado por algunos de los equipos anglosajones que fundaron el movimiento *new urbanism*. Andres Duany será el máximo exponente de esta apuesta, que trata de reconfigurar asentamientos humanos utilizando como eje rector el cultivo de alimentos. El punto de partida es la convicción de que la

139 (Poli, 2014: 47)

140 (Fernandez Casadevante y Morán, 2013: 146):

141 (Poli, 2014: 53)

142 (Magnaghi, 2012: 215)

143 (Ibidem: 139)

crisis energética va a hacer inviable el vigente sistema agroalimentario, por lo que la actividad agrícola va a tener que redimensionarse para hacer frente a la inseguridad alimentaria de ciudades acostumbradas a importar la comida desde largas distancias.

Más allá de introducir la agricultura urbana como una actividad estratégica en las ciudades, plantea el urbanismo agrario como una fórmula para el rediseño de sociedades comprometidas con el cultivo de alimentos en todas sus facetas (organización social, cultivo, procesado, distribución, cocina...). La certidumbre de la crisis energética y de un colapso socioecológico, si todo sigue igual, lleva a Duany a proponer un modelo de ciudad prácticamente preindustrial. Una propuesta totalizadora y omnicomprendensiva inspirada nuevamente en la ciudad jardín y otros modelos de asentamiento como los kibbutz israelíes o las comunas, pero que no define estrategias de transición muy realistas para el presente. Más bien ofrece un dibujo final en el que la actividad agrícola y el mercado local son el nuevo condensador social que vertebra la vida de estas postciudades¹⁴⁴.

La herramienta diseñada para comunicar la propuesta del urbanismo agrario se basa en la aplicación de metodologías del diagnóstico rural participativo como el transecto, una técnica que permite representar gráficamente las actividades agrarias y económicas de otro tipo que aparecen en un recorrido por un territorio determinado. Duany nos lleva desde el espacio periurbano, agrícolamente profesionalizado con amplias zonas de cultivo y granjas, hacia el centro urbano, mostrando cómo sería factible repensar los espacios agrícolas como parte del sistema urbano, incorporando huertos comunitarios en zonas verdes, espacios libres, en patios, azoteas o terrazas. Centros multifuncionales que se conectan con la periferia siguiendo una estela de cultivos urbanos, mostrando la fuerte presencia y la importancia del imaginario agrícola en estas ciudades.

De la decidida apuesta de Duany conviene destacar la forma en que explicita cómo la sostenibilidad urbana pasará por un mayor número de personas trabajando en el sector primario, cultivando en las ciudades y sus espacios periurbanos, así como en las áreas rurales. También resulta relevante la forma en que liga el rediseño de sistemas de producción locales a su apoyo como un proyecto compartido por la comunidad (consumidores, industria, restauración, administración municipal...), pues solamente la cooperación social va a permitir hacer competitivas a corto plazo iniciativas de este tipo.

Más allá de la retórica y de lo provocador de la propuesta, la puesta en marcha del urbanismo agrario se ha aplicado en ciudades pequeñas donde se ha enfatizado la protección de las zonas agrícolas, la puesta en marcha de dinámicas cooperativas en la vivienda y de proyectos de circuitos cortos de comercialización, o en suburbios ajardinados donde se ha tratado de poner en producción muchas de las zonas verdes infrautilizadas mediante la puesta en marcha de políticas de huertos urbanos y de la incentivación de circuitos económicos de proximidad. La aplicación de estas propuestas en las grandes ciudades resulta más problemática y no está encontrando mucha receptividad, quizás por no contemplar un proceso de descentralización y

144 (Duany, 2011)

desurbanización más gradual de las grandes metrópolis existentes¹⁴⁵.

La propuesta del urbanismo agrario se encuentra influenciada por otras dos líneas de reflexión surgidas previamente en el campo del urbanismo y el activismo medioambiental británico como son los Paisajes Productivos Continuos Urbanos (CPULS, por sus siglas en inglés) y las Ciudades en Transición (TT, en inglés).

Los CPULS representan una propuesta para cambiar la apariencia y el funcionamiento de las ciudades mediante un rediseño que permita insertar la agricultura como actividad productiva en términos agronómicos, sociológicos y económicos. Una fórmula para intensificar y maximizar la presencia de la agricultura en la ciudad mediante la creación de corredores agrícolas que discurren desde el espacio periurbano al corazón de la ciudad, donde cualquier área libre podría ser susceptible de acoger huertos o zonas de cultivo. Desde los CPULS no se hace tabla rasa con la ciudad, sino que se trata de sistematizar la conexión y ampliación de las zonas verdes y de huertos de forma coherente, ligando los mosaicos productivos que se localizan puntualmente en las ciudades. La sostenibilidad urbana pasa por la conformación de un sistema alimentario local, por lo que los CPULS combinarían agricultura de ocio, recreativa, comunitaria y profesionalizada, especialmente de base cooperativa¹⁴⁶.

Los CPULS son una propuesta para dar consistencia y coherencia a las intervenciones relacionadas con la agricultura urbana. Más que un proyecto cerrado sería una recopilación de recursos, ideas y experiencias que se han popularizado entre arquitectos y urbanistas para ver las potencialidades de insertar de forma ambiciosa estas estrategias en la planificación urbana. Los CPULS no existen todavía, pero son una sugerente propuesta orientada a pensar el rediseño de nuestras ciudades en un futuro inmediato.

Las Ciudades en Transición son iniciativas orientadas a reorganizar la vida de un municipio ante escenarios de escasez energética, poniendo un especial énfasis en el protagonismo ciudadano a la hora de liderar la puesta en marcha de las transformaciones. Las TT se conforman en torno a la idea de resiliencia, entendida como la capacidad adaptativa de un ecosistema para mantener sus funciones principales mientras afronta procesos disruptivos o de cambio severo. Desplegar una estrategia de fomento de la resiliencia requiere que ciudad y ciudadanía reorienten la ordenación territorial, la política, la economía y la cultura hacia la autonomía incorporando y traduciendo a la realidad urbana las variables que potencian la sostenibilidad de los ecosistemas naturales: tender hacia la autosuficiencia, fomentar la autoorganización, valorizar la diversidad (cultural, productiva, social...), así como la capacidad de innovación y el aprendizaje en la gestión de las desestabilizaciones¹⁴⁷.

La puesta en marcha de estrategias de transición en las comunidades urbanas surge en el municipio de Totnes (Reino Unido) en 2006. Posteriormente se expandió mediante una organización en red a todo el planeta, principalmente a

145 (Ladner, 2011)

146 (Viljoen y Bohn, 2005)

147

ciudades pequeñas y medianas. Rob Hopkins, principal teórico y divulgador del movimiento, introduce desde sus inicios la necesidad de maximizar el autoabastecimiento alimentario en las ciudades, considerándolo como uno de los indicadores de resiliencia más relevantes¹⁴⁸. El diseño de sistemas alimentarios locales en los que la agricultura urbana y de proximidad juega un papel estratégico es uno de los rasgos compartidos de la mayoría de las iniciativas transicionistas.

La transición arranca transformando los estilos de vida de la gente, y no tanto modificando la morfología de las ciudades. Esta suerte de red de municipalismo, con fuerte presencia anglosajona, sería uno de los actores de la sociedad civil que están incidiendo en los debates y en la configuración de las agendas urbanas mediante la transformación de los hábitos y las prácticas ciudadanas. El salto a las políticas públicas va de la mano de la configuración de sistemas locales de producción de alimentos con apoyo institucional, como está pasando en grandes ciudades y regiones de Canadá, EEUU y Europa¹⁴⁹.

Las nuevas teorías y pensamientos urbanos, los estudios regionales, la geografía crítica y la invisible acción de la sociedad civil han devuelto a la agricultura la centralidad que había perdido hace muchas décadas a la hora de planificar el territorio. Asegurar la alimentación de las ciudades a partir de sistemas locales de producción, distribución y consumo es una preocupación creciente para muchas autoridades locales, que empiezan a mirar con otros ojos el papel que juega y debería jugar la agricultura urbana y periurbana en el futuro.

Surcos urbanos: apuntes para una historia de la agricultura urbana en Europa y EEUU

148 (Hopkins, 2008) y (Hopkins y Pinkerton, 2009)

149 (VV.AA., 2010)

5 De los huertos para pobres al movimiento de los huertos obreros

El desarrollo de la revolución industrial provoca un agudo proceso de empobrecimiento en el medio rural, aumentando de forma sustancial la presión sobre los escasos servicios de beneficencia, por lo que grandes propietarios y párrocos rurales decidirán empezar a proporcionar pequeñas parcelas de cultivo a las familias necesitadas. Las primeras iniciativas de huertos para pobres surgen como prácticas caritativas que suponen una suerte de compensación social por la pérdida de las tierras comunes. Posteriormente, esta fórmula se trasladará al medio urbano y proliferará por toda Europa como una medida asistencial que mejoraba las condiciones de vida de la clase trabajadora y como una manera de disciplinar a las multitudes urbanas frente a las teorías socialistas en auge.

Más allá de la vocación de control social que muchas de estas iniciativas presentaban, la solidaridad y la ayuda mutua serían rasgos naturales de la socialidad hortelana. El paso de los años terminaría incorporando esta actividad al seno de las prácticas que se desarrollaban desde la cultura obrera.

También por estas fechas vemos surgir las primeras iniciativas de huertos escolares de la mano de los movimientos de reforma educativa, que junto a la democratización de la escuela incorporan los primeros espacios de cultivo como herramienta pedagógica.

5.1 Brotes verdes en la ciudad industrial

En la industria, el telar mecánico reemplazó al telar manual; en la agricultura, la gran empresa agrícola eliminó la pequeña hacienda. Pero mientras en ambos dominios de la producción, el trabajo asociado de muchos y el empleo de las máquinas y de las ciencias se convertían en regla social, su casita, su huerto, su parcela de tierra y su telar encadenaban al trabajador al método anticuado de la producción individual y del trabajo a mano.

F. Engels

La desposesión de los bienes comunes, en torno a los cuales se vertebraban la cultura y las costumbres campesinas, supuso un episodio fundacional del proceso

de transformaciones que alteraron definitivamente las relaciones de producción y la estructura de la propiedad de la tierra en Europa. Cambios políticos y económicos que se van sucediendo lentamente hasta generar las condiciones propicias para el desarrollo de la revolución industrial durante el siglo XIX. Una *dislocación social*, que diría Polanyi, en la que las comunidades rurales verían destruidas las bases sobre las que se sustentaba su actividad económica (medio ambiente, vecindad, oficios, relaciones sociales...)¹⁵⁰.

El agudo empobrecimiento de los entornos rurales y las pequeñas ciudades provocará un masivo éxodo de los campesinos hacia la ciudad industrial y una creciente desarticulación social de los mecanismos tradicionales de solidaridad. En este contexto aparecerán las primeras prácticas de huertos asistenciales, una fórmula que permitía apaciguar el descontento social provocado por las duras condiciones de vida de los agricultores sin tierra, mejorando su capacidad de subsistencia, a la vez que se reducían los gastos en subsidios, comedores populares y otro tipo de ayudas destinadas a los pobres. Una fórmula mediante la cual se instituía una mínima protección social para facilitar la subsistencia en periodos de escasez, suplantando de forma parcial uno de los cometidos que cubrían el uso y disfrute de los comunes. Además, como veremos con detalle, estos huertos se concebían mayoritariamente como iniciativas que permitían mejorar la calidad de vida de muchas familias y, simultáneamente, obstaculizaban la creciente difusión de las ideas socialistas.

[...] Lo que favorece el socialismo es el abuso del derecho de propiedad ejercido sin sentimientos caritativos. Los villanos empezaron a odiar a sus señores cuando estos se fueron a residir a la corte, entregando la administración de sus dominios a intendentes con el encargo de sacar el mayor dinero posible. De esta época datan los escogimientos, los cercados, la supresión de los derechos tradicionales de pasto común y el espiguelo, que permitían al pobre vivir de las migajas de los ricos¹⁵¹.

Los huertos asistenciales surgen en los entornos rurales para posteriormente trasladarse a las grandes ciudades, desde donde se popularizarían siguiendo una trayectoria histórica que solía obviar estos orígenes. Un estudioso de estos proyectos como Luis Rivière alertaba, con tono de reproche, sobre la facilidad con la que se olvidaba la procedencia de estas ideas.

[...] Concesión de tierras, préstamo de herramientas, adjudicación de premios estimulantes: he aquí lo que hallamos en estos primeros ensayos de la institución de los huertos obreros. Sin embargo esos esfuerzos locales, emanando de modestos cultivadores permanecían aislados y desconocidos. Necesitose que una experiencia análoga se intentase en una ciudad industrial, para que atrajese

150 (Polanyi, 2012)

151 (Rivière, 1904: 37)

la atención de la prensa, y por ella del gran público¹⁵².

La puesta en marcha de los huertos asistenciales supone una tendencia que, de forma más o menos sincrónica, se generaliza en el conjunto de Europa. Realizar un breve recorrido por las iniciativas pioneras de los distintos países nos permite identificar algunos de los patrones y rasgos que comparten todos estos proyectos.

Inglaterra

Las primeras referencias de provisión de parcelas de cultivo datan de la primera mitad del siglo XIX, de 1830, y son objeto de una acelerada propagación que hace que en 1873, en la Inglaterra rural, uno de cada tres trabajadores del campo sin tierra tuviera acceso a un *allotment* o pequeña parcela de cultivo¹⁵³. Diversas leyes permitían la asignación de estas parcelas ya desde principios del siglo XIX. La ley de cercamientos de 1845 (General Enclosure Act) daba el poder a la comisión de cercamientos para reservar una parte del terreno cercado para el trabajo de los pobres, aunque no tuvieron demasiado efecto puesto que no otorgaban un derecho, sino que la decisión dependía de que los responsables del cercamiento lo considerasen apropiado. Y parece ser que no lo hacían a menudo. Como explican Crouch y Ward, se estima que, de las más de 250.000 hectáreas cercadas en los veinticinco años siguientes, solo 800 se habían reservado para este uso¹⁵⁴. La provisión seguía, por tanto, en manos de los propietarios del suelo, que en un principio no mostraron mucha simpatía por tales iniciativas.

Los principales motivos de oposición por parte de los grandes propietarios eran el temor a que los trabajadores agrícolas sin tierra, al contar con su propia parcela, bajaran su rendimiento en el trabajo asalariado, al que acudirían cansados y sin interés, descuidando las obligaciones para con sus patrones, o que compitieran con su producción en el mercado, si bien los reglamentos de la época ya establecían que la cosecha debía ser destinada exclusivamente al autoconsumo. Otro motivo era la competencia que hacía el *allotment* a otros modelos de alquiler de terrenos como las "parcelas de patatas", que ofrecían condiciones que resultaban muy favorables para el propietario y no tanto para el trabajador¹⁵⁵. Por último, había posturas directamente opuestas a cualquier mejora en las condiciones de vida de los jornaleros por entender que podría alentar sentimientos de autonomía¹⁵⁶. Por todo ello, al inicio del movimiento la cesión de terrenos no era habitual, e incluso se documentaron casos de granjeros que se negaban a emplear a trabajadores que tuvieran un *allotment*.

Una de las principales impulsoras en el apoyo y difusión de los *allotments* rurales por todo el país fue la Sociedad de Amigos de los Trabajadores (Labourer's Friend

Society), que desde 1832 promovió los *allotments* como herramienta para aumentar la autoestima y los sentimientos de responsabilidad moral e independencia. Esta sociedad nace bajo la inspiración de la ayuda mutua, considerando que su labor no es la de ofrecer caridad sino la de procurar a los trabajadores los medios para que puedan ocuparse de su propio bienestar. La sociedad publicaba una revista mensual dirigida a sensibilizar a terratenientes y clérigos sobre las bondades de estas iniciativas, además de enviar agentes por todo el país para difundir su propuesta.

La traslación a las ciudades se producirá no mucho tiempo después. A medida que aumenta la emigración industrial, los *allotments* se localizarán principalmente en distritos o municipios de las periferias urbanas. En Londres los más antiguos datan de 1834 y se sitúan en Walthamstow, al noreste de la ciudad, una iniciativa que se ampliaría con otras dos zonas más de cultivo en 1852. Otro de los primeros *allotments* en terreno urbano de Inglaterra son los de Saint Ann's, en Nottingham, también llamados *hunger hill* o colina de los hambrientos, terreno común controlado por los ciudadanos durante siglos que, en 1842, se divide en *allotments* que alquilan trabajadores de la industria textil de la ciudad, y que han resistido hasta nuestros días con ese mismo uso muy cerca del centro urbano¹⁵⁷. La década de 1850 supondrá la proliferación definitiva de los *allotments* en entornos urbanos, cuando se implantan en ciudades como Leeds, Bradford, Halifax o Southampton¹⁵⁸.

Durante este periodo de difusión la provisión de huertos seguía siendo voluntaria, a pesar de que se había intentado legislar sin éxito en varias ocasiones a lo largo del siglo. Entre los defensores de regular legislativamente la cesión de terrenos para el cultivo había particulares y algunas sociedades benéficas, pero la mayoría de los aristócratas que ofrecían terrenos para *allotments* estaban contra la provisión legal, pues consideraban que no debía existir una obligación parlamentaria que ofreciera garantías a las personas afectadas ya que se trataba de un simple acto de caridad¹⁵⁹.

En 1886 bajo una fuerte presión popular, se redacta la primera propuesta de ley específica sobre asignación de parcelas de cultivo, cuya aprobación definitiva estuvo bloqueada durante muchos meses. La demanda obrera era tan intensa que se llegaron a producir fenómenos tan curiosos como el de los hortelanos de Spalding, en Lincolnshire, que crearon el Partido de los *Allotments* (Allotments Party) para presentarse a unas elecciones extraordinarias convocadas para sustituir a un concejal, ganándolas de forma abrumadora superando al candidato conservador. En las siguientes elecciones municipales el partido volvió a vencer y controló el ayuntamiento, desde donde desarrolló una activa política a favor

152 (Ibídem: 63)

153 (Burchardt, 2002)

154 (Crouch y Ward, 1988)

155 (Burchardt 1997)

156 (Crouch y Ward, 1988)

157 (Ibídem)

158 Ver el post de Brian King: *A Short History of Allotments in England and Wales* en www.bkthisandthat.org.uk/index.html.

159 (Ibídem)

de los *allotments*¹⁶⁰.

La propuesta de ley sería finalmente aprobada en 1887 (General Allotment Act), obligando legalmente a las autoridades locales (distritos y ayuntamientos) a proporcionar a los obreros que lo demandaran terrenos para el cultivo. Ante la creciente presión popular, en 1908 se modifica la ley (Small Holdings and Allotments Act) otorgando a los ayuntamientos la competencia de expropiar tierras a los propietarios locales si estas eran necesarias para la implantación de *allotments*.

Otros países europeos

Los huertos para pobres son impulsados igualmente por filántropos, higienistas y reformistas sociales, que ven en ellos la posibilidad de instaurar programas asistenciales integrales. Es decir, una forma de pasar de la práctica de la limosna directa a la creación de una manera más eficaz y organizada de caridad. Sociedades benéficas, órdenes religiosas, compañías mineras, ferroviarias e industriales, sociedades de apoyo mutuo... proporcionarán huertos a los obreros, a los desempleados o a las familias numerosas.

Conviene resaltar, sin embargo, que también en el continente europeo existían iniciativas previas a la difusión de los huertos para pobres, prácticas que representaban, sin duda, ecos del reparto de suelos comunes y que evolucionaron hasta alcanzar la figura de la cesión de suelo municipal.

[...] Nuestros departamentos más pobres poseen bienes comunales de gran extensión que no pueden, en general, ni alquilar, ni enajenar, ni administrar con provecho; su población, en más de un punto, es miserable, sin industria y a menudo sin trabajo. Aquí es donde queda el recurso de la parcelación. Conceder, aunque sea temporalmente, un lote a un padre de familia es ponerle en posesión de un capital, arraigarle al suelo y darle la enseñanza de la propiedad con todos sus instintos. Una población infeliz e inquieta hallará en el parcelamiento elementos serios de bienestar y moralización¹⁶¹.

Ya hemos visto la posibilidad establecida legalmente de la reserva de *allotments* en los terrenos comunes cercados en Inglaterra. Vínculos similares se producen en el resto de Europa. En Alemania, alrededor de 1820 surgió en ciudades como Kiel, Berlín, Leipzig o Frankfurt el *Armenigärten*, de propiedad pública, en el que se repartían parcelas para el cultivo de patatas y otras verduras. En Dinamarca en 1828 se cedieron parcelas por orden real en distintas ciudades¹⁶². En Holanda, una ley de 1843 permitía a los ayuntamientos desbrozar, parcelar y alquilar sus terrenos incultos a un precio reducido a los trabajadores, planteando también la posibilidad de expropiación de suelos a tal efecto. Desde la crisis de 1848 varias ciudades francesas cedían terrenos a los obreros sin trabajo. Se tiene constancia, asimismo, que en 1898 había huertos municipales alquilados a obreros en Amiens, Reims, Dijon, Tours... cuya gestión se

cedía, en ocasiones, a distintas sociedades benéficas¹⁶³.

En la segunda mitad del siglo XIX proliferarán por Europa iniciativas privadas ligadas a entidades religiosas, benéficas, filantrópicas o de la templanza. Una de las primeras surge en 1838 en la ciudad holandesa de Franeker, donde la Sociedad para el Beneficio del Interés Público (Maatschappij tot Nut van 't Algemeen) alquilaba a bajo coste terrenos de cultivo para trabajadores empobrecidos. En Bélgica, en 1861, el terrateniente y filántropo Pierre Bortier apoya a la Oficina de Beneficencia (Bureel van Weldadigheid) cediéndole terrenos en la ciudad de Gistel con la condición de que fueran ofrecidos de forma gratuita a trabajadores agrícolas ancianos y sin tierra «de buena conducta y de una moralidad irreprochable». En 1864 se crearán en Leipzig los primeros *schrebergarten* alemanes, de los que hablaremos con más detalle en un apartado posterior. En Dinamarca la primera asociación de huertos para pobres fue fundada en Aalborg en 1884, años más tarde, en 1891, también en Copenhague la asociación Protección Obrera (Arbejdernes Værn) ofrecería parcelas de cultivo¹⁶⁴.

La Obra de San Vicente de Paul tendrá un destacado papel en la difusión de los huertos para pobres por toda Europa. Desde 1850 animará a sus cofradías a desarrollar estos programas en distintos países, destacando las ventajas materiales y morales del trabajo en la tierra, defendiendo la sustitución de las limosnas semanales por la adjudicación de parcelas de cultivo. El éxito de la idea y la amplia difusión de las primeras obras hace que se repliquen rápidamente por todo el continente, llegando a países como Bélgica, Alemania, Holanda o Suiza.

En Francia la iniciativa que desencadenará el desarrollo de un movimiento nacional es el proyecto que en 1890 puso en marcha Félicité Hervieu, propietaria de una factoría textil en Sedan. Mediante la Obra de Reconstitución de la Familia de Sedan cedió parcelas para 90 familias. Poco después se funda la Obra de Saint Etienne, que ofrece huertos a mineros y a trabajadores industriales en la localidad del mismo nombre, cerca de Lyon¹⁶⁵. Estas obras inspirarán al abad Lemire, que extenderá la idea por todo el país bajo el término *jardin ouvrier* o huerto obrero. Para ello fundará en 1896 la Liga del Pedazo de Tierra y del Hogar (Ligue du Coin de Terre et du Foyer), la principal entidad encargada de impulsar estas prácticas.

El abad Lemire fue una figura destacada del catolicismo social, y luchó en defensa de los derechos de los trabajadores desde su puesto de diputado, que conservó durante 35 años. Además de reivindicar el acceso a tierra y vivienda, entre sus propuestas políticas estaban la reducción de la jornada laboral, la regulación del trabajo infantil y de la mujer, los subsidios por invalidez y vejez o la creación de fondos de pensiones y sindicatos... Obviamente las posturas políticas del abad no fueron bien vistas por el propio clero, que consideraba su comportamiento demasiado atrevido, ni por una burguesía que opinaba que se encontraba demasiado cercano a las ideas socialistas.

Estados Unidos

163 (Riviere, 1904)

164 (Van Molle y Segers, 2008)

165 (Ibidem.)

160 Ver: www.parliament.the-stationery-office.co.uk/pa/cm199798/cmselect/cmenvtra/560-ii/560ii11.htm

161 (Ferrand, 1859 : 63)

162 (Van Molle y Segers, 2008)

En las grandes ciudades industriales de Estados Unidos la aparición de huertos asistenciales se puede contextualizar en el movimiento *city beautiful*, nacido alrededor de 1890 y basado en un determinismo ambiental según el cual la mejora de los espacios públicos de la ciudad favorecería también el orden social. Las asociaciones por el cultivo en terrenos vacíos (Vacant Lot Cultivation Associations), que trabajan generalmente en colaboración con los gobiernos locales, surgen a raíz de la depresión económica de 1893, por el aumento del desempleo y la creciente presión sobre los programas de asistencia social. El promotor de la idea fue el alcalde de Detroit, H.S. Pingree, que lanzó un programa de cultivo en terrenos vacíos de la ciudad que eran cedidos a los desempleados. Unas mil familias se beneficiaron del programa, mediante el cual podían cultivar sus alimentos y vender los excedentes, principalmente patatas, judías y nabos. Esta es la principal diferencia con los huertos europeos, pues las parcelas eran más grandes y la producción podía orientarse a la venta, generalmente a buen precio, dado que eran productos de huerta frescos y de calidad, muy valorados en los entornos urbanos.

Los terrenos de Detroit fueron conocidos como *pingree potato patches* y la iniciativa fue replicada durante los siguientes años en otras ciudades como Nueva York (1895), Philadelphia (1897), Boston (1895), Buffalo (1897)... Uno de los principales problemas a los que se enfrentó este programa fue la dificultad para encontrar terrenos y la inseguridad de la tenencia, pues la cesión era temporal y no estaba sujeta a ningún tipo de compensación por la pérdida de los cultivos si el propietario decidía reclamar los terrenos. Estos se situaban generalmente en los bordes de la ciudad porque los propietarios preferían mantener vacíos los solares del centro, de mayor valor, para lucrarse con su desarrollo urbanístico. En algunos casos también se establecen granjas cooperativas, en las que se pagaba un salario a los trabajadores, pero ellos no podían disponer de la cosecha, que se destinaba a comedores asistenciales u hospitales...¹⁶⁶ En resumen, estos programas asistenciales se desarrollaron mediante una fórmula que blindaba a los propietarios y no ofrecía ningún tipo de derechos para los trabajadores, que quedaban a merced de los intereses particulares de los titulares del suelo.

Este modelo de huertos de emergencia para desempleados se repetirá nuevamente tras el crack del 29, cuando se establece un programa federal de huertos de subsistencia en Estados Unidos. El esquema es similar al de otros programas lanzados desde el New Deal, facilitando terreno, materiales, formación y supervisión. Durante estas décadas el principal cambio acontecido en los programas de huertos de emergencia sería el paso de una estructura diversificada de organizaciones filantrópicas a un proceso de profesionalización y centralización de la asistencia social por parte del Estado. La gravedad y la urgencia de la situación demandaba medidas que pudieran extenderse a gran escala geográfica e implicar a decenas de miles de personas, imponiéndose una fórmula de acceso a la asistencia social a cambio de trabajo, principalmente en servicios públicos. Así se impulsaron dos tipos de programas de huertos. Uno en el que se establecen granjas en las que los

desempleados cultivan y la producción se destina a organizaciones asistenciales, y un segundo programa de impulso de los huertos de subsistencia individuales en los patios del propio hogar orientados al autoconsumo, en terrenos de fábricas y empresas que se destinarían al trabajo y consumo por parte de los empleados, y en terrenos públicos, generalmente grandes parques o parcelas baldías, donde se cultivan huertos comunitarios.

Tal y como reflejan los eslóganes usados en esta campaña, como «no garden, no relief», que podríamos traducir como «sin huerto, no hay ayuda», estos huertos no se consideraban un fin en sí mismos. No están pensados para favorecer la iniciativa empresarial de los hortelanos mediante la venta de los excedentes, sino que son un elemento estratégico en el marco de las políticas públicas del New Deal (empleo, obras públicas, vivienda, agricultura...). Trabajar en estos huertos de subsistencia era obligatorio si se quería ser beneficiario de los programas de empleo o de asistencia social. El programa logró implantarse en 43 estados, abarcando una superficie cultivada de 133.000 hectáreas y llegó a proporcionar más del 36% de la fruta y verdura fresca o en conserva que consumía el país¹⁶⁷.

5.2 La familia, la propiedad privada y el huerto obrero

Mientras el obrero está en su huerto, no está en la taberna gastando dinero o escuchando soflamas incendiarias; entre verduras y flores, no rumia el artículo de su diario.
A. Choquet

El cultivo de verduras y hortalizas en una parcela no es una actividad neutral o aséptica en términos políticos. Como toda iniciativa social persigue determinadas finalidades, se realiza de maneras concretas y transmite unas formas específicas de valorar la realidad y de posicionarse ante ella. Aunque, como hemos apuntado, hubo algunos casos de iniciativas pioneras vinculadas directamente al movimiento obrero inglés, generalmente las primeras propuestas de huertos urbanos estaban impulsadas por ideologías ligadas al reformismo social, que intentaba conseguir mejores condiciones de vida para las clases trabajadoras a cambio de normalizar y disciplinar sus patrones de comportamiento.

Las multitudes urbanas eran concebidas como un animal salvaje que había que domesticar, pues eran portadoras de estilos de vida amorales y peligrosos. La propensión a la violencia, al derroche, a la falta de higiene, a la promiscuidad, al descuido de la vida familiar o al alcoholismo eran los principales rasgos con los que se definía a las clases populares. Unas multitudes que, atraídas por las ideas socialistas, provocaban el desorden y el caos en forma de revueltas sociales, reivindicaciones políticas y demandas sindicales. La burguesía había construido una visión de la clase obrera que oscilaba entre la caricatura que hace reír y el mito que hace temblar.

Estos relatos se conjugaron con la arquitectura, la administración pública, la

166 (Lawson, 2005)

167 (Ibidem.)

estadística o los primeros sistemas de educación pública en el despliegue de los mecanismos disciplinarios que, desde el siglo XVIII, trataron de moldear a las multitudes de forma que fueran más productivas y controlables por el poder (escuela, cárcel, manicomio, fábrica...).

[...] Las instituciones disciplinarias han generado una maquinaria de control que ha funcionado como un microscopio de la conducta; las divisiones ténues y analíticas que han realizado, han llegado a formar un aparato de observación, de registro y de encauzamiento de la conducta... La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia)¹⁶⁸.

Los huertos para pobres forman parte de esta amplia estrategia disciplinaria, que perseguía producir *cuerpos dóciles* que resultaran útiles y funcionales para su integración en el sistema capitalista. Estas iniciativas no ocultaban su voluntad de fomentar un cambio de valores y actitudes entre las personas y familias adjudicatarias de las parcelas de cultivo. Entre los valores promulgados destacaban una propensión positiva hacia el trabajo, un deseo de progreso personal, un sentimiento de responsabilidad individual, la centralidad vital de la familia o el anhelo de convertirse en propietario.

[...] Los aparatos disciplinarios trabajan en el espacio de una forma más flexible y fina que en el encierro. En primer lugar según el principio de localización elemental o de la división en zonas. A cada individuo su lugar; y en cada emplazamiento un individuo. Evitar las distribuciones por grupos; descomponer las implantaciones colectivas; analizar las pluralidades confusas, masivas o huidizas. El espacio disciplinario tiende a dividirse en tantas parcelas como cuerpos o elementos que repartir hay¹⁶⁹.

La parcelación individualizada de la superficie de cultivo, los compromisos obligatorios con los reglamentos y la vigilancia permanente por parte de los supervisores conformaban elementos comunes de todas estas iniciativas. Un diseño espacial y organizativo deudor de las estrategias disciplinarias que permitía observar si las actitudes y comportamientos de los beneficiarios y sus familias se adecuaban a aquello concebido como correcto. El tiempo de trabajo dedicado y los horarios, la cosecha producida, la relación con otros hortelanos, la vida familiar y el reparto de tareas, o la asistencia a misa y el descanso dominical, pues muchas de estas iniciativas surgen desde entidades religiosas, eran elementos que permitían valorar si los hortelanos estaban orientando su estilo de vida hacia lo que se esperaba de ellos.

Estos dispositivos disciplinarios los podemos encontrar en los inicios de la Liga Belga, que exigía a los beneficiarios certificados eclesíasticos y prohibía el trabajo en el huerto los domingos y fiestas de guardar¹⁷⁰. Además se imponían la educación de la familia en el orden y la decencia y los castigos en forma de protocolos de retirada de las parcelas en caso de no cuidarlos o de que los beneficiarios incurrieran en comportamientos delictivos.

168 (Foucault, 2000: 178)

169 (Ibidem.)

170 (Van Molle y Segers, 2008)

En los huertos obreros del catolicismo social en Francia se desarrolla la llamada doctrina terrianista, representada por personajes como el abad Lemire, cuyo lema en relación a los huertos obreros era «la tierra es el camino, la familia es la meta», o el doctor Gustave Lancry, autor de un influyente texto titulado *Le terrianisme. La petite propriété insaisissable et assurée à tous* (1899), que podríamos traducir como *El terrianismo, la pequeña propiedad inalienable y asegurada para todos*. Un documento que alaba las virtudes morales de iniciativas como los huertos obreros al conseguir de forma simultánea la mejora moral y material de las clases.

[...] He creído que lo importante no era provocar un nuevo arranque de generosidad, sino dar mejor dirección a nuestras limosnas, orientar nuestras obras de caridad hacia esa asistencia, por medio de la tierra, que convierte al mendigo en trabajador, y al vagabundo en propietario¹⁷¹.

El impulso, esencialmente católico, del movimiento se refleja en su activa oposición al desarrollo de las ideas socialistas siguiendo los preceptos de la encíclica *Rerum Novarum. Sobre las condiciones de los obreros*, de 1891, redactada por el Papa Leon XIII como asidero moral para la negación de las ideas socialistas relacionadas con la propiedad colectiva.¹⁷²

En Francia y Bélgica este ideario es esgrimido poniendo especial énfasis en la defensa de la familia como eje vertebrador de la vida social, primando el acceso a las tierras de las familias numerosas, promoviendo el hábito del trabajo, la convivencia y la asignación de tareas dentro de la unidad familiar, el fomento del ahorro y el desarrollo del sentido de propiedad. Esta línea discursiva se asume de manera literal, como se deduce de los nombres de las agrupaciones, los títulos de sus manifiestos y sus declaraciones públicas. Como ya hemos señalado, la iniciativa pionera del movimiento de huertos asistenciales, la de Madame Hervieu, en Sedan, se constituye en 1890 con el esclarecedor nombre de Obra de Reconstitución de la Familia.

[...] Los asistidos han recobrado el hábito del trabajo, han empleado útilmente el tiempo que hubieran perdido en la taberna con el doble detrimento de su salud y su bolsillo. Los hijos han sido educados en el trabajo al lado de sus padres y estos se acostumbraron a vivir al lado de aquellos. No resulta ampliamente justificado el título de reconstitución de la familia, dado a su institución por la fundadora¹⁷³.

El impulso, esencialmente católico, del movimiento se refleja en su activa oposición al desarrollo de las ideas socialistas. Los huertos se presentan como una alternativa práctica donde la comunidad cristiana puede oponerse al colectivismo socialista. El título del manifiesto fundacional de la Liga Belga de Huertos Obreros en 1896,

171 (Riviére, 1904: 48)

172 "Para todo lo que acabamos de decir, se comprende que la teoría socialista de la propiedad deba ser absolutamente repudiada, como perjudicial para aquellos mismos a quienes se quiere socorrer, contraria a los derechos naturales de los individuos, y porque desnaturaliza las funciones del Estado y altera la tranquilidad pública. Que quede pues bien establecido que el primer fundamento que deben poner aquellos que quieren sinceramente el bien del pueblo, es la inviolabilidad de la propiedad privada" (León XIII, 1891).

173 (Ibidem: 50)

¡Plus de socialistes!, (¡No más socialistas!), era toda una declaración de intenciones. Una lógica que se mantuvo como seña identitaria de la organización durante décadas, como muestra el título de otro folleto redactado en 1931 por Goemare, fundador de la liga, y que llevaba por título *Hacer del obrero un propietario*¹⁷⁴.

Como relata Rivière, en Francia la Liga obligaba al descanso semanal, pero las parcelas no eran únicamente para católicos practicantes, también se admitían protestantes e incluso algunos socialistas y anarquistas, con la esperanza de hacerles entrar en razón y que abjuraran de sus ideas colectivistas. Según una ilustrativa anécdota que narra el mismo Rivière:

[...] Un obrero socialista de San Esteban solicitó del R.P. Volpette una parcela. Después de haberle enumerado los cuatro artículos del Reglamento, le preguntó el jesuita:

- ¿Acepta usted esto?
- Perfectamente; acepto, pero... ya sabe usted que yo no voy a misa.
- No le pido a usted que vaya a misa. ¿Acepta usted mis cuatro artículos?
- Sí.
- Bueno, pues vaya usted a tal campo y tome posesión del lote número...

Nuestro hombre cogió afición y cariño a la parcela y a la primavera siguiente tenía las mejores legumbres de todo el campo. El padre, pasando un día por allá, le vio sudando, inclinado hacia los surcos, afanoso.

- Tío Fulano – le interpela.- Tiene usted hermosas patatas. Serán muy estimadas en el reparto.
- ¿Qué? ¿Qué reparto? – responde el obrero, irguiéndose.
- Pues, el reparto, ya sabe usted. Cuando llegue el día de San Juan se hará un lote colectivo en una parcela vacía y cada cual vendrá a recibir su provisión: un cesto por cabeza de cada familia.
- ¡Cómo es eso, padre! ¿Se quiere usted burlar de mí? ¿Cree usted que me he descrismado durante seis meses para repartir mis patatas con los que tienen cinco o seis hijos y no han hecho nada? Mis patatas son mías, solo mías... y ¡ay del que trate de quitarme una...!

Había bastado al exaltado colectivista ponerse en contacto con la tierra para sentir la vacuidad de las teorías de que hacía alarde. Es lo que expresaba un día, en forma popular, otro socialista diciendo: Hemos sido estafados por los clericales. Han hallado el medio de resistir nuestro empuje y paralizarlo¹⁷⁵.

El cambio de lógica de las obras asistenciales ligadas a los huertos obreros obligaba a los beneficiarios a corresponsabilizarse del desarrollo de las iniciativas, tanto mediante su trabajo en el cultivo de las parcelas y la aportación de una pequeña cantidad de dinero, que habitualmente se utilizaba para fomentar el ahorro con el fin de conseguir una vivienda en propiedad. Estas pequeñas cantidades eran depositadas en mutualidades y cajas de ahorros ligadas a las obras, ingresos que

se aumentaban con las primas y pequeños premios que conseguían las parcelas mejor cuidadas, así como mediante programas de ahorro especialmente dirigidos a jóvenes y adolescentes. En los estatutos de la Liga francesa se definirán como objetivos garantizar la propiedad de una parcela de tierra para el cultivo y de una vivienda adecuada «para toda familia honesta y trabajadora», por lo que no resulta extraño que trataran de conjugar dichos objetivos con la construcción de casas baratas. La Liga fue una entusiasta promotora de las tipologías de vivienda obrera que incorporaban una pequeña parcela de cultivo a modo de jardín¹⁷⁶. Una fórmula que será intensamente desarrollada desde el paternalismo industrial que se implantará en muchas de las grandes empresas a principios de siglo como forma de prevenir el conflicto social.¹⁷⁷

En el marco de estas estrategias también se realizan concursos sobre el cuidado de la parcela, la productividad de la misma o las construcciones rústicas dirigidas a embellecerlas, además de potenciar la idea del huerto obrero como la «villa campestre de vacaciones» para las clases trabajadoras. La huerta se convierte en el reducto de realidad en que los obreros eran dueños y señores, donde veían y podían recoger el fruto de su trabajo en contraste con la alienación que sufren en la fábrica. El huerto se utiliza como una herramienta para organizar el tiempo libre, y como espacio de visibilización de las prácticas familiares, el trabajo del hombre en el jardín, de la mujer en la gestión del hogar, e incluso de los juegos infantiles.

Además de los concursos, en las zonas de huertos se realizan otras actividades como visitas, festivales o ferias, en las que los bienhechores y directores se reúnen con las familias beneficiarias. Estos encuentros sirven para reforzar esa sensación de control y supervisión que generalmente ejercen los presidentes locales de la Liga. Muchas personalidades y políticos locales visitarán los huertos para demostrar su apoyo a estas iniciativas y dotarlas de legitimidad. En 1913 el presidente de la República, Pointcaré, llegará a visitar los huertos de Ivry en la periferia parisina, acompañado de notables locales. Como relata Weber,¹⁷⁸ estos huertos eran anualmente visitados por el alcalde, los cargos locales y el propio Abad Lemire. En 1925 la alcaldía pasa a manos de los comunistas, que se niegan a asistir al acto. Lemire, bastante molesto, concluye su discurso clamando «Ningún comunismo en el huerto, ningún comunismo en la familia».

En Francia, Bélgica y Holanda los huertos también se acompañaban de otros servicios como dispensarios médicos, roperos, agencias de empleo, consulta jurídica, bibliotecas, orientación al matrimonio, clases de religión para los niños o escuelas de cocina para enseñar a las obreras fabriles cómo aprovechar al máximo los productos procedentes de sus huertos.¹⁷⁹

El esquema de funcionamiento de las obras imita los patrones organizativos

176 (Cabedoce, 1996)

177 Entre estas destacará la Sociedad de Minas de Lens que impulsará decenas de miles de huertos obreros y colonias de viviendas que incorporaban zona de cultivo. Ver (Muñiz, 2010)

178 (Weber, 1996)

179 (Rivière, 1904)

174 (Van Molle y Segers, 2008)

175 (Rivière, 1904: 152)

de la socialdemocracia, que ofrecían una red de instituciones donde socializarse siguiendo los principios socialistas en medio del capitalismo. Las casas del pueblo, los clubs deportivos, los grupos excursionistas, las cooperativas de consumo, la actividad sindical... permiten construir esa comunidad obrera. Una dinámica que buena parte del catolicismo social reproducirá promoviendo otro tipo de valores.

Más allá de estos presupuestos, los huertos obreros se convertirán también en espacios de socialización y relación entre iguales con cierto margen de autonomía, por lo que fueron percibidos por ciertos sectores de la sociedad como una amenaza al orden social. Los obreros fabriles acuden al huerto al acabar el día, y principalmente los días de descanso, viven momentos de encuentro en los que desarrollan vínculos con los compañeros mientras charlan, juegan a petanca, abren una botella o hacen tareas comunes. Una socialización que, en muchos casos, lleva al desarrollo de mecanismos de solidaridad entre vecinos, por los que mantienen las parcelas de las personas que están enfermas o intercambian los excedentes para que no se desperdicie ningún fruto¹⁸⁰.

Crouch y Ward apuntan que «las parcelas estaban separadas, pero los hortelanos estaban unidos en su labor individual pero común», y relacionan directamente los *allotments* con la persistencia de una economía comunitaria entre los pobres de la época victoriana basada en relaciones de colaboración y en la ayuda mutua. Una cultura del intercambio de semillas, de plantones o de excedentes, pero también de apoyo en el trabajo en el huerto y de abastecimiento de alimentos a familiares y conocidos. Los autores destacan también la diferencia entre los nombres de las asociaciones e instituciones de esta época, y cómo unas transmiten un sentido comunitario (uniones, cooperativas, sociedades de amigos, clubs...), mientras otras se autodenominan como caritativas, de beneficencia o religiosas¹⁸¹.

Aun siendo, por tanto, sus inicios tan claramente asistenciales, el potencial de los huertos como espacios de solidaridad y autonomía no se dejó de reconocer, siendo objeto de crítica por las corrientes más conservadoras. Jeremy Burchardt¹⁸², experto en historia de la Inglaterra rural de los siglos XIX y XX, vincula las sucesivas oleadas de avance de los *allotments* con episodios de revuelta social, de tiras y aflojas entre las reclamaciones de los jornaleros y trabajadores y las respuestas de los propietarios y el gobierno. La primera provisión de *allotments* rurales se produciría en 1830 como respuesta a la alarma social que provocaron la destrucción de máquinas y las revueltas conocidas como del Capitan Swing. Burchardt también apunta que precisamente el acceso a estas parcelas fue uno de los factores que permitieron el sindicalismo de los trabajadores agrícolas, al ofrecerles cierto apoyo material en sus necesidades diarias y un espacio de socialización y cooperación. Estos sindicatos lanzaron una campaña de exigencias de mejoras de las condiciones laborales que culminó con la revuelta del campo (Revolt of the Field) de 1872 en el sur de Inglaterra. Recíprocamente la labor del sindicato NALU (National

Agricultural Labourers' Union), que en los siguientes años aumentó su número de afiliados a pesar de las posibles represalias por parte de los terratenientes, será fundamental para la lucha por el derecho a contar con un terreno para el cultivo propio. NALU apoyará la reclamación de una legislación sobre *allotments* propuesta en 1885 por el ala radical del partido liberal liderada por Joseph Chamberlain, político que abogaba, entre otras medidas sociales, por la educación pública, la provisión de *allotments*, y que había fundado en 1883 la Allotments Extension Association con este fin. La derecha conservadora lo tildará de ateo, socialista y de atacar la propiedad privada. En este convulso contexto el hecho de que en 1884 los jornaleros obtuvieran el derecho al voto, conducirá a la aprobación definitiva de la primera ley de *allotments* en 1887¹⁸³.

En Estados Unidos el programa de huertos para desempleados también provocó recelos, porque estos podrían alentar «un peligroso espíritu de independencia» que llevara a los desempleados a cuestionar la sagrada idea de la propiedad privada. «Permitid a las masas darse cuenta de que mediante el acceso a la tierra se pueden ganar la vida; permitidles el libre acceso en nombre de la caridad, y no pasará mucho tiempo antes de que las funciones filantrópicas se olviden, y se demande el acceso a la tierra como un derecho»¹⁸⁴.

Lo curioso es que en este periodo también existía una fuerte desconfianza por parte de los socialistas. Teóricos de referencia como William Morris consideraba los *allotments* «propuestas prácticas absurdamente insignificantes»¹⁸⁵. Se cuenta una anécdota relacionada con Lenin que, cierta o no, resulta cuanto menos chocante. A su paso por Estocolmo, en 1917, fue invitado a visitar los huertos familiares de la ciudad, promovidos en 1906 por la socialdemócrata y sufragista Anna Lindhagen. Al conocer el desarrollo de la iniciativa, Lenin comentó: «hurgar en la tierra equivale a preparar el terreno para la desidia política en la lucha de clases. Los obreros no deberían ocuparse de la jardinería, deberían más bien consagrarse a la revolución proletaria»¹⁸⁶. Otros socialistas, en cambio, a través de distintas asociaciones de trabajadores, se lanzarán a organizar sus propios huertos, en un progresivo cambio de tendencia que se consolidará tras la primera guerra mundial.

5.3 Sembrar la renovación pedagógica y cosechar los huertos escolares

A mi entender, educar debería significar la formación de seres humanos cuyos pies están firmemente plantados en la tierra, cuyos pensamientos suben al cielo y allí perciben la verdad, y en cuyos corazones se juntan cielo y tierra.

F. Froebel

180 (Cabedoce, 1996)

181 (Crouch y Ward, 1988)

182 (Burchardt, 2002)

183 (Crouch y Ward, 1988)

184 (Lawson, 2005: 41)

185 (Morris, 1886)

186 Ver el video: *The return of Lenin* (2000) de Per Gustafsson, Lena Ignestam and Christel Lundberg.

Los sistemas nacionales de educación, implantados durante el siglo XIX en muchos países europeos, compartían una lógica de funcionamiento basada en la rigidez pedagógica. En las escuelas la autoridad y la disciplina eran consideradas elementos vertebrales del proceso educativo, unos planteamientos que no comenzarán a cuestionarse hasta finales de siglo de la mano del movimiento de reforma educativa que sentaría las bases de la pedagogía moderna. Uno de los referentes de este proceso de cambio fue el suizo Johann Pestalozzi, que planteó las líneas maestras de una nueva concepción de la educación. Este pedagogo resumía sus principios en la necesidad de equilibrar el desarrollo de «manos, corazón y cabeza» es decir, de unir el desarrollo físico con el mental, reconociendo la importancia de la experimentación infantil y dándole un especial valor a la positiva influencia de las actividades al aire libre. En este modelo pedagógico, mucho menos directivo e influenciado por las enseñanzas de Rousseau, el medio ambiente se convertirá en uno de los principales elementos educativos¹⁸⁷.

Tales planteamientos resultaron rupturistas para su tiempo e inspiraron a discípulos como Froebel, que continuó su labor innovadora introduciendo los juegos de construcción con piezas, la papiroflexia, las canciones para memorizar conceptos o los areneros, desarrollando la teoría de la educación basada en el juego. Todas estas novedades se vertebraban en torno a la gran aportación de Froebel: la idea de los jardines infantiles como espacios para que los niños y niñas cultiven su creatividad, de forma que desde el juego se contribuya a su desarrollo integral. Ambos considerarán la enseñanza como un jardín en el que cuidar la semilla o esencia de la naturaleza humana. El cultivo de plantas será una de las actividades que se incorporará de forma sistemática a los jardines infantiles.

Estas ideas fueron recogidas por otro coetáneo, el alemán doctor Schreber, que comenzará a llamar la atención sobre la necesidad de que los niños de las ciudades industriales tuvieran lugares donde respirar aire fresco, jugar y hacer un ejercicio moderado; sugiriendo el huerto y su cultivo como un espacio y una actividad ideales en este sentido. A las bondades ambientales de estos primeros huertos escolares se sumaba la necesidad de ejercitar *cabeza, corazón y manos* para su correcto mantenimiento, permitiendo el desarrollo de conocimientos de distintas materias (biología, lenguaje, matemáticas...), socioafectivos (empatía, cuidado, responsabilidad...) y manuales (ejercicio moderado, habilidades motoras...).

La primera asociación alemana de hortelanos surge en 1864, en la ciudad de Leipzig, en torno a un grupo de seguidores de estas ideas que se asocian con el objetivo de reclamar espacios de juego para los niños. Son proyectos básicamente recreativos, en los que los campos de juego y gimnasia y las estancias de descanso se acompañan de espacios de cultivo aunque, como ilustran algunas litografías de la época parece que los niños y niñas no acaban de encontrarle la gracia a trabajar con la azada. Pronto las familias pasarán a hacerse cargo de estos huertos y a definir las primeras reglas de uso. Este tipo de huertos, que rápidamente proliferarán por toda Alemania, serán conocidos

187 (Ruiz y Palacio, 1999)

como *kleingarten* (pequeño jardín) o *schrebergarten* (en recuerdo de aquella primera asociación). Treinta años después de la primera iniciativa, Leipzig contaba con catorce asociaciones de *schrebergarten* con más de cien parcelas. Los impulsores eran, sobre todo, trabajadores del sector industrial que, además de cultivar el huerto, lo utilizaban como espacio para el ocio y el descanso de fin de semana.

Otras iniciativas surgidas en Alemania en los primeros años del siglo XX fueron los huertos que pusieron en marcha desde una perspectiva higienista la Cruz Roja de Berlín y otras asociaciones como Mujeres Patrióticas (Vaterländischer Frauenverein) o Educación y Salud para los Jóvenes (Verein für die Gesundheitsmassige Erziehung der Jugend). La puesta en marcha de estos espacios de cultivo se orientó a fomentar la actividad al aire libre para luchar contra una epidemia de tuberculosis. Estos huertos contaban con parcelas especialmente destinadas al cultivo por parte de la infancia, y otros servicios asistenciales como el suministro de carbón, o el asesoramiento para obtener empleo¹⁸⁸.

En Francia también hubo experiencias singulares desde finales del siglo XIX, impulsadas por profesores que, de forma particular, comenzaron a promover la horticultura como herramienta educativa. La más antigua de la que se tiene referencia es la de un profesor de Tours, que en 1876 sembró varios tilos en el patio del colegio encargando la protección de cada árbol a uno de sus alumnos. Los responsables de cada árbol podían cultivar un huerto de metro y medio de largo alrededor del tilo, siguiendo las directrices del profesor. A finales de siglo surge en Nimes una iniciativa vinculada a una asociación en favor de la templanza, que instala cincuenta huertos de ocho metros cuadrados que cede de forma gratuita a los escolares del municipio para su cultivo. Un proceso similar se da en Douai, donde el proyecto de huertos obreros ligados a la Obra local puso en marcha 62 parcelas para el cultivo de escolares.

Al otro lado del océano, en Estados Unidos, el primer huerto escolar nació en Boston en 1891, inspirado en las primeras experiencias europeas. La iniciativa fue impulsada por grupos de voluntarios y rápidamente será considerada ejemplar y replicada a lo largo y ancho del país, conformando un movimiento a escala nacional que fue apoyado por colectivos de profesores, sociedades hortícolas, clubs de mujeres, sociedades cívicas e incluso por personalidades como el paisajista Olmsted, responsable del diseño del Central Park, o el mismo presidente Wilson. A partir de principios de siglo se crean asociaciones para el fomento de los huertos escolares, encargadas de ofrecer cursos para formadores o de publicar libros y boletines por medio de los cuales generó un amplio consenso social sobre el valor educativo de la horticultura. Este impulso se fue consolidando hasta alcanzar un breve proceso de institucionalización durante la primera guerra mundial, cuando los colegios comenzaron a recibir apoyo del US Bureau of Education y de su división de huertos escolares y del hogar, que se mantendrá activa entre 1914 y 1920 y a través de la cual el gobierno federal facilitará semillas, información técnica, sugerencias de actividades y planificación de

188 (Riviére, 1904)

lecciones...¹⁸⁹. Sus impulsores describían la disciplina impuesta en estos programas como «militar», pues al coincidir con el periodo de guerra se entendía que podía ser una herramienta útil para la socialización de la infancia en los valores de la sociedad «de la libertad». Unos beneficios añadidos que se consideraban especialmente pertinentes para las distintas minorías: inmigrantes, negros y nativos americanos.

Además de los huertos escolares, la promoción de huertos en las viviendas vinculados a estos programas permitía a los profesores visitar los hogares de sus alumnos y establecer una relación asistencial con las familias que no fuese vista como una intrusión en su estilo de vida. De forma pionera se crearon granjas escuela para delincuentes juveniles en las que, entre otros objetivos, se trataba de inculcar un sentido de respeto a la propiedad.

A pesar de que en algunos casos los programas de huertos escolares adoptarían funciones disciplinarias, desde sus inicios la horticultura se vinculó a reformas educativas que democratizaban las relaciones maestro-alumno, renovaban los paradigmas pedagógicos y socializaban una nueva mirada sobre la naturaleza. De forma generalizada los maestros y maestras supieron percibir todo lo que había más allá del mero cultivo de plantas. Estos pioneros vieron en los huertos escolares una herramienta educativa de primer orden que podía usarse de una forma muy versátil. A principios del siglo XX el fundador de un huerto infantil en un popular y conflictivo barrio de Nueva York, lo expresaba magníficamente:

[...] Yo no he empezado un huerto para cultivar unos pocos vegetales y flores. El huerto se ha usado como una forma de enseñar determinadas virtudes cívicas: el cuidado privado de los espacios públicos, economía, honestidad, constancia, concentración, autocontrol, orgullo cívico, justicia, la dignidad del trabajo y el amor a la naturaleza¹⁹⁰.

189 (Lawson, 2005: 81)

190 (Greene, 1911: 52)

6 El movimiento obrero y los huertos en la Europa de entreguerras

En el periodo de entreguerras la ideología de los huertos urbanos se transformará sustancialmente dejando atrás, en gran parte, las connotaciones moralistas y asistenciales de sus orígenes. A medida que el movimiento obrero se apropia de la idea, la convierte en espacio de desarrollo de la cultura proletaria, y reclama el acceso a terrenos de cultivo en las ciudades.

Uno de los factores que ayuda a la renovación del movimiento es la conquista de la jornada laboral de ocho horas, que permitió al obrero disponer de tiempo libre, de manera que incluso se desarrollaron huertos en países que no habían tenido una tradición en las primeras décadas de la industrialización. El papel que los huertos desempeñan en la subsistencia urbana durante la gran guerra y como parte de las estrategias de supervivencia de la población en la posguerra es otro de los motivos que favorece este cambio de percepción. Como se describía anteriormente, la producción de alimentos de proximidad, la subsistencia y la autonomía vertebrarán las primeras propuestas urbanas del movimiento moderno en el centro de Europa, en su búsqueda de alternativas a la ciudad capitalista.

Ante el déficit de alojamiento, tras la primera guerra mundial la construcción de vivienda obrera se convierte en una prioridad absoluta para todos los ayuntamientos de las grandes ciudades. Durante este periodo histórico la promoción de los huertos urbanos resulta indisociable de las políticas de vivienda. En general, el acceso a una casa y al huerto van de la mano, excepto en Reino Unido, donde el desarrollo urbanístico acabará con muchos de los *allotments* creados durante la guerra. Aunque, como apuntan Crouch y Ward¹⁹¹, las viviendas públicas y privadas construidas en el periodo de entreguerras seguían los estándares definidos por Raymond Unwin, por los que la baja densidad permitía satisfacer el acceso de las familias a un jardín para el cultivo.

En este periodo se producirá también la confluencia de las organizaciones de hortelanos, que comenzarán a formar estructuras de mayor escala, a nivel regional e internacional. En 1921 se crean la austriaca Oesterreichischer Verband Fuer Siedlungs- und Kleingartenwesen- OeVSK (Asociación Austriaca de Colonias y Huertos

191 (Crouch y Ward, 1988)

Urbanos) y la Reichsverband der Kleingartenvereine Deutschlands (Federación Alemana de Huertos Urbanos). En 1924 la británica Agricultural Organization Society (Sociedad de Organización Agrícola), conformada como cooperativa ya en 1901, se transforma en la Allotments Organization Society AOS (Sociedad de Organización de Huertos Urbanos). Con el fin de coordinar esfuerzos a nivel internacional se produjeron los primeros contactos entre estas organizaciones de nuevo cuño y las Ligas belga y francesa, que existían desde finales del XIX. De este modo se fue consolidando una confluencia orientada a fortalecer la difusión de las iniciativas y reclamar políticas favorables, logrando superar sus distintos enfoques ideológicos y organizativos para constituir en 1926 la Office International des Jardins Ouvriers (Oficina Internacional de Huertos Obreros), reuniendo a siete organizaciones nacionales: Alemania, Austria, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Luxemburgo y Suiza, con el abad Lemire como primer presidente. En el congreso internacional que celebran un año después estarán presentes también Finlandia, Irlanda, Italia, Países Bajos, Polonia, Suecia y Checoslovaquia, que se unirán en años posteriores. En 1934 la oficina representa a cinco millones de huertos obreros de toda Europa, y a unos 22 millones y medio de personas¹⁹².

Como muestra de los procesos y luchas en que estaban inmersos los hortelanos de las ciudades europeas en los años que separan las dos guerras mundiales, nos aproximaremos a tres casos concretos: Viena como capital roja de la nueva Austria, la Alemania de la República de Weimar y el municipalismo francés.

6.1 Reverdecer las políticas de vivienda: las *gartensiedlungen* en la Viena Roja

Así la revolución despierta el deseo de las masas de autoimplicarse en cada vez más esferas de acción. Decenas de miles de personas cuyas vidas habían desarrollado previamente un espíritu forjado por la monotonía eterna, entre el trabajo mecánico en la fábrica y la existencia animal, dividiendo las escasas horas de ocio entre la familia y la taberna, ahora encuentran en las organizaciones del partido, del sindicato y las cooperativas; en los consejos obreros, en los consejos municipales y en las múltiples instituciones de autogobierno local; en los huertos y en el movimiento de pobladores; en las asociaciones de padres y en las sociedades de apoyo a la infancia: un nuevo alcance y un nuevo propósito en la vida.

O. Bauer

Al final de la gran guerra Austria pasará de ser un gran imperio con 51 millones de habitantes a una república con unos seis millones de habitantes, de los cuales un tercio reside en Viena. Tras unos primeros años participando en un gobierno de concertación nacional, los socialdemócratas salen del gobierno estatal, quedándose aislados en el gobierno local de la capital, que gobernarán desde 1918 hasta

la llegada del régimen filonazi de Dollfuss, en 1934. Este periodo se conocerá popularmente como la Viena Roja y será todo un referente en Europa al ser la primera gran ciudad gobernada por la socialdemocracia, convertida en laboratorio de innovadoras políticas sociales, especialmente en materia de vivienda.

Viena era una de las ciudades que más había sufrido el hambre durante la gran guerra, pues el racionamiento de alimentos establecido desde 1915 no aseguraba el acceso a una ingesta calórica mínima. Ante esta situación la población, sobre todo en los dos últimos años de la guerra, comienza a ocupar los parques y el cinturón de bosques y prados alrededor de la ciudad para plantar huertos. En 1918 unas 100.000 personas habían ocupado 650 hectáreas. Según la revista de las asociaciones de hortelanos *Gartenfreund*, ese año consiguieron producir alimentos para 160.000 personas. Si al igual que en Alemania, los *kleingarten* habían tenido funciones primordialmente recreativas, con la guerra y en los primeros años de la posguerra se convirtieron en huertos de subsistencia que respondieron a la incapacidad del gobierno de proveer alojamiento y alimentos a los habitantes. Paulatinamente los jardineros transformaron las casetas de herramientas en corrales y luego en viviendas, y cuando la ciudad ya no pudo mantener su transporte público terminarían por mudarse a vivir a los huertos.

En este movimiento tienen una especial importancia las asociaciones de *kleingarten*, formadas en su mayor parte por obreros sindicados que plantean la ocupación de suelo público como respuesta autoorganizada y cooperativa a los problemas de vivienda y de abastecimiento. Desde el primer momento los hortelanos reclaman la regularización de los asentamientos, la expropiación de terrenos y la cesión de suelo municipal, abogando a la vez por la gestión comunitaria¹⁹³.

Decenas de miles de personas se manifestaron en tres ocasiones frente al ayuntamiento de Viena exigiendo el acceso a la tierra y la legalización de los asentamientos, coreando «dadnos tierra, madera y piedra y haremos pan con ellos». El gobierno municipal veía con cierta desconfianza este movimiento impulsado por sus bases sociales por la amenaza de que degradara el anillo verde de la ciudad, pero al mismo tiempo dependía de su capacidad de producción de alimentos de proximidad.

En abril de 1921 el gobierno responde creando el Fondo Federal para Asentamientos de Vivienda y Huertos (*Siedlungen* y *Kleingarten*), y en mayo establece una oficina de *siedlungen* que dirigirá Adolf Loos. Este era un firme defensor del movimiento iniciado por los hortelanos, al que había defendido públicamente en los artículos que escribía, además había participado en las manifestaciones y había colaborado voluntariamente prestándoles apoyo técnico¹⁹⁴. Loos es encargado de desarrollar el plan regulador de *siedlungen* y *kleingarten* (Kleingarten und Siedlungszoneim Generalregulierungsplan), que se aprueba en julio de 1921 con 1215 hectáreas de suelo municipal para viviendas de una y dos plantas, y 770 hectáreas

193 Ver el post de Decaix y Redeke sobre Otto Neurath. Isotopia. En <http://www.architecturaltheory.eu>

194 (Ibidem)

192 (Cabedoce, 1996)

para *kleingarten*¹⁹⁵.

Los nuevos barrios serán autoconstruidos de forma cooperativa, pero esta vez, en lugar de las barracas de madera improvisadas, estarán planificados y diseñados siguiendo los criterios constructivos del movimiento moderno y contarán con apoyo municipal¹⁹⁶. El modelo implantado, conocido como *gartensiedlung*, se basa en barrios de casas bajas en hilera con jardín productivo y está regulado por medidas dirigidas a evitar la especulación y la venta de viviendas de modo que se mantuvieran dentro de la familia o pasaran a ser de propiedad comunitaria.

[...] Los pobladores eran conscientes de la provocación que representaban para el mercado capitalista de la vivienda como para los burócratas del gobierno asignados para apoyarles. Construir un asentamiento y vivir cooperativamente era una declaración de conciencia de clase y un compromiso para forjar una alternativa no capitalista a la sociedad urbana¹⁹⁷.

Los nuevos pobladores crean cooperativas para el desarrollo y la organización productiva de los asentamientos, para el cultivo, la fabricación de materiales de construcción, como ladrillos y ventanas, y para la construcción y gestión de las viviendas. Mediante las cooperativas de construcción y de vivienda se constituye la alianza de los pobladores con los sindicatos, que en un primer momento habían sido hostiles a este movimiento de autoayuda, acusando a sus promotores de ocupar su tiempo libre en conseguir una vivienda en propiedad en lugar de implicarse en la lucha política. Con el tiempo, las cooperativas se fundirán en grandes organizaciones. En 1921 se crea la Baugilde (Guilda de la Construcción), formada por el sindicato de inquilinos, el sindicato de pobladores, la asociación de *kleingarten*, y el Sindicato Central de Obreros de la Construcción, una organización que agrupa a unas 400.000 personas. Esta nueva institución coordina la construcción y el mantenimiento de las cooperativas de vivienda, centraliza la compra de material de construcción, de mobiliario y de seguros y además proporciona apoyo técnico en cuestiones de edificación y agricultura a los inquilinos. En su seno se conformará la OeVSK, con 50.000 miembros de 230 cooperativas. Esta organización realiza cursos sobre teoría y diseño de viviendas, impartidos por Neurath, Loos y otros intelectuales comprometidos. Ese mismo año nace otra importante organización, la empresa de construcción sin ánimo de lucro GESIBA, de propiedad conjunta municipal y de las cooperativas, que se encargará de la construcción de los nuevos asentamientos y organizará las exposiciones anuales sobre *kleingarten* y *siedlungs* frente al ayuntamiento¹⁹⁸.

Desde la oficina municipal Loos dirigirá los proyectos de las *gartensiedlungs* de Hirschtetten, Lainzer, Tiergarten y Heuberg. En Heuberg diseña detalladamente la

integración del ciclo cultivo-transformación-consumo-residuos, comenzando con la distribución de los tipos de cultivo en los distintos terrenos, definiendo los espacios ligados a la producción y almacenamiento en la vivienda, e incorporando un retrete seco para la elaboración de compost, siguiendo los prototipos diseñados por L. Migge. Cuando la actuación municipal no es suficientemente ágil en el desarrollo de las *gartensiedlungs*, los obreros toman la iniciativa, como en Lainzer, donde ocupan directamente el antiguo parque imperial para impulsar el desarrollo del nuevo asentamiento mediante la tala de árboles y la venta de madera¹⁹⁹.

El diseño de las *gartensiedlungs* aspira a que los nuevos asentamientos sean la base para el desarrollo de una auténtica cultura socialista, por lo que los espacios centrales incorporan servicios y equipamientos comunes, como campos de juego, espacios verdes y estanques, enfermerías, guarderías, lavanderías, tiendas cooperativas, talleres, y centros comunitarios que incluían salas de teatro y reunión, salas de lectura o bibliotecas. Además de incrementar la autonomía de los núcleos de población, estos espacios permitían la participación de la ciudadanía en actividades colectivas, ayudando a crear un sólido sentimiento de comunidad. El asentamiento de Rosenhügel fue famoso por la fuerte identidad política de sus habitantes, y se convirtió en foco de actividad socialdemócrata gracias a numerosas organizaciones sociales y culturales, como coros, orquestas, grupos de librepensadores, de abstemios, e incluso una milicia obrera que se reunía en el centro comunitario.

Durante los años veinte el Ayuntamiento de Viena siguió construyendo *gartensiedlungs*, pero pronto el modelo cooperativo de viviendas con huertos anexos, construido y gestionado por los habitantes, comenzó a perder fuerza. Algunas facciones del partido socialdemócrata encontraban este modelo excesivamente descentralizado, autónomo y despilfarrador de suelo, apostando por incrementar el ahorro económico que permitía la construcción de viviendas en altura. Además priorizaban la potencia simbólica de desarrollar un programa centralizado de vivienda obrera de grandes dimensiones en el interior de la ciudad, donde existía mucho suelo público disponible²⁰⁰. En 1924 por tanto, se sustituye el modelo de *gartensiedlungs* por los *hoffe*, grandes bloques de vivienda que albergan equipamientos y servicios colectivos en el patio interior. Ese mismo año, Adolf Loos renuncia a su puesto como arquitecto jefe del departamento de urbanismo, incómodo con la nueva política de vivienda municipal.

En efecto los *hoffes* se erigirán en la ciudad como símbolo de la cultura obrera, pero también como símbolo del poder del partido y del Estado socialista, capaz de apropiarse de espacios significativos en el mismo centro de los barrios burgueses. Con sus grandes dimensiones y sus patios equipados, los *hoffes* se convertirán en elementos casi autónomos, siendo utilizados como artefactos de propaganda²⁰¹.

Estos superbloques ponían más énfasis en la calidad y en la cantidad de

195 (Blau, 1999)

196 (VVAA, 2008)

197 (Rotenberg, 1992: 25-26)

198 (Blau, 1999)

199 (Gravagnuolo, 1998)

200 Ver el post de Anna Stuhlpfarrer en www.werkbundsiedlung-wien.at/en/background/superblock-versus-garden-city/

201 (Hartle, 2011)

equipamientos colectivos que en las unidades de vivienda, además hay constancia de que se ejercía un fuerte control y presión sobre los habitantes, que debían convertirse en el prototipo de los nuevos hombres y mujeres socialistas a la altura del nuevo tipo de alojamiento obrero. De cara a asegurar el orden y la limpieza de las viviendas había inspecciones, y vigilantes en las zonas comunes, que estaban sujetas a reglas estrictas de horarios, silencio y cuidado. Algunas mujeres entrevistadas por Eve Blauen, para su investigación sobre la vida cotidiana en las *hoffe*, declaraban que había horarios para sacudir las alfombras o sacar la basura, y que cuando les tocaba el turno de lavandería se sentían angustiadas porque les resultaba complicado utilizar los modernos sistemas instalados, y terminar sus tareas en el tiempo asignado, o que preferían llevar a sus hijos a jugar a la calle antes que a los patios, porque en ellos no podían tocar las plantas, merendar o gritar²⁰².

Quizás el más representativo de estos bloques fue el Karl Marx Hoffe, con 1.382 apartamentos, estética de fortaleza y elevados muros rojos. Una urbanización convertida en baluarte para las organizaciones obreras, que mantuvo su incuestionable valor simbólico hasta el último momento, ya que acogió la última resistencia obrera de la insurrección socialista de febrero de 1934, que pretendía frenar la deriva nazi del régimen de Dollfuss.

6.2 Abonar la reforma urbana. Las *siedlungen* en la República de Weimar

Hay que plantar: jardines públicos - para la juventud atada a la ciudad.

Hay que plantar: parcelas de huertos - para los residentes en pequeñas casas atadas a la ciudad.

Hay que plantar: siedlungen - para los trabajadores atados a la ciudad.

Hay que plantar: fincas modelo - para los necesitados.

¡Hay que plantar!

Los jardines públicos (6 m² por cabeza) no deben ser verde ornamental dudosamente romántico, sino verde de calidad: parques deportivos, parques infantiles y para la juventud.

Los huertos para obreros no deben ser parcelas de alquiler "voladoras", sino verdaderos Jardines, legítimos antecesores de las siedlungen.

Estas deben tener huertos autosuficientes (80 m² por cabeza) con todos sus accesorios.

Los pobladores, arrendadores y los defensores del verde deben poder autogobernarse.

L. Migge

Durante los años veinte los *kleingarten* serán un elemento recurrente en las

202 (Sieder, 1985)

ciudades alemanas. Aparte de los que ya existían antes de la guerra, se construirán nuevos emplazamientos tanto integrados en los nuevos parques populares (*Volkspark*) como en los desarrollos de vivienda obrera, impulsados por la socialdemocracia durante la República de Weimar. De hecho, el partido animaba a sus miembros a trabajar en los huertos como parte de su proyecto de proporcionar un contexto político y cultural a los obreros alejado de las influencias burguesas²⁰³.

Sin embargo, el hecho de que los *kleingarten* se situaran en muchos casos en suelos privados los hacía vulnerables a la expulsión por la expansión urbana, un proceso que Migge denomina el síndrome de los *kleingarten voladores*²⁰⁴. Es el caso del desalojo del barrio berlinés de Schoneberg en 1918, que provocó masivas protestas²⁰⁵. Las organizaciones de obreros y hortelanos comenzaron a reclamar una mayor seguridad en el acceso a los *kleingarten* con el establecimiento de áreas permanentes, su consideración como espacios públicos, el acceso a alquileres baratos de larga duración y un mayor control por parte de las asociaciones, a fin de realizar con cierta seguridad las mejoras del suelo o la inversión en infraestructuras y construcciones, que no tenían sentido sin cierta estabilidad en las localizaciones²⁰⁶. Desde algunas organizaciones la reclamación de suelo para las *kleingarten* va unida a la reclamación de la jornada laboral de ocho horas²⁰⁷.

Estas demandas obtuvieron su respuesta en 1919 con la aprobación de la *Kleingarten und Kleinpachtlandordnung*, la primera ley estatal que regula los *kleingarten* que fueron incluidos en la red de espacios libres de la ciudad. La nueva norma encomendó a las autoridades locales la responsabilidad de garantizar las infraestructuras de acceso, proporcionar nuevos terrenos, establecer alquileres de larga duración mediante contratos con asociaciones, y definir una renta accesible, valorada sobre el precio del suelo agrícola. Además, la ley establece medidas para evitar la especulación del suelo e impedir los desalojos, restringiendo la gestión a las asociaciones de interés público o a los ayuntamientos. También se asegura la presencia de las asociaciones en los órganos de decisión local y estatal. En ciudades como Hannover o Frankfurt se establecen comisiones municipales para la promoción de *kleingarten* durante estos años²⁰⁸.

En estas fechas se produce también la confluencia de las organizaciones de hortelanos. En 1921 se unifican las dos grandes asociaciones alemanas, en las que ya en 1910 se habían agrupado todas las iniciativas de *kleingarten*: la Unión Central de Trabajadores Alemanes y Schrebergartens (*Zentralverband Deutscher Arbeiter und Schrebergärten, ZdASG*) y la Asociación de Colonos de Berlín y sus Alrededores (*Verband der Laubenkolonisten von Berlin und Umgebung*), formando la nueva

203 (Schott et al 2005)

204 (Haney, 2010)

205 (Nilsen, 2014)

206 (Groening, 1996)

207 (Ibidem.)

208 (Ibidem.)

federación nacional, Reichsverband der Kleingarten Vereine Deutschlands²⁰⁹, que en 1931 contará con más de 400.000 miembros²¹⁰.

Con los programas de vivienda obrera ocurrió algo similar a lo sucedido en Viena. Tras la guerra, en muchas ciudades alemanas se llevaron a cabo ocupaciones de suelo para la construcción de viviendas (Laubenkolonien). Poco a poco, las casetas de los emplazamientos de *kleingarten* se comenzaron a utilizar como primera residencia. Se calcula que en 1923 cerca de 35.000 familias vivían en estas áreas²¹¹. En esas fechas y en aplicación del programa de vivienda obrera de los socialdemócratas se construye en distintas ciudades una primera oleada de *siedlungen* de carácter más rural, seguida de la construcción de grandes asentamientos que, al contrario que en Viena, mantienen la relación con el jardín productivo y cuentan, en muchos casos, con la figura de Migge como diseñador de los patios y espacios libres, lo que aseguraba que, al menos sobre el papel, todos los inquilinos tendrían acceso a un huerto moderno, racional y suficiente para sus necesidades.

En 1924 el arquitecto Martin Wagner funda, junto a Ernst May, Bruno Taut y Walter Gropius, la Sociedad Anónima Alemana de Protección de la Vivienda para Funcionarios, Empleados y Obreros (DEWOG) para desarrollar viviendas tipo que pudieran ser construidas en serie. Aunque no obtuvieron los fondos necesarios para llevar a cabo este proyecto, sus fundamentos teóricos ya incluyen la necesidad de asociar las viviendas a espacios de producción de alimentos. Wagner defiende que para salir de la crisis económica era necesario proporcionar espacios para el autoabastecimiento: «al ciudadano le falta una segunda profesión, la de campesino urbano, la de jardinero» Entre las determinaciones que, para la DEWOG, deben cumplir las viviendas se incluye la siguiente: «Para cada vivienda habrá que proyectar un jardín de 200m², estableciéndose normas fijas para su disposición y su explotación»²¹².

Merece la pena detenerse en, al menos, dos ejemplos de *siedlungen* en los que Migge intenta aplicar sus ideas de autosuficiencia ligada a la producción alimentaria. La Siedlung Hofhammer, construida en 1921 en la ciudad de Kiel, incluía dos tipos de vivienda con huerto en función del destino de la producción: comercial o de autoconsumo. Las viviendas cuentan con alas de servicio en las que se localizan espacios relacionados con el trabajo en el huerto, como corrales, espacios de almacenamiento o inodoros secos. Un año después del inicio de la construcción de la *siedlung*, Migge propone, junto con Willi Han, la creación de un anillo agrícola para la ciudad, que incluye espacios para el tratamiento de los residuos orgánicos y del agua. Una propuesta que fue bien recibida por las autoridades municipales que, sin embargo, optarán finalmente por instalar un moderno sistema de saneamiento con agua corriente que impide que el plan alcance sus objetivos de autosuficiencia²¹³.

La segunda es, sin duda, una de las *siedlungen* más emblemáticas: la Hufeisen

Siedlung del barrio berlinés de Neukölln, conocida como La Herradura. Fue diseñada entre 1925-1931 por Bruno y Max Taut, junto a Martin Wagner, para la cooperativa sindical de construcción de viviendas (Gemeinnützige Heimstätten Aktiengesellschaft, GEHAF). Migge fue el encargado de diseñar las áreas libres. Ya antes, entre 1919 y 1921, habían colaborado en la Siedlung Linfenhof, constituida por casas en hilera que protegían un espacio agrícola central, avanzando el diseño de la herradura²¹⁴.

Aunque fue ideada originalmente para los obreros, solo los artesanos, empleados y funcionarios, principalmente simpatizantes del partido socialdemócrata pudieron asumir unos alquileres demasiado elevados. En esta *siedlung* Bruno Taut trata de concretar sus ideas de superación de los límites campo-ciudad, localizando los bloques de cubierta plana como frente urbano, alineados con las calles de tráfico rodado, tras los cuales ubicó las viviendas unifamiliares, de carácter más rural, en transición hacia el parque. En esta configuración destaca el denominado “frente rojo”, que no era otra cosa que la fachada de los bloques de color rojo, el frente visible de la *siedlung* ante el barrio adyacente. Un frente con un fuerte contenido simbólico por su color y por el paralelismo con un muro defensivo que protegía el mundo cooperativo, verde y amable del interior, de la ciudad burguesa exterior.

En el plano de la sexta fase de construcción, presentado en diciembre de 1926, Taut plantea una ampliación de 2.000 viviendas, integrando La Herradura con sus 500 viviendas ya construidas en un conjunto más amplio concebido como ciudad jardín autónoma que sigue literalmente el diagrama diseñado por Howard. Además, propone la construcción de una casa del pueblo en un lugar preponderante sobre el anillo verde. Debido a problemas presupuestarios, este ambicioso proyecto nunca llegó a realizarse como tal, sino que siguió un esquema mucho más simplificado²¹⁵.

En el proyecto de Taut la idea de espacio exterior habitable y las propuestas de Migge se despliegan en un repertorio de espacios de juego y recreación, como la propuesta de un estanque ovalado rodeado de una playa de césped atravesada de caminos que llegaban desde las casas. Cada una de ellas, tanto las unifamiliares como las situadas en los bloques en altura, tenían asignado un huerto propio con una superficie de entre 200 y 400 metros cuadrados. En las viviendas unifamiliares la cocina comunica directamente con el huerto, y en los apartamentos en altura se encuentra del lado del jardín para facilitar el acceso al mismo, manteniendo la relación física y visual entre huerto y cocina. Migge diferencia cuatro tipos de espacios en el jardín: el huerto de verduras, de frutales, pradera, y flores. Los huertos se plantean desde la idea de la racionalidad y la máxima eficiencia en el uso del espacio, utilizando elementos industrializados, de modo que se planteaba entregarlos con una estructura ya montada, compostadoras, setos de separación entre las parcelas y área de pradera con frutales plantados, dejando el resto de la configuración del huerto al inquilino.

[...] El huerto del usuario moderno de una Siedlung ha de tener lógicamente el mismo aspecto que la casa a la que pertenece. De ahí se deduce que

209 (Van Molle y Segers, 2008)

210 (De Michellis, 1981)

211 (Nilsen, 2014)

212 (Jaggi, 1992)

213 (Haney, 2010)

214 (Gravagnuolo 1998)

215 (Ibidem.)

tengamos que aplicar al pequeño huerto las mismas reglas configuradoras y de ejecución que hoy rigen para la vivienda moderna. También el huerto del residente de una Siedlung de nuestra época ha de tener sus distintas áreas normalizadas en lo posible, ha de ofrecer una estructura formal racionalizadora, y con la ayuda de unos métodos de organización perfeccionados, ha de estar lo más industrializado posible en cuanto al proceso de trabajo²¹⁶.

La ejecución de las zonas verdes no se realizó completamente de acuerdo a los diseños originales de Migge debido a problemas con la propiedad de los terrenos, que en principio pertenecían a la GEHAG pero que finalmente acabaron siendo propiedad del ayuntamiento. Sí se entregó un huerto por vivienda, de los que Migge dirá años más tarde: «Por desgracia, los abundantes huertos de la colonia no fueron sometidos a ningún criterio; probablemente faltaran los medios necesarios. No obstante, hoy pueden verse cientos de estos modestos huertecillos llenos de plantas valiosas de todas clases y, además, profusamente adornados»²¹⁷.

6.3 La ciudad jardín y los huertos obreros en el municipalismo rojo parisino

“Quiero ver instituida la representación del conjunto de intereses profesionales y económicos en la célula básica de la organización social del país, en esta célula nacida históricamente de la reunión de los ciudadanos en un espacio territorial: quiero decir, en el pueblo, en el municipio”.

H. Sallier

Las ideas de la ciudad jardín llegan a Francia de la mano del abogado y periodista Georges Benoît-Lévy, que pasó una temporada en Inglaterra a petición del Museo Social. A su vuelta, en 1904, publicó *Garden City*, un texto donde presenta y repasa las principales ideas de Howard. Posteriormente funda la *Association des cités-jardins* (Asociación de ciudades jardín), orientada a difundir este modelo de planificación urbana como solución a los problemas crónicos de vivienda que enfrentaba el país. Muchos reformadores sociales vinculados al higienismo, al catolicismo social o al cooperativismo se agruparon en torno a estas ideas y desarrollaron una tarea principalmente divulgadora, pues la asociación no llegó a materializar ninguna iniciativa²¹⁸.

Conviene destacar que Benoît-Lévy, que heredó de Howard su apuesta por la autoproducción local y el desarrollo de pequeños huertos, también era miembro de la Ligue du Coin du Terre y activo defensor de los huertos obreros que, desde finales de siglo, venían difundándose por el país. No es, por tanto, casualidad que en paralelo a la fundación de la *Association des cités-jardins* se desarrolle intensamente

216 (Migge, 1919)

217 (Migge, 1927)

218 (Ward, 1992)

la sección parisina de los huertos obreros, que por entonces contaba únicamente con 48 parcelas para cerca de tres millones y medio de personas. Una acción que da sus frutos, pues en 1913 alcanza los 1.515 huertos, concentrados principalmente en los suburbios de la capital.

Los suburbios parisinos habían ido creciendo desde finales de siglo bajo la figura del *lotissement*, parcelaciones irregulares de tierra donde se iban asentando las familias procedentes del éxodo rural que acudían a trabajar a la industria. En estas modestas parcelas rústicas autoconstruyen sus precarias viviendas, sin seguridad de tenencia ni infraestructuras (luz, agua, alcantarillado, equipamientos). La legalización y dignificación de estas barriadas se convertirá en uno de los caballos de batalla de las municipalidades de los suburbios (Saint-Denis, Saint-Ouen, Aubervilliers, Pantin, Bobigny), la mayor parte de las cuales tenían desde principios de siglo alcaldías socialistas o comunistas²¹⁹.

Llegados a este punto conviene resaltar el desencuentro existente entre los huertos obreros y las municipalidades rojas, muy reacias a colaborar con estos proyectos por considerarlos asistencialistas y moralistas. Además, estos municipios concentraban en sus terrenos a la mayoría de los agricultores de proximidad que abastecían a la ciudad, y que sin ser los principales aliados del socialismo no eran muy partidarios de la instalación de estos pequeños huertos. A este desencuentro se le suma el desapego que sentían los movimientos obreros hacia las ideas relacionadas con la ciudad jardín ya que, a su juicio, no respondían a sus problemas reales, en buena medida por ser difundidas por personas próximas al catolicismo social.

Esta oposición y distanciamiento se reducirá progresivamente durante el periodo de entreguerras por múltiples factores. Los huertos obreros empiezan a ser valorados positivamente por los habitantes de los suburbios, debido al papel que habían jugado en el abastecimiento de alimentos a la población durante la gran guerra. Esta nueva percepción coincide con el derribo de las murallas de París a partir de 1920, en torno a la cual se encontraban muchos de estos espacios de cultivo. Los huertos obreros tuvieron que relocalizarse en los suburbios, perdiendo la centralidad de la que habían gozado desde principios de siglo. Además, en estas fechas se agudiza el éxodo de población obrera hacia los suburbios debido a la carestía de la vida en París y a la necesidad de acceder a viviendas con mejores condiciones de habitabilidad y en mayor contacto con el aire libre. Este movimiento de población provoca el aumento exponencial del fenómeno de los *lotissement* en las islas de socialismo municipal en que se habían convertido los suburbios. Este cinturón rojo²²⁰ alojaba a un proletariado organizado que la burguesía percibía como bárbaros esperando a las puertas de la ciudad. Bárbaros que terminaron reivindicando como propias muchas de las ideas de la ciudad jardín de la mano de figuras emergentes como el socialista Henri Sallier.

Sallier concebía el municipio como la célula desde la que se podía avanzar más fácilmente en la construcción de nuevas formas de organización social. Firme

219 (Fourcaut, 1992)

220 (Stovall, 1990)

defensor del municipalismo, adaptó las ideas de Howard para combatir el fenómeno de los *lotissement*, centrándose en la dimensión social y comunitaria del urbanismo y dejando de lado la dimensión ambiental y agrícola. Sallier desarrolló su trabajo en la Agencia Estatal de Vivienda Barata (HBM, por sus siglas en francés) de la provincia parisina del Sena, donde impulsará la construcción de quince ciudades jardín. Estos núcleos de población fueron construidos para descongestionar la capital y ensayar tipologías de vivienda que mezclaran el formalismo de las ciudades jardín tradicionales (pocas alturas, arquitectura vernácula, amplias zonas verdes, cierta densidad) con la progresiva introducción de diseños inspirados en el movimiento moderno. Los habitantes de estas ciudades eran de clase media y principalmente de la clase obrera más cualificada. El principal obstáculo que encontraron una vez construidas, como casi todas las ciudades jardín ejecutadas, fue la dificultad de ser económicamente autónomas, pues terminaron dependiendo de París como motor económico regional²²¹.

Más allá de estos planes de vivienda barata influenciados por la ciudad jardín, donde la agricultura urbana había sido finalmente desplazada a un segundo plano, los huertos obreros también se habían ido consolidando como una realidad en los suburbios, llegando a sumar más de 7.000 en 1920²²², una cifra que aumentaría sensiblemente durante la década siguiente, en especial tras los efectos de la crisis económica de 1929. Los huertos terminaron convirtiéndose en un elemento más del paisaje urbano de la periferia y de la vida cotidiana, junto con el sindicato, la cantina, los comités barriales o los mercados. Constituyeron, además, un medio a través del cual los habitantes se apropiaban del espacio y conformaban un fuerte sentido de pertenencia, que resultaba especialmente útil para facilitar la integración en la ciudad de los recién llegados procedentes del mundo rural²²³.

En 1924 el movimiento obrero promueve en el suburbio de Auberville la primera iniciativa secular de huertos obreros, con unas estructuras organizativas más democráticas y la participación conjunta de hombres y mujeres. Más allá de la propia producción de alimentos y de la relativa autonomía económica que facilitaban, los huertos empezaron a movilizar otros imaginarios ligados a la cooperación y a nuevas formas de construir comunidad. Se convirtieron, en definitiva, en espacios de educación popular a través de los cuales valorizar las prácticas obreras, la autoorganización y la solidaridad.

Sin embargo, la integración definitiva de los huertos en el seno de la cultura del movimiento obrero llegará en los años treinta, cuando son reivindicados activamente para combatir los efectos de la crisis económica derivados de la Gran Depresión. En muchos barrios rojos se crean comités locales de desempleados para movilizarse contra la pobreza, crear comedores populares, ayudar a las personas sin empleo a solicitar los seguros municipales y, en algunos lugares, a exigir la puesta en marcha de nuevos huertos obreros. Estas movilizaciones culminan con la multitudinaria

marcha de desempleados que unió a más de veinte mil personas desde Tremblay a París el 9 de diciembre de 1932²²⁴.

Durante estos años los huertos proliferaron en todos los suburbios obreros, coincidiendo con la demanda de más competencias municipales para poder dar respuesta mediante políticas públicas a los problemas de vivienda o trabajo. Tal es su crecimiento que en municipios como Saint-Denis se llegan a concentrar hasta 900 parcelas de cultivo, espacios que definitivamente comienzan a ser reivindicados desde un imaginario de solidaridad colectiva frente al asistencialismo y que impulsan una visión de la jardinería ligada a los movimientos populares, que se distancia progresivamente de las connotaciones moralistas y asistencialistas. Los domingos en familia o con amigos cultivando el huerto, las fiestas populares, la forma de manejar los cultivos o los conocimientos hortícolas acaban configurando una idea de jardinería popular que se aleja de la jardinería burguesa, concebida como un placer ornamental ligado al ocio.

A finales de los años treinta, la Ligue du Coin du Terre va perdiendo la centralidad histórica de la que había gozado desde finales del siglo anterior, en buena medida por el abaratamiento de los alimentos, que hace a la población obrera menos dependiente de los huertos urbanos para garantizar la subsistencia familiar. Los huertos obreros se generalizan como una institución más popular que de emergencia social. Esta tendencia vivirá un paréntesis histórico durante la segunda guerra mundial, como veremos en el siguiente apartado, y se repetirá al final la contienda bélica. A partir de 1950, con el final del racionamiento y de las legislaciones que protegían los huertos obreros, estos tuvieron que reafirmarse en esa dimensión social, cultural y ambiental para mantener un sentido de ser. Un síntoma de esta transición fue su cambio de nombre: en 1954 pasaron a denominarse oficialmente jardines familiares, toda una declaración de intenciones sobre el nuevo rol social que estas iniciativas iban a jugar en el futuro.

221 (Ward, 1992)

222 (Cabedoce, 1991)

223 (Pluvinage y Weber, 1997)

224 Ver el post de Granger *De Tremblay à Saint-Denis : La marche des chômeurs*. Disponible en : <http://www.educationpopulaire93.fr/spip.php?article701>

7 Azadas de guerra. La agricultura urbana durante los grandes conflictos bélicos

En las guerras de la antigüedad las ciudades estuvieron sometidas a largos asedios, protegidas tras sus murallas dependían de sistemas de almacenaje como graneros o cisternas de agua, así como de los espacios productivos intramuros. ¿Cómo afrontaron los conflictos bélicos las ciudades de la primera mitad del siglo XX?

Las murallas se habían derrumbado hacía décadas y los alimentos habían ido dejando progresivamente de llegar del entorno inmediato. La cadena de abastecimiento era más larga pero igualmente vulnerable a los bloqueos externos, como se experimentó durante las dos guerras mundiales, en las que el acceso a los alimentos fue uno de los principales retos del frente interior. La agricultura se convirtió nuevamente en una actividad estratégica organizada casi “militarmente”, pues la producción de proximidad y la conservación de alimentos se volvieron imprescindibles para poder destinar todos los recursos y medios de transporte disponibles a la industria de guerra, así como al envío de alimentos, armas y municiones para las tropas.

La agricultura urbana se convertirá en una actividad de masas orientada a garantizar la subsistencia en las ciudades, al tiempo que cumple una función patriótica, movilizándolo al conjunto de la sociedad para que coopere en el desarrollo de la economía de guerra. Algunas cifras permiten ver la dimensión de este fenómeno. En la primera guerra mundial el aumento de huertos en distintos países es muy considerable. Inglaterra y Gales duplican su número, y en Escocia se pasa de unos 2.000 en 1914 a 42.000 en 1918. En otros lugares el incremento es también abrumador; pasando de 20.000 a 180.000 parcelas en Bélgica; de 18.000 a 90.000 huertos en Francia y de 500 a más de 2.000 en Varsovia. En Estocolmo se alcanzaron los 15.000 y en el conjunto de Alemania superaron los 600.000²²⁵. En Viena, en 1915, había 3.000 huertos; 18.500 en 1918 y entre 40.000 y 50.000 en 1919. Se estima que, junto a quienes tenían huertos informales, el número de personas cultivando en la ciudad estaba en torno a las 150.000²²⁶. En Estados Unidos al acabar la guerra se contabilizaron cinco millones de huertos.

225 (Lousie et al, 1934)

226 (Blau, 1999)

En la segunda guerra mundial estas cifras crecen aún más. En 1945 en Gran Bretaña el número de huertos alcanza los 1.750.000²²⁷. Al final de la guerra se contabilizan 250.000 en Francia²²⁸ y Alemania pasa de los 450.000 existentes a principios de los años treinta a los 800.000 contabilizados en 1949²²⁹.

Otro aspecto de los huertos durante los conflictos bélicos es su papel de ayuda psicológica, estudiado por el investigador Kenneth Helphand, que describe los huertos como símbolos de resistencia y esperanza ante situaciones dramáticas que se dieron en las distintas guerras. Cultivar en medio de paisajes devastados, como las trincheras de la gran guerra, los guetos o los campos de internamiento de la segunda guerra mundial, se convierte en un acto de rebeldía²³⁰.

7.1 Huertos de guerra y milicias escolares. Las primeras campañas de producción de alimentos durante la gran guerra

La tierra se ríe en flores.

E. Cummings

La gran guerra estalla en 1914 y se extiende rápidamente por toda Europa y África, a medida que se van sumando contendientes al conflicto. Las hostilidades durarán cuatro largos años en los que se movilizan más de sesenta millones de europeos, con un balance cercano a los nueve millones de muertos. La devastación del paisaje europeo será recordada, entre otras cuestiones, por la famosa guerra de trincheras.

Queremos arrancar este apartado sobre la agricultura urbana en tiempos de guerra recordando los huertos cultivados en las propias trincheras que conformaban el frente occidental. En las zonas que se encontraban temporalmente sin combates y en las segundas líneas del frente, los combatientes de ambos bandos crearon pequeños jardines en los que cultivaban alimentos y flores, embelleciendo rincones escondidos en el desolado paisaje de la batalla. Reconponían imágenes que les recordaban los paisajes del hogar y humanizaban mínimamente un entorno hostil, y que suponían un pequeño espacio apropiable y controlable por los soldados en medio del caos. Una actividad que su principal estudioso, Helphand, define como *jardinería desafiante*.

[...] Los soldados crearon jardines como una respuesta relacionada con su instinto de supervivencia física y mental. Además estos jardines representaban un anhelo del confort del hogar, una expresión concreta de esperanza y un deseo de vida, paz y futuro²³¹.

227 (Crouch y Ward, 1988)

228 (Cabedoce, 1991)

229 (Groening, 1996)

230 (Helphand, 2006)

231 (Ibidem: 23)

Además de los huertos de trinchera y ante la prolongación de la contienda, las tropas británicas y francesas crearon en diversas localizaciones próximas al frente nuevas granjas y huertos productivos que eran atendidos por los propios ejércitos. Una iniciativa impulsada por la War Office británica a través del Directorio de Producción Agrícola, con la doble finalidad de permitir a los soldados desarrollar una actividad que les relajara de las tensiones de la primera línea y que les procurara unos mínimos suministros de alimentos.

Más allá de los simbólicos huertos cultivados en el frente, las naciones contendientes se vieron obligadas a reorganizar radicalmente sus economías, reorientándolas a facilitar el esfuerzo bélico. La escasez de alimentos durante la guerra se convirtió en un problema central en Europa debido a la movilización de hombres y el abandono de las tierras de cultivo, así como por la interrupción de suministros externos que obligaron al racionamiento de alimentos y de carbón. El corte de las comunicaciones comerciales a través del océano Atlántico provocado por la guerra submarina es fundamental. Alemania comenzará a atacar los barcos mercantes a partir de 1917 con el objetivo de bloquear comercialmente a Gran Bretaña, altamente dependiente del exterior, ya que importaba la mitad de sus alimentos, principalmente de Estados Unidos y Canadá²³².

Durante la gran guerra se desarrollan programas gubernamentales e iniciativas civiles que, por su éxito, se replicarán desde los primeros momentos de la segunda guerra mundial. Todos los países en conflicto apoyaron la agricultura urbana en mayor o menor medida, oficializando una práctica cotidiana de la población que buscaba una manera de acceder a alimentos, mediante decretos de emergencia que protegían los espacios dedicados al cultivo e impedían la subida de los alquileres de los terrenos, como se hizo en Alemania; facilitando subvenciones para la creación de huertos, como ocurrió en Francia, o liderando campañas institucionales de huertos de guerra.

Como relatan D. Crouch y C. Ward, en Reino Unido solo unos días después de la declaración de guerra el Consejo de Agricultura y Pesca hace un llamamiento a los viveros y jardines privados para conservar sus excedentes de plantón con el fin de distribuirlos en los *allotments*, y la Royal Horticultural Society establece un comité para la distribución de las plantas. Sin embargo hasta 1916 no se toman nuevas medidas para el fomento de la agricultura de guerra. Ese año el departamento de producción de alimentos proporciona consejeros hortícolas para apoyar el cultivo de guerra, y los gobiernos locales son autorizados a destinar más suelo para huertos, incluso sin el consentimiento de los propietarios. Las autoridades identifican los espacios susceptibles de destinarse a cultivo y los reclaman para el establecimiento temporal de nuevos emplazamientos productivos. Se ocupan así terrenos comunes, parques, jardines y terrenos de juego y se implican en el cultivo instituciones como colegios, hospitales, asilos y reformatorios. Personas relevantes apoyan la campaña, como el propio rey, que ordena sustituir los geranios del memorial de la reina Victoria situado frente al palacio de Buckingham, por coles y patatas, o el

232 (Lathrop, 1919)

arzobispo de Canterbury, que autoriza el trabajo dominical en el huerto. Incluso el primer ministro, Lloyd George, se reúne con los grandes terratenientes para convencerles de que su deber patriótico es ceder sus terrenos para el cultivo, algo a lo que no estaban muy inclinados. Con esta campaña, denominada «*Every man a gardener*», en un año se duplicará el número de *allotments*. En 1918 se contabilizaron un millón y medio de *allotments* que produjeron 2.000 toneladas de verdura e involucraron a 1.300.000 personas, en algunas ciudades el número de parcelas se había triplicado o cuadruplicado. También el número de *allotments* del ferrocarril aumenta de forma espectacular hasta superar los 90.000 en 1918²³³. Al finalizar la contienda se produjo una situación curiosa cuando muchos de los horticultores urbanos no quisieron abandonar sus huertos, mientras los propietarios a los que se habían requisado los terrenos o los mismos departamentos públicos los reclamaban para su uso previo. De hecho, la llegada de soldados retornados incrementó la demanda de *allotments*, obligando a promulgar la ley Land Settlements Facilities Act, que facilitaba su acceso a los espacios de cultivo²³⁴.

Desde el inicio de la guerra y, a pesar de su distancia del frente de batalla, en Estados Unidos se anima a los ciudadanos a limitar el consumo de alimentos exportables, incrementando el consumo local y la autoproducción, de modo que se pudiera abastecer a los aliados europeos²³⁵.

Una vez que Estados Unidos entra en la guerra, en 1917, esta línea se sigue considerando estratégica. En marzo de ese año se constituye la National War Garden Comision (NWGC), que organiza el programa a escala nacional animando a los estadounidenses a unirse bajo la idea de cultivar para la libertad «*Plant for freedom*» y «*Hoe for liberty*».

[...] El objetivo de la National War Garden Commission fue despertar en los patriotas de América la importancia de poner en uso todo terreno baldío, enseñarles cómo hacerlo, y educarles en la conservación de alimentos embotando y secando todos los que no podían usar frescos. La idea del “agricultor urbano” se hizo realidad²³⁶.

El programa se desarrolla a imagen y semejanza de una campaña bélica, pues se reclutan «soldados de la tierra» (*soil soldiers*), se les entrena, se diseña una estructura organizativa jerárquica y se les devuelve al frente interior con una misión que cumplir: cultivar verduras y hortalizas para el autoconsumo. La comisión utiliza todos los medios disponibles para difundir la importancia de la agricultura urbana, identificándola con un deber patriótico en tiempos de guerra. Lanza consignas como: «siembra las semillas de la victoria», «cada huerto una planta de municiones y cada cocina una fábrica de conservas», «los alimentos deben servir a la bandera» o «las semillas de la victoria aseguran los frutos de la paz». En el marco

233 (Crouch y Ward, 1988)

234 (Mckay, 2011)

235 (Lawson, 2005)

236 (Lathrop, 1919: 71)

de esta campaña se cultivarán huertos individuales en jardines y solares, huertos y comedores colectivos en los terrenos de las grandes empresas, industrias, bancos, compañías de seguros, ferrocarriles... que ceden a sus empleados el suelo y les facilitan herramientas y fertilizantes. La NWGC amplifica los efectos positivos de los huertos de guerra, incidiendo también en la camaradería que se establece entre trabajadores y ejecutivos cuando trabajan conjuntamente la tierra en defensa de un bien común.

La comisión coordina y mantiene durante toda la guerra una activa campaña de difusión y educación. Lo hace mediante material impreso, asesoramiento y proyectos demostrativos. Imprime panfletos y carteles que se reparten y pegan en tabloneros de anuncios, estaciones de ferrocarril o en las entradas de las fábricas. Además de publicar estos materiales en periódicos y revistas, la prensa destina columnas diarias a la formación en temas hortícolas, publica historias de hortelanos particulares, clubs de jardinería y de grupos de trabajadores, viñetas de humor... Publican incluso poemas, como el titulado *Vamos a cavar y cavar, y seremos grandes*, del que traducimos un fragmento:

[...] Sé que soy demasiado mayor para combatir, pero no me verán renegando.
Así que considero justo y correcto tener que seguir cavando.
Y además, seguro que seremos personas sobresalientes;
si nos obligamos a ser hortelanos de guerra diligentes.
No vale solo seguir cantando sobre la alegría de dar,
para poder sobrevivir tenemos que cavar.
Debemos cultivar zanahorias, judías y papas en los patios traseros,
tenemos que cavar largo y tendido cultivando nuestros huertos.
Así que coge tu fiel azada y pala, y empieza la primavera sembrando
Simplemente cava y haz un huerto para que los alimentos sigan aumentando²³⁷.

La comisión también imprime un libro explicando cómo plantar y cuidar los huertos y los pasos a seguir para conservar los alimentos, que se envía gratuitamente a los domicilios previa petición, y se reparte en bibliotecas, clubs de mujeres o cámaras de comercio.

El trabajo de difusión sobre el terreno se realiza mediante visitas de representantes de la comisión a distintas ciudades para apoyar las campañas locales y las tareas de instrucción. También se otorgan premios locales y nacionales a las buenas prácticas y se establecen huertos demostrativos en los grandes parques de las principales ciudades, donde se imparten clases para adultos y niños. En Boston, el parque de Boston Common acogió uno de los primeros, cultivado por el Club de Mujeres de la ciudad.

237 *"I know that I'm too old to fight; I can't be caught renigging. So I regard it just and right that I should keep on digging. And then besides, it's proved to me that every man is bigger if he will teach himself to be a willing war-time digger. It's not enough for us to sing about the joy of giving. We've got to dig for everything we need to keep on living. We've got to dig in our back yards for carrots, beans, and 'taters' we've got to dig both long and hard as garden cultivators. So take your trusty hoe and spade and start your spring-time sowing. Just dig and get a garden made and set the foodstuff growing."* (Ibidem: 41)

Uno de los principales objetivos de esta campaña es tratar de cultivar todo el suelo disponible, para lo que se hacen inventarios locales y se presiona a los propietarios para que cultiven o cedan sus terrenos baldíos²³⁸. Según Lathrop, director de la NWGC, en 1917 se cultivaban 600.000 hectáreas de suelo periurbano y urbano que en su mayor parte no había sido cultivado antes. En 1918 se habían puesto en producción más de cinco millones de huertos de guerra en los que se consiguió aumentar el rendimiento de los terrenos año a año. En 1919 preguntándose por el futuro de los huertos de guerra, Lathrop estaba seguro de que habían venido para quedarse, pues habían demostrado sus múltiples beneficios. En especial durante los primeros años de la reconstrucción, los *war garden*, convertidos en *victory gardens*, deberían cumplir todavía un importante papel, ya que América sería responsable de alimentar a Europa, convirtiéndose en «el granero del mundo»:

[...] Ninguna otra ocupación nacida de la guerra ha llegado a un número mayor de gente que la horticultura. Partiendo de casi nada antes de que los Estados Unidos entrara en guerra, esta forma de servicio creció en menos de dos años hasta convertirse en una nueva ocupación, que contaba con millones de seguidores y, que superaba en número de gente empleada a cualquier otra rama de las ocupaciones remuneradas con la única excepción de la agricultura convencional²³⁹.

A pesar de su éxito, durante los siguientes años se fueron destinando menos recursos gubernamentales a la campaña y la agricultura urbana dejó de tener tanta presencia en la prensa. Los suelos volvieron paulatinamente a sus usos anteriores, aunque algunos espacios, como los que bordeaban las vías del ferrocarril, se conservaron y adoptaron la agricultura urbana como un uso corriente²⁴⁰.

Una línea de esta campaña se centró en el papel de la infancia. El gobierno federal consideraba que los niños y adolescentes podían constituir una importante ayuda a la hora de aumentar la producción de alimentos, involucrando a asociaciones como Boy Scout, a colegios, clubs y a organizaciones religiosas. Desarrolla, por tanto, una campaña específica para los jóvenes; los mayores de 14 años se trasladaban en grupos a trabajar en granjas, mientras los menores cultivaban huertos en los colegios o clubs infantiles de sus ciudades. Nace así la School Garden Army, dependiente del organismo federal para temas educativos, el Bureau of Education. Durante la guerra trabajarán en coordinación con los organismos gubernamentales encargados de defensa y agricultura, así como con la NWGC. Esta subcampaña contó con fondos federales para personal y material, y se organizó desde la escala federal a la local, con oficinas que distribuían el material educativo. Los profesores relacionaban el trabajo en los huertos de guerra con los estudios de ciencias naturales o con los programas escolares de jardinería, cuando habían existido previamente en sus colegios.

238 (Lawson, 2005)

239 (Lathrop, 1919)

240 (Lawson, 2005)

En 1918 ya se habían alistado millón y medio de niños y niñas, que se organizaban en compañías, con un capitán y dos tenientes. Cada niño reclutado tenía su hoja de alistamiento en la que debía apuntar sus logros y los avances producidos durante la cosecha, y aquellos con «graduación» recibían insignias militares que mostraban orgullosos.

Al finalizar la guerra la agricultura se mantuvo en los planes de estudio o como actividad extraescolar, de modo que al inicio de la segunda guerra mundial en ciudades como Los Ángeles, dos tercios de los colegios de educación primaria ya disponían de huertos²⁴¹. En esta segunda edición, sin embargo, no se estableció una School Garden Army, aunque sí se animó activamente a los niños a cultivar en los colegios, en huertos específicos que cedían los parques urbanos o en sus propias casas.

Los imperios alemán y austrohúngaro no desarrollaron ninguna campaña específica para impulsar los huertos de guerra, de modo que el peso de estas iniciativas recayó en las municipalidades. No fueron muchas las que se lanzaron a implementar políticas ambiciosas que fueran más allá del fomento de los ya tradicionales *kleingarten* o *scherebergarten*. Una de ellas fue la de Viena, que en 1916 respondió a la política de hechos consumados de la ocupación de suelo para el cultivo convocando oficialmente el desarrollo de huertos de guerra (*Krieggemüseärten*)²⁴².

Pero la iniciativa municipal más emblemática fue la de Friburg, que se convirtió en la ciudad con más huertos urbanos por habitante de Alemania, superando en cantidad a ciudades mucho más grandes como Munich. Al poco de comenzar el conflicto bélico la municipalidad se vuelca en poner a disposición de las familias pequeñas parcelas para el cultivo, una iniciativa que trata de recuperar espacios libres, de facilitar el suministro de semillas y fertilizantes y de prestar formación hortícola a las personas implicadas. El cultivo doméstico se vuelve omnipresente en radios y periódicos y centra las tertulias y conversaciones cotidianas, una dinámica que hace que el libro más vendido en la ciudad sea una obra sobre el cultivo de pequeños huertos domésticos.

En 1915 se habían puesto en funcionamiento más de 1.700 parcelas, pero la demanda continuaba siendo muy superior a la oferta disponible. La falta de espacio trata de paliarse mediante la confiscación temporal de tierras de propiedad privada y la reconversión en huerto de guerra hasta del jardín botánico de la universidad, lo que permite aumentar hasta 5.600 las parcelas en 1916. Un año después se inicia la campaña de huertos escolares y de cultivo en los terrenos anexos a las fábricas e industrias, que logra incrementar el número de huertos en funcionamiento hasta los 7.000, que sumaban una superficie de más de 120 hectáreas²⁴³.

La ciudad había sufrido una brusca transición hacia un ambiente ruralizado debido a las necesidades de la guerra, pues además de los huertos también aumentó exponencialmente la cría de animales domésticos. Llegaron a organizarse más de 470 lecherías en viviendas con jardín, que producían cerca de medio millón de litros de

leche al año. También la apicultura se desarrolló enormemente de manera que en 1917 la asociación local había duplicado su número de miembros. Tal era el panorama que la infancia no encontraba lugares donde poder jugar, trasladando estas actividades a los cementerios, pues eran los únicos espacios libres no cultivados en Friburg²⁴⁴.

7.2 Hasta que los chicos regresen. La agricultura, el feminismo y la Women's Land Army

Hablando en términos generales, la principal distinción entre nosotros, entre las que por estar fuera de la sociedad somos extrañas, será que, mientras ustedes harán uso de los medios suministrados por su posición... la mejor manera en que podemos ayudarles a evitar la guerra no consiste en repetir sus palabras y en seguir sus métodos, sino en hallar nuevas palabras y crear nuevos métodos.

V. Wolf

Durante la gran guerra se establece un estado de excepción que ayuda a transformar definitivamente el papel de las mujeres en la sociedad. Las organizaciones feministas que se dedicaron al cultivo de la tierra fueron uno de los principales sujetos del cambio. Es el caso de las Women's Land Army, que estaban compuestas generalmente por mujeres de procedencia urbana que se trasladaron a trabajar al campo, por lo que no son estrictamente iniciativas de agricultura urbana. Sin embargo su historia nos parece de suficiente entidad como para permitirnos dar un pequeño rodeo saliendo un momento de las ciudades.

El inicio del conflicto bélico coincide con las intensas luchas del movimiento feminista por el derecho al voto y el reconocimiento de los derechos de la mujer. Las organizaciones sufragistas aprovecharán la coyuntura para reclamar su participación en el esfuerzo bélico, y demostrar su capacidad de mantener en marcha la economía nacional. Estas organizaciones entrarán en las fábricas y se convertirán en protagonistas de las distintas esferas de la economía, provocando una pequeña revolución en la vida cotidiana de la retaguardia. La movilización establece un paréntesis en las reclamaciones sufragistas para crear un frente interior unido. Las organizaciones de mujeres se vuelcan en emprender programas de formación y empleo, demostrando su capacidad de acción, afiliándose a sindicatos, logrando derechos laborales que no disfrutaban en décadas anteriores, o incluso vistiendo por primera vez pantalones..., avances que desembocarán en el reconocimiento del voto femenino en Reino Unido y en Estados Unidos al final de la contienda.

Este interesante proceso de empoderamiento fue posible gracias a la lucha previa de mujeres y organizaciones que desde principios del siglo XX estaban presionando y poco a poco consiguiendo acceder a espacios que les estaban vedados, como los estudios superiores, incluso si no se les reconocía el derecho a obtener formalmente el título, ni a ejercer la profesión para la que se habían preparado. Muchas

241 (Ibidem.)

242 (Blau, 1999)

243 (Chickering 2009)

244 (Ibidem.)

de quienes componían estas primeras promociones universitarias se encontraban ligadas al movimiento sufragista y presionaron para lograr la apertura de escuelas de horticultura, jardinería, paisajismo o arquitectura para mujeres... Y es que el cultivo de la tierra como actividad hipermasculinizada se convirtió en espacio de disputa, un lugar desde el que seguir desafiando las reglas de género, especialmente para el ala más activista del movimiento¹²⁴⁵.

En Gran Bretaña la radicalización del movimiento y la campaña de acción directa fueron la respuesta a las negativas de conceder el voto a las mujeres, la Women's Social and Political Union fundada en 1903 por Emmeline Pankhurst sería la organización de referencia. A lo largo de la siguiente década organizaron piquetes, huelgas de hambre, apedrearon la casa del Primer ministro, lanzaron cócteles molotov a la del ministro de Hacienda, destruyeron buzones, inscribieron "Voto para las mujeres" en el carruaje del Primer ministro y lo marcaron con ácido en el campo de golf que usaban los miembros del parlamento... En medio de toda esta campaña de agitación social realizaron una de sus acciones más conocidas, prendiendo fuego al conocido Pabellón de las Orquídeas del Real Jardín Botánico de Kew en 1913. Las sufragettes se rebelaban contra un símbolo de la masculinidad y de la opresión ejercida por la vieja feminidad, asociada a delicadas mujeres cultivando flores de invernadero, no tanto al hecho de la actividad botánica u hortícola. La reacción de la prensa fue furibunda acusando de enfermas mentales y violentas a las activistas.

Esta actitud beligerante contra los símbolos considerados opresores contrasta con su dedicación a cuidar huertos y plantar árboles en uno de los lugares emblemáticos del movimiento, la casa del coronel Blathwait y su familia en Buckinghamshire, la campiña del sur de Londres. La casa era un lugar de acogida y residencia temporal donde las activistas descansaban o sacaban tiempo para escribir mítines y artículos. En esta casa diseñaron un espacio bautizado como Sufragette Field, un huerto y zona de frutales donde las sufragettes más distinguidas que pasaban por la casa se veían obligadas a plantar un árbol²⁴⁶.

No resulta extraño que estos movimientos de mujeres aprovecharan el conflicto bélico como una ventana de oportunidad para seguir luchando por la igualdad de derechos y la emancipación de las mujeres, y para participar activa y públicamente en la organización del trabajo de retaguardia. Con este fin convocan en 1915 la marcha por el derecho a servir a la nación en tiempo de guerra, Right to Serve March, obligando al gobierno a aceptar su incorporación en los programas de economía de guerra. Desde el inicio de la guerra clubes privados, asociaciones y universidades de mujeres habían comenzado a reclutar a las interesadas en el trabajo agrícola y a contactar con granjeros para ofrecerles mano de obra. Cuando el gobierno comienza el reclutamiento a través del National Land Service obtiene un gran número de voluntarias, pero son los granjeros los que muestran resistencia a pedir su colaboración, aduciendo que las mujeres no son adecuadas para esos

trabajos y que además se trata de jóvenes de ciudad sin experiencia en el campo. Con el fin de convencer a los reticentes granjeros se establecen programas de formación y se realizan demostraciones públicas en las que las jóvenes hacen gala de sus habilidades. En febrero de 1917 se forma oficialmente la fuerza móvil de mujeres agricultoras, la Women's Land Army, dividida en tres secciones: agricultura, forraje y silvicultura. Todas las organizaciones de mujeres que habían trabajado en este sentido se reúnen bajo el paraguas de esta organización común²⁴⁷.

Las mujeres alistadas recibían entrenamiento, uniforme, alojamiento y salario, y eran destinadas a distintos lugares que decidía la organización. Más de 20.000 mujeres, conocidas popularmente como *land lassies*, participarán en esta campaña que ampliará sus integrantes hasta las 80.000 durante la segunda guerra mundial. Estas mujeres se trasladan a vivir a granjas familiares o albergues desde los que acuden en bicicleta o en camionetas a los campos de cultivo.

La organización publicaba un boletín, *The Landswoman*, en el que se mezclan artículos formativos, relatos, fotografías y experiencias de la vida cotidiana, cartas, poemas, concursos literarios, o noticias que a menudo dan referencias de las milicias de agricultoras estadounidenses, francesas o belgas, todo ello aderezado con múltiples anuncios de ropa y calzado para la joven agricultora. Lo cierto es que el modo de vestir no es un asunto banal, pues el hecho de que la milicia contara con un uniforme que sustituía las largas faldas por abrigos, pantalones y gruesas botas, es descrita como una conquista que permite trabajar cómodamente y que resulta tremendamente chocante en la época victoriana. En distintos números del boletín se incide en la capacidad de las mujeres para desarrollar su trabajo, relatando historias en la que la desconfianza de los granjeros que las acogen se convertirá en respeto y agradecimiento. Entre las páginas de la revista se atisba una pregunta que flotaba en el aire: ¿qué ocurrirá cuando acabe la guerra? Después de años de formación y duro trabajo en el que habían demostrado su capacidad para ganarse la vida, muchas mujeres se plantean el sentido de volver a las cocinas y salones, y de retomar las tareas, entretenimientos y apariencia que se esperaba de ellas²⁴⁸.

En Estados Unidos el proceso será similar, aunque son las propias mujeres las que se organizan para desarrollar el trabajo necesario en la retaguardia ya que el gobierno nunca llega a participar formalmente del proyecto. Incluso desde antes de la entrada formal de EEUU en la guerra, la National League for Women's Service, promovida por asociaciones de variados fines e ideologías, recluta y forma a mujeres para su colaboración en distintas esferas de la economía: telegrafía, conducción de vehículos, agricultura... Grupos de mujeres impulsan proyectos de formación agrícola por todo el país, apostando por implicarse directamente en la producción de alimentos como trabajadoras, frente a unas campañas gubernamentales que las presentaban siempre en las cocinas con la única tarea de embotar alimentos y no desperdiciar restos.

En 1917 nace la Woman's Land Army of America (WLAA), coordinada por un

247 (Weiss, 2008)

248 Ver The Landswoman Magazine. Disponible en: http://www.womenslandarmy.co.uk/?page_id=566

245 (King, 1999).

246 Pugh, M. (2008): *The Pankhursts: The History of One Radical Family*. Vintage .London.

consorcio de organizaciones de mujeres, clubes de jardinería, asociaciones sufragistas y antisufragistas, universidades... Una organización civil, voluntaria, con nodos locales y estatales, que se autofinancia mediante suscripciones y donaciones. Rápidamente se unen entre 15.000 y 20.000 ciudadanas, que llegarán a superar la cifra de dos millones durante la segunda guerra mundial. Eran mujeres de distintas edades, procedencias, niveles de formación, tanto universitarias como obreras, que en su mayoría tenían un rasgo común: eran blancas y solteras. Estas mujeres fueron popularmente conocidas como las *farmerettes* (de la unión de *farmer* y *suffragette*) y se movilizaban bajo consignas como «la mujer con una azada tras el hombre con un fusil».

Al igual que en Reino Unido no hay problema para reclutar miles de voluntarias, que ven en el WLAA la oportunidad de formarse, aplicar sus conocimientos y ser consideradas por su trabajo o avanzar en derechos laborales, pues los comités exigirán jornadas de ocho horas y salarios iguales a los de los hombres. Sin embargo, al igual que ocurría en la vieja Europa, será más complicado ganarse la aceptación de los granjeros, que además de desconfiar de las capacidades de las mujeres rechazaban inicialmente sus reclamaciones laborales²⁴⁹.

Para el cumplimiento del trabajo agrícola estas mujeres se organizaban en unidades y se trasladaban a los campos de cultivo. En 1918 había unas mil unidades en funcionamiento en unos veintiún estados. Al contrario que en Gran Bretaña, en lugar de alojarse en las granjas o en los pueblos, vivían en casas compartidas o en campamentos de tiendas de campaña, organizadas en una estructura paramilitar. Cuando no podían trabajar en el campo debido al mal tiempo, lo hacían en los campamentos, embotando alimentos. Además de las labores agrícolas realizaban actividades de formación y comunicación y tenían su propio periódico, *The Farmerette*. Como explica Weiss, el hecho de formar parte de los campamentos, en los que convivían trabajadoras con estudiantes universitarias, compartían uniforme y recibían un trato igual en el trabajo con un sistema de mando basado en las cualidades de cada una, se ejerció un efecto de «nivelación social» y de ruptura de estereotipos, como ocurrió con los soldados en el frente²⁵⁰.

Al final de la guerra la WLAA había establecido un campamento de entrenamiento de oficiales, construido por las propias *farmerettes*, en el que la formación no se reducía a labores agrícolas, sino que también incluía conocimientos sobre gestión económica o habilidades para el liderazgo. El objetivo era crear una estructura fuerte que pudiera seguir funcionando después de la guerra, para formar y coordinar a trabajadoras agrícolas. Esto chocaba con la visión general que consideraba esta situación excepcional, recordando que tenía sentido sólo «hasta que los chicos regresen», como se lee en algunos de los carteles de reclutamiento. Y efectivamente, con la llegada de los veteranos tras la guerra se fue procediendo a la desmovilización de la WLAA, principalmente por falta de financiación, ya que muchos colectivos de mujeres se estaban volcando de nuevo en conseguir el derecho al voto, cosa que ocurrió poco tiempo después. En palabras de una de las

249 (Weiss, 2009)

250 (Ibidem.)

participantes «No sufrimos un colapso, ni enfermamos ni nos dio una insolación... Volvimos a casa serenas, morenas y fuertes»²⁵¹.

Una simbólica anécdota, que ilustra el creciente reconocimiento social que conquistó esta iniciativa, nos remonta a octubre de 1918, durante el desfile de la victoria. A pesar de no haber contado nunca con un apoyo gubernamental directo, una representación de la WLAA desfiló junto a las distintas compañías de la armada estadounidense por las calles de la Quinta Avenida.

Al inicio de la segunda guerra mundial se refunda la WLA en Gran Bretaña. En 1939 el alistamiento era voluntario hasta que, en 1941, se aprueba una ley de servicio nacional que permite la movilización de mujeres solteras o viudas sin hijos, de 19 a 43 años, a las que dan la opción de trabajar en el campo, en la industria o en las fuerzas armadas. Más de un tercio de las participantes en la reedición de la WLA provenían de las grandes ciudades.

Una parte de la WLA formaría en 1942 un cuerpo forestal, el Women's Timber Corps (WTC), que contaba con su propio uniforme y en el que se alistarían 7.000 mujeres, conocidas como *lumber jills*, que talaban árboles, medían y cortaban la madera, preparaban carbón para explosivos y, a menudo, debían trabajar junto a prisioneros de guerra alemanes e italianos. Vivían en barracones de madera, unos destinados a dormitorios colectivos, y otros a los espacios de aseo. Una de las mujeres que participó en el cuerpo forestal, Edna Holland, recuerda lo complicado que era trabajar en los bosques:

[...] Era un trabajo muy, muy duro físicamente. Comenzamos por aprender a talar un árbol. Con el hacha próxima al suelo calculábamos hacia qué lado iba a caer. Entonces usábamos una sierra transversal para cortar el árbol y quitábamos las ramas con el hacha. Nos enseñaron cómo medir y cortar diferentes tamaños de puntales. Mi padre trabajaba en Armthorpe Pits en Doncaster, y solo me escribió una vez. La carta decía: no estáis midiendo los puntales bien y no están suficientemente rectos²⁵².

Otra de las mujeres, Rosalind Elder apunta:

[...] Tengo gratos recuerdos de mis días en el Cuerpo y cuando lo rememoro, pienso en el sol, risas, el aroma de la madera recién cortada y las voces de las *Lumber Jills* gritando: ÁRBOL VA!²⁵³.

La WLA se disuelve oficialmente en 1950, pero hasta tiempos recientes su labor no ha sido reconocida en igual medida que la de otros cuerpos del ejército. En la actualidad existen distintos monumentos y esculturas conmemorativas, y en 2008 el

251 (Hayden-Smith 2008)

252 Ver las declaraciones de Edna Holland, en Forestry Commission England: www.forestry.gov.uk/newsrele.nsf/WebPRByCountryLang/8F6AED85D982A82680257C0E00542E69

253 Ver las declaraciones de Rosalind Elder del Archivo de memorias de la Segunda Guerra Mundial, BBC. Se pueden encontrar numerosos relatos de las protagonistas de la WLA y la WTC en esta base de datos: <http://www.bbc.co.uk/history/ww2peopleswar/categories/c1171/>

Departamento de Medio Ambiente, Alimentación y Medio Rural (DEFRA) hizo un llamamiento a todas las supervivientes para otorgarles un emblema conmemorativo²⁵⁴.

En Estados Unidos también se produjo un serio problema de falta de mano de obra agrícola durante la segunda guerra mundial, cuando muchos agricultores se alistaron o dejaron el campo para optar a trabajos más lucrativos en la industria de guerra. Algunas instituciones y asociaciones lanzaron programas para reclutar mujeres para el trabajo agrícola. Incluso la primera dama, Eleanor Roosevelt, hizo diversos llamamientos públicos al respecto. Una mujer que había participado en la cosecha del verano de 1942 escribió una carta al *New York Times* en la que decía:

[...] Podemos conducir tractores. Podemos ordeñar vacas. Queremos unirnos rápidamente al ejército de producción agrícola. Estamos esperando para ir. Pero no esperaremos mucho, porque hay demasiado por hacer y encontraremos las granjas nosotras mismas. Déjennos unirnos y organizar un Woman's Land Army. Déjennos unirnos de inmediato²⁵⁵.

A pesar de ello el gobierno federal esperó a abril de 1943 para incluir en su programa de trabajo agrícola a la Woman's Land Army, bajo la jurisdicción del Departamento de Agricultura. Ya hacía años que mujeres de Nueva York se desplazaban por la costa este para el apoyo en el trabajo estacional de la cosecha, mientras las californianas hacían lo mismo en la costa oeste; sin embargo en otras áreas del país, como el medio oeste, todavía existían grandes prejuicios respecto a contratar mano de obra femenina y más si provenía de las ciudades.

La WLA funcionaba de manera descentralizada, con organizaciones locales o estatales, que era donde se presentaban las voluntarias, y se organizaban las labores de asignación de destino, alojamiento, etc. La organización de escala nacional se encargaba de la difusión de la iniciativa²⁵⁶, con publicaciones como el *Woman's Land Army Newsletter*, posters y apoyo de la prensa convencional. La WLA contó también con la colaboración de organizaciones voluntarias que prestaban apoyo en las labores de reclutamiento y formación, poniendo puestos informativos en grandes almacenes, realizando cursos en universidades y en las mismas granjas de destino. Cuarenta y tres estados contaban con supervisores del programa, nueve estados ofrecían cursos de formación, serían 44 el año siguiente, y 17 habían establecido campamentos²⁵⁷.

En 1944, 800.000 mujeres acudieron a trabajos en el campo a través de la WLA, a las que habría que sumar las que fueron contratadas directamente por los granjeros o a través de asociaciones cívicas, y las que compaginaban sus trabajos diarios con la ayuda en las granjas y campos cercanos²⁵⁸. Un granjero de Carolina del Norte que había trabajado con la WLA resumía así lo ocurrido durante la guerra:

[...] Puede que los hombres hayan luchado para defender nuestra tierra, pero las mujeres han trabajado duramente en ella. Las mujeres salvaron nuestro patrimonio.²⁵⁹

7.3 Cultivando entre la emancipación y el totalitarismo. La agricultura urbana durante segunda guerra mundial

El pequeño jardín de un jardinero libre era lo único que respondía a los intereses y necesidades de Sam; no un jardín agigantado hasta las dimensiones de un reino; el trabajo de sus manos, no las manos de otros bajos sus órdenes
J.R.R. Tolkien

Después de la Gran Depresión llegan a Europa los convulsos años treinta, en los que el masivo empobrecimiento y la creciente conflictividad social termina polarizando las sociedades occidentales con proyectos políticos difícilmente reconciliables. La estancada construcción del socialismo mediante cauces democráticos que impulsaba la socialdemocracia, la revolución proletaria anhelada por el comunismo tras la revolución rusa y el repliegue del liberalismo hacia posturas fascistas para defender los privilegios de las élites económicas, terminan debilitando en exceso a unas exhaustas democracias empeñadas en mostrarse compatibles con el desarrollo del capitalismo.

Las tensiones sociales terminan por decantar hacia el fascismo a la sociedad italiana y por llevar al poder a los nazis en Alemania. En ambas sociedades se producirá una exaltación nacionalista y se implantarán programas totalitarios que irán acompañados de políticas expansionistas. Una dinámica que encuentra muchas similitudes con las políticas desarrolladas bajo el estalinismo en la Unión Soviética, lo que sumado a la incapacidad de las democracias para posicionarse de forma consistente ante estos hechos terminan abonando la situación para la reedición de un conflicto bélico a gran escala. Tras el preludio de la guerra civil española asistimos, entre 1939 y 1945, al desarrollo de una larga guerra que afectará a buena parte del planeta.

El abastecimiento de alimentos en las ciudades se convertirá nuevamente en un problema primordial al que las distintas economías de guerra dedicarán muchos esfuerzos. La experiencia acumulada durante la gran guerra permite que, desde el inicio de la contienda, ambos bandos desarrollen campañas y programas para fomentar el cultivo de alimentos y la agricultura urbana. Los aliados lo harán bajo el ideal de la libertad, mientras que las potencias del Eje reivindicarán la idea de la patria, la pureza racial y el vínculo a la tierra.

En el bando aliado destacan las grandes campañas que se realizaron en Reino Unido, *Dig for Victory*, y la impulsada desde el Gobierno de Estados Unidos, que se encarga de volver a poner en marcha los *Victory gardens*. Tras la experiencia

254 Ver declaraciones en www.forestry.gov.uk y

www.gov.uk/apply-womens-land-army-veterans-badge

255 (Barret y Smith, 1993: 17)

256 (Carpenter 1997)

257 (Barret y Smith, 1993)

258 (Carpenter 1997)

259 (Barret y Smith, 1993)

de la gran guerra ambos gobiernos sabían del valor material y simbólico de estas iniciativas, que además de alimentar a la población urbana facilitaban la cohesión y la movilización social de la retaguardia. Una forma de garantizar que cualquiera pudiera aportar al esfuerzo de guerra y sentirse partícipe sin tener que combatir en el frente.

En Reino Unido, el Departamento de Planificación de Alimentos lanza en 1940 la campaña *Dig for Victory*, que se podría traducir al castellano como Cavad por la Victoria. En el marco de esta campaña cualquier espacio libre dentro de las ciudades es aprovechado para cultivar: jardines particulares, terrenos deportivos o parques. En Londres el esfuerzo fue tal que afecta a espacios emblemáticos, como el foso de la Torre de Londres o el histórico Hyde Park, en el que además de los huertos se llega a instalar una granja para la cría de cerdos. Estas experiencias de agricultura urbana conjugan el pragmatismo y la funcionalidad para satisfacer necesidades, con el papel propagandístico y educativo.

Además de los huertos, se editan boletines educativos, programas de radio y películas formativas, donde se explica cómo acondicionar los terrenos y se muestran las técnicas básicas de cultivo, cómo alimentar a cerdos o gallinas con restos de comida o las mejores recetas para aprovechar al máximo los alimentos. El boletín mensual *Allotment and Garden Guide* se enviaba por correo a todas las familias, y en su interior se daban instrucciones específicas de los cuidados y tareas del jardín y de lucha contra las plagas más corrientes. Entre estos esfuerzos por difundir los mensajes de la campaña destaca la creación de personajes de dibujos animados como Potato Peter y Dr. Carrot, orientados a sensibilizar de forma amena a la infancia.

La importancia de la horticultura en el imaginario popular era estimulada a través de todos los dispositivos culturales disponibles, incluso del cine, donde se proyectaban noticias, publicidad o cortos audiovisuales que mostraban experiencias de huertos de emergencia en emplazamientos curiosos, como solares de edificios bombardeados que se limpiaban de escombros para su posterior cultivo. Entre los huertos más simbólicos destacaría el cultivado por el sacristán de la catedral de Westminster, aprovechando el cráter provocado por una bomba en el patio del templo. También se mostraba la ejemplaridad de distintas instituciones mediante la publicidad y la proyección de programas de televisión semanales de una hora de duración, en los que se mostraban los grandes huertos que habían construido los bomberos en el centro de Londres, los que se instalaron en colegios por todo el país o los que se plantaban en casas particulares. Se emitían, asimismo, vídeos formativos mostrando cómo voltear la tierra, plantar y cuidar distintos tipos de verduras, cómo utilizar correctamente las herramientas, recomendando limpiarlas y compartirlas con los vecinos, o cómo hacer compost para fertilizar el huerto.

Las cifras hablan de que se llegaron a cultivar 1.750.000 *allotments* en 1945, cuando se habían ocupado todos los terrenos que podrían servir a este propósito. Los esfuerzos posteriores se centraron en hacer el uso más eficiente posible de ellos y mejorar la producción. Estos huertos llegaron a producir más de un millón de toneladas, el equivalente a la mitad del consumo total de alimentos y al 10%

de la comida producida en Gran Bretaña²⁶⁰. También la cría de animales se incrementó de forma destacable, con 1.250.000 personas participando en el Consejo de Criadores de Aves de Corral (Poultry Keepers' Council), y 6.900 Clubs del Cerdo con cientos de miles de miembros que alimentaban a sus animales con desechos de la cocina²⁶¹.

Acabada la guerra, el Gobierno lanza la campaña *Dig for Plenty*, que podríamos traducir como Cava para la Abundancia, que no conchó mucho éxito dado que existía una extendida «fatiga de cavar» y la victoria permitía cierta relajación. La gente abandonó muchos de los *allotments* que cultivaron durante la guerra, pues ya no querían mantener unos espacios que relacionaban con la pobreza y las penurias padecidas²⁶².

En Estados Unidos el programa *Victory Gardens* también fue un gran éxito. Logró movilizar a quince millones de participantes en una intensa campaña desplegada a lo largo y ancho del país²⁶³. La propaganda llegó hasta la Casa Blanca, donde la primera dama, Eleanor Roosevelt, cultivó un huerto de guerra.

En un principio el gobierno federal no tenía claro el interés de la agricultura urbana, pues dudaba de la eficiencia de los pequeños huertos individuales y los consideraba un gasto de semillas, fertilizantes y pesticidas que podrían ser mejor utilizados por agricultores profesionales en ámbitos rurales y periurbanos. Sin embargo, la presión ejercida por las organizaciones civiles de educación, de jardinería, de jóvenes... logra impulsar la campaña, incidiendo en los aspectos psicológicos de disfrute y de aumento de la moral más que presentándola como un deber patriótico. Con estas premisas en las grandes ciudades se anima a la participación en huertos comunitarios en empresas o parques públicos, antes que a plantar huertos individuales.

La campaña se difundió a nivel estatal mediante carteles, boletines, manuales, artículos en prensa, reportajes de vídeo y cuñas de radio. La potencia comunicativa de esta campaña se sustenta, en buena medida, en su capacidad para conectar con el imaginario popular a través, por ejemplo, de personajes icónicos como el Tío Sam, los superhéroes (Superman, Batman y Robin...) o dibujos animados infantiles (Pato Donald, Goofy, Mickey Mouse, Bearnie El Oso...), que colaboran activamente en la difusión y el cultivo de los *victory gardens*.

Otras estrategias originales fueron la organización de premios, ferias y espacios demostrativos, entre las que destacó la exposición itinerante montada en los vagones del Victory Garden Special Train, un tren que recorría las principales ciudades del noroeste del país difundiendo la campaña.

Los manuales y guías editados durante este periodo subrayaban los aspectos recreativos y de mejora nutricional que proporcionan los huertos, por lo que sus contenidos abarcan desde el cultivo, a la conservación y elaboración de los alimentos. La planificación presentada en los manuales perseguía más la variedad de alimentos

260 (Crouch y Ward, 1988)

261 (Ibidem.)

262 (Mckay, 2011)

263 (Lawson 2005)

que la cantidad, y recomendaban ciertos productos por su facilidad de cultivo (por requerir menos espacio, agua y cuidados). También se promocionaban los sistemas orgánicos de fertilización y control de plagas para no malgastar los productos químicos, más caros de producir, y se incidía en la conservación para asegurar el acceso a una oferta alimentaria variada durante todo el año aprovechando los excedentes.

Al acabar la guerra son muchas las voces que recomiendan seguir apoyando la agricultura urbana como fórmula para mantener el acceso a los alimentos durante la posguerra, reconociendo además su potencialidad como actividad recreativa y de embellecimiento urbano. Las principales propuestas planteaban destinar zonas para huertos en los bordes urbanos y en los espacios libres junto a las grandes infraestructuras, como las vías del tren. Sin embargo, esta no fue la práctica habitual y la gran mayoría de los huertos fueron desmantelados. Algunas de estas iniciativas, que de forma residual continuaron durante las siguientes décadas, mantuvieron vivos unos saberes y prácticas que los convertirían en agentes estratégicos para la siguiente oleada de horticultura urbana, que llegaría en forma de huertos comunitarios en los años setenta.

Otras naciones contendientes no alcanzarán el nivel organizativo de las campañas de huertos de guerra desarrolladas en Reino Unido o EEUU. En la Unión Soviética el racionamiento se establece en Moscú desde el mismo momento en que el país entra en guerra, en 1941. Poco después, la dificultad de obtener alimentos y el hambre se extenderán a todas las ciudades, por lo que, aunque no se conoce la existencia de campañas centralizadas de fomento de la agricultura urbana, se debieron de dar muchas prácticas de cultivo de emergencia en entornos urbanos por parte de particulares. La sorpresiva invasión alemana de buena parte del país y la inestabilidad del frente no dejaron espacio en la economía de guerra para coordinar el desarrollo de programas de agricultura urbana.

La única excepción se dio en el sitio de Leningrado, uno de los episodios más dramáticos de la guerra pues, ante la perspectiva de tomar y mantener una ciudad de más de tres millones de habitantes, el ejército alemán prefirió sitiarse y que la población muriera de hambre y de frío. Leningrado fue sometida a un estrecho cerco por el que sufrió un bloqueo casi total de suministros, excepto por las pocas provisiones que se podían enviar a través de la peligrosa vía que atravesaba el lago Ladoga. A estas dificultades se sumó el bombardeo de los almacenes de grano y de azúcar de la ciudad, una situación que obligó a planificar el cultivo urbano de emergencia durante los primeros meses de 1942 mediante el establecimiento de granjas en los alrededores para abastecer a la ciudad de patatas y verduras, o la excepcional decisión de distribuir pequeñas parcelas para el cultivo individual a unas 270.000 personas, en tiempos de la colectivización forzosa. En 1943 se anunció que había 12.500 hectáreas de cultivo en la ciudad y su entorno. Ese mismo año las granjas estatales produjeron 75.000 toneladas de verdura y los huertos urbanos otras 60.000, aproximadamente el doble que el año anterior. La imagen de los jardines situados frente a la catedral de San Isaac, en pleno centro de la ciudad, convertidos en un gigante campo de coles es uno de los pocos vestigios de aquella

plantación de alimentos a la desesperada. Sin embargo, en relación a la población total de la ciudad, el suelo disponible era muy escaso y tampoco tenían acceso a herramientas adecuadas, a semillas o a fertilizantes, pues el ganado había muerto de hambre o había sido sacrificado y no se podía obtener estiércol. El cultivo de estos huertos supuso una heroica labor, aunque no logró evitar que más de un millón de personas murieran durante el sitio a la ciudad, muchas de ellas de hambre²⁶⁴.

Las campañas de agricultura urbana que se impulsaron desde los países bajo la influencia del fascismo y el nazismo tuvieron muchas similitudes en sus dinámicas y objetivos con las puestas en marcha por los países aliados. Sin embargo, presentan también una considerable diferencia, y es que movilizaron a la sociedad en torno a un imaginario, construido antes de la guerra, en el que la agricultura era concebida como la principal actividad que reflejaba las esencias nacionales. En este contexto, la vinculación del campesinado tradicional con la tierra es idealizada y convertida en símbolo de la reinención de la patria y la raza.

En la Italia de Mussolini el discurso de la autarquía alimentaria es uno de los principales ejes de la propaganda fascista desde que en 1925 comienza la denominada «batalla del grano», cuyo objetivo es lograr la autosuficiencia nacional en el cultivo de cereales, aumentando el rendimiento agrícola y los espacios de cultivo. Esta ambiciosa campaña dejará una serie de famosas imágenes en las que aparece Mussolini trabajando en el campo, segando, trillando y desplegando una desconcertante tendencia a quitarse la camiseta. El Duce se erige como ejemplo ante el pueblo, en un líder omnipresente y omnipotente capaz de guiar al atrasado campo italiano en su camino hacia el progreso. En 1931 se anuncia la «victoria sobre el grano» cuando por primera vez Italia produce la casi totalidad de los cereales que necesita, gracias a la industrialización del sistema agrícola con la introducción de fertilizantes químicos y de maquinaria en todo el país.

Esta batalla, ensalzada como motivo de orgullo popular, adelanta cual será el tratamiento de la agricultura urbana durante la segunda guerra mundial en Italia. En distintas emisiones del noticiario Luce, similar al NO-DO español, se describe cómo «empleados y obreros se transforman en cultivadores» repitiendo constantemente la proclama «Ni una zona inculta!, consigna bajo la que se han utilizado todos los terrenos disponibles de parques y jardines de Roma...»²⁶⁵. Una fórmula mediante la cual los emblemáticos espacios urbanos de representación del poder fascista se transforman en campos de cultivo.

En la capital, Roma, será el gobierno central el que se ocupe de organizar los espacios para la producción agrícola en el interior de la ciudad. Los *orti di guerra* se localizarán en los suelos verdes públicos y serán cultivados por obreros organizados a través de la Opera Nazionale Dopolavoro - OND (Obra Nacional del Tiempo Libre) y por jóvenes pertenecientes a las organizaciones del Partido Nacional Fascista. De este modo habrá cultivos en los foros, en la de la Via del Imperio, frente al Coliseo o las termas de Caracalla, en las plazas de las principales iglesias y en las grandes villas,

264 (Moskoff, 2002)

265 Ver los noticiarios de la época, *Giornale Luce*, producidos por el Istituto Nazionale Luce.

como Villa Borghese. También la ciudad universitaria se unirá al abastecimiento de guerra, criando aves de corral y conejos en las terrazas y azoteas de sus edificios. Una iniciativa que será reconocida por el secretario del Partido, en 1941, permitiendo que los propietarios de edificios residenciales establezcan pequeños corrales en las azoteas de la ciudad. Muchos autores destacan la función propagandística, más que de alternativa alimentaria, de esta solución y dudan que con los huertos improvisados en jardines urbanos se lograra alimentar a la ciudad²⁶⁶.

Los huertos de guerra se desarrollarán en las principales ciudades a cargo de los OND provinciales, de obreros, empleados públicos, ferroviarios... En Milán se convertirán 90 hectáreas de zonas verdes públicas en terreno de cultivo cuidado por los empleados del servicio de jardines.

Como acto central de este esfuerzo bélico se recuperará uno de los iconos de la batalla del grano, el momento de la trilla. En 1942 y en 1943 las plazas centrales de distintas ciudades -la del Duomo en Milán, la del Popolo en Roma, otras en Florencia y en Arezzo- se convertirán en escenarios de demostración de fuerza nacional, retransmitiendo la llegada y la trilla del grano e informando de su peso. Actividades convertidas en fiesta nacional a las que acuden los ciudadanos.

También en la Francia ocupada el cultivo de alimentos y la cría de animales dentro de la ciudad se convierten en acciones primordiales para la economía de guerra. Incluso inspiran canciones humorísticas: «les traigo el campo a la ciudad [...] tengo el campo en mi casa, tengo una oveja en mi balcón, un joven ternero en mi piano, unos patos en un armario, un cerdo gordo en mi caja fuerte...»²⁶⁷. Pronto se aprueban varios decretos de emergencia para favorecer la creación de huertos. En agosto de 1940 se requisan todos los suelos vacantes y se distribuyen subvenciones para cultivar huertos en fábricas y empresas, así como en jardines individuales.

La campaña de huertos de guerra se enmarca en el proyecto de *retour à la terre* del mariscal Pétain. Los huertos obreros pasarán a ser conocidos como los huertos del mariscal, y se implantarán inmensas extensiones alrededor de las grandes ciudades, incluso en lugares emblemáticos como los jardines parisinos de Luxembourg, Tuileries, o en el Bois de Boulogne²⁶⁸. Los noticieros de la época muestran imágenes de estos huertos, ensalzando el compromiso ciudadano, la familia y el trabajo; y cuentan cómo también en las fábricas los obreros cultivan sus huertos

266 (Salvatori, 2006)

267 "On entend par des gens sévères parler du retour à la terre, c'est bien commun inopportun, moi j'ai compris en homme habile, j'apporte la campagne à la ville [...] j'ai la champagne sous mon toit, j'ai un mouton sur mon balcon, un tout jeune veau sur mon piano, j'ai des canards dans un placard, un gros porc dans mon coffre fort..." Ver el trabajo de Gorgius A chacun sa chanson: Pénuries et restrictions 1939-1945 :http://doc.sciencespo-lyon.fr/Ressources/Documents/Etudiants/Memoires/Cyberdocs/MFE2003/cornuau_s/pdf/cornuau_s.pdf

268 Journal des débats politiques et littéraires, 1941/09/06. "Treize hectares du Bois de Boulogne ont été convertis en jardins potagers"

colectivos que sirven para aprovisionar las cantinas²⁶⁹. Al final de la contienda se contabilizan unos 250.000 huertos de guerra en Francia²⁷⁰.

Como en la primera guerra mundial, la Administración cede a la Ligue du Coin du Terre la organización y coordinación de los huertos de guerra, pero sin duda esta federación, al igual que la alemana, sufrirá una fuerte presión para modificar su funcionamiento tradicional, como demuestra el hecho de que en 1943 llegó a suspender la publicación de su revista, *Jardin Ouvrier de France*, por la negativa de sus editores a incluir propaganda nazi²⁷¹.

En Alemania, como contrapeso a las ideas socialistas, se comienzan a desarrollar desde los años veinte las corrientes de pensamiento vinculadas al *Blut und Boden*, que podríamos traducir como Sangre y Tierra, según las cuales la naturaleza y la geografía de un país configuran el carácter nacional, por lo que la pureza racial se encuentra vinculada tanto a la ascendencia como al suelo, fuente de alimentación y sustento. Estas teorías, que idealizaban al campesinado como origen racial de Alemania y exaltaban la relación del pueblo con la tierra que ocupa y cultiva²⁷², reivindicaron la vuelta a unos valores rurales idealizados, y a la vez fueron base para el desprecio hacia todos los pueblos que consideraban incapaces de vincularse a una tierra, y por tanto sin raíces, como los judíos o los gitanos.

Los huertos urbanos se convirtieron en uno de los muchos espacios de disputa ideológica, pues desde el comienzo de su hegemonía, los nazis se esfuerzan por asentar la ideología de *Blut und Boden*, requiriendo para ello la colaboración de las asociaciones de jardineros y de *kleingarten*. En 1933 exigieron que la Federación Alemana de Huertos Obreros se adhiriera al nazismo, prohibiendo a los judíos y no arios el alquiler y acceso a las parcelas. Al negarse a tales propósitos, el director de la Federación fue destituido de su puesto, se cambiaron los estatutos de las asociaciones, se anularon las elecciones para formar las juntas directivas, que serían designadas por el Partido, y la Gestapo se encargó de disolver aquellas asociaciones que se resistían a la destrucción de su modelo democrático²⁷³. En 1934 el nuevo director de la Federación alemana, afín a las ideas nazis, declaraba que «la primera tarea de nuestras asociaciones es plantar las ideas nacionalsocialistas en el movimiento de *kleingarten*. Los hortelanos alemanes tienen un deber que cumplir. Han sido elegidos para cultivar nuestro suelo alemán. Por lo tanto tienen el deber de recrear el trabajo colectivo del Pueblo»²⁷⁴.

Da cuenta de la importancia que adquirieron los huertos en este periodo el hecho de que solo en Berlín llegó a haber más de 200.000 parcelas. Diversas obras literarias que abordan este periodo mostraron esta realidad, como *La estética*

269 Ver los noticieros de la guerra mundial: Les actualités Mondiales de 3 de Abril de 1942, y France Actualité del 12 de Marzo de 1943..

270 (Cabedoce, 1996)

271 (Ibidem)

272 (Sanz, 2002)

273 (Groening, 1996)

274 (Crouch y Ward, 1988)

de la resistencia, de Peter Weiss, que hace una detallada descripción del ambiente de preguerra en Alemania reflejando la persecución y la situación cada vez más precaria de los trabajadores durante el ascenso del nazismo. Así el padre socialista de uno de los protagonistas es despedido de la fábrica en la que trabaja por negarse a ingresar en las organizaciones nacionalsocialistas. Posteriormente le ofrecen un puesto menos cualificado, con lo que «sólo la parcela que los Coppi poseían en la agrupación de pequeños huertos [*kleingarten*] del Waldessaum en Tegel podía ayudarles en tiempos de necesidad con patatas, remolachas y judías»²⁷⁵.

La función política que se había otorgado a la agricultura urbana se mantuvo durante todo el periodo nazi, así como durante los primeros años de la contienda bélica, pues en gran medida esta se libraba fuera del país. Entre estos episodios de propaganda hortícola ocupó un lugar destacado el huerto que aparece en el documental *El Führer da una ciudad a los judíos*. Se había habilitado en el campo de concentración de Terezin, cerca de Praga, utilizado por los nazis para demostrar ante la comunidad internacional las buenas condiciones en las que estaban internados los prisioneros. Lo que la propaganda no narra es que estos huertos eran propiedad de las SS y, aunque eran cultivados por judíos, estos tenían prohibido comer la producción bajo castigo de ser trasladados a Auschwitz.

Sin embargo, durante estos tiempos oscuros los huertos urbanos continuaron siendo utilizados como espacios de desafío al régimen nazi. De las muchas historias anónimas perdidas por la clandestinidad se ha rescatado la de un grupo de anarcosindicalistas de Dusseldorf cuyos huertos y casetas de herramientas se usaron para esconder a desertores y judíos perseguidos por el régimen²⁷⁶.

El espacio de conflicto que se daba en la agricultura urbana no sufrirá ningún cambio excepcional hasta los últimos años de la guerra, de 1943 a 1945, cuando la capacidad de importar alimentos alemana colapsa. Los sistemas de transportes se interrumpen debido a los bombardeos. El combustible escasea, el frente se va adentrando en Alemania y se suceden las avalanchas de refugiados hacia las ciudades. Durante este lapso de tiempo muchas ciudades alemanas recurrirán al impulso de los huertos de guerra para tratar de garantizar unos mínimos suministros a sus habitantes, duplicando casi el número de huertos urbanos y ocupando por decreto la práctica totalidad de los terrenos libres en las ciudades mayores de cinco mil habitantes. Esta horticultura de emergencia estará protagonizada por ciudadanos anónimos que, con los escasos recursos disponibles a su alcance, se afanaban en improvisar zonas de cultivo en un desesperado esfuerzo por lograr sobrevivir²⁷⁷.

Durante la etapa final de la guerra muchas zonas históricas de *kleingarten* situadas en las afueras de las grandes ciudades también fueron usadas como refugios para guarecerse durante los bombardeos, y muchas familias llegaron a instalarse para vivir en ellas ante el miedo a las bombas o debido a la destrucción de sus viviendas.

Pero, sin lugar a dudas, uno de los episodios más impactantes de la historia de

la agricultura urbana durante la segunda guerra mundial en la Europa ocupada es la epopeya que relata Kenneth Helphand sobre los huertos instalados en los guetos y campos de concentración. Estos espacios se caracterizaban por unas deplorables condiciones de vida, marcadas por el hacinamiento, la proliferación de enfermedades y el hambre. No resulta extraño que el acceso a alimentos se convirtiera en un problema acuciante, como planteaba un habitante del gueto de Lodz: «Todo tipo de hojas que parecían no comestibles antes de la guerra (como las hojas de remolacha, las hojas exteriores de las coles, el amaranto, y otros) se han convertido en comida muy popular en el gueto. Todas estas hierbas y hojas sin embargo, no pueden calmar mínimamente nuestra hambre»²⁷⁸.

Las raciones de comida suministradas por los alemanes suponían únicamente un tercio de los aportes calóricos necesarios por lo que, pese a la escasez de recursos materiales y herramientas, en los guetos se organizó el cultivo de alimentos para combatir la desnutrición. Un esfuerzo heroico pero insuficiente, pues estos huertos no pudieron impedir que miles de personas murieran de hambre. Sin embargo, según Helphand, tuvieron sentido como espacios de resistencia en los que, más allá de obtener alimentos, se expresaba la creatividad, se recreaba un mínimo espacio de libertad y se mantenía viva la capacidad de proyectarse hacia el futuro. Una práctica que se podría ilustrar de forma simbólica con la imagen del cochecito de bebé relleno de tierra en el que se plantaron cebollas, y que, cual huerto móvil, se iba desplazando a lo largo del día en busca de las zonas más soleadas del gueto²⁷⁹.

En los guetos se crea una estructura organizativa en la que se integran instituciones nuevas (consejos de ancianos, agencias de gobierno, comités de vivienda...) y antiguas (asociaciones benéficas y culturales) y que se encargará de gestionar buena parte de los problemas de la vida cotidiana, así como de impulsar comedores, escuelas clandestinas (incluso cursos universitarios) o actividades culturales. Estas entidades se encargaron también de organizar los huertos. En Polonia, en 1933, nació Towarzystwo Popierania Rolnictwa-Toporol (Sociedad para el Fomento de la Agricultura entre los Judíos), que se ocupó de la coordinación de la producción de alimentos en los guetos de Varsovia y Lodz: «[...] desde adquirir terrenos, semillas, equipos y fondos hasta movilizar y entrenar a los trabajadores. La red creó jardines en cualquier espacio de tierra imaginable, incluso en balcones. Repartieron semillas, plantaron hortalizas y árboles, y crearon pequeños parques»²⁸⁰.

Además de la subsistencia alimentaria, la creación de huertos tenía como objetivo acercar a los niños a la naturaleza. En la delimitación del gueto de Varsovia no se incluía ningún parque o jardín: los únicos espacios libres eran los solares de los edificios derruidos en los bombardeos alemanes de 1939 y el cementerio. Todos ellos fueron plantados, evidenciando el contraste que suponía encontrar a centenares de jóvenes cultivando tomates en un extremo del cementerio mientras en la otra punta se cavaban fosas comunes. En las proximidades del cementerio se llegó incluso a construir

275 (Weiss 99)

276 (Crouch y Ward, 1988)

277 (Stephenson, 2006)

278 (Helphand, 2006)

279 (Ibidem.)

280 (Ibidem.)

un invernadero con capacidad para permitir germinar decenas de miles de plantas y flores. Además de estos grandes espacios se cultivaron las plazas de instituciones de servicio público, el orfanato, el hospital, la sinagoga o el área de cuarentena, y unos 200 patios de edificios residenciales en colaboración con los comités de vivienda, reservando también un espacio para campo de juego. Se incidió, asimismo, en el cultivo en balcones, ventanas y terrazas, usando cajas, macetas y cualquier soporte donde fuera posible cultivar vegetales, una iniciativa que iba acompañada de programas de formación hortícola para los habitantes. Toporol, por ejemplo, impartía cursos de tres y nueve meses de duración, así como un programa para niños²⁸¹.

El gueto de Lodz, el segundo más grande de Europa, incluía un área semirural en el que se concentró la mayor parte de los huertos. En sus inicios acogió incluso a un millar de personas que vivía en cooperativas de cultivo y organizaba actividades culturales, pero la experiencia no superó los seis meses, ya que fueron disueltas en enero del 1941. El Departamento de Jardines y Cultivo ofrecía parcelas a los residentes. Estos crearon casi 1.000 huertos con el asesoramiento técnico de un servicio coordinado por Toporol, que además publicaba un calendario mensual de actividades e impartía conferencias que después eran distribuidas en papel. Sin embargo las condiciones extremas hacían complicado regular el uso de los espacios libres. Los conflictos por el acceso a terrenos cultivables eran frecuentes: se cosechaban las hortalizas antes de que hubieran crecido lo suficiente y se producían robos en los huertos.

[...] En el verano del 44, semanas antes de que los Nazis eliminaran el gueto, el hambre proliferaba en Lodz y muchedumbres de la zona urbana se volcaron sobre los huertos de Marysin. [...] En el alboroto había cientos de personas y cualquier cultivo que vieran era rápidamente arrancado de la tierra. En dos horas, todo había terminado. No quedaba evidencia que recordara ni siquiera que algo se hubiera plantado²⁸².

La gesta de los huertos en los campos de concentración y guetos europeos se reprodujo al otro lado del Atlántico, con la reclusión forzosa de miles de ciudadanos norteamericanos de ascendencia japonesa. A partir de 1942, con la entrada de EEUU en la guerra, más de 120.000 personas fueron encerradas en campos de concentración construidos en áreas remotas e inhóspitas del territorio norteamericano. Barracones ubicados en superficies desérticas acogieron a una población que se vio obligada a acondicionar estos campos de internamiento para hacerlos habitables, autoconstruyendo los sistemas de iluminación, incorporando zonas deportivas y estanciales, desviando la corriente de arroyos para obtener agua... Entre estas labores destacaba la voluntad de estos prisioneros por habilitar jardines y zonas de cultivo de verduras y hortalizas, pues la mayoría de ellos habían trabajado profesionalmente como jardineros o paisajistas²⁸³.

De forma paradójica, estos huertos subversivos plantados en campos de concentración fueron capaces de cuestionar, por lo menos parcialmente, la retórica norteamericana de la lucha por la libertad. Las condiciones de vida de estos prisioneros eran mucho mejores que las de los campos de concentración nazis y disponían también de mayores cuotas de autonomía. Grandes superficies de los campos fueron convertidas en huertos, muchos de los cuales llegaron a ser prácticamente autosuficientes en la producción de verduras. Además, en los pocos espacios libres que quedaban en el interior de los campos se construyeron jardines que incorporaban los diseños orientales. Los prisioneros realizaron increíbles esfuerzos trasladando piedras para construir estanques y cascadas y llegaron incluso a cultivar pequeños bosques de bonsáis. Una forma de plantar sus particulares *victory gardens*, de reafirmar su identidad cultural en un contexto de opresión mediante la recreación de un entorno propio.

Más allá de las batallas y sus héroes no estamos acostumbrados a focalizar la atención de las guerras en la retaguardia, donde los personajes secundarios de la historia se encargan de alimentar a la población, no las páginas de la historia. El auge de los huertos urbanos en los periodos de guerra nos muestra cómo estos espacios dieron de comer, pero además fueron fragmentos de orden cuando todo se encontraba patas arriba, remansos de paz y tranquilidad donde se cuidaba lo frágil en tiempos de dureza, rincones verdes que crecían gracias a la luz en tiempos oscuros, proyectos de futuro en un presente continuo.

281 (Topas, 1990)

282 (Helphand, 2006: 87)

283 (Ibidem.)

8 Cultivar en la periferia de la historia: el origen y la proliferación de los huertos comunitarios

El fantasma de la dependencia agrícola de las ciudades, conjurado en tiempos de bonanza económica, reaparece cíclicamente en los tiempos de crisis. El surgimiento de los huertos comunitarios no sería una excepción, ya que nacieron a principios de los años setenta en EEUU, coincidiendo con la guerra de Vietnam, la crisis del petróleo y una fuerte crisis económica que se concentra especialmente en las ciudades.

Tras el proceso de desincentivación de la agricultura urbana que siguió al final de la segunda guerra mundial son muy escasas las iniciativas que se mantienen activas. El repliegue se mantuvo hasta los años setenta, cuando de forma sincrónica pero no coordinada comienzan a reactivarse experiencias de agricultura urbana en las grandes ciudades norteamericanas (Chicago, Filadelfia, Boston o Detroit). Los huertos comunitarios de EEUU saltan a la esfera pública durante este periodo, pero las dinámicas organizativas que los impulsan hunden sus raíces en los movimientos comunitarios y ecologistas que surgieron en la década anterior. Estas iniciativas representan la convergencia en el espacio urbano de diversos activismos, fundamentales en la revitalización, dignificación y embellecimiento de los barrios populares más golpeados por la crisis socioeconómica.

El tránsito desde la denuncia del abandono institucional a las ocupaciones masivas de solares para reconvertirlos en huertos y espacios verdes por las propias comunidades locales ilustra un acelerado proceso de autoorganización. Luchas ciudadanas que, tras superar una conflictiva relación con las administraciones, lograron consolidarse, coordinarse y ser reconocidas institucionalmente como herramientas valiosas para la mejora de la calidad de vida en las ciudades.

Las iniciativas públicas de apoyo o promoción de los huertos comunitarios que se suceden a finales de la década de los setenta suponen la primera política de agricultura urbana que logra imponerse de abajo arriba. Esta práctica fue protagonizada por los movimientos sociales pero obtuvo el apoyo de una nueva generación de artistas urbanos que encontraron en esos solares espacios de juego y creación para desarrollar prácticas de vanguardia como el *land art* o ecoarte. Posteriormente los huertos comunitarios llegaron a Europa por el Reino Unido, para saltar a todo el continente.

8.1 Arqueología de los huertos comunitarios en EEUU

La flor que crece ante la adversidad es la más rara y bella de todas.
Proverbio chino

Rastrear el surgimiento de los huertos comunitarios nos remite, curiosamente, al acelerado proceso de suburbanización que vivieron las grandes ciudades norteamericanas después de la segunda guerra mundial. Durante las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo pasado las zonas centrales de las grandes ciudades sufrieron un progresivo proceso de abandono de muchos barrios populares y centros históricos. Los habitantes que tenían recursos, generalmente de raza blanca, se mudaban a las distintas zonas residenciales que se habían ido ubicando en las afueras de las áreas metropolitanas.

Entre la diversidad de factores que explicaría tanto la viabilidad como el poder de seducción de los imaginarios suburbanos, encontramos varias: las hipotecas garantizadas por el Gobierno que facilitaban el acceso a préstamos a bajos tipos de interés; el *baby boom* que fomentó la demanda de vivienda en barrios tranquilos localizados en entornos “más naturales” y más habitables para la infancia; las nuevas carreteras que llegaban fuera del alcance de los trenes y tranvías, conectando las áreas residenciales suburbanas con la ciudad, así como la progresiva zonificación espacial en el planeamiento urbano y la homogeneización de sus habitantes como estrategia que permitía mantener de forma constante el valor de la propiedad de las viviendas²⁸⁴. Esta estrategia permitía desarrollar un modelo urbano que obviaba la dimensión conflictiva de la ciudad, a la vez que posibilitaba el acceso a los servicios económicos y culturales que esta ofrece. En la década de los cincuenta, los suburbios crecieron diez veces más rápido que los centros urbanos. En 1960 llegaron a alojar a 19 millones de personas, cerca del 40% de los habitantes de las grandes ciudades²⁸⁵.

Una de las contrapartidas de este proceso de suburbanización y fomento de la hipermovilidad motorizada fue la erosión de la vida urbana, que históricamente había sido sinónimo de relaciones sociales, de convivencia, proximidad espacial, y conflicto en un entorno altamente artificializado. Esta intensidad relacional ha sido denominada *sinecismo*, primero por Jane Jacobs y después por autores como Edward Soja, entendiéndola como la “chispa” que genera la innovación y favorece la creatividad social y económica por el hecho de vivir junto a otras personas.

El reverso para la población con menos recursos que se quedaba en las ciudades consistió en una paulatina degradación de las zonas centrales de las áreas metropolitanas, especialmente de los barrios populares donde se cronificaron situaciones conflictivas como el desempleo, la concentración de minorías étnicas, la marginación, la delincuencia, el deterioro del parque de viviendas, el abandono de equipamientos y servicios públicos cada vez más escasos por la crisis fiscal

284 (Hall, 1996)

285 (Ibidem.)

(escuelas, servicios de limpieza, vigilancia policial, transportes...)... Un proceso por el cual se profundizaba en la estigmatización tanto de determinados barrios como de sus habitantes.

La generalizada situación de abandono de muchos barrios desfavorecidos terminó generando una dinámica de resistencia, basada en la reorganización comunitaria de los habitantes a partir de la construcción de alianzas entre los principales agentes sociales del territorio (asociaciones locales, iglesias, redes informales de apoyo mutuo...). Esta reorganización comunitaria que aspiraba a construir comunidades de intereses, logró articular visiones compartidas de la realidad y de los problemas sobre los que intervenir, y constituyó nuevas dinámicas y organizaciones sociales que implicaron a las personas afectadas. Su objetivo era, en definitiva, reconstruir el lazo social, a la vez que entablaban luchas con las autoridades municipales o empresas con responsabilidades concretas en la situación de sus barrios.

Muchas de estas peleas barriales contaron con el apoyo de organizadores comunitarios, que se dedicaban profesionalmente a poner en marcha estos procesos y eran demandados por las propias comunidades. Entre estos destacan figuras como Saul Alinsky, que durante décadas fue un referente en la organización comunitaria, después de haber trabajado en algunos de los barrios más conflictivos de EEUU.

Alinsky perseguía reconstruir tanto la autoestima como las identidades colectivas de las comunidades con las que se involucraba; construir alianzas locales lo más amplias posibles; desarrollar estrategias que devolvieran el protagonismo a la gente y apostar por la movilización pacífica, la desobediencia civil y la acción directa. Las comunidades lograron desplegar una asombrosa capacidad para desarrollar acciones colectivas tremendamente creativas, siguiendo el lema de Alinsky que afirmaba que «una táctica no es buena si la gente no obtiene placer en aplicarla»: concentraciones y sentadas en frente de las oficinas de entidades o de las casas de sus familiares, boicots masivos, apariciones estelares en actos públicos, safaris de caza de ratas para mandarlas al Ayuntamiento vía postal...²⁸⁶. Las conquistas sociales y los éxitos cosechados con la paralización de derribos de barrios, el logro de remodelaciones, la admisión de empleados afrodescendientes en determinadas empresas, la localización de inversiones y la construcción de equipamientos en los barrios más vulnerables consagraron a Alinsky como un genial y heterodoxo organizador.

Alinsky se esforzó, asimismo, en conectar las distintas luchas para lo cual consolidó una red de asociaciones comunitarias que compartían filosofías de intervención, estrategias, recursos y procesos formativos. Esta vocación de articulación impulsó la puesta en marcha de una entidad nacional, la Industrial Areas Foundation, que en la actualidad sigue en activo.

Otro de los organizadores barriales más populares de ese periodo fue Karl Linn, un psicólogo que se convirtió en profesor de Arquitectura y Paisaje en la facultad de Pennsylvania, en Filadelfia. Este atípico maestro, preocupado por la habitabilidad de los barrios desfavorecidos, puso en marcha un innovador programa para

286 (Hernando, 2006)

promover proyectos comunitarios. Las iniciativas eran impulsadas por residentes, profesionales voluntarios, activistas sociales y por su propio alumnado, que diseñaban y construían mediante metodologías participativas espacios de encuentro comunitario como parques, juegos, plazas o centros sociales.

Mediante esta estrategia trataban de intensificar las relaciones sociales de los habitantes en torno al diseño, la construcción y la gestión de espacios comunes al tiempo que recuperaban y dignificaban zonas degradadas de estos barrios. De un lado, el diseño implicaba un encuentro de distintas sensibilidades y suponía un ejercicio de reconocimiento de las necesidades y problemas compartidos. De otro, la construcción y la gestión implicaban la puesta en marcha de un proyecto común.

Linn denominaba a estas iniciativas *neighborhood commons*, lo que podríamos traducir como comunes vecinales, y se pusieron en práctica en barrios de la costa Este de EEUU²⁸⁷. Estos comunes vecinales eran una palanca que posteriormente permitía abordar otras problemáticas e implementar distintas dinámicas de organización y movilización social. A partir de los años setenta Linn fue uno de los más entusiastas impulsores de los huertos comunitarios y concibió dichos espacios como un ejemplo perfecto de comunes vecinales.

La implantación de un modelo orientado a favorecer la movilidad en automóvil privado permitió que las luchas comunitarias se extendieran a zonas más acomodadas de las ciudades. Durante los años sesenta se generalizó la cirugía urbana, mediante la cual se ejecutaban agresivos proyectos urbanísticos orientados principalmente a implantar infraestructuras de transporte encima del trazado de la ciudad consolidada. Una de las luchas más memorables es la que mantuvo en 1958 una amplia coalición de residentes contra el proyecto de Robert Moses, alcalde de Nueva York, que pretendía construir una autopista que atravesaba el popular barrio de Greenwich Village y el Cast-Iron District (más tarde conocido como SoHo). La comunidad, liderada por la escritora especializada en cuestiones urbanas Jane Jacobs, se movilizó y sus reivindicaciones se ganaron las simpatías de la opinión pública, logrando paralizar el desarrollo del proyecto y garantizar la continuidad de Greenwich Village.

Finalizada la lucha contra la prepotencia urbanística, Jane Jacobs escribió una de las obras más influyentes de la historia del urbanismo, *Vida y muerte de las grandes ciudades*²⁸⁸. En ella expone reflexiones pioneras sobre los modelos de ciudad que estaban llevando a la decadencia de la vida urbana y sobre qué medidas se podían poner en marcha para evitarlo. Jacobs defiende la mezcla de usos, la diversidad de tipologías edificatorias, la existencia de barrios fuertes en distritos descentralizados con influencia política a nivel metropolitano; muestra las múltiples funciones sociales que juega el pequeño comercio (acceso cercano a bienes y servicios, seguridad ciudadana...); defiende la existencia de pequeñas zonas verdes de proximidad, y no únicamente de grandes parques; señala la importancia de las aceras anchas como elemento que facilita la convivencialidad..., todas ellas medidas que prefiguran las

287 (Linn, 2009).

288 (Jacobs, 1973)

bases del urbanismo sostenible.

Estas iniciativas comunitarias, vistas en su conjunto, primaban reivindicaciones de justicia social, pero su alto nivel de territorialización implicaba que abordaran cuestiones ambientales (contaminación, vivienda, conectividad y movilidad con el resto de la ciudad, acceso a equipamientos o zonas verdes). La dimensión territorial fue lo que terminó imprimiéndoles un carácter incipiente y no intencional de lo que hoy denominaríamos como ecología urbana.

En paralelo a las iniciativas comunitarias, en la década de los años sesenta se desarrolla una creciente sensibilidad medioambiental por la sucesión de catástrofes como vertidos petroleros, los primeros escapes radioactivos en ensayos militares conocidos públicamente que afectan a humanos, los efectos del insecticida DDT descritos por Rachel Carsson en su libro de 1962, *Primavera silenciosa*²⁸⁹ o el trabajo divulgativo del activista y científico Barry Commoner, que comienza a teorizar sobre los límites del planeta, los ensayos nucleares o la relación entre la tecnociencia y la degradación ambiental.

Todas estas cuestiones ayudan a vertebrar un movimiento social emergente que, a pesar de sus antecedentes históricos, toma cuerpo entre 1969 y 1973 en la denominada primavera ecologista²⁹⁰. En estos años se consolida un espacio de debate teórico y científico en torno a los impactos ambientales inducidos por la actividad humana; se suceden las movilizaciones como la creación del Día de la Tierra en 1970 o el simbólico nacimiento de Greenpeace en medio de una campaña contra los ensayos de bombas nucleares en 1971; crece la conciencia de la fragilidad del planeta y de un destino compartido a partir de las fotografías de la Tierra tomadas desde el Apolo Trece; y en 1972 se convoca en Estocolmo la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano, que lleva a la creación del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA).

El emergente movimiento ecologista converge con movimientos pacifistas, feministas y contraculturales, que demandan tanto la inclusión de nuevos sujetos sociales (jóvenes, mujeres, homosexuales, futuras generaciones) como la inclusión de nuevas temáticas en la agenda política y la democratización de esferas como la convivencia o la sexualidad. Estos episodios que cortocircuitaron las lógicas de la costumbre e hicieron que la vida cotidiana cambiase de forma radical, llevaron a que la sociedad fuese aceptando la existencia de múltiples estilos y proyectos de vida.

En los últimos años de la década de los sesenta se van dando pasos hacia la confluencia entre las luchas urbanas por la justicia social emprendidas por las organizaciones comunitarias durante los años cincuenta y sesenta, y las movilizaciones ambientales de los incipientes colectivos ecologistas con nuevos imaginarios relacionados con la puesta en marcha de estilos de vida más sostenibles. Una confluencia previsible entre la conciencia territorial promovida por los movimientos comunitarios, la contracultura y la conciencia de pertenencia a un planeta común

289 (Carsson, 2010)

290 (Riechmann y Fernández Buey, 1994)

cuyos ecosistemas se encuentran desbordados impulsada desde el ecologismo.

Entre los muchos colectivos activos en esta época podemos destacar a los Diggers de San Francisco, cuyos integrantes provenían de los grupos de teatro político de calle Mime Troupe y Artist Liberation Front, con los Diggers continúan organizando celebraciones artísticas libres y gratuitas en los parques y en los barrios, donde actúan para liberar las calles y el espacio público, los bienes y servicios, ofreciendo gratuitamente apoyo médico y legal, y comidas populares diarias en el parque Golden Gate Park. Los alimentos que cocinaban provenían de donaciones o eran robados, pero nunca aceptaron dinero para mantener esta actividad. También colaboraban distintas comunas rurales del norte de San Francisco, como Mornings-tar, conocida como la granja de los Diggers, en la que se cultivaban manzanas y otras frutas y verduras orgánicas. En algunas panaderías “liberadas” de la ciudad se cocía el pan integral, *digger bread*, que también se repartía gratuitamente²⁹¹.

Existen otras iniciativas políticas de acción directa relacionadas con la alimentación, como el programa de desayunos gratis para niños de los Panteras Negras, iniciado en 1968 y que en años sucesivos se extenderá por todos los guetos negros del país, que sin duda podría resultar más significativa por su impacto directo. Sin embargo, hemos optado por detenernos en la breve experiencia de los Diggers, que solo estuvieron activos dos años, de 1966 a 1968, porque marcan un punto de unión entre pasado y presente. Los Diggers toman su nombre prestado de las luchas contra los cercamientos de las tierras comunales inglesas y sus integrantes serán los creadores en los años setenta de las propuestas biorregionalistas de planificación del territorio que veremos en el último capítulo.

Otro de los ejemplos más ilustrativos de estos encuentros, que producían movimientos sociales híbridos entre los colectivos juveniles contraculturales y las comunidades de residentes es el proceso que dio lugar al People’s Park en la ciudad de Berkeley. En 1967, la Universidad de California compró unos terrenos de un barrio adyacente, donde tenía previsto construir un aparcamiento y una zona de esparcimiento al aire libre. Una vez adquirida la propiedad, comenzó la demolición de las antiguas viviendas para preparar el terreno. Sin embargo, tras un año de trabajo, la Universidad se quedó sin fondos. Durante más de un año el espacio permaneció abandonado y sin terminar de desescombrar, lo que animó a comerciantes locales y a residentes a debatir los posibles usos del espacio. Finalmente se decantaron por un parque público.

Ante la negativa de la Universidad a poyar la iniciativa del parque, Albert Guisado, cofundador de los yippies²⁹², publicó una noticia sobre el conflicto en torno al parque y convocó a la gente a colaborar en su ejecución. El 20 de abril de 1969 más de cien personas comenzaron a construir el People’s Park con el apoyo de paisajistas y arquitectos locales y el entusiasmo de una comunidad local que donaba árboles, flores y arbustos. En unas semanas, más de 1.000 personas se habían implicado en el proceso y el parque se encontraba casi finalizado.

291 Ver The Digger Archives: <http://www.diggers.org/> (consultado 17 de marzo de 2014)

292 Un heterodoxo colectivo contracultural, eminentemente urbano, que se desarrolló a finales de los 60 en EEUU y que representa la dimensión más politizada del movimiento hippie.

El 15 de mayo ante las amenazas de desalojo y coincidiendo con una movilización contra la guerra, miles de personas se dirigieron hacia el parque. La policía trató de impedir el acceso desencadenando una revuelta social de gran magnitud que fue respondida con una brutal represión (centenares de heridos, un muerto, el despliegue de la Guardia Nacional y el establecimiento del toque de queda en la ciudad durante dos semanas).

La respuesta ciudadana, siguiendo el lema «hacer que florezcan mil parques» usado durante la protesta, fue ocupar un terreno baldío situado a dos manzanas del emplazamiento original y poner de nuevo en marcha la iniciativa mientras seguían reclamando el parque en su ubicación original. En mayo de 1972 una multitud decide derribar la valla perimetral y proceder a la reconstrucción de manera participativa del People's Park. En 1979 la Universidad renuncia finalmente a sus proyectos para el espacio cuando el aparcamiento que había construido en un extremo del parque es ocupado para desarrollar un huerto comunitario.

La experiencia del People's Park sigue activa después de haber atravesado múltiples vicisitudes en sus más de cuarenta años de vida²⁹³. Y, aunque es un parque público, sigue siendo un espacio que dispone de un modelo diferenciado de uso y gestión, acogiendo en su interior múltiples iniciativas sociales que van desde un vivero de plantas autóctonas, a una radio al aire libre, un espacio para conciertos musicales o los comedores gratuitos para los sin techo de la organización Food Not Bombs²⁹⁴.

8.2 De las bombas de semillas a la ocupación de solares: el surgimiento de los huertos comunitarios y el caso de Green Guerrillas

Los huertos eran un símbolo que se oponía a lo que estaba sucediendo. La posibilidad de construir una ciudad mejor, centrada en los intereses de las comunidades locales, una expresión de la gente trabajando en común. Lo contrario de la segregación racial, el individualismo y las estrategias de renovación urbana a favor de los de arriba.

C. Khan

Una de las iniciativas más ilustrativas del activismo de nuevo cuño en el que se cruzan las demandas de justicia social, de mejora de la calidad de vida urbana,

²⁹³ El libro *Peoples Park: Still Blooming* de Toni Compost, recorre mediante entrevistas, fotografías, recortes de prensa y documentación elaborada por los colectivos de activistas que gestionan el parque la historia del mismo durante sus 40 años.

²⁹⁴ Food, not bombs es un movimiento social con implantación en muchas ciudades norteamericanas, que varias veces a la semana ofrece comida de forma gratuita a la gente sin recursos. Realizan un trabajo comunitario muy intenso (colaboración con mercados y tiendas locales...) y además organizan campañas reivindicativas y de denuncia. http://foodnotbombs.net/spanish_bookstart.html

de embellecimiento de espacios degradados y las preocupaciones medioambientales es Green Guerrillas de Nueva York, una experiencia que evidencia el proceso de confluencia entre temáticas y activismos diversos. Además de su capacidad de influir y estimular la expansión de estas dinámicas, podría condensar simbólicamente el surgimiento del movimiento de los huertos comunitarios.

A principios de los setenta, Nueva York atravesaba una tremenda crisis fiscal, lo que había llevado al progresivo abandono y degradación de muchos barrios (Harlem, Bronx, Brooklyn). En sus calles se contaban más de 25.000 solares, ya que miles de edificios fueron demolidos ante la negativa de sus propietarios a rehabilitarlos y a pagar los impuestos. Además, había problemas y huelgas con la recogida de basuras, fuertes recortes en gastos sociales, tensiones raciales, elevadas tasas de criminalidad, y una subida generalizada del precio de los alimentos derivada de la crisis del petróleo.

Green Guerrillas nace en 1973 de mano de la joven artista Liz Christy, que reside en el Lower East Side de Manhattan y que junto a un grupo de amigos se dedica a poner macetas, a plantar árboles y a lanzar bombas de semillas en solares abandonados como forma de denunciar tanto el estado del barrio como los vertidos ilegales de basura. Una actividad que les lleva a plantearse la ocupación permanente de un solar abandonado para construir un huerto comunitario.

Durante dos meses un grupo de jóvenes blancos vestidos con ropas *hippies* se dedican a limpiar un solar, nivelar el suelo, traer camiones de tierra fértil y abonarlo, ante el escepticismo de un vecindario mayoritariamente formado por población latina y negra. El trabajo de adecuar la parcela y la lenta construcción de un espacio que resulta medio jardín, medio huerto de producción de verduras, facilita el progresivo acercamiento y la participación del vecindario.

Una vez que la iniciativa va arraigando en el barrio, el Ayuntamiento empieza las gestiones para desalojar el huerto, pero las movilizaciones y el apoyo vecinal y de la opinión pública le hacen recapacitar y termina por ofrecer el alquiler de la parcela por el precio simbólico de un dólar al año. El éxito de la iniciativa anima a grupos de otros barrios de la ciudad que quieren información para poner en marcha proyectos similares. Las Green Guerrillas comienzan a asesorar in situ y telefónicamente sobre la negociación de arrendamientos, planificación y diseño, y a experimentar qué plantaciones se adaptan mejor a los entornos urbanos.

En unos pocos años los huertos proliferaron de una manera espectacular por toda la ciudad, convirtiéndose en un espacio de encuentro y en una herramienta para dignificar y revitalizar muchos de estos barrios. Generalmente la promoción de huertos comunitarios era apoyada por los tejidos asociativos locales y facilitaba el salto a trabajar otras cuestiones que afectaban al vecindario (sanidad, educación y, en especial, la vivienda). Los huertos comunitarios y sus alianzas con otros movimientos alternativos, como los de ocupación de viviendas, dieron lugar a procesos de experimentación social realmente innovadores. Prácticas de ecología urbana que encontraban en estos espacios su puerta de entrada a la ciudad y que

consiguieron que viviendas abandonadas se convirtieran en invernaderos, que aparecieran pequeñas piscifactorías de peces de agua dulce en estanques o que se instalara el primer aerogenerador en una vivienda estadounidense²⁹⁵.

Los huertos comunitarios son el reflejo de las necesidades y expectativas del grupo humano que se encarga de gestionarlos. En ellos tienen cabida formatos que incluyen jardines botánicos, parques de cercanía, huertos productivos de verduras para zonas empobrecidas, habilitación de espacios para actividades educativas, culturales o artísticas. Dependiendo de la composición social de cada huerto, este tomaba una forma u otra, ya que una de sus fortalezas es, precisamente, ser un reflejo de la diversidad de los grupos intergeneracionales y culturales que lo promueven.

De los experimentos de trabajo intercultural que se dieron en las distintas iniciativas destacan los huertos de Losaida, una traducción *spanGLISH* de Lower East Side. En ellos comunidades de puertorriqueños y miembros de Green Guerrillas pusieron en marcha huertos que incorporaban el diseño y las plantas de sus lugares de origen. Era esta una original forma de construir espacios identitarios y de expresión cultural, promoviendo dinámicas de inclusión con un toque Americano como dicen ellos. Losaida, que llegó a tener más de sesenta huertos en los años noventa, es conocido como el distrito de los huertos-jardines, pues es el que concentra mayor densidad de estos espacios²⁹⁶.

Muchos los huertos comunitarios funcionan como espacios educativos, al promover iniciativas formativas de inserción sociolaboral dirigidas a jóvenes con dificultades, colectivos de desempleados, extoxicómanos o proyectos de inclusión social para personas sin hogar. Los huertos comunitarios son, por tanto, espacios verdes polivalentes en los que tienen cabida múltiples actividades e iniciativas. Son lugares autogestionados por los colectivos de personas que los dinamizan conformando una suerte de centros socioculturales al aire libre.

La mayoría de estos pequeños huertos se financiaban mediante donaciones de fondos de particulares, la venta de calendarios, libros de cocina autoeditados o rifas. En algunos casos conformaban empresas sociales de inserción laboral que reinvertían sus beneficios en los huertos comunitarios²⁹⁷.

La iniciativa de los huertos generó tal impacto en el conjunto del país que en 1976 el Departamento de Agricultura de EEUU se dedicó a promover los huertos urbanos a través del Urban Gardening Program, que organizaba programas educativos y formativos para las personas que participaban en los huertos comunitarios y de extensión de los proyectos. En 1980 200.000 personas participaban en los mismos, 65.000 de las cuales eran jóvenes. Se calcula que la producción hortícola alcanzó en 1982 los 17 millones de dólares²⁹⁸.

En Nueva York, en 1978 las Green Guerrillas colaboran con el Departamento

de Jardines de la ciudad en la puesta en marcha del programa Green Thumb, en el que la misma Liz Christy entra a trabajar. Una iniciativa orientada a facilitar plantas, herramientas y formación hortícola a los colectivos de jardineros comunitarios, a lanzar programas de compostaje y a gestionar la cesión de las parcelas. En un periodo de cinco años, la red ya sumaba centenares de huertos comunitarios y había conseguido, además de un reconocimiento social e institucional, que se pusieran en marcha las primeras políticas públicas. Esta expansión de los huertos urbanos era apoyada por la cercana Universidad de Cornell, que facilitaba apoyo técnico y asesorías a los colectivos de jardineros.

El apoyo a los huertos comunitarios supone la puesta en marcha del primer programa público de agricultura urbana que se realiza impulsado desde la sociedad civil en un proceso de abajo arriba, forzando el reconocimiento y la implicación institucional en el desarrollo de políticas públicas. Históricamente las iniciativas de fomento de la agricultura urbana habían partido de las administraciones mediante programas lanzados desde el Gobierno y posteriormente fueron apropiadas por la ciudadanía, como ocurrió en las guerras mundiales, y eran diversas las instituciones (municipales, caritativas, de mujeres) que habían procedido a la instalación de los huertos, de cuyo mantenimiento se encargaban posteriormente los residentes o colectivos a los que se destinaban. Los huertos comunitarios rompieron esos esquemas ya que implicaban a la comunidad local en la búsqueda del espacio, en su diseño, en las negociaciones con las instituciones y, llegado el caso, en la lucha por protegerlos de la destrucción²⁹⁹.

A mediados de los años ochenta, la ciudad va saliendo de la crisis urbana y económica en la que había vivido durante la última década y se ponen en marcha múltiples políticas municipales de regeneración urbana. En algunos casos estas medidas provocaron la desaparición de huertos comunitarios para dejar espacio a la construcción de viviendas destinadas a gente con bajos ingresos y personas que volvían a habitar el centro de la ciudad, aunque también se trataba de facilitar la reubicación de equipamientos como hospitales y, lo que comenzaba a ser más amenazante, edificios de oficinas.

A pesar de todo, Nueva York contaba con más de mil huertos comunitarios en terrenos municipales cedidos a entidades ciudadanas en el marco del programa Green Thumb. Ante la incertidumbre generada sobre el futuro de los huertos comunitarios el Ayuntamiento prolongó los contratos diez años, algunos incluso a 30, y dos fueron declarados espacios protegidos.

Estos huertos no solo abrían un proceso de embellecimiento urbano, sino que cumplían una importante función social en la prevención del vandalismo y el robo implicando en los proyectos a algunas de las pandillas conflictivas, a las que se les asignaba la responsabilidad de la vigilancia. La eficacia de estas dinámicas fue verificada por los informes policiales, que demostraban la reducción del vandalismo en los complejos de vivienda pública donde había huertos comunitarios, provocando

295 (Ferguson, 2000)

296 (Pasquali, 2006)

297 (Ibidem.)

298 (Lawson, 2005)

299 (Ibidem.)

el asombro del responsable de vivienda pública del Ayuntamiento³⁰⁰.

De la mano de estas iniciativas, muchos barrios que estaban estigmatizados y abandonados económicamente recuperaron la autoestima colectiva y cambiaron la percepción que se tenía de dichas zonas de la ciudad. A principios de los años noventa, algunos impulsores, como Karl Linn, veían con ambivalencia este proceso pues percibían cómo los huertos-jardines se habían convertido en una suerte de caballo de Troya para la *gentrificación*³⁰¹. Los incipientes procesos de normalización, la mejora convivencial y el embellecimiento que, de forma rápida, habían impulsado los huertos comunitarios o los artistas urbanos fueron uno de los puntos de apoyo sobre los que descansó el capital inmobiliario para incentivar una reinversión económica. Una dinámica que provocó la subida del precio de la vivienda en muchos barrios populares y con ello la expulsión progresiva de las familias con menos recursos y la quiebra de muchos lazos sociales construidos³⁰². Algunos movimientos vecinales y comunitarios veían perplejos cómo las luchas contra el abandono de sus barrios habían sido convertidas por parte de los inversores inmobiliarios en factores productores de exclusión.

La relación entre huertos comunitarios y municipalidad, que hasta entonces no había sido conflictiva, vive un punto de inflexión en 1994 con la llegada de Rudolph Giuliani a la alcaldía de Nueva York y la expansión de las políticas urbanas neoliberales. Este cambio de ciclo impulsa una reorganización de la ciudad y de sus imaginarios atacando a las minorías étnicas, desmontando la legislación ambiental, expulsando a los sin techo de los espacios públicos, desplazando a la población obrera de los espacios centrales, criticando a los homosexuales y lanzando campañas por la corrección política. El ataque a los huertos comunitarios se enmarca, por tanto, en este conjunto de medidas que dan lugar a la *ciudad revanchista*³⁰³.

A partir de 1996, con cerca de 1.906 huertos en la ciudad, el Department of General Services decide sacar a subasta todas las parcelas disponibles, poniendo en riesgo la tradición que, de manera extraoficial, garantizaba que los huertos comunitarios que recibieran cuidados no serían subastados. Con una trayectoria de veinte años, estos espacios carecían de una categoría propia en términos de planeamiento urbanístico, por lo que se les consideraba solares vacíos susceptibles de ser privatizados, un proceso que debía arrancar con los de mayor superficie. En 1998 se traspasan las competencias sobre jardines y huertos comunitarios al Housing Department, muy contrario a la permanencia de dichas iniciativas en suelos que habían devenido céntricos y valiosos para los desarrolladores urbanos. Este cambio de competencias invalidaba los contratos del programa Green Thumb que

anteriormente los protegía. En diciembre de ese año se hacía oficial la intención de sacar a subasta 114 huertos comunitarios, de los cuales la mitad eran espacios consolidados y con décadas de actividad a sus espaldas³⁰⁴. El alcalde, contrario a la continuidad de los huertos comunitarios, llegó a afirmar: «Esta es una economía de libre mercado. Bienvenidos a la era poscomunista»³⁰⁵.

Ante la amenaza que, de forma inminente, se cierne sobre los huertos y los primeros desalojos, se comienzan a desarrollar acciones de protesta que obligan a Green Guerrillas a reformular su actividad, abandonando la asesoría hortícola y centrándose en organizar la defensa de los huertos comunitarios, una actividad en la que confluyen con la New York Garden Preservation Coalition, una entidad con un perfil más activista. La primera tarea es tratar de coordinar a los 615 grupos autónomos que de forma descentralizada componían el mosaico de huertos comunitarios más dinámicos de la ciudad para, posteriormente, incidir en la necesidad de socializar y ayudar a los huertos comunitarios a conseguir los máximos apoyos en sus barrios y ponerlos en común, además de convocar movilizaciones, trabajar la dimensión comunicativa, promover amplias coaliciones de apoyo y judicializar la defensa de estos espacios.

La principal estrategia seguida para tratar de proteger los huertos era potenciar su dimensión comunitaria, desarrollando su articulación con el territorio y empezando a hacer política desde ellos. Los huertos lucharon contra las zonificaciones que pretendían destruirlos, buscaron fórmulas de reconocimiento, realizaron borradores de documentos públicos (regulación, normativas) y se movilizaron para ser reconocidos como figuras dentro del planeamiento urbano (objetivo que alcanzaron en ciudades como Seattle y San Francisco). Una vez que los huertos comunitarios comenzaron a vertebrarse, se convirtieron en un sujeto activo de politización de las comunidades locales.

Estas iniciativas conformaron un discurso sobre el derecho a la ciudad, la ecología urbana y la justicia social, en el que los huertos comunitarios se presentaban como bienes comunes de la ciudad. Una suerte de patrimonio colectivo recuperado, revitalizado y sostenido de forma autoorganizada durante décadas por las comunidades locales. La privatización de los huertos comunitarios se planteaba como un nuevo proceso de cercamiento, un ejercicio de desposesión de los bienes comunes que se ejercía de forma autoritaria contra experiencias de base profundamente democráticas.

Las movilizaciones de los huertos comunitarios jugaron con el simbolismo del esfuerzo de la cooperación social contra la destrucción, con los imaginarios de la naturaleza y la ecología urbana contra las ciudades grises que impulsa el desarrollo desenfadado. Una de sus actividades más conocidas fueron los carnavales reivindicativos de invierno con un paseo con campanas y velas para recordar que no hay que olvidarse del huerto, y el popular «Rito de la primavera: la procesión para salvar nuestros huertos-jardines», que vienen realizándose todas las primaveras desde 1991. La gente se disfraza, se construyen gigantes, marionetas y carrozas que

300 (Ibídem.)

301 Dinámica que persigue cambiar la composición social y económica de espacios urbanos centrales y barrios populares, fomentando la expulsión de los grupos sociales de menor renta que son sustituidos por otros de mayores ingresos.

302 (Linn, 2009)

303 (Simth, 2013)

304 (Mendez, 2009)

305 (McKay, 2011)

desfilan por 25 huertos comunitarios del barrio de Losaida, donde son recibidos por hortelanos que ofrecen flores a Gaia.

Además de estos actos masivos y populares, en los momentos de mayor conflicto se realizaron múltiples acciones directas de denuncia, algunas tan creativas como lanzar miles de grillos en la sala de audiencias donde se juzgaba el caso de los huertos comunitarios, o movilizaciones en defensa de los huertos en las que la gente se disfrazaba de plantas o bichos de huerta, una estrategia gracias a la cual lograron mantener el tema en la agenda pública y obtener una enorme simpatía social³⁰⁶.

En mayo de 1999, en medio de una fuerte campaña de presión ciudadana, se logra volcar a la opinión pública contra la privatización de los huertos comunitarios. Finalmente, el día antes de la subasta, la justicia paraliza la privatización y el Ayuntamiento accede a vender por cuatro millones de dólares todas las parcelas afectadas a fundaciones implicadas en la defensa de los huertos como el Public Land Trust o el New York Restoration Project. Otras resoluciones judiciales del año 2000 protegieron otros 200 espacios, prohibiendo la subasta de huertos y permitiendo la urbanización de 38 de los primeros 114³⁰⁷.

La vulnerabilidad de las iniciativas y el riesgo de desmantelamiento no se había conjurado totalmente, por lo que se dieron situaciones como la que paradójicamente afectó al primer huerto comunitario, que fue rebautizado como Liz Christy Community Garden tras la muerte de la activista, y que es uno de los que todavía se encuentran en peligro. A pesar de no haber conseguido una regularización definitiva, los huertos comunitarios han consolidado un amplio patrimonio común gestionado colectivamente, mediante la legalización de centenares de iniciativas y el establecimiento de un marco jurídico que facilita la pervivencia de otros tantos que se encuentran en situaciones legales más vulnerables.

8.3 El verde urbano como una de las bellas artes. Articutores y huertos comunitarios

El nuevo artista protesta, ya no pinta; crea directamente...

La vida y el arte son uno.

T. Tzara

Las transformaciones sociales en la vida cotidiana que impulsa la contracultura (en las formas convivenciales y sus experimentos comunitarios, la sexualidad, el feminismo, las nuevas espiritualidades) y la crítica al conjunto de las instituciones sociales termina por llegar también al arte de mano de grupos como los situacionistas³⁰⁸ o los yippies³⁰⁹.

306 (McKay, 2011)

307 (Englander, 2001)

308 (Home, 2003)

309 (Hoffman, 2013)

Se inaugura un periodo en el que el arte se mezcla intensamente con la vida cotidiana, en el que se experimenta con expresiones de difícil encuadre que no tienen cabida en galerías ni son fácilmente comercializables.

Nueva York, en concreto el distrito que más tarde se conocerá como SoHo (acrónimo de South Houston), será un epicentro de la experimentación artística. Durante la década de los sesenta, este era un espacio industrial semiabandonado que esperaba su demolición, una circunstancia que habían aprovechado numerosos artistas para desarrollar espacios y proyectos colaborativos de alojamiento y trabajo. Uno de ellos es el restaurante cooperativo FOOD, que abre sus puertas en 1971 por iniciativa de la fotógrafa y bailarina Carol Goodden y Gordon Matta-Clark, conocido posteriormente por sus *building-cuts*³¹⁰. El objetivo del restaurante era ofrecer a los artistas que vivían y trabajaban en el barrio un espacio de reunión en el que comer bien a precios asequibles, algo que no era sencillo en el área. Además, se plantea como una actividad que puede proporcionar un empleo bien pagado y compatible con la actividad artística, por lo que empleaban a numerosos artistas que podían trabajar cuantas horas quisieran. El restaurante fue pionero en establecer un menú que cambiaba a diario según el cocinero y los productos disponibles y que servía comida fresca y local. Goodden acudía diariamente al mercado a las cuatro de la mañana. El pan era horneado, a cambio de alojamiento, por un grupo que venía de la Mad Brook Farm de Vermont (una comuna rural de artistas). La mezcla de vida cotidiana y arte que permean las experimentaciones de la época está también presente en el restaurante, desde el diseño de una cocina abierta a su configuración teatral. También se realizan performances y experimentos artísticos. El mismo Matta-Clark grabó un corto titulado *A day in the life of FOOD* que comienza por la mañana en el mercado de pescado y acaba 24 horas más tarde con el horneado del pan³¹¹.

Una de las corrientes que emerge en este nuevo ecosistema cultural es el *land art* o ecoarte, a raíz de una exposición llamada *Earthworks* que se realiza en octubre de 1968 en Nueva York y que reúne obras realizadas con tierra de una decena de artistas (Matta-Clark colaboró en esta exposición antes de mudarse a la ciudad). Esta fue la catapulta desde la que se lanzó el mensaje del *land art*, una apuesta rupturista que reivindica un arte orgánico que se reconcilie con la naturaleza, y que localiza las obras en espacios libres que permiten la interacción. El *land art* supone una crítica a la institucionalización del arte y su reclusión en los museos, al culto a la personalidad de los artistas y a la vocación de trascendencia de sus obras³¹². Trabajos difícilmente coleccionables o vendibles, pues unas veces son grandes obras de ingeniería al aire libre en lugares remotos como desiertos o montañas, otras son

310 Verdaderos cortes a través de edificios o construcciones abandonadas, así como el traslado de partes de ellas a espacios como museos o galerías. Un trabajo en el que se pone de manifiesto la estructura interna y constructiva de dichos edificios, evocando la vida a la que fueron capaces de dar soporte. Una propuesta donde arte y arquitectura se fusionan.

311 (Waxman, 2008)

312 (Lailach, 2007)

obras efímeras construidas con materiales naturales del entorno (hojas, madera, hielo, piedras) mostradas mediante fotografías o mapas, o incluso *performances* en las que se mezcla política y arte, estética y activismo.

Entre los debates que se derivaron de estas prácticas destaca la reflexión sobre si se puede denominar ecoarte a algunas de las obras que producían fuertes impactos ambientales. Otra de las discusiones más significativas y productivas era la que planteaba que, además del valor estético, el arte debía ser socialmente útil, unos planteamientos influenciados por el feminismo de artistas como Lucy Lippard. Entre las utilidades sociales que encontraron los artistas vinculados al ecoarte apareció desde el principio la reivindicación de los espacios verdes en la ciudad, dinámica que tuvo especial impacto en Nueva York y que se encuentra estrechamente ligada al desarrollo de los huertos comunitarios.

La primera obra relacionada con estas cuestiones fue *Time Landscape*, realizada por Alan Sonfist en 1965, en la que recuperaba una parcela abandonada con la intención de recrear un paisaje similar al que había en Nueva York en 1600. Una suerte de parque que permitía reflexionar sobre cómo era la naturaleza virgen de la antigua América, sobre el paso del tiempo en la ciudad y la capacidad de la naturaleza para regenerarse. Durante trece años el espacio creció de forma silvestre hasta que, debido a presiones, el Ayuntamiento lo desmanteló en 1978. Aprovechando el cuarenta aniversario de su creación, el departamento de Parques de la ciudad en colaboración con el propio Sonfist lo reinstaló con vocación de permanencia.

Hemos visto cómo la joven artista Liz Christy, junto a Green Guerrillas, se dedicaba a lanzar globos o bolas de Navidad a modo de bombas rellenas de semillas, fertilizantes y agua en los solares abandonados de su barrio. Sus acciones eran una mezcla de embellecimiento y denuncia del abandono de aquellos lugares logrando reverdecer decenas de descampados para desembocar finalmente en la ocupación del primer solar de la ciudad para montar un huerto comunitario.

Las bombas de semillas tienen una larga historia. Las utilizaban los indios nativos de EEUU como método de plantación, hechas de arcilla mezclada con semillas con el fin de plantar en terrenos con pendiente. Las lluvias ablandaban la arcilla y permitían que la semilla germinara. A principios del siglo XX, se recurrió a esta técnica en programas de reforestación aérea en zonas incendiadas de difícil acceso en Honolulu, y también fue una de las innovaciones agronómicas del promotor de la permacultura, Masanobu Fukuoka, que las utilizaba para proteger de las aves y ratones las semillas de arroz que plantaba³¹³. A partir de las aplicaciones de Christy, se desarrollaron sus usos artísticos y activistas. La dimensión artística encontró cierta proyección de la mano de Kathryn Miller, profesora de Arte de California que, a partir de 1991, comenzó a utilizarlas para restaurar con plantas autóctonas ecosistemas deteriorados en la zona de Santa Bárbara. Esto le llevó a exhibir sus actividades y a regalar bombas de semillas en los museos para que la gente las usara a discreción. La dimensión activista se articuló en torno a una amplísima y

313 (Fukuoka, 1978)

difusa red de personas que realizan lo que denominan *guerrilla gardening*³¹⁴ por todo el planeta y que consiste en plantar flores y plantas en espacios públicos sin contar con los permisos pertinentes.

Guerrilla gardening es una forma de mantener el ambivalente espíritu que inauguró Liz Christy, conjugando la denuncia del abandono urbano y el embellecimiento. Las plantaciones realizadas con nocturnidad y alevosía son reivindicadas por colectivos de jardineros en carteles que invitan a la ciudadanía a respetar y cuidar esas flores. Una apelación a la implicación y la corresponsabilidad en el cuidado del espacio urbano. Esta actividad se ha hecho tremendamente popular al proponer una forma de activismo accesible a cualquiera y que aprovecha a su favor la capacidad comunicativa del arte urbano.

La diseñadora de moda Molie Parnis también quiso vincular de alguna manera su profesión al movimiento popular de rehabilitación urbana que comenzaba a arrancar a principios de los años setenta en los barrios de Nueva York. Para ello ayudó a crear y a financiar el premio *Dress up your Neighborhood*, que podríamos traducir como "Viste tu barrio". Se trata de un concurso destinado a promover las mejoras en los parques y huertos comunitarios de barrio. El premio consistía en un cheque de 350 dólares y se entregaba en una pomposa ceremonia en el Ayuntamiento. Participar en el concurso era un mecanismo que ayudaba a consolidar la precaria situación jurídica de algunos jardines y huertos comunitarios, así como una forma de difundir las mejoras inducidas en los distintos barrios. Este concurso continúa celebrándose en la actualidad, administrado por el Citizens Committee for New York City.

La experiencia que mejor ilustra la vinculación entre las nuevas dinámicas artísticas y los huertos comunitarios fue la construcción del Garden of Eden en el Lower East Side de Nueva York. Una iniciativa que comienza en 1973, al poco de que lo hicieran las Green Guerrillas, impulsada por el articulador Adam Purple, que recupera un solar que se encontraba en la parte de atrás de su casa con la intención de construir un huerto comunitario de una forma artística.

Tras varios meses de trabajo diseñando el dibujo que conformarían los bancales del huerto, recuperando la calidad del suelo, incorporando estiércol de los caballos policiales de Central Park, consiguió ir dándole forma y sembrar las primeras plantas. En 1975 se hacía público el huerto, cuya forma circular representaba un enorme yin-yang vegetal. Un precioso jardín comestible que fue creciendo aprovechando la demolición de los edificios colindantes, hasta alcanzar los 4.500 metros cuadrados de superficie. En este trabajo de expansión iba colaborando un plural voluntariado del vecindario, que ayudaba a construir el huerto de forma artesanal, ya que no se usaba electricidad, ni herramientas con motor. Una experiencia autofinanciada que tuvo una gran repercusión en la esfera pública, debido tanto a su belleza estética como al hecho de simbolizar la capacidad de personas y comunidades anónimas para organizarse y mejorar desde el punto de vista socioambiental los lugares que habitan.

Lamentablemente, en 1985 el Ayuntamiento compró la parcela en la que se ubicaba Garden of Eden y procedió a tramitar su desalojo para construir viviendas.

314 (Reynolds, 2008)

Adam recurrió a los tribunales para defender la permanencia del huerto y la posible reubicación de las viviendas en otros de los muchos solares existentes. Durante el juicio recibió apoyos internacionales de múltiples ecoartistas y, antes de que se dictaminara la sentencia, se procedió al desmantelamiento de este particular paraíso terrenal.

Más allá de la idea del huerto comunitario como una obra de arte propuesta por Adam Purple, las prácticas artísticas profanas siempre conformaron una parte de la realidad de estos espacios. Personas que no se consideraban artistas pero que pintaban murales, erigían estatuas, hacían música, escribían poesía o simplemente realizaban actividades culturales, ayudaron a que cada espacio fuera singular, único, y a que expresara de alguna manera a la comunidad que lo dinamizaba.

Aquel efervescente Nueva York que convivía con miles de solares daba pie a que se sucedieran intervenciones sobre el espacio público difícilmente concebibles en otras ciudades. La salida de la crisis y el proceso de reconstrucción que inauguraba suponían la apertura de un conflicto en torno al futuro de la ciudad. ¿Cuáles serían las prioridades de las dinámicas de renovación urbana? ¿Respetarían el patrimonio construido y los usos del espacio de las comunidades locales que habían permanecido en la ciudad durante los tiempos más duros?

En medio de estas interrogantes se situaría la obra realizada por Agnes Dees en 1982 aprovechando los vertidos de tierra en el sur de Manhattan procedentes de la excavación de los cimientos del World Trade Center. Una vez la parcela fue desescombrada, en ese espacio ganado al río Hudson, Agnes vertió 80 camiones de tierra fértil en una superficie de 8.000 metros cuadrados. Posteriormente se prepararon 285 surcos que se plantaron a mano con trigo, dando origen a *Campo de trigo: una confrontación*.

Sembrar un campo de trigo en Manhattan en vez, simplemente, de diseñar cualquier otra escultura pública, suponía una invitación a repensar el crecimiento de la ciudad y sus prioridades, a reflexionar sobre el valor de la actividad agrícola y la necesidad de reconciliar la ciudad con la naturaleza. Esta plantación en el epicentro del comercio mundial, a una manzana de Wall Street y frente a la Estatua de la Libertad, tenía una poderosa potencia simbólica.

[...] Manhattan es la isla más rica del mundo, la más profesionalizada, congestionada y sin duda la más fascinante. El intento de plantar y cosechar casi una hectárea de trigo en ella, desaprovechando valiosísimos terrenos, el intento de poner un palo entre las ruedas del sistema poseía la desfachatez necesaria para convertirlo en la expresiva paradoja que andaba buscando. Campo de Trigo fue un símbolo, un concepto universal. Representa alimento, energía, el comercio del mundo y la economía, se refería a la mala administración, el hambre del planeta y las preocupaciones ecológicas. Fue una intrusión en la ciudad, una confrontación con la alta civilización, un pequeño Shangri-la, un pequeño paraíso en tardes de verano recobrando los placeres simples³¹⁵.

315 (Lailach, 2007: 40)

El cultivo de plantas o su uso en intervenciones artísticas se ha generalizado de tal manera que es utilizada como recurso para embellecer espacios públicos, inducir a la reflexión sobre cuestiones socioecológicas o realizar acciones de denuncia. Prácticas en las que confluyen lo político y lo artístico, que se han extendido a otras muchas ciudades del planeta y que han servido para consolidar en los imaginarios urbanos la necesidad de implicar a la ciudadanía, de reverdecer la ciudad y de aproximar la actividad hortícola.

Entre la multitud de iniciativas que se han ido poniendo en marcha en la última década conviene destacar algunas de las más significativas para ilustrar la pluralidad de formatos que se aglutinan bajo el ambiguo paraguas del ecoarte. Es el caso de las contundentes acciones directas de colectivos anticapitalistas y críticos con los modelos urbanos y de movilidad como Reclaim the Streets³¹⁶, que organizaban fiestas callejeras reivindicativas en espacios generalmente destinados al tráfico. Acciones orientadas a difundir ideas de la ecología social, erosionar la cultura del automóvil, recuperar la función relacional del espacio público y criticar su mercantilización. En algunas de estas acciones lograron plantar árboles en medio de una autovía de circunvalación de Londres, convirtieron en huertos los alrededores del Parlamento inglés o le pusieron una cresta de césped a la estatua de W. Churchill.

Otra propuesta novedosa son los jardines en miniatura construidos por el ciclista urbano Steve Wheen³¹⁷ que, aprovechando los socavones de las calles y aceras británicas, planta pequeños jardines que, en muchos casos, incluyen mobiliario a escala. Posteriormente, los fotografía y los difunde por internet como una forma de denunciar el mal estado del pavimento mediante la producción de experiencias reflexivas de arte efímero. También encontramos la puesta en marcha, a cargo de Paul Harfleet³¹⁸, de la siembra de pensamientos en lugares donde se han producido agresiones homófobas, jugando con el doble sentido de la palabra. Se trata de una forma de inducir a la reflexión sobre la discriminación que sufren los colectivos LGTB, de incitarnos a pensar mediante la plantación de pensamientos. Por último, podemos encontrar las pintadas y dibujos que varios artistas urbanos han empezado a realizar con musgo. Una suerte de ecograffitis que hacen realidad de forma palpable la afirmación de McLuhan de que «el medio es el mensaje»³¹⁹.

8.4 Que florezcan mil huertos: la proliferación de los huertos comunitarios

Para abrir nuevos caminos, hay que inventar; experimentar; crecer, correr riesgos, romper las reglas, equivocarse... Y divertirse.
M. L. Cook

316 (Blanco et al, 2001)

317 Ver: www.thepotholegardener.com

318 Ver: www.thepansyproject.com

319 (Mc Luhan y Fiore, 1997)

La emergencia de los huertos comunitarios se fue vertebrando en forma de un movimiento social a escala nacional en EEUU a partir de la primera Conferencia Nacional de Huertos Comunitarios celebrada en Chicago en 1978, a la que acudieron centenares de iniciativas locales y decenas de responsables de los incipientes programas públicos. Esta ciudad acogió el evento por haberse significado en el impulso de algunas de las primeras políticas públicas de apoyo a los huertos comunitarios. La conferencia fue pensada como un espacio para el intercambio de experiencias, y se sugirió la posibilidad de conformar una organización a nivel nacional, tarea que se quedó encargada de avanzar un pequeño grupo.

En 1979, en un contexto de reducción de fondos federales para programas públicos de apoyo a los huertos comunitarios, se celebraba la segunda conferencia en el mismo emplazamiento. La mayoría de las iniciativas habían constatado que se encontraban en medio de una transición que iba de la formación en horticultura a la promoción de dinámicas de participación social a través de los huertos. Una tarea para la que necesitaban recursos y formación sobre políticas locales, adquisición de tierras, economía social o comunicación. Con el objetivo de hacer frente a estos desafíos, además de promover redes regionales, intercambiar buenas prácticas y coordinar iniciativas, ese mismo año nació la American Community Gardening Association ACGA³²⁰.

El paso del tiempo y el trabajo de la ACGA permitieron la evolución y mayor complejidad de los programas públicos, que empezaron a aceptar demandas de las iniciativas de horticultura como fórmulas de distribución a través de circuitos cortos de comercialización, la promoción de dinámicas de inserción laboral, cuestiones de nutrición, formación para hacer tareas de presión política o mantener un personal estable compuesto por expertos en horticultura y paisajistas. Entre la creciente diversidad de programas, destaca el que se puso en marcha en 1995 para formar dinamizadores de huertos comunitarios en barrios desfavorecidos³²¹.

Desde su fundación, ACGA edita una revista y otorga un premio anual al mejor huerto en distintas categorías (escolar, del último año, trayectoria), como fórmula para fomentar y dar visibilidad a las buenas prácticas. La organización ha seguido manteniendo sus conferencias anuales y sirviendo como referente organizativo para un movimiento que suma más de 700 organizaciones, y que involucra a cerca de 500.000 personas en actividades que persiguen mejoras o beneficios socioambientales a través del uso de plantas.

Además de los huertos de guerra, encontramos otro antecedente relevante para el surgimiento de los huertos comunitarios en Europa de la mano de la activación de los pequeños vacíos urbanos despreciados en las grandes operaciones de reconstrucción urbana después de la segunda guerra mundial. Los solares bombardeados o los modestos huecos entre casas se convirtieron en increíbles zonas de juego para la infancia, reclamando la necesidad de incorporar la escala humana y el experimentalismo de la participación ciudadana en el urbanismo.

Una de las figuras más emblemáticas de este movimiento sería Aldo Van Eyck,

320 (ACGA 1984)

321 (Lawson, 2005)



Fig. 1 Grabado anónimo que muestra el desalojo de los Diggers de su segundo asentamiento en Cobham, cerca de la Colina de St. George, al sur de Londres, 1750.

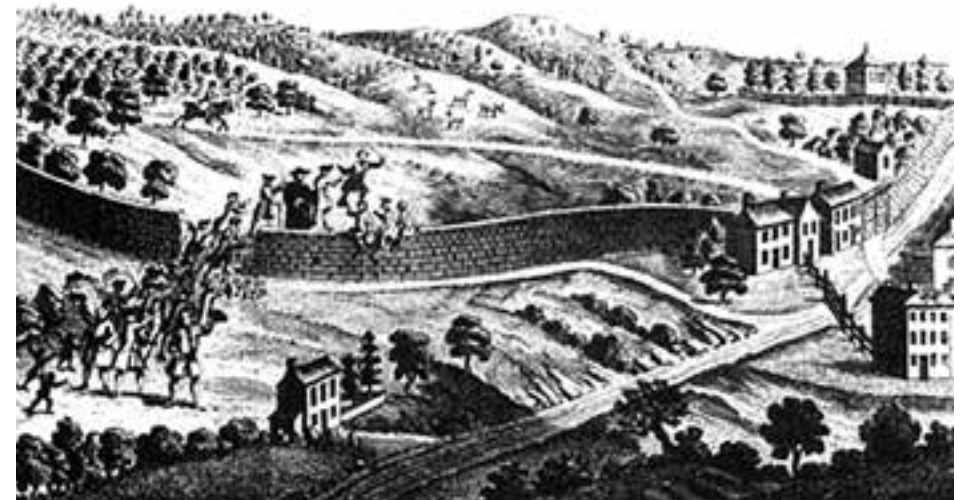


Fig. 2 Grabado que muestra a los feligreses y su párroco derribando el muro levantado en los comunes del municipio de Richmond, Inglaterra, 1748.



Fig. 3 Imagen del Falansterio diseñado por Victor Considerant, siguiendo las ideas de Fourier, 1831.



Fig. 4 Obreros en su huerto, principios de siglo XX, Francia. Las colonias obreras integrarán los huertos en la vivienda, como uno más de los espacios y servicios que se ofrecen a los obreros para mejorar su calidad de vida, aumentar su implicación personal con las empresas y limitar el absentismo o la emigración.

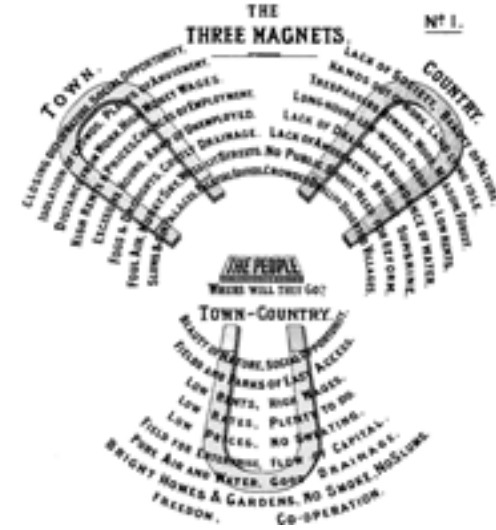


Fig. 5 ¿Dónde iremos? Los tres imanes de Howard muestran las ventajas e inconvenientes de la vida urbana y la rural, y cómo se conjugan virtuosamente en la Ciudad Jardín, presentada como solución a los problemas de la ciudad industrial a comienzos del siglo XX.



Fig. 6 Letchworth, 1911. Celebración del 1º de Mayo. En el centro de la imagen E. Howard, tras él se observa la característica pancarta de tela bordada a mano que encabezaba todos los actos colectivos en Letchworth. El lema, que se podría traducir como "se alza firme nuestra ciudad", es el extracto de un poema que la describe como espacio de progreso,

libertad y unión comunitaria.

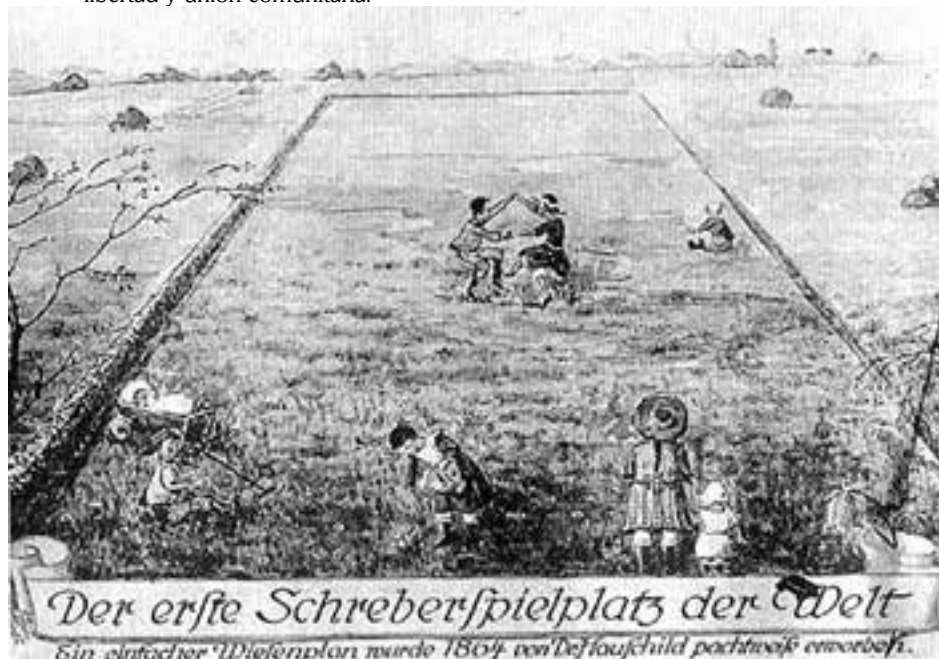


Fig. 7 Primera imagen de una secuencia de grabados anónimos de finales del s. XIX que explican el surgimiento de los Schrebergarten en Leipzig. En el primero se refleja cómo fueron concebidos originalmente como espacios de juego para la infancia.



Fig. 8 Segunda imagen donde se muestra cómo se incorporan al espacio los huertos infantiles

como una actividad de ocio y de educación ambiental.



Fig. 9 Aquí se muestra cómo los huertos al resultar una actividad pesada para la infancia, sus familias se encargan rápidamente de hacerse cargo del cultivo y cuidado de las parcelas.



Fig. 10 Los huertos familiares se desarrollan y organizan, convirtiéndose en un movimiento social

con entidad propia.

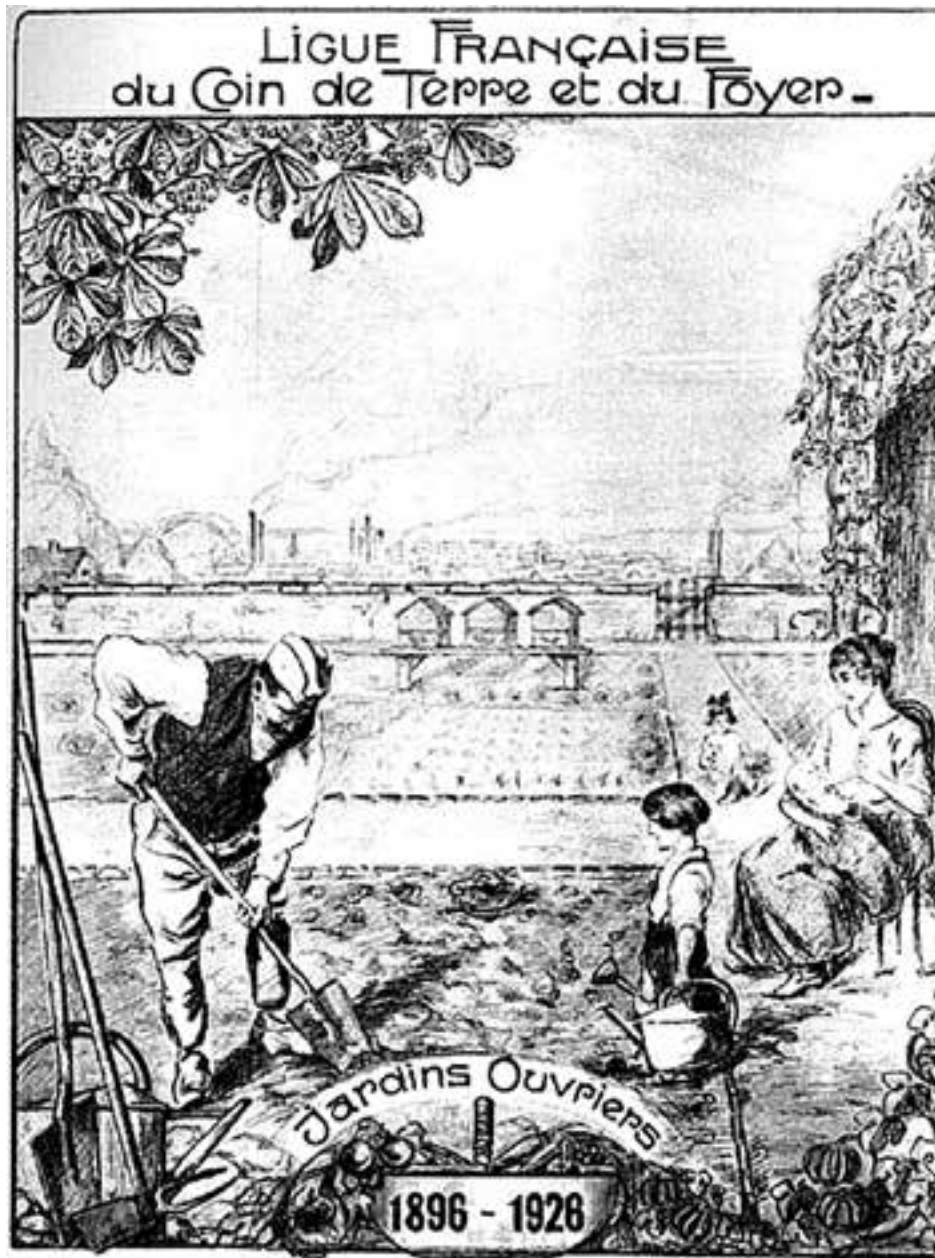


Fig. 11. Postal conmemorativa del 30 aniversario de la fundación de la Ligue Française du Coin de Terre et du Foyer (LFCTF). La imagen ilustra los objetivos de la Liga, el trabajo en el huerto y las actividades al aire libre como modo de reforzar los lazos familiares, mejorar

la calidad de vida y la moralidad de los obreros en la ciudad industrial.



Fig. 12 Postal de la LFCTF, muestra los huertos obreros franceses de principios de siglo. La familia, el huerto y la pequeña propiedad son los ejes de la propuesta del catolicismo social.



Fig. 13 Hortelano en el cinturón rojo de París en el periodo de entreguerras, 1937. Los huertos obreros se convierten en espacio de desarrollo de la cultura proletaria, superando el

asistencialismo inicial.

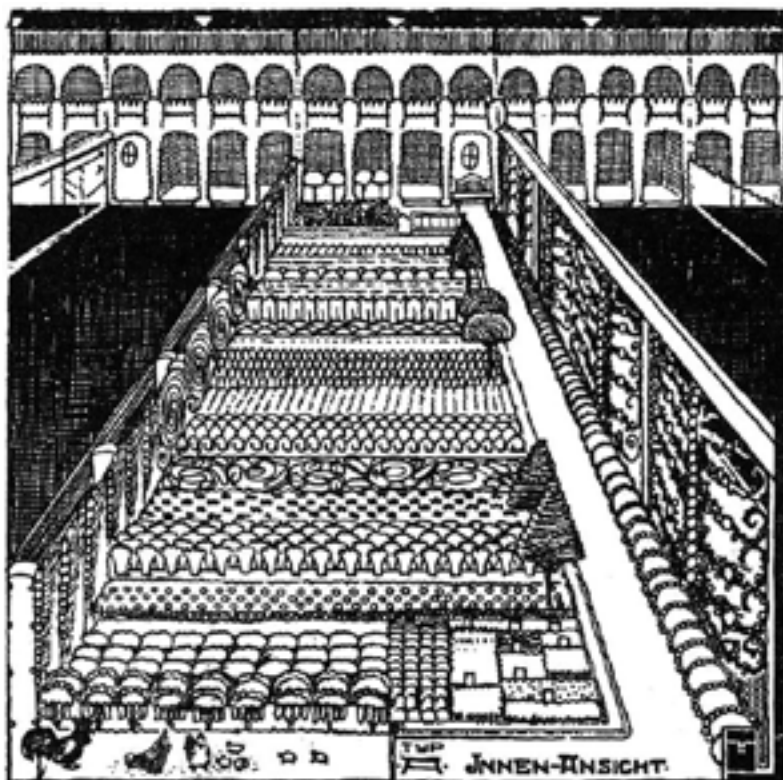


Fig 14. Propuesta de Leberecht Migge para huerto autosuficiente vinculado a viviendas en hilera, 1919. Se puede observar la aplicación de las ideas del movimiento moderno en la organización racional de los cultivos y en los muros protectores.



Fig. 15 Huertos de la siedlung La Herradura, en Berlín, años 30. El arquitecto y planificador es Bruno Taut, y los espacios libres están diseñados por Leberecht Migge. Se aplican las teorías del espacio exterior habitable, racionalización y diversidad de espacios libres. Cada

vivienda cuenta con un huerto.



Fig. 16 Huerto de guerra en Roma, 1942. Los trabajadores organizados por la Obra Nacional del Tiempo Libre, cultivan los jardines situados a lo largo de la Via del Impero (actual Via dei Fori Imperiali). Esta calle, construida durante la dictadura de Mussolini, recorre los foros imperiales uniendo el Coliseo y Plaza Venecia, donde se erige el Altar de la

Patria, visible al fondo de la imagen.



Fig. 17 Integrantes de la Woman's Land Army of America cosechando melocotón. Conocidas durante la gran guerra como *farmerettes*, en referencia a su defensa de los derechos de la mujer.



Fig. 18 San Francisco, febrero de 1943. Tres Girl Scouts aprenden a trasplantar en un Victory Garden. En la segunda guerra mundial toda la población es exhortada a participar en el cultivo de

alimentos.



Fig. 19 Inglaterra, 1942. Tres mujeres durante el periodo de formación en el Instituto de Agricultura de Northampton. La Women's Land Army británica que contaba con 20.000 participantes en la gran guerra, alcanzará las 80.000 en la segunda guerra mundial. Esta experiencia supuso un fértil campo de empoderamiento para mujeres, generalmente de procedencia urbana, que tuvieron la posibilidad de demostrar su capacidad de trabajo y auto-organización fuera

del ámbito doméstico.

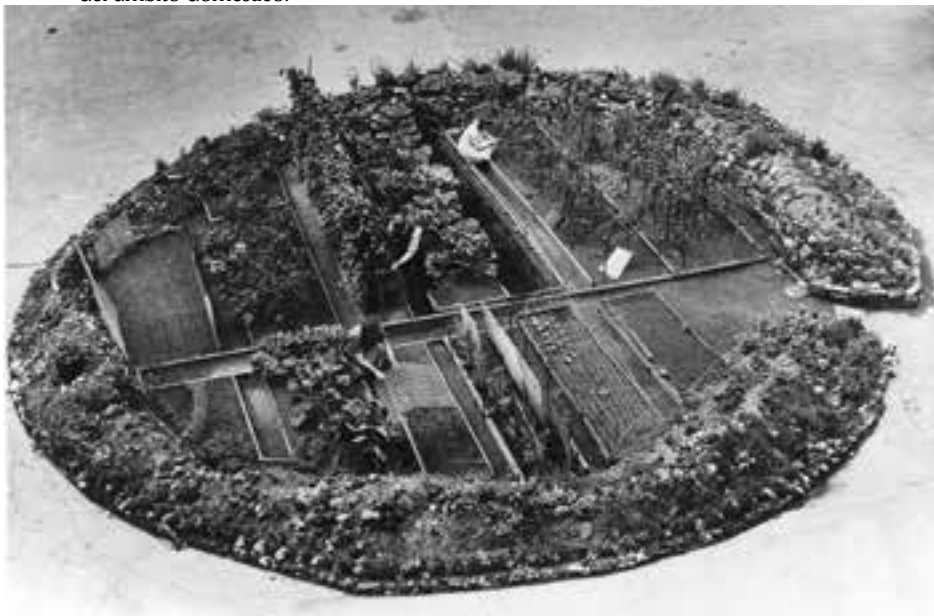


Fig. 20 Huerto de guerra en el patio de la catedral de Westminster, Londres, en la segunda guerra mundial, aprovechando el cráter causado por uno de los bombardeos que sufre la ciudad.



Fig. 21 Berlín, julio de 1946. Durante la segunda guerra mundial y en los años posteriores parte de los jardines del Tiergarten se utilizaron para el cultivo de alimentos. En la imagen se puede ver al fondo el Memorial de los Soldados Soviéticos Caídos, el Reichstag y la Puerta de

Brandenburgo.



Fig. 22 Berlín, 1947. Jóvenes en los cultivos del Tiergarten. Al fondo se observa la Puerta de Brandenburgo y las ruinas de edificios.



Fig. 23 1944. Imagen de la película de propaganda nazi titulada "El Fuehrer da una ciudad a los judíos" en la que se pretende mostrar a la comunidad internacional las buenas condiciones de vida de los judíos. En realidad los internos del campo de concentración de Teresin, cerca

de Praga, que aparecen en la película trabajaban huertos de las SS y no tenían permitido consumir los alimentos.



Fig. 24 Ciudadano americano de ascendencia japonesa cultivando un huerto de autoconsumo en el campo de concentración de Manzanar, California, 1942. Miles de personas fueron recluidas en estos campos cuando Estados Unidos entra en la segunda guerra mundial, y se vieron obligadas a acondicionar entornos hostiles con el fin de hacerlos habitables.



Fig. 25 Huerto en Madrid, durante la guerra civil. Localizado en un solar de la calle Sagasta, este es uno de los huertos que la población madrileña se ve obligada a cultivar para su subsistencia.



Fig. 26 Una de las monedas utilizada en las colectividades agrarias durante la guerra civil.



Fig. 27 Jornada de trabajo en uno de los huertos desarrollados en las Colonias escolares ubicadas en Levante durante la guerra civil. Esta imagen fue utilizada en documentos de propaganda de la II República



Fig. 28 Ocio, educación y trabajo orientado al autoconsumo se confunden en los huertos de las Colonias escolares.



Fig. 29 Niños preparan las cañas para entutorar sus cultivos en las Colonias escolares.



Fig. 30 Nueva York, 1973. Imagen de Lyz Christie, impulsora de Green Guerrilla, en el primer huerto comunitario de la ciudad, tras su fallecimiento el jardín sería bautizado con su nombre en un gesto de homenaje



Fig 31 Manifestación de Time's Up Environmental Organization, por la renovación de acuerdos de cesión de los huertos comunitarios de Nueva York. 2010. Foto: Barbra Ross.



Fig. 32 Nueva York, 1984. Imagen del huerto comunitario diseñado en espiral que Adam Purple construyó en un solar del Lower East Side.



Fig. 33 Huerto del Sol. Huerto simbólico cultivado durante la acampada del 15M en la puerta del Sol, Madrid 2011. El movimiento de los Indignados ha estado unido a la plantación de huertos urbanos también en otros países.



Fig 34 Acampada de Occupy Portland, con su community garden.

que se encargó del diseño de setecientos de espacios de juego para el Ayuntamiento de Amsterdam entre 1947 y 1978. Espacios intersticiales que fueron diseñados de forma minimalista para desarrollar la imaginación y facilitar la apropiación del espacio por parte de la infancia. Areneros, árboles y originales estructuras de columpios colocados de forma creativa en una multitud de rincones de la ciudad permitieron que la infancia y el juego volvieran a ser protagonistas de la vida urbana³²².

Otro de los focos más relevantes se dio en el Reino Unido, donde cansados de ver a la infancia jugando entre ruinas surgieron los conocidos como Adventure Playgrounds. Impulsados por movimientos pacifistas, asociaciones voluntarias y comunidades locales que ayudaban a la infancia a reconstruir solares bombardeados como novedosos espacios de juego donde promover dinámicas educativas y cooperativas. En ellos el diseño recaía sobre niños y niñas que tenían la libertad de construir cabañas o construcciones, usando y reutilizando materiales de las demoliciones (ladrillos, maderas, hierros...). Iniciativas que tuvieron mucho éxito y se convirtieron en referencia para la construcción de espacios de juego durante las décadas siguientes²²³. Espacios de aventura y experimentación, orientados a promover la creatividad y la imaginación, que desafiaron la forma convencional de pensar la reconstrucción de la ciudad, asumiendo que el juego era algo muy serio.

La llegada definitiva a Europa del movimiento social de los huertos comunitarios se produce también a principios de los años setenta, fuertemente influenciado por su expansión en EEUU. La dinámica es similar: un renovado interés por el papel de las zonas verdes en la ciudad impulsado por movimientos contraculturales y ecologistas, junto a una recuperación del protagonismo de los habitantes en la gestión de los problemas de sus barrios y la puesta en marcha de procesos vecinales participativos.

La principal puerta de entrada es el Reino Unido donde, influenciados por Green Guerrillas, se replica la iniciativa de ocupar solares o espacios urbanos vacíos y de mantener fórmulas de presión para conseguir que los municipios ofrezcan alquileres simbólicos para terrenos en los que ubicar los huertos comunitarios. La idea es combinar también espacios productivos de verduras y zonas estanciales con cultivos ornamentales. Los huertos comunitarios, además, desarrollan actividades educativas, como visitas de colegios, programas educativos y campamentos de verano; económicas, como cooperativas de alimentos y, en ocasiones, incluyen instalaciones de juegos infantiles y de deportes al aire libre.

Uno de los espacios más simbólicos fueron los meanwhile gardens (jardines de mientras tanto) de Londres, que comenzó con la recuperación, en 1976, de un solar ubicado entre un canal y una carretera para convertirlo en una zona verde. Sus promotores construyeron en ese espacio un anfiteatro donde se realizan actividades culturales y conciertos musicales, un parque para practicar skate, zonas de juego infantil y bancas para plantar. Uno de ellos afirmaba que «construir un parque/huerto no provoca cambios sociales por sí mismo; pero puede convertirse en el escenario

³²² (Oudenampsen, 2012)

³²³ (Kozolovsky, 2007).

desde dónde estos ocurran»³²⁴. Y parece que «mientras tanto» se ha convertido en un lapso de tiempo muy largo, ya que estos jardines siguen funcionando en la actualidad.

Una de las singularidades de la experiencia en el Reino Unido es el fuerte impulso que reciben las granjas urbanas, desarrolladas a la vez que los huertos comunitarios. Inspiradas en los programas educativos de las granjas infantiles holandesas, además de cultivar vegetales y hortalizas, estos espacios desarrollan la cría de animales y de ganado en espacios urbanos con una función tanto educativa como productiva.

La primera granja urbana se estableció en 1972 en Kentish Town, en el barrio londinense de Camden, para recuperar un espacio ubicado junto a unas vías del tren que se destinó a montar una granja donde poder ordeñar vacas, alimentar cerdos u ovejas, dar paseos a caballo o cultivar un huerto. Un espacio que, en su dimensión educativa, colabora con colegios o administraciones municipales, organizando visitas y actividades para campamentos urbanos. Este espacio tiene el valor de ser el referente en el que se inspiraron otras iniciativas para la creación posterior de las granjas urbanas. En la actualidad, solamente en Londres funcionan 16 granjas urbanas y unos cien huertos comunitarios que pertenecen a la Federation of City Farms and Community Gardens, de escala nacional que, a su vez, participa en la European Federation of City Farms.

Iniciativas similares se extienden rápidamente por toda Europa en países que, de forma generalizada, han mantenido una elevada cultura hortícola y jardinera en las ciudades mediante diversos tipos de huertos urbanos.

Los movimientos sociales y las comunidades locales que dinamizan estas iniciativas expresan mediante estos ejercicios de microubanismo su disconformidad con la ciudad actual y las formas de habitarla. Los huertos comunitarios son espacios en los que conviven las reivindicaciones de sostenibilidad urbana y la mejora de la calidad de vida, con la puesta en marcha de procesos de autogestión a nivel barrial que enfatizan la participación directa y que tratan de infundir determinados valores sociales (ayuda mutua, solidaridad, conciencia medioambiental, interculturalidad), creando espacios donde se materializaba lo que algunos autores han denominado «horticontracultura»³²⁵.

Remover la tierra: aproximaciones a una historia de la agricultura urbana en nuestra geografía

324 (McKay, 2011).

325 (Ibidem: 7)

9 La agricultura en los debates sobre la crisis urbana: ciudad lineal, ciudad jardín y huertos obreros

Las críticas a la ciudad industrial, que había cronificado la pobreza y generado un hábitat marcado por la segregación, el hacinamiento, la contaminación y la insalubridad, así como los debates asociados a este hecho, llegaron a nuestra geografía a finales del siglo XIX, intensificándose a principios del XX. A pesar de que en España los procesos de urbanización e industrialización fueron más tardíos, se reprodujeron las discusiones sobre cual era el futuro de la ciudad industrial y las alternativas que podían ponerse en marcha.

Reformadores sociales, librepensadores, conservadores, grupos de acción católica, empresarios, sindicalistas y revolucionarios adaptaron a nuestro contexto los debates internacionales sobre la contención o expansión urbana, la propiedad de la tierra y la apropiación de las rentas del suelo, la salubridad e higiene de los espacios urbanos, la inserción de la naturaleza en la ciudad, el papel de los medios de transporte o el rol de la industria y la agricultura. Unas discusiones que evidenciaban cómo los distintos modelos urbanos, los nuevos imaginarios o las propuestas políticas y morales implicaban aspiraciones sociales radicalmente diferenciadas.

Durante los debates sobre la forma en la que debía planificarse el futuro de las ciudades, las relaciones entre el campo y la ciudad, la actividad agrícola o el papel de los huertos en la ciudad, eran cuestiones que aparecían de forma recurrente. En España el regeneracionismo y las propuestas de los huertos obreros, el ideario de la ciudad jardín y el urbanismo orgánico, o las propuestas derivadas de la ciudad lineal fueron los principales animadores de discusiones donde las distintas iniciativas se entrecruzaban, solapaban o criticaban de forma abierta.

9.1 Del regeneracionismo a los huertos obreros: entre el colectivismo, la lucha contra la pobreza y la búsqueda de paz social

Y en Jaca aproveché bien la semana que allí estuve, en una información sobre una institución social de gran importancia, por lo que veo en Inglaterra, Francia, etc.: huertos comunales para los pobres, con que se reprime y casi extingue la mendicidad.

J. Costa

El final del siglo XIX supone un periodo de grandes cambios y de efervescencia sociopolítica en España, donde impera una estructura económica con severas desigualdades, con una base predominantemente agraria en la que cada vez van ganando más protagonismo los crecientes focos industriales. En ese contexto, se restaura la monarquía borbónica. La Restauración supone la implantación de un encorsetado y restringido sistema de corte liberal, basado en unos consensos institucionales sobre las grandes políticas entre los partidos moderados y liberales, lo que se traduce en un sistema bipartidista en el que la alternancia en el poder no produce cambios estructurales significativos. Durante este periodo la Iglesia católica vuelve a convertirse en religión de Estado y mantiene una fuerte influencia social, al tiempo que comienzan a despuntar las primeras ideas socialistas y libertarias.

En medio de ese enrarecido clima se desarrolla el regeneracionismo, un heterogéneo ideario, que de manos de una burguesía media disconforme, promoverá una crítica hacia la praxis política de la Restauración. Esta oposición, en la que se entremezclan componentes utópicos, tradicionalistas, regionalistas, laicistas o de defensa de la libertad de cátedra, como los vinculados a la Institución Libre de Enseñanza, promulga un reformismo modernizador que permita ensanchar las bases sociales del Estado liberal incluyendo a las masas populares³²⁶. Un reformismo social práctico y apegado a la realidad como fórmula para evitar la creciente desigualdad y el radicalismo político que esta conllevaba.

El colectivismo agrario de Joaquín Costa

Entre las figuras destacadas de este movimiento encontramos a Joaquín Costa, un pensador anómalo por su vocación agrarista, su amplia formación en temáticas diversas como la agricultura, el derecho, la filosofía, la literatura, la etnología... y su apuesta política por construir un tercer espacio que no fuese ni el liberalismo de mercado, ni el socialismo. Una singular apuesta que se condensa simbólicamente en su influyente obra *Colectivismo agrario*, escrita en 1898. Un libro en el que, de forma erudita, se realiza una historiografía de las instituciones de economía popular que habían gestionado colectivamente recursos naturales estratégicos en el campo

326 (Garayo, 1998)

español durante los siglos precedentes.

Costa reivindica las instituciones y los mecanismos de gestión comunales, que habían conseguido mantener la cohesión social y evitar el pauperismo en las sociedades campesinas. En sus páginas aparecen las cofradías o hermandades de tierras, ganaderos y labradores; las comunidades de regantes, los usos comunes de pastos o bosques y experiencias de explotación común de tierras y zonas pesqueras. Además presenta innovadores mecanismos como los repartos periódicos de tierras de cultivo a hombres libres, las formas en que se regulaba el espiguelo o la recolección de frutos espontáneos, la plantación de árboles frutales privados en suelos comunes baldíos, los seguros mutuos de ganado, los dominios colectivos con sorteos periódicos o los arrendamientos municipales de lagunas, pastos y tierras.

Infravalorados por una sociedad que empezaba a dar la espalda al campo y erosionados por las desamortizaciones civiles, esta pluralidad de mecanismos iban desapareciendo. *Colectivismo agrario* es una forma de visibilizarlos, de darles valor y de reivindicarlos como referentes para la transformación sociopolítica que necesitaba España. Los bienes comunes habían sido estratégicos para mantener sociedades donde el pauperismo no existía, convirtiéndose en la principal inspiración de Costa para conjugar sus principios liberales con el colectivismo agrario y el autogobierno municipal.

Algunos autores de la sociología crítica, como Alfonso Ortí, o de la agroecología, como Eduardo Sevilla Guzmán, consideran a Joaquín Costa como el precursor de los estudios campesinos y como referente de un liberalismo social municipalista, que finalmente no lograría consolidarse. Encontrando muchas resonancias entre *Colectivismo agrario* y *El apoyo mutuo* de Kropotkin, ya que ambos acuden a la tradición del campesinado en su búsqueda de la autenticidad del pueblo, a la sencillez nostálgica de sus estilos de vida frente a la industrialización, a la reivindicación de las instituciones socioeconómicas comunales que cohesionaban sus sociedades, así como a las costumbres populares como fuente de derecho donde apoyar sus tesis³²⁷. Una novedosa apuesta por un modelo de desarrollo procampesino donde la modernización no supusiera la pérdida de los valores colectivos y los estilos de vida tradicionales. Costa planteaba una nueva política agraria que evitara migraciones masivas de campesinos empobrecidos y proletarizados, y que permitiera una reforma desde el campesinado que «había sido despojado de la propiedad comunal mediante la desamortización civil, había sido marginado por la centralidad urbana y había sido explotado por la obtención de rentas»³²⁸.

Se trataba de una propuesta vertebrada en torno a la estatalización y municipalización de la tierra para garantizar su acceso a los productores, en la que el papel regulador del Estado fuera redistribuir la riqueza, manteniendo el respeto a la propiedad privada subordinada al interés general y a las instituciones socioeconómicas surgidas de la cooperación social. Más allá de los mecanismos de gestión de los bienes comunes, Costa también rescataba otras prácticas populares que

327 (Dueñas, 1999)

328 (Garayo, 1998: 144)

servían para mantener la identidad y la cohesión de las sociedades campesinas.

[...] Entre estas destaca la hacendera, con la que se hacían y mantenían las infraestructuras y obras públicas; la vecera o guarda del ganado vecinal por turno; el cultivo en común de determinados espacios comunales para atender a los gastos colectivos e incluso para repartir una parte del producto, o todo él, entre las familias de la aldea; el filandón que era un hilar conjunto, con gran jolgorio de narraciones, canto, recitado y juego de enamorados; la requisa de ancianos como procedimiento para atender entre todos a las personas mayores que lo necesitaran; o el trabajo comunal en el monte³²⁹.

Este discurso popular y procampesino, en el que el liberalismo casi se da la mano con el anarquismo, resultaba un ideario difícil de encorsetar en las distintas corrientes políticas de su tiempo. La anomalía del pensamiento de Joaquín Costa hacía que su figura resultara embarazosa para el conjunto de las ideologías en pugna. Una incomodidad que, con el paso del tiempo, se fue diluyendo hasta que su legado fue reivindicado por liberales, republicanos, socialistas y anarquistas.

A todo lo anterior, habría que añadir que Costa fue el principal divulgador en nuestra geografía de las experiencias de los huertos obreros franceses, de los *allotments* en Inglaterra o los *allmend* en Suecia. Estas nuevas instituciones socioeconómicas que facilitaban y promovían el acceso a tierras de cultivo para las clases populares fueron concebidas para luchar de forma no asistencialista contra la pobreza y como forma de prevenir la influencia creciente de las ideas socialistas. Además, diversos autores las consideraron sucesoras o herederas naturales de las tradicionales prácticas de colectivismo agrario, por lo que no es de extrañar que fuesen iniciativas con las que Costa simpatizara.

Experiencias de huertos obreros

En 1898 encontramos en el manifiesto de la Cámara Agrícola del Alto Aragón la primera referencia a los huertos comunales, un modelo que Joaquín Costa defenderá en 1899 en la *Revista Nacional*, publicación que dirigía. Costa adapta las propuestas de los huertos obreros para los municipios donde haya jornaleros sin tierra, de forma que puedan garantizar su subsistencia y mejorar su entorno familiar. En su artículo, Costa presenta la experiencia inglesa como forma de acabar con la mendicidad mediante el acceso a pequeñas tierras cultivables, una fórmula que además mejora la convivencia familiar, fomenta la cultura del trabajo y los conocimientos agronómicos³³⁰. Años más adelante, en la misma revista, encontraremos la primera reseña del libro de Louis Riviére, *La tierra y el taller. Huertos obreros*, recién editado en Francia, una referencia que se aprovecha para presentar la obra social de los huertos obreros

329 (Mora, 2010: 116)

330 (Costa, 1899)

franceses y belgas³³¹, y para relatar la intervención del propio Riviére en un congreso de la democracia cristiana sobre huertos obreros.

Costa, desde la presidencia de la Cámara Agrícola de Barbastro, se convierte en el principal divulgador de las diversas fórmulas que se dan en Europa de acceso a la tierra para las clases populares, a través de la publicación de artículos en prensa y en revistas especializadas³³². Su discurso, sin embargo, no tuvo demasiado eco entre los sectores obreros de la población, conectando principalmente con la democracia cristiana y los perfiles más sociales del liberalismo.

El goteo de noticias³³³ y referencias a los huertos obreros se amplía en 1904 con la traducción al castellano del libro de Riviére³³⁴, en el que en el apartado español se hace referencia a las investigaciones sobre colectivismo agrario de Costa. Además, en 1912 se publica la obra póstuma de Costa *La tierra y la cuestión social*, donde continúa difundiendo las propuestas de los huertos comunales y poniendo como referencia el caso de las Suertes del Boalar de Jaca.

[...] En 1783, por iniciativa de la Sociedad Económica de Amigos del País, de Jaca, los patronos de la memoria pía llamada de Caridades, cedieron á la ciudad, en usufructo perpetuo, la parte baja del monte Boalar, con objeto de que se diese en usufructo vitalicio, dividida en suertes, al vecindario, para el establecimiento de prados naturales y artificiales, que permitieran desarrollar la cría de ganados. Posteriormente, en una fecha que no consta, la pradería convirtióse en huerta; y así se ha llegado al régimen actual [...].

Para tener derecho á suerte, según la práctica actual, que continúa los estatutos antiguos de la pradería, se requieren estas dos condiciones: ser natural de la ciudad, ó viuda de un natural, ó forastero casado con hija de Jaca; y además, pertenecer á la clase más necesitada, no pagando contribución directa por ningún concepto. Las viudas tienen derecho á suerte en los mismos casos que los varones. El disfrute es vitalicio. [...] Resultado de este régimen de propiedad colectiva, no obstante obrar en tan reducido límite: en Jaca no se conoce la mendicidad. Algunos piden limosna, pero son forasteros. La taberna no es, como en otras partes, una institución floreciente, porque las suertes absorben el tiempo que les queda libre á los jornaleros, incluso, desgraciadamente, muchos de los domingos. De ellas me decían: «Son el pan del pobre»³³⁵.

La propuesta de realizar alguna política de huertos obreros va ganando espacio en la esfera pública, pero nunca dejará de ser algo residual debido a que sus

331 (Montan, 1899)

332 Ver los artículos de Joaquín Costa Cartas y Posito El Progreso Agrícola y Pecuario. Nº 375 de 1904 y El huerto y el taller. Revista Nuestro Tiempo nº 147 de 1911. En el primero reflexiona sobre las leyes inglesas del allotment y los huertos obreros como interesantes iniciativas para aplicar, en el segundo escribe una extensa reseña del libro de Riviére como ejemplo a seguir.

333 Diario La Vanguardia 18 de enero 1911.

334 (Riviére, 1904)

335 (Costa, 1912: 94)

discursos moralizantes no conectarán con las experiencias cotidianas de un pujante movimiento obrero con mayores aspiraciones de transformación social.

La Administración pública, recogiendo la iniciativa privada de asociaciones de caridad que en otros países europeos construían viviendas para pobres con un afán higienista, se implica en el fomento y construcción de casas baratas para la población obrera. La primera ley, promulgada en 1911, impulsa la idea de vincular los huertos a las viviendas, siguiendo los patrones franceses. Las tipologías de casas baratas serán distintas según la localización de las barriadas: desde las más rurales o periféricas, de casas bajas, a las más urbanas, en altura, aunque en estas últimas no se prevé el huerto como complemento de la vivienda, tal como explicitan las bases para el proyecto de ley:

[...] En las grandes poblaciones no será posible casa con huerto de cultivo y establo; empero la solución allí dependerá, la solución de la vida, se entiende, de la organización de huertos foráneos, para lo cual se requiere facilidad y baratura de comunicaciones. Fuera de esto, conviene fomentar para los agricultores y para los mismos obreros fabriles la erección de casas con establo y huerto de cultivo³³⁶.

Sin embargo, en la mayor parte del país las realizaciones efectivas fueron muy pocas, principalmente por falta de inversión por parte de las cajas de ahorros³³⁷. Frente a otros países, como Inglaterra, con cerca de un millón y medio de viviendas obreras construidas entre 1919 y 1929, las cifras españolas parecen muy escasas. En Madrid se construirían cerca de 4.000 viviendas, en Barcelona unas 3.000 y en Vizcaya poco más de 1.500. Esta última provincia contó con el apoyo de la Administración provincial, de las cajas de ahorros y, como agente clave, de las cooperativas obreras de la construcción, que generalmente se mantenían al margen tanto del encuadramiento político como de los fines religiosos. En Bilbao, en especial en la zona de Baracaldo, se construyeron pequeñas barriadas de una media de 30 viviendas, cuyo diseño incluía habitualmente casas unifamiliares con un huerto ubicado en la parte trasera³³⁸.

Por aquellas fechas en Cataluña el empresariado industrial y ciertos sectores del catalanismo también promovieron la idea del acceso a tierras cultivables para obreros vinculadas a las viviendas baratas, la popular *caseta i l'hortet*³³⁹. Un imaginario que condicionó el planeamiento urbano de Barcelona, respondiendo a los recelos que tenía el catalanismo ante el desarrollo de una metrópolis obrera como resultado del industrialismo. Sorprendentemente, este discurso encontró cierta complicidad en los grupos anarquistas partidarios de una vida más comunitaria y rural.

Este romanticismo de la *caseta i l'hortet* encubría en muchas ocasiones una percepción de la figura de los hortelanos como promotores urbanos no intencionales. En la prensa era común encontrar artículos que aplaudían la iniciativa privada de los hortelanos, que comenzaban comprando parcelas en barrios periféricos para instalar huertos, posteriormente construían barracas y, gracias a su actividad,

336 (Instituto de Reformas Sociales, 1910: 7)

337 (Castrillo, 2003)

338 (Hernández, 2004)

339 (Masjuan, 2000)

revalorizaban los terrenos, que eran reparcelados y con el paso del tiempo daban lugar a nuevos barrios. A veces, los huertos periféricos servían, por tanto, como una punta de lanza no palpable para la expansión de la ciudad.

[...]Unos cuantos obreros, algunos habitantes de Pueblo Nuevo, escogieron dicho sitio para desarrollar sus particulares iniciativas, y después que cada uno censó una extensión de terreno, después que lo cercó con alambres, que lo cultivó empleando tan sólo pocas horas cada semana, tuvo necesidad de levantar una glorieta, con la glorieta vino una barraca, en donde se pasaba la noche del día festivo, y de la barraca vino la casita, el chalet rodeado de huerto, el pozo, la urbanización, desmontes, caminos, etc. Como cada obrero había tornado á censo gran extensión de terreno y sólo necesitaba una parte, cedía la otra y la vendía, lo que permitía redimir el censo y hasta levantar paredes y construir habitaciones. Todo ello llevado con el mayor entusiasmo, venciendo toda clase de dificultades y no contando con nada más que con su sólo esfuerzo personal. Hoy día puede verse lo que la barriada del Carmelo representa³⁴⁰.

Entre la indiferencia y las reticencias del movimiento obrero hacia las propuestas formales de los huertos, el discurso se fue moralizando y escorando hacia posturas más conservadoras, que enfatizaban su valor como herramienta de disciplinamiento y de reducción de la conflictividad social. Una de las primeras iniciativas en este sentido son los proyectos planteados de forma cooperativa por los sindicatos agrarios católicos de Salamanca en 1916³⁴¹, que impulsaban este tipo de huertos obreros. Esta tendencia se intensifica con la aprobación, en 1919, de la jornada de ocho horas, que va a requerir controlar y tratar de reorientar el ocio de los obreros alejándolos de las tabernas, donde confluían los peligros del consumo de alcohol y especialmente de la sociabilidad obrera. La taberna fue descrita por las élites políticas y religiosas como un espacio de vicio, inmoralidad, peligrosidad... ocultando el hecho de que eran un espacio multifuncional privilegiado por su hermetismo al poder, para la organización obrera (reuniones clandestinas, mítines, difusión de prensa...) y la cultura popular (tertulias, música, teatro...)³⁴².

En este contexto el Ayuntamiento de Barcelona estudia la implantación de un proyecto de huertos obreros, de la mano del arquitecto y director municipal de parques y jardines M. Rubió i Tudurí. En un artículo escrito en el diario *El Sol* este narra la historia de los huertos obreros franceses y belgas, describe el papel que jugaron los cientos de miles de *allotments* ingleses durante la gran guerra y propone la reproducción de iniciativas similares en la ciudad condal, presentando la original propuesta del Parque de Huertos Obreros.

[...] La ciudad de Barcelona, industrial por excelencia, no podrá prescindir,

en lo venidero, de este elemento de urbanización, y por esto hay que considerar como evidente, que serán reservadas, dentro de la urbe del mañana, grandes porciones de tierra para parques de cultivo. En estos no hay necesidad de excluir ni el trazado bien ordenado, ni la decoración sabia, ni árboles o flores; en un parque de huertos podrá el público discurrir libremente por avenidas y plazas. Pero la masa del parque estará destinada al cultivo por particulares³⁴³.

Los cultivadores deberían pagar una renta al Ayuntamiento por la parcela, de manera que la financiación y el mantenimiento del parque no representarían un gasto para el presupuesto municipal. Este proyecto nunca se llegó a ejecutar ya que, como el propio autor anticipaba en el artículo, el peso de las rentas especulativas del suelo, la falta de legislación y de una voluntad política favorables solo presentaban dificultades a iniciativas innovadoras como esta.

Una de las experiencias de la época sobre la que hay más referencias es la del barrio de La Satalia, en la barcelonesa falda de Montjuich, donde un propietario arrendaba tierra a bajos precios para que los obreros la cultivaran. La prensa exaltó la iniciativa popular y la reivindicó como una sana costumbre que, además, favorecería la disminución de la conflictividad social con el movimiento obrero al facilitar a las familias trabajadoras una forma de ocio que derivaría en un estilo de vida distinto. En los artículos se reclama la puesta en marcha de políticas públicas que regulen y potencien este tipo de iniciativas:

[...] Entre las diferentes fórmulas más o menos cabalísticas ideadas por el Estado y las Corporaciones públicas para alcanzar la tan anhelada paz social, ninguna tan a propósito y tan en consonancia con los gustos y las necesidades de los obreros industriales como los huertos para obreros.

Con la jornada de ocho horas de trabajo, en muchas épocas del año, podría destinar un rato por la mañana, y otro por la tarde a cuidar su huerto. Aire libre, luz y sol, que tanto recomiendan los higienistas y que tanto necesita el que se pasa el día en el taller.

Siempre tenemos la manía de copiar lo que se hace en el extranjero... en cambio tenemos sanas costumbres, que reguladas y fomentadas con el mínimo esfuerzo aportarían la máxima tranquilidad. El obrero, por más que se diga, conserva gustos sanos, que de poderlos saciar, le proporcionarían más tranquilidad de espíritu, más ingresos y más salud.

Barcelona con su gran población obrera, con sus alrededores frondosos y productivos, con sus medios de comunicación, tendría que organizar estos huertos. Aquí ya lo conocemos, aquí ya lo sentimos, aquí ya lo practicamos, si bien que todo lo hace la iniciativa particular. Organicémoslo poniendo al frente a las grandes corporaciones, porque sino el día menos pensado, algún innovador descubrirá la obra de Madame Hervieu en Sedan, y nos la propondrá como la última palabra de la civilización³⁴⁴.

340 Diario La Vanguardia 27 de Abril de 1910.

341 Semanario El Progreso Agrícola y Pecuario. Nº 956. 1910. Madrid.

342 (Uría, 2003)

343 Diario El Sol 15 de Junio de 1919.

344 Diario La Vanguardia 9 de diciembre de 1921.

Ante la aprobación de la jornada de ocho horas, el discurso moralizante se va haciendo hegemónico en la prensa. El diario *ABC* presenta la experiencia de los huertos obreros franceses como un ejemplo a seguir:

[...] Dondequiera que, como en España acontece, se ha establecido la jornada legal de 8 horas de trabajo, disponen los obreros de un amplio margen de tiempo que pocos utilizan para el aumento de su cultura o para mejorar material o moralmente las condiciones de vida de sus familias [...]. Ni los patronos, ni el Estado se han preocupado de esta vertiente del problema social, que, sin embargo, es de gran importancia y trascendencia social. Si contra las perniciosas solicitudes de la taberna o el garito se ofrecieran a los obreros otros dignos y apetecibles incentivos, muchos de ellos los acogerían de buen grado³⁴⁵.

El artículo hace referencia al centenar de huertos para trabajadores promovidos en la fábrica de jabones La Providencia, de San Sebastián, una de las escasas iniciativas que llegaron a funcionar en el País Vasco y que, a partir de 1919, también fueron defendidas por el empresariado vasco como fórmula para reducir la conflictividad social³⁴⁶. La promoción de los huertos obreros realizada por la prensa convencional, sin embargo, no logra conseguir que se implementen de forma significativa políticas públicas activas.

En Madrid asistimos a las críticas dirigidas al arquitecto municipal que no había contado con el jardinero municipal para diseñar un parque junto a la degradada zona del río Manzanares. Espacio que «ha sido incapacitado para todo: para lavadero, balneario, decoración, calle» y cuyas orillas son reclamadas para acoger un proyecto municipal de huertos obreros:

[...]Estos huertos obreros representan una admirable obra social. Son algo muy necesario en España, y singularmente en Madrid. Son la escuela viva de la necesidad de aprovechar, de utilizar todas las energías productoras que hay en una familia; el obrero que estuvo encerrado ocho horas en el taller o la fábrica, respirando una atmósfera enrarecida, y los hijos que estuvieron en idénticas condiciones en la escuela, y la mujer que dedicó igual tiempo al cuidado del hogar, pueden hacer fecundas las horas aprovechables de cada día, así como las ociosas del domingo, en el cultivo de un lote de terreno³⁴⁷.

Aunque no se desarrollaron políticas públicas de huertos obreros, la vertiente privada de este asistencialismo moralizador se materializó en las colonias mineras e industriales impulsadas por el paternalismo industrial. Desde finales del XIX, al igual que en las *company towns* europeas, fábrica, vivienda y servicios colectivos como economatos, escuelas y huertos se organizaban como núcleos autónomos en áreas adecuadas al desarrollo industrial, generalmente próximas a cursos fluviales.

En Cataluña, colonias textiles como la Colonia Vidal (1901), o mineras como la de Sant Corneli (1918), incorporaban en su diseño huertos adosados a las viviendas o en el borde de las colonias³⁴⁸, al igual que en otras partes de la península, como Guadalajara en la colonia de la fábrica de cementos El León:

[...] Entre los servicios más comunes que proveía la empresa, sobre todo para población proveniente de entornos rurales, se hallaba la dotación de una huerta a cada familia. Lo cual, como sabemos, permitía reducir los salarios, que el obrero mixto empleara su tiempo libre en actividades saludables y edificantes, y generar en él un sentimiento de propiedad favorable a su fijación a la colonia³⁴⁹.

Esta práctica es compartida también por las compañías privadas que desarrollaban el ferrocarril y construían colonias ferroviarias, por necesidades de mantenimiento de la red, en cruces de líneas y parajes despoblados. Estas colonias incluían tipologías de vivienda con huerto y algunas compañías permitían, además, la cría de animales³⁵⁰.

[...] La compañía MZA [Madrid, Zaragoza, Aragón] desarrollará un tipo de vivienda en hilera, adosada y de una sola planta, con una fachada sencilla de puerta y ventana y un patio con zona para huerta en la parte trasera, que se puede encontrar en todos los poblados de esta compañía³⁵¹.

El movimiento obrero de influencia socialista y libertaria nunca llegó a identificarse con este discurso sobre los huertos obreros, de manera que, con el paso del tiempo, terminó siendo monopolizado por la derecha. En 1933, la propuesta es incluida en el apartado de Defensa del Hogar Obrero del programa electoral de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) y acabará formando parte de las reivindicaciones del fascismo español:

[...] Mediante la implantación del salario familiar y la intensificación de los seguros sociales. Impidiendo abusos en el trabajo de mujeres y niños. Fomentando las pequeñas industrias del hogar. Fomentando la construcción de casas baratas e higiénicas, huertos obreros, etcétera.

345 Diario *ABC* 9 de Mayo de 1923.

346 (Chalbaud, 1919)

347 Diario *El Sol* 3 de Diciembre de 1925.

348 (Franquesa, 2008)

349 (López Calle, 2004: 423)

350 (Jiménez y Polo, 2001)

351 (Cuéllar et al, 2005: 58)

9.2 La agricultura urbana en la ciudad jardín y el anarquismo ibérico

La degeneración física del pueblo ha alcanzado límites que, de conocerse con exactitud, harían estremecerse al más indiferente. No hay duda de que una gran parte de las causas que a ello conducen puede derivarse más o menos directamente de las malas condiciones de los crecientes núcleos urbanos, que rápidamente absorben todas las reservas vitales de la población campesina; lo cual es tanto más lamentable cuanto que la relativamente ligera concentración urbana de nuestro país, solo parcialmente industrializado, permitiría un fácil remedio a tal desgracia, con solo encauzar el desarrollo de las ciudades de un modo más racional, permitiendo en algún modo combinar las ventajas de la vida cívica con las de la campestre.

Editorial del primer número de la revista *Civitas*.

Los ecos de la propuesta de la ciudad jardín de Howard llegan a nuestra geografía por Cataluña de la mano del Museo Social de Barcelona, institución que promueve el conocimiento científico y las innovaciones sociales a través de una biblioteca, exposiciones, conferencias y cursos. La entidad fue impulsada por reformistas sociales y miembros de la Administración a fin de generar ideas y propuestas para modernizar y racionalizar la gestión pública y facilitar el acceso de las clases populares a la cultura.

La Sociedad Cívica Ciudad Jardín

Una persona clave en este proceso fue el archivero-bibliotecario del Museo Social, Cebrià Montoliu, implicado desde hacía años en la promoción cultural de las clases populares y en la difusión del emergente cooperativismo. Uno de sus cometidos profesionales consistía en ir a conocer museos similares y programar las actividades públicas. En mayo de 1910 visita la Exposición Universal de Construcción Cívica de Berlín, donde conoce la propuesta de la ciudad jardín. A su vuelta, se convierte en el principal divulgador de esas ideas en Cataluña a través de conferencias y de la redacción de textos como *Las modernas ciudades y sus problemas*³⁵². En 1912 da un paso adelante y crea, bajo la tutela del Museo Social, la Sociedad Cívica Ciudad Jardín (SCCJ).

Barcelona era en aquellos momentos la ciudad más industrializada de España. Compartía con las grandes ciudades los problemas de salubridad, higiene y carencia de espacios verdes, pero presentaba un mayor peso demográfico, una elevada presión migratoria campo-ciudad y activas dinámicas de expansión urbana que obligaron a anexionar municipios limítrofes que constantemente habían reivindicado su autonomía municipal³⁵³. Esta situación explica la especial receptividad que encontraron las reflexiones de Howard, traducidas por Montoliu a la realidad catalana, entre los sectores populares organizados de la ciudadanía.

352 Texto reproducido en el monográfico de la Revista Ciudades nº6 en 2000, editada por el Instituto de Urbanística de Valladolid.

353 Nos orientamos por el exhaustivo y recomendable trabajo (Masjuan, 2000)

Frente a otras interpretaciones más parciales y sesgadas, Montoliu era un activo defensor de las concepciones más integrales de la ciudad jardín, sintetizadas en la creación de nuevas ciudades autónomas que cumplieran los criterios del dominio público de la tierra para evitar la especulación, basadas en un planeamiento territorial adecuado y científico que limitara la densidad y el crecimiento mediante la implantación de anillos verdes o agrícolas, localizando industrias y actividad agraria, preferiblemente bajo la fórmula cooperativa³⁵⁴. Su intenso activismo y la crítica hacia los suburbios ajardinados como proyectos capaces de desvirtuar la propuesta original le llevan a ser nombrado miembro del comité ejecutivo de la Asociación Internacional de Ciudades Jardín en 1914.

Una de las actividades más relevantes de la SCCJ fue la puesta en marcha, en 1914, de la revista *Civitas*, referencia del urbanismo social dedicado a reflexionar sobre la planificación y la construcción de las ciudades desde el ideario de la ciudad jardín, la difusión de iniciativas relevantes a nivel internacional, la puesta en valor de la ciudad histórica, la preocupación por la vivienda obrera y las casas baratas, el municipalismo, el cooperativismo y la inserción de la naturaleza en la ciudad. Esta diversidad de temáticas muestra cómo en torno a este movimiento se articulaba una interesante pluralidad de sensibilidades y reflexiones sobre lo urbano, que no siempre mantenían una coherencia teórica en sus planteamientos³⁵⁵.

En estos primeros años, el poder de seducción de las ideas de la ciudad jardín era enorme y atrajo a una diversidad creciente de personas que iban desde el reformismo social al higienismo, pasando por el anarquismo. Montoliu resumía así esta pluralidad de motivaciones y sensibilidades.

[...]Cuestión estética, cuestión económica, cuestión educativa, según sea la posición del observador, cada una tomará sobre las demás capital importancia y así se explica que unos vean en el movimiento más bien un sistema de urbanización, mientras que otros hallan en él, sobre todo, un método de descentralización ciudadana y reintegración migratoria en el campo, mientras que otros lo consideran principalmente bajo el aspecto de la organización del trabajo, otros se fijan en sus principios de cooperación integral y de socialización de la propiedad inmueble... Pero después de lo dicho no hay que insistir en que la CIUDAD JARDIN es cada una de estas cosas y todas ellas a la vez, concebidas, planteadas y realizadas con una trabazón y una unidad superior esencialmente orgánicas³⁵⁶.

La propuesta de la ciudad jardín incorporaba las reflexiones del planeamiento regional de Patrick Geddes, que planteaba que era necesaria una investigación y una ordenación territorial que fueran más allá de la propia ciudad, de forma que esta pudiera relacionarse con los recursos naturales accesibles en su región y que estos condicionaran su diseño. Una tarea que debía ser multidisciplinar para que

354 (Ibídem, 2000)

355 (Castrillo 2001)

356 (Montoliu, 1912: 29)

fuese integral, de forma que sociología, demografía, arquitectura y geografía debían conjugarse para dar forma al territorio. El ideario de la ciudad jardín evita tratar de forma aislada los problemas urbanos (ensanches, casas baratas, colonización interior...), ya que «sin tener en cuenta que la mayor parte de los problemas de urbanización, habitación, higiene, emigración, industria y agricultura se tocan tan íntimamente que no es lícito tratarlos del todo a parte, si se quiere dar solución a cada uno de ellos»³⁵⁷.

Esto lleva a que la actividad industrial y la agricultura sean indisociables en la propuesta de la ciudad jardín, al promover espacios urbanos autónomos y, en gran medida, autosuficientes. Montoliu lo describía al afirmar que «el objetivo de la Ciudad Jardín es una colonización interior basada en la descentralización de la industria y su traslación al campo a fin de hacer más sana y más barata la vida urbana, beneficiándose además de la agricultura vecina con las ventajas sociales de la ciudad y las mayores facilidades para la venta de sus productos»³⁵⁸.

La ciudad jardín pone el énfasis en una concepción de la agricultura según la cual las tierras productivas periurbanas son la base para autoabastecer las ciudades. La defensa de esta agricultura de proximidad, que posibilitaba una reconciliación de la ciudad con el campo, encuentra en la protección de los anillos agrarios una fórmula para frenar la expansión metropolitana de Barcelona. En su afán por promover un reequilibrio territorial en 1915 la SCCJ apoyará las propuestas de descentralización y desanexión de los municipios incorporados a la ciudad³⁵⁹.

El paso del tiempo hace que las ideas de la ciudad jardín, como construcción de una ciudad limitada, autónoma socioeconómicamente y reconciliada con el campo, se vayan distorsionando. Montoliu se resiste a la reorientación que sufren tanto la actividad de la revista *Civitas* como la SCCJ, que derivaba hacia la promoción de los suburbios ajardinados, desplazando las reflexiones sobre la dimensión pública y colectiva de la ciudad para dejar paso a los intereses particulares de los propietarios de suelo.

Montoliu plantea una última batalla en 1919 al ayudar a impulsar una sección de la ciudad jardín en Madrid, entre cuyos proyectos se encuentran las ciudades jardín para obreros de los municipios de Aravaca, Pozuelo y Las Rozas³⁶⁰ que, a pesar de las expectativas de Montoliu, que quiso frenar así la deriva que estaba sufriendo la SCCJ, no llegaron a materializarse, lo que le obligó a presentar la dimisión de todos sus cargos a final de año.

La revista *Civitas* continuó centrando su contenido en la vivienda y en un reformismo orientado al reverdecimiento urbano mediante la protección de bosques y la construcción de parques, plazas, zonas de juego infantil, e incluso de huertos obreros. La experiencia de los huertos populares de La Satalia también fue recogida en sus páginas como ejemplo de iniciativa inspiradora³⁶¹.

357 (Ibidem: 31)

358 (Ibidem: 34)

359 (Masjuan, 2000)

360 (Ibidem.)

361 (Sociedad Cívica Ciudad Jardín, 1921)

La desaparición de la SCCJ, que durante más de quince años trató de promover la transformación urbana mediante la sensibilización de los organismos públicos y privados, permitió que el movimiento libertario recogiera el testigo de un discurso con el que siempre había simpatizado para darle una orientación revolucionaria.

Ecologismo popular: Iniciativas anarquistas/libertarias

El urbanismo anarquista es heredero de los geógrafos libertarios que inspiraron las propuestas de la ciudad jardín (Reclus, Kropotkin, Geddes...) ³⁶² y convive temporalmente con un activo movimiento de ecologismo popular vinculado al anarquismo, formado por grupos naturistas y excursionistas, neomalthusianos por la procreación consciente y ateneos y escuelas racionalistas donde se enseñan ciencias naturales a las clases populares³⁶³.

Durante los años treinta el urbanismo anarquista tomará el relevo a la hora de denunciar las externalidades negativas de la ciudad industrial: pérdida de tiempo en desplazamientos pendulares, contaminación, viviendas insalubres, distanciamiento material y simbólico del campo... El anarquismo identifica los intereses especulativos y el poder de los propietarios de suelo como cuestiones clave que impidieron el desarrollo de la ciudad jardín y reivindica la necesidad de colectivizar el suelo para hacer efectivo cualquier proceso de urbanización alternativa.

«...Los urbanistas ideólogos, puestos a buscar lo mejor han pensado en la Ciudad Jardín. Ellos en general no son anarquistas. Pequeños burgueses, arquitectos, ingenieros e higienistas que anhelen perfeccionar la vida ciudadana. Y no caen en la cuenta de que solo nosotros con nuestro nuevo régimen (el comunismo libertario basado en el municipio libre) somos capaces de dar realidad a sus sueños. La ideología de los amantes de la ciudad jardín debemos hacerla nuestra»³⁶⁴.

El anarquismo compagina la defensa de un urbanismo alternativo al tiempo que lucha por dignificar la actividad agrícola y sus tradiciones, muchas de las cuales, ridiculizadas por el capitalismo, se reconocen en las descritas por Costa en *Colektivismo agrario*. La denuncia de las condiciones de vida que impulsan el abandono del campo lleva a los anarquistas a afirmar que Barcelona es una *ciudad rural* en lo social debido al elevado porcentaje de gente que ha llegado del campo y «ha ruralizado Barcelona hasta el punto de que hay en ella más campesinos que en cualquier zona agrícola catalana o comarca superpoblada»³⁶⁵.

La puesta en valor del campesinado ha sido una constante en el anarquismo ibérico, y la alianza que propone con el movimiento obrero es una metáfora de la reconciliación entre campo y ciudad. El municipio libre, como célula emancipada y federable, es la base de la organización social libertaria. Y su apuesta política un

362 (Oyón, 2012)

363 (Roselló, 2003)

364 (Martínez Rizo, 1935: 11)

365 (Alaiz, 1935: 134)

municipalismo basado en estructuras comunitarias y cooperativas, que se orientaran hacia la autonomía y la descentralización. Un modelo de ciudad que posibilitará la descongestión urbana, la simbiosis agroindustrial y el estudio biorregional como principales claves de la ciudad futura.

Las reflexiones más elaboradas del anarquismo ibérico corresponden al ingeniero y maestro anarquista Martínez Rizo, que aborda la contaminación urbana y la contaminación agrícola y describe la vivienda base de la ciudad-campo, ideas que recogerá en un folleto editado en 1932 titulado *La urbanística del porvenir*. Este texto esboza una trama urbana que huye de la cuadrícula simple para formar una red más compleja cruzada por diagonales. Un tejido zonificado alrededor de un centro donde se ubican los edificios públicos y los espacios de distribución al que suma una zona residencial con manzanas más pequeñas y zonas verdes de proximidad, otra zona donde localiza los talleres y las actividades industriales y una última que acoge las actividades de ocio, recreo y zonas verdes. Los edificios residenciales, de un máximo de dos alturas, incorporarían los principios higienistas (ventilación y luz solar en todas las habitaciones, agua potable y alumbrado, cocina...). Además todos ellos tendrían un patio individual y un jardín comunitario como complemento indispensable para lograr una vivienda agradable y sana para la familia y para la colectividad³⁶⁶.

La urbanística del porvenir es un voluntarioso ejercicio por adaptar la idea de la ciudad jardín a una situación urbanística existente, una forma de pensar una transición radical hacia otro modelo urbano. En este contexto se enmarcan sus propuestas de crear dos grandes núcleos de unas 100.000 almas en Madrid y Barcelona, otros tantos de 50.000 en las principales capitales de provincia y una proliferación de municipios de entorno a 2.000 habitantes que facilitarían, de forma natural, una descentralización al desaparecer la especulación sobre el suelo, «sin que la colectividad tome tal acuerdo, automáticamente las ciudades se irán despoblando, al desaparecer las fuerzas congregantes que las han engrandecido, y, en cambio, aparecerán fuerzas disgregantes nacidas de la atracción de otros lugares más sanos»³⁶⁷.

Martínez Rizo y el geólogo Alberto Carsi desarrollan la idea de una nueva ciudad ideal y de una región equilibrada, considerando los problemas de la agricultura de cercanía y los abastecimientos urbanos como claves del diseño urbano futuro. Apuntan, incluso, a la necesidad de reordenar los regadíos, de promover el suministro eléctrico mediante energías renovables con prototipos de aerogeneradores y plantas hidráulicas, o de construir los asentamientos humanos con materiales de proximidad, mediante una gestión forestal sostenible, y con un diseño bioclimático³⁶⁸.

La apuesta del anarquismo por construir los cimientos de una ciudad ideal lo distanció de las propuestas reformistas y parciales de los huertos obreros. Sin embargo, la horticultura estuvo muy presente en su ideario, ya fuese porque algunos

de sus teóricos, como Reclús, Kropotkin y Geddes, cultivaban sus huertos, por su afán por dignificar al campesinado y la actividad agraria de proximidad o por la promoción de los huertos escolares en las escuelas vinculadas a la Escuela Moderna³⁶⁹. Y es que, como afirmaban en la *Revista Blanca*, de inspiración libertaria, «si todos cultiváramos nuestro huerto en paz, estaría de más pensar en quien ha de goberarnos»³⁷⁰.

La utopía de la ciudad jardín anarquista se fue diluyendo de la esfera pública ante el avance de los debates que promovió la arquitectura moderna durante la II República, en especial en Barcelona, de la mano de jóvenes profesionales que habían entrado en contacto con las propuestas europeas. Los arquitectos catalanes, agrupados en el Grupo de Artistas y Técnicos Catalanes para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea (GATCPAC) realizan, en colaboración con Le Corbusier, una ambiciosa propuesta para resolver las necesidades de la ciudad industrial mediante el llamado Plan Macià, presentado en el IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM).

El Plan Macià es un proyecto orientado a difundir los principios del movimiento moderno haciendo énfasis en una interpretación meramente formal y centrada en el objeto construido más que en abordar la complejidad del problema urbano³⁷¹. Dada la influencia de Le Corbusier, no es de extrañar la ausencia de los huertos obreros entre los muchos equipamientos con los que se piensa una ciudad concebida en oposición a los diálogos que el movimiento moderno centroeuropeo había entablado con la ciudad jardín, dotando de centralidad a la agricultura urbana en todas sus propuestas. En contraposición a estos planteamientos, Le Corbusier afirma: «Es necesario concentrar la ciudad; el urbanismo moderno lucha contra los trazados en ciudad jardín y las ciudades en extensión»³⁷².

El único espacio del proyecto en el que se planifican huertos, aunque relacionados con funciones de ocio y no de abastecimiento urbano, es la Ciutat del Repòs, un núcleo autónomo destinado al ocio en la costa sur de Barcelona que se iba a desarrollar mediante una cooperativa. La propuesta, que tuvo muy buena acogida entre sus potenciales usuarios, se concebía como un espacio de vacaciones destinado a las clases medias y populares de la ciudad. Situado junto a unas viviendas de veraneo proyectadas como casetas desmontables con un sistema modular de crecimiento (con paneles que ensamblarían los mismos usuarios) donde además se localizarían sanatorios, hoteles y restaurantes, instalaciones deportivas, piscinas, embarcaderos, casetas de baño, cines de verano y... huertos de ocio.

Aunque fue oficialmente presentado al Ayuntamiento, la propuesta del Plan Macià no llegó a aprobarse y terminó corriendo la misma suerte que su antagonista, la ciudad jardín. Tras la guerra civil ambas propuestas, que apuntaban modelos alternativos de ciudad, fueron sepultadas en el desván de la historia.

369 (Avilés 2006)

370 (Valle, 1927: 45)

371 (Sambricio, 1987)

372 (Torres y Tarragó, 1980: 72)

366 (Masjuan, 1992)

367 (Masjuan, 2000: 184)

368 (Masjuan 1992)

9.3 Los huertos urbanos y la agricultura en la construcción de la ciudad lineal

Sin tiempo para ir hasta la naturaleza arrastra la naturaleza hacia sí. Con ello se plantea la solución de la mayor paradoja de nuestro tiempo: ruralizar la vida urbana, urbanizar el campo. La ciudad lineal lleva la ciudad al campo y el campo a la ciudad. En esa ruralización urbana y en esa urbanización rural radica su fuerza y su belleza.

R. Marquina

Inspiradas en las alternativas planteadas por el higienismo a la insalubridad de la ciudad industrial surge la propuesta teórica de la ciudad lineal. La innovadora idea de construir una ciudad vertebrada a ambos lados de una línea de ferrocarril, que sirviera para urbanizar nuevos territorios y descongestionar las ciudades existentes bajo una planificación racional que posibilitara el encuentro de la ciudad y el campo, es la clave de esta propuesta. Una ciudad de baja densidad e interclasista, que acercara trabajo, vivienda y equipamientos, comunicando las realidades urbanas y rurales.

La formulación y difusión de la idea de la ciudad lineal coincide con la efervescencia constructiva y los debates ligados al proceso de edificación del Ensanche de Madrid³⁷³. Arturo Soria solicita el apoyo económico de los poderes públicos para materializar su proyecto, ayuda que le será denegada al no considerarse una propuesta de Ensanche. Ante la negativa, y con el empuje emprendedor de Soria, se pone en marcha en 1894 la Compañía Madrileña de Urbanización (CMU), la empresa encargada de construir la ciudad lineal como un anillo que urbanizara y conectara los municipios colindantes a la capital, inspirándose en la propuesta teórica avanzada una década antes. En sus propias palabras *se trataba de realizar una idea de apariencia revolucionaria por procedimientos conservadores*.

Debido a la falta de difusión y receptividad de sus ideas, la CMU lanza en 1897 *La Ciudad Lineal*, la primera revista dedicada al urbanismo y, de manera especial, a promover y publicitar las virtudes del proyecto. Una revista clave para comprender la representación y el imaginario que difundía la iniciativa³⁷⁴ y que, con el paso del tiempo, fue ganando influencia internacional, en buena medida debido a sus polémicas y rivalidades con las propuestas derivadas de la ciudad jardín.

La soledad y la lucidez de Arturo Soria le llevan a hacer de la necesidad virtud, proponiéndose que la CMU lleve a cabo la construcción de la primera ciudad privada, concebida, diseñada, y gestionada por una empresa.

[...] Arturo Soria traza en las inmediaciones de Madrid la primera ciudad privada que conocemos: si hasta el momento el urbanismo liberal en la España decimonónica había cedido la capacidad de urbanizar lo ya planeado -capacidad

para construir y gestar los equipamientos- a una burguesía carente de proyecto de ciudad, Soria proponía afrontar problemas tan dispares y complejos como eran los de forma urbana, trazado, gestión o parcelación... desde los intereses del empresario, supeditando para ello la forma de la ciudad a los intereses de su compañía³⁷⁵.

Diez años después se completaba el tendido del tranvía que recorría los cinco kilómetros construidos de la ciudad lineal, y que permitirán su posterior conexión en transporte público con la ciudad. Lentamente el proceso de urbanización avanza mediante una libertad constructiva que huye de la arquitectura repetitiva, logrando edificar en 1911 cerca de 700 viviendas en las que viven unos 4.000 habitantes. A estas se van sumando los equipamientos (colegios, centros culturales, espacios deportivos y de ocio) que hacen de esta una alternativa de vida suburbana, distanciada cada vez más de sus concepciones originales.

La materialización de la ciudad lineal se ve envuelta en un proceso especulativo que destierra el ideal de urbanización accesible a todos los grupos sociales y enfatiza la dimensión residencial frente a los aspectos agrícolas o industriales. Un proceso que, desde un principio se había vivido con escepticismo por parte de las clases populares. La desconfianza creció por episodios como el conflicto desatado por Federico Urales, conocido anarquista residente en la ciudad lineal, que acusó a Arturo Soria de estafa en la construcción de viviendas. Tras las presiones de Soria, Urales fue condenado por injurias y desterrado de Madrid durante dos años, once meses y once días.

Este periodo de esplendor constructivo de la ciudad lineal coincide con el vacío internacional hacia las propuestas de Soria y la presencia creciente de la ciudad jardín como modelo de referencia. Soria declara una guerra ideológica a la ciudad jardín, una rivalidad en la que solo concede a Howard el acierto del término elegido.

Hilarión González del Castillo, miembro pionero de la CMU y principal teórico de la ciudad lineal que publicó cerca de trescientos artículos desarrollando estas ideas (higiene, salubridad, habitabilidad, condiciones sociales de las clases populares...), medió entre ambas posturas. En los años veinte, tras la muerte de Soria, trató de que convergieran las ideas linealistas con las de la ciudad jardín, destacando sus similitudes y compatibilidades³⁷⁶.

Esta confluencia fue más fácil una vez que la ciudad jardín sufrió un proceso de despolitización al centrarse los debates en la dimensión formal y obviar cuestiones como la propiedad del suelo, la financiación o el cooperativismo, y derivar hacia la construcción de suburbios ajardinados. Este giro favorece el reconocimiento en el extranjero de las ideas de la ciudad lineal, que llegaron a presentarse ante la Sociedad de Naciones en 1925 y dio lugar a la constitución, en 1929, de la Association Internationale des Cités Linéaires en París.

Entre las muchas innovaciones que planteaba la propuesta de la ciudad lineal encontramos su vocación de ser un espacio de encuentro entre la ciudad y el campo, entre la actividad industrial y la actividad agrícola, entre la cultura y la naturaleza.

373 (Carballo et al, 2008)

374 (Alonso, 2006)

375 (Sambricio, 2004: 28)

376 (Ibidem.)

Un proyecto de ciudad poco densa, con casas, palacetes y edificios de tres alturas como máximo que reservaba cuatro quintas partes del terreno para la instalación de jardines y huertas, lo que le daba al proyecto el aspecto de una ciudad campestre.

Los dos principales lemas con los que se identificó el proyecto fueron, por un lado, la idea de Ildefonso Cerdá de «ruralizar la ciudad; urbanizar el campo» convertida en uno de los reclamos de Arturo Soria, y, por otro, la frase con la que se cerraban casi todos los ejemplares de la revista y que suponía toda una declaración de principios «A cada familia una casa, en cada casa un huerto y un jardín»³⁷⁷. La concepción de la agricultura urbana de la ciudad lineal pivotaba alrededor de estas ideas fuerza. Sin embargo, ¿qué podía entenderse por urbanizar el campo y ruralizar la ciudad? ¿Qué valores socioculturales e imaginarios aportaban los huertos? ¿En qué grado se llegó a desarrollar la actividad hortícola? Para responder a estas preguntas resulta imprescindible profundizar, a través de las páginas de la revista *La Ciudad Lineal*, en las reflexiones, debates y análisis concretos de la experiencia.

El proyecto de la ciudad lineal

La primera idea es la que vincula el campo a la salud y la calidad de vida, en el marco de las concepciones higienistas y de las críticas a la insalubridad de la ciudad industrial. La ciudad lineal promueve una vida conectada a la ciudad, distante de la misma pero con acceso a todas sus comodidades, y en la que se pueda disfrutar del poder sedante de la naturaleza. Algo que, teóricamente, permitiría anclar a la población rural a los espacios colonizados y así descongestionar las ciudades.

[...] Las ciudades jardín pueden satisfacer las comodidades de la casa, de que se carece en el campo, la vida más sociable, la educación fácilmente asequible, desapareciendo las características anormales de la incultura, las diversiones, frecuentes visitas a la ciudad: en una palabra el ambiente más urbano sin perder la riqueza de la agricultura³⁷⁸.

La voluntad de convertirse en una ciudad industrial en conexión con el campo y con la actividad agraria nunca se hará realidad, ya que prácticamente no se asentará industria alguna en la zona y la actividad agrícola no llegó a desarrollarse. Solo llegaron a instalarse las fábricas de electricidad, teléfono, aguas, adobe y tejares durante los primeros años, además de alguna vaquería.

El discurso de la ciudad lineal sobre la actividad agrícola es el de una agricultura sin agricultores. El interclasismo y la retórica del espacio diferenciado donde se encuentran lo mejor del campo y de la ciudad deja paso a la progresiva configuración de un suburbio ajardinado destinado a clases urbanas de rentas altas y medias. El espacio productivo se relaciona cada vez menos con las explotaciones agrícolas y más con los rendimientos económicos derivados de la urbanización.

[...] La Ciudad Lineal, verdadera ciudad jardín que resuelve para todas las clases

377 Afirmación extraída de la novela utópica *L'anno 3000: sogno*, de Paolo Mantegazza 378 (Roldan, 1930: 23)

sociales el problema de la vivienda sana, alegre, amplia y rodeada de vegetación, anexionaría a Madrid los pueblos colindantes tan necesitados de mejora y urbanizaría, colonizaría y repoblaría una gran extensión de terrenos hoy pobrísimos, y transformaría solares en fértiles campos de cultivo, en ricas huertas y verdegales³⁷⁹.

Además la agricultura termina planteándose desde un punto de vista recreativo para las rentas altas y como un complemento familiar para las rentas más populares, en una suerte de huertos que apoyen las economías domésticas desde los patios de las casas. La práctica va demostrando que la mayoría de las casas de la ciudad lineal convierten el espacio libre en jardín y únicamente las familias de rentas más humildes cultivan huertos. Los promotores del proyecto afirman desde la revista que la gente no cultiva porque consideran que requiere muchos conocimientos y cuidados, una dedicación para la que no están capacitados.

[...] Lo que sí puede hacerse en una fundación como la Ciudad Lineal es extender, multiplicar la demostración de lo que vale un huerto a la puerta de la casa propia. Me apresuro a reconocer, muy gustosamente, que en la Ciudad Lineal no faltan las familias que cultivan su huerto. Pero estoy seguro de que la realidad no ha de rectificarme si sospecho que ese cuidado se circunscribe a un puñado de familias y casi todas de la capa humilde. Más claro: que solo se aplican al cultivo aquellas familias que lo hacen, o creen hacerlo, por pura necesidad. Las demás, la generalidad, mantienen jardín en todo el perímetro de su propiedad y no intentan siquiera disfrutar el beneficio de la huerta.

Si a ese empleado y su familia se le demuestra que un trozo pequeño de huerta requiere un cuidado somero como en el jardín, que el riego puede hacerse por sencillos atadores y regaderas de teja sin ensuciarse las manos, que el sembrar o plantar cuatro caballones y fertilizarlos es cosa de unos momentos... Donde brota la flor, mejor brota el fruto. Y la flor, es adorno y aroma, pero el fruto es alimento y es ahorro.

El amor a las flores es una exhalación de las almas buenas. Llenad el jardín de flores y llevadlas a vuestra mesa. Pero llevad a la mesa también el fruto propio, sano y limpio, que no haya pasado por cincuenta manos o lugares. ¿No estimáis la diferencia saludable de una fruta, de una lechuga, de un tomate que cogéis directamente, que del bancal irá a vuestra boca, que aquella que sepa Dios por cuántos lugares sucios e infectos pasó antes?³⁸⁰

Esta visión idealizada de la ciudad lineal se diferencia de los huertos de subsistencia existentes en los arrabales madrileños, lo que conecta su discurso hortícola con la vertiente más disciplinaria de los huertos obreros. La actividad hortícola vuelve a convertirse en argamasa para la cohesión familiar y vacuna contra la taberna, antesala de todos los males.

[...] En la agonía lenta, pero implacable, el campo en su supremo esfuerzo de

379 (González del Castillo 1923: 32)

380 (Sanchez Ocaña, 1927: 15)

defensa, se desnaturaliza en esos hórridos huertos de arrabal, en esos jardines donde el mantillo de la tierra está engarzado en hoja de lata y donde el suelo parece metralla pulverizada; en esos tristes y misérrimos jardincillos de extramuros, en fin, en esa naturaleza deslucida y anémica que son los suburbios³⁸¹.

[...] La población obrera utiliza sus horas disponibles en la mejora de sus condiciones de existencia, especialmente en el huerto, donde cada cual cultiva verduras, legumbres y frutas a su gusto. Se abandona el café por el jardín. Los hombres, antes ausentes todo el día de la casa, se sienten ahora inclinados a permanecer en ella de la que son dueños³⁸².

9.4 Semillas de cambio en la escuela: la Institución Libre de Enseñanza y los huertos escolares

Nada llega sin un conflicto. La lucha no crea nada por sí misma, sólo limpia el aire. Deben plantarse nuevas semillas para que germinen y crezcan, si es que queremos que florezca el árbol de la humanidad. No podemos arrancar el presente del pasado o del futuro. Pasado, presente o futuro son la Trinidad del tiempo. ¡En los niños están las semillas del futuro!
F. Froebel

El sistema educativo liberal comienza su andadura en 1825, como consecuencia del desarrollo de las ideas ilustradas que se trataron de constitucionalizar en Cádiz en 1812. Los primeros planes educativos aspiraban a establecer escuelas en todas las poblaciones con más de 50 habitantes para tratar de conformar una red escolar que no estuviera monopolizada por la Iglesia católica. Esta declaración de intenciones tuvo un impacto real reducido hasta que en 1857 se promulga la primera ley de Educación, de Claudio Moyano, como apuesta para reducir los escandalosos niveles de analfabetismo mediante la gratuidad relativa de la enseñanza primaria, una tenue secularización y una mínima uniformidad en los métodos y contenidos.

Estas dinámicas aperturistas se clausuran tras el paréntesis del sexenio democrático, que comienza en 1868 y termina con la caída de la I República en 1874, y el inicio del sistema político de la Restauración. Durante este periodo el acceso al sistema educativo queda restringido a las élites económicas y se perpetúan los bajísimos índices de escolarización. Además se suprime la libertad de cátedra ante el riesgo de que se atentara contra los dogmas de fe. Este último episodio supone el distanciamiento definitivo de un amplio grupo de intelectuales y catedráticos, entre los que destacan figuras como Francisco Giner de los Ríos, Joaquín Costa o Nicolás Salmerón, que en 1876 impulsan la creación de una Universidad libre, la Institución Libre de Enseñanza (ILE).

La ILE supuso un revulsivo para la democratización de la vida política y cultural

381 (Marquina, 1927: 4)

382 (Sanchez Ocaña 1930: 18)

de una España opresiva, mediante iniciativas como la biblioteca circulante, que recorría los barrios populares, la actividad divulgativa de su boletín, donde escribían personalidades de la ciencia, la filosofía o la pedagogía (Bertrand Russell, Charles Darwin, John Dewey, Santiago Ramón y Cajal, Miguel de Unamuno, María Montessori, León Tolstoi, H. G. Wells, Juan Ramón Jiménez, Gabriela Mistral, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán o Antonio Machado) o la puesta en marcha de las Misiones Pedagógicas, con la llegada de la II República, que llevaron la alfabetización y la cultura a los núcleos rurales. La ILE promovió, asimismo, múltiples instituciones científicas y pedagógicas como el Museo Pedagógico Nacional, el Ministerio de Instrucción Pública, el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, el Instituto de Reformas Sociales o la famosa Residencia de Estudiantes.

Además de incentivar el acceso de las clases populares a la cultura, la ILE fue un actor fundamental a la hora de impulsar una reforma educativa eternamente pendiente. Inspirada por la filosofía krausista, promovió una educación laica y racionalista que entre otras cosas proponía el contacto directo al alumno con la naturaleza mediante clases experimentales, excursiones y acampadas, así como mediante la puesta en marcha de huertos escolares. La ILE incorpora por primera vez en España el cultivo y cuidado de plantas como un recurso pedagógico. Una herramienta que permitía el acercamiento directo a la naturaleza y posibilitaba un aprendizaje experiencial, activo y lúdico de cuestiones relacionadas con las ciencias naturales. Una labor renovadora que confluye con otras innovaciones pedagógicas como la enseñanza secundaria como prolongación de la primaria; la supresión de los exámenes y la sustitución de los rígidos programas y los libros de texto por clases prácticas y debates bajo el concepto de coeducación³⁸³.

Igual que una ciudad nueva requiere de transformaciones que mejoren su habitabilidad (vivienda de calidad, ventilación, alcantarillado), una nueva escuela requiere de una arquitectura que facilite esta educación más integral. Uno de los rasgos diferenciales de la ILE fue el cuidado que puso en que los diseños arquitectónicos de las escuelas proyectadas transmitieran su filosofía. Una nueva pedagogía debía desarrollarse en un entorno diferente: grandes ventanales que iluminaran las aulas, solárium en las azoteas, albercas para bañarse en primavera y huertos escolares donde cultivar verduras y hortalizas. Elementos que permitían trasladar a la arquitectura escolar las preocupaciones del higienismo por la construcción de entornos saludables y por el contacto directo con la naturaleza como forma de mejorar las condiciones de salubridad de las ciudades.

Como vimos anteriormente, la horticultura vinculada a la escuela tuvo su primer antecedente con el doctor Schreber, pionero en llamar la atención sobre la necesidad de que los niños de las ciudades tuvieran lugares donde respirar aire fresco y hacer ejercicio moderado cultivando un huerto. A finales del siglo XIX, pedagogos como Pestalozzi y sus discípulos pusieron en marcha las pioneras escuelas de agricultura y las colonias escolares en áreas rurales italianas, belgas y francesas. En estas escuelas la enseñanza de los conocimientos generales de la escuela primaria

383 (Jiménez Landi, 1973)

convivía con los saberes fundamentales sobre agricultura, avicultura, fruticultura o ganadería³⁸⁴. El modelo fue trasladado y adaptado a las ciudades por la ILE, asumiendo que los entornos físicos de las escuelas debían incorporar espacios abiertos y fomentar el contacto con el campo y la naturaleza.

[...] El local de la escuela debe obedecer a ciertos principios generales y a otros particulares, nacidos, ya de su destino especial, ya de las condiciones del país en el cual se edifica. [...] El ideal de la habitación está en aproximarse hasta el último grado posible a la vida al aire libre, a la vida del campo, en condiciones higiénicas, en amplitud, en alegría³⁸⁵.

El diseño del espacio era un elemento educativo en sí mismo, una cuestión tan relevante como el material de enseñanza o la propia actividad docente. Este espacio al que Giner de los Ríos denominó *campo escolar* contaba con jardines y huertas escolares.

[...] Si la escuela necesita una gran extensión de terreno, es porque no consta sólo de la clase, sino que debe tener anejo un campo. No meramente un jardín o un huerto, elemento interesantísimo, ya para ciertas enseñanzas, ya para educar la fantasía; ni menos un patio, estanque de aire corrompido e inmóvil, incapaz de reanimar la energía del cuerpo, y aun de renovar la atmósfera viciada de las clases. El campo escolar es a la vez todo eso, pero infinito más que todo eso. Por mucho que se reduzcan las condiciones de una escuela, por modestas que sean sus exigencias, jamás debe renunciar a este elemento, tan importante por lo menos, como la clase misma, y cuya necesidad es a la par higiénica y pedagógica³⁸⁶.

Una inquietud que estaba presente en el proyecto de la primera sede de la ILE en el madrileño Paseo de la Castellana. Manuel Bartolomé Cossío diseñó un edificio que no llegó a construirse que, además de las instalaciones escolares convencionales, incorporaba talleres para trabajos manuales, un gimnasio, galería de baños y duchas, un estanque para practicar natación, jardines de infancia estilo Froebel, campos de cultivo, un jardín botánico, un invernadero y un campo de juego³⁸⁷. El proyecto tuvo que adaptarse al espacio donde finalmente se instaló la sede de la ILE, en la calle Martínez Campos, que obligó a excluir la zona de huertos.

Sin embargo, estos rasgos distintivos se incorporarían a los edificios escolares impulsados posteriormente por la ILE. Es el caso del Instituto Escuela, que se había fundado en 1918 como escuela experimental y centro de formación del profesorado para trasladar a la educación secundaria los principios de la Institución. Con la llegada de la II República, en 1931 se trasladó a una nueva sede que había sido diseñada por los pedagogos que dirigían el centro y los arquitectos Carlos Arniches y Martín Domínguez. En este edificio, ilustrativo de la arquitectura escolar de la ILE, destacaba el pabellón de párvulos, construido en 1935, que incorporaba un

384 (Ruiz y Palacio, 1999)

385 (Giner de los Ríos, 1925: 65)

386 (Ibidem: 67)

387 (Cossío, 1882)

amplio espacio de huertos escolares frente al ventanal de cada clase.

[...] El pabellón de párvulos comenzado en 1933 fue el que se convirtió en edificio emblemático y ejemplar entre las construcciones escolares por una serie de motivos: en primer lugar la estrecha colaboración entre los arquitectos y los profesores directivos del Instituto-Escuela, que ensayaban nuevos y originales procedimientos educativos. También es interesante este pabellón por la concepción de los espacios, de tal modo que las seis clases que formaban el conjunto, cada una con su huerto, podían unirse de dos en dos o mantenerse independientes, haciendo del huerto una prolongación de la clase a través de un ventanal practicable. Esta importancia, casi protagonismo de los espacios exteriores orientados a mediodía se consideró un elemento clave en las actividades de los alumnos más pequeños, que podían entrar en la clase desde el exterior y hacer vida al aire libre gran parte del tiempo³⁸⁸.

La labor de la ILE está estrechamente emparentada con la renovación pedagógica impulsada desde 1901 por la barcelonesa Escuela Moderna, impulsada por el anarquista Ferrer i Guardia, para promover otros referentes de educación racionalista más vinculados al movimiento obrero. Entre las innovaciones que esta escuela introdujo destacan el papel privilegiado que se da al juego en la pedagogía, el higienismo y la desaparición de exámenes, así como las excursiones a visitar fábricas, el contacto con la naturaleza y el trabajo con las familias.

Los cinco años que duró la experiencia sirvieron como un laboratorio inspirador para otras escuelas racionalistas que se situaron en su estela y, aunque la Escuela Moderna no incorporó huertos en sus instalaciones, algunas experiencias que pueden reconocerse sucesoras sí lo hicieron, como el colegio barcelonés Escoles Mont d'Or, fundado en 1904³⁸⁹, que anticipaba los planteamientos de la red de escuelas racionalistas garantizando el acceso a la escuela de la clase obrera durante la guerra civil en Cataluña y Valencia, en las que, además de incorporar las innovaciones pedagógicas, se pusieron en marcha comedores y huertos escolares.

El huerto escolar fue un protagonista secundario de este proceso de renovación pedagógica y cultural, pero puede concebirse como uno de esos elementos simbólicos donde se sintetizan y fusionan nuevas prácticas educativas con innovaciones arquitectónicas y urbanísticas.

Este conjunto de iniciativas situaron a España a la vanguardia de los movimientos de renovación pedagógica, convirtiéndose en referente y estímulo para proyectos similares como el movimiento de la Escuela Nueva de Freinet. La efervescencia cultural y la experimentación a las que dieron lugar fueron abortadas tras la derrota de la República en la guerra civil. Se suprimieron las entidades impulsoras de las reformas pedagógicas y se incautaron sus bienes, considerando «de especial prevención la Institución Libre de Enseñanza, por sus notorias acciones contrarias a los

388 (Ontañón, 2007: 19)

389 (Borja i Sole, 1984)

ideales del Nuevo Estado»³⁹⁰. La virulencia contra lo que simbolizaba la ILE llegó al extremo de declaraciones como las del Secretario de Comisión de Depuración Universitaria Angel González Palencia.

*La casa matriz, la escuela de niños de la calle Martínez Campos era el núcleo fundamental de la secta, habrá de sufrir la suerte de todos aquellos que han servido al Frente Popular y a la Revolución marxista. Como en los días gloriosos imperiales, podría arrasarse la edificación, sembrar de sal el solar y poner un cartel que recordase a las generaciones futuras la traición de los dueños de aquella casa para con la Patria inmorta*³⁹¹.

10 Nuestras azadas de guerra: comedores, colectividades, agricultura de emergencia y colonias durante la guerra civil

Una vez que la propuesta de limitar el crecimiento, descongestionar y descentralizar las ciudades mediante la puesta en marcha de ciudades jardín quedó obsoleta, y que la ciudad lineal devino en la promoción de suburbios ajardinados para personas de rentas elevadas, los debates sobre la relación entre ciudad y agricultura perdieron intensidad en el planeamiento urbano, y quedaron relegados a las propuestas utópicas del urbanismo libertario. Este desplazamiento coincide con la deslocalización de la agricultura en la práctica totalidad de las ciudades occidentales.

Los huertos urbanos terminan asociándose en el imaginario popular a situaciones de crisis y, de forma destacada, al abastecimiento durante conflictos bélicos. En la guerra civil española asistimos a un despliegue de iniciativas relacionadas con la agricultura urbana que evidencian que nuestra historia no es una excepción, aunque tenga sus propias singularidades, como la convergencia del conflicto bélico con un proceso revolucionario.

El 18 de julio de 1936, en un clima de creciente tensión política, comenzaba una predecible sublevación militar contra la República que fracasa al encontrarse una activa oposición popular. En muchas grandes ciudades y municipios los sindicatos, los grupos de acción y partidos políticos de izquierda, junto a militares leales a la República lograron rendir a las fuerzas golpistas. España quedaba fragmentada en dos grandes bloques antagónicos y la sublevación desembocaba en guerra.

En el bando republicano la necesidad de reorganizar la arquitectura institucional, de reconocer el nuevo protagonismo de las organizaciones obreras y de asumir la reconversión del sistema productivo en una economía de guerra confluyen con una revolución social. Aprovechando el vacío de poder y la movilización popular generalizada, el movimiento libertario, encuadrado en la CNT, y las bases sociales de la UGT promueven distintos experimentos revolucionarios.

De las múltiples dinámicas revolucionarias que se sucedieron en la retaguardia republicana queremos centrarnos en algunos episodios que guardan relación con el sistema agroalimentario, como los comedores populares, las colectividades agrarias periurbanas, los procesos de abastecimiento, las iniciativas de agricultura urbana

390 Decreto del 17 de mayo de 1940.

391 (Otero, 2006: 71).

de emergencia o el papel de la horticultura en las colonias escolares impulsadas por la República.

Estas iniciativas gravitarán en torno al sitio y defensa de Madrid, al ser la ciudad que mayores problemas de abastecimiento tuvo. En ella se desplegaron unos sorprendentes mecanismos de producción y distribución de alimentos que permitieron garantizar un avituallamiento mínimo, y que sirvieron de inspiración para algunas experiencias impulsadas en otros territorios por desplazados madrileños o en el marco de campañas de apoyo a su población.

Conviene, por tanto, abordar una contextualización de los problemas de abastecimiento que sufrió Madrid. La situación, durante los primeros meses de conflicto, era relativamente cómoda: no había escasez y el suministro de la ciudad se vertebraba en torno al reparto de vales por parte de sindicatos y partidos que podían ser canjeados por artículos de primera necesidad en tiendas y comercios. Las ilusiones de un final rápido a la guerra dieron paso a la certeza de un conflicto prolongado.

A partir de noviembre de 1936 el frente de batalla se instala al oeste de la capital, inaugurando un sitio que durará hasta el final de la guerra y que convertirá la ciudad en epicentro simbólico de la resistencia republicana. Madrid queda dividida en dos sectores, uno militar y otro civil, pero los vasos comunicantes muestran cómo la vida militar se impregna de lo civil (milicianos que componen los batallones de peluqueros, camareros o ferroviarios); y la vida civil se militariza (fábricas reconvertidas a la industria de guerra, bombardeos aéreos destinados a castigar a la población, desfiles, actos de propaganda). Haciendo realidad el dicho de la época que afirmaba que «la guerra queda a una parada de tranvía».

Los escombros de los bombardeos o los comercios protegidos por sacos terreros ilustran una anomalía que se trata de disimular con la reapertura de teatros, cines y cafés. Madrid comienza a pasar hambre al intensificarse los problemas de abastecimiento. Las colas de espera frente a las tiendas vacías se hacen eternas y muchos comerciantes acaparan alimentos para venderlos con sobreprecio. La situación se hace insostenible y acaba imponiéndose el racionamiento, acompañado del auge del mercado negro, a través del cual los productos sufren una notable subida de precios.

En un artículo publicado en 1937 por la revista *Crónica* bajo el título *La nueva cocina madrileña* se describe con simpatía e ironía lo insólito de algunos vegetales que se vendían comúnmente para cocinar, como hojas de diente de león, cardos borriqueros tiernos, hojas de violeta cuyo sabor recordaba a la acelga, flores de acacia o pétalos de rosa con leche para los grandes acontecimientos. Además, recoge las recetas que las amas de casa improvisan con grandes dosis de ingenio en periodos de extrema escasez:

[...] Seguramente ya se han comido en todas las casas los riquísimos calamares fritos, que son pedazos de cebolla rebozados; los cacahuets guisados como garbanzos, de los que no hay que tirar la cáscara porque tostada sirve para hacer una especie de café clarito. Porque lo importante es saber arreglarse con lo que

se tiene y preparar una comida gustosa y original. Tortilla sin huevos ni patatas, chuletas sin carne... La tortilla sin huevos se hace con una papilla de harina y cáscara de naranja; las chuletas con un puré espeso de algarroba, la merluza con rebanadas de pan frito, y guisado después en salsa verde³⁹².

La negativa de la población civil a evacuar Madrid ignorando sucesivos llamamientos, la escasez de medios de transporte y la desconfianza política despertada entre las organizaciones que gestionaban el abastecimiento, demuestran que era más sencillo alimentar el mito del “Madrid heroico” que darle de comer todos los días. La imposibilidad de suministrar de forma continua el volumen necesario de alimentos impulsó la puesta en marcha de innovadores mecanismos para evitar el hambre, experiencias colectivas que, si bien resultaron insuficientes, suponen valiosísimos experimentos sociales.

10.1 Alimentar la resistencia. Los comedores populares y la gestión colectiva de la subsistencia

¡Que coman República!

Dicho de los propietarios a los jornaleros extremeños.

Con la llegada del frente a Madrid y el acceso cada vez más difícil a los alimentos, los partidos y sindicatos pusieron en marcha dispositivos colectivos como los comedores populares. Una iniciativa que permitía acceder a una alimentación mínima reduciendo los costes y que resultaba más eficiente en el abastecimiento de recursos escasos como la comida o la leña.

Los comedores se situaban cerca del frente, para abastecer a las tropas, y en la retaguardia, para dar de comer a la población civil. Uno de los que se puso en marcha con el propósito de servir comidas a quienes iban a luchar o salían del frente se ubicó en la plaza de la Paja y estaba gestionado por las Juventudes Socialistas. Un comité de barrio de CNT-UGT montó otro en Vallecas, en las instalaciones que antes de la guerra ocupara un convento de frailes. Muchas cocinas industriales que se utilizaban en estos comedores populares fueron confiscadas en los conventos, que contaban con modernas instalaciones para alimentar al clero³⁹³.

Estas iniciativas impulsadas por organizaciones políticas y sindicales surgieron de forma espontánea para cubrir determinadas necesidades sociales, en buena medida debido al vacío de poder existente. Además de ofrecer alimentos, los comedores suponían un ejercicio de solidaridad activa que ayudaba a contrarrestar las dinámicas individualistas y evitar el «sálvese quien pueda».

Los comedores funcionaron con normalidad hasta el 23 de abril de 1937 cuando, con la reconfiguración del Ayuntamiento de Madrid producida por el ascenso a la alcaldía de Rafael Henche se trata de recentralizar la gestión del

392 Revista *Crónica* nº 34. 30 de mayo de 1937.

393 (Pérez et al, 2002)

abastecimiento bajo el eslogan «o se come con el marchamo municipal o no se come». Además de cerrar los comedores colectivos, Henche pretende impulsar el registro de coches particulares para evitar que se introduzca comida en Madrid para su posterior reventa en el mercado negro³⁹⁴. Las críticas de la prensa por el excesivo dirigismo municipal y la inflexible postura de las organizaciones obreras evitan la clausura de los comedores, que seguirán funcionando hasta el final de la guerra salvo en periodos de falta de abastecimiento de comida, como los que se produjeron en enero de 1938³⁹⁵.

Además de los comedores populares de barrio se pusieron en marcha iniciativas similares en las grandes industrias de guerra, donde se impulsaron comedores colectivos para garantizar la alimentación de los trabajadores de sectores estratégicos. Esta proliferación de iniciativas llevó incluso al Colegio de Abogados y Procuradores de Madrid, en unión con los jueces, magistrados y funcionarios, que organizaron un comedor colectivo denominado Hogar del Foro en un hotel del barrio Salamanca dotado con todos los elementos necesarios dentro de las restricciones impuestas por la guerra³⁹⁶.

Estos comedores fueron, en su mayoría, mantenidos y gestionados por colectivos de mujeres de distintas organizaciones sociales y políticas y, aunque en un primer momento, por contagio de la efervescencia revolucionaria, las mujeres estuvieron presentes en todos los espacios en pie de igualdad, poco a poco fueron relegadas a las tareas de reproducción social y cuidados en hospitales, intendencia, guarderías y gestión de alojamientos.

No es de extrañar, por tanto, que en medio de una guerra y de un proceso revolucionario surgiera en las filas libertarias una organización feminista como Mujeres Libres, orientada a profundizar las conquistas y derechos de las mujeres. Esta organización fue una de las más activas en la promoción de comedores populares y guarderías, concebidas no solo para cubrir una función alimentaria, sino como espacios para poner en valor actividades propias del ámbito privado, para liberar a las mujeres de la realización de tareas domésticas y visibilizarlas en el espacio público³⁹⁷.

Los comedores fueron una suerte de instituciones sociales que cumplían un papel funcional, pero que además tenían una dimensión afectiva que ayudaba a mantener alta la moral, donde se evidenciaba la solidaridad y la preocupación por lo colectivo en situaciones muy adversas. Su funcionamiento no estuvo exento de problemas, como el falseamiento de las cartillas y carnés sindicales o el uso de las que correspondían a fallecidos y evacuados.

394 Ver el post *El abastecimiento de la población civil durante la guerra civil: el caso de Madrid*. Disponible en www.sbhac.net/Republica/Colabora/AbastecimientoALaPoblacionCivilEnLaGuerraCivil_Madrid.pdf

395 (Ibidem.)

396 Diario La Vanguardia 24 Agosto de 1938.

397 (Pino, 1976) y (Tavera, 2005)

10.2 Cuando las azadas cavaron los cimientos de la utopía. Revolución y colectividades agrícolas

¿Habéis organizado ya vuestra colectividad? No esperéis más. ¡Ocupad las tierras! Organizaos de manera que no haya jefes ni parásitos entre vosotros. Si no realizáis eso, es inútil que continuemos hacia adelante. Tenemos que crear un mundo nuevo, diferente al que estamos destruyendo.

B. Durruti

La emergencia de las colectividades fue la expresión más elaborada de las innovaciones socioeconómicas puestas en marcha por la revolución en la retaguardia republicana. Estas iniciativas se inspiraban en los principios de la autogestión y el cooperativismo para impulsar una transformación radical del funcionamiento de las estructuras económicas: promovían la participación directa de los trabajadores en espacios de decisión, diseñaban la organización del trabajo, debatían sobre la asignación económica y las condiciones laborales y hacían hincapié en la función social y militar de la actividad productiva.

Las colectividades se reprodujeron en todos los sectores productivos de la economía: industria, servicios y agricultura. Los dos primeros se desarrollaron principalmente en Cataluña, y con menor intensidad en otras grandes ciudades, mediante la ocupación de fábricas en las que los comités sindicales asumían la reorganización de la producción, o mediante la recuperación de empresas abandonadas por sus propietarios, muchos de ellos simpatizantes de la sublevación militar.

Las colectividades agrarias se desarrollaron en Levante, Cataluña, Andalucía y, en especial, en Castilla y Aragón. Se pusieron en marcha ocupando tierras abandonadas por sus propietarios o por expropiación forzosa sin indemnización de todas las tierras pertenecientes a quienes habían intervenido, directa o indirectamente, en la sublevación militar. Así se legitimaron las incautaciones espontáneas, y se entregaron las tierras legalmente a los campesinos en usufructo, si bien muchas colectividades nunca recibieron un reconocimiento institucional.

Las colectividades en el medio urbano supusieron la experimentación de nuevas formas productivas y de relación con el trabajo, pero las agrarias implicaban la puesta en marcha de una nueva forma de organización social. Esta nueva sociabilidad, más allá de dignificar una actividad infravalorada socialmente como la campesina, suponía refundar el funcionamiento de los pequeños municipios donde estas iniciativas se ponían en marcha.

El nacimiento de estas experiencias cabalga entre la puesta en práctica de proyectos teóricos esbozados desde hacía décadas por el movimiento obrero, y la organización surgida espontáneamente para solucionar los problemas derivados de la guerra en cada realidad concreta. Una suerte de materialización improvisada de las utopías diseñadas en la literatura, que encarnaba tanto los ideales igualitaristas de sus promotores como muchos de los valores tradicionales y aspiraciones del campesinado. Existen discrepancias sobre el alcance de su dimensión productiva, pero lo que no es discutible es el tremendo impacto cultural que provocaron, ya

que simbolizaron la puesta en marcha de un mundo nuevo.

Las colectividades agrarias, en sus diversos formatos, fueron impulsadas y reivindicadas históricamente por el movimiento anarcosindicalista, aunque hubo colectividades mixtas promovidas por la CNT y la UGT, e incluso un porcentaje significativo de experiencias impulsadas por la UGT en solitario. Los estudios más exhaustivos demuestran las enormes similitudes en el funcionamiento cotidiano de las colectividades pertenecientes a distintas organizaciones sindicales³⁹⁸. Conviene resaltar, además, que la implicación de la población en las colectividades superaba con mucho al número de personas afiliadas a los sindicatos, lo que demuestra la simpatía que estas experiencias despertaron en la sociedad civil.

Estos apoyos se explican porque garantizaban el abastecimiento de alimentos, la enseñanza o la sanidad; precarios servicios municipales organizados por las colectividades que compensaban la rigidez organizativa o la subordinación a la colectividad de los campesinos individualistas³⁹⁹. Estas realizaciones materiales guardaban muchas similitudes con los diseños realizados por el utopismo, como los falansterios de Fourier, complejas realidades que no deben ni idealizarse de forma acrítica, ni menospreciarse como anecdóticos experimentos sociales.

Al avanzar el frente de guerra hacia Madrid, con la situación anteriormente descrita, una de las primeras medidas que promovieron los sindicatos fue la puesta en marcha de colectividades agrarias en zonas cercanas a la capital. Algunas surgieron de forma autónoma, otras fueron impulsadas por las federaciones locales de los sindicatos inspirándose en las que habían surgido en otros lugares como Aragón o Levante. Estas colectividades contribuyeron de forma determinante a abastecer de hortalizas y verduras la capital durante su asedio.

De las 1.300 colectividades agrarias que se formaron en la retaguardia republicana, 378 se dieron en la llamada región Centro: Madrid y las dos Castillas⁴⁰⁰. Estas colectividades disponían de un alto grado de autonomía y perseguían el autoabastecimiento para las comunidades campesinas que las impulsaban, así como el intercambio y la puesta en marcha de mecanismos de ayuda mutua con otras experiencias similares compartiendo cajas de resistencia, provisiones y maquinaria.

El proceso de federación de las colectividades abarcaba del nivel comarcal al ámbito regional. Destacaron por su impulso tanto la Federación de Española de Trabajadores de la Tierra, vinculada a la UGT, como la Federación Regional de Campesinos del Centro, dependiente de la CNT.

Como muestra de ese ejercicio de confluencia, la Federación Regional de Campesinos del Centro promovió iniciativas para compartir experiencias, coordinarlas o poner en marcha proyectos más ambiciosos. Entre ellos destacan la fusión del campesinado con el sindicato de distribución de alimentación para coordinar mejor

398 La literatura sobre las colectividades recorre desde la crónica de sus protagonistas, a las investigaciones de los años 70 que recuperan el valor de las experiencias de autogestión al calor de Mayo del 68, hasta recientes investigaciones académicas más rigurosas.

399 (Maurice, 1978)

400 (Garrido, 2009)

el proceso de abastecimiento, la organización de laboratorios para la asesoría en cuestiones como la profundidad de la labranza, la selección de semillas en función de la composición química del suelo, el suministro de abonos o la puesta en marcha de un semanario llamado *Campo Libre*⁴⁰¹. Una publicación que divulgaba información relevante sobre agronomía, sobre el funcionamiento y la política de las colectividades o relatos, como el cuento utópico que narra un viaje imaginario a la colectividad de Villarcadía para describir el funcionamiento ideal de estas iniciativas.

En la zona que actualmente comprende la Comunidad de Madrid se extendieron, sin contar las de Madrid y Villaverde, 31 colectividades ubicadas en los municipios más grandes y en las principales zonas de tradición hortícola, como la comarca de Las Vegas. Algunas de ellas, como la de Aranjuez, surgen cuando un grupo de obreros echa abajo las vallas que delimitaban la finca de Villamejor, ocupando las tierras para ponerlas en producción⁴⁰².

Varias de estas colectividades se situaron en municipios limítrofes de la capital que actualmente son barrios periféricos (Barajas, Hortaleza, Fuencarral). La CNT impulsó estas experiencias de agricultura periurbana, que compartían características como manejar terrenos de un tamaño reducido o que el número de colectivistas oscilara entre las 15 y las 50 personas. Al estar retiradas del centro urbano disponían de un margen mayor de autonomía para producir, resultaban más sencillas de vigilar y quedaban lo suficientemente cerca como para acercarse con asiduidad sus verduras y hortalizas a la capital.

En el interior de la ciudad también se pusieron en marcha colectividades agrarias, entre las que destaca la de Madrid por ser una experiencia de agricultura netamente urbana y por su tamaño, ya que participaban en ella varios centenares de personas. En ella, además de cultivarse verduras y hortalizas, se criaban animales de corral. Esta colectividad, impulsada por el Sindicato de Oficios Varios de CNT, se situó en una antigua granja incautada en el barrio de La Elipa. El historiador Frank Mintz entrevistó a uno de sus miembros:

[...]La colectividad tenía varios parques de conejos y otros de pollos y de gallinas, con aproximadamente el mismo número de animales, que estaban clasificados según las castas de estos animales. Estos alimentos estaban destinados a los heridos del frente, a las mujeres en estado y a las parturientas. Ni un colectivista comía huevos o pollo. Para poder beneficiarse de una sobrealimentación hacía falta la autorización de un médico, con el visto bueno de una inspección de médicos del servicio de racionamiento y, a veces, de una segunda inspección. Se hacía esto para evitar los favores que los colectivistas podían hacer o prestar a sus familiares o amigos⁴⁰³.

El régimen de colectividad impulsado por los sindicatos también se trasladó a la gestión de algunas de las escasas zonas tradicionales de huerta que todavía se

401 (Leval, 1977)

402 (Gutierrez, 1977)

403 (Mintz, 2009: 236)

mantenían productivas en la ciudad, como las que se encontraban en la ribera del Manzanares. Estas zonas estaban celosamente protegidas hasta pasar Villaverde Bajo, ya que debido a su intensiva labor productiva fueron consideradas indispensables para el abastecimiento de subsistencia de la capital.

Otra colectividad que funcionó, y que resultó fundamental en el entramado de nuevas instituciones surgidas del movimiento obrero para tratar de controlar el abastecimiento de la capital fue el Consejo Obrero de la Colectividad de Trabajadores del Mercado Central de Frutas y Verduras. Una estructura impulsada por la UGT, CNT y algunos antiguos patronos para reorganizar el funcionamiento del principal mercado de la ciudad, que centralizaba buena parte de la acogida y redistribución de los alimentos. La colectividad se financiaba descontando al productor entre un 5% y un 7% del valor de la mercancía para cubrir su actividad y los gastos de carga, descarga y clasificación⁴⁰⁴.

Además de la coordinación logística del mercado y de la distribución de alimentos a gran escala para el frente, hospitales, comedores... una de las principales tareas de esta colectividad era colaborar en la comisión encargada de fijar los precios de los alimentos. A tales efectos, una comisión compuesta por un delegado de Abastos, delegados de los productores de Madrid y Levante, de los vendedores y de las dos centrales sindicales, acordaba los precios teniendo en cuenta el coste en origen del género y el transporte, una vez fijados estaban vigentes durante una semana. Una fórmula que trataba de evitar dinámicas especulativas con unos alimentos que escaseaban, y que tuvo el efecto no deseado de derivar buena parte de la producción a otros territorios donde se podían vender a un mayor precio.

Esta colectividad materializó lo que actualmente denominamos circuitos cortos de comercialización, tratando de facilitar una relación lo más directa posible entre consumidores y productores para evitar el encarecimiento de los productos. Desde la colectividad afirmaban orgullosos: «nosotros no funcionamos como intermediarios, sino que somos ahora, y aspiramos a ser totalmente, una continuación de los productores»⁴⁰⁵. Además, como la mayoría de las colectividades, impulsaba proyectos con una dimensión social que iba más allá del rol económico o productivo. En este caso se puso en marcha una escuela para adultos, que ofrecía clases de alfabetización en las instalaciones del mercado por las tardes.

A medida que avanzaba la guerra, el déficit de verduras se cronificó, ya que únicamente llegaban de forma segura al mercado las que se producían en las riberas de Madrid, las procedentes de las colectividades agrícolas y, de forma más intermitente, las producidas por los agricultores de Levante. Una situación que requería un ejercicio de coordinación extra para ganar eficiencia y superar tanto las inercias burocráticas como las duplicidades existentes debido a las luchas de poder en el bando republicano.

Además de la dimensión práctica de la producción y distribución de alimentos

de la forma más justa y democrática, las colectividades simbolizaban los cambios socioeconómicos a los que aspiraba el movimiento obrero y campesino. Inspiradas en principios éticos alternativos y en valores como la solidaridad y la cooperación, movilizaron al máximo las potencialidades y capacidades de ciudadanos anónimos que pusieron su experiencia y conocimientos técnicos, competencias o saberes prácticos al servicio de las estructuras organizativas de las colectividades, alcanzando elevados grados de profesionalidad a pesar de que, en su inmensa mayoría, carecían de estudios o formación especializada.

10.3 El papel de los huertos de emergencia en el abastecimiento de Madrid

*Poetas, nunca cantemos la vida de un mismo pueblo, ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos y todos los huertos nuestros.*
L. Felipe

Las guerras y otros momentos de conflicto social suelen provocar una inflación de las transgresiones en los usos de la ciudad, una reconversión de las actividades que se realizaban en espacios diseñados y construidos para otros propósitos⁴⁰⁶. En el caso de Madrid vemos como iglesias se utilizaron como hospitales, hoteles devinieron bancos de sangre, estaciones de metro fueron convertidas en refugios antiáereos, centros culturales transformados en centros de detención o palacetes en cuarteles de milicias. A este cambio de usos hay que sumar los espacios urbanos vacíos que se transformaron en zonas hortícolas.

Al avanzar la guerra los problemas de abastecimiento de la capital se fueron agudizando, lo que obligó a recurrir a nuevas fórmulas para tratar de producir alimentos en la propia ciudad. La situación se volvió tan desesperada que, al igual que en otras ciudades durante los conflictos bélicos, muchos espacios abandonados o que anteriormente tenían otros usos fueron reconvertidos en huertas.

Estas huertas de emergencia proliferaron por distintos lugares de Madrid, aunque siempre que tenían una dimensión considerable estaban bajo influencia y supervisión de las organizaciones sindicales. En un contexto en el que predominaba la destrucción y la violencia, la puesta en marcha de estas huertas suponía un ejercicio en el que se mezclaba la desesperación ante la escasez y el optimismo de proyectarse hacia el futuro. En definitiva, suponían gestos de creación de un espacio para la continuidad de la vida en situaciones de extrema dificultad.

Uno de los escasos documentos gráficos que muestran la existencia de estos huertos de emergencia se encuentra en el Archivo de la Delegación de Propaganda en Madrid del Ministerio de Cultura. En esta imagen se ve una de las iniciativas, situada en un solar de la calle Sagasta, donde se aprovecha al máximo las capacidades

404 Revista Mundo Gráfico n° 1337. 16 de junio de 1937.

405 (Ibidem.)

406 (Virilio, 2006)

del espacio para cultivar lo que parecen lechugas o espinacas.

Aunque el caso más emblemático de los que hemos podido rastrear sería, sin lugar a dudas, la reconversión de la plaza de toros de Las Ventas en un huerto de emergencia. No fue el único coso taurino utilizado como espacio para cultivar durante la guerra, pero desde luego fue el más simbólico.

Al acabar la guerra el ejército nacional valoró la urgencia de habilitar nuevamente Las Ventas como espacio para celebrar eventos taurinos. Una de las prioridades que definieron fue celebrar la corrida de la Victoria el 24 de mayo de 1939, a menos de dos meses del final de la guerra. En medio de la frenética actividad por borrar de la memoria «la huerta que había creado la miseria marxista»⁴⁰⁷, un cronista del periódico ABC relataba su visita a la plaza:

[...] Al llegar en noviembre de 1936 a las puertas de Madrid el Ejército Libertador, y desaparecer el Matadero Municipal del Puente de la Princesa que era uno de los frentes, este se estableció en el desolladero del coso taurino. El ruedo, el pasillo de entrebarreras, los corrales y los jaulones fueron convertidos en depósito de ganado de todas las clases. En el invierno de 1937 se llenaron los tendidos, hasta la altura de las gradas de leña, y en los pasillos se almacenaron patatas y otros comestibles. Luego se acabó el ganado y el ruedo se transformó en huerta. Yo he visto ayer sembradas lechugas, escarolas, berzas, cebada, habas, nabos, espinacas y no sé qué más»

Uno de los caricaturistas más populares de la época, *Ramper*, en una entrevista publicada por el diario *Ya* en esas fechas en que se trabajaba por eliminar del albero taurino cualquier resto de cebollas, tomates o coles, hacía el chiste de que los toreros que triunfaran en la corrida de la Victoria tendrían que «dar la huerta al ruedo».

Las campañas más representativas de impulso de la agricultura urbana durante las guerras mundiales, como *Dig for Victory* o los *victory garden*, compartían algunos rasgos que las diferencian radicalmente de las experiencias promovidas durante la guerra civil: su desarrollo se produjo en contextos de estabilidad institucional en los que los frentes de batalla se encontraban a bastante distancia y se trataba de políticas públicas coordinadas desde el Estado, aunque luego las hiciera suyas la sociedad civil.

En España, sin embargo, el contexto está marcado por la coincidencia temporal del conflicto bélico y de las transformaciones revolucionarias, sobre todo en los primeros años de la contienda. Las dinámicas institucionales eran más frágiles y las iniciativas de mayor éxito surgían de abajo hacia arriba, impulsadas por sindicatos y organizaciones políticas. El proceso de colectivización condensaba el entusiasmo de la sociedad civil y de las organizaciones obreras que veían en la actividad agraria colectivizada la incipiente puesta en marcha de otro modelo socioeconómico. Estas variables, junto al exigente esfuerzo bélico realizado debido a la cercanía del frente, explican la ausencia de programas centralizados de promoción de la agricultura urbana.

Además de las campañas de sensibilización sobre el papel decisivo del campesinado en el abastecimiento de alimentos y de la puesta en marcha de colectividades,

407 Diario ABC 30 de marzo de 1939.

apenas se llegó a esbozar una campaña popular de agricultura urbana. En febrero de 1938 el periodista Juan Ferragut, de la revista *Mundo Gráfico*, escribía un artículo titulado *Los jardines y solares madrileños ¿no podrán convertirse en huertas?* en el que plantea la posibilidad de preparar una campaña masiva de autoabastecimiento en la ciudad improvisando un sistema de huertas.

[...] Madrid tiene terreno sobrado para ello: decenas de jardines públicos y particulares de gran extensión y, sobre todo, millares de hectáreas de solares que hoy, paralizados los trabajos de construcción, no rinden utilidad alguna. Terreno todo apto para plantar huertas. En ciertas hondonadas del barrio de Salamanca, en todas las colonias de hoteles de los alrededores urbanos, la iniciativa particular labra fuertecillos que dan buen provecho. Convertir todo o gran parte de este terreno erial y los jardines de simple ornato –no están los tiempos para recreos estéticos– en tierra de labor, no exigiría grandes trabajos.

La mano de obra no habría de faltar. La tarea no requiere gran técnica para cualquier trabajador y, además, ahora viven en Madrid varios millares de campesinos evacuados de sus pueblos y que podrían encontrar adecuada tarea, y adiestrar a los demás obreros que se necesitaran en los usos y costumbres del buen labrador. [...] La misma austeridad disciplinada que Madrid ha puesto en cumplir otras consignas de guerra, la pondría en el trabajo y la custodia de sus huertas⁴⁰⁸.

El debate abierto por el artículo llegó a plantearse en la Colectividad de Trabajadores del Mercado Central de Frutas y Verduras, que se mostró predispuesta a estudiar el proyecto, como se refleja en el segundo reportaje dedicado a esta iniciativa un mes más tarde, en el que se valora la buena acogida de la propuesta y se aprovecha para volver a presentarla:

[...] Si solo en lo que la guerra aún ha respetado de los alrededores de Madrid se obtiene una cosecha muy estimable de verduras, la puesta en marcha de unos millares de hectáreas urbanas resolvería el problema, y Madrid estaría el verano próximo abastecido de verduras⁴⁰⁹.

Los meses pasaron, se echó encima la primavera y la sugerente iniciativa se quedó en un proyecto que nunca se llegó a desarrollar: fue la semilla que no llegó a germinar de una campaña de agricultura urbana popular para fomentar el autoabastecimiento de Madrid.

El movimiento de colonias escolares y la horticultura

Que los alumnos vean, que piensen, que hagan que hablen, mirar y ver. Hablar de lo visto, escribir y leer lo escrito, pasar de lo inconsciente a lo consciente, experimentar, construir, dibujar. La escuela ha de mover a la acción. Observar, pensar, contrastar lo observado y lo pensado, decidir para obrar.

408 Revista Mundo Gráfico nº 1.373. 23 de febrero de 1938.

409 Revista Mundo Gráfico nº 1.374. 2 de marzo de 1938.

Á. Llorca

La voluntad del Gobierno de la República de proteger a la infancia en medio del conflicto bélico motivó la puesta en marcha de las colonias escolares, una iniciativa que buscaba alejar a la infancia de las zonas de combate mediante la puesta en marcha de una nueva forma de escuela donde la convivencia y la educación iban de la mano. Una fórmula para atender a la infancia de forma integral, como no se había hecho antes en ningún otro conflicto bélico de la historia.

Las colonias escolares⁴¹⁰ se basaron en la solidaridad de los municipios, principalmente del llamado Levante Feliz, para acoger a la infancia desplazada: solo de Madrid habían salido más de 100.000 niños y en Valencia se llegaron a instalar 400.000 refugiados. Estos municipios y el Gobierno republicano reconvirtieron chalets de playa y de montaña, palacetes de campo y otras instalaciones en escuelas-hogar donde la infancia mantenía una actividad educativa.

En un fragmento de la primera circular publicada por el Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad dirigida a las colonias escolares se describe de una manera muy bella la intencionalidad de estos proyectos:

[...] Las Colonias Escolares son a la vez familia y escuela y en ellas ha de realizarse una obra de educación total. El grupo de personas que constituye una Colonia tiene una sola y única misión: educarse. Nadie puede educar sin que a la vez se le eduque. La Colonia es una casa de educación, una familia eventual constituida con elementos de muchas familias naturales que las circunstancias han reunido⁴¹¹.

En estos experimentos educativos improvisados se desarrollaba una concepción integral de la pedagogía cuyo objetivo, más allá de transmitir conocimientos, era garantizar la formación de ciudadanos futuros. Era, además, una apuesta por criar a la infancia lo más ajena posible a la guerra, de forma que la reconstrucción futura de la sociedad se pudiera basar en lo vivido y aprendido en estas colonias⁴¹².

Al hacer de la necesidad virtud las colonias escolares consiguieron en el ámbito educativo lo que las colectividades en el agrícola: aprovechar la excepcionalidad de la guerra para ensayar fórmulas educativas alternativas de máximo nivel. La excelencia de este trabajo se debe, en buena medida, a la implicación directa de buena parte de los más notables profesionales y expertos en cuestiones de pedagogía e infancia, como el pedagogo madrileño Angel Llorca, la pedagoga Justa Freire o la psicóloga infantil Regina Lago.

Además del currículo educativo más tradicional (lengua, ciencias, geografía, matemáticas, historia) se incluían nuevos contenidos (dibujo, música, trabajos

410 Un excelente trabajo de en el que se analiza en profundidad la experiencia de las Colonias Escolares, recopilando muchos materiales y testimonios. Un libro altamente recomendable para conocer en profundidad estas experiencias sería (Escriva y Mestre, 2011)

411 (Escriva y Mestre, 2011: 82)

412 (Ibidem.)

manuales, educación física), en un contexto que, de por sí, era educativo (co-educación de chicos y chicas, convivencia de chavales de distintas procedencias, desarrollo de las tareas del hogar, preocupación por la salud). Aprovechaban la vida cotidiana y la convivencia como un elemento educativo central, siguiendo la máxima de Llorca según la cual se educa «con hechos de la propia vida de los niños, de la vida de todos y de todo, el ir y venir a la escuela, el sol que sale y se pone, los que nacen y mueren, los caminos del cielo, del suelo, las plantas, los animales, las personas...»⁴¹³.

Una de las innovaciones pedagógicas que había introducido la Institución Libre de Enseñanza y que posibilitaban los amplios patios con los que contaban las colonias era el trabajo en el huerto. Muchas colonias escolares disponían de espacios destinados a la horticultura, tanto es así que algunas tenían nombres como Horts Solidaris, Hort de Coll, Hurto de Ramiro, Huerto del Galindo...). El huerto cumplía una función educativa y servía para realizar un ejercicio moderado durante el tiempo de ocio. Además, las hortalizas y verduras que se cultivaban servían generalmente para abastecer las cocinas de las propias colonias.

Uno de los muchos documentos gráficos que ilustran el trabajo de los jóvenes evacuados en los huertos inspiró al poeta Emili Olmos un poema para el libro sobre las colonias escolares⁴¹⁴:

Vuestros cuerpos
crecían desbocados
por las plantas del huerto
vistos si acaso
¿Quién ha pensado
si la aviación
llegaría o no
y todos los millones
de plantas republicanas
algunas
por vosotros plantadas
morirían asesinadas?
¿Dónde un rótulo a la libertad
al recuerdo
o a vuestro futuro
descalzo puro?

Entre las muchas historias que describen de la relación entre las colonias y los huertos destaca, por emotiva, la de un centenar de jóvenes, en su mayoría hijos de los trabajadores de la madrileña fábrica de cervezas Mahou, que fueron evacuados a Barcelona ante los bombardeos de la capital. El grupo fue acogido por Ajut Infantil de Retaguardia en la residencia Els Pins de Pedralbes, donde disponían de

413 (Ibidem: 66)

414 (Ibidem: 306)

habitaciones, escuela y amplios espacios de juego. Una vez instalados y adaptados a su nueva vida, los chavales más mayores contrastaban el hambre pasada y los elevadísimos precios de las frutas y verduras en las ciudades cercanas al frente con la relativa abundancia que existía en retaguardia. Si a estas reflexiones le añadimos los conocimientos hortícolas que iban adquiriendo, no es de extrañar que trataran de poner en marcha un huerto para enviar verduras a sus familiares.

Cuando llevaban un par de meses en la residencia, pidieron permiso a la dirección del centro para transformar la pista de tenis en una huerta con la intención de mandar los productos a sus familiares en Madrid. Levantaron el cemento de la pista de tenis, acondicionaron el terreno, lo abonaron y se pusieron a cultivar. Fruto de ese esfuerzo consiguieron una primera cosecha de lechugas y patatas que fue íntegramente enviada en un camión a Madrid⁴¹⁵.

Aquel huerto, cuya existencia fue ampliamente divulgada por la prensa, se podría situar a caballo entre los huertos de emergencia y los huertos educativos puestos en marcha en las colonias. Una experiencia singular pero que, probablemente, encuentre similitudes con otras iniciativas de la geografía española de las que no quedan vestigios.

Además de las colonias escolares, durante la guerra funcionó en Cataluña una red de escuelas racionalistas que garantizó el acceso de la clase obrera a la escuela. Estas iniciativas de inspiración anarquista, impulsadas por la CNT, estaban amparadas por la Generalitat y se organizaron en el Consell de Escola Nova Unificat (CENU). Además de amplias plantillas de docentes, estas escuelas incorporaron comedores escolares que permitieron alimentar a la infancia durante aquel periodo de tremenda escasez. Las innovaciones pedagógicas fueron similares a las realizadas en las colonias escolares: laicismo, coeducación de sexos, enseñanza en catalán, introducción de las técnicas cooperativas de Freinet, formación para el trabajo y creación de huertos escolares⁴¹⁶. Iniciativas similares fueron impulsadas en las escuelas racionalistas valencianas aprovechando la coyuntura de excepcionalidad de la guerra, ya que, como afirmaba el pedagogo Muñoz Congost: «¿Cuándo mejor que hoy? las escuelas van a ser instaladas en pleno campo, huerto, jardín, lugar de esparcimiento, campos de trabajo agrícolas para niños»⁴¹⁷.

11 Sembrando silencio: el discurso agrarista de la dictadura y las huertas del éxodo rural

La victoria del bando nacional en la guerra civil supuso la implantación de una férrea dictadura militar, en la que los intereses de los propietarios de las tierras en el ámbito rural y de la burguesía urbana devinieron hegemónicos. El pluralismo político quedó limitado a los distintos actores y familias del bando vencedor, excluyendo de toda influencia política a grupos sociales como la clase obrera o el campesinado. Se trataba de un régimen represivo que las polémicas historiográficas se debaten en conceptualizar como *totalitario* o *autoritario*, dependiendo del periodo en el que pongan el énfasis. En cualquier caso, no toleraba expresiones de disidencia.

Resulta relevante analizar los primeros años del franquismo, pues están marcados por un discurso fuertemente agrarista que pretende legitimar el nuevo régimen inspirándose en un mundo rural idealizado. El campo y sus imaginarios de sencillez, tradición y paz social sirven para distanciarse del paradigma que, según el bando vencedor, había provocado la guerra civil, centrado en la clase obrera, la industria, la ciudad y el ateísmo. Es en medio de este contexto de reafirmación nacionalcatólica cuando reaparece el discurso sobre los huertos familiares como un referente sobre el que reconstruir la nueva España. ¿Hubo una apuesta realmente agrarista por parte del franquismo? ¿Cuál fue el nivel de desarrollo que alcanzaron las iniciativas de huertos familiares? ¿Hubo alguna relación entre las colonizaciones rurales y las tipologías de vivienda pública impulsadas por el régimen?

Más allá de las palabras y de las propuestas, las políticas efectivas no hicieron más que impulsar la migración campo-ciudad de familias sin tierra que no tenían forma de ganarse la vida. El éxodo rural a ciudades poco acogedoras en tiempos de escasez relegó a las periferias urbanas a buena parte de estas familias procedentes del campo. Habitaban en chabolas que, con el tiempo, se convirtieron en pueblos de casas bajas aislados del centro de la ciudad donde se reactualizaron los imaginarios rurales. Esta “ruralización” de la ciudad implicó el cultivo de pequeños huertos de autoabastecimiento en las periferias.

415 Diario La Vanguardia 1 de julio de 1938.

416 (Cuevas 2010)

417 (Navarro, 2004: 109)

11.1 El *fascismo agrario* y las huertas familiares

El tipo de empresa agraria más perfecto es, sin lugar a dudas, el familiar. En ella encuentra la familia asegurada su continuidad, el trabajo pesa sobre la totalidad de sus miembros en consonancia a su capacidad y el paro estacional no existe, ya que siempre hay un quehacer a realizar. Desde un punto de vista social, la empresa familiar equidista del proletariado y del capitalismo absentista y es, a no dudarlo, el tipo de empresa que proporciona una mayor estabilidad social.

E. Lamo de Espinosa

Una vez que Franco tuvo encarrilada la victoria en la guerra civil, comenzó a perfilar los rasgos generales del régimen que pensaba implantar mediante la promulgación de las primeras leyes fundamentales por las que se regiría. El fuero del trabajo aprobado en 1938, inspirado en la Carta di Lavoro de la Italia de Mussolini, es la pionera y se orienta a regular de forma activa la vida laboral y económica (salarios, vacaciones, precios). Este fuero, influido por el catolicismo y el falangismo en el que la familia devenía *célula primaria natural y fundamento de la sociedad*, aspiraba a dignificar el trabajo, protegía la propiedad, confiaba en la iniciativa privada y daba un fuerte papel regulador al Estado.

Una de las medidas estratégicas que plantea este fuero es la promoción de los huertos familiares, al afirmar que «se tratará de dotar a cada familia campesina de una pequeña parcela, el huerto familiar, que le sirva para atender a sus necesidades elementales y ocupar su actividad en los días de paro». Reminiscencias de la tradicional defensa que habían hecho los grupos católicos de los huertos obreros y que, desde su origen, pasan a formar parte de la retórica discursiva del franquismo.

Algunos historiadores han catalogado este primer periodo del franquismo como fascismo agrario⁴¹⁸, destacando las similitudes que guarda con las prácticas políticas y sociales de la Italia fascista o de la Alemania nazi, como, por ejemplo, la mitificación del campesinado, que sería el encargado de liderar el progreso nacional y de encarnar los atributos de la patria. La agricultura dejaría de ser simplemente «una actividad económica para presentarse como una forma de vida superior. La vida rural es, en los modos de pensar de esta ideología, la esencia de las virtudes étnicas y nacionales de España»⁴¹⁹.

Este discurso, había sido tradicionalmente defendido por entidades como la Falange, pero para otros grupos de interés del conglomerado del bando nacional implicaba únicamente adaptarse a la situación coyuntural. En un contexto de posguerra, donde buena parte de la industria había sido destruida y existía una notable carencia de obreros cualificados, la autarquía ocupa la centralidad de una economía agraria de tipo industrial⁴²⁰. Una apuesta que respondía más a la urgencia de reabastecer de alimentos a las ciudades y de reactivar inmediatamente la economía que a profundas convicciones ideológicas.

418 (Sevilla Guzmán y González de Molina, 1989)

419 (Ibíd.)

420 (Naredo, 1975)

El Instituto Nacional de Colonización (INC) fue fundado en 1939 como el organismo encargado tanto de la reconstrucción de las zonas rurales devastadas durante la guerra, como de colonizar espacios interiores con un potencial agrícola significativo. Además de estas funciones, era el máximo responsable de la creación de los miles de huertos y parcelas familiares, que sentarían las bases materiales para la reconstrucción de una nueva España. Aunque estas fueron sus declaraciones formales, la primera actividad que desarrolló el INC fue devolver las fincas expropiadas durante la II República y la guerra civil a sus antiguos propietarios. Toda una declaración de intenciones.

Tanto mediante la ley de Colonizaciones e interés local⁴²¹ como con el decreto para el establecimiento de huertos familiares y para su aprovechamiento comunal⁴²² se define en detalle lo relativo a los huertos familiares: las fincas obtenidas por el INC pueden ser adjudicadas a los ayuntamientos para la explotación individual en huertos familiares o como bienes comunales. Los terrenos pueden ser en régimen comunal si las fincas que adquiere el INC no son aptas para dividirlos en parcelas, o cuando no son cultivables pero sus «producciones espontáneas las hagan especialmente idóneas para su aprovechamiento comunal». El decreto también establece que «cuando el inmueble sea apto para el establecimiento de huertos familiares, el disfrute de éstos mediante el abono de un pequeño canon a obreros agrícolas cabezas de familia que con el cultivo de dicha clase de unidades, podrán obtener productos de consumo directo que complementen su modesta economía familiar y encontrarán empleo a su actividad laboral durante los paros estacionales»⁴²³.

Los huertos familiares se definen del siguiente modo:

[...] Tendrá la consideración legal de huerto familiar toda pequeña parcela de regadío próxima a un poblado en la que una familia campesina pueda obtener empleando en su cultivo las horas libres de trabajo, productos hortícolas con los que atender a sus necesidades elementales de consumo directo. [...] La extensión de los huertos estará comprendida entre 5 y 20 áreas, en secano la equivalencia será fijada por el Ministerio de Agricultura». Y concreta que el canon anual de disfrute «en ningún caso podrá ser superior al 2% de la suma del precio de adquisición de la tierra y el costo de las obras o mejoras»⁴²⁴.

Según un folleto informativo editado por el INC en 1945, los huertos familiares se situarían en una parcela que podría llegar a ser propiedad del campesino mediante el pago de una cuota anual. El cuidado del huerto se debía realizar en las horas libres de los miembros de la familia, sin desatender sus ocupaciones habituales. Para ello los cultivos debían ser variados (verduras, hortalizas, frutas, piensos y forrajes) y estar distribuidos a lo largo del año, de modo que su cuidado no interfiriera con

421 Ley de Colonizaciones e Interés Local 25 de noviembre de 1940.

422 Decreto del Ministerio de Agricultura, de 12 de mayo de 1950 de cesión de fincas a Ayuntamientos, para el establecimiento de huertos familiares o para su aprovechamiento comunal (B.O.E. 14 junio).

423 (Ibíd.)

424 (Ibíd.)

los momentos de cosecha de las grandes propiedades locales y aliviara así el paro estacional, procurando una mayor estabilidad social.

El INC destaca las ventajas que ofrecen estas iniciativas. Las sanitarias, por la variedad de alimentos que reportan; las de carácter ideológico, que ellos denominan “social”, dirigidas a «despertar la idea de propiedad en el mayor número posible de españoles»; las económicas, por el ahorro en el transporte y las de carácter nacional por el descenso de la mortalidad infantil, y porque servían como escuela de regadío para futuras colonizaciones. En el folleto editado se detallan las características que deben tener los huertos según la región en que se sitúen, definiendo la superficie y distribución, el tiempo de trabajo familiar, los productos para consumo y venta, el calendario anual, y el diseño de los cerramientos y elementos interiores.

[...] Ahora, en los pueblos donde la Falange dio huertos familiares, todo es distinto. La alegría domina. El aspecto desolador y miserable ha desaparecido. Quedan los pueblos sucios y descuidados, pero, en el rostro de los obreros, antes hambrientos y resentidos, hay ahora una señera alegría, la tranquilidad por saber sus hogares a salvo del hambre y la gratitud al Caudillo, que ha hecho posible este milagro falangista y provinciano»⁴²⁵.

Se crearon 5.000 huertos en Salamanca, 1.200 en municipios de la provincia de Córdoba, 1.600 en la provincia de Murcia... en los que se conseguía fijar una clase campesina, ni demasiado pobre ni demasiado rica, alegremente adscrita al servicio de la Patria⁴²⁶.

El discurso de los huertos familiares jugó un importante papel ideológico y propagandístico a la hora de promover la adhesión al régimen. Estas iniciativas transmitían una imagen de estabilidad social, de preocupación por los sectores vulnerables, a la vez que configuraban unos imaginarios políticos afines. Una estrategia descrita así por M. Brugarola, uno de los principales teóricos de la sociología agraria de la época:

[...] El huerto familiar crea un sentido conservador, que se infiltra sin duda al que posee un mínimo de vida, que le hace poco propicio a adoptar soluciones extremistas para salir de su angustioso estado⁴²⁷.

El NO-DO dedicó algunos capítulos a los huertos familiares, algunos de los cuales fueron inaugurados por el mismo Franco. En uno de esos actos, afirmó:

[...] He venido a Villafranca muy complacido a ver esta obra de los huertos familiares, una más de las muchas que en la superficie de España está creando el Movimiento Nacional. Esta es la demostración de que nuestro Movimiento es constructivo, creador, que ha venido a revolucionar España; que como prometió desde los primeros días de nuestra Cruzada, concede el Pan y la Justicia»⁴²⁸.

425 (Falange JONS, 1943)

426 Diario ABC 1 de octubre de 1941.

427 (Brugarola, 1950: 61)

428 Diario La Vanguardia 1 de mayo de 1953

Más allá de la retórica, si algo evidenciaron tanto el proceso de colonización interior como el programa de huertas familiares, fue la falta de voluntad de redistribuir mínimamente la propiedad de la tierra, cediendo ante las posturas obstruccionistas y especulativas de los grandes propietarios. El INC promulgaba ideológicamente un discurso sobre la soberanía del campesinado mientras simultáneamente apostaba por desarrollar un modelo económico capitalista en el campo que beneficiara a los grandes propietarios, mediante la disciplina y el sometimiento de los jornaleros sin tierra. Las cifras revelan que entre 1939 y 1951 el número de campesinos instalados por el INC no llegó a los 23.000, lo que no supone ni un 0,2% del total de campesinos sin tierra. Estas cifras contrastan también con las 700.000 personas que, según los censos de migración, se trasladaron del campo a la ciudad⁴²⁹.

La contradicción entre los discursos y las prácticas, entre el valor que jugaban en el imaginario las huertas familiares y su impacto sobre la realidad, permiten afirmar que su alcance general fue muy limitado. Estos programas de colonización y huertos familiares no frenaron lo más mínimo la crisis de la agricultura tradicional, ni el éxodo permanente de la población campesina a las ciudades en busca de mejores oportunidades⁴³⁰.

11.2 Entre el sueño del anillo verde de Madrid y el temor a los suburbios: la agricultura doméstica

Un siglo de importación democrática y liberal ha causado grandes lesiones, por lo que lo mismo que nuestro Ejército ha terminado con la invasión política, nosotros, ejército de paz vamos a terminar con un siglo de liberalismo urbano.

P. Bidagor

La reconstrucción de Madrid abrió discusiones en el bando vencedor, donde se debatía si quitarle la capitalidad como escarmiento por su resistencia y trasladarla a Sevilla o, por el contrario, hacer de la ciudad la capital imperial con la que el Régimen pudiera identificarse simbólicamente. Finalmente se impuso la reconstrucción, que tomará forma con el Plan Bidagor de 1941, que evidencia la persistencia y ambivalencia de los discursos agraristas y ruralizantes en entornos netamente urbanos.

Uno de los principales teóricos de este urbanismo agrario fue el arquitecto César Cort, que escribió el primer libro de urbanismo de la posguerra: *Campos urbanizados y ciudades ruralizadas*, en el que presenta la noción de ciudad rural moderna. Un discurso que cruza los postulados descentralizadores y ruralistas de la ciudad jardín con el clasicismo y las propuestas fascistas, dando lugar a una ciudad de crecimiento limitado, vinculada a ciudades satélite separadas por espacios agrícolas y parques.

[...] Habrá, por lo tanto, un núcleo urbano fundamental, representado por el primitivo casco de la ciudad y una serie de núcleos secundarios o satélites que debidamente relacionados entre sí y con el principal, constituirán la urbe

429 (Sevilla Guzmán y González de Molina, 1989)

430 (Gómez, 1999).

moderna (...). Cada núcleo tendrá fijada su extensión límite, quedará rodeado de terrenos que permanentemente han de dedicarse a la agricultura y que pueden destinarse a parques públicos en las zonas de contacto con las edificaciones. Las zonas agrícolas se comunicarán ampliamente entre ellas, porque las que afectan y limitan un núcleo satélite han de quedar en contacto con las que rodean a los demás⁴³¹.

Siguiendo esta estela y también influenciado por las propuestas del *regional planning* inglés, presente en los debates urbanísticos de la II República, Bidagor traza un plan que ordena el territorio circundante a la ciudad, buscando intervenciones más coherentes y aspirando a que el plan pudiera ser una propuesta funcional para un periodo de unos 40 años. Además, incorpora como elemento vertebral del proyecto la noción de cinturones verdes, que sirven para limitar la expansión de la ciudad y zonificar los crecimientos posteriores. Bidagor plantea que Madrid debería rodearse de dos anillos verdes. El primero contendría en su interior la ciudad consolidada, aislándola de la franja de penumbra que componen los suburbios y antiguos barrios obreros y de los nuevos desarrollos en forma de ciudades satélite relativamente autónomas. El segundo anillo delimitaría las zonas futuras de expansión y los espacios agrarios que abastecerían Madrid.

El plan priorizaba la reconstrucción de la ciudad consolidada realizando intervenciones simbólicas que reforzaran la capitalidad, las funciones directivas o la fachada imperial del Manzanares. Un diseño que tenía la voluntad manifiesta de proyectar el desarrollo de la ciudad a largo plazo, fantaseando con unas pautas de crecimiento más pausadas, que favorecieran el reequilibrio territorial y que protegieran las zonas agrarias de mayor valor productivo.

El plan, contemplado en su conjunto, era una mezcla de proyecto de reforma interna y de proyecto de colonización al pensar no solo la reconstrucción de la ciudad, sino también el modelo para expansiones futuras. Un modelo que, además, tenía la virtud de segregar las zonas potencialmente conflictivas bajo una retórica de ruralización y contención del modelo urbano.

[...] Y efectivamente, en alguna de las versiones entonces elaboradas, el anillo verde se transformaba en una amplia zona incluida en un radio de unos 25 kilómetros en la que se podrían asentar hasta 200.000 familias, a cada una de las cuales correspondería un huerto familiar de 10 áreas. Con este programa, que convertía los planes de urbanización en proyectos de colonización, se acabaría simultáneamente con el hacinamiento de Madrid y con las absurdas aglomeraciones de los pueblos limítrofes y se llevarían a la práctica las declaraciones V y VII del Fuero del Trabajo, que preveían la proliferación de huertos familiares. Era, sin necesidad de que lo explicitara, un alarde de imaginación «puesta al servicio apasionado de la armonía entre la ciudad y el campo»⁴³².

431 (Cort, 1941)

432 (Santos Julia, 2008: 124)

Más allá de la retórica ruralista que impregnaba el Plan Bidagor, asistimos a la construcción de colonias de vivienda protegida que incorporan en su diseño un pequeño huerto. Una forma de mostrar cómo la filosofía y las tipologías edificatorias que serían paradigmáticas del INC, para la reconstrucción de municipios destruidos durante la guerra o para colonizar zonas de interés agrícola, terminan influyendo tímidamente en organismos netamente urbanos como el Instituto Nacional de Vivienda (INV) o la Obra Sindical del Hogar. El diseño de los nuevos núcleos satélite, construidos en el segundo anillo de la ciudad se inspirarán en los núcleos agrícolas desarrollados por el INC⁴³³.

El primer proyecto elaborado por los servicios técnicos de la Falange se denomina primer poblado de la Nueva España, y es una suerte de ciudad satélite de viviendas unifamiliares con huerto ubicado en el cerro de Palomeras, en Vallecas⁴³⁴. Este proyecto nunca se llegaría a construir pero serviría de referencia para las primeras promociones de viviendas que se edificaron en 1939, en los actuales barrios de Tercio Terol y San Fermín, siguiendo el patrón de los núcleos agrícolas. Viviendas unifamiliares que incorporan un patio pensado para tener algunos animales, como gallinas, o pequeños huertos para el abastecimiento doméstico de verduras y hortalizas.

Impulsados desde el INV, que controlaba la Falange, estos núcleos de vivienda fueron concebidos como pequeños núcleos autosuficientes que se ubicaban en el borde del segundo anillo de la ciudad, sin relación con el casco urbano, dirigidos a obreros cualificados de la capital que, sin embargo, no tenían que vivir en ella⁴³⁵.

En Tercio Terol se construyen 640 viviendas protegidas y unifamiliares de 42 metros cuadrados de superficie. Los huertos se orientaban hacia el borde del anillo verde proyectado, de forma que, junto a la masa arbórea que rodearía el nuevo núcleo, sirvieran de límite que diferenciara la ciudad planificada y los arrabales de Carabanchel. En el caso de San Fermín, se trataba de la reconstrucción de una colonia de casas baratas⁴³⁶ construida por la cooperativa La Popular Madrileña en los años veinte y destruida durante la guerra. El proyecto mantenía el novedoso trazado original que contemplaba un huerto en cada vivienda⁴³⁷.

Posteriormente, algunas de las intervenciones del Plan Bidagor que implicaban reordenar zonas ocupadas por infravivienda continuaron promoviendo esta tipología. Una de ellas se construyó en 1948 en la barriada de La Ventilla, donde se levantaron viviendas unifamiliares con huerto o corral. Las estrategias de economías domésticas que complementarían el racionamiento eran recurrentes durante este periodo (palomares, huertos corrales, cría de cerdos), por lo que no extraña que

433 (Sambricio, 2004)

434 (Terán, 1976)

435 (Ibidem.)

436 Las casas baratas fueron casas de propiedad o de alquiler edificadas, acogiéndose a legislación específica, durante el último tercio del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, con ayudas oficiales o préstamos de bajo interés, y dirigidas a la clase obrera.

437 (Terán, 1976)

algunos de estos barrios acabasen teniendo formalmente un aspecto semirural⁴³⁸.

Este discurso ruralista, cargado de idealismo, aspiraba a condicionar el desarrollo urbano de Madrid, imaginando una suerte de ciudad conformada por un conglomerado de pueblos.

[...] Un nuevo sistema de riegos, cuyos trabajos van ya muy adelantados, elevará las aguas del Jarama y las filtrará, y así los pueblos de Canillas, Canillejas y la Ciudad Lineal se verán transformados en un oasis de verdor, cuajados de huertas que colocarán el abastecimiento de Madrid—la imprescindible materia prima—a ocho kilómetros de su corazón. Se podrá, como muestra, recolectar 250.000 kilogramos de patatas, y se intentará la intensificación del cultivo del olivo y la vid. Vino, patatas, aceite... Esto, por obra y gracia de los técnicos del «Nuevo Madrid»⁴³⁹.

El crecimiento descontrolado de los barrios de chabolas, que salpican los espacios libres hasta conformar un cinturón alrededor de Madrid, acaba por convertir en una quimera el proyecto de anillo verde y sus espacios agrícolas. La anexión de los municipios limítrofes a la capital en 1948 y los planes de urgencia social de 1954, orientados a construir viviendas destinadas a los grupos sociales más vulnerables, fueron intervenciones que trataron, de forma infructuosa, de controlar la proliferación de los suburbios.

La pérdida de influencia de Falange en las luchas de poder desatadas entre familias del Régimen, el incipiente desarrollo industrial, la inviabilidad del Plan Bidagor, la urgencia de los problemas de alojamiento y el impacto creciente de los imaginarios urbanos erosionaron, pero no agotaron, el discurso agrarista. Este desgaste se tradujo en el abandono casi definitivo de las tipologías de vivienda con huerto en los futuros Poblados de Absorción y Poblados Dirigidos. En un ejercicio de perseverancia ideológica, en 1956 todavía se impulsa alguna experiencia de Poblados Agrícolas en las proximidades de Madrid, como el de Orcasitas, donde se construyen 380 viviendas orientadas a la población procedente del éxodo rural.

[...] Los Poblados Agrícolas, como el de Orcasitas, pretendían que la población de origen rural conservara alguna de sus actividades agrícolas, compaginándolas con el nuevo empleo en la ciudad, para que su adaptación fuera menos brusca; por tanto, las viviendas disponían en su programa de una cuadra donde podría haber un carro y una caballería, y además, tenían un patio que servía de corral. Los Poblados Agrícolas cuya concepción era más ideológica que real, fueron ocupados en parte por traperos que aún utilizaban la cuadra, y en la mayoría de los casos, ésta fue transformada en una habitación más casi desde un principio⁴⁴⁰.

438 (Lopez, 2002)

439 Diario La Vanguardia 21 de Mayo de 1944

440 Ver *Estudio sociourbanístico de nueve barrios de promoción oficial de Madrid* de Luis Moya Disponible en: http://oa.upm.es/11005/1/Estudio_socio-urban%C3%ADstico_nueve_barrios.pdf

El sueño falangista de una ciudad contenida por anillos verdes con espacios agrícolas de proximidad y donde la agricultura doméstica fuese una de las actividades más populares de los barrios se desvaneció con el paso del tiempo y por las imposiciones de la tozuda realidad. Ya solo quedaba el miedo a las periferias, que escapaban a cualquier ejercicio de control. Suburbios donde, paradójicamente, se reinventaba un estilo de vida a caballo entre lo rural y lo urbano.

11.3 Los suburbios y las huertas del éxodo rural

La limitada llanura aparecía completamente ocupada por aquellas oníricas construcciones confeccionadas con maderas de embalaje de naranjas y latas de leche condensada, con láminas metálicas provenientes de envases de petróleo o de alquitrán, con onduladas uralitas recortadas irregularmente, con alguna que otra teja dispereja, con palos torcidos llegados de bosques muy lejanos, con trozos de manta que utilizó en su día el ejército de ocupación, ... con los ladrillos de "gafa" uno a uno robados en la obra y traídos en el bolsillo de la gabardina, con adobes en que la frágil paja hace al barro lo que las barras de hierro al cemento hidráulico, ... con latas amarillas escritas en negro del queso de la ayuda americana, con piel humana y con sudor y lágrimas humanas congeladas.

L. Martín Santos

Abandonar el campo durante la posguerra para trasladarse a las grandes ciudades suponía, para miles de personas, un desesperado intento por encontrar un futuro. Una marcha que debía de sortear múltiples obstáculos, como la obligatoriedad de presentar salvoconductos de circulación interior⁴⁴¹. Dificultades añadidas a las incertidumbres que debían de enfrentar al mudarse a entornos urbanos castigados por la pobreza y la necesidad y donde, generalmente, no eran bienvenidos.

La dureza y el drama que esperaba a las personas procedentes del éxodo rural tras la llegada a las ciudades fueron retratados en el cine en títulos como *Surcos*, de 1951, una de las películas mejor valoradas de la historia del cine español y que narra la difícil llegada a Madrid de una familia campesina. Una peripecia vital en la que afrontan el rechazo, la incompreensión, el engaño y la explotación a la que son sometidos en la economía informal ante la dificultad de encontrar un empleo y el problema de acceso a la vivienda, para finalmente terminar retornando al pueblo del que nunca debieron salir.

La película, que describe con enorme realismo social las dificultades de la vida urbana de la época, termina asociando la ciudad a imaginarios y estilos de vida corruptos e inmorales. No es de extrañar, ya que entre los productores había varios falangistas que volcaron en la película sus fantasmas sobre lo urbano y la idealización de la vida rural. Una advertencia que no podía competir con la carencia de expectativas de la población rural, especialmente la de los jornaleros sin tierra que

441 Un certificado de buena conducta que emitían las autoridades locales a quienes confirmaban adhesión ideológica al régimen.

se trasladaban por miles a las ciudades.

El aterrizaje de estos desplazados en las ciudades solía producirse en viviendas de familiares o vecinos, que los acogían temporalmente, para posteriormente mudarse a habitaciones subarrendadas y, por último, una vez conformaban una unidad familiar, terminar generalmente habitando las chabolas o casas bajas de los suburbios. Estos asentamientos crecieron a partir de los años cuarenta, mediante las reparcelaciones ilegales de suelos rústicos donde iban autoconstruyendo sus viviendas.

El crecimiento de los suburbios suponía una amenaza por la concentración de población de extracción obrera y popular, que convivía y compartía las necesidades más elementales. Este miedo lo explicaba perfectamente José M. Díaz Soler, Concejal del Ayuntamiento de Madrid en 1957.

[...] El Madrid actual, extramuros de aquellos pegotes de sus ensanches, crece armonioso y arrollador. Pero tengamos cuidado; es preciso poner ya límites a ese crecimiento, porque no podemos hacer de Madrid, no debemos hacer de nuestra capital un monstruo. [...] De aquí que sea imperiosa la política consistente en dejar a Madrid quieto ya, no extenderlo más, no industrializarlo más; no hacerlo más incómodo ni más obrerista ni más suburbano. Sí, en cambio, confortarlo hacia dentro, más sano y alegre en su interior, más necesitado de reforma interior que de expansión. Y en cambio, tonifiquemos la provincia, hagamos cómoda y alegre la vida del obrero en la provincia [...] retornar a su origen a los que vinieron sin causa ni medios económicos de subsistencia... limitando, digámoslo claro, no la libertad de los españoles, sino la licencia o libertinaje que consiste no en el limpio ejercicio a fijar su residencia en el punto que deseen sino en el éxodo gregario, a veces impuro, a veces angustiado por la necesidad del campo a la metrópoli, de la provincia pobre a la gran urbe...⁴⁴².

El desarrollo de estos núcleos de urbanismo improvisado se consolidó como una dinámica imparable a lo largo de la dictadura, a pesar de los esfuerzos por canalizarla mediante la improvisada y siempre insuficiente construcción de poblados de absorción y dirigidos. El Plan de Urgencia Social de 1957 cifra en 50.000 el número de chabolas existentes en Madrid, de las cuales en 1973 todavía pervivían 35.000, un hecho que no puede desligarse de su dimensión funcional como alojamiento de la mano de obra del incipiente desarrollo industrial.

Segregados de la gran ciudad, agobiados por la inseguridad jurídica en la propiedad de sus viviendas, sin infraestructuras o acceso a servicios urbanos básicos (agua, saneamiento, luz, transporte), ni a dotaciones educativas y sanitarias constituían una ciudad paralela que había sido autoconstruida por sus habitantes. Vecinos de procedencias y trayectorias laborales similares, con problemas cotidianos comunes que se autoorganizaban para resolverlos (agua, basuras, movilidad, cuidado de niños y parientes), biografías compartidas que alimentaron un fuerte sentido comunitario.

Estos barrios de chabolas y de casas bajas ruralizaron la ciudad de forma distinta

a la prevista oficialmente, puesto que sus habitantes trasladaron buena parte de los hábitos y estilos de vida de sus pueblos de origen a las periferias de una ciudad que les daba la espalda. Las casas bajas enclavadas, los corrillos de sillas en la calle al atardecer, las primeras fiestas populares vinculadas a las romerías, las dinámicas de trabajo comunitario para construir infraestructuras o acondicionar espacios... hacían que la estampa de estos suburbios se pareciera más a la de los pueblos que a barrios de una ciudad como Madrid.

Las principales barriadas de casas bajas y chabolas, ubicadas en Palomeras y Orcasitas, nacen de las parcelaciones ilegales de fincas agrícolas asentadas en tierras de cultivo, generalmente de secano. Ya sea por esa influencia del suelo o por la tradición traída del campo, en estas zonas de casas bajas fueron apareciendo esporádicamente pequeños huertos y gallineros.

La casualidad hizo que estos hortelanos de suburbio se localizaran en algunos de los espacios donde se habían proyectado emblemáticas intervenciones de la Falange para ruralizar Madrid, entre otros en el Primer Poblado de la Nueva España proyectado en Palomeras y el último Poblado de Absorción Agrícola de Orcasitas. Barriadas que pasaron de representar el sueño falangista a acoger en sus calles de barro un estilo de vida marcado por las carencias y las necesidades compartidas, la densidad de las relaciones sociales y unas dinámicas comunitarias que dieron origen al nacimiento del movimiento vecinal.

El mayor asentamiento de la capital, con cerca de 12.000 chabolas y casas bajas, se encontraba en la zona de Palomeras, en Vallecas. Las casas más antiguas y grandes disponían de un pequeño patio en el que generalmente crecían parras e higueras y, aunque seguramente muchos de sus habitantes deseaban plantar huertas, debían conformarse con la mucho más común instalación de gallineros para aves de corral. Dada la escasez de arroyos en esta zona de la capital, solo algunas viviendas cercanas a fuentes públicas llegaron a tener huertos aunque se podían encontrar algunos ejemplos como la huerta del Hachero, activa en los años cincuenta y sesenta, un referente del barrio que acabaría dando nombre a toda la zona.

Otro de los asentamientos emblemáticos de chabolas y casas bajas de la capital era la zona de Orcasitas, un área agrícola histórica. Un espacio orientado principalmente a la producción de cereales, como cebada o trigo, legumbres y que contaba también con algunas huertas⁴⁴³. Entre estas destacaba una zona verde protegida por los anillos del Plan Bidagor, la pradera de Pradolongo, que continuaba siendo pastizal para rebaños de ovejas y que acogía una zona de huertas no muy extensa que regaban con aguas subterráneas próximas a la superficie. Una de ellas era la huerta de Rufino, que tenía un espacio de cultivo más amplio que permitía vender parte de la producción al vecindario⁴⁴⁴.

Cerca de la actual carretera de Toledo había otra zona de pequeños huertos orientados al autoabastecimiento, pues por allí discurría un arroyo procedente de los altos de Carabanchel, que posteriormente fue canalizado por un colector. A

442 (López, 2002: 306)

443 (VV.AA. 1980)

444 Entrevista a Felix Lopez Rey, fundador de la A.V. Orcasitas.

partir de los años sesenta se fueron asentando más familias en esta zona en la que convivían precarias chabolas con algunas huertas que eran regadas con las aguas del colector⁴⁴⁵, polígonos de promoción pública, algunas parcelas agrícolas y casas bajas con patio, dando forma a un curioso mosaico.

[...] Lo típico de las parcelas de Orcasitas era que tuvieran una superficie de 10x20 metros de fondo o 5x20, eso según los olivos que habías vendido en el pueblo. Nosotros al principio teníamos patio, donde pusimos un pequeño gallinero y un modesto huerto. Algo común entre los afortunados que tenían patio era poder disponer de un huertito⁴⁴⁶.

Félix López Rey, uno de los impulsores del movimiento vecinal de Orcasitas, explicaba así la dureza de la vida cotidiana en estos barrios de casas bajas: «El hombre había llegado a la Luna y nosotros cagábamos en una lata». Una afirmación que, además de describir las desigualdades sociales de aquel Madrid, a donde no llegaban el agua ni el saneamiento, sirve para introducir otra anécdota. En Orcasitas el vecindario se organizaba para arrojar sus excrementos en una serie de puntos del barrio, de forma que afectara lo menos posible a la salubridad. Posteriormente, una vez o dos al año los hortelanos de Leganés, Parla o Villaverde acudían a recogerlas para usarlas como estiércol. Anécdota que encarna el triste verso del poeta Dámaso Alonso: «Madrid ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?».

Estas huertas suburbanas convivían con las huertas tradicionales que se habían conservado principalmente en las estribaciones del Manzanares y de los arroyos que desembocaban en él, como el arroyo Abroñigal, en Vallecas, y el arroyo Butarque, en Villaverde. Estas huertas productivas cultivadas por vecinos de las barriadas continuaron abasteciendo la capital y proveyendo los mercados locales de verduras y hortalizas hasta que, con el paso del tiempo, fueron desmanteladas por la expansión de la ciudad y sus infraestructuras.

En este mismo periodo otras grandes ciudades siguieron dinámicas similares a la madrileña. Las parcelaciones ilegales de fincas agrícolas en la periferia se destinaban a acoger los asentamientos de chabolas en los que se alojaba la población trabajadora llegada del campo. Barriadas donde las precarias y pequeñas edificaciones incorporaban espacios destinados al huerto en cuanto las condiciones lo permitían y que se reprodujeron en Bilbao y en los barrios de *coreas* y *barraques* estudiados en la provincia de Barcelona⁴⁴⁷.

En Bilbao, además de las parcelas tradicionalmente agrícolas como la campa de los ingleses, también se convirtieron en destino de las familias procedentes del éxodo rural los montes cercanos a la ciudad como Archanda, Banderas, Cabras.... En 1960, según estadísticas publicadas por *La Gaceta del Norte*, 26.314 personas habitaban 4.987 chabolas ubicadas en diferentes puntos de Bilbao⁴⁴⁸. Una realidad que plasmó el

documental *amateur* de Policarpo Fernández *¿Bilbao?*, de 1962, y *Ocharcoaga*, otro documental encargado al director Jorge Grau por el Ministerio de Vivienda en 1964 con motivo de la construcción del Poblado Dirigido de Ocharcoaga⁴⁴⁹.

Estos documentos audiovisuales, algunas fotografías de la época e historias de vida recogidas por los historiadores muestran cómo estos barrios periféricos, que estéticamente oscilaban entre el pueblo rural y la chabola más miserable, mantenían activas amplias zonas de huerta. Pequeñas parcelas destinadas al autoconsumo y a la producción como complemento a los exiguos salarios de las familias migrantes.

445 (Ibidem.)

446 (Ibidem.)

447 (Busquets i Grau, 1999)

448 Diario La Gaceta del Norte, 12 de marzo de 1961

449 (Bilbao, 2008)

12 Agricultura en las fronteras urbanas: de los huertos en precario a los huertos de ocio y vecinales

Nuestras ciudades, debido a sus particularidades históricas (industrialización y éxodo rural tardíos, crecimientos urbanos que desbordan constantemente los intentos de planificación, dictadura prolongada, pervivencia del chabolismo), no han tenido una vinculación con la agricultura urbana que pudiera asemejarse a la de otras ciudades europeas hasta entrados los años ochenta.

La Transición supuso un proceso de renovación tanto del sistema político, con la consolidación de la democracia, como del sistema productivo, con la terciarización de la economía y la reconversión industrial. Una serie de reformas que se realizan en un contexto de severa crisis socioeconómica, con una tasa de paro que ronda el 25% y se dispara hasta el 35% en la juventud, así como de profunda transformación de los entornos urbanos y sus estilos de vida.

Impulsados por el movimiento vecinal y asumidos por los primeros ayuntamientos democráticos, se dan extensos procesos de regeneración urbana en las principales ciudades. Planeamientos urbanos que incorporan criterios sociales en su definición como la remodelación de barrios populares y el acceso a la vivienda, el reequilibrio territorial mediante inversiones que paliasen los déficit de equipamientos e infraestructuras, impulso de las zonas verdes y puesta en marcha de servicios públicos municipales.

Estas transformaciones espaciales irían acompañadas de nuevos fenómenos sociales como el desarrollo de nuevos movimientos sociales urbanos (ecologistas, objeción de conciencia, LGTB, radios libres). Amplios sectores de estos movimientos alternativos y contraculturales apostaron por la vuelta al campo y las comunas rurales. Esta dinámica neorrural alimentó una amplia oferta de literatura especializada sobre horticultura y la edición de revistas que dinamizaban estos procesos (*Alfalfa*, *Ajoblanco*, *Bicicleta*, *Integral*), y que materializó las primeras experiencias de agricultura ecológica o los pioneros ensayos sobre canales cortos de comercialización. Discursos y prácticas alternativas que, sin embargo, dejaban fuera de la agenda las cuestiones relacionadas con la agricultura urbana.

Es en este periodo de incipiente democracia, crisis económica, renovación urbana y de irrupción de nuevos imaginarios cuando proliferan en las principales ciudades los huertos en precario en riberas y zonas baldías. Miles de huertos surgen de forma informal en los espacios donde finalizaba la ciudad, localizándose principalmente en sus intersticios periurbanos. Prácticas que desembocarán tímidamente en las primeras políticas públicas de agricultura urbana, de la mano de los huertos de ocio. La formalización de estas primeras iniciativas y su proliferación posterior coinciden con el despegue de un nuevo ciclo expansivo del mercado inmobiliario, una burbuja construida a costa de las tierras más fértiles y de muchos espacios agrícolas periurbanos que todavía quedaban en activo.

12.1 Cultivar en tierra de nadie y de todos: los huertos informales o en precario

El huerto es el cortijo del pobre, la parcela del parado, el falso chalet y jardín del obrero que no puede comprar en una urbanización, la zona verde privada del jubilado.

M. Gaviria y A. Baigorri.

La puesta en marcha de los procesos de regeneración urbana favoreció un conocimiento más exhaustivo de las ciudades ya que, hasta entonces, los saberes se restringían generalmente a las zonas urbanizadas obviando los espacios libres y mostrando cierta despreocupación por lo que sucedía una vez acababa la última línea de edificios y comenzaban los solares.

El espacio periurbano de las áreas metropolitanas era una zona de penumbra que la ordenación del territorio no regulaba y donde la aplicación de la legislación se hacía más laxa. Durante la Transición la arquitectura institucional y la normativa urbanística están en fase de transformación y consolidación, lo que permite que estos espacios menos centrales se conviertan en refugio de diversas irregularidades (urbanizaciones, canchas deportivas e industrias ilegales) y de miles de ocupaciones de espacios de dominio público en las veredas de ríos y arroyos para montar huertos.

Esta dinámica social se intensifica a partir de la crisis económica e inmobiliaria de los años ochenta, cuando parados y pensionistas proceden a la ocupación de parcelas en las periferias de las grandes ciudades para destinarlas a huertos urbanos. Una fórmula de ocio productivo que permite pasar activamente el tiempo libre a la vez que se satisfacen necesidades al complementar con verduras y hortalizas la cesta básica de la compra.

Decenas de miles de huertos proliferaron de forma espontánea en el conjunto de nuestra geografía dando lugar a un fenómeno de cierta relevancia social que se llegó a colar en la agenda mediática y en las políticas públicas. El tratamiento ofrecido por la prensa oscilaba entre el romanticismo y la alarma social, generada por el riesgo de salubridad de las aguas de riego y por el hecho de que pudieran servir como tapadera para el desarrollo de parcelaciones de suelo rústico orientadas

a la construcción de urbanizaciones ilegales⁴⁵⁰. Esta efervescencia fue retratada de forma extraordinaria en películas como *Dos mejor que uno*, una comedia de Ángel Llorente estrenada en 1984 que narra las peripecias de un grupo de vecinos que deciden plantar tomates en un solar abandonado propiedad de un banco.

En Madrid, la entidad que intentó solucionar el conflicto de las ocupaciones de huertos fue la Comisión de Planeamiento y Coordinación del Área Metropolitana (COPLACO), encargada de estudiar la estructura metropolitana, que abarcaba 23 municipios, incluida la capital, y la coordinación de sus respectivos planeamientos urbanísticos. Desde los años setenta, es dirigida por un equipo joven con fuertes inquietudes sociales y ambientales, liderado por Ramón Fernández Durán, que planteará el desarrollo de dinámicas participativas en el planeamiento. En 1983 COPLACO encarga una investigación sobre el espacio agrícola periurbano madrileño que coordinarán Mario Gaviria y Artemio Baigorri. Un trabajo orientado a catalogar y a pensar estrategias para poner en valor la actividad agraria del cinturón periurbano, donde todavía quedaban agricultores tradicionales, buena tierra de cultivo y una ciudad próxima que abastecer.

Además de ofrecer una exhaustiva descripción de la agricultura periurbana y de sus posibilidades de reactivación, la investigación muestra el impacto de los huertos informales. Lo sorprendente no es la existencia de estos espacios, ya conocida, sino su elevado número, lo que evidencia la persistencia de una demanda social insatisfecha de tierras de cultivo. Esta investigación censa más de 1.300 huertos en el área metropolitana, por lo que se convierten en una de las líneas estratégicas en torno a la cual realizar recomendaciones y formular propuestas para regular el acceso a tierras mediante la fórmula de los huertos de ocio⁴⁵¹.

Los huertos metropolitanos son reconocidos como un fenómeno relevante y se valora positivamente el papel que han jugado los hortelanos en la recuperación de espacios degradados, así como la dimensión económica aportada por algunos de los grupos sociales más vulnerables ante la crisis, como los parados y jubilados:

[...] Los hortelanos mejoran el suelo, quitan los escombros, inventan sistemas de riego, construyen vallas y casetas con materiales reciclados y producen alimentos para el autoconsumo. Parte de ellos necesitan los huertos para comer y, además, se entretienen, algunos de ellos venden incluso sus excedentes en el propio huerto o en los pueblos. El huerto es un refugio para parados, jubilados y marginales: «con cuatro durillos que saco en el huerto y cuatro que no me gasto en el bar tengo ocho»⁴⁵².

El perfil que caracteriza a los hortelanos que ocupan estos espacios para impulsar huertos responde al de las personas llegadas a la ciudad unas décadas antes procedentes del éxodo rural, mayores, con escasos recursos económicos y bajos

niveles formativos. Personas con empuje e ingenio, acostumbradas a buscarse la vida de forma autónoma, que trabajaron en diversos oficios y nunca olvidaron su extracción rural.

[...] Hombres mayores de 45 años, a veces en activo, otras en paro y otras jubilados por invalidez o vejez. Los huertos son algo suburbial, marginal, de pobres, de gente que busca la vida algo individualista. Son gente con una cultura autónoma, cultura de la periferia sin organización ni portavoces. Lo más importante de los huertos en precario es que son un signo social, un indicador del hambre de tierra en una sociedad industrial avanzada como la madrileña, que comienza realmente a entrar en la crisis económica⁴⁵³.

Huertos delimitados con materiales de desecho, somieres y otros enseres que hacen de vallas improvisadas, arquitecturas profanas en forma de casetas de herramientas construidas con maderas procedentes del desmontaje de palés o del sobrante de obras. Un reciclaje de usos del suelo y de materiales constructivos que da lugar a espacios cuya estética oscila entre la sencillez más conmovedora y la cutrez que atemoriza. Paisajes cuya estructura laberíntica y su distribución de suelo, incomprendible para los extraños, solo resulta evidente a los propios hortelanos.

Estas experiencias crecen, al margen de cualquier estrategia comunicativa o de difusión, por contagio y resonancia en conversaciones que se dan en redes informales. «Era una relación de amigos, la clásica cosa de “me he juntado con unos y hemos cogido unos terrenos”, generalmente eran relaciones de vecindad. En algunos casos cuando se consolidaba, llevaba unos años y el huerto estaba arreglado, delimitado, pues aparecían temas como los traspasos y el negocio, pagando cantidades considerables por acceder a una de estas parcelas»⁴⁵⁴.

Tales iniciativas no respondían a ninguna dinámica organizativa o asociativa previa, sino que eran fruto de relaciones espontáneas de convivencia, ya que generalmente los hortelanos compartían biografías y expectativas de vida similares. Las ocupaciones de parcelas, la delimitación de los espacios y la puesta en marcha de las infraestructuras mínimas para los huertos hicieron, sin embargo, que las relaciones cotidianas acabaran adoptando pautas de una organización informal.

Este sedimento de hábitos y costumbres terminan funcionando como código de referencia en la vida cotidiana. La actividad hortícola implicaba compartir algunos espacios de socialización, donde intercambiar informaciones o cotilleos, reconocerse mutuamente y mantener unos mínimos vínculos, por leves que fuesen. En las zonas donde se concentraban mayor cantidad de hortelanos esta necesidad de que se produjera el encuentro terminaba traducándose en la aparición de un bar.

Las referidas dinámicas se formalizaban en la medida en que los hortelanos debían movilizarse para defender los espacios que habían ocupado. Los riesgos de desalojo funcionaban como disparadores para promover intentos de organización, que generalmente eran poco consistentes e informales.

450 Madrid: ABC 18 de noviembre de 1981, Barcelona: La Vanguardia 21 de noviembre de 1981, Valencia: El País 3 de enero de 1981.

451 (Gaviria y Baigorri, 1985)

452 (Ibidem: 43)

453 (Ibidem: 64)

454 Entrevista personal a Gregorio Ballesteros, miembro del equipo de investigación.

La investigación de COPLACO avanzaba en sus conclusiones los riesgos de no intervenir sobre estos procesos, sin romanticismo ni idealizaciones, ya que una deriva bastante previsible era la que transitaba de los huertos al chabolismo.

[...] Los Ayuntamientos temen a los hortelanos en precario porque queda todavía vivo el recuerdo del chabolismo: y los huertos son el nuevo chabolismo de los 80 para gentes que tienen casa y en muchos casos un viejo automóvil, pero que necesitan tierra para su subsistencia. En general en los “huertos metropolitanos” no hallamos césped, ni sauces llorones, ni columpios para niños, ni pasillitos de grava, ni pinos, no encontramos pues el cuadro semiótico que caracteriza a la urbanización y aun a la parcela ilegal de los pobres. Lo que comienza como huerto puede evolucionar hacia una chabola y casa rural con ganadería y almacén de materiales reciclados⁴⁵⁵.

Las propuestas de regulación de estos huertos informales recuperan como referencia las evolucionadas experiencias europeas ochenta y cinco años después de que lo hiciera Joaquín Costa. Los huertos de Francia, Alemania, Inglaterra u Holanda sirven nuevamente de inspiración para formular una pionera propuesta de política pública que concilie el interés general en el uso de la tierra, la gestión de terrenos públicos y la actividad agrícola familiar, mediante el desarrollo de programas de huertos de ocio.

Los huertos informales fueron desapareciendo con la expansión urbana y con la puesta en marcha de algunas políticas públicas de promoción de la agricultura urbana, aunque nunca del todo, ya que en algunos rincones perdidos del espacio metropolitano y de la propia capital se mantenían espacios dedicados a la horticultura informal.

Esta dinámica tuvo eco en otras ciudades con larga tradición hortícola, como las zonas metropolitanas del País Vasco, en las que centenares de huertos informales brotaron en los espacios libres y zonas de ribera; o la ciudad de Valencia que también se sumó al *boom* de los huertos informales en los años ochenta. La coincidencia de este proceso en diferentes puntos de nuestra geografía es una muestra de cómo las crisis económicas suponen un revulsivo para la activación de iniciativas de agricultura urbana. Los rasgos de huertos y hortelanos, la actitud de indiferencia y tolerancia de las instituciones y propietarios del suelo, el trato de los medios de comunicación, eran calcados en las distintas ciudades.

Un artículo de periódico de la época da voz a algunos de estos hortelanos valencianos:

[...] Para mí este huerto es una válvula de escape. Comencé cuando me quedé sin trabajo. Conozco a uno que también cultiva su huerto aquí al lado. El me animó. Un día vine y comencé a cavar la tierra. Saqué los primeros tomates, las primeras lechugas, y como nadie me decía nada cogí unos tableros de la fábrica, que habían tirado, y vallé el huerto. No hacemos mal a nadie y aprovechamos una tierra abandonada. Yo sé que igual un día me levanto y me

455 (Ibídem.)

encuentro con una máquina que arrasa mi huerto. No me importa. Mientras tanto he trabajado y me he distraído⁴⁵⁶.

El caso del área metropolitana de Barcelona también sigue fielmente los patrones que describen la realidad madrileña, aunque a una escala mayor, ya que a principios de los años ochenta las ocupaciones de zonas de ribera y suelo agrícola para instalar huertas se cuentan por miles. Los rasgos de los huertos y los perfiles de hortelanos son muy similares, ya que sus principales impulsores son también inmigrantes llegados de Andalucía o de Extremadura⁴⁵⁷. Las similitudes en el tratamiento mediático recibido resultan sorprendentes, ya que también van desde la mirada nostálgica y positiva de artículos como «Huertos urbanos: supervivientes de otros tiempos resisten el peso del cemento y la tensión ruidosa de la ciudad»⁴⁵⁸ a la producción de alarma social, «75 hectáreas de huertos contaminados»⁴⁵⁹ o las referencias constantes a los huertos informales en relación con las urbanizaciones ilegales.

La mayor presencia de zonas de ribera y una climatología más propicia hacen que, a mediados de los años ochenta, la totalidad de los municipios del cinturón industrial barcelonés convivan con áreas de huertos informales. Aunque los debates sobre cómo intervenir políticamente ante este fenómeno se suceden en la prensa y se realizan las primeras investigaciones localizadas, como la de Sabadell, para regularizarlos mediante la puesta en marcha de huertos municipales, las políticas públicas de regularización nunca terminaron de implementarse.

El crecimiento por goteo de los huertos informales hace que el fenómeno vaya adquiriendo unas dimensiones que impiden a las instituciones obviarlos. Esta presión lleva a la Corporación Metropolitana de Barcelona (CMB) a realizar el primer censo de huertos y a esbozar unas líneas de intervención institucional en 1986 que barajaban la legalización y regularización de los huertos y su inclusión en el planeamiento urbano, reconociendo el papel que habían jugado durante la crisis económica:

[...] Los huertos familiares, surgidos en una época de crisis y de la necesidad de obtener un lugar de ocio, ofrecen el espectáculo de una imagen tercermundista, pero en ciertos casos generan una pequeña actividad económica de subsistencia familiar que no se quiere ignorar⁴⁶⁰.

El censo de la CMB se presenta a finales de 1987 y cifra en 12.000 los huertos informales, divididos en 200 núcleos que ocupan una superficie de 350 hectáreas. La erradicación de todos los huertos era valorada en 180 millones de pesetas, una cantidad inasumible, por lo que se proponen diversas alternativas: erradicar los huertos informales en desuso y que dispongan de construcciones estables, permitir la actividad hortícola en los espacios cultivados que no tengan obras constructivas, salvo vallados y casetas de madera hasta su futuro desarrollo urbanístico y tolerar el cultivo de las ocupaciones

456 Diario El País 3 de enero de 1983

457 (Martín, 1987)

458 Diario La Vanguardia 22 de septiembre de 1982

459 Diario La Vanguardia 21 de noviembre de 1981

460 Diario La Vanguardia 16 de mayo de 1986

de las zonas de ribera siempre y cuando no se vallen o se construya⁴⁶¹.

Investigaciones posteriores⁴⁶² revelaron que las motivaciones que llevaban a la gente a montar los huertos eran coincidentes con las de los hortelanos madrileños; la escasez de espacios públicos en los barrios dormitorio donde residen las clases populares, la necesidad de un complemento económico ante la crisis económica y la nostalgia del campo de personas venidas del ámbito rural, entre otras.

Las propuestas de regulación de huertos de ocio o huertos municipales que se desprendían de las diversas investigaciones también miraban a las referencias europeas. Es el caso del área metropolitana de Barcelona, donde las propuestas de políticas públicas nunca llegaron a implementarse ya que se optó por tolerar los huertos informales, hasta que fueron desmantelados para dejar paso a los procesos de expansión urbana o a la construcción de nuevas infraestructuras.

Los municipios afectados desarrollaron una increíble capacidad para mirar hacia otro lado, para ignorar los espacios y las prácticas sociales que cuestionaban la imagen de modernidad urbana y de ciudad regulada. Los hortelanos, además de sus verduras, cultivaron la paciencia y la resistencia, y lograron que el mosaico de huertos que abarrotaba los municipios barceloneses deviniera irreductible. Un mosaico que, con el paso del tiempo, iba perdiendo muchos fragmentos pero que ha mantenido hasta la actualidad amplias superficies de huertos en activo.

En 2008, el arquitecto y artista Paus Faus realizaba un interesante trabajo llamado *La Ciudad Jubilada*, en el que fotografía diversas zonas de huertos informales del Área Metropolitana de Barcelona y entrevista a muchos hortelanos, con el objetivo de realizar un libro y un documental. Una forma de poner en valor la actividad de esta ciudad y ciudadanía invisibles, que cultivan formas distintas de habitar la ciudad y que no esperan reconocimientos ni apoyos institucionales para desarrollarse.

[...] En la lengua española la palabra 'Jubilar' significa tanto "Desechar algo por inútil" como "Alegarse o regocijarse". La Ciudad Jubilada es pues, por un lado, esa ciudad desechada que ha renunciado a ser ciudad. Esa ciudad planificada y sectorizada que tritura y maltrata el territorio. Esa ciudad insostenible y mercantil que se desentiende de su porvenir. Esa ciudad especializada y regulada que no admite la espontaneidad. Una ciudad, en definitiva, sin alma pues se ha desprendido de la esencia misma de lo que significa ser ciudad. Pero a la vez, la Ciudad Jubilada es también esa ciudad alegre que se celebra a sí misma. Esa ciudad creativa y diversa que se reinventa permanentemente. Esa ciudad autónoma y libre que no se subordina. Esa ciudad ingenua y sabia que obedece sólo a sus instintos. Una ciudad viva a fin de cuentas, que se resiste a ser sometida y reivindica su autogestión⁴⁶³.

461 Diario La Vanguardia 9 de octubre de 1987

462 (Martín 1987)

463 (Faus 2008: 11)

12.2 Las primeras políticas públicas de agricultura urbana: huertos vecinales y de ocio

Se es consciente de que la lucha en este terreno va a ser larga. Costará convencer a ciertos grupos de que la mejor forma de acabar con los huertos salvajes clandestinos, y con muchas parcelaciones y urbanizaciones ilegales, es dotar a los ciudadanos más débiles de instrumentos legales y ordenados para el goce de sus necesidades de tierra, sol y aire libre.

M. Gaviria y A. Baigorri

La proliferación de los huertos informales durante los años ochenta traslada a las administraciones locales y autonómicas los primeros debates consistentes sobre la necesidad de implementar políticas públicas relacionadas con la agricultura urbana. Unas reflexiones que arrancarán de la mano de jóvenes técnicos y profesionales sensibilizados con estas cuestiones sociales y ambientales, que colaboran o se incorporan a trabajar en la Administración.

Fueron años de innovación y experimentación en la que se proyectan ambiciosas intervenciones, se ponen en marcha programas piloto y se sientan los cimientos desde los que evolucionará nuestra modesta agricultura urbana. Fue aquella también una época de ocasiones perdidas, de sueños frustrados y de desencantos, que incitan a imaginar aquello que pudo haber sido y no fue.

Madrid y los barrios en remodelación

En Madrid las primeras propuestas de huertos de ocio se empiezan a esbozar en 1980, en el marco de la operación de Barrios en Remodelación, una de las más ambiciosas transformaciones urbanas con participación ciudadana que se hayan realizado en Europa, ya que suponía la construcción de cerca de 40.000 viviendas sin desplazar a la población residente de los barrios que habitaban, con control de las organizaciones vecinales y en condiciones económicamente óptimas⁴⁶⁴.

Algunos de estos borradores y propuestas iniciales son elaborados por un joven equipo de técnicos de distintas disciplinas (pedagogos, biólogos, decoradoras, farmacéuticos, ingenieros agrónomos y agrícolas, sociólogos...), en el marco de los primeros cursos de formación para el empleo que promueve la Comunidad de Madrid, donde se valora el potencial que encerraban los huertos urbanos. Unas medidas consideradas un poco excéntricas por la mayor parte de un movimiento vecinal volcado en satisfacer necesidades básicas y en reequilibrar socialmente una ciudad que había acumulado desigualdades durante décadas. Aunque hubiera algunas entidades como la AV San Fermín, uno de los barrios en remodelación con una población con altas tasas de paro y fracaso escolar, donde se concentraba buena parte de los huertos en precario de la capital, que se lanzaron a poner en marcha un proyecto innovador como el Huerto Escuela La Semilla. En 1983, tras la ocupación de un espacio degradado del mismo barrio se logra su cesión para

464 (Perez y Sanchez, 2008)

pone en marcha una iniciativa que combinaba pequeñas parcelas de huertos urbanos, un proyecto educativo dirigido a alumnos de educación compensatoria y una empresa de inserción sociolaboral de jardinería⁴⁶⁵.

También en 1983 el Ayuntamiento de Madrid se aventura a programar para su Plan General de Ordenación Urbana (PGOU) la primera intervención ambiciosa de huertos de ocio mediante doce operaciones piloto en barrios periféricos de la capital. El proyecto contemplaba el establecimiento de 2.400 huertos en una superficie de, aproximadamente, 60 hectáreas, de suelo público, concebidos como áreas de ocio y, divididos en lotes de uso colectivo destinados a cultivos hortofrutícolas⁴⁶⁶. Además, en esas mismas fechas se lanza la investigación sobre el espacio periurbano madrileño, que censa los huertos informales y desarrolla propuestas de regularización de la actividad hortícola en huertos de ocio.

Esta efervescencia en torno a la cuestión de la agricultura en la ciudad se va concretando en la primera iniciativa que se pone en marcha en 1986, los huertos urbanos ecológicos de Vallecas, una experiencia piloto estrechamente relacionada con los programas de fomento de empleo del Ayuntamiento de Madrid, que fue diseñada, desarrollada y gestionada por el equipo de jóvenes técnicos que llevaba años promoviendo el tema de los huertos. Es de destacar que la insistente actividad del personal técnico, especialmente capacitado y sensibilizado con el encuentro entre las cuestiones sociales y ambientales, fue fundamental para poner en marcha esta iniciativa pionera.

El proyecto consistía en el desarrollo de un espacio formativo especializado en cuestiones de horticultura y jardinería que debía ser la punta de lanza para hacer viable la propuesta de 2.400 huertos de ocio que se contemplaba en el PGOU de 1985.

[...] La filosofía era que para que los proyectos de huertos urbanos fuesen viables y su proyección medioambiental funcionase, considerábamos que era necesario que además de la motivación hubiera gente preparada y capacitada para impulsar las iniciativas. Entonces montamos un programa de formación para monitores, formar técnicos capaces de dinamizar iniciativas y asesorar a asociaciones y municipios. Un centro de experimentación donde realizamos cursos pioneros en compostaje, biopreparados, técnicas de bancal profundo, jardinería, permacultura, agricultura ecológica... Se trataba de concebir los huertos incorporando la dimensión ambiental, que las huertas sirvieran para remover conciencias y promover alternativas concretas⁴⁶⁷.

La iniciativa se alojaba en una parcela rectangular de una hectárea de superficie

465 El proyecto funcionó hasta mediados de los noventa, cuando fue desmantelado para la construcción de las instalaciones deportivas de La Caja Mágica. En la actualidad, y recuperando la memoria de aquel proyecto, la escuela municipal de huerta urbana y un huerto comunitario gestionado por la asociación vecinal se están construyendo en las proximidades de la ubicación original del Huerto Escuela La Semilla.

466 (Ayuntamiento de Madrid, 1983)

467 Entrevista personal a Luis Fernández uno de los dinamizadores del proceso de los Huertos Urbanos Ecológicos.

con 25 huertos y un edificio con aulas, aseos y oficinas. A raíz de esta experiencia se formaron muchos profesionales, se realizaron precursoras actividades de educación ambiental y se puso en marcha un laboratorio de investigación de suelos que dio pie a anécdotas sonadas, como la que narra el descubrimiento de un obús de la guerra civil durante una toma de muestras de suelo en una de las parcelas. El proyecto transmitía una apuesta por la experimentación social e institucional acorde a una democracia recién estrenada. Después de tres años de actividad, las prioridades políticas municipales se reorientaron, los huertos pasaron a un segundo plano y el proyecto se reconvirtió en un espacio de formación en horticultura para personas con diversidad funcional.

Al calor de la experiencia de Vallecas y de las propuestas de regulación de los huertos informales realizadas en la investigación de COPLACO, en 1988 la Comunidad de Madrid pone en marcha el programa de huertos de ocio de San Fernando de Henares. Una iniciativa cuya gestación llevó años y en la que estuvo implicada gente que había participado en el equipo de investigación con el fin de afinar los reglamentos, encontrar fórmulas legales para reparcelar un suelo rústico o definir los criterios de adjudicación para el concurso público.

Este programa, pionero en el conjunto del Estado, arranca finalmente con 250 huertos para habitantes y asociaciones sin ánimo de lucro de la región, con un modelo de gestión basado en la promoción de la autoorganización de los hortelanos y en hacer de la finca un lugar de encuentro y socialización. Otro de sus rasgos distintivos es la obligatoriedad de cultivar de forma ecológica, una opción rupturista para las mentalidades hortelanas de la época que la convirtió en una de las experiencias piloto de promoción de la agricultura ecológica desde la Administración pública. Una apuesta que incorporó una marcada dimensión formativa en agronomía, gestión del agua, compostaje...

[...]Al principio fue espectacular porque hubo una demanda increíble. Había 2.000 personas para 250 huertos, hubo que sortear en función de la renta, se primaba también la edad, rentas bajas... y luego había una reserva para instituciones, colegios o gente que trabajaba con jóvenes en recuperación de problemas como la droga.

Durante los 6 años que lo coordinamos nosotros a través de una cooperativa, no bajó nunca de 1.000 personas la lista de espera, una demanda espectacular. La gente lo pasaba bien, los fines de semana estaba lleno, el bar funcionaba y tenía todo mucha aceptación. Funcionó muy bien, además teníamos un servicio técnico importante, un ingeniero agrónomo que controlaba muchísimo en agricultura biológica⁴⁶⁸.

La experiencia fue perdiendo parte de la creatividad social y el empuje vecinal que tuvo en sus comienzos lo que, en la década de los noventa, obligó a reducir el número de huertos tras un proceso anterior de ampliación. Un miembro del

468 Entrevista personal a Gregorio Ballesteros, miembro del equipo de investigación y del Programa de Huertos de Ocio de San Fernando.

programa, Gregorio Ballesteros, apunta a algunas posibles causas del declive de la iniciativa:

[...] Nosotros habíamos advertido de dos peligros en el tema de los huertos, uno era que se convirtieran en residencia. El segundo es que las experiencias de las ciudades europeas decían que el papel de la Administración era mínimo, se trataba de gestionar con las asociaciones la cesión de los terrenos y poco más. Cuando la Administración interviene mucho las cosas por distintos motivos no iban bien. En un principio la Administración dejaba hacer a la asociación de hortelanos, pero hubo un momento relacionado con crisis políticas de los partidos que gobernaban y estas cosas, la Administración se dedicó a meter mano y eso marcó el inicio del declive⁴⁶⁹.

Con una trayectoria ininterrumpida de más de veinte años, surcados de momentos de euforia y de travesía por el desierto, los huertos de San Fernando son uno de los programas de huertos de ocio más veteranos, convertido en un espacio de referencia de la horticultura madrileña por su experiencia y su histórico trabajo de promoción de las técnicas ecológicas de cultivo.

En 1989, un año después del nacimiento de los huertos de San Fernando y con una sensible preocupación social por estos temas, continúa el goteo de puesta en marcha de propuestas e iniciativas. Se realiza el censo de hortelanos y las propuestas detalladas para la reordenación y regulación de los huertos informales de San Fermín, que nunca se haría efectiva. También se pone en marcha una casa de oficios especializada en jardinería en el asentamiento chabolista de El Cañaverál, en la periferia de Madrid, una iniciativa que consistía en la puesta en marcha de un proyecto de inserción laboral, de educación de adultos y sanitaria, de escolarización de la infancia, asociada a la puesta en marcha de unos huertos familiares de autoconsumo que contaban con acompañamiento y asistencia técnica. Una forma de mejorar las condiciones de vida de sus habitantes y dignificar el asentamiento⁴⁷⁰.

La expansión urbana de Madrid, la recuperación económica y los cambios socioculturales asociados a la incipiente sociedad de consumo frenaron esta oleada de agricultura urbana y periurbana. En este contexto y ante la falta de presión vecinal, el Ayuntamiento de Madrid deja languidecer su ambiciosa idea de construir 2.400 huertos de ocio en la ciudad. La última batalla por rescatar ese plan se planteó en la Oficina de Cooperación para Actuaciones Preferentes de la Comunidad de Madrid; en el marco del Plan Integral de Desarrollo Social y Lucha contra la Marginación en ocho distritos meridionales del municipio madrileño aprobado por unanimidad de la Asamblea de Madrid en 1991⁴⁷¹.

En una estrategia de dinamización de los tejidos asociativos y de renovación del movimiento vecinal, distintos barrios solicitaron el desarrollo de los huertos que

469 (Ibídem.)

470 Entrevista personal a Luíís Fernández dinamizador del proceso de los Huertos Urbanos Ecológicos.

471 (Ibídem.)

estaban pendientes de construcción, pero ninguno llegó a ejecutar en su totalidad los proyectos de huertos de ocio, excepto Orcasitas.

De la mano de la Asociación de Vecinos de Orcasitas y de la Fundación Inicativas Sur en 1995 se diseñó, urbanizó y construyó la primera fase de los huertos de ocio, que sumaban 49 huertos vecinales de 150 metros cuadrados y 18 huertos escolares de 75 metros cuadrados. La parcelación de los huertos, las zonas de frutales, los espacios comunes y buena parte de los equipamientos asociados, como la balsa de almacenamiento de agua, los sistemas de bombeo y las casetas de herramientas, se encontraban acabados.

Pero a esta infraestructura perfecta lo único que le faltaba eran los hortelanos, ya que no se terminaba de realizar el sorteo para la adjudicación de los huertos. Ante el deterioro que sufrían las instalaciones por el vandalismo, las entidades promotoras de la iniciativa apremiaban a las instituciones y estas confirmaban una y otra vez sus buenas intenciones. Finalmente, una mañana apareció una fila de camiones procedente de las obras de ampliación del Metro, a los que el concejal del distrito había dado permiso para verter el sobrante de los movimientos de tierra encima de los huertos. Unas horas después, el conjunto de las instalaciones, las inversiones económicas realizadas, las ilusiones del vecindario y el saber hacer del equipo técnico quedaron sepultadas.

El entierro de los huertos de Orcasitas supuso el final definitivo del plan de huertos de ocio más ambicioso que se diseñó durante los años ochenta en nuestra geografía. La absurda y prepotente destrucción de los huertos de Orcasitas es la metáfora perfecta del modelo urbano antisocial e insostenible por el que apostaba la capital. En nombre de la modernización, se borraban las huellas de lo que fue una oportunidad histórica para encajar la agricultura urbana en el planeamiento de la ciudad, enterrando los espacios donde las concepciones de desarrollo alternativas podrían haber echado raíces.

Barcelona

La primera experiencia de regularización de un huerto urbano en Barcelona se remonta al año 1986, cuando el Ayuntamiento cede una zona de cultivo a un grupo de personas jubiladas que lo habían solicitado en lo que había sido la antigua masía de un guarda del parque Güell. La cesión, que dio lugar a un proceso muy singular, se hizo de forma aislada, desconectada de cualquier política.

[...] El grupo inicial estaba formado por 19 personas, que, una vez obtenido el terreno, se encargaron de hacer los bancales, los caminos, bancos, mesas y una pérgola. Los primeros adjudicatarios también fueron pioneros en la educación ambiental, ya que desde los inicios invitaron a las escuelas próximas al huerto a hacer una visita para que los escolares conociesen el mundo de la agricultura⁴⁷².

El *hort de l'Avi* nació como una iniciativa vecinal con un claro componente

472 <http://w110.bcn.cat>

autogestionado. Son los hortelanos los que diseñan el espacio y deciden sus fórmulas organizativas. La Administración deja hacer, ya que no regula el acceso a las parcelas, ni establece limitaciones temporales de permanencia, ni obliga a asociarse al colectivo de hortelanos.

El reconocimiento institucional llega en el año 1997, fecha en la que se pone en marcha la Red de Huertos Urbanos de Barcelona como un programa del Área de Medio Ambiente. Esta iniciativa estaba destinada a la cesión de parcelas de unos 50 metros cuadrados para que las personas mayores de 65 años pudieran cultivar verduras y hortalizas durante un periodo máximo de cinco años. El programa, gestionado por el área de Parques y Jardines, contaba con 13 huertos repartidos por los distintos distritos de la ciudad condal en los que se practicaba la agricultura ecológica.

Esta iniciativa supone la consolidación de una red mínima de espacios hortícolas en Barcelona y de una política pública municipal que, de forma constante, ha ofrecido una alternativa de ocio para la tercera edad con externalidades positivas para el resto de la ciudad (paisajísticas, ambientales...). La fórmula de gestión, sin embargo, no ha estado exenta de polémicas por estar limitada a un grupo de edad concreto, por la restricción temporal de cinco años, que obliga a la rotación de hortelanos y por la limitada participación que permiten. A pesar de esto y de tratarse de un modelo interesante, en una ciudad con la tradición hortelana y el dinamismo asociativo de Barcelona se podría haber dado un salto cualitativo si se hubiera complementado con otras iniciativas más ambiciosas e innovadoras por parte de la Administración local.

País Vasco

La primera política pública local en el País Vasco es promovida en 1980 en la localidad de Martutene, donde se parcelan 60 huertos en un suelo público de la Diputación, destinados a agricultores no profesionales, con reserva para algunas zonas comunes. El contexto de crisis hace que estos huertos se destinen prioritariamente a personas desempleadas y, de forma secundaria, a personas en terapia ocupacional. Una iniciativa que continúa funcionando con un porcentaje de hortelanos jubilados del 85% y procedentes de terapia ocupacional de un 15%. Este es el programa de huertos de ocio más antiguo que conocemos y cuyo éxito se basa, en buena medida, en el control activo y periódico de la Diputación, que realiza un seguimiento del estricto cumplimiento de la actividad agraria y del mantenimiento de las infraestructuras.

Existe otra experiencia similar impulsada por la Asamblea de Parados de Irún en 1982, que recibe el apoyo del Ayuntamiento pero obtiene resultados muy diferentes. Esta iniciativa, al igual que la de Martutene, aspira a complementar la economía familiar de los parados y de las personas con ingresos más bajos del municipio. Pero las cesiones en precario por las que se regula el acceso, la permisividad en la autoconstrucción de las casas de aperos y los cercamientos, junto a la falta de control municipal hicieron que esta experiencia derivara hacia un chabolismo hortícola que continúa en la actualidad.

Al margen de estas históricas experiencias de municipios pequeños, las políticas públicas de promoción de los huertos de ocio en el País Vasco tienen como referencia a Vitoria-Gasteiz. Una ciudad que contaba con centenares de huertos informales en las riberas de los ríos Errekaleor y Zadorra, que habían pervivido desde los años ochenta, como en otros muchos municipios, ante la indiferencia municipal. Estas antiguas praderas de inundación oscilaban en la estrecha frontera que va del espacio hortícola al chabolismo y fueron uno de los principales motivos de la degradación del espacio periurbano.

A mediados de los años noventa el Ayuntamiento lanza un ambicioso plan de regeneración del mosaico de espacios periurbanos que bordean la ciudad. El objetivo es construir un anillo verde multifuncional que permita la recuperación de los valores ecológicos y paisajísticos, mejorando la calidad ambiental de la ciudad y su entorno. El desarrollo del anillo verde implicaba el desalojo de los distintos núcleos de huertos informales. El proceso de desmantelamiento provoca un conocimiento más directo de las dinámicas y valores sociales que sustentaban este tipo de espacios, que terminan siendo estimadas como un potencial para la ciudad tanto por el Ayuntamiento como por el Centro de Estudios Ambientales (CEA) de Vitoria.

En 1998 nació en el barrio de Olarizu el Programa de Huertas Ecológicas gestionado por el CEA para mantener la actividad hortícola de forma regulada. Una iniciativa que arrastra a parte de los hortelanos informales y seduce a otros nuevos, logrando llenar en poco tiempo las 350 parcelas. La iniciativa arrancó centrada en las personas jubiladas para posteriormente abrirse a todos los abanicos de edad, con la condición de realizar un curso formativo obligatorio sobre agricultura ecológica. Los nuevos adjudicatarios disponen de la parcela durante cinco años. La zona de huertos cuenta con infraestructuras colectivas como vestuarios, almacenes o herramientas comunitarias.

La consolidación y buena acogida ciudadana han supuesto la ampliación reciente del programa mediante el desarrollo de otro núcleo de huertos en el barrio de Abetxuko. Una actuación que arranca en 2005 enmarcada en el Programa de Revitalización Urbana que perseguía la mejora de la accesibilidad, de la calidad ambiental y de la situación socioeconómica como forma de dar solución a la problemática que hacía de Abetxuko un barrio desfavorecido dentro del entramado urbano de Vitoria. Los 240 huertos programados son concebidos como un equipamiento comunitario que da centralidad al barrio, mantiene la actividad hortícola regulada, desarrolla actividades formativas de inserción sociolaboral destinadas a colectivos desfavorecidos y apoya iniciativas de jóvenes emprendedores del sector hortícola mediante la dotación de equipamientos y servicios comunes para el desarrollo de nuevos proyectos piloto empresariales⁴⁷³.

La experiencia de Vitoria constituye una apuesta ambiciosa por insertar la agricultura urbana en el planeamiento territorial al enmarcar estas experiencias en las actuaciones estratégicas municipales, como la recuperación del espacio periurbano

473 Ver el trabajo de Barcena *Huertos municipales en Vitoria: un nuevo equipamiento para la ciudad*. Disponible en: http://urban-e.aq.upm.es/pdf/HuertosMunicipalesVitoria_YBARCENA.pdf

del anillo verde o la regeneración urbana de barrios desfavorecidos. Además, supone la inteligencia política de mantener la tradicional actividad hortícola ofreciendo una alternativa a las huertas informales.

En el marco de estas iniciativas municipales la más reciente e innovadora sería la Red de Parques Hortícolas de Guipúzcoa, desarrollada por la Fundación Ekogunea y una serie de municipios como Azpeitia, Tolosa, Errenteria o Usurbil. El objetivo es la creación de Parques de Huertos, situados en suelos municipales, que podrían definirse como una combinación de huertos de ocio, pues cuentan con parcelas individuales o familiares orientadas al autoconsumo, y de huertos comunitarios, pues la gestión de dicho espacio recae sobre una asociación de hortelanos, que se ocupa del mantenimiento diario (limpieza, reposición de herramientas, compostaje...) y de la intermediación con el ayuntamiento y la Fundación. .

Sevilla

En contraste con los huertos informales que poblaron muchas periferias, los huertos urbanos de Sevilla⁴⁷⁴ nacen al calor y de la efervescencia del movimiento asociativo de la ciudad. Una dinámica participativa, colectiva y planificada que confiere a estas experiencias una mayor consistencia, así como una mayor viabilidad política y continuidad a lo largo del tiempo.

En la periferia norte sevillana, en una zona densamente poblada y con una trama urbana muy compacta, nace en 1983 el Comité Pro Parque Educativo Miraflores, una entidad impulsada inicialmente desde las AMPA y el movimiento vecinal que reivindica la construcción de un parque que estaba proyectado desde 1963. Después de años de campañas reivindicativas (plantaciones de árboles, marchas...), en 1991 se decide ocupar el espacio y comenzar la autoconstrucción del parque en lo que entonces era una escombrera.

El parque Miraflores es un espacio diseñado, gestionado y parcialmente autoconstruido de forma participativa en un proceso de apropiación espacial y de construcción de identidad barrial. El vínculo primario entre espacio verde y educación que inspiraba la iniciativa se desarrolla rápidamente, materializándose en la puesta en marcha, de forma autogestionada, de los huertos escolares en 1991 y de los huertos de ocio en 1992. Ante el éxito social, es reconocida por el Ayuntamiento de Sevilla, que accedió a firmar un convenio de colaboración en 1994 que legaliza de hecho los huertos. Este reconocimiento ha permitido consolidar y desarrollar de forma profesional algunos de los aspectos pedagógicos y de gestión comunitaria del proyecto.

El término Parque Cultural Miraflores es acuñado por los promotores para enfatizar esa relación educativa entre los huertos y las zonas verdes, que se desarrolla desde el Programa Huerta las Moreras. Cuenta con 175 huertos de ocio, 12 huertos escolares y 5 asociativos, un proyecto de invernadero joven, y desarrolla también

474 La historia de Sevilla se ha reconstruido de forma sintética a partir del excelente trabajo (Puente, 2012)

itinerarios pedagógicos que ponen en valor los restos arqueológicos censados por investigadores vinculados a la iniciativa.

La experiencia de Miraflores resuena en la ciudad e inspira la del barrio de Parque Alcosa, que también contaba con un área pendiente de convertirse en zona verde desde 1963. El vecindario se organiza en 1996 para reclamar la construcción del parque del Tamarguillo y procede a la ocupación de un cortijo abandonado, que se convierte en epicentro de actividades culturales, reivindicativas, formativas e informativas.

El Ayuntamiento realiza unas obras de acondicionamiento del parque en 2003 consensuadas con las entidades, que permiten que comience a ser usado intensamente a pesar de no estar oficialmente inaugurado. Tres años después comenzaban los proyectos de huertos de ocio que ayudan a regularizar la situación del parque mediante un convenio de colaboración con el Ayuntamiento. La gestión del proyecto y de los 283 huertos es asumida por la Asociación Movida-Pro Parque del Tamarguillo, siguiendo el modelo de gestión comunitaria impulsado en Miraflores.

Otra experiencia emblemática es la que se da tras la Exposición Universal de 1992, cuando una parte de la Isla de la Cartuja es reconvertida en un parque. La Confederación Ecologista Pacifista de Andalucía solicita el uso de los antiguos viveros como huertos urbanos. El Ayuntamiento accede a la cesión tanto del espacio para los huertos de San Jerónimo, como de las antiguas oficinas del vivero para poner en marcha un Centro de Interpretación del Río. Desde entonces, un convenio de colaboración garantiza el funcionamiento de dichos huertos urbanos.

La experiencia sevillana muestra el contraste entre los frutos sociales que produce la horticultura informal e individualista, frente a aquella organizada e impulsada colectivamente. La vinculación de los programas de huertos a iniciativas ciudadanas y vecinales supone la puesta en marcha de inéditas formas de participación social y de educación ambiental autoorganizada. Iniciativas que plantean la necesidad, articulan la demanda social, diseñan las propuestas y posteriormente son llevadas a la práctica sin contar con apoyos institucionales. Una dinámica que tensiona la legalidad a partir de construir una legitimidad social basada en prácticas alternativas, que son fundadoras de derecho al ser reconocidas posteriormente como legales. Huertos vecinales que anticipan las lógicas de funcionamiento que emergerán una década después de mano de los huertos comunitarios.

12.3 La burbuja inmobiliaria: destrucción y revalorización de la huerta tradicional

Plantaron urbanizaciones sobre los huertos, y ahora se quejan de tener que comer ladrillos.
El Roto

De forma paradójica, este reconocimiento inicial de los huertos urbanos coincide con una intensa destrucción del patrimonio agrario periurbano todavía en activo alrededor de las grandes áreas metropolitanas. La burbuja inmobiliaria

de las últimas décadas ha devorado muchas de estas tierras fértiles mediante su conversión en suelos urbanizables, que ofrecían grandes beneficios económicos a un campesinado tradicional empobrecido, generalmente envejecido y sin relevo generacional. Entre 1987 y 2000 la artificialización del suelo sobre áreas agrarias aumenta en un 30%⁴⁷⁵, una tendencia que se reproduce en el conjunto de Europa, donde el 77% de los crecimientos urbanos se han desarrollado sobre suelos agrícolas⁴⁷⁶ entre 1990 y 2000.

Este acelerado desarrollo urbanístico ha tenido severos impactos sociales (endeudamiento, desahucios) y ambientales (artificialización de suelos agrícolas y zonas costeras, fragmentación de ecosistemas, expansión del urbanismo disperso y de las infraestructuras asociadas, desequilibrios territoriales, especializaciones productivas regionales), obviando el valor estratégico y multifuncional de los espacios agrarios periurbanos. La mayor parte de los restos que quedaban de agricultura de proximidad fueron sucumbiendo ante la especulación y el economicismo cortoplacista.

A grandes rasgos, este modelo fue escasamente cuestionado hasta el agravamiento de las dificultades para acceder a la vivienda al final de la burbuja inmobiliaria y su posterior pinchazo a partir de 2008. El fuerte consenso y la hegemonía cultural sobre la que se asentaba la burbuja inmobiliaria se basaba en un espejismo, por el que temporalmente se dio un efecto riqueza bastante generalizado, animado por la financiarización y el endeudamiento. Una ilusión inducida por la influencia del sector de la construcción en la economía española, capaz de condicionar las políticas públicas en materia de vivienda e infraestructuras⁴⁷⁷.

La única excepción conocida sería la constitución del Parque Agrario del Baix Llobregat, una iniciativa pionera de blindaje y protección de los suelos agrarios periurbanos y de dinamización de las redes de consumo de proximidad desde las políticas públicas. A principios de los años noventa y ante la insistente presión de los agricultores de la zona, la Diputación de Barcelona va dando pasos hasta implantar este primer Parque Agrario que priorizando la actividad agraria y su comercialización a través de un sello de calidad, también ha realizado infinidad de actividades educativas, de sensibilización y divulgación de los valores del espacio agrario periurbano.

La posición más activa de la sociedad civil en la defensa de los espacios agrarios periurbanos la encontramos en Valencia, ciudad que por una parte cuenta con una identidad cultural estrechamente ligada a unas huertas tradicionales de siglos de antigüedad y que por otra parte ha sido el principal laboratorio de las políticas públicas desreguladoras del desarrollo urbanístico. Las constantes agresiones al espacio agrario activaron protestas exitosas, como la que se enfrentó en 1998 al proyecto de implantar el tercer cinturón de Ronda, que fue paralizado totalmente por la coordinadora Per un Cinturó de Horta.

Un modesto éxito contra una apisonadora que en nombre del progreso

pretendía acabar con más de la mitad de las zonas de huerta tradicional, y que durante décadas ha mantenido una agresión sistemática a estos espacios. También ha sido permanente la contestación por parte de la sociedad civil, con la ejemplar iniciativa ciudadana *Salvem l'Horta*⁴⁷⁸, que se ha convertido en referente organizativo para las movilizaciones en defensa de la huerta valenciana. Se trata de una organización que agrupa a entidades ecologistas, ciudadanas, investigadores y agricultores y que, entre otras muchas acciones de denuncia y sensibilización lanzó en 2001 una Iniciativa Legislativa Popular para proteger la Huerta de Valencia. A pesar de que se recogieron 117.000 firmas para llevar esta propuesta a las Cortes valencianas, fue rechazada por los dos partidos mayoritarios.

La resistencia a la destrucción y museificación de la huerta ha continuado con casos como el de los hortelanos de la pedanía de La Punta, que en 2005 resistieron durante meses a los intentos de desalojo de las huertas y viviendas para construir una zona logística hasta que, finalmente, fueron expulsados. Otro referente de esta lucha sería la Asociación Vecinal de Benimaçlet, que desde los años noventa lleva disputando una parcela que históricamente había sido huerta y en la que estaba planificado un desarrollo residencial y una zona verde. Con la crisis, varios promotores quebraron y las obras quedaron paralizadas, por lo que el vecindario se encontró sin huerta y sin zona verde. En septiembre de 2011, la asociación la ocupó para reconvertirla en huertos urbanos autogestionados: sesenta parcelas que siguen un modelo de huertos de ocio participativos y con una amplia zona común. Tras años de movilización ciudadana, intentos de desmantelamiento y pasividad institucional, han conseguido que la zona de huerto sea reconocida como parte del futuro parque, regularizando su situación⁴⁷⁹.

La sensibilización ciudadana sobre la importancia de estos espacios periurbanos ha crecido progresivamente y la ciudadanía se está movilizando contra muchos de los sinsentidos que tratan de imponerse desde nuestro modelo de desarrollo urbano. Destaca la lucha emprendida hace más de una década por agricultores, ecologistas y académicos para salvar la vega de Granada. Existen también incipientes movimientos para recuperar la huerta tradicional zaragozana o la ilustrativa movilización que se ha desarrollado en Pamplona ante la amenaza sobre la tradicional zona de huertas del meandro de Arantzadi, prácticamente integradas en el casco urbano, y destinadas a desaparecer por el desarrollo de un proyecto urbanístico impulsado por la Administración municipal cuyo objetivo, paradójicamente, era la construcción de un parque y un museo que contara la historia de las huertas. El proyecto dio lugar en 2012 a una activa lucha vecinal: se redactaron propuestas urbanísticas alternativas, se realizaron concentraciones y manifestaciones, y se idearon acciones de desobediencia civil para paralizar las obras, de modo que cuando las excavadoras llegaban a las fincas se encontraban con personas enterradas como hortalizas. Finalmente las huertas fueron desmanteladas y comenzaron las obras de urbanización, aunque la transformación de

475 Observatorio de la Sostenibilidad en España OSE (2006): Sostenibilidad en España 2006. OSE. Madrid.

476 (Simón et al, 2012)

477 (Rodríguez y López, 2010)

478 (Miralles, 2006)

479 Una crónica detallada se encuentra disponible en: <http://www.huertosurbanosbenimaçlet.com/2011/10/01/hello-world/>

este espacio se ha revelado muy poco acertada, pues desde la desaparición de las huertas, las crecidas del río han provocado numerosas inundaciones al haberse eliminado la función de regulación que favorecía el uso agrícola.

El inicio de las tímidas políticas públicas de impulso de huertos urbanos ha coincidido con esta devastación generalizada de los espacios agrarios periurbanos, que ahora empiezan a defenderse de forma más sistemática. Tal vez los árboles no dejaban ver el bosque o los huertos urbanos no dejaban ver la importancia de la agricultura profesional de proximidad, una contradicción de la que es necesario extraer aprendizajes de cara al futuro. El emergente movimiento de la agricultura urbana debe convertirse en un actor que se implique en la protección y defensa de la agricultura de proximidad; para dar pie a una propuesta coherente debe ir más allá de la invisible muralla que rodea la ciudad.

12.4 Transición democrática, renovación pedagógica y huertos escolares

Si planificas para un año, siembra trigo. Si planificas para una década, planta árboles.

Si planificas para una vida, educa personas.

Kwan Tzu

La larga noche de la dictadura franquista reinstauraría el nacionalcatolicismo como paradigma cultural, fenómeno que se tradujo en la recuperación de un modelo educativo confesional, segregado por sexos, basado en las antiguas metodologías pedagógicas y en infundir los valores tradicionales y patrióticos a través de asignaturas como la Escuela de Hogar, destinada a fomentar la educación de las mujeres como amas de casa preocupadas por las tareas domésticas, o la Formación del Espíritu Nacional, que trataba de fomentar el apoyo ideológico al régimen.

La educación en este periodo es concebida como uno de los pilares fundamentales sobre los que se sustenta la reproducción del modelo social impulsado por el franquismo. El control ideológico, por tanto, se encuentra por encima de cualquier criterio educativo. De hecho no se exige una formación académica específica al profesorado hasta la consolidación de la influencia de los grupos más tecnocráticos, en los años setenta.

La tenue modernización en los estándares educativos implicará un tránsito del control ideológico al tecnocrático, lo que, en plena dictadura, supone una mejora en la formación del profesorado. Esta apertura hace que la hegemonía cultural franquista en la educación comience a erosionarse por la acción de los Movimientos de Renovación Pedagógica (MRP) y las escuelas de verano⁴⁸⁰, que tienen la doble virtud de ofrecer resistencias colectivas y una oposición ideológica al modelo educativo vigente, a la vez que innovan las metodologías pedagógicas.

480 (Contreras, 2001)

Los MRP reactualizaron los principios de la educación activa y cooperativa puestos en marcha a principios de siglo en España, introdujeron las propuestas educativas más alternativas y sugerentes de la época, como Sumerhill o Barbiana, y abordaron debates candentes como la desescolarización o la educación no directiva. En medio de esta efervescencia pedagógica, no resulta extraño que los MRP fuesen también pioneros en la reintroducción de las cuestiones ecologistas en los centros escolares, siendo protagonistas destacados de la traducción a nuestro contexto de las corrientes internacionales que impulsaban en los años setenta la educación ambiental⁴⁸¹.

La implantación con la llegada de la democracia de un nuevo sistema educativo abre la puerta a muchas innovaciones promulgadas por los MRP, una de las cuales es el redescubrimiento del huerto escolar como un instrumento polivalente desde el que trabajar en los colegios.

Las primeras iniciativas de huerto escolar se desarrollan en los años ochenta. Arrancan basándose en el impulso entusiasta de jóvenes profesores y profesoras cercanos a estos MRP y a la contracultura ecologista. Una nueva generación de docentes que encuentra en los huertos un espacio desde el que reactualizar la caja de herramientas que sustenta la teoría y la práctica educativa. Sin manuales ni materiales didácticos específicos, tuvieron que ingeniárselas para inventar fichas de trabajo, actividades y vínculos del huerto con los contenidos curriculares a partir de la adaptación de libros clásicos de la horticultura alternativa como *El huerto biológico*, de Claude Albert, *El horticultor autosuficiente*, de John Seymour o artículos de revistas como *Integral*.

Mariano Coronas⁴⁸², que en el curso 1983-1984 impulsó un huerto escolar en el municipio de Fraga, recopiló durante varios años su experiencia y relató las peripecias para conseguir la cesión de un terreno cercano al colegio y su posterior traslado al patio escolar, también publicó materiales y fichas didácticas, el trabajo del alumnado, fotografías, cuadernos de huerto... en el boletín del MRP *Aula Libre*, del que formaba parte.

Este goteo de aventuras individuales lograba, en muchos casos, ganarse las simpatías del alumnado, asociaciones y familiares, para irse consolidando dentro de los centros y, poco a poco, ir gozando de un mayor reconocimiento institucional. Un ejemplo ilustrativo es el huerto escolar promovido por un profesor del Colegio de La Paz de Zaragoza en 1983. El proyecto fue apoyado por las familias, adoptada por el propio centro y, posteriormente, por el Ayuntamiento de la ciudad, que la replicó lanzando una red de huertos escolares pionera que se ha mantenido hasta la actualidad y que cuenta con más de noventa iniciativas.

A finales de la década de los ochenta y principios de los noventa se empiezan a sistematizar las experiencias y se realizan las primeras aportaciones académicas. La primera referencia que hemos encontrado data de 1986. Son las actas de unas jornadas sobre investigación escolar y reforma de la enseñanza, realizadas en Sevilla,

481 (Calvo y Gutiérrez, 2007)

482 (Coronas, 1994)

en las que se analizó la exploración sobre la actitud ambiental en una experiencia de huerto escolar. Al año siguiente, la experiencia de Mariano Coronas, *El huerto escolar o el necesario contacto con la naturaleza*, era recogida por el Ministerio de Educación en un libro sobre escuelas rurales⁴⁸³, y revistas especializadas como *Cuadernos de Pedagogía* empezaban a publicar los primeros artículos sobre el tema⁴⁸⁴.

Aquellas iniciativas se apoyaron también en un incipiente movimiento de educadores ambientales que supieron ver las potencialidades de estas prácticas en los centros escolares. Pequeñas empresas y asociaciones especializadas acompañaron al profesorado a la hora de impulsar las primeras iniciativas, una labor que, con el paso de los años, fue sedimentando una base didáctica y metodológica. Aprendizajes que se plasmaron durante los años noventa en la lenta proliferación de referencias académicas, así como en la edición de libros y manuales que fueron escritos por aquellos que habían formado parte de la dinamización de esas iniciativas pioneras.

Los huertos escolares van ganando espacio en los patios de los colegios y consiguen normalizar esta práctica, hasta que se convierte en una política pública convencional en la mayoría de las grandes y medianas ciudades. Redes, jornadas de intercambio de experiencias, abundantes materiales didácticos... hacen que la práctica del huerto escolar aborde actualmente múltiples contenidos curriculares (dibujo, matemáticas, lengua, ciencias naturales, educación ambiental, nutrición y hábitos alimentarios...).

Una sana normalización que corre paralela temporalmente a la regularización de los huertos de ocio, consolidando pequeñas islas de horticultura en océanos de asfalto. Una aventura pedagógica protagonizada por los MRP, que abrieron el camino y posteriormente quedaron en el olvido. Algunos han reactualizado el papel del huerto escolar al ligarlo a la noción de ciudad educadora, que nos habla de la influencia del entorno urbano a la hora de consolidar determinados conocimientos, habilidades y valores mostrando la necesaria complicidad y coherencia que debe existir entre las escuelas y el urbanismo, entre lo que se enseña en las aulas y lo que se vive en las calles. Algunos MRP se han planteado que la ciudad educadora debe reconciliarse con el campo, con la huerta educadora arrinconada por la prepotencia urbana. Para ello piensan cómo desde el huerto escolar se pueden establecer puentes con otros movimientos sociales que defienden la agricultura urbana y la horticultura comunitaria. Emblemático es el trabajo realizado por los MRP de Valencia, que llevan años complementando los huertos escolares con la defensa y puesta en valor de la huerta valenciana mediante itinerarios didácticos, publicando monografías, pintando murales, realizando audiovisuales o componiendo canciones sobre el tema. Además, desde 2004, organizan junto al movimiento social Per l'Horta una jornada anual de encuentro y celebración de la huerta valenciana.

Más discreta y modesta es la colaboración establecida entre los centros escolares y los nuevos huertos comunitarios aparecidos en los barrios de las grandes ciudades

durante los últimos años, donde se realizan visitas, plantaciones y actividades diversas, entre escolares y tejido asociativo.

En definitiva, en nuestra geografía la promoción de los huertos escolares está asociada, en sus dos principales oleadas, en la II República y en la Transición, a procesos de democratización tanto de la vida política como del sistema educativo. Además, ambos periodos coinciden con la inserción de discursos y prácticas proambientales en el funcionamiento cotidiano de los centros escolares. Los huertos escolares siempre han cultivado más personas que plantas, han sembrado semillas de cambio.

483 (VV.AA. 1988)

484 (Sala y Cerdan, 1987) (Casas, 1988) y (Eximan, 1989)

13 Los movimientos sociales se plantan. Cultivando nuestra versión de los huertos comunitarios

Las particularidades de nuestra historia hacen que las dinámicas sociales que impulsaron los huertos comunitarios por Europa lleguen con unas cuantas décadas de retraso a nuestra geografía y que adquieran unos rasgos particulares. Mientras el movimiento de huertos comunitarios se extiende por Estados Unidos y Europa impulsado por los movimientos contraculturales y ecologistas en los años setenta, la emergencia de los huertos comunitarios en nuestra geografía se produce en un contexto diferente que le otorga un carácter particular. En este apartado relatamos los factores explicativos y los movimientos sociales que han impulsado nuestros huertos comunitarios, y reconstruimos su historia, partiendo de las primeras experiencias aisladas hasta el desarrollo de las redes de huertos en las grandes ciudades, pasando por el impacto que ha tenido el movimiento 15M y los huertos indignados.

13.1 La emergencia de los huertos comunitarios: hundir las raíces en los movimientos sociales

Ante grandes males, muchas soluciones pequeñas, coordinadas, coherentes.
M. Max Neef.

La oleada de creación de huertos informales en nuestra geografía durante la década de los años ochenta se fue traduciendo en el diseño de las primeras políticas públicas en torno a la agricultura urbana, mediante los huertos de ocio y vecinales. Unas políticas que comienzan a aplicarse con cierto desfase temporal, lo que implica que su implementación coincida con un repliegue del interés social por estas cuestiones. Este retraso hace que, aunque constituyan iniciativas ejemplares, su nivel de impacto sea reducido.

La salida de la crisis económica y el inicio de un ciclo de crecimiento después del ingreso en la Unión Europea, la intensificación de la sociedad de consumo, la creciente importancia de los medios de comunicación, la despreocupación de los movimientos sociales por estas cuestiones, los cambios en las expectativas sociales al pasar de añorar un huerto a querer un adosado con jardín, son factores que

podrían explicar el reflujo de las iniciativas de agricultura urbana.

El repliegue duró una década, pasada la cual empezaron a reaparecer tímidamente proyectos de agricultura urbana en nuestras ciudades impulsados mayoritariamente por los movimientos sociales. En estas iniciativas se solapan a escala barrial la soberanía alimentaria y la ecología urbana, por tanto, presentan diferencias cualitativas respecto al ciclo anterior.

La proliferación de los huertos comunitarios en nuestra geografía hunde sus raíces en el fértil espacio de encuentro entre el movimiento ecologista, los nuevos movimientos campesinos y las innovadoras dinámicas de los movimientos sociales urbanos, entre las que se encuentra la renovación del movimiento vecinal. Un proceso donde se cruzan lo social y lo ambiental, donde dialogan saberes científicos y profanos, donde academia y sociedad civil se dan la mano y donde se tienden puentes entre las iniciativas rurales y urbanas.

Uno de los tres actores principales de esta confluencia es el ecologismo, cuya creciente influencia se debe tanto a una movilización sostenida sobre un amplísimo abanico de temáticas, como a la realización de una intensa labor de pedagogía social. El crecimiento de la conciencia medioambiental y de las bases del movimiento ecologista se sustentan en el desarrollo de una educación ambiental integral, que ha terminado por permear los valores y actitudes de la sociedad mediante una pluralidad de estrategias:

- La movilización social como un elemento indispensable a la hora de abrir, ensanchar o complejizar los debates sociales sobre cuestiones ambientales.
- La construcción reflexiva de un riguroso argumentario, mediante la confluencia del conocimiento científico y académico de primer nivel con los saberes y perspectivas más activistas.
- Conectar el discurso ecologista con otros discursos transformadores, permitiéndole ganar complejidad y sensibilizar de forma transversal a otros movimientos sociales e instituciones.
- Desplegar una pluralidad de actividades formativas y educativas que arrancaron en la educación no formal hasta terminar impregnando todos los estratos de la educación formal.

Además de las propias virtudes del movimiento ecologista, el otro elemento que resulta determinante para explicar esta mayor sensibilidad medioambiental es el progresivo agravamiento de la crisis ecológica. Una crisis que debe ser concebida como un cambio global que se expresa mediante la superposición de distintos conflictos ambientales (cambio climático, crisis energética, pérdida de biodiversidad, destrucción de ecosistemas primarios, contaminación) que afectan de forma directa a sectores cada vez más amplios de la población.

En segundo lugar, se puede destacar la reactualización en las últimas décadas del movimiento campesino, que supone la irrupción de otro actor fundamental que había sido enterrado antes de tiempo. Responsable de la construcción de una visión crítica del proceso de industrialización, globalización y financiarización del sistema alimentario.

La crítica a este modelo se ha sustentado en la socialización de la noción de

soberanía alimentaria⁴⁸⁵ y en los saberes y prácticas ligadas a la agroecología. Una propuesta que concibe de forma integral la necesidad de garantizar la sostenibilidad y equidad en la producción (cambio de manejos en finca, rejuvenecimiento agricultores y agricultoras...), distribución (circuitos cortos de comercialización...) y consumo, a la vez que promueve la viabilidad económica y la dignificación de un mundo rural vivo, así como un reequilibrio territorial y económico entre el campo y las ciudades.

Este proceso de transición social agroecológica⁴⁸⁶ perseguiría la democratización del sistema agroalimentario, y se vertebraría en torno a la articulación de varias dimensiones que deberían desarrollarse, potenciarse y entrecruzarse de forma simultánea: los cambios personales, los procesos de cooperación social y las políticas públicas. Una tarea cuyo principal protagonismo ha recaído en organizaciones campesinas que han realizado esta transición en la década de los años noventa, de la mano de sindicatos agrarios nacionalistas como Euskal Herriko Nekazarien Elkartasuna (EHNE) en Euskadi, el Sindicato de Obreros del Campo (SOC) en Andalucía, el Sindicato Labrego en Galicia o a nivel estatal de la Coordinadora de Organizaciones Agrarias (COAG), todas ellas agrupadas dentro del movimiento internacional Vía Campesina. Les han acompañado en esta labor entidades como la Sociedad Española de Agricultura Ecológica (SEAE) o el Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC), precursor y divulgador de la agroecología a nivel académico, así como un joven y plural movimiento agroecológico organizado principalmente en torno a cooperativas de producción periurbanas y grupos de consumo en las ciudades.

El tercer actor es el conformado por los nuevos movimientos sociales urbanos que surgen también en la década de los noventa y que expresaban un cambio generacional en las formas de hacer política. Caracterizados por su juventud, por plantear una inserción de la política en la vida cotidiana, una organización basada en colectivos y redes sociales.

[...] Ya no se trata tanto de reivindicar como de poner en práctica aquello que plantean. Se interrelacionan necesidades materiales con culturas de ejercer una presencia directa de los afectados. Importa más la autovaloración, la apropiación, la autogestión o el control a pequeña escala que unos logros cuantitativos espectaculares⁴⁸⁷.

Uno de los principales exponentes de esta dinámica son los centros sociales

que pone en marcha el movimiento okupa tras irrumpir en edificios urbanos abandonados para reconvertirlos en espacios socioculturales donde acceder a locales para reunirse, ensayar, realizar conciertos, teatro, videofórum, seminarios, experimentar con los medios de comunicación alternativos, editar revistas... Los centros sociales posibilitaron que una parte de la juventud pudiera dar rienda suelta a sus inquietudes, demostrando cómo con escasos recursos es posible generar atractivas ofertas socioculturales. Entre sus paredes miles de jóvenes han generado espacios de socialización alternativa, donde han aprendido y vivenciado otros valores distintos a los de la sociedad hegemónica.

Estos espacios se ubican especialmente en barrios populares y con problemas sociourbanísticos o en zonas industriales en declive, localizados en espacios sensibles a la reestructuración urbana. Así que, entre las constantes transformaciones que impone el mercado inmobiliario, la incompreensión y la represión institucional, los centros sociales han sido iniciativas bajo constante amenaza. Los centros sociales hicieron las veces de acumuladores y cajas de resonancia de las distintas protestas juveniles, lo que convirtió al movimiento okupa en la figura simbólica y mediática de la rebeldía urbana.

Una de las principales virtudes de estos espacios es que hicieron de puente comunicativo entre los distintos movimientos sociales que recorren las actuales metrópolis. Una suerte de dinamos con capacidad de provocar sinergias inesperadas entre distintos colectivos, temáticas o iniciativas. Colectivos artísticos, de personas interesadas en los usos sociales de las nuevas tecnologías, ciclistas urbanos, asociaciones vecinales, grupos de consumo agroecológico, iniciativas de economía solidaria... se cruzan en estas cocteleras de las que a veces surgen alianzas insospechadas y desde donde se dinamizan diferentes redes sociales, en escalas que van desde la dimensión de barrio a las protestas y encuentros globales. Una dinámica que en la última década ha posibilitado un progresivo reencuentro con el movimiento vecinal, ese anómalo movimiento que lleva más de cuarenta años luchando por la mejora de las condiciones de vida en los barrios.

La emergencia de los huertos comunitarios es inexplicable si no se anclan sus raíces en los contagios y complicidades que se han producido entre estos tres movimientos sociales. Una confluencia lenta, inconclusa y no premeditada que ha posibilitado que las distintas prácticas y discursos se hibriden e influyan mutuamente. Los campesinos comienzan a hablar de ecología y las estrategias de sostenibilidad urbana vuelven la vista a la agricultura; colectivos neorrurales ocupan pueblos abandonados; la soberanía alimentaria se convierte en un lenguaje compartido desde el que surgen modestas dinámicas de revinculación urbano-rural en forma de experiencias autogestionadas de cooperativas agroecológicas y grupos de consumo; el ecologismo se implica en conflictos relacionados con la agricultura (Política Agrícola Común, transgénicos, defensa de espacios agrarios periurbanos) que son difundidos en la ciudad por entidades vecinales y cooperativas agroecológicas, impulsadas por nuevas generaciones de productores en las redes de los movimientos sociales urbanos como Bajo el Asfalto está la Huerta (BAH!)...

485 El concepto de soberanía alimentaria fue concebido por Vía Campesina como aportación crítica a la Conferencia Mundial sobre la Alimentación que la FAO organizaba en Roma en 1996. En él se enfatizaba la defensa del pequeño productor y la necesidad de que cada nación tenga el derecho de garantizar la alimentación de sus habitantes, respetando la diversidad cultural y productiva. Esta idea vivió posteriormente un proceso de apropiación por parte de otros movimientos sociales, ONG y académicos, que lograron complejizar su propia definición para incluir una mayor pluralidad de actores (consumidores, mujeres, indígenas) y abordar el conjunto del sistema alimentario (producción, distribución y consumo).

486 (Calle et al, 2010)

487 (Alguacil, 1996: 81)

Estas dinámicas coinciden con una creciente desafección hacia el sistema alimentario⁴⁸⁸ inducida por sus crecientes impactos socioambientales, la preocupación derivada de los escándalos alimentarios o la pérdida del valor nutritivo y gastronómico de los alimentos. Los nuevos saberes y los viejos sabores hacen que asistamos a procesos de politización a través de la alimentación, dando lugar a un renovado interés por la horticultura y la agricultura en personas sin raíces campesinas. Una amalgama de acciones y preocupaciones han hecho posible, en definitiva, que durante la última década asociaciones vecinales, colectivos alternativos, comunidades educativas y grupos ecologistas hayan comenzado a convertir en huertos comunitarios múltiples espacios abandonados, deteriorados o que, debido a su emplazamiento, se encontraban infrautilizados (solares, parcelas tapiadas durante lustros, espacios dentro de parques de gran tamaño, zonas baldías bordeando autopistas y vías férreas).

13.2 De los islotes verdes al archipiélago de huertos comunitarios

Los movimientos sociales urbanos como agentes de unas políticas marcadamente espaciales en la ciudad, al focalizar el espacio urbano como el punto de conflicto y valerse del espacio como recurso para la movilización política, politizan los espacios urbanos en términos de propiedad, usos y significados.

F. Tonkiss

A lo largo y ancho de la geografía van surgiendo distintas iniciativas con unos rasgos muy similares en las distintas ciudades. Experiencias pioneras vinculadas a los centros sociales, a movimientos vecinales y ecologistas, proyectos vinculados a universidades... que se van multiplicando, especialmente después del 15M. Los islotes verdes van conformando un archipiélago interrelacionado, se van tejiendo redes y articulaciones políticas. Ante esta dinámica se han comenzado a dar tímidos reconocimientos institucionales, a la vez que la reflexión y las propuestas desde los movimientos han ido ganando complejidad.

A continuación ilustraremos como ha evolucionado este proceso en distintas ciudades, deteniéndonos en algunas iniciativas representativas.

Barcelona

La experiencia que simbólicamente podría marcar el comienzo de la adaptación ibérica de los huertos comunitarios sería el proyecto de Can Masdeu, en la periferia de Barcelona, lindando con la sierra de Collserola. Esta iniciativa arranca a finales de 2001 con la okupación de una antigua leprosería y su finca colindante, abandonada durante 50 años, con el objetivo de reconvertirla en un centro social "rurbano" que estuviera inserto en la frontera del tejido urbano e inspirado por actividades y temáticas de procedencia más rural.

488 (Calle et al, 2009)

A los pocos meses de iniciar las tareas de rehabilitación del amplio edificio y sus aledaños, Can Masdeu sufre un intento de desalojo. La intervención de la policía se enfrenta a elaboradas estrategias de resistencia no violenta (escaladores en las paredes, trípodes en los tejados), que consiguen paralizar el desalojo tras tres días de asedio en los que la policía es incapaz de bajar a los desobedientes y hacer frente a la ola de solidaridad que acude a protestar al valle. Al eco mediático de este acontecimiento le siguen meses de actividad volcada en la defensa jurídica del proyecto, hasta que deciden dar un giro a la estrategia, relegando a un segundo plano el resistencialismo y centrándose en poner en marcha las iniciativas que pensaban impulsar al montar el centro social.

Aprovechar la solidaridad y complicidad que se había generado pasaba por abrir el proyecto y enfatizar su dimensión comunitaria de cara al barrio. La puesta en marcha de los huertos comunitarios simbolizaría esa estrategia, que se concreta en la puesta en marcha de una treintena de huertos individuales y colectivos que dinamizan unas ochenta personas. La organización de estos huertos se realiza de forma participativa, mediante una asamblea mensual, comisiones de trabajo, la realización de trabajos comunitarios para recuperar y mantener instalaciones (balsas de recogida de aguas pluviales, zonas de ocio) o la participación en las actividades lúdicas como las comidas populares.

Esta dimensión constructiva y propositiva, al recuperar unas tierras abandonadas para devolverles un valor social y ambiental, resultó ser la mejor forma de defender Can Masdeu. Una puerta de entrada amable, para que una amplia diversidad de personas del barrio se implicara activamente en el proyecto, especialmente un gran número de vecinos y vecinas de edad avanzada que se responsabilizan de forma más constante de los huertos, mientras las personas más jóvenes enfatizaban la dimensión organizativa y sociopolítica.

Un proceso de encuentro y aprendizaje mutuo que ha intensificado las relaciones con el barrio y que ha supuesto la catapulta para lanzar otras iniciativas complementarias, como la realización de rutas guiadas de educación ambiental para escolares, la puesta en marcha del Punto Interacción Collserola (PIC) como espacio de encuentro y educación ambiental (talleres, seminarios, proyecciones...), la recuperación comunitaria de caminos en el valle o las replantaciones del bosque con árboles autóctonos.

Estos huertos comunitarios interactúan en un espacio que deviene educativo al trasladar la ecología a la vida cotidiana de manera palpable. Minimizar el consumo de recursos y energía supone demostrar que se puede vivir mejor con menos, a la vez que se producen sorprendentes innovaciones sociales y tecnológicas que lo hacen posible: placas solares para el abastecimiento de luz y agua caliente, lavadoras accionadas por bicicletas, experimentos de compostaje, separación de aguas grises, imaginativos sistemas de captación de agua de lluvia...⁴⁸⁹

El paso de los años y la consistencia creciente del proyecto han ido confiriendo a Can Masdeu un estatus de iniciativa de referencia, por su carácter innovador e

489 (Cordingley, 2004)

inspirador. El goteo de experiencias en Barcelona continuaría en 2002 con la puesta en marcha del huerto de la Universidad Autónoma⁴⁹⁰, donde un colectivo de estudiantes de Ciencias Ambientales demanda la cesión de unas tierras en los campos de experimentación de la Universidad para poner en marcha un huerto agroecológico.

Tras una campaña reivindicativa que culmina con la ocupación de los jardines del rectorado, donde se planta un huerto simbólico, se consigue la cesión de una finca de 3.000 metros cuadrados con árboles frutales e invernadero. Una veintena de alumnos se encarga de la gestión y del cultivo siguiendo los principios de la agroecología, manteniendo un día a la semana como jornada colectiva de trabajo. Este colectivo también realiza actividades de difusión y sensibilización sobre soberanía alimentaria.

El huerto es un espacio formativo complementario donde se abordan contenidos minimizados en el currículo académico, donde se prioriza la práctica y se posibilita la adquisición de habilidades sociales ligadas a los procesos participativos. Una iniciativa vinculada a unos tiempos estudiantiles, que rebajan su actividad en fechas de exámenes o en verano y que requiere de una renovación cíclica, dificultades que no han impedido que lleve más de una década en funcionamiento.

Otra iniciativa emblemática de la ciudad es el huerto del Forat de la Vergonya, ubicado en el parque autogestionado del Casc Antic. Este singular parque es fruto de una de las luchas vecinales más relevantes de los últimos años, emprendida cuando el vecindario se enfrenta a la desvirtuación, por parte del Ayuntamiento, del plan de rehabilitación del barrio. El objetivo del plan es generar espacios públicos y zonas verdes en uno de los barrios populares más céntricos y densamente poblados de la ciudad, para lo que se inicia un proceso de expropiaciones y derribos de viviendas. De forma unilateral, el Ayuntamiento decide asfaltar un solar, reduciendo la zona verde prevista en el proyecto original con el fin de construir un aparcamiento subterráneo y edificios para jóvenes. Durante los años que estrenaron el nuevo milenio el Forat se convirtió en un espacio de denuncia del modelo urbano que se iba implantando en Barcelona, donde confluyeron amplias redes sociales (vecinales, okupas, arquitectos, ONG), que finalmente terminaron ocupando el solar en 2002 y construyendo un parque con jardín, huerto, zona de juegos infantiles, tarima para espectáculos o modestas canchas de fútbol y baloncesto⁴⁹¹.

Al poco tiempo, la policía desmantela el parque y comienzan los trámites para iniciar las obras, pero en 2003, tras una manifestación vecinal se derriba el muro perimetral del espacio, volviendo a introducir el debate en la agenda política. En el año 2004 se reconstruye el parque comunitario, forzando un diálogo entre el Ayuntamiento y el tejido asociativo sobre el futuro de un espacio que finalmente albergará equipamientos cívicos cogestionados, el huerto comunitario y pistas de baloncesto y fútbol en torno a un espacio central abierto⁴⁹².

490 La descripción de la mayoría de los huertos comunitarios de Barcelona sigue el exhaustivo trabajo de fin de carrera realizado por Adaia Aragay (2010): *Els horts urbans a la ciutat de Barcelona. Les experiències d'Horts Urbans Comunitaris com a formes d'intervenció social i ambiental*.

491 (Bonet, 2009)

492 (Martí-Costa y Parés, 2009).

El huerto fue una de las iniciativas que acompañó todo el proceso de movilización vecinal para reivindicar un espacio público alternativo y se convirtió en una de las metáforas más explicativas del conflicto entre las percepciones enfrentadas sobre el futuro del barrio. Ante el homogéneo espacio liso, gris y asfaltado, el huerto proyectaba verde y demandaba tierra, un lugar donde echar raíces en la vida de barrio y no un espacio de tránsito. La fortaleza del huerto es su fragilidad, al requerir de una implicación constante por parte del vecindario en su cuidado y mantenimiento.

Después de negociar su funcionamiento y dinamización con el Ayuntamiento, en 2008 arranca nuevamente el proyecto. Un huerto de 120 metros cuadrados donde el diseño, la construcción de los bancales y la compostera, la mejora de la tierra, la gestión de las tareas hortícolas y de las actividades de educación ambiental se hicieron de forma colectiva. Además, en el huerto se realizan talleres sobre cuestiones agronómicas, comedores populares, se participa de las fiestas del barrio... ofreciendo un espacio polivalente en el que se encuentra la diversidad social y generacional que convive en el barrio.

Al calor de estas iniciativas más singulares y con una estrecha vinculación al movimiento okupa, entre 2006 y 2009 proliferan huertos comunitarios en distintos barrios. El Clot, la Colonia Castells, Sant Andreu, Gracia o el Raval ven surgir pequeñas iniciativas de huertos en solares abandonados, muchos de los cuales habían albergado centros sociales de los edificios previos al derribo. Una forma de establecer una conexión simbólica entre ambos acontecimientos que evidenciaba cómo algunos de estos huertos aspiraban a convertirse en centros sociales al aire libre, más permeables al acercamiento de la gente del barrio que las okupaciones.

Estos huertos autogestionados suelen ser espacios de tamaño reducido, dinamizados por pequeños grupos de personas vinculadas al movimiento okupa, o en algún caso, a grupos de consumo de productos agroecológicos. Algunos, como el de Gracia o el Raval, enfatizaban más esa dimensión pública, denuncian procesos especulativos y orientan buena parte de su tiempo a la dinamización barrial junto a redes asociativas locales o centros cívicos. Se trata de una forma de dignificar espacios en desuso mediante la promoción de la horticultura y las actividades culturales como principales herramientas.

En 2009 se organiza el primer encuentro de huertos urbanos comunitarios en Can Masdeu, que siembra la semilla de una red de huertos orientada a intercambiar experiencias, documentar los procesos, compartir recursos, facilitar dinámicas de apoyo mutuo y promocionar la horticultura urbana. Posteriormente tiene lugar un segundo encuentro en el huerto del Forat, pero la red pierde continuidad y terminaría diluyéndose para volver a retomarse poco después, en 2012.

Algunos de estos espacios mantienen su actividad, mientras que otros han sido desmantelados. Una intermitencia similar a la que sufre el movimiento okupa, al tratar de reinventarse permanentemente después de cada desalojo, cumpliendo con su función reivindicativa pero mostrando severas limitaciones a la hora de garantizar la continuidad de las iniciativas. Experiencias autónomas que muestran

tremendas potencialidades pero que, en muchos casos, adolecen de alianzas inclusivas que vayan más allá de los propios movimientos alternativos, que apuesten por consolidar un espacio permanente para la horticultura comunitaria en la ciudad⁴⁹³.

A raíz del movimiento del 15M, como veremos más en detalle, se ha dado un nuevo impulso mediante una nueva oleada de ocupaciones de parcelas por asambleas barriales para impulsar huertos comunitarios. Iniciativas más plurales, inclusivas y con mayor apoyo vecinal.

A mediados de 2013, el Ayuntamiento de Barcelona reconoció implícitamente las potencialidades de estas iniciativas y puso en marcha el Pla Buits, Plan de Vacíos Urbanos con Interés Territorial y Social, una estrategia de activación de espacios vacíos en el que dos parcelas por distrito son cedidas temporalmente a entidades para desarrollar en ellas iniciativas sociales autogestionadas que dinamicen el entorno y el tejido social. De las 19 iniciativas concedidas, ocho son proyectos de huertos urbanos comunitarios. Sin embargo las condiciones de cesión son bastante precarias: las entidades son responsables de las obras de acondicionamiento y de la instalación de servicios en los solares; cabe la posibilidad de solicitar apoyo económico del Ayuntamiento aunque esto se penaliza en el concurso de adjudicación, y al finalizar el periodo de cesión los terrenos deben ser entregados y las instalaciones desmanteladas sin derecho a indemnización. Aunque se haya realizado una cesión de suelos municipales el apoyo institucional que se da a estas iniciativas es mínimo.

Madrid

La primera ocupación de un solar con el fin de convertirlo en un espacio sociocultural comunitario se produce en el año 1999 en el contexto de las luchas vecinales por evitar que un solar municipal reivindicado como zona verde terminara siendo cedido al Arzobispado para la construcción de oficinas. El emblemático espacio, situado junto a la plaza de Las Vistillas, se encontraba cerrado y abandonado, por lo que suponía una invitación a que el vecindario creara aquello que venía reivindicando. El solar es ocupado y reconvertido en el Parke de la Muy Disputada Cornisa, un espacio autoconstruido con bancos, papeleras, juegos para niños y una demostrativa huerta ecológica plantada por el incipiente movimiento agroecológico madrileño. El huerto fue efímero pero tras muchas actividades culturales (cine de verano, teatro, fiestas, carnavales...) y frente a la inicial oposición del ayuntamiento lograron preservar la zona verde⁴⁹⁴.

En el año 2003, después del desalojo del Centro Social Okupado El Laboratorio,

493 Este movimiento está ampliamente documentado gracias a distintos trabajos e investigaciones académicas, publicados en el blog Huertos Urbanos Barcelona, que incluye textos de análisis, recopilación de experiencias, entrevistas, audiovisuales y fotografías que reactualizan permanentemente la historia de los huertos comunitarios de Barcelona. Ver: huertosurbanosbarcelona.wordpress.com

494 Las raíces de este primer huerto eran más profundas de lo que aparentaban, pues quince años después en dicho espacio se ha logrado instalar uno de los huertos comunitarios regularizados por el Ayuntamiento.

en Lavapiés, dando pie a una insólita experiencia donde se experimentan las potencialidades de trasladar al aire libre un centro social que llevaba años desarrollando una pluralidad de actividades artísticas y culturales, que lo convirtieron en uno de los espacios de referencia para los movimientos sociales de la ciudad. La iniciativa, con sus altibajos, dura cerca de seis años, y a pesar de no incorporar huerto resulta inspiradora para otras experiencias posteriores.

En 2004 la asociación GRAMA (Grupo de Acción para el Medio Ambiente) consigue la cesión de un espacio dentro del albergue juvenil de la Casa de Campo para destinarlo a huerto comunitario. Una vez acondicionado el terreno, la tierra ha ido dando cosechas que mejoraban según aumentaba la fertilidad del suelo y la destreza de los hortelanos. El proyecto, más allá de disponer de un huerto asociativo, se orientó a poner en marcha una modesta escuela de horticultura donde formar a gente interesada en aprender a cultivar de forma ecológica. Desde entonces el huerto continúa activo, convirtiéndose en uno de los principales espacios de formación y sensibilización sobre horticultura en la capital.

Hay que esperar al año 2006 para que las ocupaciones de solares y la promoción de la agricultura urbana se crucen en la capital, dando pie al nacimiento del huerto de la plaza de Corcubión, en el barrio de El Pilar. Durante las jornadas previas a la llegada del verano un grupo de vecinos vinculado al movimiento vecinal y asociativo del barrio comienza las labores de limpieza y acondicionamiento de un espacio degradado, sucio y en desuso, para convertirlo en un huerto comunitario. Desde entonces este espacio se ha consolidado como un referente en el barrio que ha permitido el encuentro vecinal y la relación entre personas que cohabitando en un bloque apenas se conocían. Además de la mejora ambiental y el embellecimiento del espacio, el huerto ha dinamizado la convivencia en un espacio que permite sembrar y cuidar plantas y relaciones sociales, realizar actividades culturales o preparar una comida popular. Y es que como dicen, «este huerto da algo más que hortalizas». Una iniciativa modesta que, sin embargo, es muy conocida fuera del barrio por su carácter pionero y que se ha convertido en referente y estímulo para las experiencias que se pondrán en marcha posteriormente en la ciudad.

El goteo de experiencias continúa con la iniciativa Esta es una plaza⁴⁹⁵ surgida en el marco de unas jornadas sobre acciones urbanas en solares que se organizaron en el centro cultural La Casa Encendida a finales de 2008. Una cesión temporal permite reconvertir un solar abandonado durante más de 30 años en el castizo barrio de Lavapiés, en un híbrido de plaza y jardín. Esta ágora de barrio empezó a contar a las pocas semanas con zonas para actividades culturales y huerto. El espacio público autoconstruido por el vecindario busca fórmulas para garantizar su continuidad una vez acaba el permiso concedido para la realización de las jornadas, por lo que presenta al Ayuntamiento un proyecto de plan de autogestión vecinal del solar que se va negociando mientras, simultáneamente, se realizan actividades para mantener viva la iniciativa y legitimarla públicamente, como los desayunos públicos frente a la entrada del solar.

Tras varios meses de conversaciones, en mayo de 2009 todo lo que se había

495 Ver: <http://estaesunaplaza.blogspot.com.es/>

construido es arrasado por las excavadoras municipales. El malestar vecinal y las acciones de denuncia que se realizan como respuesta tienen sus frutos, ya que en el mes de junio el Ayuntamiento concede un permiso temporal para usar el solar mediante una cesión en precario⁴⁹⁶. Desde entonces la iniciativa no ha parado de profundizar en su dimensión participativa y de crecer conformando un verdadero espacio cultural multiuso en el que nuevamente ha habido espacio para la construcción de un huerto comunitario.

El año 2010 marca un punto de inflexión ya que, en ese periodo se ponen en marcha varias experiencias vinculadas al movimiento vecinal. El huerto comunitario de Ventilla surge impulsado por un colectivo juvenil ligado a la asociación vecinal del barrio utilizando una parcela cedida temporalmente por la Comunidad de Madrid. La iniciativa arranca con un amplio curso formativo sobre horticultura como fórmula para ampliar y conformar el grupo promotor. Un espacio gestionado de forma participativa por un diverso grupo de personas que colaboran con el tejido asociativo y las instituciones educativas del barrio. El huerto comunitario de Adelfas nace aprovechando el 30º aniversario de la asociación vecinal del barrio. Tras varios meses de preparación se procede a recuperar una franja baldía situada junto a las vías del tren, reconvirtiéndola en huerto, jardín y espacio de encuentro uno de los rincones olvidados del distrito. Reconocible por su amplio mural y por desafiar muchas inercias urbanas, es un lugar que la gente va haciendo suyo al pasear, mientras comparte tareas en las jornadas de huertas abiertas o prepara actividades con otras entidades como las AMPA.

Impulsadas por asociaciones vecinales con una composición más juvenil, estas experiencias suponen un revulsivo para animar a otras entidades. Además, como comparten problemas como la mala calidad y la compactación de la tierra, las dificultades para acceder al agua o la necesidad de adquirir conocimientos hortícolas, se constituye la primera estructura de coordinación en la Federación Regional de Asociaciones Vecinales de Madrid (FRAVM), inaugurando un espacio de encuentro e intercambio de experiencias, recursos y creación de mecanismos de apoyo mutuo. Se ofrece orientación a las personas y entidades interesadas en poner en marcha iniciativas similares en sus barrios y municipios, y se inicia un trabajo de intermediación con la Administración municipal en la búsqueda de modelos de regularización y cesión de espacios.

Las tareas de difusión y asesoría ayudan a que en el plazo de unos meses nuevos barrios se decidan a montar huertos comunitarios. La mayor parte de estas experiencias se concentran en los barrios populares del centro y en las antiguas

496 La cesión está condicionada al requerimiento del solar por parte del Ayuntamiento, en el momento en que éste lo reclame para desarrollar la dotación cultural prevista en este espacio, la asociación deberá abandonarlo, sin derecho a solicitar ninguna compensación y con la obligación de dejarlo en las mismas condiciones en que lo encontró. Además en el contrato se establece que la asociación asumirá los gastos y procedimientos derivados de la realización de obras de mejora en el espacio, sin poder recurrir a los medios de la administración local en este sentido.

periferias obreras donde el movimiento vecinal tiene mayor presencia. Las zonas urbanas donde se ubican son generalmente espacios públicos pendientes de desarrollo urbanístico (principalmente áreas de equipamientos y alguna residencial), así como espacios verdes degradados.

En este contexto efervescente surge también otra interesante iniciativa, la HuertAula Comunitaria de Agroecología Cantarranas, un proyecto de innovación docente que pretende aunar la creación de un espacio de reflexión, formación e investigación sobre agroecología y soberanía alimentaria con la puesta en marcha de una huerta como espacio de acción y socialización entre la comunidad educativa (alumnado, profesorado, personal laboral...) y la ciudadanía.

La recuperación de las tierras e instalaciones de los antiguos viveros en desuso de la Universidad Complutense permiten poner en marcha un proyecto de huerto urbano integral. Entre sus surcos se cruzan la educación ambiental, la producción de alimentos respetuosos con el medioambiente o la recuperación de la biodiversidad cultivando variedades locales. Un espacio universitario donde se diluyen las diferencias entre profesores y alumnos, universitarios y vecinos, en medio de los intercambios de experiencias personales y trabajo colectivo. Además, el huerto supone una interesante experiencia de inclusión social al participar en la iniciativa asociaciones de personas con discapacidad y diversidad funcional.

A finales de un intenso 2010 surgía la Red de Huertos Urbanos Comunitarios de Madrid, donde además de las experiencias impulsadas por las entidades vecinales, confluyen otras iniciativas hortícolas de la ciudad vinculadas a entidades ecologistas o comunidades educativas de distintos campus universitarios. Esta red es una apuesta por coordinar al conjunto de proyectos de huertos comunitarios de la ciudad para darles visibilidad⁴⁹⁷, fomentar el intercambio de experiencias (visitas, encuentros), compartir recursos (semillero comunitario, intercambio de semillas, compras), así como crear mecanismos de apoyo mutuo, prestar asesoría y promover espacios formativos (jornadas, seminarios, cursos). Un trabajo que contempla también la elaboración de materiales audiovisuales y exposiciones fotográficas, manuales temáticos (compostaje, riego, rotaciones y asociaciones de plantas, autoconstrucción de mobiliario...) o protocolos de actuación para poner en marcha nuevas iniciativas.

En 2011 surgen nuevos proyectos como el huerto escolar y comunitario Siglo XXI en un solar abandonado utilizado como aparcamiento de coches y zona canina, junto a la parte trasera de un colegio. La cooperativa que gestiona el colegio Siglo XXI y la Asociación Vecinal Avance de Moratalaz convierten la parcela en un huerto dando vida a una original propuesta que conjuga la incorporación del huerto dentro de las actividades escolares con su apertura al conjunto de la comunidad educativa y del vecindario y que constituye una de las escasas iniciativas legalizadas por el Ayuntamiento de Madrid.

Este huerto es un espacio comunitario y educativo, sin libros de texto o exámenes de aptitud, que deviene pedagógico por cómo se hacen las cosas y por

497 Ver: <http://redhuertosurbanosmadrid.wordpress.com/>

cómo se relacionan las personas. Lo educativo, no como explicación intelectual sino como construcción de un diálogo práctico, como la construcción de un clima y unas relaciones sociales donde aprender y participar devienen inseparables. El huerto como espacio fértil para la plantación de frutas y verduras, así como para sembrar otras relaciones humanas. Una actividad en la que lo hortícola se mezcla con lo lúdico y lo formativo. Especialmente llamativos son los Huertacuentos que muchos domingos por la mañana se realizan en este espacio.

Igual que en Barcelona, las asambleas de barrio del 15M y la renovación provocada en los tejidos sociales locales han impulsado varias iniciativas de huertos comunitarios que confluyen en su desarrollo con las asociaciones vecinales, ampliando el número de huertos participantes en la red hasta la treintena.

Los huertos comunitarios han brotado en los márgenes y rincones olvidados de la ciudad gracias al impulso ciudadano, haciendo frente a las incertidumbres derivadas de la situación de alejamiento y las dificultades como el acceso al agua. Una vez que se ha generado una masa crítica de experiencias suficiente, se han consolidado los ejercicios de coordinación y se han establecido alianzas con espacios como la universidad, esta temática se ha trasladado a la esfera pública. Todo esto, junto al positivo tratamiento ofrecido por los medios de comunicación, ha logrado la inserción de los huertos en la agenda política del Ayuntamiento de Madrid, que ha empezado a poner en marcha algunas políticas públicas. Iniciativas como los huertos de Madrid Salud, que son unas interesantes experiencias mixtas de huertos vecinales y terapéuticos (para personas con adicciones o problemas mentales...), o el Centro de Educación Ambiental Huerto del Retiro, especializado en temas de horticultura urbana y cuyo huerto ciudadano curiosamente ha entrado a formar parte de la red, donde el 90% de las iniciativas eran legales.

Además siguiendo la estrategia de acumular legitimidad y conseguir visibilidad para los huertos comunitarios, la red ha sido seleccionada en el Concurso de Buenas Prácticas de sostenibilidad urbana del Comité Habitat de Naciones Unidas de 2012. Un reconocimiento que evidencia cómo nos encontramos ante una realidad consistente, a la que tarde o temprano las administraciones tendrán que encontrar encaje en el planeamiento urbano. Desde los movimientos sociales y vecinales se está reflexionando sobre este aspecto, y la propia FRAVM ha realizado alegaciones al nuevo Plan General de Ordenación Urbana de Madrid, en el sentido de que se reconozcan figuras para el desarrollo de la agricultura urbana dentro del planeamiento (reconocimiento del huerto urbano como categoría dentro de la red verde de la ciudad, haciendo compatible el uso de huerto con las distintas categorías de suelo, demandando un protocolo de uso de solares municipales vacíos...).

Resulta significativo que en Madrid también fueron personas cercanas al movimiento de los centros sociales, que a su vez se encuentran implicadas en la reactualización del movimiento vecinal, las primeras en impulsar iniciativas de huertos comunitarios. Una particularidad que los ha dotado de un enfoque más pragmático y una explícita vocación de permanencia. Además, el hecho de aprovechar la estructura organizativa del movimiento vecinal ha servido tanto para multiplicar

rápidamente las iniciativas, al hacerlas resonar en cientos de asociaciones y barrios, como para posibilitar alianzas más amplias (centros culturales o de educación ambiental, universidad, cooperativas de intervención social...) y ha facilitado el diálogo con las Administraciones municipales. Unos rasgos generales que si bien no son monopolio del movimiento vecinal, han terminado por caracterizar las dinámicas de los huertos comunitarios madrileños.

A finales de 2014 y tras varios años de conversaciones, desencuentros, desmantelamientos, nuevas ocupaciones de parcelas, presencia mediática y reconocimientos internacionales, el Ayuntamiento procedió a regularizar los primeros 17 huertos comunitarios. Los huertos se ubican en suelos catalogados como zonas verdes, y su cesión se otorga por concurso público. En el pliego de condiciones se ha logrado un equilibrio entre el respeto a la singularidad y la autonomía de las iniciativas ciudadanas, a la vez que se ofrece seguridad jurídica al Ayuntamiento, con un procedimiento innovador que podría replicarse en otras ciudades.

Un paso de gigante que ha permitido consolidar y ampliar el número de las iniciativas de agricultura comunitaria en la capital. Una dinámica consolidada, pues se ha replicado varias veces el procedimiento aumentando hasta la treintena los huertos comunitarios englobados en este programa. Además la nueva corporación que gobierna el Ayuntamiento desde mayo de 2015 ha dado pasos más allá, abriendo la posibilidad de regulaciones temporales de los huertos ubicados en suelos dotacionales, iniciando las obras de la Escuela Municipal de Huerta Urbana⁴⁹⁸, consolidando un itinerario formativo de apoyo a los huertos comunitarios cogestionado por la Red de Huertos denominado Ciudad Huerto, o lanzando un proyecto piloto de agrocompostaje comunitario en el que colaboran algunos huertos como nodos de recogida.

Sevilla y otras ciudades

Cada año aparecen nuevos proyectos e iniciativas en ciudades andaluzas, vascas, canarias, castellanas, catalanas... Anteriormente, vimos cómo los huertos vecinales de Sevilla ya habían anticipado a principios de los noventa las lógicas de funcionamiento y algunos de los rasgos que definen los huertos comunitarios. Aunque hay que esperar hasta el año 2004 para que surja la primera iniciativa que podríamos vincular al nuevo ciclo de huertos urbanos: el huerto del Rey Moro. Un grupo de vecinos y asociaciones deciden ocupar un solar del Ayuntamiento de Sevilla, catalogado como Bien de Interés Cultural y que se encontraba abandonado. Durante una primera etapa el espacio se convierte en un espacio sociocultural al aire libre (encuentros, conciertos, teatro, proyecciones...), hasta que, en 2007 y, a petición de padres y madres del entorno, surge la iniciativa de montar unos huertos. Ello da origen a la preparación de una serie de bancales gestionados de forma colectiva por las personas que dinamizan el espacio, además de destinar un amplio banal

498 Una escuela ubicada en el barrio de San Fermín, en lo que parece el mágico cierre de un círculo, pues si recordamos en este barrio se montó el primer huerto vecinal en 1983.

a huerto escolar para que lo utilicen colegios de la zona⁴⁹⁹.

Otra iniciativa interesante es la que se desarrolla en Elche desde mayo de 2009, liderada por la Asociación de Vecinos Barrio Obrero de Altabix, que en 2006 propuso al Ayuntamiento un proyecto de huerto urbano integral. Superada la fase de las negociaciones y las tareas de acondicionamiento, consiguieron la cesión gratuita durante un periodo máximo de 10 años de una parcela de 1.300 metros cuadrados dentro del huerto de la Cuerna, un palmeral histórico que antiguamente funcionaba como huerta y que se encuentra dentro del área reconocida como Patrimonio de la Humanidad. El proyecto ha involucrado a distintos sectores, incorporando dimensiones educativas, experimentales y sociales. Por una parte, se han destinado 20 parcelas en formato de huertos de ocio para personas de la tercera edad; y también se han delimitado una serie de huertos escolares. Además, la asociación vecinal cultiva un huerto comunitario y, finalmente, la Universidad Miguel Hernández mantiene un bancal experimental en el que se prueban distintos modos de cultivo y se replican semillas de variedades locales.

Y para terminar destacar la diversidad de huertos que se han ido impulsando desde la Fundación Zadorra durante los últimos años en Vitoria-Gasteiz, promoviendo la red de huertos escolares y consiguiendo que todos los centros cívicos de la ciudad cuenten con un huerto, tras una experiencia pionera iniciada por un grupo de jóvenes de un proyecto de educación de calle. Por otra parte en el barrio de Zabalgana, lo que arrancaba en 2006 con una performance artística en la que se montaba un huerto, desemboca en 2014 tras años de reivindicación vecinal en la cesión de una parcela a una asociación vecinal para montar el primer huerto comunitario de la ciudad.

499 (Puente, 2012)

13.3 Huertos para después de una crisis

*El único banco que se preocupa por tus intereses, es un banco de semillas.
Occupy Wall Street*

La crisis parece haberse instalado de forma permanente en nuestras sociedades ocultando su carácter multidimensional al ignorar y desconectar la dimensión económica de otros factores como el pico del petróleo, el cambio climático, el desborde de la biocapacidad del planeta, la erosión de los sistemas democráticos o la crisis de los cuidados y los mecanismos de reproducción social. El rescate del sistema financiero mundial al que han seguido las políticas de austeridad ha erosionado los modelos políticos y económicos del viejo continente (privatizaciones, precarización, paro, desmontaje de los servicios públicos y los sistemas de protección social, desregulación del derecho laboral) provocando un acelerado proceso de empobrecimiento de la ciudadanía, especialmente agudo en los países del sur de Europa.

El despliegue de estas políticas ha provocado un nuevo ciclo global de acción colectiva contra la gestión de la crisis y sus impactos. En nuestra geografía esta oleada desembocará en el nacimiento del movimiento 15M, cuya imagen icónica serían las acampadas en la Puerta del Sol y Plaza Catalunya. Una protesta cuya radicalidad ha consistido en resignificar la noción de democracia, autoconvocando a la sociedad para reinventar lo común, reconocerse en el espacio público, recuperar la sociabilidad perdida y desobedecer el mandato de disolverse en la resignación individualista.

Las plazas acogieron multitudinarias asambleas donde se quebró el relato oficial de una crisis que pasó a ser enunciada colectivamente como estafa. Entre las tiendas de campaña y bajo sus toldos de lona se configuraron una suerte de microciudades a escala en el corazón de la gran ciudad, como anteproyectos de otras ciudades posibles. Como si de un relato de Italo Calvino se tratara, frágiles arquitecturas colectivas se levantaron con materiales reciclados. Un urbanismo improvisado que reservaba espacios para zonas infantiles, bibliotecas, ordenadores, comedores, placas solares y huertos. Estas acampadas en las que convivieron miles de personas, más que nuevas organizaciones políticas, generaron nuevas formas de relación. Fueron una metáfora de otra forma de habitar la ciudad.

El acontecimiento político que supuso las acampadas del 15M se sostiene sobre un derroche de cooperación social, creatividad e innovación, tanto de la gramática y los discursos como de las prácticas, con la socialización y diversificación de los repertorios de acción no violenta. La fuerte carga simbólica de todo lo que allí sucedía da mayor valor al gesto de construir un huerto en ellas, de localizar un espacio para que la agricultura urbana tuviera su lugar en el imaginario colectivo dentro de aquel terremoto político.

Los huertos de estas acampadas comenzaron recuperando zonas verdes que se habían deteriorado durante las masivas concentraciones de protesta. Espacios cuyo simbolismo incitaba a reflexionar sobre cuestiones como la relación campo-ciudad, la ecoddependencia, la fragilidad y el cuidado de la vida o la soberanía alimentaria,

por citar algunas de las temáticas que se han ido incorporando posteriormente, de forma mucho más vertebrada, a la agenda de debate de los movimientos sociales.

En el caso de Madrid una vez se dismantela la acampada y se descentraliza hacia los barrios, las asambleas locales del 15M han sido, como ya hemos apuntado, uno de los revulsivos que han impulsado muchas de las nuevas iniciativas de huertos comunitarios. Estos nuevos huertos han establecido relación con la red de huertos desde sus inicios, por lo que la filosofía, el funcionamiento y la forma en la que se han ocupado las parcelas abandonadas forma parte de una estrategia colectiva compartida por la mayoría de las iniciativas de la capital.

En el área metropolitana se han ido sucediendo también ocupaciones de parcelas por parte de asambleas locales del 15M como las de Leganés, Alcorcón, Getafe, Parla... que han encontrado en los huertos una fórmula ideal para echar a andar proyectos concretos que arraigan en los municipios.

El huerto de Plaza Catalunya estuvo impulsado por personas pertenecientes a los huertos comunitarios de Barcelona. Una vez dismantelada la acampada continuaron acudiendo a las movilizaciones con un carrito lleno de plántulas y semillas que repartían a la gente. Una iniciativa bautizada como huerto nómada, y que estuvo presente en varias movilizaciones, hasta que fue requisado por la policía durante el cerco al Parlament. Posteriormente, en otras movilizaciones globales se realizaron acciones simbólicas como plantar un gran huerto efímero junto al Arco del Triunfo, cuya forma escribía la palabra AGROECOLOGIA.

Al igual que en Madrid, la descentralización de la acampada de Barcelona en asambleas de barrio ha facilitado la puesta en marcha de iniciativas con amplio respaldo vecinal. Entre los huertos comunitarios impulsados recientemente destacan el Hort comunitari de Sant Andreu y el del barrio del Clot. Experiencias similares han dado el salto al área metropolitana, tomando como referente el pionero caso del municipio de Terrassa, que desde 2010 impulsaba una exitosa iniciativa de huerto comunitario que, partiendo de una ocupación ha logrado que se inicie un programa municipal de huertos comunitarios. Otros casos significativos son el de la Llagosta en el Vallés, cuando una red de colectivos locales aprovecha el final de un encuentro internacional de *reclaim the fields* para ocupar una antigua finca agrícola próxima a un barrio obrero. La parcela había sido adquirida por una promotora inmobiliaria para edificarla, pero debido a la falta de financiación permanecía abandonada desde el inicio de la crisis. El vecindario la ha recuperado para destinarla a huerto colectivo, abastecer a la gente que impulsa la iniciativa y, de paso, generar un espacio de encuentro vecinal abierto⁵⁰⁰.

También resulta destacable cómo en esta proliferación hortícola los huertos han sido utilizados como herramientas reivindicativas en el marco de campañas de largo recorrido contra determinados desarrollos urbanísticos. De forma recurrente se ha procedido a la recuperación de espacios en disputa para reconvertirlos en huertos como forma de denuncia. Un ejemplo ilustrativo es la lucha contra el polémico Plan CAUFEC, que pretendía urbanizar una parte de la sierra de Collserola en Esplugues de Llobregat. Una vez que el plan queda paralizado por la quiebra de la

empresa constructora tras el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, se ocuparon unos terrenos abandonados de las obras y se transformaron en huertos comunitarios, hasta que varios meses después fueron arrollados por las excavadoras municipales.

Más allá de lo que ha sucedido en estos dos entornos metropolitanos, la apropiación de la horticultura comunitaria por las asambleas y colectivos ligados al 15M ha dado el impulso definitivo para su traslado a muchas ciudades de escala media.

En Valladolid una red de entidades vecinales, sociales, ecologistas y educativas redactan a principios de 2012 un proyecto para recuperar una parcela en desuso en el barrio de La Victoria. Después de varios meses de infructuosos esfuerzos por tratar de recibir una respuesta por parte de la administración, aprovechan las fiestas del barrio para ocupar la parcela y poner en marcha la iniciativa de huerto comunitario. Nació así la Huerta Sin Puerta como un espacio verde autogestionado, que ha sido diseñado y construido de forma participativa combinando las preocupaciones hortícolas, educativas y convivenciales. Una iniciativa que, desde entonces, persigue el reconocimiento municipal y que ha supuesto un revulsivo para que otros cuatro barrios de la ciudad la repliquen, dando origen a una red local de huertos.

En Burgos, en la zona del Gamonal, la asamblea barrial aprovechó el primer aniversario del 15M para ocupar una amplia parcela abandonada, propiedad de una inmobiliaria y que históricamente había sido zona de huertas. La iniciativa de huerto comunitario nació con una acampada para limpiar y acondicionar el espacio, a la que siguieron la preparación de los bancales para el cultivo y la construcción de una zona estancial que favoreciera el encuentro. Iniciativas similares se han dado en Alicante, Castellón o Palma de Mallorca. Unas se han ido consolidando y otras han sido dismanteladas con cierta celeridad.

Esta breve panorámica nos permite hacernos una idea del poder simbólico que han tomado los huertos como metáforas de la creatividad, del potencial valor de uso de espacios abandonados, del cuidado de la naturaleza en la ciudad, de la autonomía ciudadana para construir alternativas. Además de movilizar un imaginario alternativo y de convertirse en un recurso de protesta, los huertos comunitarios se han mostrado como una práctica muy válida para territorializar en barrios y municipios las dinámicas organizativas y los discursos críticos derivados del 15M. Realidades que han ganado mucha visibilidad pública y consistencia en los pocos años que llevan funcionando, debido a su carácter constructivo y altamente inclusivo.

Los huertos comunitarios son uno de los escenarios que están permitiendo el encuentro, la complicidad y el diálogo entre diversas dinámicas asociativas o vecinales preexistentes en el territorio. Prácticas que parecen haber logrado echar raíces y no son concebidas como flor de un día.

De la mano de la crisis se ha disparado el desarrollo de todas las tipologías de huertos, desde huertos informales en terrenos ocupados, en los márgenes de las vías del tren, ríos o incluso en las rotondas de algunas ciudades como La Palma, a los centenares de nuevos proyectos de huertos sociales y de ocio impulsados desde las administraciones locales. Estos nuevos huertos de ocio tratan, en muchos

500 Setmanari Directa: <https://directa.cat/noticia/terra-qui-treballa?page=3>

casos, de incorporar a familias en paro, ofreciéndoles una forma de ahorrar recursos económicos mediante el complemento de la cesta familiar a través de la autoproducción de verduras. También encontramos iniciativas impulsadas por otras entidades, como el proyecto TREDAR, con el que el sindicato CC OO está formando en agricultura ecológica a parados de larga duración para acompañarles en la profesionalización agraria y comercializar la producción mediante grupos de consumo en los comités de empresa del sindicato. Incluso se ve cómo ante la agudización de la crisis se están desarrollando huertos urbanos iniciados por entidades asistenciales como Caritas (Almería, Vitoria-Gasteiz, Alicante, Castellón...) o Cruz Roja (Granada, Navarra, Zafra, Colmenar Viejo...) como mecanismo de inclusión social y laboral, y para garantizar el acceso a alimentos a la población en situación de vulnerabilidad.

La agricultura urbana se ha convertido en una de las muchas estrategias adaptativas puestas en marcha ante la crisis, provocando un salto de escala que nos sitúa en otro contexto, un cambio cualitativo más que cuantitativo. En nuestra geografía hemos pasado de nueve municipios con huertos urbanos en el año 2000 a más de doscientos cincuenta en 2015, la mayor parte de las cuales se pusieron en marcha a partir de 2008, coincidiendo con la agudización de la crisis. En la actualidad, aunque predomina el formato de huertos urbanos de ocio como política pública, cerca del 20% de las iniciativas existentes son huertos comunitarios que se concentran en las grandes ciudades⁵⁰¹.

Ecós de los huertos indignados

El ciclo global de acción colectiva que arranca con las primaveras árabes se ha ido expandiendo como una carrera de relevos en la que quien recibe el testigo debe adaptar a su realidad local elementos inspiradores de las revueltas precedentes. Así sucedió cuando las acampadas del 15M tradujeron a Occidente parte del imaginario y de las prácticas de la plaza Tahrir, influyendo posteriormente en el desarrollo del movimiento *occupy*⁵⁰² en EEUU. Durante este proceso las lonas, las tiendas de campaña, las asambleas masivas en el espacio público, la diversidad social, la creatividad en los repertorios de protesta... se replicaron de unas ciudades a otras. Una de las muchas cosas que se reprodujeron en distintas acampadas fue la presencia de huertos indignados.

La pionera acampada de Occupy Wall Street en Zucotti Park no llegó a tener su huerto, aunque sí se construyó un efímero jardín entre las tiendas de campaña y se celebraron talleres sobre bombas de semillas y *guerrilla gardening*, así como visitas guiadas a los huertos comunitarios del Lower East Side⁵⁰³.

Hay que esperar a la posterior extensión del movimiento y a la generalización de

las acampadas en las grandes ciudades norteamericanas para asistir a la incorporación de huertos en las más activas. En Occupy Oakland, situado en la plaza Oscar Grant de esta ciudad, se recuperaron los maceteros de la plaza como espacio de cultivo y se construyeron varios bancales elevados supletorios para plantar verduras y hortalizas. La iniciativa recuperaba en las pancartas caseras el imaginario de los *victory gardens* de la segunda guerra mundial. Su dinámica enlazaría con proyectos posteriores como Curarando el barrio, una iniciativa de huerto comunitario en un barrio latino de la ciudad. La experiencia de Occupy San Francisco también contó con una modesta huerta en cubos reconvertidos en maceteros, para posteriormente realizar acciones reivindicativas plantando huertos en sedes de empresas multinacionales como Monsanto y terminar dando forma a una de las iniciativas más potentes: Occupy the Farm⁵⁰⁴, que arranca con la ocupación de un amplio terreno baldío de la Universidad de Berkeley con el objetivo de reconvertirlo en una granja urbana. Cultivada, desalojada y reocupada varias veces por activistas y estudiantes es una movilización de referencia en cuestiones relacionadas con la agricultura urbana reciente en EEUU. En octubre de 2011 se lanzará el hashtag #OccupyGardens, con la intención de agrupar el trabajo específico que se está realizando en las acampadas en relación al sistema alimentario, la agricultura urbana y el uso del espacio público. Tomando esta referencia, Occupy Gardens Toronto, en Canadá, crea el People's Peas Garden en un parque público, que permanecerá activo durante todo el verano hasta su desmantelamiento en septiembre⁵⁰⁵.

En este breve repaso sobre las acampadas, debemos nombrar Occupy Portland, donde se construyeron pequeños huertos comunitarios simbólicos en la zona de acampada. Portland es una de las ciudades con mayor dinamismo social en cuestiones de ecología urbana, por lo que no es de extrañar que del grupo de cocina de la acampada, que servía 1.500 comidas diarias, surgiera un colectivo dedicado a realizar acciones directas de denuncia sobre cuestiones alimentarias e impulsar huertos compartidos en el seno del movimiento *occupy*⁵⁰⁶. Y para acabar una iniciativa digna de reseñarse sería la impulsada por Occupy Madison, que se ha encargado de autoconstruir un modesto barrio de pequeñas casas para la población sin techo, afectada por los desahucios y que habitaba en tiendas de campaña. La construcción de este pequeño barrio de casas de madera sobre remolques, para burlar normativas sobre acampadas, ha sido completamente autogestionada. Y como no podía ser de otra manera han incorporado en su diseño una zona de huerto comunitario.

Volviendo a la expresión europea del movimiento, resulta curioso constatar cómo de las ciudades donde la protesta fue consistente, aquellas con una alta tradición en agricultura urbana, como Londres o Berlín, no incorporaron el imaginario de los huertos a las acampadas. Es en los países del sur, más golpeados por la crisis y con una menor tradición de horticultura comunitaria, donde estos movimientos

501 Ponencia de Gregorio Ballesteros en el I Encuentro Estatal de Redes de Huertos Urbanos en octubre de 2015, Madrid.

502 Ver: http://www.eldiario.es/interferencias/15-M-Occupy_Wall_Street_6_132346774.html

503 Ver: <http://occupywallst.org/article/planting-real-seeds-change-guerrilla-gardening-and/>

504 Ver: <http://occupythefarm.org/category/c27-statements/>

505 (Karim, 2014).

506 Ver: <http://opdxfoodteam.wordpress.com/>

emergentes han protagonizado algunas iniciativas muy significativas.

Una de las más llamativas se daría en la acampada de Occupy Roma frente a la Catedral de la Santa Croce, desde la cual se invita a Zappata Romana, entidad que promueve la agricultura urbana en la ciudad desde 2010, a coordinar la instalación de un huerto comunitario⁵⁰⁷. Este colectivo convoca a todos los hortelanos urbanos de la ciudad en el día internacional de Guerrilla Gardening, se reúnen por primera vez personas de más de 25 huertos comunitarios de la ciudad que acuden a diseñar y construir el que será conocido como Orto Errante. Mediante un sistema de palets y cajas de fruta reutilizadas se conforman una serie de pequeños bancales móviles muy cuidados estéticamente. Esta fue una de las acciones con mayor repercusión mediática de la acampada, ayudó a embellecer el espacio que estaba ocupando, mejorar la percepción social de la misma y tender puentes con los huertos comunitarios de la ciudad. De hecho en los años siguientes el número de huertos comunitarios romanos se incrementó en un 50%⁵⁰⁸.

Ligado a esta ola de indignación, que ha recorrido Europa durante los últimos años, conviene destacar el intenso proceso de movilización y repolitización que se ha dado en Grecia, y que se describe en el capítulo siguiente. Un ciclo que tiene muchísimas similitudes con el nuestro, donde ha aflorado un interesante movimiento social en torno a la agricultura urbana, en muy poco tiempo y casi sin antecedentes. Un movimiento que si bien no se expresó en la acampada de la Plaza Syntagma, posteriormente ha dado lugar al cultivo de decenas de nuevos jardines y huertos urbanos. Entre las calles de las ciudades griegas Epicuro vuelve a estar de actualidad.

Lugares comunes: las crisis y las semillas del futuro

507 <http://archinect.com/news/article/28281283/orto-errante-episod-2-0-terme-di-caracalla-for-the-accampata-occupy-rome>

508 <http://www.abitarearoma.net/boom-di-orti-a-roma-per-una-citta-piu-verde-e-solidale/>

14 Pasado reciente, episodios de crisis y agricultura urbana. Espejos en los que mirarnos para reflexionar

Hemos visto cómo al calor de la revolución industrial la agricultura fue desterrada de las ciudades, hasta quedar reducida a una actividad marginal que solamente reaparecía periódicamente ligada a procesos de crisis (conflictos bélicos, depresiones económicas). Este patrón ha seguido reproduciéndose de forma recurrente durante las crisis más paradigmáticas de las últimas tres décadas en las que economía, modelo urbano y acceso a la alimentación se han visto cuestionados.

Hemos seleccionado cuatro episodios próximos en términos históricos, ocurridos durante las tres últimas décadas, en los que se ha puesto de manifiesto la fragilidad de las ciudades ante factores altamente desestabilizadores y en los que la agricultura urbana ha jugado un papel protagónico en la reinención de dichos espacios. La selección se basa en acontecimientos que resultan especialmente significativos para la historia de la agricultura urbana: La Habana y Cuba en los años noventa tras la caída de la Unión Soviética; Rosario y Argentina a principios del nuevo milenio durante la crisis del corralito; Detroit en EEUU debido al colapso sociourbanístico que se ha agudizado a lo largo de esta última década; y el inicio de los proyectos de agricultura urbana en Grecia, debido al impacto de la crisis socioeconómica. Hemos creído interesante aproximarnos brevemente a estos casos dado que, aunque no sean una anticipación generalizable de un futuro urbano en el corto plazo, en sus ensayos e innovaciones encontramos muchas pistas para pensar sobre el futuro de la alimentación de las ciudades.

14.1 Hacer de la necesidad virtud. La agricultura urbana durante el “periodo especial” en Cuba

La agricultura urbana, que surge como una urgencia para enfrentar el déficit alimentario creado por el impacto de la caída del campo socialista, ha devenido en variante agrícola donde se están aplicando una serie de alternativas y conocimientos agroecológicos, dirigidos a preparar el camino hacia la soberanía alimentaria en un país, que siempre había basado gran parte de su alimentación en productos, insumos y costosas tecnologías importadas.

R. Delgado

El desmoronamiento del régimen político de la URSS, a partir del año 1991 tuvo profundos impactos políticos, económicos y geoestratégicos en todo el planeta. Cuba fue uno de los escenarios del campo socialista donde este colapso tuvo unas consecuencias más singulares, puesto que se tradujo en una crisis energética y económica sin precedentes. De la noche a la mañana desaparece el principal socio comercial de la isla, y con ello el principal destino de las exportaciones y el principal importador estratégico de la economía cubana. La política de bloqueo impulsada por EEUU y la geoestrategia de la guerra fría terminaron por perfilar en Cuba un sistema productivo con fortísimas dependencias.

Las cifras son abrumadoras, pues el 98% del combustible, el 86% de las materias primas y el 63% de los alimentos consumidos por la población procedían del bloque socialista; el 95% de los cítricos, el 73% del níquel y el 63% del azúcar producidos por Cuba se vendían a este bloque comercial⁵⁰⁹. La desaparición de la URSS implicó el colapso tanto de la economía, como del modelo de transporte y del sistema agroalimentario, y obligó a reinventar el conjunto del sistema económico en lo que se conoce como “periodo especial”. Durante este periodo se produjeron una reorganización institucional y una reforma económica profundas para reorientar el sistema productivo (industria, arrendamiento de vivienda, inversión extranjera, transformación de empresas públicas en cooperativas, etc.).

Se generó una situación en la que no se podía importar alimentos, no había gasolina para los motores de los camiones y los más de noventa mil tractores, los fertilizantes y pesticidas dejaron de llegar. Todo ello desembocó en la escasez de alimentos para la población (la ingesta calórica media por habitante se redujo a la mitad de la que era antes de la crisis). En este contexto, con una agricultura dedicada a los monocultivos orientados a la exportación, especialmente la caña de azúcar, es la creatividad popular la que toma la iniciativa. En la ciudad de La Habana, donde se concentra el 20% de la población cubana, grupos informales de vecinos se lanzan a cultivar aprovechando terrazas, azoteas, patios interiores o solares baldíos. El hambre apremia y la práctica totalidad de los barrios de la ciudad replica estas dinámicas, que son asumidas en 1994 por parte de las autoridades locales, convirtiendo la agricultura urbana en política pública por parte del Estado, como una de las maneras de garantizar la seguridad alimentaria.

El protagonismo y espontaneidad de las organizaciones ciudadanas se vieron fortalecidos con la puesta en marcha del Departamento para la Agricultura Urbana, apoyado por el Ayuntamiento de La Habana y el Ministerio de Agricultura. En un primer momento esto supone facilitar el derecho y la seguridad de acceso a tierras de cultivo, y permitir la comercialización de proximidad de los excedentes. Posteriormente, se trata de potenciar y hacer más eficiente el proceso mediante el impulso de los grupos de extensión, encargados de descentralizarlo mediante la identificación de espacios susceptibles de ser cultivados, formando a la gente y

509 (Herrera, 2009)

poniendo en marcha nuevas huertas urbanas⁵¹⁰.

A finales de 1995 cerca de 25.000 huertos familiares y varias docenas de granjas urbanas, junto a una amplia red de mercados de venta directa de verduras y hortalizas, ponían freno a la expansión del hambre por el país⁵¹¹. Esta impresionante cifra de zonas cultivadas se consiguió gracias al reciclaje de los suelos urbanizados infrautilizados para la instalación de pequeños huertos, así como a la reconversión de grandes superficies destinadas al aparcamiento de coches o a obsoletas instalaciones militares que pasarán a ser zonas de cultivo. Algunos de los ejemplos de estas medidas serían el Organopónico Plaza que tiene una superficie de cerca de cinco mil metros cuadrados o el Vivero Organopónico Alamar, uno de los huertos urbanos más fotografiados del planeta, y que ofrece una imagen de gran potencia estética.

Las políticas de agricultura urbana terminarán por abarcar desde la escala municipal a la nacional, por implicar a seis ministerios y por incorporar de forma activa a las universidades y organismos científicos. Durante el año 1997 se impulsa la formación de cooperativas de trabajo, orientadas a profesionalizar la actividad de la agricultura urbana, generar empleo y rentas para los trabajadores así como a fortalecer el proceso de autoestima colectiva que la iniciativa había provocado. La fórmula a seguir fue definida por Fuster Chepe, presidente de la Asociación Cubana de Técnicos Agrícolas y Forestales: «debemos descentralizar hasta un punto donde no perdamos el control y centralizar hasta un punto que no se asfixie la iniciativa». La buena marcha y los beneficios inmediatos para la población suponen la consolidación inmediata de esta política urbana, que pasa de ser un experimento a convertirse en un elemento estratégico para avanzar hacia la autosuficiencia alimentaria de la isla.

La necesidad de potenciar la productividad de la agricultura urbana sin acceso a insumos, fertilizantes o maquinaria, permite que se desplace el foco de interés hacia la agroecología como filosofía y método de manejo. Una parcela del conocimiento en la que Cuba se ha convertido en vanguardista debido a la reorientación de la actividad académica y a la labor de sus centros de investigación agraria, que han recuperado saberes campesinos tradicionales y, simultáneamente, han desarrollado innovadores mecanismos de cultivo intensivo, conocidos como organopónicos⁵¹².

Estos cultivos se realizan en bancales rellenos de tierra y con elevadas cantidades de compost orgánico. Esta mezcla posibilita la producción intensiva, que llega a ser de 20 kilos por metro cuadrado⁵¹³. Los organopónicos se habían introducido en Cuba como cultivos experimentales en algunos cuarteles militares, pero es con la crisis cuando proliferan y se comienza a popularizar su uso civil. Constituye una técnica de cultivo factible por la masiva recuperación de desechos orgánicos a través de más de 7.000 pequeñas centrales de compostaje (compost, vermicompostaje, humus). Este sistema ha transformado radicalmente el metabolismo de la ciudad.

510 (Altieri et al, 1999)

511 (Ibídem.)

512 (Delgado, 2013)

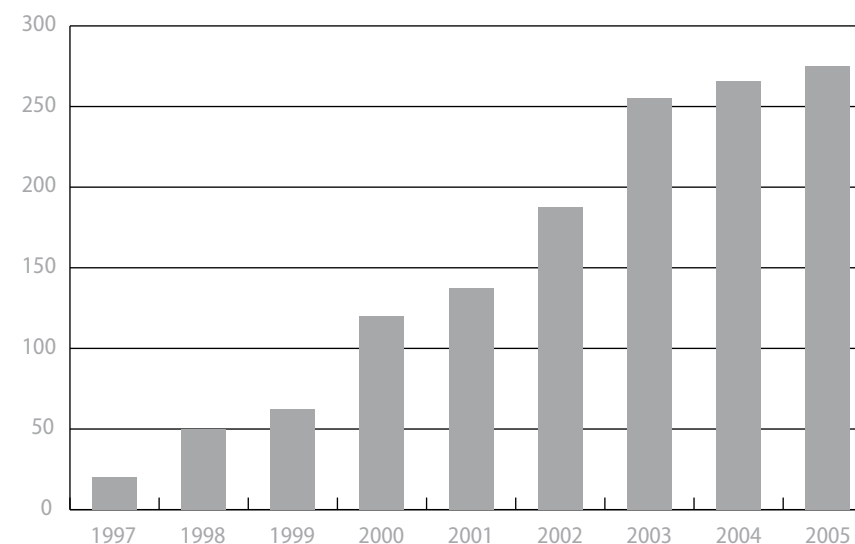
513 (Herrera, 2009)

La Habana es de los pocos asentamientos urbanos capaz de aproximarse al cierre de los ciclos de materia.

Además del impacto directo a la hora de garantizar la seguridad alimentaria, con verduras y hortalizas de calidad cultivadas localmente, se ha generado una amplia red de infraestructuras para hacer viable este proceso. Casas de producción de semillas y plantel, reforestaciones con frutales en las zonas periurbanas, producción de herramientas hortícolas, redes de mercados de venta directa donde los productores venden el 90% de la producción, o los programas de fitoterapia y cultivo de plantas medicinales son actividades que han ayudado a ampliar el circuito secundario de la economía vinculada a la agricultura urbana.

En la actualidad se cultiva el 8% de la superficie de La Habana. Los informes de 2005 muestran que se han llegado a producir 340 gramos diarios per cápita de verduras, logrando una ingesta calórica por encima de las recomendaciones de la FAO. Lo que supone que la agricultura urbana proporciona en torno al 70% de los alimentos que se consumen en la capital. Además de producir 270.000 toneladas de alimentos, se ha convertido en una fuente directa de empleo, pasando de 9.000 trabajadores en 1999 a 44.000 en 2006. Estas cifras suponen un 12,5% del empleo que genera la agricultura urbana en todo el país, con un total de 350.000 personas empleadas, de las que una cuarta parte son mujeres⁵¹⁴.

Producción de verduras y hortalizas al año en Cuba, medida en miles de toneladas.



Elaboración propia a partir de Koont, S. (2009).

Una vez superado el dramatismo del “periodo especial” la vida cotidiana en

514 (Koont, 2009)

Cuba se ha ido normalizando y nos ofrece una serie de reflexiones muy relevantes para nuestras sociedades. La transición socioeconómica realizada en Cuba se ha convertido en una referencia de estudio internacional ante el pico del petróleo y el final de los combustibles fósiles accesibles y baratos. Esta experiencia tiene un interés creciente en términos ecológicos puesto que entre 1990 y 2009 Cuba ha reducido un 25% las emisiones de gases de efecto invernadero, su huella ecológica se ajusta a la biocapacidad de su territorio⁵¹⁵, y presenta un elevado Índice de Desarrollo Humano⁵¹⁶.

El modelo de agricultura urbana impulsado en Cuba, y especialmente en La Habana, se ha convertido en una de las políticas públicas más innovadoras y estimulantes para repensar conjuntamente el funcionamiento del sistema agroalimentario, el planeamiento territorial y las prácticas de sostenibilidad urbana. Constituye un referente internacional para las políticas de cooperación, los equipos de investigación y también para turistas curiosos que se apuntan a visitar los huertos en los ya populares Horticultural Tours.

14.2 Del corralito argentino al movimiento huertero. El Programa de Agricultura Urbana de Rosario

La tierra abuenta a la gente.
Huertero de Rosario

La economía argentina colapsó a finales de 2001 tras varias décadas de aplicación ortodoxa de las políticas de ajuste estructural impuestas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. El espejismo neoliberal se había empezado a diluir a lo largo de la década anterior, mediante el proceso de desindustrialización, el empobrecimiento social y las sucesivas oleadas privatizadoras. Una dinámica que tuvo su traducción en un progresivo descrédito de las teorías liberales y de los partidos tradicionales encargados de aplicar estas políticas, hasta que en diciembre de 2001, en medio de la crisis financiera, se instaura el *corralito* que supone la retención y pérdida de los ahorros para decenas de miles de familias. Este hecho precipita una fuerte movilización social que recorre el país durante semanas y destituye varios gobiernos de forma consecutiva.

En esta revuelta ganaron visibilidad nuevas figuras sociales forjadas durante los años previos, en los que las identidades tradicionales no habían sabido articular respuestas a la crisis. Los nuevos sujetos son los movimientos de trabajadores desocupados, *piqueteros*, que cortan rutas para reclamar subsidios de desempleo y que tienden a organizarse de forma autónoma en las periferias de las grandes ciudades; las asambleas barriales que comienzan a intervenir directamente en los problemas vecinales; los clubes de trueque que desarrollan una economía de subsistencia para

515 (Murphy y Morgan, 2013)

516 Ver los datos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD: <http://hdr.undp.org/es/estadisticas/idh/>

quienes no tienen dinero o posibilidad de insertarse en el mercado de trabajo; o las fábricas recuperadas por los trabajadores y puestas a funcionar bajo lógicas cooperativas. En medio de esta efervescencia social debemos enmarcar el surgimiento del movimiento de huerteros, orientado a recuperar espacios urbanos abandonados para reconvertirlos en huertas y tratar de garantizar la seguridad alimentaria en un periodo de tremenda escasez.

Además de protestar y reivindicar subsidios o alimentos mediante el corte comunitario de rutas, los nuevos pobres urbanos ligados al movimiento *piquetero* habían tratado de organizarse de forma autónoma en sus barrios, recreando vínculos sociales, impulsando cooperativas de trabajo (panaderías, talleres, albañilería, zapatería, producción de ladrillos), escuelas populares, bibliotecas, farmacias comunitarias, comedores populares y huertas colectivas.

[...] La Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) de General Mosconi, un pueblo de 15 mil habitantes en el norte argentino, que vivía de la petrolera estatal privatizada por Menem y una de las cunas del movimiento piquetero, ha dado un salto espectacular: tiene 31 huertas, una granja integral, emprendimientos de reciclaje de botellas, viveros, talleres metalúrgicos y de carpintería donde hacen sillas y camas, una colonia agrícola de 150 hectáreas, criadero de cerdos y otros animales; construyeron un comedor comunitario para indígenas de la zona y salas de primeros auxilios. Hay 2.000 personas vinculadas a los proyectos de la UTD, asentados en relaciones comunitarias y horizontales, sobre una población activa de 8.000⁵¹⁷.

Durante los años posteriores a la crisis, las huertas urbanas vinculadas a los movimientos de trabajadores desocupados se convierten en una constante en el Área Metropolitana de Buenos Aires (Solano, Matanza, Avellaneda, Lanús, Almirante Brown), y muchos de ellos llegan a autoabastecerse de verduras y hortalizas. Estos huertos recibían la colaboración de estudiantes de las facultades de agronomía que cooperaban en el desarrollo y mejora productiva de las iniciativas. Además de las huertas, en algunos barrios estaban experimentando con granjas urbanas donde tenían criaderos de cerdos, conejos e incluso peces.

Aunque estos movimientos han desaparecido de los medios en los últimos años, han seguido desarrollándose durante la última década. Las huertas colectivas se han mantenido de forma regular en el tiempo y muchos de estos colectivos siguen gestionando fincas donde suelen emplear una media de quince personas, en su mayoría mujeres. Estos espacios de producción hortícola funcionan de forma cooperativa y bajo los principios de la agroecología orientándose a la generación de circuitos cortos de comercialización que garanticen precios justos para productores y consumidores. Un ejemplo serían los MTD del conurbano sur de Buenos Aires, agrupados en el Frente Darío Santillán, que en sus barrios gestionan más de una decena de huertas, además de proyectos de ocupación de tierras rurales para reasentar a gente de la ciudad interesada en volver al campo.

517 (Zibechi, 2005)

En barrios más céntricos de la ciudad algunas asambleas barriales también recuperaron espacios urbanos abandonados para reconvertirlos en espacios polivalentes donde se incorporaba la actividad hortícola. Un referente de este proceso es la Huerta Saavedra, con más de una década de funcionamiento, originada tras la recuperación por parte de la asamblea barrial de los terrenos de un desaparecido polideportivo, a principios de 2002. Una parte del espacio fue cedido a una cooperativa de cartoneros y otra parte se puso en producción para abastecer comedores colectivos y escolares por parte del vecindario. A mediados de 2005 el proyecto sufrió un parón, hasta que un par de años después un jardinero del barrio impulsó la reactivación de una iniciativa de huerto urbano y centro cultural. Actualmente se denomina Espacio CuCoCo que significa cultural, cooperativo y comunitario, donde además del huerto urbano se desarrollan múltiples talleres (cocina, yoga, autoconstrucción, cine)⁵¹⁸. El proyecto sigue luchando por obtener reconocimiento institucional y poner fin a la constante amenaza desalojo.

Otra de las iniciativas de agricultura urbana ligada a los movimientos sociales de la ciudad fue la Huerta Orgánica, vinculada a colectivos juveniles alternativos que recuperaron una parcela abandonada junto a la estación de tren de Caballito. La iniciativa de huerto comunitario más dinámica de la ciudad estuvo funcionando durante cerca de ocho años en los que, más allá del cultivo de verduras, se desarrollaban multitud de talleres (cocina, compostaje, permacultura) y se alojaba a un grupo de cocina colectiva del estilo *Food not bombs*⁵¹⁹. Este huerto fue finalmente desalojado por la policía y desmantelado ante la resistencia vecinal.

La descripción de lo que sucedía en Buenos Aires nos sirve para enmarcar el contexto en el que surge el Programa de Agricultura Urbana de Rosario⁵²⁰, una de las iniciativas más prestigiosas y reconocidas del continente. Se trata de una antigua ciudad industrial de más de un millón de habitantes, con elevadas tasas de paro y un 10% de su población residiendo en múltiples asentamientos irregulares. Desde finales de los años ochenta se viene desarrollando en estos barrios una iniciativa de huertas familiares y comunitarias.

El proyecto arranca gracias al impulso de un grupo de ingenieros agrónomos organizados en torno a la ONG CEPAR (Centro de Estudios para la Producción Agroecológica), que orientan su actividad a la puesta en marcha y acompañamiento técnico de iniciativas piloto en pequeñas parcelas para la producción agroecológica familiar de subsistencia y huertas colectivas. Muchas de las personas que cultivan estos huertos son emigrantes rurales con conocimientos agronómicos previos, que además recibieron formación sobre las técnicas de manejo y agroecología.

La iniciativa va consolidándose con el paso de los años y ganando un creciente reconocimiento institucional hasta que a principios de 2002 adquiere el rango de política pública mediante el Programa de Agricultura Urbana (PAU). En un primer momento la iniciativa se destina a enfrentar la situación de emergencia alimentaria,

para garantizar el aporte calórico necesario para los grupos de población más vulnerables.

En un segundo momento, se configura como un proyecto vertebrador para redefinir la política urbana y alimentaria de la ciudad. Un cambio de escala que permite la formulación de un programa mucho más ambicioso e integral, que ha posibilitado la recuperación sistemática de espacios urbanos degradados (basurales, tierras baldías) para reconvertirlos en espacios productivos. La búsqueda de suelos se realiza tanto por parte de técnicos y académicos de la facultad de arquitectura como por los propios hortelanos, que identifican espacios susceptibles de acoger huertas en sus barrios. Actualmente el municipio cuenta con cerca de 700 huertas familiares y cinco parques huerta, amplios espacios públicos multifuncionales donde conviven la actividad productiva, a la que se garantiza la tenencia de la tierra, con un diseño paisajístico que los hace compatibles con usos educativos y recreativos. El PAU también ha impulsado dos iniciativas de agroindustrias urbanas sociales, de procesamiento de verduras y cosméticos, así como una serie de circuitos cortos de comercialización. Estos circuitos alternativos van desde las bolsas familiares servidas regularmente a la presencia en las cinco ferias agroecológicas en espacios públicos, que permiten la venta directa semanal de la producción en barrios céntricos de la ciudad.

Otra iniciativa novedosa es la que se ha denominado “barrios productivos”, un intento de incorporar la agricultura urbana en la planificación de la ciudad, mediante la incorporación de espacios de agricultura urbana en el diseño de los nuevos barrios y los proyectos de regeneración urbana. Además, se han puesto en marcha otros proyectos complementarios como un vivero agroecológico con centro de compostaje y fertilizantes líquidos, o un centro de producción de semillas orgánicas. Una dinámica que ha llevado a que los consumidores se organicen en torno a la Asociación Vida Verde, que apoya y difunde las acciones del programa.

La agricultura urbana, más allá de la dimensión ambiental y de abastecimiento alimentario de proximidad, ha jugado un importante papel de inclusión social al vehicular tanto la mejora material y dignificación de algunos de estos barrios, como la quiebra de prejuicios y estereotipos. Los circuitos cortos de comercialización han acercado simbólicamente estos barrios periféricos a la ciudad y han ofrecido una serie de oportunidades para la relación directa entre grupos sociales que antes era prácticamente inexistente.

Vista en su conjunto, la consistencia y ejemplaridad de la iniciativa es innegable, lo que le ha valido, entre otras, la consideración de una de las mejores prácticas mundiales en sostenibilidad urbana por UN-Habitat. Ha logrado, además, dar continuidad a una política pública muy innovadora que ha sabido adaptarse a coyunturas políticas y económicas muy cambiantes.

Sin embargo, esta iniciativa tan potente y transformadora a nivel local presenta una gran incongruencia contextual, pues si ampliamos el foco más allá de la ciudad nos encontraremos con una isla de agroecología urbana en medio del mar de plantaciones de soja industrial. Modelo impulsado por el agronegocio y aceptado

518 <http://lahuertadesaavedra.blogspot.com.es/>

519 Ver nota 143 Parte 2

520 (Lattuca, 2012)

como política de Estado estratégica a nivel nacional. La apuesta por priorizar la producción de agrocombustibles, por encima del cultivo de alimentos, supone la inviabilidad de las pequeñas explotaciones agrarias y el desplazamiento forzado de población campesina a las ciudades que, en muchos casos, acaba recibiendo asistencia desde distintos programas de agricultura urbana. Además de estos problemas más globales, el PAU se enfrenta a algunos retos y dificultades en su misma concepción, que han sido perfectamente caracterizados por Marta Sánchez⁵²¹:

- El PAU ha impulsado la profesionalización y la viabilidad económica de los huerteros y huerteras urbanos, a pesar de las limitaciones como el espacio de cultivo o la necesidad de compatibilizar la actividad con empleos esporádicos y temporales. ¿Resulta viable esta apuesta? ¿Debe ser esta una de las prioridades de un proyecto como el PAU?
- Durante más de una década el PAU se ha beneficiado de múltiples ayudas económicas, especialmente de proyectos de cooperación internacional, que han ayudado a sostenerlo en términos financieros. ¿En qué medida es sostenible de forma autónoma desde los huerteros y huerteras o la municipalidad una iniciativa de este tipo? ¿Cuál es el grado de dependencia del PAU de dichos fondos que pueden empezar a menguar en un contexto de crisis económica internacional?
- La política pública, a pesar de su vocación participativa, tiene una lógica de “arriba abajo” que genera unas inercias que deben ser compensadas mediante la intensificación de la participación social en la Red de Huerteros y Huerteras de “abajo hacia arriba”. Una forma de devolver protagonismo a las personas implicadas de forma que reequilibre el funcionamiento de las políticas públicas municipales. ¿Será este diálogo posible?

El nivel de desarrollo de PAU ha permitido avanzar en Rosario de forma pionera muchos debates que son de especial relevancia: relación entre movimientos sociales y políticas públicas, agricultura urbana profesionalizada económicamente u orientada al autoconsumo familiar, viabilidad de incluir la agricultura urbana como un elemento estructurante de la planificación urbana, la potencialidad de la agricultura urbana para abordar cuestiones ecológicas con grupos de población empobrecidos. Se trata de una iniciativa muy viva a la que no conviene perder la pista.

14.3 De la industria del automóvil al tractor comunitario. Colapso sociourbanístico y agricultura urbana en Detroit

La mejor manera de predecir el futuro es creándolo.
P. Drucker

En EEUU el origen de la agricultura urbana se encuentra ligado a la lucha contra la pobreza durante la crisis de finales del siglo XIX, donde nacería la Vacant-Lot

⁵²¹ (Sanchez, 2014)

Cultivation Association que organiza el cultivo de espacios libres en las ciudades por parte de personas desempleadas. Fue un movimiento surgido en Detroit en el que se entrecruzaban la filantropía, el apoyo de las autoridades locales (que cedían temporalmente terrenos y facilitaban la comercialización de los productos) y los esfuerzos cooperativos de apoyo mutuo de las organizaciones obreras. Más de un siglo después, Detroit vuelve a reivindicarse como estimulante ejemplo para la agricultura urbana mundial.

La ciudad de Detroit es mundialmente conocida por haber acogido durante las primeras décadas del siglo XX la mayor industria automovilística del mundo. Una metrópolis próspera, la de más rápido crecimiento mundial durante la década los años treinta, cuya economía se sustentaba en las cadenas de montaje de Ford, General Motors y Chrysler, como principales fuentes de empleo en una ciudad hiperespecializada productivamente.

La ilusión de este sueño americano comenzó a resquebrajarse en los años sesenta, al calor del movimiento por los derechos civiles que planteaba cómo buena parte de su prosperidad se había cimentado sobre el racismo. La población negra denunciaba la segregación residencial, la discriminación habitacional y laboral y los abusos policiales; un malestar que desembocó en los graves disturbios de 1967. Este suceso aceleró exponencialmente el proceso de huida a los suburbios que la población blanca había emprendido en los años cincuenta. Una retirada que implicaba no tributar en Detroit los impuestos a la propiedad, que en EEUU sufragaban buena parte de los servicios públicos. Esta dinámica coincide con la crisis del petróleo de 1973, la crisis de la industria automovilística y una nueva división internacional del trabajo, que provocan una progresiva deslocalización de la actividad industrial de la ciudad hacia emplazamientos más favorables y con mejor accesibilidad a las nuevas redes de transporte⁵²².

Estos dos procesos provocan una mutación radical en la composición de la ciudad, en la que únicamente se quedaron quienes no pudieron marcharse por carecer de dinero o por no poder acceder a créditos. Detroit pasa de tener más de millón y medio de habitantes en 1960 a 713.000 en 2010, perdiendo en estas décadas más de la mitad de su población. En ese mismo periodo la prevalencia de la población blanca (79%) da paso a un incremento de la población negra que alcanza el 86%. En la actualidad en Detroit, solo uno de cada cuatro residentes tiene empleo.

El proceso de huida de los contribuyentes con mayor poder adquisitivo, al que se suma la pérdida de la actividad comercial e industrial, termina por sumir a la ciudad en una abismal crisis fiscal. La ciudad fue perdiendo progresivamente su capacidad de financiación y de pilotar de forma convencional alternativas políticas desde las instituciones, por lo que, sin riesgo a exagerar, podemos hablar de un colapso socioeconómico y urbanístico.

Detroit termina adoptando el aspecto de una película de ciencia ficción: los edificios más majestuosos quedan abandonados y se van degradando hasta convertirse en hitos de un itinerario para rutas turísticas especializadas en fotografiar

⁵²² (Fernández Casadevante, 2009)

su decadencia; los servicios públicos (educación, bomberos, recogida de basuras, seguridad) son drásticamente reducidos; la ciudad escala puestos en el listado de ciudades más violentas de EEUU y los miles de derribos de viviendas abandonadas agudizan las crecientes dificultades para costear los suministros urbanos (luz, agua, alcantarillado) en una ciudad dispersa que pierde densidad poblacional.

Otro de los problemas derivados de estas dinámicas es la aparición de enormes *food deserts* o desiertos alimentarios, donde no se encuentra un supermercado o tienda de comida fresca a una distancia inferior a 1,6 kilómetros⁵²³. En estas zonas de la ciudad se produce una segregación alimentaria por el inadecuado acceso a una alimentación saludable, lo que reduce la esperanza de vida y multiplica las afecciones cardíacas, la diabetes o la obesidad. Un problema que se concentra en los barrios negros donde es mucho más fácil acceder a una licorería que poder comprar verdura.

La ciudad se ha tornado urbanísticamente inviable: por cada licencia de construcción se conceden diez de demolición. Un estudio censa más de 100.000 solares vacíos cuya superficie podría contener la ciudad de París completa, y que representa el 25% del total de Detroit⁵²⁴. Hay mucho suelo y pocas opciones. Los *bulldozers* han pasado a la acción desurbanizando zonas completas para proceder a reagrupar a sus habitantes en barrios que estarán más densamente poblados. El impactante documental *Detropia* narra este proceso en el que una ciudad se convierte en una utopía negativa en la que miles de personas quedan abandonadas en el corazón de la metrópoli.

Y, sin embargo, durante la última década las comunidades locales están reinventando Detroit. Contra todo pronóstico, la ciudad del coche ha encontrado su motor mirando al pasado preindustrial. La agricultura urbana ha reaparecido para rearmar la convivencia, mejorar la autoestima colectiva, garantizar la seguridad alimentaria y dinamizar la economía, convirtiéndose en la indiscutible protagonista de la radical transformación en la que se encuentra sumida la ciudad. El olvidado tractor comunitario le gana la partida al automóvil.

Las personas que se habían quedado en la ciudad, aquellas que habían echado raíces en Detroit, tuvieron que tomar la iniciativa y autorganizarse para garantizar la satisfacción de sus necesidades básicas. La alimentación se convirtió en una de las cuestiones estratégicas y la agricultura urbana proliferó de forma natural por la ciudad. No hay un relato histórico, una crónica que permita reconstruir de forma coherente el proceso. Seguramente mucha gente tuvo la misma idea: se promovieron algunas iniciativas particulares que inspiraron proyectos colectivos más ambiciosos cuyas resonancias terminaron por contagiar de entusiasmo a buena parte de sus habitantes.

Una de las primeras cuestiones a abordar era el acceso a la tierra, a sabiendas

de que el suelo sobre el que se asienta Detroit era muy fértil, pero una buena parte se encontraba contaminada por los procesos industriales. Este problema se solventó tras el derribo de las antiguas viviendas que protegían superficies de suelo no contaminado y que se convirtieron en espacio privilegiado para el cultivo. Además, entidades como Detroit Black Community Food Security Network, llevan más de siete años desarrollando un programa de estudio de suelos y realizando fitorremediación donde es necesario. Es decir, recuperando el suelo mediante la siembra de plantas que absorben los tóxicos para posteriormente convertirse en biocombustible⁵²⁵.

Se estima que en Detroit hay en la actualidad cerca de 1.200 huertos comunitarios y granjas urbanas⁵²⁶, una elevada cifra bajo la cual se agrupa una pluralidad de modelos que han permitido la adaptación de formatos a las necesidades, expectativas e intereses de cualquier persona.

Existen iniciativas en las inmediaciones de las viviendas aisladas por las demoliciones que incluyen desde pequeños huertos al cultivo de parcelas de cereales orientadas al autoabastecimiento o a la producción para el vecindario. Destaca también la amplia proliferación de huertos comunitarios con una mayor dimensión socioeducativa, donde se cruzan la alimentación, el embellecimiento urbano y la reconstrucción del vínculo social. Estos espacios no están ni vallados ni protegidos pero, paradójicamente, no sufren actos de vandalismo.

Uno de los ejemplos más citados es el veterano Georgia Street Community Garden⁵²⁷, impulsado por un grupo de vecinos en paro. Este colectivo vecinal se ocupó de forma autogestionada de limpiar los escombros y montar una zona de huerta con frutales, un invernadero, una pequeña granja con patos y ovejas, una zona estancial al aire libre y un pequeño parque infantil. Otro huerto comunitario relevante es el Freedom Freedom, bautizado así por un lema de Martin Luther King que se podría traducir como sembrando libertad, promovido por vecinos desplazados en las reagrupaciones de viviendas. Al llegar al nuevo vecindario y con colaboración de la iglesia local, compraron de forma colectiva una de las parcelas abandonadas para destinarla a huerto comunitario, ya que afirmaban que construir colectivamente un huerto era la semilla para construir comunidad. Además de la dimensión convivencial, esta iniciativa se implica también en campañas relacionadas con la soberanía alimentaria.

Diversas iglesias y grupos religiosos se han sumado a este movimiento, impulsando sus propias iniciativas de huerto y granja urbana para abastecer los comedores sociales y mejorar la calidad de vida de sus feligreses. Una de las experiencias más exitosas es la de los monjes capuchinos, que consiste en la producción ecológica de verduras para abastecer su comedor, la donación de los excedentes al banco de alimentos, el desarrollo de programas estivales de educación ambiental (horticultura, nutrición) y la promoción de mercados de venta directa para los proyectos juveniles de agricultura

523 Ver la página especial del Departamento de Agricultura de EEUU sobre los Food Deserts : <http://www.ers.usda.gov/Data/FoodDesert/>

524 <http://www.freep.com/article/20120401/NEWS01/204010467/With-so-much-space-so-few-options-Detroit-s-vast-vacant-lots-are-a-burden>

525 <http://towardfreedom.com/home/content/view/1644/1/>

526 <http://www.yesmagazine.org/new-economy/5-ideas-from-detroit>

527 georgiastreetgarden.blogspot.com.es

urbana⁵²⁸. Otra entidad que merece la pena destacar es la ONG Urban Farming⁵²⁹, impulsada por el músico Taja Sevelle, colaborador de Prince, que ya cuenta con 526 huertos comunitarios dinamizados por voluntarios. La producción se destina de forma gratuita a los colectivos más desfavorecidos de la ciudad.

Otras iniciativas se han concebido como proyectos de economía social. Destacamos algunos ejemplos como Grown in Detroit, una cooperativa dedicada a comercializar la producción de los agricultores urbanos en restaurantes, tiendas o mercados de venta directa, otra sería Brother Nature Produce, iniciativa pionera junto a otras granjas de la ciudad, como Foodfields Detroit, en la comercialización a través de bolsas familiares, siguiendo el sistema de Agricultura Sostenida por la Comunidad (CSA). Otras experiencias de comercialización son el Eastern Market, uno de los mercados de productores locales más grandes del país que se celebra una vez a la semana o el proyecto Open City, orientado a promover y financiar comercio local y negocios socialmente relevantes para la ciudad (librerías, tiendas de reparación de bicicletas, restaurantes de productos locales...).

La dimensión pedagógica del movimiento por la agricultura urbana es desarrollada por entidades como Urban Roots, que traslada a las escuelas proyectos autogestionados de huertos y granjas escolares bajo el lema "Cuando todo colapsa planta un campo de sueños". Se trata de un programa de ámbito nacional pero que tiene especial desarrollo en Detroit, igual que otros muchos experimentos que se gestan entre sus ruinas: edificios industriales reconvertidos en piscifactorías, experiencias de permacultura o centros artísticos como Lafayette Greens, donde se aborda la agricultura como una de las bellas artes⁵³⁰.

Cerrar el ciclo de iniciativas de agricultura urbana pasa lógicamente por la puesta en marcha de ambiciosos sistemas de compostaje comunitario. Existen empresas como Detroit Dirt, que se dedica al compostaje de los restos orgánicos de restaurantes locales, comedores colectivos o del mismo zoo de la ciudad, para convertirlos en sustratos fértiles para el cultivo que posteriormente se venden con elevados descuentos a iglesias y organizaciones sociales.

Algunas grandes empresas también se han querido sumar a esta tendencia. Es el caso de la granja urbana más grande del mundo, Hantz Farms⁵³¹, que pretendía recuperar a gran escala espacios abandonados y generar empleo en torno a la agricultura urbana. Un proyecto polémico por sus dimensiones y por el acceso a suelos urbanos a precios muy bajos. Ante las dificultades el proyecto se ha reconvertido hacia la reforestación de amplias zonas abandonadas de la ciudad, utilizando árboles que en el futuro sirvan para la venta de madera. Otro proyecto de gran envergadura sería el de Recovery Park, que mediante una empresa sin ánimo de lucro ha planificado tres iniciativas interrelacionadas que pretenden generar empleo para población vulnerable (expresidarios, extoxicómanos...). El proyecto ha arrancado con un huerto urbano que comercializa

su producción en mercados de venta directa y restaurantes locales, comprometiéndose a no vender más lejos de 100 km a la redonda. A esta iniciativa le acompañarán en los próximos años una empresa de transformación y una piscifactoría urbana. La parte novedosa de la iniciativa es la pretensión de que todas las empresas de agricultura urbana y derivados que se vayan promoviendo adopten fórmulas cooperativas, sus impulsores afirman estar inspirados en el modelo del Grupo Cooperativo Mondragón. Los fondos para financiar inicialmente esta iniciativa provienen de filántropos y fundaciones, lo que ha generado escepticismo en buena parte de los colectivos ecologistas implicados en el movimiento de agricultura urbana⁵³².

La efervescencia en torno a la agricultura es tal que la misma General Motors se ha sumado, mediante el apoyo económico dado a la reconversión en huerto urbano de un parking de coches abandonado al sur de la ciudad, que ha sido bautizado como Cadillac Urban Garden. El tiempo dirá cómo conviven estos macro proyectos e iniciativas de responsabilidad social corporativa con el amplio abanico de pequeñas iniciativas descentralizadas que han echado raíces en la ciudad.

Este mosaico de proyectos de agricultura urbana ha sentado las bases para la transformación radical de la ciudad, sin seguir un plan predeterminado o una política pública coherente⁵³³. La experimentación social y las dinámicas comunitarias han permeado en los imaginarios de una parte significativa de la población y han terminando por convertir Detroit en una de las ciudades con mayor capacidad de autosuficiencia alimentaria del planeta, ya que produce cerca del 15% de los alimentos que consume. Si se suman los espacios periurbanos, esta cifra alcanzaría el 50%.

El dinamismo de las iniciativas de agricultura urbana ha hecho que algunas normativas municipales queden obsoletas, sobrepasadas por la realidad, como la prohibición de la cría de animales en la ciudad, ya que muchas de estas iniciativas incorporan colmenas, aves de corral, conejos, ovejas, e incluso caballos o vacas. Llegados a este punto las políticas y reglamentos tienen que afrontar el reto de reorganizar las actividades productivas en la ciudad, dando respuesta a un movimiento social que ha generado una nueva forma de habitar la ciudad.

En 2009, estas dinámicas de abajo hacia arriba coincidían con la llegada de Dave Bing, ex jugador de baloncesto de los Detroit Pistons, a la alcaldía. Una elección basada en sus ambiciosos planes de regeneración urbana⁵³⁴, inspirados en buena medida en las demandas comunitarias: demoliciones de amplias zonas de la ciudad y reagrupación en barrios, reequilibrio territorial, visión integral del ciclo del agua, rezonificación de suelos para permitir usos agrícolas comerciales en suelos que antes eran estrictamente residenciales, apuesta por las energías renovables, construcción de nuevas tipologías residenciales ecológicas, promoción de una reindustrialización basada en el procesado alimentario y en las nuevas tecnologías...

Los vacíos legales sobre los que se ha ido desarrollando este movimiento han

528 <http://www.cskdetroit.org/EWG/>

529 <http://www.urbanfarming.org>

530 <http://detroitbybike.wordpress.com/art-center-garden/>

531 www.hantzfarmsdetroit.com

532 www.recoverypark.org/

533 Documentales como *Urban Roots o Grown in Detroit* muestran de forma fiel esta emergencia de la agricultura urbana.

534 Ver: www.detroitworkproject.com

forzado que en 2009 se creara un grupo de trabajo formado por asociaciones, activistas, la universidad y la propia Administración local para revisar y proponer políticas de agricultura urbana en la ciudad. Su primer logro fue la creación de un organismo municipal denominado Detroit Food Policy Council (DFPC), orientado a promover la participación ciudadana en las distintas fases de producción de la cadena alimentaria. En 2013 los esfuerzos cristalizan en la modificación de las ordenanzas urbanas, que pasan a incorporar un conjunto de nuevos usos permitidos en la zonificación: acuicultura, acuaponía, hidroponía, granja urbana, invernadero, túnel de cultivo, vivero, huerto, instalación de recogida de aguas pluviales, granja de árboles, jardín urbano, compostaje y mercados de productores. Algunas de estas actividades requerirán la aprobación previa de la Administración local. Además, todos los suelos deben estar testados para certificar la ausencia de contaminación, estableciéndose un protocolo para el reconocimiento de actividades agrícolas preexistentes.

Para planificar el futuro de la ciudad se ha elaborado el Marco Estratégico de Desarrollo, *Detroit City Future*, mediante un complejo proceso de participación ciudadana. Se trata de un innovador proyecto que pretende consolidar y atraer población e inversiones de cara a los próximos treinta años, apostando por el ecourbanismo, los barrios verdes y la agricultura como elementos referenciales. Entre sus principales aportes está la definición de un uso del suelo de “innovación productiva”, destinado a acoger actividades agrícolas y forestales urbanas profesionalizadas.

La quiebra oficial de la Administración municipal en julio de 2013 añade un plus de dificultad a la implementación material de este plan de futuro, teniendo en cuenta que la prioridad de los gestores impuestos a la ciudad es sanear las cuentas. Este equipo de tecnócratas encargados de pilotar la quiebra va a dejar muy poco margen de maniobra al alcalde Mike Duggan, elegido en las elecciones de finales de 2013.

El proceso de saneamiento contable está acelerando los procesos de privatización de los servicios públicos existentes, entre ellos el más conflictivo y polémico está siendo el del servicio de abastecimiento de agua. Una dinámica que según temen desde Detroit Black Community Food Security Network va a venir acompañada de la venta masiva de espacios libres. Esto puede obstaculizar muchos de los proyectos en marcha y dificultar la viabilidad de los diseños de agricultura urbana planificados hasta la fecha. Nuevas incertidumbres para unos habitantes que, dejados a su suerte en el pasado, no han hecho de Detroit el paraíso pero si la han ido convirtiendo en una ciudad habitable.

Detroit, antigua referencia de la prosperidad de la ciudad industrial y motorizada, anunciaba con su lento colapso la quiebra simbólica de este modelo económico y urbano. Hoy la ciudad es conocida internacionalmente por su proceso de transición hacia un nuevo modelo sociourbanístico y productivo. Se ha convertido en destino de investigadores y periodistas que quieren conocer de primera mano y retratar estas transformaciones, haciendo de ella un símbolo de la capacidad de reinención de las ciudades. Además, parece que el resurgir de Detroit funciona: los censos de población posteriores a 2010 muestran una lenta recuperación de la

población, que está volviendo o mudándose a la ciudad. Muchos de los 40.000 nuevos residentes han acudido atraídos por este imaginario de ciudad abierta a la innovación y a la experimentación ecosocial.

14.4 Reactualizar el Jardín de Epicuro. La crisis griega y los brotes verdes de la agricultura urbana

El infierno de los vivos no es algo que vaya a ser; si existe, es lo que hay ya aquí, el infierno en el que vivimos todos los días, el que formamos por el hecho de estar juntos. Hay dos maneras de salvarse de sufrirlo. La primera es para muchos fácil: aceptar el infierno y convertirse en parte de él de tal modo que ya no puedas verlo. La segunda es arriesgada y necesita de constante vigilancia y atención: buscar y aprender a reconocer quién y qué, en medio del infierno, no son infierno, y entonces hacerlos durar, darles espacio.

I. Calvino

Iniciábamos la introducción de este libro recordando lo que supuso el Jardín de Epicuro como antecedente donde nuevas comunidades humanas se organizaron en torno a un huerto para repensar y resistir las crisis de su tiempo. Hoy Grecia vuelve a buscar inspiración en la agricultura para enfrentar la desvertebración social y el empobrecimiento derivados de la crisis financiera y las políticas de austeridad. Aunque todavía no es una referencia internacional, quizá por su reciente aparición y por su corto recorrido, puede resultar especialmente sugerente por la proximidad geográfica y por las similitudes urbanísticas con el resto de países de la Europa mediterránea⁵³⁵.

Grecia fue el primer país de la Unión Europea en aplicar estrictas políticas de austeridad que derivaron en agresivos recortes en los servicios públicos (sanidad, educación, sistemas de protección social...) y la privatización de sectores estratégicos. Estas políticas han tenido un impacto brutal en la vida cotidiana de la población. En la actualidad, un millón de personas se encuentra en situación de insolvencia alimentaria en el país, es decir, no puede acceder de forma autónoma a los alimentos básicos⁵³⁶. Desde 2008 las ventas de alimentos han caído por primera vez desde el periodo de posguerra, al tiempo que, en una práctica oligopólica, las grandes cadenas de alimentación han aumentado los precios de los alimentos, vendiéndolos más caros que en otros países europeos con mayor poder adquisitivo. Las dificultades para mantener una dieta sana alcanzan no solo a desempleados o jubilados, sino también a grupos sociales cuya capacidad de compra ha disminuido debido a la inseguridad de los ingresos⁵³⁷.

La dificultad de los agricultores para vender sus productos a un precio digno y de los consumidores para adquirir alimentos ha conducido al desarrollo de nuevas formas de venta directa. Es el caso del movimiento de la patata, gracias al cual a partir de la primavera de 2012 se organizaron mercados de venta directa de patatas

535 (Morán y Casadevante, 2014)

536 (González y Gómez, 2013)

537 (Skordili, 2013)

en las plazas de muchas ciudades, y que derivó en el desarrollo de los mercados de productores y los grupos comunitarios de alimentación.

En este contexto, también se han desarrollado proyectos de agricultura urbana que intentan responder a las debilidades del sistema alimentario convencional de diversas maneras. Son, por una parte, proyectos comunitarios que se sumarían al repertorio de iniciativas de apoyo mutuo puestas en marcha de forma autoorganizada por la sociedad civil (cocinas comunitarias, redes de trueque, hospitales autogestionados, ocupación de fábricas o creación de cooperativas) y, por otra, programas municipales que, a rebufo de esta efervescencia social, tratan de responder a la creciente vulnerabilidad social.

En Grecia, el movimiento social y la respuesta institucional no han llegado a confluír: las iniciativas comunitarias y las municipales avanzan en paralelo, cada una con características y objetivos propios. Resulta interesante observar la cronología de la aparición de la agricultura urbana, primero como poso de protestas sociales para posteriormente adoptar la forma de política pública.

El inicio de la crisis financiera, a finales de 2008, coincide con unos sucesos que tienen especial significado a nivel local. En diciembre, la policía asesina a un joven de 15 años en el barrio ateniense de Exarchia. El suceso provoca una oleada de movilizaciones masivas por todo el país y los mayores disturbios de su historia reciente⁵³⁸, protagonizados por una juventud que evidencia su desconfianza hacia el tradicional sistema de gobierno, el hartazgo creciente por la corrupción y la frustración ante la evidente falta de unas expectativas de vida dignas. De las brasas de esta revuelta comienzan a surgir los primeros huertos comunitarios, impulsados por colectivos activistas de tendencias libertarias o autónomas que ocupan espacios e instalaciones públicas en desuso o abandonados.

La puesta en marcha de las políticas de austeridad provocó una crisis política y de confianza generalizada que cristaliza en una oleada de huelgas y movilizaciones. En 2011, solamente diez días después del nacimiento del 15M, la indignación lleva a la ocupación masiva de plazas en todo el país, entre las que destacó la plaza Syntagma, junto al Parlamento griego, que se convirtió en epicentro del movimiento. Cuando el movimiento se descentraliza y comienza a organizarse en asambleas y proyectos locales en los barrios, promoverá huertos comunitarios, especialmente en Atenas. En algunos casos, los huertos fueron organizados directamente por personas y grupos que estuvieron presentes en Syntagma; en otros, son grupos que comparten un estilo de acción propositiva y que se identifican con aquel espíritu. Estos huertos surgen con una composición social más plural y heterogénea, conformando espacios inclusivos y diversos y, al igual que los primeros proyectos, también ponen énfasis en la recuperación de los suelos públicos infrautilizados.

En 2012 comienzan a desarrollarse las primeras políticas públicas activas de promoción de huertos urbanos. Una dinámica que arrancaba en ciudades de tamaño medio como Alexandropolis, para extenderse por el conjunto de la geografía: Salónica, Themi, Kalamata, Trípoli, Larissa, Veria, Edesa..., así como algunas islas como Lesbos y Creta y distritos metropolitanos de Atenas, como Maroussi y Agios Dimitros.

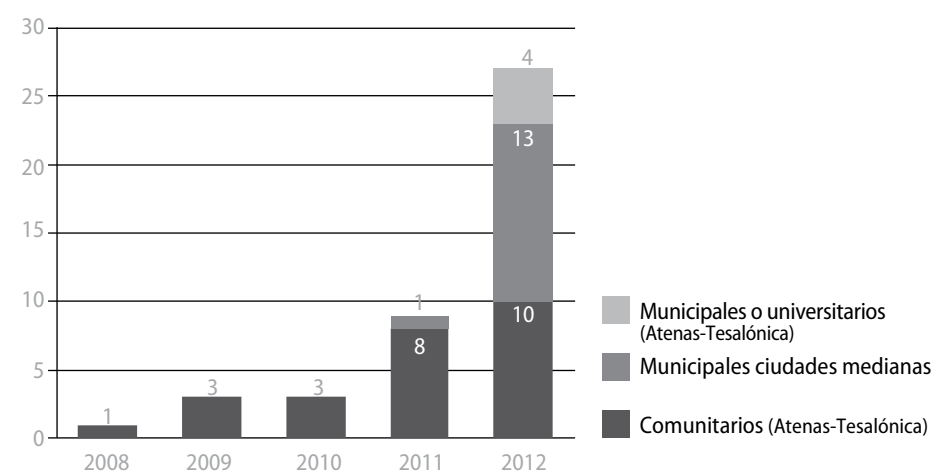
538 (Stavrides, 2010)

Administraciones de distintos colores políticos impulsan estos programas de huertos sociales de autoconsumo, en los que el gobierno local prepara el terreno y el riego, ofrece apoyo técnico, y asigna gratuitamente parcelas individuales a los solicitantes que cumplan ciertos requisitos de renta y proximidad.

También a partir de 2012 se inician otros proyectos institucionales, como el del Hospital de Sismanoglio de Atenas, que está cultivando en terreno de sus instalaciones para suministrar una parte de las verduras y hortalizas a la cocina del centro. Estos alimentos se destinan prioritariamente a los pacientes de pediatría y con problemas inmunológicos. Otra zona se reserva para huerto terapéutico destinado a personas con problemas mentales y de adicciones⁵³⁹. Los huertos escolares también están presentes con distintos proyectos repartidos por todo el país, entre los que cabría destacar la iniciativa del municipio de Corinto, con 21 huertos que siguen los principios de la permacultura.

El ámbito académico también se ha comprometido en la promoción de la agricultura urbana. En Salónica, la Universidad Aristóteles ha puesto sus espacios y conocimientos al servicio de la ciudad. En 2012 delimita 600 parcelas y una pequeña área estancial en un espacio de 8,5 hectáreas. Las parcelas se asignan por sorteo entre todos los solicitantes. Por un pequeño alquiler se ofrece el agua, la formación inicial y el asesoramiento técnico asegurado diariamente por estudiantes en prácticas que también se encargan de la elaboración de biopreparados y del control biológico de plagas bajo la supervisión de un profesor. Recientemente las facultades de ciencias sociales han empezado a investigar la influencia de los huertos en la vida de la gente y los cambios que inducen.

Evolución del número de huertos urbanos en Grecia



Elaboración propia*

539 (Morán y Casadevante, 2014)

Una de las características que definen al movimiento griego es su compromiso con la agrobiodiversidad. Grecia es uno de los países de Europa y del Mediterráneo con mayor biodiversidad, tanto de hábitats como de flora, con miles de plantas silvestres y variedades agrícolas. Los agricultores urbanos se han sumado al movimiento de recuperación de semillas locales, sumándose a una práctica impulsada por una red nacional que ha ido creciendo en los últimos 20 años: la Comunidad Alternativa Peliti, que recolecta, conserva, multiplica y distribuye variedades tradicionales.

Peliti es el nombre de un tipo de roble que se planta tradicionalmente en las plazas de los pueblos y en torno al cual se reúnen los vecinos. A la sombra de esta red se encuentran tanto agricultores profesionales y amateurs, como la abrumadora mayoría de los huertos urbanos, comunitarios, municipales o escolares. Los participantes, que ascendían a un total de 120.000 en 2013, conservan las semillas, las reproducen y las comparten de forma descentralizada. Existen además doce nodos locales distribuidos por todo el país que organizan actividades de formación, difusión, y distribuyen semillas por correo o en festivales locales; y desde 1999 Peliti celebra además un festival anual. En 2012, con apoyo del municipio en el que nace la red, Paranestiou, se inicia un proyecto de banco de semillas, que cuenta con una base de datos de variedades locales y ha comenzado a empaquetar y a almacenar muestras de semillas.

Algunos huertos urbanos, como el de Navarino, en Exarchia, también centran el objetivo de su actividad en la reproducción de semillas, respondiendo por una parte a la limitación de espacio disponible y por otra al enfoque demostrativo del huerto, que se plantea más bien como un espacio de aprendizaje, ligado a la red ateniense de semillas Driades, y a otros proyectos del barrio, y que tiene como fin mostrar a los vecinos y visitantes el ciclo completo del cultivo, más que producir hortalizas para el consumo.

Otro de los aspectos que caracterizan a los proyectos de agricultura urbana en Grecia es la recuperación de espacios libres en la ciudad. Las ciudades griegas, con una morfología típicamente mediterránea, parten de un modelo compacto, con altas densidades y mezcla de usos, aunque tampoco se han librado de la expansión dispersa en las últimas décadas. Vista desde el aire, Atenas aparece como un continuo urbanizado con escasos espacios libres de entidad. De hecho, es una de las ciudades con menos zonas verdes de Europa, con 2.55 metros cuadrados por habitante⁵⁴⁰. Con la crisis, el mantenimiento y desarrollo de áreas libres se vio fuertemente afectada, provocando el abandono de espacios consolidados y el olvido de proyectos de mejora. La privatización de espacios e instalaciones públicas se perfila como una más de las formas de disolución de la gestión pública, a lo que los colectivos sociales enfrentan un modelo de gestión colectiva para mantener y crear espacios públicos que incorporen nuevas funciones. En este sentido, los huertos urbanos sirven para visibilizar el conflicto sobre el modelo urbano, para introducir la reflexión ecológica y alimentaria en los movimientos sociales urbanos y para recrear alianzas entre colectivos y comunidades a escala local.

Los proyectos de huertos urbanos van desde grandes áreas a escala metropolitana,

a pequeños jardines de barrio. Uno de ellos es el ya citado Navarino, que se localiza en el barrio de Exarchia, emblemático por su historia de lucha contra la dictadura y epicentro de la actividad de colectivos libertarios. El parque se ha creado sobre una parcela pública que estuvo ocupada por un parking privado entre 1990 y 2008, la Iniciativa de Residentes de Exarchia, tras año y medio reclamando que el solar se convirtiera en zona verde, lo ocupa en marzo de 2009 y procede a romper el asfalto con martillos neumáticos, retirar las tierras ácidas y autoconstruir el parque. Se divide en una amplia zona con árboles y arbustos, un área de juego infantil, una zona estancial y un pequeño anfiteatro para hacer actividades culturales al aire libre. El diseño y construcción del parque se decide y organiza desde la asamblea. El huerto, que se iniciaría a finales de 2012, reconvirtiendo una parte de las zonas ajardinadas, se centra en el ciclo de la alimentación, en sintonía con la filosofía del parque, que reclama la autogestión de todas las necesidades vitales.

También es significativa, por su valor simbólico, la reclamación de las 6.500 hectáreas del antiguo aeropuerto de Atenas, situado en el litoral urbano. Aunque su destino era transformarse en parque metropolitano, la crisis y la paulatina privatización de fragmentos del ámbito han paralizado el proyecto. Las autoridades locales, la universidad y los vecinos reclaman su recuperación para uso público frente al Estado central, que plantea la venta de los terrenos. En 2011 comienzan a intensificarse las actividades para difundir la propuesta de crear huertos autogestionados en este emplazamiento con acciones simbólicas como la plantación de 1.200 olivos en el aeropuerto, actos de difusión o la presentación de un manifiesto; desembocando en el apoyo municipal que se materializa en la cesión de una parcela adyacente al aeropuerto, donde se centraliza la actividad del grupo Agros Hellenikon y se cultiva un huerto comunitario.

Otra gran zona libre metropolitana, en este caso al norte de la ciudad, es el parque Tritsi. Creado como finca agropecuaria en el siglo XIX, cuenta con olivos y pistachos, un sistema de canales y autodepuración de aguas, así como con instalaciones de formación y divulgación ambiental. En los últimos años se ha abandonado su mantenimiento y se han cedido partes a la gestión privada. El huerto del colectivo libertario Agros, en un extremo del parque, es un pequeño espacio que trata de llamar la atención sobre la zona y luchar contra la privatización. Sus integrantes se ocupan también del mantenimiento de los árboles productivos y donan el aceite producido a los comedores sociales.

Pero quizás la iniciativa que ha sabido llevar más allá el experimento de gestión colectiva y de inclusión de la agricultura en el entorno urbano es Per.Ka, localizada en unos antiguos terrenos militares al norte de la segunda ciudad más grande de Grecia, Tesalónica. El complejo, ocupado en 2011, se ha regenerado como parque y también como espacio de cultivo periurbano mediante un sistema de formación de grupos de unas 30 o 40 personas que se hacen cargo de un área, delimitando parcelas de cultivo individual y colectivo. Los grupos se coordinan en una asamblea bimensual, en la que se organizan las tareas comunes y las líneas de trabajo. Actualmente se ha conformado el séptimo grupo Per.Ka., lo que supone cerca

540 (Serifi y Georgi, 2005)

de doscientos miembros, que han recuperado una cuarta parte del espacio. La única limitación del proyecto es la escasez de agua, que solo da para mantener a dos o tres grupos más, lo que obliga a centrar los esfuerzos en la recogida y la canalización de pluviales. El ejemplo ya se ha trasladado a otros terrenos militares al sureste de la ciudad, donde también se han ocupado los terrenos para replicar la iniciativa, bautizada como Per.Ka.SES.

La totalidad de los huertos urbanos están orientados al autoconsumo de los hortelanos y de su entorno. Aunque hay huertos en los que se puede obtener lo suficiente para autoabastecerse el año entero, como en las parcelas municipales o en Per.Ka, en otros huertos la producción es testimonial, y se comparte entre los hortelanos o se cede a comedores sociales municipales o a cocinas comunitarias. El cultivo, transformación, preservación e incluso el consumo de los alimentos se plantean desde un prisma fuertemente autoformativo, con la realización de seminarios y talleres de técnicas agroecológicas, y de prácticas como la cocción del pan, la realización de conservas, yogurt, etc.

La opción de crear empleo social a través de la agricultura urbana no está avanzada, aunque diversos colectivos plantean esta opción en las áreas agrícolas cercanas a las ciudades, dado que la morfología urbana no ofrece espacio suficiente para esta práctica y la tradición agrícola del país hace que aún se mantenga la relación cultural, e incluso familiar, con las zonas rurales. Esto lleva a que se estén comenzando a explorar nuevas formas de relación campo-ciudad mediante la venta directa y a través de la vuelta pendular al campo. Hay ejemplos ilustrativos, como el de la cooperativa que ha puesto en marcha una interesante fórmula de colaboración por la cual residentes en Atenas que poseen terrenos en sus pueblos de origen pero no los pueden atender ceden su uso a personas en paro, que realizan labores de mantenimiento y recolección a cambio de la cosecha. Generalmente se da en campos de árboles frutales u olivos que requieren menos cuidados. Una fórmula que, a pequeña escala, permite intercambiar recursos, trabajo y productos sin mediación del dinero.

La agricultura urbana en Grecia muestra una alta potencialidad de desarrollo si se supera la precariedad de las iniciativas comunitarias –que pueden ver comprometido su futuro por la falta de recursos y de apoyo político–, y se desarrollan políticas públicas más ambiciosas que los limitados programas municipales. El futuro está demasiado abierto como para aventurarse a hacer pronósticos, pero apostamos a que Epicuro estaría orgulloso de ver cómo miles de años después los huertos griegos siguen religando comunidades y enfrentando crisis socioeconómicas.

Algunas reflexiones compartidas sobre los episodios

Estos episodios históricos son emblemáticos, pues condensan múltiples enseñanzas del papel que puede jugar la agricultura urbana en escenarios futuros de crisis y alta incertidumbre. Situaciones singulares que no son extrapolables de forma simplista y acrítica a las problemáticas que actualmente se ciernen sobre nuestras ciudades. Todos ellos presentan distintos contextos históricos e institucionales,

morfologías y problemas urbanos, relaciones entre sociedad civil y administraciones, pero resulta obvio que reflexionando sobre estas experiencias se pueden extraer una serie de claves compartidas y elementos comunes:

- Las ciudades en crisis están obligadas a mutar para garantizar su sustentabilidad y a orientarse hacia una relocalización de la actividad económica (agrícola, industrial y energética). En este proceso no son descartables dinámicas de encogimiento urbano⁵⁴¹ que interpelan a actuar sobre espacios que han quedado sin actividad o población. En ocasiones será posible reactivarlos renovando los usos de los equipamientos públicos y del patrimonio edificado abandonado. En otros casos, será precisa la desurbanización mediante procesos de reclasificación de suelos y regeneración ecológica para recuperar usos agrarios o naturales.
- Las iniciativas de agricultura urbana surgen, en cierta manera, de forma espontánea y popular, para organizarse de la mano de los movimientos sociales urbanos y terminar formando parte, en muchos casos, de las políticas públicas. El protagonismo social y la reinención de dinámicas comunitarias son los cimientos de cualquier transformación social.
- Los proyectos de agricultura urbana destacan por su multifuncionalidad y versatilidad: garantizan el acceso a la alimentación, reconstruyen vínculos sociales, generan empleo y circuitos económicos alternativos, embellecen el entorno urbano y constituyen prácticas educativas y de inclusión social.
- Lo social y lo ambiental devienen inseparables: son dos aspectos indisolubles tanto de las expresiones de la crisis como de las alternativas que se plantean. Resultan previsibles acelerados procesos de concienciación ambiental en las luchas urbanas por la justicia social, siguiendo la perspectiva del *ecologismo de los pobres*⁵⁴². Arrancando de las necesidades alimentarias se da el salto hacia las cuestiones ecológicas y urbanísticas.

541 Dinámicas de abandono de población que se están produciendo en ciudades occidentales, debidas principalmente a la suburbanización (desplazamiento de población y actividades económicas desde el centro urbano a la periferia), la polarización territorial, la desindustrialización y la deslocalización productiva que provocan el declive de áreas y barrios industriales. Previsiblemente estos procesos se van a intensificar debido a transformaciones económicas, energéticas y demográficas (menor natalidad, envejecimiento y pérdida de población, movimientos migratorios...). El encogimiento urbano supone una amenaza para el mantenimiento de infraestructuras y servicios pensados para mayor densidad de población.

542 Luchas sociales que en muchos casos no son definidas o nombradas en términos ecológicos o ambientales por sus protagonistas, pero en las que detrás de sus reclamaciones de justicia, igualdad o reconocimiento encontramos unas profundas implicaciones ambientales. Para profundizar ver (Martínez Alier, 2005)

15 Lugares comunes: las crisis y las semillas del futuro

Nos encontramos ante un profundo cambio de ciclo histórico, una tormenta perfecta en la que confluyen y se solapan la crisis financiera y económica, el desmantelamiento del Estado de bienestar y de los sistemas de protección social, la obsolescencia de los modelos de democracia de baja intensidad, el pico del petróleo y la crisis energética, el cambio climático, y la crisis ecológica (superación de la biocapacidad del planeta, pérdida de biodiversidad, contaminación). Estamos, por tanto, ante una crisis multidimensional que nos obliga a replantear de forma radical las bases del funcionamiento de nuestras sociedades y, en especial, de las ciudades.

En este contexto, la agricultura urbana se presenta como un elemento estratégico siempre que se vincule a discursos e imaginarios transformadores como la resiliencia, el derecho a la ciudad o los bienes comunes. Prácticas y palabras que desembocan en la huertopía, la reivindicación del lugar para los huertos en cualquier futuro modelo urbano.

15.1 Nada será como antes: anticipar la crisis y aumentar la resiliencia urbana

Durante la época más temprana de mi vida me tranquilizaban diciéndome que el nuestro era el país más rico del mundo, hasta que descubrí que lo que yo entendía por riqueza era el aprendizaje y la belleza, la música y el arte, el café y las tortillas; quizás en los días de pobreza que se avecinan haya más de todo esto...

W. R. Lethaby

Los entornos urbanos reflejan las principales tendencias de nuestra época: sus imaginarios se han vuelto hegemónicos en la sociedad, acaparan las inversiones económicas, concentran los centros de poder y decisión y funcionan como polos de atracción de población hasta albergar a más gente que los entornos rurales. Estas dinámicas provocan una creciente incidencia global de las ciudades en el consumo de recursos, en la generación de residuos y en la producción de impactos

ambientales. En 2012, las ciudades, que solo ocupaban el 2% de la superficie del planeta, contribuyeron al 80% del PIB mundial. Las 600 ciudades más importantes, que acogen la quinta parte de la población mundial, concentraron el 65% del PIB⁵⁴³. La Agencia Internacional de la Energía⁵⁴⁴ estimaba en 2008 que las ciudades consumieron en torno al 67% de la energía primaria mundial y fueron responsables del 71% de las emisiones de gases de efecto invernadero⁵⁴⁵.

La ficticia independencia de las ciudades de los ecosistemas naturales sobre los que se sustentan incrementa la vulnerabilidad de los entornos urbanos ante factores altamente desestabilizadores como la crisis energética, el cambio climático o las consecuencias territoriales de la crisis socioeconómica (hiperespecialización productiva en el sector servicios, segregación espacial, deterioro de servicios públicos, aumento de la exclusión social o cambios demográficos). Una fragilidad que todavía no ha sido interiorizada por las corrientes hegemónicas del planeamiento urbanístico, la economía o los estilos de vida urbanos.

La dependencia urbana de recursos externos es absoluta. Entre estos, los alimentos aparecen como los grandes olvidados a la hora de ordenar el territorio y asegurar el acceso a unos recursos indispensables para la vida. Aunque, como hemos visto, históricamente sí se ha considerado la importancia del abastecimiento alimentario de proximidad, no se han consolidado las herramientas y estructuras necesarias para lograrlo. Al contrario de lo que ocurre con otros bienes, cuyos estándares de cantidad y calidad sí se estudian y planifican considerando las reservas e infraestructuras físicas necesarias para el abastecimiento urbano, como la provisión de agua (infraestructuras, protección y planificación de recursos), alojamiento (previsiones de aumento de población, reservas de suelo y construcción de vivienda social), o aire limpio (condiciones de localización y seguridad de procesos industriales), no se ha prestado igual atención a la producción alimentaria. El urbanismo sigue sin tener en cuenta esta cuestión en sus análisis de viabilidad y en las reservas de suelo⁵⁴⁶. La capacidad para producir alimentos de proximidad debería ser una de las principales variables a contemplar para conseguir un cambio en los patrones sobre los que se sustenta el abastecimiento de las ciudades, así como para el diseño de cualquier estrategia de transición urbana hacia la sustentabilidad.

En un marco global de aumento de población y, por tanto, de la necesidad de alimentos, la viabilidad del conjunto de la cadena agroalimentaria se encuentra en entredicho por cuestiones como la falta de disponibilidad de energía abundante

543 (McKinsey Global Institute, 2012)

544 (IEA, 2011)

545 Esto se traduce en que cerca del 80% de la huella ecológica de nuestro país es generada solamente en el 15% del territorio (VV.AA. 2009b).

546 (Pothukuchi y Kaufman, 2000) y (Morgan, 2009)

y barata⁵⁴⁷, por la creciente competencia por el acceso a tierras fértiles ante el cambio climático, por el incremento de producción de agrocombustibles y otros cultivos en detrimento de los alimentarios⁵⁴⁸, por los movimientos especulativos en el comercio de alimentos y el aumento de sus precios, así como por el control del suministro de alimentos en las grandes ciudades por parte de un reducido número de corporaciones. Algunos autores hablan de un “pico de los alimentos” o *food peak*, debido a que el sistema alimentario globalizado está alcanzando los límites de los recursos que precisa (agua, suelo, combustibles fósiles), lo que va a suponer el fin de la “comida barata”⁵⁴⁹. En este contexto, y como la propia FAO⁵⁵⁰ reconoce, está emergiendo un nuevo paradigma basado en un enfoque relocalizado de la alimentación. Las ciudades tienen un papel clave en el desarrollo de este paradigma alimentario, ya que son el espacio en el que estos problemas se hacen más evidentes y donde reside un potencial desaprovechado para desarrollar alternativas transformadoras.

Un proverbio árabe afirma que resulta imposible despertar a alguien que se hace el dormido. Acertada metáfora de la forma en la que estamos enfrentando los síntomas de esta crisis sistémica que nos hablan de la mutua inviabilidad, tanto de las grandes aglomeraciones metropolitanas que viven artificialmente desvinculadas de la tierra, como de un sistema agroindustrial desapegado de la alimentación de la población como prioridad. Sobraban desde hace décadas motivos éticos, sociales y ambientales para reformular el funcionamiento de las ciudades y del sistema agroalimentario. La cuestión es que el cambio ha dejado de ser una opción para tornarse un imperativo.

Los problemas de acceso a la alimentación han sido una constante para las ciudades del Sur global, en las que sus habitantes destinan cerca del 80% de sus ingresos a la alimentación y la agricultura urbana se torna en un proveedor insustituible (en África una quinta parte de la población urbana se alimenta gracias a este tipo de cultivos)⁵⁵¹. Una problemática que, de forma paralela a la profundización

de las políticas neoliberales, se ha ido trasladando progresivamente a las grandes ciudades del Norte global.

En las ciudades anglosajonas, uno de los principales motivos de preocupación derivados del funcionamiento del modelo alimentario durante las últimas décadas es la proliferación de los llamados Food Deserts o desiertos alimentarios. En ellos se evidencian las crecientes dificultades de acceso a alimentos frescos debidas a la coincidencia de modelos urbanos poco compactos con una rígida zonificación que no permite la diversidad de usos, con el abandono de políticas públicas reequilibradoras en los barrios vulnerables y con la desaparición de comercios de proximidad en estos vecindarios. El propio Gobierno de EE.UU. estima que 13,6 millones de personas, generalmente pertenecientes a población negra y otras minorías, tienen dificultades en el acceso a un supermercado o gran tienda de comestibles donde comprar alimentos frescos, ya que viven a una distancia superior a 1,6 kilómetros. Una problemática que comienza a reproducirse en ciudades como Londres, donde algunos barrios se encuentran ante conflictos similares⁵⁵².

Esta dinámica socioeconómica ha comenzado a contrarrestarse con iniciativas ciudadanas que se han autoorganizado para garantizar el acceso a verdura fresca mediante la puesta en marcha de huertos comunitarios, grupos de agricultura sostenida comunitariamente o proyectos de distribución alternativa, como pueden ser sistemas de venta ambulante de verduras y hortalizas realizados por grupos sociales y ecologistas⁵⁵³. Se trata de un activismo estructurado en torno al concepto de “justicia alimentaria” y al movimiento por la seguridad alimentaria comunitaria (*community food security movement*), que supera el tradicional enfoque individualista centrado en políticas asistenciales y plantea el derecho a la alimentación como un problema de injusticia social, relacionado con las carencias del medio ambiente urbano en el que habitan las comunidades más vulnerables⁵⁵⁴. Las reclamaciones de profesionales y activistas han desembocado en el desarrollo de políticas públicas orientadas a tratar de asegurar el acceso a una alimentación saludable, en ocasiones bajo el paraguas de estrategias alimentarias locales. Algunas de estas políticas son: incentivar comedores colectivos y escolares; reinstalar comercios a escala de barrio, accesibles a pie o en transporte público; promover la agricultura comunitaria mediante cambios normativos para permitir el cultivo y la venta directa de alimentos, la protección de espacios productivos en la proximidad de la ciudad y el refuerzo de los sistemas locales de transformación y distribución.

En las grandes ciudades del sur de Europa los problemas son distintos. No se puede hablar de desiertos alimentarios como los descritos debido a que la

547 Un modelo basado en la producción intensificada a través de los abonos de síntesis derivados del petróleo y de una alta mecanización, que llegan a demandar diez calorías de combustible por cada caloría de alimento producida, así como en la producción de monocultivos orientados a la exportación, que provocan desplazamientos diarios de alimentos de miles de kilómetros.

548 Los acaparamientos de tierras fértiles de África, Asia y América Latina por parte de las grandes corporaciones, pueden interpretarse como la vanguardia de una serie de acciones de los países enriquecidos y de las economías emergentes para seguir manteniendo sus tasas de sobreconsumo de recursos naturales, ya sea para asegurar su acceso a alimentos o para aumentar su seguridad energética a través de los agrocombustibles. Estas grandísimas inversiones económicas a largo plazo se están acometiendo para protegerse de las previsibles turbulencias del sistema alimentario sin plantearse ningún cambio de la lógica que mueve este modelo. Diversos informes cifran en 227 millones de hectáreas los acaparamientos producidos entre 2000 y 2011, la superficie de Estado Español unas cuatro veces y media. (V.V.AA. 2013)

549 (Morgan 2014) y (Marsden y Morley, 2014)

550 (FAO, 2011)

551 (Naranja y Njenga, 2012)

552 Ver la página especial del Departamento de Agricultura de EE.UU. sobre los *Food Deserts* - <http://www.ers.usda.gov/Data/FoodDesert/> o la estrategia de alimentación para Londres <https://www.london.gov.uk/sites/default/files/FoodStrategySummary2006.pdf>

553 Ver Londres <http://www.vegvan.org.uk/> Chicago: <http://freshmoves.org> Oakland: <http://www.peoplesgrocery.org/>

554 (Morgan, 2014)

morfología urbana compacta, la mezcla de usos y la tradición cultural, han hecho que los barrios populares cuenten con mercados de abastos, mercadillos y comercios de proximidad suficientes. La principal barrera que impide el acceso a alimentos no es física, sino económica. El empobrecimiento social derivado de la crisis económica y la aplicación de las políticas de austeridad ha llevado a la *insolencia alimentaria*, la incapacidad de dar respuesta a la alimentación básica diaria, a dos millones de personas en el Estado español, un millón en Grecia y medio millón en Portugal⁵⁵⁵. Muchos de estos casos se concentran en las grandes ciudades, donde las personas dependen de entidades como los comedores sociales, los bancos de alimentos, las iniciativas de solidaridad comunitaria o los propios centros escolares para garantizar la ingesta calórica. Una situación en la que, por las dificultades de conservación y almacenaje, se constata la mayor dificultad para garantizar el acceso a alimentos frescos como frutas y verduras.

Igual que la crisis de la ciudad industrial evidenciaba la superación de la capacidad de carga a nivel local, en la actualidad asistimos a una superación generalizada de la capacidad de carga de la biosfera. No hay vuelta atrás: no nos encontramos ante una crisis cíclica más, sino a las puertas de un profundo periodo de transición, donde sabemos de forma anticipada que a medio plazo va a resultar irremediable que las ciudades se enfrenten a severas perturbaciones. Ante la certidumbre de estos cambios resulta conveniente emplear la noción de resiliencia para referirnos al urbanismo y la agricultura de proximidad.

La resiliencia del sistema urbano y alimentario es su capacidad de adaptación y de reorganización ante la crisis, es decir, su capacidad de transitar hacia un modelo territorial y alimentario menos dependiente de las energías fósiles, capaz de asegurar la calidad de vida de sus habitantes y la integridad de los ecosistemas⁵⁵⁶. Para fomentar dicha capacidad y garantizar la sostenibilidad en el tiempo de cualquier sistema, se han identificado cuatro factores que deben darse simultáneamente⁵⁵⁷:

- Equilibrios dinámicos: las pequeñas desestabilizaciones deben ser vistas como una fuente de aprendizaje para la transformación de sistemas complejos.
- La diversidad sistémica y la biodiversidad que proveen las fuentes para las futuras respuestas adaptativas.
- El conocimiento y la habilidad del sistema para desarrollar e incrementar la capacidad de aprender, innovar y adaptarse.
- El grado de autorganización y autosuficiencia del sistema, así como su capacidad de utilizar la memoria, su historia de transformaciones, para el proceso de reorganización.

555 (González y Gómez Gil, 2013)

556 Para profundizar en el significado de este término y cómo se ha aplicado a las distintas disciplinas, desde la psicología a la ecología de sistemas, ver: (Fernández Casadevante y Morán, 2012), (Villalba, 2006), (Holling, 1973) y (Gunderson y Holling, 2002)

557 (Berkes et al, 2003)

Los sistemas resilientes son los que se organizan con un modo de gestión altamente adaptativo, capaz de responder a las desestabilizaciones gracias a la experiencia y conocimientos acumulados. Si la gestión de los recursos es, además, colaborativa, incorporando a todos los agentes en la toma de decisiones, se amplían las posibilidades de adaptación, debido a la existencia de un espacio de interacción e intercambio en el que se pueden forjar nuevas relaciones entre distintos actores y escalas.

Traducir un modelo de gestión adaptativo y colaborativo a la organización de la ciudad y el territorio implica repensar el sistema urbano desde las comunidades que lo conforman, articulando de forma simultánea estrategias dirigidas a favorecer la capacidad de respuesta a las crisis de las personas y comunidades humanas, así como la reorganización del funcionamiento de los sistemas físicos y sus economías, de cara a facilitar su viabilidad en escenarios de futuro adversos. Una de las enseñanzas que se derivan de los estudios sobre resiliencia en los diversos campos es que ésta no es una característica innata de las personas o de los ecosistemas, sino una variable que se puede aprender, potenciar y cultivar a lo largo del tiempo. Una forma de fomentarla sería desplegar una estrategia que permita que ciudad y ciudadanía reorienten la ordenación territorial, la política, la economía y la cultura, hacia la autonomía, incorporando y traduciendo a la realidad urbana las variables que potencian la sostenibilidad de los ecosistemas naturales: tender hacia la autosuficiencia, fomentar la autorganización y poner en valor la diversidad cultural, productiva y social, así como la capacidad de innovación y aprendizaje en la gestión de las crisis.

La preocupación creciente por la agricultura urbana como forma de reconectar psicológicamente ciudad y naturaleza, la proliferación de huertos de todas las tipologías posibles en los intersticios y bordes urbanos, el impulso ciudadano de circuitos cortos de comercialización para la agricultura de proximidad, la mayor presencia de la agroecología en la agenda política, la puesta en marcha de políticas públicas que impulsen sistemas locales de producción y consumo de alimentos, son una fuente de resiliencia, pues mediante estas iniciativas se están experimentando nuevos modos de organización del sistema, desplegando soluciones diversas, multiplicando las relaciones e interacciones en red, y estableciendo vínculos entre los procesos que se producen en distintas escalas del territorio. Todas estas medidas encajan con la necesidad de un planeamiento territorial de anticipación, que trate de potenciar la resiliencia mediante la puesta en marcha de políticas que fomenten la soberanía alimentaria de las ciudades, orientándolas hacia el mayor grado de autoabastecimiento posible mediante la agricultura de proximidad.

Aunque los entornos urbanos no puedan llegar a alimentarse a sí mismos, resulta posible reducir notablemente sus umbrales de dependencia si concebimos la agricultura urbana como un factor estratégico capaz de aumentar la resiliencia, y desencadenar nuevas dinámicas sociales desde las que reivindicar una nueva forma de concebir, diseñar y construir la ciudad.

15.2 El derecho a la ciudad, los bienes comunes y la agricultura urbana

El derecho a la ciudad se anuncia como llamada. No puede concebirse como un simple derecho de visita o retorno hacia las ciudades tradicionales. Solo puede concebirse como derecho a la vida urbana, transformada, renovada, si lo urbano es el lugar de encuentro, prioridad del valor de uso, inscripción en el espacio de un tiempo promovido al rango de bien supremo entre los bienes.

H. Lefebvre

Durante los años setenta, el filósofo Henri Lefebvre divulgó la noción de derecho a la ciudad como una fórmula omnicomprendiva que incorporaba derechos urbanos (vivienda, espacio público, equipamientos sociales, centralidad, movilidad) junto a derechos culturales, socioeconómicos o políticos, que condicionan o hacen reales los anteriores (lenguaje, identidad, formación, empleo, igualdad jurídica). Una definición abierta que iría enriqueciendo y matizando con el paso de los años hasta concebir la ciudad como un especie de metaderecho, un conjunto de derechos que forman un todo. Si no se tienen todos a la vez, incluso aquellos que se consiguieron en el pasado, dejan de ser reales⁵⁵⁸.

Esta noción, olvidada durante décadas más allá de las modas teóricas, ha sido rescatada por movimientos por el derecho a la vivienda de los barrios populares de ciudades del Sur global y posteriormente por coaliciones de movimientos sociales urbanos del Norte. Activar el derecho a la ciudad pasa por una profunda reterritorialización de las actividades de los movimientos sociales, por un anclaje en el territorio que les permita conocerlo en su complejidad, controlarlo y recrearlo con mayor facilidad. Así planteado no se trataría tanto de una demanda legal, traducible al lenguaje jurídico, como de una forma de reivindicar colectivamente la ciudad que deseamos, incluyendo cuestiones como la democratización del planeamiento urbano o el impulso de dinámicas de autogestión del territorio.

[...]La cuestión de qué tipo de ciudad queremos no puede estar separada de la que plantea qué tipo de lazos sociales, de relaciones con la naturaleza, de estilos de vida, de tecnologías y de valores estéticos deseamos. El derecho a la ciudad es mucho más que la libertad individual de acceder a los recursos que esta almacena o recoge: se trata del derecho a cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad. Es, además, un derecho común antes que individual, ya que esta transformación depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo sobre los procesos de urbanización⁵⁵⁹.

El derecho a la ciudad sería un paraguas bajo el que impulsar modelos urbanos alternativos donde desarrollar distintos estilos de vida, que se materializarán en unas territorialidades diferenciadas, pues parafraseando a Paul Bourget, cuando no se habita

como se piensa, se termina pensando como se habita. La lucha contra la segregación y la estigmatización espacial, los desplazamientos forzados, la criminalización de la pobreza, la exclusión residencial, el reequilibrio territorial formarían parte de la amplia y difusa agenda política que se viene popularizando bajo esta denominación.

Las reivindicaciones y las prácticas de la agricultura urbana y periurbana deberían insertarse de forma coherente junto a estas otras demandas, para seguir complejizando los debates abiertos sobre el derecho a la ciudad. Así, avanzarían una reformulación que incorporara una suerte de derecho a la tierra, donde se dotara a los espacios libres de una mayor centralidad a la hora de repensar el territorio. En este sentido, resultan especialmente relevantes el acceso, el uso y la protección de los espacios agrarios periurbanos, así como la inserción integral del cultivo de verduras y hortalizas en el interior de las ciudades.

Los bordes y vacíos urbanos, espacios generalmente infravalorados, son las áreas donde el campo y la ciudad se reencuentran, donde el *derecho a la ciudad* puede entablar un diálogo con los movimientos a favor de la agricultura urbana y periurbana. Un diálogo desde el que incorporar cuestiones como la protección y el acceso a las tierras de cultivo periurbanas⁵⁶⁰, el ciclo del agua, los residuos urbanos y las prácticas de compostaje, las diversas contaminaciones, el abastecimiento alimentario o las dinámicas de apropiación y corresponsabilidad en la gestión del espacio público. Un amplio abanico de elementos que ayudan a perfilar una dimensión ecológica, muchas veces ausente, para esta sugerente proclama.

El derecho a la tierra como derecho a cultivar una parte de tus alimentos no puede ser concebido como una reivindicación superflua, debido a su valor estratégico, pues permite reabrir discusiones sobre los usos del suelo, el acceso a la tierra en la ciudad o la forma en que se van a alimentar los entornos urbanos. La reivindicación de huertos urbanos, en sus diversas tipologías, vincula demandas históricas de autonomía individual y colectiva con la búsqueda de modelos de ciudad más resilientes.

El derecho a la ciudad nos ofrece un marco simbólico desde el que reivindicar un discurso políticamente fuerte para la agricultura urbana, donde ésta no queda aislada de otras demandas y reivindicaciones fundamentales para concebir una ciudad socialmente justa y sustentable. Una vez enmarcada la necesidad de impulsar múltiples espacios de cultivo en los entornos urbanos, debemos reflexionar sobre las formas de gestionar los recursos estratégicos que hacen posible esta tarea, lo que nos lleva nuevamente a hablar sobre los bienes comunes.

⁵⁶⁰ Esta acción afirmativa que va tomando forma práctica en la creación de parques agrarios, anillos verdes o agrícolas tiene la virtud de suponer una contención para la expansión ilimitada de la metrópolis, dotándola de espacios de transición que pueden jugar como conectores con otros espacios abiertos y como separadores de los asentamientos con rasgos más rurales. Esto supone hacer una labor preventiva respecto a la artificialización de los escasos suelos fértiles que han mantenido históricamente la actividad agraria alrededor de las ciudades, concentrando una elevada biodiversidad y generando estructuras territoriales que cumplen una función ambiental clave.

⁵⁵⁸ (Borja, 2013)

⁵⁵⁹ (Harvey 2013: 200)

Este libro arrancaba con las demandas de derecho a la tierra y la oposición a los cercamientos de los terrenos comunales que posibilitaron la construcción de la ciudad industrial, para terminar varios siglos después reactualizando dichas nociones como herramientas privilegiadas desde las que pensar y operar la larga transformación de nuestras metrópolis. Como afirma Ursula K. Leguin en una de sus novelas de ciencia ficción, hemos regresado al punto de partida para comprender que es un lugar donde nunca hemos estado.

La reflexión en torno a los bienes comunes resurge de forma multicausal para situarse con fuerza en el centro de la agenda política. Algunas de las variables explicativas serían el auge del movimiento ecologista y su conciencia de especie que gestiona un bien común irremplazable como es el planeta tierra, especialmente desde los debates sobre el cambio climático que plantean la necesidad de redefinir globalmente el uso que hacemos de los recursos y de los servicios ambientales de los ecosistemas. Otras serían el impacto cultural de las nuevas tecnologías y la democratización del acceso a internet, que lleva a reactualizar los debates sobre la propiedad intelectual (genoma humano, biopiratería, transgénicos, medicamentos genéricos...), así como sobre la restricción o el libre acceso a la cultura y la información. Y especialmente la concesión, en 2009, del primer Premio Nobel de Economía a una mujer, Elinor Ostrom, que había dedicado su vida a estudiar y a poner en valor la gestión de bienes comunes a lo largo y ancho del planeta, demostrando su viabilidad económica, social y ambiental en el largo plazo. Estas variables confluyen en la búsqueda de alternativas políticas, en medio de una crisis en la que las formas convencionales de organización social en torno al mercado y el Estado han sufrido un profundo proceso de deslegitimación social⁵⁶¹.

Estas reflexiones sobre los bienes comunes permiten reintroducir una visión compleja en la que las comunidades locales no son predeterminadas por la estructura urbana o económica, ni son productos del azar, sino agrupaciones que se construyen deliberada y deliberativamente, son fruto de prácticas sociales. Conformar comunidades de intereses y de prácticas, en entornos urbanos que tienden a fomentar la dispersión y el individualismo, pasa por implicar en la gestión de los recursos locales a dichas comunidades.

[...]La comunidad no es, se hace; no es una institución, ni siquiera una organización, sino una forma que toman los vínculos entre las personas. Más importante que definir la comunidad es ver cómo funciona. No existe comunidad sin recursos materiales gestionados de manera colectiva, pues son la fuente de la cohesión comunitaria⁵⁶².

Parece una obviedad pero lo único que tenemos en común es aquello que compartimos, por tanto los bienes comunes se identifican con una gestión democrática de recursos materiales e inmateriales cuya titularidad es colectiva, su

acceso es inclusivo y cuyo uso logra satisfacer determinadas necesidades sociales sin comprometer su sustentabilidad ecológica. Resumiendo, serían de forma inseparable naturaleza y cultura: recursos, comunidades y las reglas de las que estas se dotan para poder compartir⁵⁶³. Siguiendo las exhaustivas investigaciones de Elinor Ostrom, las principales reglas que definirían el funcionamiento de los bienes comunes serían:

Reglas de funcionamiento de los comunes

1. Especificación clara de los límites. Tanto las personas que tengan derecho a extraer el recurso como el propio recurso, deben estar claramente especificados y delimitados
2. Coherencia entre las condiciones locales y las reglas de apropiación y de colaboración. Las reglas de apropiación que limitan el momento, el sitio, la tecnología y/o la cantidad del recurso que se puede extraer, deben estar relacionadas con las condiciones locales y las reglas de colaboración que indican el trabajo, el material o el dinero a aportar.
3. Acuerdos sobre las decisiones colectivas. La mayoría de los individuos afectados por las reglas operativas pueden participar en la modificación de dichas reglas.
4. Supervisión y control del cumplimiento de las reglas.
5. Sanciones proporcionadas.
6. Mecanismos para la resolución de los conflictos.
7. Reconocimiento mínimo del derecho a autorganizarse. Los derechos de los usuarios para diseñar sus propias instituciones no están amenazados por autoridades gubernamentales externas.

Elaboración a partir de Aguilera Klink (2011).

Estas prácticas vigentes en la organización de miles de sociedades campesinas e indígenas de otras geografías, que nuestra mirada eurocéntrica suele obviar, han permanecido durante décadas arrinconadas en los márgenes de nuestras sociedades. Hasta que en los últimos años, de la mano de los movimientos sociales y los nuevos procesos de cooperación desatados, han ido ganando un creciente protagonismo.

El funcionamiento de los bienes comunes invierte muchas de las prioridades de la economía convencional, al generar riqueza social y no financiera, al encontrarse arraigados en el territorio y no poder deslocalizarse, al basarse en la cooperación frente a la competencia y al priorizar la satisfacción de necesidades. Además son una fórmula inspiradora para pensar la resiliencia y los procesos de transición. No es casualidad que Elinor Ostrom trabajara en el Stockholm Resilience Centre estudiando la capacidad adaptativa de los sistemas de gestión comunal utilizados por pequeñas comunidades para la conservación de

561 (Calle, 2014)

562 (Zibecchi, 2006: 38)

563 (Ostrom, 2010)

sus recursos.

Entre las muchas aproximaciones posibles a este fértil campo de reflexión, nos centramos en el reciente ámbito de estudio ligado a los bienes comunes urbanos, y en su relación con las dinámicas alternativas que se están dando en torno a la agricultura urbana. Las principales discusiones de la literatura especializada han versado sobre la mayor o menor eficiencia de las dinámicas privatizadoras frente a las gestiones colectivas y cooperativas, abordando cuestiones como los usos y gestión de equipamientos, espacios públicos, playas, parques o huertos comunitarios.

Resulta destacable cómo la aproximación a los bienes comunes en las ciudades ha sacado a la luz algunos rasgos que los diferencian respecto a los tradicionales (tierras, montes, riberas y ríos, zonas de pesca) por varias causas. En primer lugar, se produce un aumento de la complejidad para definir las fronteras de los recursos compartidos y para delimitar la comunidad de usuarios y personas que se pueden apropiarse de ellos. Además, aumentan las tensiones entre la propiedad de los recursos y los usos múltiples que se hacen de los mismos, o el hecho de que existan mayores procesos de cooperación con las administraciones locales a la hora de gestionarlos⁵⁶⁴. Estos rasgos también son coincidentes con las distintas iniciativas de agricultura urbana.

Los huertos comunitarios fueron formas de acción colectiva pioneras en concebirse como bienes comunes urbanos. Ya vimos cómo uno de sus impulsores, Karl Linn, venía trabajando desde 1960 en torno a la construcción de *comunes vecinales*⁵⁶⁵ mediante el diseño y construcción de espacios de encuentro como parques, espacios de juego, plazas o centros sociales. Una estrategia orientada a intensificar las relaciones sociales de los habitantes en torno al diseño, construcción y gestión de espacios comunes, que además recuperaban y dignificaban zonas degradadas de barrios desfavorecidos.

Los miles de huertos comunitarios que han proliferado por nuestras ciudades reprodujeron a escala masiva este enfoque. Estas atípicas zonas verdes son una conquista ciudadana, en la medida en que las ocupaciones, la movilización y la organización social han sido generalmente la manera de recuperar dichos espacios, abandonados por el mercado y por las políticas públicas, de forma más evidente durante los contextos de crisis cuando aumentan las tierras urbanas en barbecho, pendientes de una futura revalorización. Además, estas iniciativas han conseguido consolidarse en el tiempo adoptando una pluralidad de formatos que van desde la compra de los espacios por fundaciones que se comprometen a preservarlos sin injerencias en la gestión, hasta el establecimiento de convenios de cesión de suelos municipales y de parcelas o, simplemente, la tolerancia institucional hacia las ocupaciones. Iniciativas que, en contextos hiperregulados han defendido la autoorganización ciudadana para reactivar y volver productivos espacios abandonados, así como la necesidad de que se reconozcan sus formas de funcionamiento y gestión,

564 (Parker y Johansson, 2011)

565 (Linn, 2009)

en un anómalo proceso de recomunalización de parcelas urbanas.

Una vez consolidados, estos bienes comunes establecen una relación dialéctica con las comunidades que los crean y gestionan, pues con el paso del tiempo las propias comunidades son, en parte, recreadas por estos mismos bienes comunes, como elementos centrales de la propia vertebración comunitaria.

[...] Quien apuesta por los bienes comunes es porque entiende las ventajas de compartir frente a competir y, además, obtiene gratificación con ello en forma de vínculos emocionales. Porque una economía de los bienes comunes se basa en la reciprocidad y la reciprocidad crea más sociedad que la economía de la redistribución (más propia del Estado) y del intercambio (típica del mercado). Además de todo esto, un trabajo colectivo debe dar derechos de propiedad colectivos. Es decir, que genera más bienes comunes y ayuda con ello a la perpetuación del modelo⁵⁶⁶.

Otra línea de reflexión ligada a los bienes comunes urbanos es la defensa del espacio público, que tiene un valor relacional, y como tal se encuentra definido por su uso colectivo y su multifuncionalidad. La calidad del mismo se debería evaluar, como plantea Jordi Borja, por la intensidad y calidad de las relaciones sociales que facilita, por su capacidad para generar mixtura de grupos y comportamientos, por su cualidad de estimular la identificación simbólica, la expresión y la integración cultural⁵⁶⁷. Estos valores y cualidades son los que paulatinamente están sufriendo un lento proceso de erosión debido a los estilos de vida, las políticas o los diseños urbanos y arquitectónicos dominantes.

Los huertos comunitarios deben ser entendidos como una suerte de resistencia ante estos procesos, como modestos dispositivos que tratan de revertir estas dinámicas mediante la promoción de espacios públicos autoconstruidos para el encuentro, la expresión y la producción de procesos comunitarios. Pequeños contrapesos que generan espacios polivalentes (educativos, culturales, expresivos, convivenciales y hortícolas) y articulan localmente una pluralidad de sensibilidades, demandas y reivindicaciones (ambientales, vecinales, políticas, relacionales, alimentarias). Espacios inclusivos a la diversidad social, donde se están dando inéditos acercamientos intergeneracionales entre jóvenes y mayores, o entre personas de procedencias y formaciones muy heterogéneas.

El rasgo más característico que podría definir a estas iniciativas de agricultura urbana sería la hortodiversidad, la pluralidad de localizaciones, grupos promotores y motivaciones que le son constitutivas. Cada huerto viene a ser un reflejo de la comunidad que lo impulsa y del lugar donde se inserta, lo que implica que cada uno sea radicalmente diferente.

566 (González, 2013)

567 (Borja, 2005)

Comparación de características del espacio público y de los huertos comunitarios

Erosión del espacio público	Huertos comunitarios
Limitación de los usos a aquellos previstos.	Polivalentes y permiten los usos emergentes no diseñados.
Gestión delegada en lo privado o de las Administraciones públicas. Normativas restrictivas e hiperreguladoras basadas en el civismo.	Gestión comunitaria y corresponsable.
Espacio dado y acabado.	Espacio autoconstruido.
Diseño técnico (arquitectura, urbanismo...).	Diseño autorreflexivo, incorporando multiplicidad de saberes, técnicos y experienciales.
Progresivamente mercantilizado.	Desmonetarizado.
Espacio que produce distancia o extrañamiento.	Espacio apropiado por los habitantes.
Ciudadanía tiene rol de usuario.	Ciudadanía productora/gestora/usuario.
Concebidos de forma más seriada y desterritorializada (por ejemplo, infraestructura, morfología, especies cultivadas).	Adaptados en mayor medida a la particularidades del territorio (por ejemplo, infraestructura, morfología, especies cultivadas).
Construido mayoritariamente con materiales nuevos.	Construidos mayoritariamente con materiales reciclados o recuperados.

Elaboración propia.

Las zonas de cultivo dentro de la ciudad son espacios muy frágiles, cuyo cuidado debe ser permanente para que no se deterioren, lo que implica desarrollar altas dosis de organización y cooperación social. Una práctica que persigue recuperar convivencialidad y rehabilitar a pequeña escala la capacidad para cooperar, dialogar y autoorganizarse. La dimensión comunitaria de estas iniciativas no persigue, por tanto, la conformación de colectivos homogéneos social, cultural o generacionalmente, sino generar espacios que puedan ser compartidos. Organizar comunidades diversas para gestionar colectivamente un huerto, requiere habilitar espacios donde se decidan las reglas de funcionamiento y se negocien los conflictos. Esto implica desarrollar en la práctica procesos de aprendizaje de las habilidades sociales imprescindibles a tales efectos, que han sido erosionadas por más de un siglo de teorías liberales (la persecución egoísta del interés personal, individualismo, meritocracia, competencia o formalización del trabajo)⁵⁶⁸.

Además, entre sus bancales los huertos comunitarios combinan una gestión democrática del conocimiento con el aprovechamiento de los saberes y destrezas técnicas presentes entre las personas que los dinamizan. Resulta interesante valorar

568 (Sennet 2013)

cómo estas iniciativas permiten aplicar las competencias técnicas más diversas (urbanismo, derecho, sociología, educación, arte, agricultura o ecología), ofreciendo una salida a intereses profesionales y saberes especializados que en buena medida el mercado infravalora o ignora. Son corpus teóricos y metodológicos que ocupan un lugar secundario en las universidades y que se activan y enriquecen en la práctica política, poniéndose al servicio de la ciudadanía.

Otro rasgo que nos permite mirar estos huertos como bienes comunes sería su relación con lo económico pues, al no perseguir rendimientos monetarios ni depender de ellos, se libran de elaborar balances entre lo aportado por cada persona y lo que recibe, funcionando bajo la lógica del don, del regalo y la reciprocidad, más que por la del intercambio. En el caso de los huertos comunitarios su producción no se comercializa, sino que se destina al autoconsumo, al apoyo de otras personas de la comunidad o a la colaboración con otros proyectos sociales, como comedores colectivos. Incluso en los casos en los que los huertos urbanos se plantean como empresas sociales su lógica es diferente a la del mercado, priorizan la satisfacción de necesidades, la inserción laboral de grupos vulnerables y fomentan la cooperación entre productores y consumidores.

Otras modalidades de huertos urbanos que funcionan desde hace más de un siglo en muchas ciudades, como los huertos de ocio o familiares, también podrían concebirse como un bien común de la ciudadanía. Aunque en algunos casos son políticas públicas centralizadas⁵⁶⁹, la mayoría de los ejemplos europeos consisten en experiencias autorganizadas que cooperan con las administraciones locales. Son iniciativas que han logrado blindar y proteger amplias franjas de terreno público para el cultivo de alimentos en la ciudad, generando unos grandes beneficios ambientales (biodiversidad urbana, conservación de variedades locales de plantas, calidad del aire, compostaje de residuos). La propiedad del suelo es municipal, pero el funcionamiento cotidiano de este patrimonio colectivo recae sobre las asociaciones de hortelanos (cuotas, turnos, listas de espera, supervisión, respeto a las normas cultivo, resolución de conflictos). En estas iniciativas, cada familia cultiva su parcela, orientada exclusivamente al autoconsumo y aunque tuvieron en muchos casos orígenes asistencialistas e individualistas con el paso del tiempo han evolucionado hacia proyectos asociativos con una marcada sensibilidad ambiental. La gestión colectiva y la defensa de estos fragmentos de suelo urbano, un recurso sometido a fuertes presiones especulativas, se conecta con la necesaria gestión colectiva de otros recursos sensibles como las semillas, el agua, los conocimientos agronómicos...

Los huertos urbanos diluyen la frontera entre actividades productivas y reproductivas, siendo de forma predominante una forma de ocio productivo que sitúa

569 Las políticas más centralizadas de los huertos de ocio, familiares o sociales coinciden con los países del arco mediterráneo, allí donde se dieron una industrialización y éxodos rurales más tardíos, e incluso prolongadas dictaduras. Esta centralización de las políticas coincide con una menor tradición democrática y una mayor desconfianza recíproca entre sociedad civil e instituciones.

sus prácticas fuera del mercado. Actualmente estas iniciativas se orientan más al cultivo de relaciones sociales que a la cosecha de verduras y hortalizas, lo que no cierra la puerta a futuras evoluciones más centradas en lo productivo.

El *derecho a la ciudad* y los *bienes comunes* son discursos popularizados por los movimientos sociales, al haberlos convertido en parte de los argumentarios que usan de forma recurrente, pero que están dejando de ser patrimonio exclusivo de sus foros y publicaciones, para pasar a formar parte de las líneas de reflexión de instituciones como la agencia HABITAT de Naciones Unidas, encargada de analizar y realizar propuestas para la inclusión social y la sostenibilidad de los asentamientos humanos. En su último informe sobre el estado mundial de las ciudades plantea la necesidad de repensar las políticas y economías urbanas, ofreciendo un nuevo indicador sintético basado en la noción de prosperidad, cuyas principales variables serían: productividad, infraestructuras, equidad e inclusión social, calidad de vida y sostenibilidad⁵⁷⁰. Más allá de esta apuesta por complejizar los análisis de las economías urbanas, conviene destacar la reivindicación que se hace de la noción de bienes comunes para la ciudad. Incluyendo bajo este epígrafe el acceso al agua, al aire, a la biodiversidad, al conocimiento y a otros recursos compartidos, como los equipamientos o aquellos espacios simbólicos o culturalmente significativos de la ciudad. Se trata de un discurso que enfatiza la dimensión social, colectiva e inclusiva que debe tener el urbanismo para resultar útil en estos tiempos de transición; constituyendo una herramienta capaz de prevenir y enfrentar los nuevos procesos de cercamiento y restricción al acceso de los bienes materiales e inmateriales que conforman la ciudad.

La incorporación de estas nociones a la retórica institucional supone un reconocimiento de lo acertado de los diagnósticos y los conceptos utilizados para comunicarlos. La capilaridad de estos discursos puede percibirse tanto como las bases para establecer un lenguaje compartido o como el síntoma de una probable disputa en torno a las palabras utilizadas para intervenir en los debates actuales y describir las prácticas alternativas.

15.3 Sembrando palabras: narrativas e imaginarios para la agricultura urbana

¿Por qué relatamos historias? ¿Para pasar el rato? A veces. ¿Para informar? ¿Para decir algo que no ha sido dicho todavía? Sí, a veces, sólo para ganarnos el pan de cada día o para hacer que la gente entienda lo afortunada que es, dado que hoy la mayor parte de los relatos son trágicos. A veces parece que el relato tenga una voluntad propia, la voluntad de ser repetido, de encontrar un oído, un compañero. Como los camellos cruzan el desierto, así los relatos cruzan la soledad de la vida, ofreciendo hospitalidad al oyente, o buscándola. Lo contrario de un relato no es el silencio o la meditación, sino el olvido. Siempre, siempre, desde el principio, la vida ha jugado con el absurdo. Y dado que el absurdo es el dueño de la baraja y del casino, la vida no puede hacer otra cosa que perder.

Y, sin embargo, el hombre lleva a cabo acciones, a menudo valientes. Entre las valientes, y no obstante, eficaces, está el acto de narrar. Estos actos desafían el absurdo y lo absurdo. ¿En qué consiste el acto de narrar? Me parece que es una permanente acción en la retaguardia contra la permanente victoria de la vulgaridad y la estupidez. Los relatos son una declaración permanente de quien vive en un mundo sordo. Y esto no cambia. Siempre ha sido así. Pero hay otra cosa que no cambia, y es el hecho de que, de vez en cuando ocurren milagros. Y nosotros conocemos los milagros gracias a los relatos.

J. Berger

Miles de familias que cultivan pequeños huertos de autoconsumo en el interior y los bordes de la ciudad, otras que plantan verduras junto a las flores en las terrazas y balcones de sus viviendas, grupos de vecinos que recuperan solares y los convierten en huertos comunitarios, hospitales que cultivan en sus espacios verdes parte de los alimentos que necesitan, huertos que son utilizados como herramienta pedagógica en los mismos colegios donde los comedores sirven alimentos de agricultores de proximidad, mercados en las ciudades donde los agricultores venden directamente sus productos, municipios que plantan árboles frutales trastocando algunas nociones sobre el ornamento urbano, movimientos vecinales que organizan el abastecimiento de verduras y hortalizas para barrios abandonados por el mercado, movimientos campesinos que logran proteger suelos agrarios en los anillos metropolitanos, consumidores que se organizan para acceder a productos agroecológicos a precios asequibles, cárceles que cultivan huertos como estrategias de reinserción social y médicos que lo hacen como estrategia terapéutica para trabajar adicciones o enfermedades mentales... todo esto está sucediendo ahora mismo, mientras lees estos renglones. Comunicar la importancia de la agricultura urbana supone dotarla de una narrativa ambiciosa, que le dé sentido y permita su expansión.

Una de las formas es recurrir a relatos de experiencias que generen entusiasmo y ganas de implicarse, como ha sucedido con las ciudades en transición, los ecobarrios, los huertos comunitarios u otras iniciativas estrechamente relacionadas con la agricultura urbana y la producción local de alimentos.

Historias como Increíbles y Comestibles⁵⁷¹, surgida en una pequeña localidad inglesa de apenas 15.000 habitantes, llamada Todmorden, situada a 20 minutos de la ciudad de Manchester y ahora mundialmente famosa por un innovador proyecto de agricultura local. La idea es grandiosa por su simpleza: se señalan 70 espacios públicos donde se pueden cultivar verduras, hortalizas, plantas medicinales y frutales. Posteriormente, un grupo de 300 personas voluntarias se encargan del mantenimiento y el cuidado, durante un mínimo de dos mañanas al mes. Cualquier persona, residente o turista, puede servirse cuando llega la hora de la cosecha. Esta propuesta es tan sencilla que parece ingenua. La iniciativa ha desbordado las expectativas más optimistas, pues no se trataba simplemente del hecho de cultivar verduras colectiva y socialmente, sino de articular un discurso sobre la importancia

570 (UN-HABITAT, 2013)

571 Ver: www.incredible-edible-todmorden.co.uk/

de la agricultura de proximidad, la reconstrucción del vínculo comunitario o la educación ambiental en un contexto de crisis climática y energética.

En 2008, un primer grupo vecinal se anima a iniciar de forma alegal, siguiendo las estrategias del *guerrilla gardening*, los primeros “cultivos propagandísticos”, como llamaban a los primeros huertos cultivados para que la gente consumiera verduras del municipio aunque no los trabajara. Pam Warhurst, antigua concejal y una de las promotoras, afirma que una de sus preocupaciones al impulsar Increíbles y Comestibles era el suministro de alimentos en un futuro cercano. La promoción de la autosuficiencia alimentaria, aunque no se consiga totalmente, es la filosofía que inspira el proyecto. Tras el movimiento de apoyo ciudadano y la extensión de la iniciativa, se suma la Administración local, cediendo una gran parcela para construir un amplio jardín comestible, y servicios públicos como la comisaría de policía, el centro de salud o el cuerpo de bomberos, que también han instalado sus propios huertos. Dentro de esta arrolladora dinámica el teatro o las iglesias locales también han destinado espacios para cultivar verduras. La iniciativa ha transformado la realidad local de esta pequeña ciudad, convirtiéndose en un proyecto emblemático para el municipio.

El programa de trabajo para los próximos años contempla una serie de iniciativas más ambiciosas: que las escuelas y entes públicos adquieran alimentos locales, introducir plantas comestibles y árboles frutales en más edificios y espacios públicos, hacer que el cultivo local sea un indicador de bienestar para los servicios sociales, incitar a que los propietarios de vivienda habiliten espacios para el cultivo en sus casas o que todos los nuevos hogares cuenten con dichos espacios⁵⁷².

Otra experiencia estimulante es el desarrollo del movimiento *slow*, fundado en 1986 por el periodista y gastrónomo italiano Carlo Petrini como una forma de resistir a la aceleración mediante la revalorización de las culturas gastronómicas locales (variedades locales y biodiversidad, cultivos y recetas tradicionales, vinculación entre restauración y patrimonio territorial, programas educativos, etc.). Tras más de treinta y cinco años de andadura, actualmente se encuentra implantado en 153 países y cuenta con más de cien mil personas asociadas.

Este movimiento ha evolucionado desde la cultura gastronómica hacia la promoción de muchos de los presupuestos de la soberanía alimentaria, evidenciando que en los tiempos actuales comer es un acto político. La creación de *Cittaslow*, una red de ciudades por la calidad de vida, traduce a las políticas urbanas de decenas de países los principios del movimiento *slow*. Forman parte la red de ciudades menores de 50.000 habitantes que se comprometen a hacer una ordenación territorial inspirada en la sostenibilidad urbana y la recuperación del patrimonio agrario y ganadero tradicional, y dirigida a facilitar la relación entre productores y

572 Otras iniciativas serían la campaña *Every Egg Matters* (Cada huevo importa), que está llenando el municipio y los patios de gallinas, para tratar de conseguir en 2018 una producción de 30.000 huevos semanales, suficientes para todos sus habitantes. En nuestra geografía el municipio barcelonés de Cerdanyola del Valles es pionero en lanzar esta iniciativa, sin contar con el apoyo institucional.

consumidores, asumiendo que la manera en la que nos alimentamos condiciona la forma que terminan adquiriendo nuestros entornos urbanos.

Otro caso destacable es el de Nueva York y su City Sustainability Strategy PlaNYC 2030 que, entre otras líneas de trabajo, apuesta decididamente por la agricultura urbana, ya que pretende aumentar en 130 el número de huertos comunitarios, facilitar la instalación de más mercados campesinos de venta directa y de más granjas urbanas, fomentar la cría de aves de corral y la apicultura en la ciudad, para lo que se ha dado luz verde desde el departamento de Salud Pública. A estas líneas de acción se une la experimentación en iniciativas de agricultura urbana en azoteas, con proyectos innovadores gestionados por empresas sociales (Eagle Street Rooftop Farm, Brooklyn Grange Rooftop Farm, por ejemplo), viviendas públicas en las que las azoteas productivas se complementan con proyectos de formación y sensibilización para los residentes (como el programa Vía Verde), o incluso experiencias como la de Arbor House, en la que un edificio de vivienda pública incorpora invernaderos hidropónicos en su azotea orientados a la comercialización de alimentos destinados a sus residentes⁵⁷³.

Un relato más puede ser el que recorre la historia de la agricultura urbana en Berlín, desde los orígenes de sus huertos de ocio, que en la actualidad ocupan cerca del 3% de su superficie (en los años 30 llegó a ser el 6%), pasando por los huertos comunitarios impulsados por los movimientos okupas y ecologistas en los años 80, y que actualmente se despliegan en una interesante hortodiversidad: huertos interculturales dinamizados por comunidades de refugiados políticos, huertos nómadas que se mueven por distintos solares de la ciudad como Prinzessingarten, o huertos pioneros, como Allmende Kontor, autoconstruido en una parte del antiguo aeropuerto en la que se han dispuesto 300 mesas de cultivo elevadas para evitar el suelo contaminado, y en el que participan 800 personas. A esta diversidad de espacios de cultivo sumaríamos una serie de empresas sociales como Agrarborse, que se orientan a la agricultura y a la ganadería urbana comercial a través de circuitos cortos⁵⁷⁴.

Otras ciudades han logrado la confluencia de distintos actores sociales en el marco de los consejos alimentarios y en la definición de estrategias alimentarias locales. Por ejemplo, Bristol que, con una potente sociedad civil, lanzaba en 2013 su estrategia “A Good Food Plan for Bristol”, que fomenta la reterritorialización de la cadena alimentaria: la producción local dentro y en el entorno de la ciudad; las cadenas cortas de comercialización y la adquisición pública de alimentos en hospitales y universidades; el apoyo al pequeño comercio y los establecimientos de restauración mediante una moneda local; así como la gestión de los residuos alimentarios, redistribuyendo, reciclando y compostando. En este plan se integran iniciativas institucionales, sociales y profesionales⁵⁷⁵. Bristol forma parte de la red Sustainable Food Cities, impulsada en Reino Unido por grandes organizaciones

573 (Viljoen y Bohn, 2014)

574 (Ibidem.)

575 Ver: www.bristolfoodpolicycouncil.org

sin ánimo de lucro como Sustain, Soil Association o Food Matters, que llevan décadas trabajando en estos temas. Más de treinta ciudades se han unido a esta red, que visibiliza distintas iniciativas y ofrece gran cantidad de recursos útiles. La agricultura urbana es una de las líneas de acción fundamentales, fomentando tanto huertos de ocio y comunitarios como de proyectos comerciales de producción local⁵⁷⁶.

Podríamos seguir relatando procesos ilusionantes de grandes ciudades que están situando estas cuestiones en el centro de la agenda política, poniendo en marcha valientes políticas públicas y normativas orientadas a promover la agricultura urbana y maximizar sus potencialidades, en el marco de la reconstrucción de sistemas alimentarios locales.

Necesitamos que estas historias circulen, se entrecrucen y se repliquen, que sean adoptadas y adaptadas por comunidades locales y gobiernos municipales de todas las ciudades. Las excepciones deben convertirse en regla, normalizarse en imaginarios urbanos alternativos y dejar de ser pintorescas anomalías. Deben multiplicarse los discursos teóricos rigurosos, razonables y razonados, la sistematización de experiencias que indaguen sobre las potencialidades que encierran las iniciativas que están en marcha, junto a relatos y ficciones que ensayen modalidades comunicativas más afectivas y emocionales y que nos permitan reimaginar políticamente nuestro presente y sus escenarios futuros. Todas ellas deben activar una forma de contar y contarnos capaz de quebrar la inercia cultural, produciendo nuevos significados compartidos sobre la relación entre la agricultura y el territorio, la ciudad, sus problemas y sus posibles alternativas.

Los relatos nos ayudan a dar sentido al mundo y a nuestras prácticas, por lo que resulta de vital importancia seleccionar con qué nos identificamos y qué rechazamos, qué difundimos y qué silenciamos. Debemos cuidar las palabras que usamos y armar los discursos de forma que ilusionen y devuelvan la confianza en que el cambio es posible. Más allá de marcos teóricos y sesudos conceptos necesitamos de historias que resulten seductoras e inspiradoras.

El auge de propuestas como estas tiene que ver con la exitosa construcción de imaginarios que van más allá de las versiones edulcoradas de los artículos de los suplementos periodísticos, de los cantos de sirena lanzados por advenedizos o por las desvirtuaciones publicitarias, que aprovechan la emergencia de este tema para explotar sus aspectos más epidérmicos, comerciales o espectaculares. En la actualidad los imaginarios sobre la agricultura urbana se están convirtiendo en un espacio de disputa en la que se confrontan una profunda apuesta por la transformación social frente a versiones más esteticistas y complacientes.

En periodos de cambio y crisis se dan estas tensiones donde resultan habituales las propuestas y visiones futuristas que plantean construcciones utópicas o distópicas, donde se visualizan cambios radicales en los entornos y estilos de vida. Imágenes con una gran fuerza simbólica e ideológica, generalmente realizadas por artistas y arquitectos cuyo objetivo en tiempos de incertidumbre es promover miradas

sobre la realidad en las que todo cambia para que todo siga igual. En relación con la agricultura urbana, destacaríamos el discurso de las granjas verticales, que vienen a plantear que la seguridad alimentaria de las ciudades se va a resolver mediante la construcción de grandes rascacielos cuya función sea producir alimentos y ofrecer espacios para la ganadería. El principal promotor de la idea es el biólogo Dickson Despommier, que lleva varios años divulgando mediante atractivas imágenes las bondades de este tipo de iniciativas: mayor eficiencia productiva al trabajar en entornos artificialmente controlados, aplicación de las últimas tecnologías bioclimáticas y biotecnológicas, proximidad al consumo, generación de empleo, regeneración urbana y renaturalización de espacios agrarios que serían ya innecesarios⁵⁷⁷.

Esta propuesta teórica ha gozado de un amplio eco mediático pese a basarse solamente en diseños y prototipos que no han sido construidos salvo los pequeños proyectos piloto realizados en Corea del Sur y en Japón, para ofrecer vegetales libres de radiaciones tras el desastre de Fukushima. Diversos proyectos se han ido agrupando bajo el paraguas de la *agritecra* o construcción de edificios orientados al cultivo de comida, donde predominan las visiones futuristas de ciudades autosuficientes a partir de edificios inteligentes y sistemas hipertecnológicos de control de cultivos. Rascacielos como espacios cultivables o reconvertidos en intensivas granjas biológicas donde los cerdos se crían en edificios de oficinas capaces de funcionar usando el metano generado por los animales.

El imaginario de las granjas verticales se ha desplegado como un complemento de los discursos más simplistas del eourbanismo, que se sustentan en el desarrollo ejemplar de nuevas construcciones hipertecnológicas preocupadas únicamente por la reducción de emisiones de gases de efecto invernadero. Proyectos aislados y autosuficientes, donde predomina la imagen sugestiva de los edificios insertada en territorios desestructurados y descaracterizados, que quedan reducidos a meros soportes indiferenciados sin pasado, cultura o paisaje.

Una de las experiencias emblemáticas de esta corriente es Masdar, la ciudad autosuficiente energéticamente para 40.000 personas que desde 2008 se está construyendo en el desierto de Abu Dabi. Un megaproyecto diseñado por el arquitecto Norman Foster, que ha incorporado un planeamiento original (prioridad peatonal, transporte eléctrico, arquitectura bioclimática, despliegue de fuentes de energía renovables), donde no podían faltar los diseños de complejos sistemas de agricultura hidropónica en las azoteas, fachadas e interiores de los edificios públicos. Este experimentalismo técnico y tecnológico se asienta sobre un enorme derroche de recursos y dinero donde el urbanismo ecológico prescinde de cualquier protocolo de deliberación democrático, para convertirse en una reedición de la tiranía de los expertos que se apoyan en la tecnología como base sobre la que sustentar el cambio social.

Los prototipos estrella de granjas verticales y de *farmscrapers* han exagerado teóricamente sus bondades (mayor productividad que el cultivo en suelo, no dependencia de las estaciones, evitar las catástrofes ambientales, ahorro de emisiones al

576 <http://sustainablefoodcities.org>

577 (Despommier, 2010)

ubicarse en el centro de las ciudades junto a sus consumidores, agricultura orgánica o rentabilidad de la actividad agraria). Sin embargo no han incorporado cuestiones fundamentales, como los balances energéticos de estos cultivos, que dependerían de potentes sistemas eléctricos que, en un contexto de creciente crisis energética, serían enormemente costosos en términos de recursos y financiación, con la consiguiente concentración de poder en las corporaciones que monopolizarían el cultivo de alimentos en las ciudades. De igual forma, obvian un aspecto fundamental de la vida: que las personas y las ciudades no son autónomas sino que forman parte de un todo mayor, ignorando las múltiples funciones que los sistemas agrícolas han desarrollado más allá de la provisión de alimentos, y que no pueden ser sustituidas por artefactos tecnológicos sin simplificarlas y empobrecerlas radicalmente.

Asistimos a una nueva versión del relato de la agricultura sin agricultores que deviene funcional a la narrativa hegemónica, pues la insostenibilidad del sistema agroalimentario, especialmente en las ciudades, se plantea como una cuestión meramente técnica que la ciencia y los expertos irán solucionando. No se trata de negar los avances tecnológicos que puedan ser funcionales a la agricultura urbana, sino de evitar que debates complejos se desvirtúen bajo un tecnoentusiasmo despolitizado. Falsas alternativas que son alabadas por no cuestionar la viabilidad de la globalización económica en un contexto de crisis energética, por reducir la crisis ecológica a una mera cuestión de rebaja de emisiones de gases de efecto invernadero y por seguir sosteniendo el mito de una expansión urbana ilimitada, capaz de concentrar hasta el 80% de la población mundial en 2050.

El hecho de que proliferen discursos sobre la agricultura urbana, tanto ilusionantes como desvirtuados, o que la publicidad preste atención a estas dinámicas sociales, evidencia que algo está cambiando en el sustrato cultural de nuestra sociedad. La geografía crítica plantea que asistimos a una disputa por los *territorios inmateriales*, pues los territorios materiales son producidos a partir de formas de significar la realidad. La intencionalidad, las formas en las que se concibe y produce el conocimiento sobre el territorio, se traducen en determinadas formas de territorialidad⁵⁷⁸. Uno de los riesgos ante este conflicto inmaterial sería tratar de ofrecer un discurso despolitizado del fenómeno de la agricultura urbana, privándolo de todas las aristas que cuestionan las prácticas y discursos hegemónicos.

Una reflexión que nos obliga a plantear el riesgo palpable que entraña sobredimensionar los impactos positivos de la agricultura urbana, si la desconectamos de las demandas de una estrategia de transición integral para las ciudades, que entre otras cosas replantee de forma radical su relación con la alimentación. Las recientes investigaciones coinciden en plantear que maximizando la agricultura urbana en grandes ciudades se podría llegar como máximo a un 30% de autosuficiencia en el abastecimiento de frutas y verduras⁵⁷⁹.

En definitiva, resulta absurdo empeñarse en reivindicar las bondades del cultivo

en las ciudades sin cuestionar las lógicas de producción y consumo que sustentan tanto el funcionamiento del sistema agroindustrial, como la falacia a medio plazo de un proceso de urbanización planetaria.

15.4 Huertopía: reivindicar el espacio de la agricultura urbana en la ciudad del futuro

Raíces y alas, pero que las alas arraiguen y las raíces vuelen.

J. R. Jiménez

La persistencia de la forma ciudad, con sus sucesivas transformaciones, durante seis mil años, superando todo tipo de crisis (políticas, económicas o bélicas), evidencia su capacidad de reinención y su flexibilidad para adaptarse a circunstancias cambiantes, en definitiva, su alta resiliencia. Las transformaciones urbanas que han ido modelando nuestras ciudades siempre han sido multicausales y nunca del todo coherentes (avances tecnológicos, exigencias de funcionalidad al sistema económico, reivindicaciones de los movimientos sociales y cambios culturales), así pues, el resultado final siempre ha dependido del conflicto y los cambiantes equilibrios de fuerzas entre los actores en disputa.

Asumiendo que los cambios sociales y urbanos no se pueden predeterminedar, conviene valorar el importante papel que históricamente han jugado las ideas e imaginarios puestos en circulación para ilustrar la viabilidad de dichas transformaciones. Mirando atrás, hemos visto cómo la crisis de la ciudad industrial estimuló la producción de un torrente de pensamiento crítico sobre lo urbano e indujo un experimentalismo, cuya propuesta más consistente fue la ciudad jardín de Howard. La literatura utópica, la teoría política y el urbanismo se hibridaron para generar un amplio muestrario de modelos de sociedad alternativos, donde la cooperación primaba sobre la competencia, la armonía social sobre la injusticia y la reconciliación con la naturaleza sobre la depredación.

La construcción de ciudades ideales fracasó y muchos de los grandes proyectos de reforma se pervirtieron, pero estas prácticas y sus relatos fueron usados como materia prima desde la que redefinir posteriormente nuevas aspiraciones de transformación urbana. La crisis civilizatoria que empezamos a vislumbrar nos emplaza a reactivar la producción de un pensamiento urbano crítico y ambicioso, que recicle muchas de las grandes cuestiones e interrogantes que se habían formulado para buscar alternativas a la ciudad industrial: ¿Cómo es posible reconciliar la ciudad con el campo o el trabajo industrial con el agrícola? ¿Cuál sería la forma de una ciudad igualitaria en el acceso a bienes y servicios? ¿En qué medida resulta posible transformar la ciudad sin cambiar radicalmente el modelo socioeconómico? ¿Cómo se descentralizan las grandes ciudades y se alcanzan reequilibrios territoriales que las hagan viables en términos ecológicos? ¿Cómo se aumenta la autonomía y autosuficiencia de los entornos urbanos en el suministro de energía y alimentos? ¿Cómo se democratiza la respuesta colectiva a todas estas preguntas?

⁵⁷⁸ Conviene resaltar los trabajos en torno a los territorios inmateriales realizados por la geografía crítica brasileña (Mancano, 2009) y (Porto Goncalves, 2004).

⁵⁷⁹ (Viljoen y Bohn, 2014)

Lo primero sería ser conscientes de que avanzamos inexorablemente en una transición hacia escenarios urbanos menos complejos, más descentralizados, menos densamente poblados, con economías más localizadas y diversas, reequilibrados ambientalmente con su entorno y mucho más autosuficientes⁵⁸⁰. Estamos emplazados a volver a hacer de la ciudad un mundo y no del mundo una ciudad, recorriendo un camino inverso al que denunciaba Lewis Mumford a mediados del siglo pasado. No hay garantías de que ese escenario dé lugar, de forma automática, a sociedades mejores, pero es la única ventana de oportunidad de la que disponemos en el horizonte cercano.

Ante esta coyuntura, una de las escasas certezas que tenemos es que no hay tiempo ni recursos para construir ciudades ideales, por lo que debemos aplicarnos a rehabilitar de la mejor manera posible las que ya tenemos, reutilizando el patrimonio urbano y natural acumulado durante generaciones.

Las opciones por las que se apostó en el pasado han configurado unos soportes físicos y unas infraestructuras que demandan enormes esfuerzos para ser transformadas, por lo que para configurar nuevos asentamientos partiendo de las viejas ciudades debemos priorizar un cambio cultural por el que la gente desee y perciba como factibles otras formas de vivirlas. La mayor flexibilidad de recomposición de los sistemas sociales (los estilos de vida, valores, creencias, deseos o normas sociales), los convierte en la palanca desde la que activar los necesarios cambios estructurales.

Deviene imprescindible el desarrollo del municipalismo y la democracia participativa como dinámicas desde las que fomentar la descentralización política, la construcción de nuevos consensos y prioridades, la implicación activa de la ciudadanía y la experimentación institucional. Los proyectos autónomos de las minorías activas deben amplificarse y acompañarse desde las políticas públicas para lograr las transformaciones a las que aspiramos. Dinámicas que confluyan en proyectos como ecobarrios, iniciativas de autoabastecimiento energético, o planes radicales de movilidad, priorizando el desarrollo de economías solidarias y cooperativas para cimentar nuevas economías urbanas.

Junto a estas cuestiones, se debe empezar a planificar la forma en que vamos a dar de comer a las ciudades en el futuro próximo, pues este es un aspecto que va a condicionar radicalmente las estrategias de transformación urbana. La transición hacia sistemas alimentarios de base local va estrechamente ligada a discusiones en torno a la reconstrucción del territorio y las actividades económicas que acoge; la necesidad de identificar límites a la expansión urbana, de valorar los volúmenes de población para los que se pueden garantizar suministros, la reconversión de las infraestructuras logísticas necesarias, los cierres de ciclos metabólicos, y, por supuesto, los cambios en los hábitos de consumo y las dietas. La alimentación se presenta como un fértil campo de diálogo para las diversas disciplinas implicadas (urbanismo, geografía, sociología, agronomía, ingenierías, economía)⁵⁸¹.

Ante un reto de tales dimensiones viene muy a cuenta recuperar la *Utopía*,

580 (Fdez. Durán, 2011)

581 (Steel, 2008)

que Thomas Moro escribió en otros tiempos de transición, a caballo entre la desesperanza del inicio de los cercamientos de las tierras comunales y las ilusiones despertadas por el “descubrimiento del Nuevo Mundo”. La obra era un relato movilizador que permitía comprender de forma crítica su presente y esbozar una sociedad alternativa en la que, entre otras muchas cuestiones, la ciudad y el campo se encontraban en armonía. En su obra Moro contemplaba la necesidad de que todos los habitantes de estas ciudades autosuficientes conocieran de primera mano la actividad agraria, para lo que pasaban dos años de servicio trabajando en el campo, y para que pudieran ejercerla de forma continuada a lo largo de su vida todas las viviendas urbanas contaban con huertos de autoconsumo en sus patios.

Varios siglos después nos vemos emplazados a reactualizar sus demandas: sensibilizar a la ciudadanía sobre la importancia de la producción local de alimentos y de los conocimientos agroecológicos, así como la necesidad de espacio para cultivar en los entornos urbanos. Necesitamos una huertopía (*hortus + topos*), que reivindique un lugar para los huertos dentro de las ciudades y reconozca la importancia que le corresponde a una agricultura orientada al cuidado del territorio, las ciudades y las personas.

La huertopía es la apuesta por recuperar el valor práctico de la utopía, desarrollando una imaginación política que se ancla en realidades concretas, a la vez que es capaz de proyectarlas hacia el futuro. Igual que Martin Luther King sabía que, aunque el mundo se acabara mañana, él debía plantar hoy un árbol, nosotros sabemos que, aunque la apuesta sea infructuosa, la agricultura urbana anticipa elementos clave que debe contener cualquier proyecto de futuro para la ciudad.

Es un proyecto que deber arrancar del amor a los lugares, comprometerse con su cuidado mediante estrategias de acupuntura urbana y orientarse ambiciosamente hacia escalas más amplias que el barrio o el municipio, como las biorregiones. La huertopía se construye sobre tres ideas fuerza:

1) La topofilia, el amor por los lugares y la agricultura urbana

El heterodoxo pensador Ivan Illich no se cansaba de afirmar que el hiperdesarrollo económico había cubierto el mundo habitable de cemento, tornando el medio ambiente en algo tan duro que nuestros cuerpos ya no pueden marcar en él su impronta. Así, pasamos por la vida sin dejar huella⁵⁸². Mejorar la habitabilidad y sustentabilidad de las ciudades pasa, entre otras cosas, por posibilitar que dejemos vestigios de nuestra vida en el paisaje urbano, reafirmando e intensificando nuestra relación con el espacio local.

Los seres humanos necesitamos vínculos con el entorno material que habitamos. Esta relación afectiva con el espacio, de amor hacia aquellos lugares que nos son significativos, ha sido denominada topofilia.

[...] El hombre moderno ha conquistado la distancia pero no el tiempo. En el espacio de una vida, el hombre de hoy sólo puede establecer raíces profundas

582 (Illich 1998)

en un pequeño rincón del mundo. [...] Así como la pretensión de amor por la humanidad despierta nuestras sospechas, la topofilia suena falsa cuando se proclama para un gran territorio. La topofilia requiere un tamaño compacto, reducido a una escala determinada por las necesidades biológicas y las capacidades sensoriales⁵⁸³.

Los huertos urbanos devienen espacios productores de topofilia, puesto que son fruto de la transformación activa del entorno por grupos humanos que, mediante la acción colectiva, establecen intensos vínculos afectivos, simbólicos y estéticos con el espacio. Grupos que se proyectan en el futuro del espacio y que se comprometen en su cuidado y mantenimiento constante, pues cultivar supone responsabilizarse de la fragilidad de la vida. Esta forma de preocuparse de forma intensa por lo vivo implica que la vida deja de ser abstracta, nos revinculamos psicológicamente con la naturaleza y vivenciamos la ecoddependencia a partir de una relación más intensa con las plantas y la alimentación.

[...] El apego que siente el campesino por la tierra es profundo. Los obreros franceses, cuando el cuerpo les duele de fatiga, dicen que su oficio “se les ha metido en el cuerpo”. Al que trabaja la tierra se le ha metido la naturaleza y la belleza, en la medida en que se encarnan en ella la sustancia y los procesos de la naturaleza. La topofilia del granjero se acrecienta con esta intimidad; también por su dependencia material y por el hecho de que la tierra es almacén de su memoria y sostén de su esperanza⁵⁸⁴.

La apropiación es el proceso por el que un espacio, deviene para individuos y grupos un lugar “propio”, la forma mediante la cual se establecen vínculos con el lugar, de forma que las percepciones y las acciones que se desarrollan en él resultan apropiadas, correctas⁵⁸⁵. El proceso de recuperar un espacio degradado, proyectar su diseño hacia el futuro, construirlo y mantenerlo como hacen los huertos comunitarios; así como el hábito de cultivar a lo largo del tiempo la parcela de un huerto de ocio, suponen una inigualable capacidad de apropiación del entorno por parte de la ciudadanía.

[...] Apropiarse de un lugar no es sólo hacer de él una utilización reconocida sino establecer una relación con él, integrarlo en las propias vivencias, enraizarse, y dejar la propia impronta, organizarlo y devenir actor de su transformación⁵⁸⁶.

En uno de sus estudios más conocidos, el psicólogo ambiental A. Moles relacionaba la distancia espacial con las variables del dominio cognoscitivo, las posibilidades de control del espacio, el esfuerzo invertido en este proceso y la presencia de otras personas. La zona donde confluyen estas variables, es decir, donde se mantiene un control espacial y cognitivo significativo, donde existe una

583 (Tuan, 2007: 141)

584 (Ibidem: 135)

585 (Vidal y Pol, 2005)

586 (Chombart de Lauwe, 1976: 125)

alta presencia de otras personas y donde el esfuerzo de intervenir es bajo aún, corresponde a la escala barrial⁵⁸⁷.

Lo barrial es una esfera pública abarcable y comprensible, una escala propicia para promover un mayor protagonismo de la sociedad civil y abrir un lugar para la vida comunitaria en la gran ciudad, construyendo desde la complicidad y la proximidad procesos cara a cara en torno a problemas compartidos. Un espacio donde las transformaciones y los cambios son percibidos con una mayor facilidad por parte de sus habitantes. Los huertos urbanos se ubican en ese *espacio inter-medio*⁵⁸⁸ que se define entre lo productivo y lo reproductivo, entre lo formal y lo informal, entre lo privado, conocido y doméstico, y lo público, la composición de la gran ciudad más abstracta e inabarcable en su totalidad. Además, en términos agronómicos se sitúan nuevamente entre lo rural y lo urbano, y entre la agricultura periurbana (productiva, profesionalizada y orientada a garantizar el abastecimiento alimentario de las ciudades) y el cultivo privado de las terrazas y jardines (orientado al ocio o al autoabastecimiento).

La huertopía es una invitación a reciclar suelos abandonados o infrutilizados para devolverles un valor de uso mediante el cultivo, una colonización del interior de las ciudades por parte de comunidades de hortelanos urbanos. Además de una actividad fundamental para el autoabastecimiento y la reducción de los umbrales de dependencia, la agricultura urbana nos predispone a encariñarnos con los lugares que habitamos. El territorio que trabajamos y cultivamos aumenta su valor subjetivo, adquiere más importancia por el tiempo que hemos invertido cuidándolo. La huertopía supone una declaración de amor hacia las ciudades, realizada mediante el cultivo de plantas comestibles.

2) Los huertos como acupuntura urbana

Históricamente las grandes transformaciones urbanas terminaron asociándose a proyectos que pretendían reformar drásticamente determinadas zonas, mediante el desarrollo de extensos procesos de renovación o por la implantación de agresivas infraestructuras sobre el trazado de la ciudad consolidada. Una *cirugía urbana* agresiva, costosa y que ponía el énfasis en los cambios materiales, arquitectónicos o urbanísticos, para lograr las mejoras a las que aspiraban los planificadores.

Ante este paradigma ha ido emergiendo durante las últimas décadas una nueva mirada sobre las dinámicas de transformación urbana, que viene a plantear cómo pequeñas y sutiles iniciativas pueden tener una amplia capacidad de incidencia sociourbanística. Experiencias localizadas, impulsadas con escaso presupuesto y que resaltan los cambios en la dimensión relacional entre las personas y de estas con el entorno. El arquitecto brasileño Jaime Lerner, ex alcalde de Curitiba, las ha definido como *acupuntura urbana*.

[...] Siempre tuve la ilusión y la esperanza de que con un pinchazo de aguja

587 (Moles y Rohner, 1975)

588 (Martín Barbero, 1987)

sería posible curar las enfermedades. El principio de recuperar la energía de un punto enfermo o cansado por medio de un simple pinchazo tiene que ver con la revitalización de ese punto y del área que hay a su alrededor. Creo que podemos y debemos aplicar algunas “magias” de la medicina a las ciudades, pues muchas están enfermas, algunas casi en estado terminal. Del mismo modo en que la medicina necesita la interacción entre el médico y el paciente, en el urbanismo también es necesario hacer que la ciudad reaccione. Tocar un área de tal modo que pueda ayudar a curar, mejorar, crear reacciones positivas y en cadena. Es necesario intervenir para revitalizar, hacer que el organismo trabaje de otro modo⁵⁸⁹.

Otros autores han huido de las metáforas médicas pero mantienen una coherencia con estas reflexiones, cuando hablan de la necesidad de *reparar las ciudades*⁵⁹⁰ mediante la puesta en marcha de iniciativas locales que permitan reconstruir la dimensión comunitaria de los vecindarios, la reapropiación del entorno urbano y la preocupación por el medio ambiente.

[...] Todos los medios ambientes de calidad que conocemos se mantienen como un todo vivo porque han crecido despacio durante largos periodos de tiempo, trozo a trozo. Estos trozos son pequeños y existe siempre un número equilibrado de proyectos que se desarrollan a cualquier escala. Si se construye un nuevo edificio, siempre se remodelan a la vez con cien detalles complementarios que relacionan el nuevo edificio con el medio ambiente precedente. Cada edificio no es algo acabado, sino que conlleva un sinfín de pequeños cambios a escala menor. De este modo, los edificios se adaptan a los cambios de uso y de usuarios y nunca se destruyen edificios enteros, sino que siempre se repara, se embellece, se mejora, se agranda o se reduce. [...] El crecimiento a grandes dosis se basa en la idea de reemplazamiento. El crecimiento a pequeñas dosis se basa en la idea de reparación⁵⁹¹.

Los huertos urbanos serían ejemplos perfectos de reparación y de acupuntura urbana. Iniciativas localizadas, reversibles, impulsadas con escasos recursos, pero con una elevada capacidad para provocar sinergias socioambientales. Una vez que proliferan, estos pequeños ejercicios de microubanismo terminan provocando impactos globales en el funcionamiento de la ciudad, igual que las agujas terminan por sanar al cuerpo humano⁵⁹². La agricultura urbana acompasa la urgencia que

demandan los cambios mediante la intervención inmediata, con los tiempos lentos necesarios para hacerlos consistentes. La paciencia es un elemento consustancial a la reparación, a convertir espacios baldíos en tierra fértil, consolidar nuevos hábitos o aceptar en medio del estrés urbano los ritmos propios de los ciclos agrícolas.

La acupuntura es una forma de describir estrategias resilientes, al plantearnos nuevamente que la transformación de las ciudades debería priorizar cambios en los estilos de vida, las percepciones sociales o los usos del espacio. Una propuesta de transformar lo urbano desde lo humano, mediante el reciclaje de fragmentos y vacíos de la ciudad para usos hortícolas que no estaban previstos por los planificadores recuperando como protagonistas a las propias comunidades. Desde esta óptica su principal potencialidad sería el elevado número de gente que entra en contacto y se relaciona con los huertos, más que la cantidad de gente alimentada por estos.

3) La agricultura en la ciudad, la ciudad en la biorregión

En la antigua sala de plenos del Ayuntamiento de Siena, el Palazzo Publico, hay un famoso fresco de Lorenzetti llamado Alegoría del Buen Gobierno, donde se muestra el funcionamiento ideal de una ciudad toscana en el siglo XIV. El rasgo más llamativo del cuadro es que su centro está ocupado por la puerta de la muralla, que comunica el campo con la ciudad. Una ciudad virtuosa (con su comercio, artesanado, mercado y vida pública) resultaba inseparable del campo del cual se alimentaba, evidenciando cómo sus destinos estaban unidos. En la pared opuesta de la sala del Consejo, en la que se reunían los nueve representantes de la ciudad, este cuadro tenía su contrario, *Alegoría del Mal Gobierno*. Ambos suponían un recuerdo de las implicaciones sociales y ambientales que podían tener para el bien común los acuerdos y decisiones allí tomados. ¿Qué dibujaría hoy Lorenzetti para sensibilizar a los gestores urbanos sobre el vínculo perdido entre el campo y la ciudad? ¿Cómo representaría la relación virtuosa de la agricultura, la ciudad y su entorno una vez que no hay murallas?

En el mencionado fresco se explicita la necesidad de concebir ciudad y campo como espacios interconectados, pero más allá, quienes lo observan son conscientes de que contemplan un territorio singular y concreto, habitado por una sociedad que ha desarrollado con él una relación equilibrada y virtuosa. Nuestra civilización globalizada ha perdido de vista lo próximo, el territorio se ha convertido en un soporte espacial indiferenciado e intercambiable por cualquier otro. Frente a este modelo desterritorializado, el enfoque biorregionalista busca desarrollar el potencial de los lugares mediante una relación virtuosa con sus recursos naturales, basada en el cuidado y la conservación frente a la explotación, el bien general frente a la apropiación privada, la autonomía frente a la dependencia, la complejidad frente a la especialización, la cooperación frente a la dominación, el desarrollo territorializado frente al desarrollo exógeno, huyendo de la lógica del crecimiento ilimitado, y promoviendo la autosuficiencia y el autogobierno.

El origen del término biorregión nos remonta a los años setenta, cuando es

589 (Lerner, 2003: 21)

590 Ver el proyecto *City Repair Project* del arquitecto Mark Lakerman: <http://cityrepair.org/>

591 (Alexander, 1976: 45)

592 Hace poco menos de una década el divulgador científico Steven Jonson analizaba las dinámicas autoorganizadas y como los sistemas descentralizados generan espontáneamente una estructura cuando crecen de tamaño: las hormigas crean colonias, las ciudades establecen barrios o ciudades satélite, las conexiones neuronales derivan en áreas cerebrales especializadas. Esta evolución desde reglas simples a complejas, que hace que las prácticas se piensen localmente y actúen localmente, pero su acción colectiva produzca comportamiento global, es lo que el autor denomina emergencia. Jhonson, S. (2004):

acuñado por un grupo de artistas y ecologistas del ala ecocéntrica, ligados al ecofeminismo, el municipalismo y al neorruralismo americano. La biorregión es literalmente el lugar de la vida⁵⁹³, un espacio definible por sus características geográficas, climáticas, hidrológicas y ecológicas, así como por las culturas y prácticas a las que ha dado lugar. La mirada biorregional entiende el territorio como hogar, y nos invita a rehacerlo, a hacernos nativos de él.

[...] Para convertirse en residentes de la tierra, para volver a aprender las leyes de Gea, para llegar a entender la tierra completa y honestamente, la tarea crucial, única e integral es entender el lugar, el lugar concreto e inmediato que habitamos. El tipo de suelo y minerales que pisamos; las fuentes del agua que bebemos; el significado de los diferentes tipos de viento; los insectos, aves, mamíferos, plantas y árboles; los ciclos concretos de las estaciones; el momento de plantar y de cosechar y pastar – estas son las cosas que es necesario saber. El límite de sus recursos; la capacidad de carga de sus suelos y aguas; los lugares que no se deben presionar; los lugares cuyas riquezas se pueden desarrollar mejor; los tesoros que ofrece y los que retiene – estas son las cosas que deben ser comprendidas. Y las culturas de la gente, de las poblaciones nativas de la tierra y de aquellas que han madurado con ella, los acuerdos sociales y económicos conformados por y adaptados a los geomorfológicos, tanto en emplazamientos rurales como urbanos – estas son las cosas que se deben valorar. Esto, en esencia, es biorregionalismo⁵⁹⁴.

Desde una perspectiva biorregional por tanto, la expansión urbana deja de ser el objeto y la expresión del desarrollo, más bien al contrario, son las formas de ocupación territorial las que deben estar supeditadas a una compleja red de estructuras y procesos socio-ecológicos. Los sistemas territoriales altamente artificializados y degradados requerirán una regeneración ecológica que permita que dichas estructuras y procesos recuperen su integralidad y su funcionalidad.

Para encaminarnos nuevamente hacia un buen gobierno del territorio es necesario entender éste como un bien común, un recurso valioso y único. El modo de habitarlo y transformarlo debe estar en sintonía con su identidad y sus peculiaridades, inspirado por su historia y su memoria biocultural, acompasado con sus ciclos, limitado por su capacidad e integrado en sus procesos ecológicos, con el fin de cuidar y reproducir sus recursos tanto naturales como culturales. Para ello es imprescindible partir de un conocimiento profundo del lugar y un reconocimiento en él que guíe las decisiones sobre su gestión y explotación. En un contexto de extrema especialización tecnológica y disciplinar, en el que ya se han perdido incontables conocimientos y recursos valiosos, este planteamiento supone un cambio radical en la forma de pensar y actuar sobre los lugares que habitamos.

La planificación y la gestión del territorio desde este enfoque requiere proyectos multisectoriales e integrados, y una visión interescalar. Dentro de la diversidad

de saberes que se deben conjugar en el proyecto biorregional, el protagonismo de los habitantes es central y se debe integrar desde el principio en el proceso de planeamiento desarrollado a la vez como proceso de aprendizaje colaborativo, que permita la implicación y corresponsabilidad en la definición de la organización y de las reglas de uso y transformación territorial. La noción de biorregión iría de la mano de la de *conciencia de lugar*, entendida como la capacidad de valorar y defender los elementos esenciales para la reproducción de la vida individual y colectiva, biológica y cultural, de un territorio⁵⁹⁵.

La ciudad vuelve a vislumbrar sus límites y tiene como reto adaptarse a ellos. La biorregión es el espacio geográfico y social de referencia para repensar la autonomía energética, alimentaria, económica y la adaptación ecológica de las actividades productivas. La definición de un límite territorial permite al mismo tiempo romper la separación conceptual entre espacios rurales y urbanos, ya que entendiendo el territorio como un sistema interconectado se redescubren las relaciones de interdependencia y las posibilidades de renovados pactos campo-ciudad. En esta relación la proximidad y la autonomía adquieren un sentido central, sin querer sustituir a la necesaria cooperación e intercambio con otras regiones.

Pensar la producción de alimentos desde la perspectiva biorregional permite imaginar una diversidad de espacios agrícolas integrados en la red de espacios libres que estructura el territorio. La recuperación y revitalización de estos espacios de acuerdo a sus características y localización permitirá desplegar una variedad de funciones productivas, ecológicas y sociales desde las grandes estructuras agrarias territoriales a los pequeños espacios de cultivo en el centro de las ciudades. Un espacio de cultivo continuo que integre corredores y nodos productivos, franjas y anillos periurbanos, huertos de ocio, comunitarios, azoteas verdes... combinando la agricultura productiva orientada a alimentar la ciudad, con aquella que persigue una finalidad más educativa, recreativa y social.

Esta transformación se puede visualizar como un proceso mediante el cual el campo va colonizando la ciudad y convirtiéndola en una realidad física nueva, que responde a unos nuevos valores sociales. Los huertos comunitarios y de ocio deben concebirse como el antecedente natural de este modelo complejo e integral de agricultura urbana. Son la palanca sobre la que apoyarse para que la alimentación de proximidad deje de ser un elemento anecdótico a la hora de diseñar y configurar los asentamientos humanos.

La renaturalización de la ciudad y la adaptación ecológica de sus procesos puede ser una primera fase para lograr una transición del modelo urbano hacia una ordenación biorregional, que redistribuya la población y las actividades en el territorio de una manera equilibrada. En este paisaje de transición los distintos espacios agrícolas se insertan en la ciudad y en la biorregión como un vínculo conciliador, como un recurso que las alimenta, como una estructura de soporte de procesos ecológicos y también como un lugar para el aprendizaje, el trabajo, y la formación de identidad. De esta manera se lograría aproximar, mostrar y controlar

593 (Thayer, 2003)

594 (Sale, 1985: 71)

595 (Magnaghi, 2012)

los procesos socioecológicos, imbricando el metabolismo urbano, la economía y la alimentación en el territorio.

Vistas estas tres ideas fuerza, afirmamos que la huertopía es la capacidad de combinar la importancia de las alas y de las raíces, de soñar castillos en el cielo y de construirles cimientos. Una apuesta por la agricultura urbana como realidad y como potencialidad. Prácticas alternativas que innovan y ponen a disposición de la sociedad imaginarios y estructuras funcionales ante las inciertas necesidades del futuro. Iniciativas cuyo valor es indiscutible por parciales, fragmentarias o inacabadas que puedan resultar ante el desafío histórico que tienen ante sí.

La agricultura debe conquistar el corazón de la ciudad y convertirse en un elemento estructurante de cualquier nueva cultura del territorio. Igual que los pequeños habitantes del Lilliput de *Los viajes de Gulliver* lograron contener al gigante con altas dosis de esfuerzo, cooperación y creatividad, los huertos urbanos enfrentan el reto de alimentar otros modelos urbanos. Hoy es el futuro.

Bibliografía

- ACKERMAN, ROBERT** (2011): *The potencial for urban agriculture in New York City. Growing capacity, food security and green infrastructure*. Ed Urban design Lab.
- AGUILERA KLINK, FEDERICO** (2009): Una nota sobre la Nobel de economía Elinor Ostrom. *Revista de Economía Crítica* n° 8.
- ARAGAY, ADAIA** (2010): *Els horts urbans a la ciutat de Barcelona. Les experiències d'Horts Urbans Comunitaris com a formes d'intervenció social i ambiental*. Trabajo fin de carrera no publicado.
- ALEXANDER, CHRISTOPHER** (1976): *Urbanismo y participación. El Caso de la Universidad de Oregón*. Ed. Gustavo Gilli. Barcelona.
- ALGUACIL, JULIO** (1996) La calidad de vida y el tercer sector: nuevas dimensiones de complejidad, en *Revista Documentación Social* n°103. Abril-junio. Madrid.
- ANDERSON, BENEDICT** (1993): *Comunidades Imaginadas*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- ALAIZ, FELIPE** (1935): *Revista Tiempos Nuevos* n° 4. Barcelona.
- ALONSO, JOSE RAMÓN** (1992): *La imagen gráfica de La Ciudad Lineal*. Boletín Académico. Escola Técnica Superior de Arquitectura da Coruña, n°15.
- ALTIERI, MIGUEL ANGEL; COMPANIONI, NELSO; CAÑIZARES, KRISTINA; MURPHY, CATHERINE; ROSSET, PETER; BOURQUE, MARTIN Y NICHOLLS, CLARA** (1999): *The greening of the "barrios": Urban agriculture for food security in Cuba*. *Rev. Agriculture and Human Values*,16. Kluwer Academic Publishers.
- ARACIL, ALFREDO Y RODRÍGUEZ, DELFIN** (1998): *El siglo XX: entre la muerte del arte y el arte moderno*. Ed. Akal. Madrid
- AVILÉS, JUAN** (2006): *Ferrer i Guardia: pedagogo, anarquista y martir*. Ed Marcial Pons. Madrid.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID** (1983): *Huertos de Ocio*. *Estudios Complementarios* n° 91. Estudios complementarios.
- AYMONINO, CARLO** (1978): *Orígenes y desarrollo de la ciudad moderna*. Ed. Gustavo Gilli.
- BADAL, MARC** (2015): *Vidas a la intemperie. Apuntes sobre el campesinado*. Colección Cuadernos de Campo, Ed. Campo Adentro.
- BALLESTEROS, GREGORIO** (2014): *Iniciativas de agricultura urbana y periurbana ecológica en España*. Actas II Congreso Estatal de Agricultura Urbana y Periurbana. SEAE. Sociedad Española de Agricultura Ecológica.
- BARRET, JUDY Y SMITH, DAVID** (1993): *To the Rescue of the Crops. The Women's Land Army During World War II*. Prologue Vol. 25, no. 4, invierno 1993. Indiana University Press.
- BILBAO, LUIS** (2008): *El Poblado Dirigido de Otxarkoaga: Del Plan de Urgencia Social de Bizkaia al Primer Plan de Desarrollo Económico*. Ed. Larrondo. Bilbao.
- BEILIL, MIREIA; BORJA, JORDI Y CORTI, MARCELO** (2013): *Ciudades una ecuación imposible*. Ed. Icaria Barcelona.
- BERKES, FIKRET Y FOLKE, CARL** (2003): *Navigating social-ecological systems: Building resilience for complexity and change*. Cambridge University Press, Cambridge, UK
- BLAU, EVE** (1999): *The Architecture of Red Vienna, 1919-1934*. MIT Pres. Massachussets.
- BONET, JORDI** (2009): *Cuando cómo participar importa. Análisis de los impactos de la participación ciudadana en las políticas de regeneración del centro histórico de Barcelona*. URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales. Volumen 1, número 1. Barcelona.
- BORJA, JORDI** (2005): *La ciudad conquistada*. Ed. Alianza. Barcelona.

- BORJA, JORDI** (2013): *El fin de la anticiudad posmodernista y el derecho a la ciudad en las regiones metropolitanas*. En Beilil, M. Borja, J. y Corti, M. (2013): *Ciudades una ecuación imposible*. Ed. Icaria Barcelona.
- BORSODI, RALPH** (1908): *A little land and living* citado en Hicks, G. (2001): *Experimental Americans: Celo and Utopian Community in the Twentieth Century*. University of Illinois. p. 50.
- BROMBERG, AVA** (2004): *Making their own plans*. Ed. Whitewalls. London.
- BROWN, DONA** (2011): *Back to the Land: The Enduring Dream of Self-Sufficiency in Modern America*. University of Wisconsin Press.
- BRUGAROLA, MARTIN** (1950): *El problema social en el campo español*. Agencia Gª Librería. Madrid.
- BURCHARDT, JEREMY** (2002): *The Allotment Movement in England, 1793-1873*. Royal Historical Society studies in history. Boydell & Brewer. London.
- BURCHARDT, JEREMY** (1997): *Rural Social Relations, 1830-50: Opposition to Allotments for Labourers*. Agricultural History Rev. 45, 2. Reading.
- BUSQUETS I GRAU, JOAN** (1999): *La urbanización marginal*. Edicions UPC. Barcelona.
- CABEDOCE, BEATRICE (ED)**; (1996): *Cent ans d'histoire des jardins ouvriers, 1896-1996: la Ligue française du coin de terre et du foyer*. Creaphis editions. Paris.
- CABRAL, ANTONIO**. (1990): *Socialismo utópico y revolución burguesa: el fourierismo gaditano 1834-1848*. Ed. Diputación de Cádiz.
- CALLE COLLADO, ANGEL** (2014): *La relevancia económica y política del enfoque de los bienes comunes*. En Worldwatch Institute / FUHEM (2014): *La situación del mundo 2014*. Ed Icaria. Barcelona.
- CALLE COLLADO, ANGEL; SOLER, MARTA; GALLAR, DAVID Y VARA, ISABEL** (2009): *La desafección al sistema agroalimentario: ciudadanía y redes sociales*. Interface: a journal for and about social movements. Volume 4 (2).
- CALLE COLLADO, ANGEL; SOLER, MARTA Y RIVERA, MARTA** (2010): *Soberanía alimentaria y Agroecología Emergente: la democracia alimentaria*, en Calle Collado (coord.): *Democracias radicales*. Ed. Icaria.
- CALLE COLLADO, ANGEL (COORD.)** (2010): *Democracias radicales. Entre vínculos y utopías*. Ed. Icaria.
- CALVO, SUSANA Y GUTIÉRREZ, JOSE** (2007): *El espejismo de la educación ambiental*. Ed. Morata. Madrid.
- CARBALLO, BORJA; PALLOL, RUBEN Y VICENTE, FERNANDO** (2008): *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Ed Complutense. Madrid.
- CARLSSON, ALLAN** (2004): *The New Agrarian Mind: The Movement Toward Decentralist Thought in Twentieth Century in America*. Transaction Publishers. New Jersey.
- CARPENTER, STEPHANIE ANN** (1997): *Regular Farm Girl: The Women's Land Army in World War II*. En Agricultural History Vol. 71, No. 2 (Spring, 1997), pp. 162-185. Published by: Agricultural History Society
- CARSON, RACHEL** (2010): *Primavera silenciosa*. Ed. Crítica. Barcelona.
- CARRIKER, ROBERT** (2010): *Urban farming in the west: a New Deal experiment in subsistence homes*. UAPress Arizona.
- CASAS, ANGEL** (1988): *El biohuerto escolar*. Cuadernos de Pedagogía, nº 157, pp 12-15. Barcelona.
- CASTRILLO MARÍA** (2003): *Influencias Europeas sobre la "Ley de Casas Baratas" de 1911: El referente e la "Loi des Habitations á Marché" de 1894*. Cuadernos de Investigación Urbanística CIUR 36. Ed. Instituto Juan de Herrera. Madrid.
- CASTRILLO, MARIA** (2001): *El evangelio de la ciudad-jardín, algunas notas sobre su difusión en España*. Revista Ciudades nº6. Ed. Instituto de Urbanística. Valladolid.
- CERDÁ, ILDEFONSO** (1968): *Teoría General de la urbanización*. Ed. Instituto Estudios Fiscales, Madrid.
- CECCARELLI, PAOLA** (1972): *La ciudad soviética*. Ed Gustavo Gilli. Barcelona.
- CHALBAUD, MANUEL** (1919): *Estabilización de las clases sociales vascas*. Primer Congreso de Estudios Vascos.
- CHASE, STUART** (1925): *Coals to Newcastle*. Survey Graphics, nº 54, Citado por HALL, PETER (1996): *Ciudades del mañana*, ediciones del Serbal. Barcelona.
- CHICKERING, R.** (2009): *The Great War and urban life in Germany. Freiburg 1914-1918*. Cambridge Press. Cambridge.
- CHOAY, FRANCOISE** (1970): *El urbanismo. Utopías y realidades*. Ed. Lumen. Barcelona.
- CHOMBART DE LAUWE, P.H.** (1976): *Hombres y ciudades*. Ed. Labor. Barcelona.
- COMPOST, TERRY** (2009): *Peoples Park: Still Blooming*. Ed. Paperback. Berkley.
- CONTRERAS, JOSE** (2001): *La autonomía del profesorado*. Ed. Morata. Madrid.
- CORDINGLEY, LUKE** (2004): *Can Masdeu: Rise of the Rurbano revolution*. En Bloom, Brett y Bromberg, Ava (2004) *Making their own plans*. Ed Whitewalls.
- CORNUAU SILVAIN** (2003) : *A chacun sa chanson: Pénuries et restrictions 1939-1945*. Ed. Institut d'Études Politiques de Lyon. Lyon
- CORONAS, MARIANO** (1994): *El huerto en la escuela*. Cuadernos de Aula Libre. Zaragoza
- CORT, CESAR** (1941): *Campos urbanizados y ciudades rurizadas*. Federación de Urbanismo y de la Vivienda de la Hispanidad. Madrid. Citado por Teran, F. (1982): *Planeamiento urbano en la España contemporánea 1900-1980*. Ed. Alianza. Madrid.
- COSTA, JOAQUIN** (1912): *La tierra y la cuestión social*. Ed Biblioteca Costa. Madrid
- COSTA JOAQUIN** (1983): *Colectivismo agrario*. Fundación Jiménez Abad. Zaragoza.
- COSSIO, MANUEL BARTOLOME** (1882): *Institución Libre de Enseñanza. El edificio*. Rev La Ilustración Cantábrica. Nº4. Madrid.
- CROUCH, DAVID Y WARD COLIN** (1988): *The allotment. Its landscape and culture*. Five Leaves Publications. London.
- CUÉLLAR VILLAR, DOMINO; JIMÉNEZ VEGA, MIGUEL; POLO MURIEL, FRANCISCO** (2005): *Los poblados ferroviarios en Andalucía: una historia desconocida*. En PH Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, nº55, octubre.
- CUEVAS NOA, FRANCISCO JOSÉ** (2010): *La línea rojinegra educativa del anarquismo español*. Revista Historia Actual On line nº 21. Ed. Asociación Historia Actual. Madrid.
- DAVIS, MIKE** (2007): *Planeta de ciudades miseria*. Ed Foca. Madrid
- DE CÁRDENAS MAESTRE, ISABEL** (2009): *Lo verde como regenerador social en las teorías urbanas de principios del siglo XX*. En AxA, Una revista de arte y arquitectura. Universidad Alfonso X el Sabio. Madrid.
- DE BORJA I SOLE, MARIA** (1984): *El juego como actividad educativa. Instruir deleitando*. Ed Universitat de Barcelona. Barcelona
- DEL VALLE, ADRIAN** (1927): *Huertos*. Revista Blanca nº 94 15 de Abril 1927. Madrid.
- DELGADO, RICARDO** (2013): *Concepción, desarrollo y consolidación de la agricultura urbana en Cuba*. Revista Papeles de relaciones ecosociales y cambio global. nº 124. Ed. FUHEM-Icaria. Madrid.
- DE MICHELLIS, MARCO** (1981): *Il verde e il rosso. Parco e città, Germania di Weimar*. En Lotus 30. International, Milán.

- DICKENS, CHARLES** (2009): *Escenas de la vida de Londres por Boz*. Ed. Abada. Madrid.
- DOMINGO HERNÁNDEZ, M.** (2004): *Vivienda obrera en Bilbao y el Bajo Nervión: las casas baratas, una nueva forma de alojamiento (1911-1936)*. Tesis doctoral (No publicada pero disponible en Internet).
- DUANY, ANDRES** (2011): *Garden Cities: Theory & Practice of Agrarian Urbanism*. The Prince's Foundation for the Built Environment Publications.
- DUEÑAS, JOSE DOMINGO** (1999): *Joaquín Costa y el anarquismo*. Anales de la Fundación Joaquín Costa nº 16. Huesca.
- DUNSTER, BILL** (2009): *Bedzed*. Revista Habitat Futura nº 22. Madrid.
- EISMAN, CARLOS** (1989): *Aprovechamiento didáctico del huerto escolar*. Cuadernos de Pedagogía nº 176. pp.38-40. Barcelona.
- ENGELS, FREDERICH** (1982): *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Ed Jucar. Gijón.
- ENGELS, FREDERICH** (1984): *La cuestión de la vivienda*. Ed Akal. Madrid.
- ENGLANDER, D.** (2001): *New York Community gardens a resource on risk*. The Trust for public land.
- ESCRIVÁ, CRISTINA Y MESTRE, RAFAEL** (2011): *De las negras bombas a las doradas naranjas. Colonias Escolares 1936-1939*. Ed. Fundación Salvador Seguí. Valencia.
- EXPÓSITO, MARCELO** (2001): *Modos de hacer. Arte crítico, esfera pública y acción directa*. Ediciones Universidad de Salamanca.
- FAO** (2010): *Growin greener cities*. Ed. FAO.
- FAO** (2011) *Food, Agriculture and Cities. Challenges of food and nutrition security, agriculture and ecosystem management in an urbanizing world*. FAO Food for the Cities multi-disciplinary initiative.
- FAUS, PAUS** (2008): *La ciudad jubilada. Breve diccionario sobre los huertos informales de los ríos de Barcelona*. Ed. CCCB. Barcelona.
- FALANGE JONS** (1943): *5.000 huertos familiares en Salamanca*. Falange JONS. Salamanca.
- FEDERICI, SILVIA** (2010): *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Ed. Tradicantes de sueños. Madrid.
- FERGUSON, SARAH** (2000): *Okupas verdes en New York*. Rev. de agricultura ecológica la Fertilidad de la tierra. Nº 2.
- FERNÁNDEZ, BEATRIZ** (2009): *Evolución urbana y memoria de la ciudad industrial. Futuros para la ciudad de Detroit*. Cuadernos de investigación urbana CIUR nº 63. Departamento Urbanismo y Ordenación del Territorio ETSAM.
- FERNANDEZ CASADEVANTE, JOSE LUIS; RAMOS, ALFREDO Y MORÁN, NEREA** (2010): *De cuartel militar a laboratorio de vida alternativa: el ecobarrio de Vauban en Friburgo*. Papeles. Revista de relaciones ecosociales y cambio global. Ed. Icaria. Nº 110. 2010.
- FERNANDEZ CASADEVANTE, JOSE LUIS Y MORÁN, NEREA** (2012): *Cultivar la resiliencia. Los aportes de la agricultura urbana a las ciudades en transición*. Revista Papeles de relaciones ecosociales y cambio global nº 119. Ed. Icaria.
- FERNANDEZ CASADEVANTE, JOSE LUIS Y MORÁN, NEREA** (2013): Entrevista a Alberto Magnaghi. Revista Papeles de relaciones ecosociales y cambio global nº 123. Ed. Icaria.
- FDEZ. DURAN, RAMÓN** (2011): *La quiebra del capitalismo global: 2000-2030*. Virus/Libros en Acción. Madrid.
- FERRAND, JOSEPH** (1859): *De la porpiete comunale en France et de sa mise en valeur. Etude historique et administrative*. Ed. Dupont
- FOUCAULT, MICHEL** (2000): *Vigilar y castigar*. Ed. Siglo XXI. Madrid
- FOUCAULT, MICHEL** (2000): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Ed Siglo XXI. Madrid
- FOURIER, CHARLES** (1974): *Teoría de los cuatro movimientos*. Ed. Seix Barral.
- FOURCAUT, ANNIE** (1992): *Banlieu Rouge 1920-1960*. Ed. Autrement. Paris.
- FRANQUESA, JORDI** (2008): *Una experiencia urbana retrobada. Les comunitats Jardí a Catalunya*. Tesis doctoral. (No publicada).
- FRIEDMANN, HARRIET** (2005): *From Colonialism to Green Capitalism: Social Movements and the Emergence of Food Regimes*. En Buttel, Frederick H.; McMichael, Philip D. (eds.) (2005) *New Directions in the Sociology of International Development*. (Research in Rural Sociology and Development, 11). Emerald Group Publishing Limited, pp. 227-64.
- FUKUOKA, MASANOBU** (1978): *La revolución de una brizna de paja*. Ed. Instituto Permacultura. Montsant.
- GARAYO, JOSE MARIA** (1998): *Colectivismo agrario y regeneración política y social de la democracia liberal sobre bases campesinas*. Anales de la Fundación Joaquín Costa nº 15. Huesca.
- GARCÍA ROIG, JOSÉ MANUEL** (1999): *Pensamiento Utópico, Germanidad y Arquitectura. Bruno Taut y Karl Ernst Osthaus*. En Cuaderno de Notas 7, UPM.
- GARRIDO, LUIS** (2009): *La economía colectivizada de la zona republicana en la guerra civil*. Actas Congreso Internacional de la guerra civil española. Madrid.
- GAVIRIA, MARIO Y BAIGORRI, ARTEMIO** (1985): *Agricultura periurbana*. Ed. Consejería de Ordenación del Territorio, Medio Ambiente y Vivienda. Madrid.
- GEDDES, PATRICK** (1923): *The valley section from hills to sea*. New York
- GEDDES, PATRICK**. (2009): *Ciudades en evolución* KRK Pensamiento, Oviedo.
- GINER DE LOS RIOS, FRANCISCO** (1925): *Obras completas, tomo XII: Educación y Enseñanza*. Ed. Imprenta de Julio Cosano. Madrid.
- GINZBURG, MOISES** *Por el desurbanismo*. En Ceccarelli, P. (1972): *La ciudad soviética*. Ed Gustavo Gilli. Barcelona
- GINZBURG, MOISES** *La ciudad verde. La reconstrucción socialista de Moscú*. En Ceccarelli, P. (1972): *La ciudad soviética*. Ed Gustavo Gilli. Barcelona.
- GÓMEZ HERRAEZ, JOSE MARIA**. (1999): *Patrimonios y huertos familiares. El programa distribuidor en tierras de La Mancha, 1939-1959*. Rev. Historia Agraria nº 17 Invierno. Murcia.
- GONZÁLEZ DEL CASTILLO, HILARION**(1923): *La Sociedad Española de higiene y la ciudad lineal*. Revista La Ciudad Lineal nº 739. Madrid.
- GONZALEZ, LUIS** (2013): *Bienes comunes y sostenibilidad*. Rev El Ecologista nº 78. Ecologistas en Acción. Madrid.
- GRAVAGNUOLO, BENEDETTO** (1998): *Historia del urbanismo en Europa 1750-1960*. Ediciones AKAL. Madrid.
- GREENE, LOUISE MARIE** (1911): *Among school gardens*. New York Charities editions. <https://archive.org/details/amongschoolgarde00gree>
- GROENING, GERT** (1996): *Politics of Community Gardening in Germany*. Annual Conference of the American Community Gardening Association (ACGA). Montreal, September, 1996.
- GÓMEZ MENDOZA, JOSEFINA** (2003): *Diseño urbano con criterios ecológicos, geográficos y sociales*. Revista El Ecologista nº 38. Madrid.
- GUNDERSON, LANCE Y HOLLING, C.S.** (2002): *Panarchy. Understanding transformations in human and natural systems*. Island Press. .
- GUTIERREZ MOLINA, JOSE LUIS** (1977): *Colectividades libertarias en Castilla*. Ed Campo Abierto. Madrid.
- HALL, PETER** (1996): *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Ed. Del Serbal.
- HANEY, DAVID** (2010) *When modern was green. Life and work of landscape architect Leberecht Migge*. Routledge

- HARTLE, JOHAN** (2011): *Images of Red Vienna: On the Precarious Visibility of the Missing People*. Traducido por Kahre, A. In B Fricke, S Neuner & M Klammer (Eds.), *Bilder und Gemeinschaften. Studien zur Konvergenz von Politik und Ästhetik in Kunst, Literatur und Theorie* (pp. 345-375). München: Wilhelm Fink.
- HARVEY, DAVID** (2013): *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Ed. Akal. Madrid.
- HELPHAND, KEVIN** (2006): *Defiant Gardens. Making gardens in wartime*. Trinity University Press, San Antonio, Texas.
- HERNANDEZ AJA, AGUSTÍN** (2013) ¿Ciudades prósperas o ciudades vulnerables? en Documentación Social, 168. Ed. Caritas Española
- HERRERA, ANGELINA** (2009): *Impactos de la agricultura urbana en Cuba*. Revista Novedades en Población. Nº9. La Habana. Cuba.
- HERNANDO, ANTONIO** (2006): *Saul Alinsky: Manual para el agitador para una acción directa no violenta*. Rev. El viejo topo nº76. Barcelona.
- HICKS, GEORGE** (2001): *Experimental Americans: Celo and Utopian Community in the Twentieth Century*. University of Illinois.
- HIRT, SONIA** (2009): *Premodern, modern, postmodern? Placing New Urbanism into a historical perspective*. *Journal of planning history*. Vol 8, nº3, SAGE Publications
- HILL, CHRISTOPHER** (1972): *Levellers and True Levellers. The World Turned Upside Down: Radical Ideas During the English Revolution*. London: Temple Smith.
- HOFFMAN, ABBIE** (2013): *Yippie. Una pasada de revolución*. Ed. Acuarela. Madrid.
- HOLLING, C.S.** (1973): *Resilience and Stability of Ecological Systems* en Annual Review of Ecology and Systematics, vol 4.
- HOME, STEWART** (2003): *El asalto a la cultura. Corrientes utópicas desde el Letrismo a Class War*. Ed. Virus. Barcelona.
- HOPKINS, ROB** (2008): *The transition handbook*. Green Books. Totnes. And Hopkins, R., Pinkerton T. (2009): *Local Food. How to make it happen in your community*. Transition Books. Green Books. Totnes.
- HOWARD, EBENEZER**. *Ciudades Jardín del mañana*. En Aymonino, C. (1978): *Orígenes y desarrollo de la ciudad moderna*. Ed. Gustavo Gilli.
- IEA** (2011): *Informe World Energy Outlook 2011*. Ed. Agencia Internacional de la Energía IEA.
- ILlich, IVAN** (1998): *La reivindicación de la casa*. Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura. Nº 34-35. Madrid.
- INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES** (1910): Preparación de las bases para un proyecto de ley de casas para obreros baratas. Madrid.
- JACOBS, JANE** (1973): *Vida y muerte de las grandes ciudades*. Ed. 62. Barcelona
- JAGGI, ANNAMARI** (1992): *Britz Siedlung de la herradura*, en Fundación Cultural COAM (ed) (1992) *Cuatro Siedlungen berlinesas en la República de Weimar*. Fundación Cultural COAM, Madrid.
- JAMESON, FEDERIC** (2011): *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*. Ed. Akal. Madrid.
- JIMENEZ, MIGUEL Y POLO, FRANCISCO** (2001): *Al encuentro del pasado en tres poblados ferroviarios. Los casos de Algodor, Las Matas y Vicálvaro*. En Matilla, Maria Jesus Et Al. (2001): *Ferrocarril y Madrid. Historia de un Progreso*. Actas Congreso de Historia Ferroviaria.
- JIMÉNEZ LANDI, ANTONIO** (1973): *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*. Ed Complutense. Madrid.
- JHONSON, STEVE** (2004): *Sistemas emergentes. O que tienen en común hormigas, neuronas, ciudades y software*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México.
- KARANJA, N Y NJENGA, M.** (2011): *Alimentar las ciudades en VV.AA. La situación del mundo 2011*. Ed. Icaria.
- KARIM, ALIA** (2014): *Occupy gardens? A case study of the People's Peas garden in Toronto, Canada*. Trabajo final Master of Environmental Studies, Dalhousie University.
- KING, PETER** (1999): *Womens rule the plot*. Gerald Duckworth & Co. London.
- KOONT, SINAN** (2009): *The urban agricultura in The Havana*. Rev. Monthly Review. 60.
- KOZLOVSKY ROY** (2007). *Adventure Playgrounds and Postwar Reconstruction. En Designing Modern Childhoods: History, Space, and the Material Culture of Children; An International Reader*. Marta Gutman and Ning de Coninck-Smith, editors. Rutgers University Press.
- KROPOTKIN, PIOTR** (1978): *Campos, fábricas y talleres*. Ed Jucar. Gijón.
- KROPOTKIN, PIOTR** (1989): *El apoyo mutuo*. Ed. Madre Tierra. Móstoles.
- LADNER, PETER** (2011): *The Urban Food Revolution: Changing the Way We Feed Cities*. New Society publishers. Gabriola Island. Canada.
- LAILACH, MICHAEL** (2007): *Land Art*. Ed. Taschen. Madrid.
- LATTUCA, ANTONIO** (2012): *La agricultura urbana como política pública: el caso de la ciudad de Rosario, Argentina*. Revista Agroecología nº6. Ed. Universidad de Murcia.
- LAWSON, LAURA** (2005): *City bountiful. A century of community gardening in America*. University of California Press.
- LEON XIII** (1891): *Rerum Novarum. Sobre las condiciones de los obreros*. Carta encíclica, 5 de mayo de 1891. Libreria Editrice Vaticana.
- LEONARD, SOFIA** (2007): *Patrick Geddes' and the network of gardens in the Old Town of Edinburgh. Conversations under a tree at Chessel's Court*. For Jardins Publics. Edinburgh International Festival 2007.
- LEVAL, GASTON** (1977): *Colectividades libertarias en España*. Ed. Aguilera. Madrid.
- LE CORBUSIER** (1942) *Carta de Atenas*. Disponible en: ipce.mcu.es/pdfs/1931_Carta_Atenas.pdf
- LE CORBUSIER** (1971): *La ciudad del futuro*. Ed. Infinito. Buenos Aires.
- LERNER, JAIME** (2003) *Acupuntura urbana*. Ed. IACC. Barcelona.
- LINN, KARL** (2009): *Building Commons and Community*. Ed. New Village Press. Berkley.
- LLEDÓ, EMILIO** (1995): *El epicureísmo. Una sabiduría del cuerpo, el gozo y la amistad*. Ed. Taurus. Madrid.
- LLONA, MIREN** (2011): *La prostitución y la identidad de clase obrera en el tránsito del siglo XIX al XX. Un análisis de género de la obra de literaria de Julian de Zugazagoitia*. Rev. Historia Contemporánea. Universidad País Vasco.
- LOGGINS, DONNA** *Una historia*. En Méndez, Ana (Coord. 2009): *Urbanacción 07/09*. Ed. La Casa Encendida. Madrid.
- LOPEZ DIÁZ, JESUS** (2002): *La vivienda social en Madrid, 1939-1959*. Espacio, Tiempo y Forma. Serie VII, Historia del Arte, t. 15, UNED. Madrid.
- LÓPEZ CALLE, PABLO** (2004) *Paternalismo industrial y desarrollo del capitalismo: la fábrica de cementos el León de Guadalajara, 1900 – 1930*. Tesis doctoral (No publicada).
- LOUISE OSCAR, BERCAW, MARI ANNE Y COLVIN, ESTHER** (1934): *Worker's gardens*. International Labour Review. pp.86-119
- MAGNAGHI, ALBERTO** (2012): *El proyecto local. Hacia una conciencia de lugar*. Ed Universitat Politècnica de Catalunya. Barcelona.
- MANCANO, BERNARDO** (2009): *Sobre la tipología de los territorios*. CLACSO-Brasil
- MARQUINA, RAUL** (1927): *Entre dos paradojas, la ciudad*. Revista La Ciudad Lineal nº 788. Madrid.

- MARSDEN, TERRY; MORLEY, ADRIAN** (eds) (2014): *Sustainable Food Systems. Building a New Paradigm*. Earthscan Food and Agriculture, Routledge.
- MASJUAN, EDUARD** (2000): *La ecología humana en el anarquismo ibérico. Urbanismo orgánico o ecológico, neomalthusianismo y naturismo*. Ed Icaria. Barcelona.
- MASJUAN, EDUARD** (1992): *Urbanismo y ecología en Cataluña*. Ed. Madre Tierra. Madrid.
- MASS, INGE** (1981): *People's parks in Germany, city and culture in the open air*. En Lotus 30 International, Milán.
- MARTÍ-COSTA, MARC Y PARÉS, MARC** (coords.) (2009). *Llei de barris: cap a una política de regeneració urbana participada i integral?* Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- MARTÍN BARBERO, JESUS** (1987): "De los medios a las mediaciones". Ed. Gustavo Gili. Barcelona.
- MARTÍN ROJO, ELENA** (1987): *L'horta marginal: el cas de Ripollet (Vall& Occidental)*. Rev. Documents d'Anàlisi Geogràfica n° 11. Barcelona.
- MARTINEZ ALIER, JOAN** (2005): *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Ed Icaria. Barcelona.
- MARTINEZ RIZO, EDUARDO** (1935): *Urbe*. Revista estudios n° 145. Barcelona.
- MAURICE, JACQUES** (1978): *Problemática de las colectividades agrarias en la guerra civil*. Rev. Agricultura y Sociedad n°7, abril junio. Murcia.
- MAYOR, JAMES** (1895): *Labor and Politics in England*. Political Science Quarterly, Vol. 10, No. 3 (Sep., 1895). London.
- MCKAY, GEORGE** (2012): *Radical gardening. Politics, idealism and rebellion in the garden*. Ed. Frances Lincoln. Londres.
- MCKINSEY GLOBAL INSTITUTE** (2012): *Urban world: Cities and the rise of the consuming class*. MGI. New York.
- MCLUHAN, MARSHALL Y FIORE, QUENTIN** (1997): *El medio es el mensaje*. Editorial Paidós. Madrid.
- MENDEZ, ANA** (Coord. 2009): *Urbanación 07/09*. Ed. La Casa Encendida. Madrid.
- MIGGE, LEBERECHE** (1919): *The green manifesto* citado por Haney, D. H. (2010): *When modern was green. Life and work of landscape architect Leberecht Migge*. Routledge. London.
- MIGGE, LEBERECHE** (1927): *Höfe und Gärten bei Mietshausblöcken, Wohnungswirtschaft*, n° 20. Citado por Jaggi, A. (1992): *Britz Siedlung de la herradura*, en Fundación Cultural COAM (ed) (1992): *Cuatro Siedlungen berlinesas en la República de Weimar*. Fundación Cultural COAM, Madrid.
- MIGGE, LEBERECHE** (1932): *The growing siedlung*, citado por Haney, D. H. (2010): *When modern was green. Life and work of landscape architect Leberecht Migge*. Routledge. London.
- MIRALLES, JOSE LUIS** (2006): *El patrimonio rural periurbano: el caso de l'horta*. Rev. Ingeniería y territorio n° 75. pp78-85.
- MINTZ, FRANK** (2009): *La autogestión en la España revolucionaria*. Ed. Traficantes de Sueños. Madrid.
- MOLES, ABRAHAM Y ROHNER, ELIZABETH** (1975): *Psicología del espacio*. Ed Aguilera. Madrid.
- MONTAN, ENRIQUE** (1899): *Sobre el auxilio a los jornaleros*. Revista Nacional n° 10. Madrid.
- MONTOLIU, CEBRIA** (1912): *La ciudad Jardín*. Servicio Publicaciones la Ciudad Jardín. Barcelona.
- MORA, FELIX** (2010): *Naturaleza, ruralidad y civilización*. Ed Burlot.
- MORÁN, NEREA Y FERNÁNDEZ CASADEVANTE, JOSE LUIS** (2014): *A través del espejo griego y los proyectos de agricultura urbana que nos encontramos allí. Experiencias, debates y potencialidades en medio de la crisis*. Papeles. Revista de relaciones ecosociales y cambio global. Ed. Icaria. N° 124.
- MORGAN, KEVIN** (2014): *Nourishing the city: The rise of the urban food question in the Global North*. Urban Studies.
- MORRIS, DAVID Y HESS, KARL** (1978): *El poder del vecindario. El nuevo localismo*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona,
- MORRIS, WILLIAM** (2011): *Noticias de ninguna parte*. Ed. Capitán Swing. Madrid.
- MOSKOFF, WILLIAM** (2002): *The Bread of Affliction: The Food Supply in th USSR During World War II*. Volumen 76 de Cambridge Russian, Soviet and Post-Soviet Studies, Cambridge University Press.
- MOUGEOT, LUC** (2005): *Cultivando mejores ciudades. Agricultura urbana para el desarrollo sostenible*. Ed. IDRC. Ottawa.
- MOUGEOT, LUC** ed. (2005b): *Agropolis. The Social, political and environmental dimensions of the urban agriculture*. Ed. IDRC. Ottawa.
- MUMFORD, LEWIS** (1925): *Regions to live in*. Survey Graphics, n° 54. Citado por HALL PETER (1996) *Ciudades del mañana*, ediciones del Serbal
- MUMFORD, LEWIS** (1938): *The culture of cities*. London: Secker and Warburg Ltd.
- MUMFORD, LEWIS** (1979): *La ciudad en la historia*. Ed Infinito. Buenos Aires
- MUÑIZ, JORGE** (2010): *Huertos obreros y paternalismo industrial en la Societe des Mines de Lens (Francia) a principios de siglo*. Rev. Historia Contemporánea n° 43. Universidad País Vasco.
- MURPHY, PAT Y MORGAN, FAITH** (2013) *Cuba: lecciones de un decrecimiento forzoso*. En WORLDWATCH INSTITUTE/FUHEM (2013): *La situación del mundo 2013*. Ed Icaria.
- MURPHY, KEVIN** (2005): *Growing Space: The Potential for Urban Agriculture in the City of Vancouver*, Vancouver, British Columbia, Canada: School of Community and Regional Planning, University of British Columbia
- NAREDO JOSE MANUEL** (1975): *La agricultura en el proceso de acumulación 1940-1970*. Cuadernos para el Diálogo. XXXVIII. Diciembre.
- NAREDO, JOSE MANUEL** (2000): *Ciudad y crisis de civilización*. Revista Documentación Social n° 119. Ed. Cáritas. Madrid.
- NASH, MARY Y TAVERA, SUSANA** (2005): *Las Mujeres y las guerras: el papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la contemporánea*. Ed. Icaria. Barcelona.
- NAVARRO, FRANCISCO JAVIER** (2004): *A la revolución por la cultura: prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano 1931-1939*. Ed. Universidad de Valencia. Valencia.
- NILSEN, MICHELINE** (2014): *The Working Man's Green Space: Allotment Gardens in England, France, and Germany, 1870-1919*. University of Virginia Press.
- OBSERVATORIO DE LA SOSTENIBILIDAD EN ESPAÑA OSE** (2006): *Sostenibilidad en España 2006*. OSE. Madrid.
- ONFRAY, MICHEL** (1999): *El vientre de los filósofos. Crítica de la razón dietética*. Ed. Perfil. Buenos Aires.
- ONTAÑÓN, ELVIRA** (2007): *El Instituto-Escuela una experiencia educativa ejemplar*. Rev. Circunstancia n° 14. Ed. Fundación Ortega y Gasset. Madrid.
- OSTROM, ELIONOR** (2010): *El gobierno de los comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva*. Ed. Fondo Cultura Económica. México.
- OTERO, LUIS** (2006): *La destrucción de la ciencia en España: depuración universitaria en el franquismo*. Ed. Complutense. Madrid.
- ODENAMPSEN, MERJIN** (2012) *Aldo Van Eyck y la ciudad como campo de juego*. En MENDEZ, ANA *Urbanación*. La Casa Encendida. Madrid.
- OYÓN, JOSE LUIS** (2011): *Dispersión frente a compacidad: la paradoja del urbanismo protoecológico*. Rev. Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales n°43. Ed. Ministerio de Fomento. Madrid.

- PARKER, PETER Y AND JOHANSSON, MAGNUS** (2011): *The uses and abuses of Elinor Ostrom's concept of commons in urban theorizing*. Paper at International Conference of the European Urban Research Association (EURA) 2011. Cities without Limits 23-25 June 2011, Copenhagen.
- PASQUALI, MICHELA** (2006): *Losaida. NYC Community gardens*. Ed. Linaria. Florencia.
- PASTERNAK, ALEXANDER** *Polémicas sobre la ciudad del futuro*. En Ceccarelli, P. (1972): *La ciudad soviética*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.
- PÉREZ, ALFREDO; PÉREZ, GABRIEL Y JUÁREZ, FRANCISCA** (2002): *La II República y la guerra civil en Vallecas. De la euforia a la depresión/represión*. Ed. Vallecas Todo Cultura. Madrid.
- PEREZ QUINTANA, VICENTE Y SANCHEZ LEÓN, PABLO EDS.** (2008): *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid 1968-2008*. Ed. La Catarata. Madrid.
- PERTH, HANS Y WRIGTH MILLS, CHARLES** (comps.) (1972): *Capitalismo y sociedad rural en Alemania en Max Weber: ensayos de sociología contemporánea*. Ed. Martínez Roca.
- PINO, MARINA** (1976): *Mujeres Libres, un movimiento feminista en plena guerra civil*. Rev. Tiempo de Historia nº 18. Madrid.
- POLANYI, KARL** (2007): *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ed. Fondo Cultura Económica. Mexico.
- POLI, DANIELA** (2014): *Per una ridefinizione dello spazio pubblico nel territorio intermedio della bioregione urbana*, en Magnaghi, Alberto (ed.) *La regola e il progetto. Un approccio bio-regionalista alla pianificazione territoriale*. pp. 69-96, Firenze: FUP - Firenze University Press.
- PORTO GONCLAVES, CARLOS WALTER** (2004): *Geo-grafías: movimientos, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. Ed. Siglo XXI. México.
- POTHUKUCHI, KAMESHWARI; KAUFMAN, JEROME** (2000): *The Food System. A Stranger to the Planning Field*. APA Journal, Spring 2000, vol 66, nº. 2. Morgan, K. (2009): *Feeding the City: The Challenge of Urban Food Planning*, *International Planning Studies*, 14:4, 341-348.
- PUENTE, RAUL** (2012): *Los huertos urbanos de Sevilla, de la tradición a la novedad*. Ed. Diputación de Sevilla. Sevilla.
- PUGH, MARTIN** (2008): *The Pankhursts: The History of One Radical Family*. Vintage. London.
- QUILICI, VIERI** (1978): *Ciudad rusa y ciudad soviética. Caracteres de la Estructura Histórica, Ideología y Práctica de la Transformación Socialista*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.
- RECLUS, ELISEE** (1866): *Du sentiment de la nature dans les sociétés modernes*, *Revue des deux mondes*, número 63, 15 mai 1866.
- RESTANY, PIERRE** (2003): *Hundertwasser. El rey pintor y sus cinco pinceles*. Ed. Taschen.
- REY DEL REGUILLO, FERNANDO** (1992): *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la restauración 1914-1923*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- REYNOLDS, RICHARD** (2008): *On Guerrilla gardening*. Ed. Bloomsbury. Londres.
- RIECHMANN JORGE Y FERNÁNDEZ BUEY FRANCISCO** (1994): *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Ed. Paidós. Madrid.
- RIVIERE, LOUIS** (1904): *La tierra y el taller. Los huertos obreros*. Ed. Saturnino Calleja. Madrid.
- ROCH, FERNANDO** (2001): *La ciudad jardín. La urbanidad revisitada*. Rev Ciudades nº6. Ed. Instituto Urbanística Valladolid. Valladolid.
- RODRÍGUEZ, EMMANUEL Y LÓPEZ, ISIDRO** (2010): *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- ROLDAN, ALBERTO** (1930): *Revista La Ciudad Lineal nº 822*. Madrid.
- ROSELLÓ, JOSEP MARIA** (2003): *La vuelta a la naturaleza. El pensamiento naturista hispano (1890-2000): naturismo libertario, trofología, vegetarianismo naturista, vegetarianismo social y librecultura*. Ed. Virus. Barcelona.
- ROTENBERG, ROBERT** (1992): *The Viennese Cooperative Garden City Movement*. Open House International. Special Issue: Collective and Cooperative Housing, 17(2): 25-26.
- RUIZ, CANDIDO Y PALACIO, IRENE** (1999): *Higienismo, educación ambiental y previsión escolar. Antecedentes y prácticas de educación social en España 1900-1936*. Ed. Universitat de Valencia.
- SALA, MIQUEL Y CERDAN, RUFINO** (1987): *El huerto en la escuela*. Cuadernos de Pedagogía nº151, pp 60-62. Barcelona.
- SALE, KIRKPATRICK** (1985): *Dwellers in the Land. The Bioregional Vision*. Sierra Club Books, San Francisco.
- SALVATORI, PAOLA** (2006): *Il governatorato di Roma, L'amministrazione della capitale durante il fascismo*. Franco Angeli. Roma.
- SAMBRICIO, CARLOS** (1987): *La Ciutat de Repos, variaciones sobre un tema. Los años de la vanguardia*. Revista A&V, nº 11, pag 16-19. Madrid.
- SAMBRICIO, CARLOS** (2004): *Madrid, vivienda y urbanismo 1900-1960*. Ed. Aakal. Madrid.
- SANCHEZ OCAÑA, FRANCISCO** (1927): *Conservad y embelleced el jardín, pero no olvideis el huerto*. Revista La Ciudad Lineal nº 788. Madrid.
- SANCHEZ OCAÑA, FRANCISCO** (1930): *Revista La Ciudad Lineal nº 828*. Madrid.
- SANCHEZ, MARTA** (2014): *Agroecología urbana en la ciudad de Rosario. Un breve análisis a una propuesta de gran complejidad*. Revista Papeles de relaciones ecosociales y cambio Global nº 124 E. Fuhem-Icaria. Madrid
- SANTOS JULIA, RAMON** (2008): *Madrid historia de una capital*. Ed. Alianza. Madrid.
- SANZ, GLORIA** *Naturaleza y nacionalsocialismo. Una aproximación a Blut und Boden*. EN VV.AA. (2002): *Usos de la historia y políticas de la memoria*. Ed. Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza.
- SCHOTT, DIETER; LUCKIN, BILL; MASSARD-GUILBAUD, GENEVIEVE** (2005): *Resources of the city: Contributions to an Environmental History of Modern Europe*. Ashgate Publishing Limited, Great Britain.
- SERIFI, OLGA; GEORGI, JULIA** (2005): *Landscape Evaluation for an Urban Park in Athens*. 2005 WSEAS Int. Conf. on Environment, ecosystems and development. Venice, Italy, November 2-4.
- SENNET, RICHARD** (2013): *Juntos. Rituales, placeres y políticas de cooperación*. Ed. Anagrama. Madrid.
- SEVILLA GUZMÁN, E. Y GONZÁLEZ DE MOLINA, M.** (1989): *La política social agraria del primer franquismo*. En Tuñón de Lara, M. (coord. 1989): *El primer franquismo. España durante la Segunda Guerra Mundial*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- SEVILLA GUZMÁN, EDUARDO** (2006): *De la sociología rural a la agroecología*. Ed. Icaria. Barcelona.
- SEVILLA GUZMÁN, EDUARDO** (2011): *Sobre los orígenes de la agroecología en el pensamiento marxista y libertario*. Ed. AGRUCO. Bolivia.
- SICA, PAOLO** (1981): *Historia del urbanismo. El siglo XX*. Ed. Instituto de Estudios de la Administración Local. Madrid.
- SIEDER, REINHOLD** (1985): *Housing Policy, Social Welfare, and Family Life in 'Red Vienna', 1919-34*. *Oral History* Vol. 13, No. 2, City Space and Order (Autumn, 1985), pp. 35-48.
- SIMÓN, MARIAN; ZAZO, ANA Y MORÁN, NEREA** (2012): *Nuevos enfoques de planificación territorial para re(con)ducir la vulnerabilidad de los espacios agrarios periurbanos*, *Ciudades*, 2012, nº15.

Ed. Instituto Urbanística Valladolid. Valladolid.

SKORDILI, SOPHIA (2013): *Economic Crisis as a Catalyst for Food Planning in Athens*. International Planning Studies, 18:1, 129-141. London.

SOCIEDAD CÍVICA CIUDAD JARDÍN (1921): *Revista Civitas*. Epoca II n°1..Sociedad Cívica Ciudad Jardín. Barcelona.

SOLER, MARTA Y RIVERA, MARTA (2010): *Agricultura urbana, sostenibilidad y soberanía alimentaria: hacia una propuesta de indicadores desde la agroecología*. Congreso Federación Española de Sociología

STEPHENSON, JILL (2006): *Hitlers home front. Wurttemberg under the nazis*. Hambledon Continuum. London.

SMITH, NEIL (2013): *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*. Ed. Traficantes de Sueños. Madrid.

STAVRIDES, STAVROS (2010): *Towards the city of thresholds*. Ed. Professionaldreamers. Trento. Italy.

STEEL, CAROLINE (2008): *Hungry city. How food share our lives*. Ed. Random House. London.

STRUMILIN, STANISLAV. *El problema de la ciudad socialista*. En Ceccarelli, P. (1972): *La ciudad soviética*. Ed Gustavo Gilli. Barcelona

SVETLOV, F. Y GORNYI, S. *La ciudad socialista en la sociedad sin clases*. En Ceccarelli, P. (1972): *La ciudad soviética*. Ed Gustavo Gilli. Barcelona

TARRAGO, SALVADOR *La evolución del intervias de Cerda. Tres propuestas (1855, 1859 y 1863) para la fundación de una nueva ciudad industrial*. En VV.AA (1994): *Cerdá Ciudad y territorio. Una visión de futuro*. Ed. Fundació Catalana per la recerca.

TERAN DE, FERNANDO (1976): *Planeamiento urbano en la España contemporánea. Historia de un proceso imposible*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.

THAYER, ROB (2003): *Life place. Bioregional Thought and Practice*. University of California Press.

THOMPSON, EDWARD (1995): *Costumbres en común* Ed. Crítica. Barcelona.

THOMPSON, EDWARD (2012): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Ed. Capitan Swing. Madrid.

TOPAS, GEORGE (1990): *The iron furnace: a holocaust survivors history*. University press of Kentucky. Lexington.

TORRES CLAVÉ, JORDI Y TARRAGÓ, SALVADOR; (1980): *El Plan Macia, síntesis del trabajo del GATCPAC para Barcelona*. 2c: construcción de la ciudad, n° 15-16, pag. 68-85. Barcelona.

TOUCHARD, JEAN. (1990): *Historia de las Ideas Políticas*. Editorial Tecnos. Madrid.

TUAN, YI FU (2007): *Topofilia*. Ed. Melusina. Madrid.

URÍA, JORGE (2003): *La taberna un espacio de multifuncionalidad social en la Restauración española*. Rev. Hispania n° 214. Consejo Superior de Investigaciones Científicas CSIC. Madrid.

TUÑÓN DE LARA, MANUEL (Coord.) (1989): *El primer franquismo. España durante la Segunda Guerra Mundial*. Ed. Siglo XXI. Madrid.

UN-HABITAT (2013): *State of the world cities. 2012/2013. Prosperity of cities*. UN-Habitat-Routledge.

VALLE, ADRIAN (1927): *Huertos*. Revista Blanca. Madrid.

VAN MOLLE, LEEN AND SEGERS, YVES (2008): *Micro-farming on other men's land. Allotments from the 19th to the 21st century: Belgian history in a global perspective*. HUB Reseach Paper 2008/23. Septiembre 2008. Hogeschool-Universiteit Brussel (HUB).

VÁZQUEZ ESPÍ, MARIANO (2010): *La descripción de la insostenibilidad, 1945-1973*, *Boletín CF+S*, 46. ETSAM-Madrid.

VELÁZQUEZ, ISABEL Y VERDAGUER, CARLOS (2011): *Regeneración urbana integral. Tres experiencias europeas innovadoras: Île de Nantes, Coin Street y Barrio de la Mina*. Ed. SEPES Entidad Pública de Suelo, Madrid.

VELÁZQUEZ, ISABEL Y VERDAGUER, CARLOS (2008): *Proyecto ECOCITY. Manual para el diseño de ecociudades en Europa. Libro I: La ecociudad: un lugar mejor para vivir*. Ed. SEPES/Bakeaz.

VERDAGUER, CARLOS *Por un urbanismo de los ciudadanos en Arenillas, T. (Coord.)* (2003): *Ecología y ciudad. Raíces de nuestros males y modos de tratarlos*. Ed. El viejo topo. Barcelona.

VERDAGUER, CARLOS (2010): *De los ecobarrios a las ecociudades. Una formulación sintética de la sostenibilidad urbana*. Revista Papeles de relaciones ecosociales y cambio global. N° 111. Ed Icaria.

VIDAL, TOMAS Y POL, ENRIC (2005): *La apropiación del espacio una propuesta teórica*, Anuario de Psicología. vol 36, n°3. Barcelona.

VILLALBA, CRISTINA (2006): *El enfoque de resiliencia en trabajo social*. Rev. Acciones e investigaciones sociales n° 1.

VILJOEN, ANDRE Y BOHN, KATRIN Ed. (2005): *CPULS. Continuous Productive Urban Landscapes*. Architectural Press Publications. London.

VILJOEN, ANDRE Y BOHN, KATRIN Ed. (2014): *Second Nature urban agriculture. Design productive cities*. Routledge Press. London.

VIRILIO, PAUL (2006): *La inseguridad del territorio*. Ed. La Marca. Buenos Aires.

VV.AA. (1980): *Historia del poblado dirigido de Orcasitas*. Ed. A.V. Guetaira.

VV.AA. (1984): *Annual Repport*. American Community Garden Association..

VV.AA. (1988): *Escuelas rurales: algunas experiencias*. Ed. Ministerio Educación. Madrid.

VV.AA. (2002): *Usos de la historia y políticas de la memoria*. Ed. Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza.

VV. AA. (2009): *La razón en la ciudad: el Plan Cerdá*. Rev.Metropolis. Información y pensamientos urbanos. n° 76. Barcelona.

VV.AA. (2009b): *Informe Ciudades. Hacia un pacto de las ciudades españolas ante el cambio global*. Cambio Global España 2020/2050. Centro Complutense de Estudios e Información Medioambiental.

VV.AA (2008): Catálogo de exposición. *Housing in Vienna.Innovative, Social and Ecological*. Exposición a cargo de ArchitekturzentrumWien.

VV.AA. (2010): *Local Food Systems in Europe*. Ed. Faicilitating Alternative Agrofood Networks.

VV.AA. (2013): *El acaparamiento global de tierras*. Ed. TNI y FUHEM. Madrid.

WAGNER, MARTIN (1957): *Construcción económica de ciudades*. Editorial Dossat, Madrid, 1957

WALDHEIM, CHARLES *Agrarian Urbanism and the aerial subject* en Tatom, J, Stauber, J. (2009): *Making the Metropolitan Landscape: Standing Firm on Middle Ground*. Rotledge Publications. New York

WARD, STEPHEN (1992): *The Garden City. Past, present and future*. Alexandrine Press. Oxford.

WAXMAN, LORI (2008): *The Banquet Years: FOOD, A SoHo Restaurant*. *Gastronomica*. The Journal of Food and Culture, Vol. 8, No. 4 (Fall 2008), pp. 24-33. Published by: University of California Press.

WEBER, FLORENCE (1996): *Les visiteurs des jardins ouvriers. De la cérémonie à l'entre-soi*. (Ivry, 1909-1939). Rev. Genèses, 22. pp. 40-63.

WEISS, ELAINE (2008): *Fruits of Victory: The Woman's Land Army of America in the Great War*. Potomac Books.

WEISS, PETER (1999): *La estética de la resistencia*. Ed Hiru. Hondarribia

- WILLIAMS, RAYMOND** (2001): *El campo y la ciudad*. Ed Paidós. Barcelona.
- WORLDWATCH INSTITUTE/FUHEM** (2013): *La situación del mundo 2013*. Ed Icaria. Barcelona.
- WORLDWATCH INSTITUTE/FUHEM** (2014): *La situación del mundo 2014*. Ed Icaria. Barcelona.
- ZIBECCHI, RAUL** (2006): *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*. Ed. Tinta Limón. Argentina.
- ZIBECCHI, RAUL** (2005): ¿Qué hay de común entre piqueteros y zapatistas? Disponible en: <http://www.voltairenet.org/article123516.html>

Créditos fotográficos

- Figura 1.** Grabado anónimo
- Figura 2.** Grabado anónimo
- Figura 3.** Victor Considerant, 1831.
- Figuras 4,11 ,12 y 13.** Cartel e imágenes. Cortesía del Archivo de la Fédération Nationale des Jardins Familiaux et Collectifs.
- Figura 5.** Ebenezer Howard, 1902. *The three magnets en Garden Cities of Tomorrow*.
- Figuras 7 a 10.** Grabado anónimo, finales del s. XIX.
- Figura 14.** Leberecht Migge. 1919. *Jedermann Selbst-Versoger!*
- Figura 15.** *Vor- und Mietergärten*. Freunde und Förderer der Hufeisensiedlung Berlin-Britz.
- Figura 16.** 1942. *Gruppo di lavoratori indaffarato in un orto di guerra coltivato lungo via dell'Impero (attuale via dei Fori Imperiali)*. Archivio Luce.
- Figura 17.** 1917. *Farmerettes harvesting a peach crop on farm near Leesburg, VA*. U.S. Department of Agriculture. Creative commons attribution 2.0 generic CC BY 2.0
- Figura 18.** 1943. *Victory Gardens - For family and country. Guiding hand behind the establishment of many west coast Victory Gardens, Professor Harry Nelson of San Francisco's Junior College still finds time to give his ten-year old daughter Pat (left) and her Girl Scout friends some pointers in transplanting young vegetables*. Franklin D. Roosevelt Presidential Library & Museum. Photo ID: 66298(8). Public Domain.
- Figura 19.** *Battle of the Land- the work of the Women's Land Army on the British Home Front, 1942. Three Land Girls work with hoes in a field as part of their training at the Northampton Institute of Agriculture*. © Imperial War Museums (D 8826).
- Figura 20.** 1943. *Victory Gardens. Where the Nazi's sowed death, a Londoner and his wife have sown life-giving vegetables in a London Bomb crater. Official British photo*. Franklin D. Roosevelt Presidential Library & Museum. Photo ID: 66298(14). Public Domain.
- Figura 21.** 1946. *Berlin, Juli 1946. Teile des zerstörten Tiergartens wurde in den ersten Nachkriegsjahren für landwirtschaftliche Zwecke genutzt. Im Hintergrund. v.l.n.r.: Ehrenmal für die gefallenen sowjetischen Soldaten, Reichstag, Brandenburger Tor*. Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst - Zentralbild. Fotógrafo: Otto Donath. Número de inventario: Bild 183-M1015-314
- Figura 22.** 1947. *Berlin, Parzellen im Tiergarten, 1947. Teile des zerstörten Tiergartens wurden parzelliert, um der hungernden Bevölkerung Möglichkeiten für den Anbau von Gemüse zu schaffen. Im Hintergrund das Brandenburger Tor*. Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst - Zentralbild. Fotógrafo: Otto Donath. Número de inventario: Bild 183-M1015-316
- Figura 23.** 1944. *Still photograph from the nazi propaganda film "Der Fuehrer Schenkt den Juden eine Stadt" [The Fuehrer gives the Jews a City]*. Cortesía de: United States Holocaust Memorial Museum.
- Figura 24.** 1942. *Manzanar, California. Evacuees of Japanese ancestry are growing flourishing truck crops for their own use in their hobby gardens. These crops are grown in plots 10 x 50 feet between blocks of barracks at this War Relocation Authority center*. U.S. National Archives and Records Administration. Fotógrafa: Dorothea Lange.
- Figura 25.** España. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Archivo General de la Administración. Fondo "Archivo Fotográfico de la Delegación de Propaganda de Madrid durante la Guerra Civil", signatura F/04072-56376. "C/ Sagasta: Huerta" [Albero y Segovia, 1938]
- Figuras 27, 28, 29.** España. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Archivo General de la Administración. Fondo "Movimiento Nacional", IDD (09)017.012, caja 51/21132: tres (3) fotografías de la serie "Colonias Escolares", realizadas por el Ministerio de Instrucción Pública durante la guerra civil, con numeración 51-21132-00025-001, 51-21132-00037-001 y 51-21132-00025-001 [c. 1937]

Figura 30. *Green Guerrilla*. *Lyz Christie*, New York, 1973.

Figura 31. *Manifestación en New York*, 2010. Fotógrafa: Barbra Ross.

Figura 32. *Adam Purple's Urban Garden on the Lower East Side of New York City in 1984*. Fotógrafo: Tony Yarus. Creative Commons.

Figura 33. *Huerto de Sol*. Foto de los autores.

Figura 34. *Tiny community garden, Occupy Portland camp, Portland, Oregon*. 2011 Todd Mecklem. Creative Commons.

A lo largo de la historia la agricultura y las ciudades siempre han mantenido profundas relaciones de dependencia que hacen imposible su comprensión de forma aislada. Un vínculo que se quiebra con el desarrollo de la revolución industrial, sin llegar a romperse del todo. Raíces en el asfalto reconstruye ese hilo invisible, rastreando la evolución de las teorías urbanas en su relación con la agricultura y recuperando los principales episodios en los que movimientos sociales y comunidades locales volvieron a cultivar en las ciudades.

Un recorrido desde los orígenes asistenciales de los huertos urbanos a la apropiación de los mismos por parte del movimiento obrero, pasando por las guerras mundiales, las crisis económicas o los conflictos sociourbanísticos más actuales. Veremos cómo idealizados o temidos, los huertos urbanos siempre se han desarrollado más cómodamente durante los tiempos convulsos que una vez recuperada la normalidad, cuando nuevamente eran desplazados a los rincones de la ciudad y olvidados por el planeamiento urbano. Tiempos revueltos y tiempos de revuelta marcarán un itinerario en el que nos acompañarán las motivaciones y apuestas políticas que se esconden tras el gesto de cultivar verduras en la ciudad. Un camino que recorreremos junto a clérigos, pedagogos, reformadores sociales, librepensadores, revolucionarios, sindicalistas, artistas, movimientos contraculturales, ecologistas, vecinales...

En tiempos de crisis e incertidumbre conviene mirar al pasado para pensar el presente y proyectarnos hacia el futuro. Cualquier transición hacia la sostenibilidad urbana pasa por reconocer la importancia estratégica que le corresponde a una agricultura de proximidad orientada al cuidado del territorio y las personas. Reivindicar la huertopía [hortus+topos], un lugar en el que los huertos echan raíces en el corazón de las ciudades.

ISBN: 978-86-944051-7-4



COLECCIÓN
CARTOGRAFÍAS DEL VIVIR



LIBROS
EN ACCIÓN